



MERCEDES SANTOS
SITIADOS

Cádiz, 1810.
El enemigo a las puertas

Pàmies

MERCEDES SANTOS

SITIADOS



Primera edición: septiembre de 2019

Copyright © Mercedes Santos, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-17683-42-9

BIC: FV

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO, basada en un fragmento de *Trafalgar*, de Auguste Mayer
Fotografía de cubierta: Faestock/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. CÁDIZ, 1805

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

SEGUNDA PARTE. CÁDIZ, 1810

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

DATOS HISTÓRICOS

CONTENIDO EXTRA

*A mi familia. Gracias por vuestra ayuda y paciencia.
Por el tiempo que os robo cada día para escribir.
Por vuestros consejos, por haberme animado a seguir.*

*«No me habléis del frío del Norte,
no me habléis de inglesas damas;
no habéis visto, no habéis visto
a la gentil gaditana».*

«Sirena del océano. En las profundidades azuladas de los mares, en donde no hay nada que agite las olas, en donde nunca ha soplado el viento, en los parajes que habita la serpiente marina, y en donde la sirena adorna con conchas su verde cabellera, la voz de tu invocación ha resonado como la tempestad sobre la superficie de las aguas, el eco la ha repetido en mi pacífico palacio de coral. Declara tus deseos al espíritu del océano».

«Bella Cádiz, que te elevas sobre el mar azul oscuro».

Lord Byron (1788 - 1824), el poeta romántico por excelencia, en *Las peregrinaciones de Childe Harold*, libro de poemas dedicados a Cádiz, ciudad que visitó en 1809 y de la que se declaró rendido admirador, igual que de sus mujeres.

NOTA HISTÓRICA

España, 1810. Después de siglos dominando el mundo gracias a su vasto imperio colonial, el reino de España se reduce a una sola ciudad, Cádiz, situada al extremo sur de la península Ibérica. Napoleón ha invadido el país y sus tropas avanzan sin contemplaciones.

Solo cinco años después de Trafalgar, españoles e ingleses luchan juntos para acabar con el enemigo común: Francia. Durante dos años y medio tendrán que desafiar a los mejores cuerpos militares franceses, a los más experimentados generales de Bonaparte, a las técnicas de artillería más avanzadas de su tiempo, a epidemias, traiciones, insurrecciones y a lo más difícil de todo: a sus propios recelos. En tan difícil situación lograrán resistir al asedio más largo de la historia —hasta el de Stalingrado— y derrotar a un ejército hasta entonces invencible. En Cádiz, una multitud de refugiados, extranjeros, revolucionarios, guerrilleros, espías, masones, diplomáticos, soldados y aventureros se darán cita con la Historia.

Mientras las mujeres más hermosas de Andalucía siguen bailando al compás de las bombas galas, la guerra asola Europa.

PRÓLOGO

CÁDIZ, 11 DE FEBRERO, AÑO DEL SEÑOR DE 1810

El Atlántico tenía aquel día un azul escandaloso, como si comprendiera la excepcionalidad de los acontecimientos y los miles de ojos que había puestos en él. La calle era una verbena, y el bullicio amortiguaba el sonido de las botas en el adoquinado y el retumbar del fuego de artillería a lo lejos. En Matagorda, el fuerte de San Luis o el Trocadero. Su estruendo y las luces fulgurantes de los proyectiles parecían, más que una amenaza real, un espectáculo pirotécnico de bienvenida.

En la bahía, un bosque de banderas ondeaba, orgulloso, en sus mástiles, el de los buques británicos que venían a socorrer a España y llevaban dos días fondeados al abrigo de las bombas napoleónicas frente al arsenal de la Carraca. En breve comenzaría el desembarco de los distintos regimientos aliados —ingleses y portugueses— que se sumarían a la defensa de Cádiz, y una multitud de curiosos se había volcado a recibirlos.

Los más aguafiestas hacían apuestas sobre cuánto duraría aquella alianza contra natura entre eternos enemigos mientras las muchachas lucían sus mantillas de encaje camino del desfile que arrancarían en la explanada del Mentidero. Los aliados británicos —a los que después de meses de largas se había permitido desembarcar— serían recibidos con todos los honores por las autoridades locales. La Regencia pretendía apagar el enfado monumental de lord Wellington después de haber obligado a sus naves a regresar a Lisboa hacía unos meses. Aquello había sido un error estratégico, y ahora los hechos lo venían a corroborar.

Asumir que necesitaban la ayuda de aquellos tocapelotas ingleses había sido un trago amargo que había provocado un carrusel de disputas entre los mandatarios hispanos. Todavía sangraba la herida de Trafalgar, en donde muchas familias gaditanas habían perdido a sus hijos. Era muy difícil confiar en quien, hasta hacía

bien poco, había sido el enemigo a quien había que batir. El Anticristo. Los más reacios habían sacado a relucir en los debates el largo listado de despropósitos, guerras y puñaladas traperas dadas por la pérfida Albión. Desde el humillante repudio a Catalina de Aragón hasta Drake; de la Armada Invencible hasta el reciente apoyo a los rebeldes americanos...

Los más sensatos intentaban reconducir la situación siendo más pragmáticos. Cuando uno está con el agua al cuello es más inteligente olvidar viejas rencillas y coger la mano que se le tiende. Finalmente había sido esta opción la que se había impuesto, y los ingleses habían fondeado, junto a la Marina española, con todo su poderío y su flema, en la bahía de Cádiz.

Su llegada había causado expectación y había levantado la moral a una ciudad que se veía luchando sola contra Bonaparte. La presencia inglesa no sería testimonial, sino determinante. Era alentador que hubiesen contestado con brío desde el primer momento al fuego de las baterías enemigas que se habían extendido a lo largo de todo el litoral gaditano como una mancha de aceite. L'Armée du Midi del mariscal Soult no lo tendría ya tan fácil; la balanza entre defensores y atacantes se equilibraría y Cádiz podría afrontar un largo bloqueo.

Blanca de Malvar conocía al dedillo aquellos dimes y diretes. Si los ingleses entraban o no, si mengano o zutano votaba a favor o en contra... Cádiz era una ciudad chismosa donde los rumores sazaban la prensa, la calle o los cafés. En la tertulia de doña Frasquita Larrea no se hablaba de otra cosa desde hacía tres días. Su marido, Nicolás Böhl de Faber, cónsul de la Liga Hanseática, era socio en el negocio de la exportación de jerez de James Duff, su colega consular británico, y del cuñado de este, Thomas Osborne. Sabía bien de qué iba la cosa, estaba puesta al día. El grupo que se reunía por las tardes allí tenía acceso a información privilegiada y a mil conjeturas con las que tejer el día a día, con que entretenerse, mientras ella tomaba buena nota, por la cuenta que le traía.

Romina de Solís les había contado el día anterior cómo en su hacienda de Puerto Real los franceses estaban utilizando sus elegantes dependencias, tapizadas en brocado japonés, de almacén de munición. Guiomar de Soto, que le habían volado uno de sus molinos y le habían matado a dos de sus empleados. El camino de postas a Madrid llevaba semanas cortado; por el Guadalquivir bajaban ya más muertos que por el Ganges, y los monasterios habían quedado clausurados y habían dejado en la calle a miles de religiosos que, sin saber qué hacer, se estaban sumando a las partidas guerrilleras que infestaban el país.

La insurgencia —como los franceses llamaban a esos grupos de resistencia

contra la ocupación extranjera— era cada vez más fuerte en las serranías de Ronda o Grazalema. En los bosques y las marismas. Se reproducían por ósmosis. Se multiplicaban como setas sembrando el caos. La violencia era una espiral que se retroalimentaba a sí misma.

—¡Son unos malditos bastardos! ¡Menos mal que los trabajos en la Cortadura marchan bien! Mi marido dice que no podrán entrar en la ciudad —concluyó la Solís mientras merendaba con sus comadres una taza de chocolate cuyo intenso aroma habría podido fundir un obús.

La ciudad se preparaba para un largo asedio, y el fervor patriótico era lo que tocaba esos días. En las tertulias femeninas la guerra también lo empapaba todo; no se hablaba de otra cosa. De eso, y de lo guapos que estaban sus hombres con aquellos vistosos uniformes que la Junta de Damas había conseguido para el Cuerpo de Voluntarios Distinguidos o el de las Milicias Urbanas. De la escalada de precios, de las insignes aristócratas que estaban llegando huyendo de la zona ocupada sin nada; del torrente de inmigrantes que estaba entrando por sus fronteras, de las fincas de recreo que estaban siendo demolidas en la zona del Arrecife para despejar la zona de tiro, de los carros que todos los días pasaban casa por casa exigiendo a los vecinos que donaran el hierro que tuvieran: rejas, ventanas, portones, para fabricar munición...

A golpe de titulares y proclamas patrióticas de diarios como *El Mercantil* o *El Conciso*, Cádiz había comprendido, estupefacta, que estaba aislada. Más sola que la una en esa moderna réplica de David contra Goliat. Ellos contra el todopoderoso Napoleón. Los vecinos llevaban días encaramados a sus azoteas catalejo en mano, oteando el horizonte, rastreando como indios las señales francesas, leyendo el humo de sus morteros, observando sus maniobras... Por la noche se divisaba con nitidez la extensión de sus fuegos de campamento a lo largo de todo el arco de la bahía desde Sanlúcar a Chiclana. *Imitatio dei*, el chisporroteo de sus disparos competía con el terso firmamento cuajado de estrellas del Estrecho, inmutable ante tan frenética actividad humana.

Si por tierra habían quedado incomunicados con el resto del país, la única posibilidad de recibir avituallamiento y de defenderse vendría del océano: de ahí, la necesidad de contar —una vez caída Sevilla meses atrás— con una armada potente. Como la española seguía diezmada desde lo de Trafalgar solo cinco años antes, no había dado tiempo a reponer los barcos perdidos, y la situación obligaba a sumar a la inglesa. En una operación delicada pero fundamental para impedir a los franceses apoderarse del único pedazo de territorio libre que

quedaba en el continente europeo. El bando del regente anunciando que se aceptaría finalmente la ayuda británica, hecho público hacía dos días, había generado alivio.

—¡Ayyy, ama! Si no se apresura, no llegará a la gala —le dijo a Blanca de Malvar Antoñita, su doncella, con su cerrado acento andaluz—. Vuelva a casa, olvídense del desfile y póngase reguapa; que se enteren esos *guachi guachi* —comentó con sorna refiriéndose a los británicos— de lo que valen las españolas. Ya tendrá tiempo usía de verles la cara a esos *ingreses* esta noche. Total, *pa* lo que...

—Calla ya —contestó el ama, algo destemplada—. Tengo que ver el desfile, saber qué pasa... —dijo sin mirar atrás, donde su criada, más gruesa, marchaba sin resuello.

—¡Quilla, qué agria es *ustel*! —replicó, resuelta, la sirvienta, que no pareció dar mayor importancia al tono desabrido de su dueña, y resopló. La conocía de siempre, y sabía que debajo de aquel carácter distante que se empeñaba en mostrar a todo el mundo seguía viva la misma niña que fuera antaño risueña y de buen corazón. Lástima que los golpes de la vida, y una severa educación, hubiesen oscurecido su verdadero genio.

—Ya está listo el vestido de esta noche, y no necesitaré mucho tiempo para acicalarme. Mientras mis tías y Elsa andan con sus labores patrióticas, nosotras observaremos de cerca qué se cuece por aquí... —dijo Blanca a su sirvienta, que se limitó a anudarse con fuerza la pañoleta y saludar a unas conocidas.

—Mire que es pendeja la hija de la Reme —le susurró en la oreja refiriéndose a una de ellas para luego volver a la conversación anterior—. ¿Observar el qué, ama? Esto no es *pa usté*. Es *pa* las niñas en edad casadera, ¡ya me entiende! Con lo apuesto que es don Fernandito, no necesita fijarse en esos emplumados. ¡Más quisieran esos llegarle a la altura del zapato al señorito! Su novio sí que es bonito, y más *salao* que... —siguió la criada sin que su señora le prestara atención, mientras ambas avanzaban por entre la riada de gaditanos que desbordaba las calles aledañas al puerto.

Después del desfile, la Regencia había organizado un acto de más alto nivel para los mandos británicos. Asistirían oficiales, diplomáticos, el nuevo comandante en jefe inglés...; se despediría al embajador y ministro plenipotenciario, Bartholomew Frere, y se daría la bienvenida al nuevo, a sir Henry Wellesley, hermano de lord Wellington... A esa cena había sido invitada *la crème de la crème*. Había quien incluso había pagado dinero para conseguir una

invitación, y solo el que fuera alguien en Cádiz podría asistir.

La gala debería haberse celebrado en el palacio del Pontón, pero los ingleses habían insistido en hacerlo en su propia embajada. Desde el día anterior, numerosos carros con suministros de alimentos, flores, guirnaldas y tablonos de madera entraban y salían de las dependencias del Palacio del Obispo, como se conocía al edificio ocupado ahora por ellos, para engalanar el recinto.

Uno de los callejones que daban acceso a él había sido acordonado, y una multitud de curiosos llevaba horas sin otra cosa que hacer que retransmitir los pormenores del montaje. Dos soldados con sus típicas casacas y sus *kilts* montaban guardia en la puerta ajenos al vecindario, dado que desconocían el idioma. Alguna lagarta ya había comentado cómo les metería mano debajo de sus faldas para ver si tenían «tantos cojones como presumían», si eran tan valientes, lo que provocó las risas de las presentes.

Blanca no había tenido problema para conseguir invitación a la recepción. Como vizcondesa de Malvar, era una de las mujeres más distinguidas y ricas de la ciudad. Tanto ella como su prometido eran dos de los miembros más relevantes de la vida social gaditana. A sus veinticuatro años, era del dominio público su próxima boda con Fernando de Soto y Donate, caballero de una posición social y económica similar, con quien llevaba prometida desde su niñez. En Cádiz, los maledicentes se habían preguntado más de una vez por el motivo que había impedido que ambos se hubiesen casado ya, que le dieran a lo del bodorrio tantas vueltas. La conclusión mayoritaria era que existían causas circunstanciales: el misterioso arrebató de melancolía que ella había sufrido hacía unos años; la vida disoluta del prometido en Madrid; la muerte inesperada del vizconde, padre de Blanca, el luto, la guerra... En fin, una concatenación de inconvenientes, pero la boda se había fijado ya para finales de ese año. Y muchos de los que los criticaban andaban ya confeccionándose el traje para el que sería uno de los acontecimientos sociales de la temporada..., si es que el asedio no lo echaba a perder.

—¡Buñuelos, papas *asás*, *durce* de *argodón*! ¡Mi *arma*, cómprame *argo*! —gritó desde su puesto callejero una gitanona con una trenza que parecía un amarre de barco.

Señora y sirvienta se sumaron a la marabunta que se derramaba por las calles de Benjumea y de Rosalía hasta el parque de La Alameda. Una nube de mantones, peinetas, bonetes de terciopelo, pañuelos atados a la cabeza, tricornios y sombreros calañeses ocultaba la calzada. Algunos, incluso, se habían subido a las

murallas para conseguir mejores vistas y esperaban espiando los disparos de los cañones Villantroy desde las Cabezuelas.

Se estaba levantando marejadilla y el mar andaba picado y hacía que se bambolearan los pequeños jabeques y faluchos del puerto, las lanchas bombarderas de las fuerzas sutiles, las naves guardacostas. El oleaje mordía el muro del malecón y un reguero de gotas salpicaba a los más imprudentes y osados. A lo lejos comenzaba a oírse ya la música de las gaitas escocesas como un rumor discontinuo, a bocanadas. Blanca aceleró y se situó en el primer hueco disponible mientras unas lugareñas la empujaban a codazos para abrirse paso en esa selva de gente.

—¡Fuera de aquí, zarrapastrosas! ¡Válgame Dios, cuánto sin oficio tenemos por aquí! Ama, tenga cuidado, que aquí nos afanan rápido la bolsa —comentó Antoñita refiriéndose a todos los buscavidas que habían terminado recalando en Cádiz esos días. También lo habían hecho nobles o hacendados que habían perdido sus propiedades al quedar estas en zona controlada por los franceses. Exiliados políticos, profesionales en busca de clientes, soldados que llevaba meses sin cobrar y se había desplazado hasta allí con la esperanza de que la Regencia les saldara sus pagas atrasadas o los destinara a algún sitio más provechoso, mutilados y heridos, viudas de guerra...

Muchos cuerpos y regimientos militares habían quedado tan destrozados que los supervivientes o se habían sumado a las guerrillas o, si eran menos aventureros, habían viajado a Cádiz para ponerse a disposición del gobierno rebelde. También se contaban por cientos los oficinistas y administrativos que habían mudado de corte, habían dejado Madrid —ahora en manos del rey francés José I, hermano de Napoleón— y se habían puesto al servicio del regente, el general Castaños. Junto a estos tipos, más o menos decentes, habían llegado por miles fulanas, ladrones, vividores, fulleros, contrabandistas y gentuza de todo pelaje y de toda condición. No había pensión que no estuviese a reventar, y eran muchos los particulares que estaban haciendo el agosto con los recién llegados, alquilando sus casas o cuartos —incluso azoteas— a precios desorbitados. Muchos se tenían que conformar con vivir debajo de un puente.

—Ihhh, ihhh, ihhh...

Las gaitas se acercaban. La música llenaba la atmósfera de una energía intangible. Los tambores y trompetas resonaban mezclados con el crepitar de la fusilería gala. La calle era un *totum revolutum* acústico a esas horas.

Desde el apretujado rincón donde Blanca y Antoñita se habían acomodado, la

muchedumbre aplaudió al ver aparecer al primero de los regimientos del desfile. El estandarte que llevaba el soldado que marchaba en cabeza decía «REGIMIENTO 79° CAMERON». Los *highlanders*, con sus altos penachos negros, sus casacas de cuello alto y sus *kilts*, fueron vitoreados; les siguieron otros escoceses, los del regimiento 94°, según atinó a ver Blanca entre aquella maraña de cabezas que tenía delante; después los fusileros irlandeses, el 88° de Gibraltar, los artilleros reales y el Essex Regiment. Cerrando la marcha, los portugueses del Regimiento 20° de Infantería de Campo Mayor.

El viento empezaba a resultar molesto y a robar sombreros. Aquel 1810 estaba siendo lluvioso y desapacible. Llorón. Blanca se arrebujo en su chaquetilla *Spencer* de terciopelo, se calentó las manos en el manguito y, una vez concluyó el espectáculo —con los pies machacados de tantos pisotones—, se dispuso a regresar sin demora a su casa, un palacete en la esquina de la calle del Candil, en pleno corazón urbano gaditano.

A paso vivo subió, junto con Antoñita, por las calles del Botín y del Calvario hasta La Alameda, giró por la calle del Aire hasta la del Tinte y se plantó en su mansión al mismo tiempo que un estruendo sobresaltaba a los viandantes, que corrieron a ponerse a cubierto. Era una bomba francesa, que debía de haber caído cerca. Aunque la artillería gala llevase disparando todo el día sin provocar muchos daños, en esa ocasión Blanca temía que hubiera hecho diana. Antoñita, inquieta, aporreó la puerta con la aldaba y esperó a que Tomás, el viejo mayordomo, abriese. El aire arrastraba con nitidez los gritos; tal vez hubiesen destruido algún edificio o hubiesen matado a alguien. Aunque llegasen con cuentagotas —la mayoría de aquellas bombas se quedaban cortas y terminaban cayendo al mar—, no por ello resultaban menos intimidatorias.

—¡Por Dios, abrid a la señora! —Antoñita volvió a golpear, impaciente, la puerta con la aldaba, y una voz de barítono aturdido por las prisas respondió dentro. Tomás, como san Pedro con su maza de llaves, con sus pies gotosos y un candelabro en la mano, comenzaba a descorrer el cerrojo. Sus manos, cada vez más temblorosas por el reuma, daban torpes vueltas a la llave, que parecía una carraca de feria pasada de rosca. La poca visibilidad que había tampoco ayudaba. El crepúsculo devoraba la claridad a velocidad de vértigo. La noche caía.

—Voy, ama... Un momento —dijo el servidor mientras las mujeres se refugiaban en el portalón de hierro forjado en cuyo frontispicio resplandecía un escudo de armas.

La mansión de los Malvar relucía señorial, ajena al peligro y a la guerra, con

aquel equilibrio arquitectónico que la hacía parecer inalterable al paso de los siglos. Ajena a las modas. En los trescientos años que había pertenecido a la familia, había sufrido pocos cambios y había mantenido la unidad de estilo. No era como otras: era un *collage* constructivo. A la luz del atardecer, el mármol rosáceo de su fachada respiraba y se reflejaba en la galería acristalada. Desde su azotea, los torreones permitían la vista panorámica de la bahía.

Blanca dedujo que su familia debía de haber regresado ya de sus quehaceres, porque se veía luz en las ventanas. El quinqué azul del dormitorio de su tía Paz titilaba por la fachada oriental, mientras que por el balcón del salón huían retazos de conversación femenina. Una racha de aire condujo hasta allí un tóxico aroma a cenizas; el humo hizo toser a Blanca y a Antoñita. La puerta se abrió cuando empezaban a resonar más disparos desde el baluarte de la Candelaria, cerca de donde ellas habían estado esa tarde. Los españoles respondían a sus sitiadores con más metralla y fuego. En un permanente toma y daca. En un *strepitus mundi* ensordecedor.

—Señorita, su hermana la anda buscando desde hace horas. La espera en el gabinete jade.

Blanca entregó su sombrero al sirviente y entró en el cuarto; su hermana, Elsa, tres años más joven que ella, reía acompañada por su prometido, Rodrigo, y la tía Carlota. Los tres estaban ya aviados y esperándola para tomar el carruaje camino a la embajada británica.

—¿Se puede saber dónde diantres andabas? —exclamó su tía, contrariada—. Es tarde.

—¡Si quedan dos horas para la cena! Y la tía Paz ¿no viene con nosotros?

—Claro que viene. ¡Iba a perderselo...! Pero ha habido reunión extraordinaria de la Junta de Damas; ahora está arreglándose —recalcó con cinismo doña Carlota mientras daba un trago a la copita de Málaga que se había servido—. Elsa y yo nos hemos vuelto antes, pero ella no, ¡tenía que quedarse hasta el final! Al parecer, hoy tocaba sesión doble de catecismo...

—¡Ya ves...! —dijo Blanca, divertida. La Junta de Damas estaba colaborando activamente en el reparto y lectura en las parroquias y mercados del catecismo político aprobado por el Gobierno para insuflar valor guerrero en unos momentos tan críticos.

Al estilo de los catecismos religiosos, aquellos librillos aclaraban cuestiones de enjuandía, como si era cristiano matar franceses o qué significaba ser un buen patriota en las circunstancias en que estaban... Aquellas «policatequistas» —

como las llamaba con sorna doña Carlota— eran un verdadero cuerpo de élite, un comando de acción inasequible al desaliento dirigido por doña Paz, cada vez más metida en su papel de Juana de Arco. Solo le faltaba la armadura. Por lanza, le bastaba la lengua.

—Por cierto, deberías haber asistido. No solo es descortés no hacerlo cuando has sido invitada..., es imprudente —recalcó su tía, mirándola de soslayo—. Más de una ha preguntado por ti. Les ha parecido muy vulgar que fueras a ver el desfile como esas busconas que coquetean con los soldados... Sí, sí, ya sé que son tremendamente aburridas —prosiguió al ver que Blanca iba a excusarse—, pero no puedes borrararte de tus obligaciones. —Y aquello supo a seria advertencia. Con la fama de afrancesado que ya acarreaaba su prometido, el que Blanca no se dejase ver por esas reuniones podría dar pie a que alguien los tachase de traidores. Corrían tiempos dudosos, y la caza a las brujas era un deporte nacional...

—La tía Paz cumple por todas nosotras... Pero sí, iré la próxima vez. ¡Aunque son insufribles! Siempre hay que hacer lo que digan esas viejas marisabidillas. Jamás aceptan propuestas ajenas, es que ni las escuchan —terminó, resignándose, Blanca.

—Así me gusta... Chica lista. —La tía, sonriendo, se sirvió más Málaga de la licorera de cristal tallado de La Granja y le puso una copa a su sobrina.

Sus mejillas agrietadas se contrajeron como un fuelle, involucionaron al absorber el humo del cigarrillo, que quedó prendido de sus labios repintados. Doña Carlota comprendía bien a Blanca, y de buena gana le habría gustado no decirle nada, pero la edad le había dado la suficiente experiencia para entender que estaban jugando con fuego, y su sobrina podría complicarse tontamente la vida. Y vive Dios que, si alguien sabía lo difícil que podía llegar a ser vivir marginada, al este del Edén, era ella. No deseaba algo igual para Blanca.

—Contadme qué habéis hecho, de qué habéis tratado hoy —le preguntó Blanca mientras, en un impulso, apretaba su mano ajada y escuálida. Un suave crujido óseo la detuvo antes de que con su energía la rompiera. ¡Parecía tan frágil y la sabía, sin embargo, tan resistente...! Sabía que opinaba igual que ella sobre muchas de aquellas mujeres, y su consejo era por su bien. Sí, debía ser más prudente y no llamar la atención. No pintarse ella sola una diana en la espalda. Sería contraproducente para sus planes. Podría poner en peligro a mucha gente.

Carlota de Malvar destripó con humor los asuntos tratados esa tarde en la Junta y Blanca rio de buena gana. Doña Carlota era la hermana díscola de su

padre, la portadora del título oficial de oveja negra de la casa. Había estado alejada del núcleo familiar un tiempo, reducto al que había vuelto, alegrando la vida de las chicas, al enviudar de un vulgar capitán. Adoraba a sus sobrinas en la misma medida en que aborrecía a su hermana Paz, a la que consideraba una hipócrita que había sacrificado su vida ejerciendo de santurrón en causas varias. El sentimiento era correspondido. Doña Paz consideraba a su hermana una descerebrada, alguien que nunca había sabido cuál era su lugar. Una egoísta y una estúpida sentimental.

Blanca habló afectuosamente con su futuro cuñado, tan encopetado como siempre, y comentó con ambos los entresijos del desfile de esa tarde. El *show* británico, su puesta en escena, el recibimiento estelar al que solo le había faltado una alfombra roja... Una vez repuesta de la caminata, subió a cambiarse.

En su vestidor, con el brasero de picón encendido y aromatizado con ramas de espliego, el ambiente estaba caldeado. Una doncella la ayudó a quitarse el atuendo de calle y le masajeó los pies mientras otra le cepillaba el traje de noche. Para la ocasión Blanca luciría un vestido estilo imperio. Lo llevarían la mayoría de las damas que acudieran a la recepción, aunque hacía tiempo que todo lo que olía a francés estuviera estigmatizado en España.

A diario las gaditanas preferían seguir la moda nacional: redecillas y madroños, estrechos jubones, mantillas y abanicos... Pero en los bailes elegantes lo correcto era utilizar diseños al estilo internacional imperante. Blanca eligió esa noche uno en gasa de seda verde *sarvenet* bordado en plata que resaltaba sus ojos oscuros como el petróleo. Guantes interminables, delicados zapatos y una capa abrochada con un joyón completaban el atuendo. Dos esmeraldas vestirían sus orejas, y al cuello, por único adorno, una cinta de seda.

Elsa había elegido uno de crepé amarillo con cola y bordado floral, y doña Carlota, uno más acorde a su estado de viuda, en tafetán azul marino. Con la tía Paz nunca se sabía: tenía el mismo perímetro que un saco de trinchera, todo desparramado, y el buen gusto nunca había sido una de sus virtudes. Hablaban de ello cuando la aludida hacía su entrada en el gabinete. Su hermana la miró con un gesto inaprensible de burla en los ojos. Doña Paz parecía envuelta en papel de estraza, como si fuera un paquete, un pedazo de jabón o un trozo de jamón del colmado. De color marrón parduzco, su vestido la hacía parecer incluso más vieja. A ella aquello le traía al paio. ¡Bastante le importaba a ella que ese año se llevaran los escotes cuadrados!

—¿Cómo estoy? —quiso saber, más por cumplir que por interés real en

conocer una opinión, y Rodrigo levantó el pulgar aprobándolo, su hermana dejó la copa en la chimenea y Elsa rio por lo bajo. Preguntó a su sobrina mayor por su prometido—: ¿Vendrá Fernando?

Blanca negó con la cabeza. Fernando acudiría en el carruaje de su familia y se reuniría con ellos en la cena. Aquella contestación disgustó a doña Paz: le parecía desconsiderado. Lo adecuado era acompañar a la prometida de uno, ir a recogerla en su calesa, ofrecerle su brazo... Blanca sonrió al oírla refunfuñar. Sabía lo cuesta arriba que se le hacía comprender los comportamientos que se alejaban una pulgada de las estrictas costumbres que le habían inculcado, evolucionar con los tiempos, aceptar las nuevas modas cortesanas.

Parecía increíble que sus dos tías fueran hermanas. Eran polos opuestos. Si doña Carlota era la alegría de vivir, doña Paz era la calma; era todo orden y principios inalterables. Aquel carácter había chocado con el suyo pronto. La tía Paz temía que Blanca se pareciese demasiado a su alocada hermana y echase por tierra su futuro.

Doña Carlota había roto su compromiso con un noble jerezano para casarse con un pobretón oficial de Marina con el que se dio a la fuga y provocó un terremoto en su época. Aquello, según doña Paz, había matado a su madre. Los Malvar habían estado años sin hablarle, pero doña Carlota, poco a poco, había ido volviendo al redil hasta hacerlo al completo al quedarse viuda. Su hermano Higinio, el vizconde titular y padre de Blanca, se había mostrado generoso y le había permitido vivir con ellos, dada su escasez de recursos. Una vulgar pensión de viudedad resultaba demasiado exigua para cualquiera de ellos.

Desgraciadamente, su reincorporación a la vida familiar no había llegado a tiempo de salvar a Blanca del suplicio de tener que pasar años interna en un convento. La tía Paz había hecho de aquel asunto su particular *casus belli*, y había logrado salirse con la suya. Consideraba, y le había insistido en ello a su hermano, que la joven había tenido hasta entonces una pobrísima educación, y la falta de su madre, fallecida hacía mucho, resultaba notable en su comportamiento. Era vergonzoso que aún no tocase el piano con la maestría que de una Malvar se esperaba o que se dedicase a vagabundear por la comarca — pasaba largas temporadas en su cortijo de Chiclana cazando, escopeta al hombro, con su padre, en las salinas o metiéndose en el fango de las marismas—.

Don Higinio había hecho oídos sordos a aquella idea, pero la inesperada petición de Blanca de romper su compromiso de conveniencia con Fernando de Soto —acuerdo establecido entre familias hacía años— para elegir libremente

esposo había obligado al vizconde a tomar cartas en el asunto. Preocupado por el carácter fogoso y las ideas modernas de su hija y persuadido por su hermana Paz de la necesidad de meter a esa chica en cintura cuanto antes, había decidido finalmente enviarla con sor Patrocinio, una vieja conocida de la familia, al convento del que esta era abadesa, en Conil.

Blanca no guardaba rencor ni a su padre ni a su tía, aunque aquella decisión hubiese acarreado consecuencias nefastas para ella. En realidad, no le habían mentido, y ambos habían tenido razón al asegurarle que allí aprendería lo que necesitaba saber una mujer. ¡Y vaya si lo había hecho! Aunque no fuera lo que ellos creían. Seguía sin dominar las técnicas de bordado —sus manos eran poco hábiles festoneando— o sin cantar con voz inocentona el ángelus, pero en cambio había aprendido bien lo que eran el amor, la pasión y el dolor del abandono. Entre aquellos recios muros, en el lugar más inadecuado del mundo, había vivido una experiencia que había arruinado su vida y agriado su existencia. Que la había trastornado y la había dejado tocada y hundida. Que la había sumergido en un pozo del que había tardado años en empezar a salir.

Blanca había descubierto demasiado pronto que una mujer no debía confiar jamás en un hombre; que el amor romántico era un fraude; que era preferible apostar por un matrimonio acordado en el que ambas partes tuvieran intereses semejantes porque así no habría desengaños, celos o esperanzas defraudadas. Si una iba con la verdad por delante, dejando traslucir las emociones, la utilizarían y harían daño... como a ella le había pasado. Durante años se había sentido incapaz de emerger a la superficie, volver a ser la persona feliz y confiada de antaño. Primero no había podido y ahora no quería. No podía. Aquella máscara que durante tanto tiempo había llevado consigo era ahora su capa de invisibilidad.

La lección había sido dura, de las que entran con sangre, pero la había aprendido a conciencia. Su cara, antes vital y expresiva, se había convertido en un antifaz y sus modales, antaño afectuosos, ahora eran altivos y distantes. ¡Y había dado resultado! Cuanto peor trataba a algunas personas, más se esforzaban estas por ganarse su aprecio..., empezando por su novio.

Blanca había levantado un muro de protección a su alrededor y había renunciado a la pasión. Así había conseguido aparentar ser la perfecta y egoísta aristócrata y, al mismo tiempo, impedir que el amor volviera a colarse en su vida y provocara otro seísmo. Había sufrido, pero no se arrepentía de lo experimentado. Había sido una vacuna. Tal vez no volviese a enamorarse en su

vida, y al menos podría morir sabiendo que había conocido lo que era eso.

Mientras se abrochaba la capa, pensó que la vida no podía ser más sorprendente. Lástima que todo hubiese terminado tan mal y aquel desengaño le hubiese causado un dolor tan terrible y un quebranto de salud, ¡pero es que había ocurrido todo de forma tan repentina que los acontecimientos la habían sobrepasado! No había estado preparada. Si hubiese sabido entonces más de la vida...

—Malditos gabachos... ¡Qué monserga todo el día con el pimpampum, me tienen mareada! —dijo la tía Paz ya en la calle, donde un nuevo bombazo hizo eclosionar un escaparate. Muchos, en algunas zonas, se veían apuntalados o resquebrajados y vigilados por golfillos.

Fue decir «gabachos» y Blanca percibió la mirada de sabueso de su tía intentando capturar cualquier reacción suya, saber si aquel francés que conociera tiempo atrás seguía importándole viendo lo que aquellos gabachos les estaban haciendo. Ella lo había olvidado —se decía a sí misma—, aunque su tía fuera de las que creyeran que donde ha habido fuego siempre quedan rescoldos. No era su caso, pero no tentaría a la suerte; no se permitiría un solo pensamiento nostálgico sobre aquello. Driblaría aquella amenaza fantasma. No echaría leña al fuego.

Aunque tuvo que reconocer que aquel enjambre de franceses en el horizonte había hecho que volviera a recordar lo sucedido cinco años antes, ¡y malditas las ganas que tenía de hacerlo!, llevaba mucho tiempo sin dedicarle a aquel hombre un solo pensamiento, y nadie había vuelto a hablar de aquel asunto en un lustro. El disgusto había sido aislado, puesto en cuarentena. ¿Por qué volvían a aparecer los franceses por Cádiz?

Ese era un tema tabú en su casa. Su romance con aquel extranjero no se había conocido fuera del estricto ámbito familiar, y así debía seguir siendo para no arruinar su reputación. El clan Malvar había hecho como si jamás hubiese existido, y ella creía haber pasado página, sorteado el abismo. Pero ahora no era difícil imaginar que él podría ser cualquiera de aquellos odiados galos que apuntaban con su arma a Cádiz. «¡Ojalá le pegasen dos tiros!», se dijo, pero inmediatamente sintió un escalofrío. Aunque quisiera ignorarlo, la sola mención de su nombre todavía era capaz de remover algo profundo y devastador en su espíritu.

Desde hacía días tenía el presentimiento de que Alexander volvería a cruzarse en su camino, que algunas alarmas se habían encendido y su corazón se estaba rearmando. Alguien parecía haber abierto el tapón de la botella, y el genio de la

pasión pugnaba por escapar de su cárcel.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Rodrigo mientras ofrecía, galante, su brazo a Elsa. Esta y su prometido parecían particularmente felices esa noche, y aquello hizo a Blanca sentirse envidiosa. Pensó, sentada ya en el birlocho, por qué ella no habría tenido tanta suerte, por qué no había podido contentarse con lo que tenía, como hacía su hermana.

—¡Arre! —gritó el cochero, y el carruaje se puso en marcha en dirección a la embajada británica.

La atmósfera urbana seguía siendo festiva. Gente por todas partes, vendedores ambulantes con sus carritos, pescadores que por una tarde habían abandonado el barrio de la Viña para disfrutar del espectáculo del desfile, marineros borrachos, fulanas ofreciendo sus servicios a troche y moche... El trayecto era corto, y en escasos minutos alcanzaron su destino. Una larga serpiente de carruajes esperaba su turno en los callejones adyacentes. Blanca vio a lo lejos el que lucía el escudo familiar de los Soto y a Fernando ofreciéndole el brazo a su hermana para entrar en el recinto.

Las Malvar subieron por la atestada escalera de mármol y aguardaron para saludar a los anfitriones. Allí estaban el regente, el general Castaños; el presidente de la Junta Central Suprema, Francisco de Saavedra; el gobernador general de Cádiz, el general Venegas; el capitán general de la Armada y responsable de las Fuerzas Sutilas de la bahía, don Cayetano Valdés; el jefe de la Escuadra española, don Ignacio de Álava; don Ignacio de Alvear y su hijo Carlos María; el general Lapeña y el héroe del momento, el gallardo y joven duque de Alburquerque, que había entrado en Cádiz con sus hombres —los últimos contingentes del ejército de Extremadura— perseguido por el mariscal Victor y había librado a los gaditanos de una ocupación inmediata. Otra importante representación de la Junta de Cádiz, con los prohombres más destacados cuyas fortunas mantenían el Tesoro Nacional, ocupaba ese día un segundo plano. Lo mismo que Juan Acisclo, el arzobispo de Cádiz, periodistas y cronistas políticos, intelectuales u hombres de negocios.

A la derecha del regente había tres tipos de rasgos extranjeros: un cincuentón con cara de caballo y sonrisa afable, el embajador británico saliente, sir Bartholomew Frere; su sustituto, un cuarentón de elegancia exquisita y gesto pétreo, Henry Wellesley, y el almirante Urban, que estaba al frente de la división portuguesa. Fuera del foco principal, el general Graham —que acababa de llegar para hacerse cargo de la Escuadra inglesa en Cádiz— hablaba animadamente con

lord Campbell y lord Holland, un diplomático británico afincado en la ciudad desde hacía años que le servía de intérprete. Otro militar estirado, el general Stewart, y el cónsul británico en Cádiz, *Mister Duff*, completaban el grupo.

Una vez finalizó el saludo, las Malvar se unieron a los corrillos que había aquí y allá. Fernando de Soto se aproximó a su prometida y, saludándola con un cortés beso en la mano, la invitó a acercarse a uno de los desconocidos, y los presentó. Eran los diputados provinciales que estaban llegando a Cádiz —a pesar de las dificultades, al estar España ocupada por tropas imperiales y encontrarse todos los caminos cortados— para constituir en breve las Cortes. El parlamento donde se decidiría el futuro del país, o, al menos, de lo que de él quedase libre.

Entre estos había gente incluso venida de las colonias: representantes de los virreinos y provincias americanas, muchas de las cuales se había declarado en abierta rebeldía ya. En los círculos se hablaba de política, de guerra, de alianzas... Blanca, aburrída, decidió acercarse a saludar a otros conocidos, entre ellos a su futura cuñada. Marina de Soto era una quinceañera que, junto a su grupo de amigas, señalaba con su abanico de seda a los jóvenes oficiales británicos que había en una esquina. La barrera del idioma mantenía separados a estos del resto de invitados, aunque el objetivo de la gala hubiese sido el ahondar en el conocimiento mutuo.

—Parecéis entretenidas... ¿A quién miráis con tanto interés? —preguntó, curiosa.

—¿Has visto a aquel pelirrojo con falda escocesa? ¡Es divino! —suspiró Marina.

—No seáis tan vulgares —dijo Blanca, y su tono cayó como un jarro de agua fría.

—Para vos es fácil... —le recriminó Paulita de Solís—. Si yo tuviera un prometido tan guapo, no necesitaría mirar a ningún otro. —Y las demás la secundaron, ofendidas.

Aquel comentario arrancó una sonrisa cínica a Blanca, que miró al aludido. Un grupo de damas rodeaba al que era uno de los caballeros más elegantes de la sala. Debía de ser la única mujer de todo Cádiz —pensó— que no había sucumbido a los encantos de aquel calavera. Fernando era de verdad atractivo, con aquel cabello oscuro como el misterio y unos ojos cristalinos como aquel mar suyo, un rostro apolíneo y un carácter afable... Tan paradisíaco como falso. Porque por debajo de aquellas aguas superficiales circulaban turbias corrientes, fluía el peligro. Y eso que a otras resultaba tan interesante a ella le disgustaba. Era el

motivo, disfrazado de excusas varias, por el que había retrasado varias veces su boda; porque no se fiaba de él... ni de su padre. Don Eugenio de Soto era... ¡pufff!, materia oscura.

—Vuestra suegra os hace señas —interrumpió sus pensamientos una de las muchachas. Blanca se limitó a contestar, gentil, con un saludo de cabeza, pero sin acudir a su llamada. Doña Guiomar y ella se detestaban cordialmente, pero la madre de Fernando gustaba de disimular, de jugar a tratarla como a una hija querida. Blanca no le seguía el juego.

Sus relaciones nunca habían sido buenas. Doña Guiomar la había culpado de los problemas habidos en la pareja, ciega a los defectos de su hijo. Para ella nunca habían sido importantes las ausencias prolongadas de Fernando ni los rumores sobre su vida de crápula en la capital. El que los dos apenas se hubiesen visto durante años era, a decir de su suegra, lo de menos. El problema —pensó Blanca en ese instante mientras se refrescaba con su abanico de plumas de cisne— era que ambos seguían siendo, a pocos meses de su boda, tan extraños como al principio; dos personas que jamás habían conectado. Dos planetas que circulaban en órbitas distintas.

Fernando casi no había aparecido por Cádiz durante sus primeros años de noviazgo, y, cuando lo había hecho, había sido por pura cortesía; sin ningún interés real en conocerla o ganársela. La había tratado entonces con condescendencia, como la ignorante e ingenua niña que era, y ella se había sentido minúscula e invisible. Para una joven tan soñadora y apasionada como ella, aquel trato había resultado humillante. Fue por aquel entonces, y de eso hacía ya siete años, cuando ella intentó romper su compromiso, después de haber sabido por chismorreos el tipo de vida que su prometido llevaba en Madrid. ¡Había sido tan bochornoso que todo Cádiz la compadeciera, que se burlaran de su lástima...!

Y tanto tiempo después... —pensó en aquel momento—, ahí seguían. Su relación con él parecía haber estado predestinada al desastre desde el principio, pero, inexplicablemente, había sobrevivido a todas las tormentas. Había roto con él, después habían vuelto... Si el amor no la hubiese partido, si las circunstancias hubiesen sido otras, no habría sucedido..., pero ahí estaban ambos, a escasos meses de su boda atados por promesas diluvianas, catastróficas desdichas e intereses espurios. Cuando decidió no volver a enamorarse jamás y aceptar de nuevo a Fernando se precipitó, pero ahora era tarde para desdecirse. Tendría que apechugar con ello.

Ahora veía las cosas con más claridad, pero en aquel entonces, agobiada por la promesa a su padre, nerviosa por todos los cambios que se avecinaban en su vida, llena de rencor hacia Alexander, seguir con Fernando le había parecido el mal menor. Además, las presiones, indignas de don Eugenio, habían pesado lo suyo, aunque aquello nadie lo supiera. Blanca había preferido aparentar que aceptaba las reglas del juego y reconsideraba su noviazgo, pero aquel chantaje del padre de Fernando —se recordó a sí misma— se lo cobraría algún día.

—¡Ohhh! ¿Habéis visto a aquel Hércules rubio? —señaló Marina a un joven oficial embutido en unos leotardos blancos. Paulita señalaba al otro lado, donde un joven diputado liberal de cabellos largos y sonrisa franca estaba guiñándole un ojo; la muchacha, enrojeciendo, jugó a taparse los labios con su abanico de seda y a sonreír, coqueta.

Los comentarios subidos de tono de las muchachas devolvieron a Blanca a la realidad.

—Vamos, decid, ¿cuál os gusta más? —le insistió la joven Miguelina Ortiz—. Con nosotras no hace falta que disimuléis. Ya sabemos que es vulgar, pero a nuestros prometidos ya los tenemos muy vistos. Esto es más emocionante.

—Sin duda. Lo nuevo siempre genera expectac... —Blanca estaba contestando cuando un gesto demudó su cara de repente. Las trompetas del Apocalipsis la habrían asustado menos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Marina. De la bandeja que ofrecía el camarero le acercó un ponche, y Blanca, algo repuesta tras darle un buen sorbo, contestó:

—Olvidaos de esos oficiales. Son escoria —escupió las palabras.

Las demás callaron, sorprendidas ante el inesperado tono crispado de Blanca, pero Marina le quitó importancia. Estaba acostumbrada al carácter de su futura cuñada, y lamentó que una mujer como ella, de apariencia tan sensual, tuviese un corazón de piedra.

—¡Pobre hermano mío...! —se limitó a decir con un suspiro mientras seguía flirteando sin pudor.

Con la respiración entrecortada, Blanca se aproximó al lugar donde sus tías charlaban con otras viejas comadres y desde un rincón poco visible disparó una mirada en ráfaga al grupo de oficiales ingleses que acababa de entrar. Eran cinco, con sus casacas azules, camisas, corbatas negras al cuello, calzones blancos, charreteras doradas e imponentes bicornios. Estaban sirviéndose un cóctel y charlaban entre ellos. El último, un tipo espigado de cabello claro y ondulado atado en una coleta, gesticulaba sombrero en mano ¡y parecía Alexander!

Blanca se frotó los ojos. O se estaba volviendo loca o aquel marino se parecía como una gota de agua a otra al hombre del que se había enamorado estando en el convento; el mismo en el que llevaba pensando toda la tarde... Era como si el pensamiento lo hubiese arrastrado hasta allí, como si lo hubiese invocado. ¡No podía ser! Era imposible. ¡Si además era inglés! Increíble, lo persiguió con la mirada temiendo que aquella visión fuera un espejismo y en cualquier momento se desvaneciera como la pólvora en el aire.

Él pareció presentir unos ojos inquisitivos clavados en su espalda y miró en su dirección sin descubrirla. Sí vio cerca a lady Holland sentada, degustando un bocado, y se le acercó. Debían de conocerse, según dedujo Blanca por la familiaridad en su trato. La vieja parecía encantada de poder pegar con él la hebra.

Al rato, el hombre volvió a su grupo. Según pasaban los minutos, lejos de desvanecerse, la visión parecía ir cogiendo fuerza. Era él. El corazón de Blanca amenazaba con estallar en mil pedazos. Ahora, la que retumbaba era su bomba cardíaca. Había escuchado su carcajada y automáticamente se le había erizado la piel. Debía de ser él cuando todo su cuerpo reaccionaba como lo estaba haciendo. Temblando. Tal vez sus ojos dudasen, pero su corazón parecía tenerlo claro. De un trago se terminó el segundo ponche de la noche. El ardor del alcohol al atravesar su garganta la permitió rehacerse, coger aire.

—Blanca, dice doña Berta que, si has estado esta tarde en el desfile, se lo cuentas todo. Se muere de curiosidad —le pidió su tía Paz, y Blanca maldijo por lo bajo. Estar describiéndole a aquella cotorra el desfile era lo que menos le apetecía en ese momento.

Blanca fue lo más breve posible, y, cuando la curiosidad de doña Berta quedó satisfecha, volvió a su madriguera con otra copa en la mano y la intención de seguir escrutando los movimientos del misterioso oficial recién llegado. Dio un sorbo a su tercer ponche y comprobó que su grupito había salido al jardín a fumar. El ambiente en el salón estaba muy cargado, y tal vez necesitaran una bocanada de aire fresco. Sin pensárselo, aprovechó para acercarse a lady Holland. Tal vez no tuviera otra oportunidad mejor en toda la noche. Le preguntaría por él. Sería la forma más rápida de salir de dudas.

—*My darling*, la veo a usted muy blanca —le dijo con su peculiar acento la mujer, que, por lo demás, era bastante simpática.

—Sí, debe de ser el calor —contestó ella mientras se abanicaba intentando disimular el rubor.

—La semana próxima ofreceré un cóctel *in my house*... —dijo mezclando palabras en uno y otro idioma—. Espero que vengan, usted y su *family*.

—Se lo agradezco infinito, milady —contestó Blanca, aún sofocada.

La conversación siguió por aburridos derroteros sin que la joven supiese cómo encauzarla hacia el tema que le interesaba. Lady Holland hablaba sin parar de lo bien organizado que estaba todo: de la cantidad de barriles de whisky que habían desembarcado aquella tarde de las bodegas del Sheraton o de la suerte que había tenido su esposo al poder ofrecer su casa como alojamiento a lord Wellesley en su primera noche en Cádiz.

Blanca hizo intento de intervenir, pero la mujer no daba pie y continuaba divagando sobre la presencia del rey José en Sevilla y las exigencias del mariscal Victor al regente de rendición inmediata de Cádiz. Blanca tenía su propia opinión del tema, pero en ese momento, bañada en alcohol de cuarenta grados, no estaba para disertaciones militares. Envalentonada por el ponche, terminó por preguntarle por los oficiales recién llegados.

—¿Pero cómo, *my darling*, no se los han presentado aún? Espere y le pido a *my husband* que lo haga.

—No, no me refiero al general Graham o a lord Wellesley, sino a... aquellos —dijo avergonzada, refiriéndose a los que rodeaban al gemelo de Alexander, que habían retornado de nuevo al salón.

Lady Holland se entretuvo mirando con sus antiparras, y Blanca deseó poder gritarle que se diera prisa. Frente a ella, su tía Paz, la única que parecía haberse dado cuenta de su curioso comportamiento durante toda la noche, amenazaba con abordarla. Conociéndola, con lo entrometida que era, estaría como loca por saber de qué hablaban. Blanca temía que se acercase e interrumpiese la conversación. Tampoco era el único peligro. Al menos, como comprobó tras echar un rápido vistazo a la sala, Elsa solo tenía ojos para Rodrigo y Fernando seguía con su padre peregrinando de un grupo a otro. Por fin lady Holland logró enfocar la mirada y saber quiénes eran los jóvenes a los que su acompañante se refería. Empezó a nombrárselos; algunos eran hijos o nietos de conocidos suyos.

—... y el más bajo es Cedric Hayles, *grandson*..., cómo se dice..., el nieto del barón Rochester, amigo de la infancia de lord Holland; *very* encantador —dijo amablemente mientras degustaba un emparedado—. A su lado están el teniente Cameron y el hijo mediano de Albert Paddon, conde de Carrick —dijo, y esta vez señaló a Alexander.

—Perdón —la interrumpió Blanca sin contemplaciones—. ¿Aquel dice usted

que se llama...?

—Ese es mi querido Alexander. Alexander Paddon —dijo mirándolo a través de sus anteojos y sonriendo—. Su padre es un hombre muy estricto. Mi esposo lo conoce bien de la Cámara de los Lores. En realidad, conocemos a toda su *family for a long time*. Conozco a Alexander desde que era niño. Un joven *excellent*.

—¡Ahhh! —exclamó Blanca, confundida—. Desde hace tiempo, entiendo... — Y lady Holland asintió.

—*Good people*. Buena gente, como dicen ustedes —insistió la inglesa—. Su hermano mayor está casado con una muchacha adorable, y su madre es pariente lejana mía.

—Gracias, lady Holland —dijo Blanca—. Tengo que dejarla; mis tías me requieren —mintió. Necesitaba salir pitando de allí y aclararse las ideas.

Había sido un espejismo, pero aquel hombre se parecía tanto a su Alexander ¡que incluso se llamaban igual! Aunque estaba claro que uno era francés y el otro británico, hijo de un conde... No podían ser el mismo. Bien mirado, este parecía más corpulento —siguió su mente incansable—. Claro, que durante aquellos meses el suyo había estado al borde de la muerte y su estado físico no había sido precisamente el de un hombre muy en forma.

Después de rescatarlo del mar, había estado semanas inconsciente. Aún lo recordaba con nitidez: el cráter de sus ojeras, la maraña de pelo que hubo que rapar para evitar los piojos, el cuerpo herido y famélico... No, era imposible que fueran el mismo hombre. Además, este parecía más alto. Su cabello también era más claro y ondulado, y, además, ¡qué diablos!, de ser él, la habría reconocido. Tampoco estaba muy segura de que la hubiese visto. Si se acercase..., tal vez pudiese salir de dudas, ver su reacción.

—¿Bailamos, querida? —la sobresaltó en ese momento su prometido.

Tan embebecida andaba en sus pensamientos que ni cuenta se había dado de que la música y el baile habían comenzado y Fernando estaba buscándola. Sin poder negarse, le entregó su mano y salió al centro de la pista como si cruzara un umbral. Durante un rato ejecutaron con destreza las contradanzas al tiempo que saludaban a otras parejas de su edad. Blanca apenas podía atender las conversaciones ni devolver los saludos: sus ojos buscaban sin parar al inglés, su instinto primigenio la hacía levitar, una desasosegante sensación la quemaba. Temía que abandonara la gala, desapareciese y la magia se evaporase...

«¿Pero para qué quiero que se quede?», tuvo que preguntarse, enfadada, a sí misma. Solo era alguien que, curiosamente, se parecía a otro hombre al que ella

antaño había amado. Si fuera él, ya la habría descubierto. Durante media hora había bailado sin parar en medio de la sala y había estado a la vista de todos los presentes, aunque, según comprobó de nuevo al escucharle reírse mientras su grupo volvía a salir, él no parecía haber echado un solo vistazo a los danzarines ni a las damiselas que se arremolinaban como torbellinos cerca de los oficiales con la esperanza evidente de que alguno las sacara a bailar.

«Sí, no; es él..., no lo es»; durante un buen rato no paró de deshojar la margarita al respecto. Tan pronto creía una cosa como la contraria. Aquello le dio jaqueca. Él, de ser él —concluyó—, jamás supondría que la joven interna del convento fuera la vizcondesa de Malvar. Ella nunca se lo había confesado, y, por tanto, él no la reconocería en ese papel. Además, físicamente, ella también había cambiado mucho. Quedaba poco de la vivaracha, sonrosada e inocente adolescente. Aunque la tuviera de frente, podía ser que no la recordase. ¡Si casi no se reconocía ni ella! Los nervios la empezaban a estrangular.

—¿Os pasa algo? ¿Os encontráis bien? Si queréis, puedo llevaros a casa. Durante toda la noche os he visto mala cara —le dijo Fernando—. No deberíais haber acudido al desfile, os ha agotado.

—Puede ser. Me duele algo la cabeza —añadió, y en ese momento no mentía. La tensión la tenía agarrotada. No sabía si reírse a carcajadas de su estúpida confusión o seguir indagando sobre el misterio, sobre aquella cascada de coincidencias. Finalmente decidió que era una locura y pidió retirarse. Mientras Fernando se acercaba a comunicárselo a la familia, Blanca, incapaz de ofrecer conversación a nadie, salió al jardín. Necesitaba recuperar el pulso.

Después de pensar en él esa tarde, ahora, sugestionada, le había parecido ver su fantasma. ¡Sí, eso debía de ser! Ambos guardaban un gran parecido e incluso compartían el mismo nombre, pero era imposible que fueran el mismo tipo. Debía terminar con esa estúpida idea. Pero ¿y si era él? ¿Y si de repente volvía a respirar en la misma habitación que ella? ¿Y si su voz podía volver a calentar su vida? ¿Qué significaba? ¿Que era un espía? Cayó de golpe. «¿Ahora o entonces? Debió de ser entonces, puesto que lady Holland lo conocía hacía tiempo». ¿La engañó durante su convalecencia después de Trafalgar? ¿Lo suyo fue todo mentira? ¿Justo él, que conocía su secreto...? Y aquello la hizo temblar.

—¿Estabais aquí? No os veía —le susurró al oído su prometido—. Abrigaos o enfermaréis. Ya está el carruaje en la puerta. Salgamos. En cuanto lleguéis a casa, acostaos y descansad.

Blanca no rechistó; se despidió de sus tías cuando de uno de los pasillos

laterales que daban acceso a la sala de juegos le salió al encuentro un grupo de oficiales ingleses armando jarana. Uno de ellos, el más bajo, llevaba la cara colorada y los ojos inyectados en sangre como un vampiro. Blanca supuso, por su tono rabioso, que debía de haber perdido una buena suma a la ruleta y que sus compañeros se burlaban ahora de él.

El encontronazo involuntario cortó de forma abrupta las risas. Blanca comprobó cómo el hombre que había ocupado todos sus pensamientos estaba ahora frente a ella, a escasos centímetros. A la altura de sus ojos. Mientras los demás se disculpaban, Blanca percibió la tensión en el ambiente, el gesto incrédulo de él, su mirada a medio camino entre la sorpresa y la alucinación. Incluso, le pareció leer en sus labios su nombre: *Blanche...*, como él le decía.

Entre el mar de *sorrys* que se dijeron, ella solo pudo percibir con nitidez el suyo, y entonces sí que reconoció su acento. Como si su voz la llevara incrustada en alguna región olvidada del cerebro. Nadie excepto él hablaba con ese sonido lánguido y sensual...

—*Sorry for the awkwardness, milady* —repitió él, pasmado, mientras seguía interrogándola con la mirada.

Los ingleses iban algo bebidos, y una vez se disculparon, trataron de continuar su camino. Fernando les daba la espalda y, cogiendo del codo a Blanca, tiraba de ella hacia la puerta. Blanca comenzó a caminar con el corazón bombeándole como un lanzagranadas; sabiendo que detrás el inglés seguía quieto, en *shock*, intentando certificar lo mismo que ella había hecho toda la noche: si era o no ella. Si era una aparición.

Él escuchó las voces de sus colegas llamándolo, pero no se movió. Parecía clavado al suelo de la embajada. Engullido por tierras movedizas. Sentía que volvían a sangrar heridas cicatrizadas hacía mucho tiempo. Recuerdos de otra guerra. Esta, personal.

Al salir, mientras un lacayo atendía a Fernando y el carruaje emergía de entre la niebla, Blanca no pudo evitar echar un último vistazo al interior; allí continuaba él convertido en estatua de sal. Al girarse, él hizo un amago de acercársele, pero su dura mirada lo paró. Un instante después la vio desaparecer succionada por la negritud de la madrugada. Como si la cabeza le pesara demasiado, el inglés se reunió con su grupo, pero ya no volvió a beber más. El alcohol —pensó— debía de haberle jugado una mala pasada.

Fuera, la vizcondesa de Malvar se acomodaba en el carruaje mientras su prometido pellizcaba de la caja de rapé una pizca y se lo introducía por la nariz.

Después de estornudar, Fernando se recostó sobre el acolchado asiento en silencio; ambos continuaron sin hablar: ella, más pendiente del frenesí que le corría por las venas que de su futuro marido; él, de poder regresar a la fiesta.

El viento de la tarde se había intensificado, había cogido carrerilla. Una atmósfera goteante lo empapaba todo. Oía a salitre, a barro y a lágrimas. Con la cara pegada al frío cristal y los ojos cerrados, ajena a su prometido, que desde el asiento de enfrente la miraba de vez en cuando, dejó vagar sus caóticos pensamientos. Era Alexander Perrin... y ni se apellidaba así, ni era de Nantes, ni procedía de la pequeña nobleza rural dedicada al comercio de vinos, ni la había querido nunca... ¡Era inglés, y el hijo de un importante conde! ¡Pero era él! ¡Su intuición no la había engañado! ¡Alexander estaba en Cádiz! Su peor pesadilla se había materializado. La vida, que le había pisado el cuello y hundido durante tantos años, ahora la sacaba de las profundidades.

Su mente no paraba de hacer conjeturas, de pensar cómo se comportaría ante él de ese día en adelante..., porque era fácil que volvieran a coincidir en cualquier acto. «¡Eres estúpida —se recriminó a sí misma—. ¡No pasará nada! ¡Harás como que no lo conoces y punto!». «Como si fuera posible», añadió para sí en silencio, y después intentó sonreír a Fernando, que le advertía de que estaban aproximándose. Oía su voz como un eco lejano, aunque estuvieran pegados.

Aunque iba sentada, notaba que sus piernas temblaban, y se preguntó si sería capaz de disimular y salir del coche una vez llegara a su destino. Instantes después lo hacía. Fernando, que había respetado su silencio, la ayudó a bajar y después regresó, en un mutismo total, al vehículo. Volvería a la fiesta y aún tendría tiempo de tomarse algo. Blanca, agotada por las emociones, se despidió y, ya dentro, en el recibidor, entregó sus pertenencias al servicio. Se disponía a subir a su dormitorio cuando el mayordomo la interrumpió.

—Señorita, tiene visita. Es ese truhán... La espera en la biblioteca. Malas compañías, ama, si me permite decírselo.

—Está bien, Tomás... —dijo ordenándole callar con un gesto cansino—. ¿Pero ahora? ¿Hay algo urgente? —preguntó, inquieta. Decidida, como si se hubiese recuperado de la jaqueca de golpe, abrió la puerta y vio a Genaro Pineda. Removiendo las ascuas de la chimenea con un atizador, degustaba un brandy que se habría servido él mismo de la que fuera la licorera favorita de su padre. La saludó, cortés.

—¿Qué demonios ocurre? ¿Está loco, viniendo a mi casa a estas horas de la noche? —Solían verse en el depósito de vinos que había pegado a la taberna del

Cirilo, dos calles más abajo—. ¿Ha sucedido algo? ¡Dígame! ¿Está mi gente bien en el cortijo? ¿Se ha podido sacar el ganado?

—Sí, señora... Tranquilícese. Están todos bien... de momento. Crispín y los demás consiguieron salir a tiempo *pa* Sierra Morena y llevarse el ganado no solo de usía, sino de otros vecinos. También lograron sacar la cubertería y demás cosas de valor transportables. Contactamos sin problemas con los hombres del general Beginés —dijo refiriéndose al mando español que estaba organizando tropas irregulares en la zona—, y alguno de ellos se unirá a sus filas. Crispín dijo que regresaría a Las Piñas, tal y como usía le ordenó. Los caballos y los sacos de harina, como puede suponer, han sido muy bien acogidos. No están sobrados —dijo mientras mordía la punta de un cigarro y lo encendía con un ascua.

—¿Han ocupado los franceses ya todo el pueblo? ¿Han entrado en Las Piñas?

—En Las Piñas no... De momento. El pueblo está a reventar. La ermita se ha convertido en el cuartel general de Victor. Ese condenado ya ha arrasado con todo lo que ha podido —dijo dando una profunda calada al puro y soltando el humo en forma de aros—. Han ocupado casi todas las casas señoriales, y embargarán aquellas cuyos propietarios no se presenten en la próxima semana y juren su lealtad a Pepe Botella —dijo utilizando el mote popular del rey José I— y las nuevas leyes.

—¡Desgraciados...! —maldijo Blanca por lo bajo—. ¡Canallas!

—Eso no son formas de hablar *pa* una señorita... —contestó el otro, divertido, pero ella le hizo callar con una mirada glacial—. Veo que no está usía *pa* bromas... Tiene mala cara.

Blanca hizo sonar la campanilla y Maruja le llevó un vaso de leche con un chorro de brandy. Recostada en el sillón de piel, masajeándose la frente en un intento por recuperar la lucidez y la serenidad que le habían faltado toda la velada, preguntó al contrabandista si quedaba algún conocido en Chiclana, el pueblo al que se referían y en el que los Malvar tenían su cortijo y donde muchas familias adineradas de Cádiz poseían residencias campestres.

La suya incluía una magnífica casa de campo, varias ganaderías, una cuadra, tierras, una explotación de salinas y dos molinos. Justo debajo de uno de estos, Blanca había ordenado hacía unos meses —cuando se supo del avance francés en Andalucía— abrir el túnel excavado hacía años y adecentarlo como refugio secreto. Nunca estaría de más contar con algún lugar donde pudieran esconderse aquellos patriotas que huyeran de los franceses.

Pero la cosa se le había ido de las manos. Su gente, adiestrada por Pineda,

llevaba tiempo sacando a cientos de huidos, cobijando a hombres cuya cabeza tenía precio... y, por lo que sabía, sabotando, robando lanchas francesas — perdidas en ese laberinto de marismas— o interceptando comunicados enemigos. A los nervios de Blanca por que tanta gente ya en Cádiz supiera del sello con la cabeza de flamenco, heredado de su madre, que usaban para verificar los salvoconductos, ahora se unía que Paddon hubiese visto dicho objeto tiempo ha.

Si no se presentaba ante José I, podrían tener la excusa perfecta para confiscarle todos sus bienes, y no podrían seguir usando los refugios ni los pasadizos. Blanca no le había dicho nada a su familia; no quería preocuparles, pero consideraba que su obligación moral para con todos aquellos paisanos que no pudieran trasladarse a Cádiz y tuvieran que resistir en zona ocupada era proporcionarles al menos lo necesario para poder protegerse. Comida y medicamentos —que Pineda transportaba en su falucho hasta allí—, así como información y todo tipo de certificados falsificados para los más buscados.

—Quedan pocos caballeros... —dijo el hombre levantándose, asomándose a la calle a través de las pesadas cortinas con flecos. Llevaba unos calzones ajustados, con botones, a sus robustas piernas, que parecían dos troncos; botas altas, camisa de anchas mangas y un chaleco negro. Al cuello, un pañuelo con un nudo medio deshecho, y en la cintura, una faja de donde sobresalía el mango de una gran cachicuerna cuya hoja de acero debía de medir más de un palmo. La barba de varios días acentuaba su dureza, y redefinía sus mejillas hundidas y cadavéricas. Tenía una nariz que semejaba una aleta de tiburón, y llevaba el pelo atado con un cordel en la nuca. Imponía, pero no a ella, que lo conocía hacía tiempo y lo había contratado en más de una ocasión.

De profesión, contrabandista, Pineda era en esos tiempos un hombre muy valioso. Un comodín, un as en la manga. Desde hacía meses cumplía las tareas que Blanca le había encomendado —y pagado—. Era su brazo armado.

—Si está pensando en ir, no se lo aconsejo —le dijo—. Solo es una trampa legal *pa* poder quedarse con todo... Pero, vaya o no, lo harán de igual modo. Solo conseguirá que la detengan... O aún peor, que la ahorquen. Mícala, la cocinera, o alguna mujer de su servicio podrían pasarse por *usté*. La quieren una *jartá*.

—¡No sea estúpido! No engañarían a nadie. Ni siquiera saben leer o escribir. Los franceses son franceses, no imbéciles. Los descubrirían y tomarían represalias. Si es necesario, iré yo... ¿Y del convento en Conil qué sabe? ¿Lo han cerrado como han hecho con otros? ¿Siguen allí sor Patrocinio y el resto de monjas y novicias?

—Sí..., pero lo han tomado. Como hospital, y las monjitas, más que otra cosa, son prisioneras. Su amiga Azucena ha sufrido una recaída. La sor me manda que le diga que está mejor.

—¿Ha enfermado? ¿Está seguro de que está mejor? —siguió ella insistiendo, ante lo que el hombre hizo una tenue elevación de hombros y tiró la colilla a la chimenea.

Iba a ajustarse el sombrero calañés y a echarse la manta zamorana por encima para irse cuando Blanca lo retuvo. La idea de ver a Azucena, asegurarse de su estado de salud y al mismo tiempo hablar con ella se acababa de abrir paso en su mente. Necesitaba tratar con alguien de la reaparición de Alexander, y ella era la única en el mundo con quien podría hacerlo libremente, sin tapujos. Junto a ella había estado el día que encontraron al náufrago moribundo, escupido por las olas a la playa, herido en la batalla ocurrida el día antes cerca de cabo Trafalgar. Tenía que verla.

—También quería decirle —interrumpió el contrabandista sus pensamientos— que a partir de ahora no podré estar a su disposición siempre que quiera: me voy a unir a las guerrillas de mar —dijo usando el rimbombante nombre que la Regencia había dado a los voluntarios, en su mayor parte contrabandistas y piratas, que ayudasen poniendo a disposición del Estado sus propias embarcaciones, fueran estas pequeñas o grandes y estuvieran en el estado en que estuvieran—. Solo entre servicio y servicio podré seguir cumpliendo sus mandados.

—No le hacía tan patriota... Me sorprende —dijo Blanca—. Pero espero que, sea como fuere, pueda seguir contando con usted; si no siempre, al menos de vez en cuando. Lo que nos traemos entre manos es peligroso y complejo. No puedo de repente empezar a confiar en gente a la que no conozco de nada. Y se me antoja mucho para mis criados. La red ha crecido demasiado.

—Sí, eso iba a decirle. Pare. La cosa está descontrolada. Y si, como me comentó hace dos días, Valdés va a empezar a anegar la zona, podríamos caer por el propio fuego de los nuestros: en la oscuridad de la noche no se apreciará bien quiénes somos. Podrían bombardearnos. No se complique la vida. Ha sido *usted* muy valiente ayudando a esa gente, pero póngase a un lado ahora.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere, niña? Mire que salir de la seguridad de Cádiz es cruzar un umbral que tal vez no tenga retorno. Allí fuera no hay *naide* seguro.

—Aquí tampoco. Ayer desparramaron los sesos de mi vecino el sastre de un

bombazo. La tienda se ha venido abajo. Esta vez llegó con resaca la explosión.

—Con más motivo. Déjeles esto a los profesionales... No descansaremos hasta que no quede ni un puto *mesié* en la bahía. Les vamos a meter a esos gabachos su chulería por el oje...

—No hace falta que sea tan soez..., me hago cargo —dijo ella interrumpiéndolo—. Antes de que se ponga al servicio de Valdés, convendría llevar más avituallamiento, más medicinas.

—Por cierto, sus criadas se negaron a entregarme los sacos que les pedí; debieron de temer que me los quedara y s...

—¡Maldita sea! ¿Acaso no dejé claro que usted era MI —recalcó— enviado?

—Los tiene bien enseñados, señora.

—Ya... ¿Cuándo regresa a la zona?

—Mañana mismo. Por eso, porque he quedado al alba, he venido esta noche a informarla a *usté*. Requieren mis servicios en otro sitio.

—Les pagaré bien —dijo estimulando su avaricia—. Prepárenlo todo. Iré con usted. Haga lo que tenga que hacer, pero lléveme primero a Conil y luego a Chiclana. No, no admito negativas —dijo al comenzar el otro a buscar excusas para rechazar la propuesta—. Recuerde que tiene un acuerdo conmigo... y está a mi servicio. Lo hará y punto.

—Es una locura. Los franchutes no se andan con chiquitas. No existe más ley que la suya, y no respetan a nada ni a *naide*. Tampoco a las damas. Bueno, me parece que a estas, menos que a *naide*. Todo el arco de la bahía es el frente, y disparan metralla sin preguntar antes quién va. En algunas calas tienen ocultas lanchas incendiarias, y los accesos están cortados. Solo llegar es arriesgado... Estar allí, más. Hay soldados por todas partes. Insisto: es muy peligroso.

—Vivir es peligroso —le contestó ella—. Le agradezco que me informe de cómo está la situación, pero nadie conoce mejor que yo esas tierras. Me las he pateado miles de veces; sabré llegar a donde me dirijo. Necesitamos asegurarnos de que tanto el convento como el sótano del molino se puedan seguir usando como refugios para los nuestros. Si hay que bloquear algunos canales, desobedeciendo a Valdés, lo haremos. Los dos caños que se verían afectados no impedirán a Valdés estrangular a los franceses e impedirles asentarse en las desembocaduras o acercarse al arsenal de la Carraca —dijo, vehemente.

Pineda la miró, curioso y sorprendido. Si le había gustado trabajar con ella todo ese tiempo era porque, a pesar de su apariencia de damisela engreída, era una persona muy fría y racional que nunca proponía tonterías. Hasta ahora. No

sabía qué bicho le habría picado, pero le daba el palpito de que no era solo lo de Valdés, lo de José I o la necesidad de reorganizar la red de evasiones. Le ocultaba algo.

—Si no queremos que inunden nuestros refugios, debemos asegurarnos de que las zonas anegadas sean otras. Sé dónde están ubicados todos los abrevaderos, los desagües, las presas... Tengo que saber en persona cómo marcha todo y traerme a Cádiz a los criados de mi casa que quieran venirse conmigo.

El hombre siguió poniendo pegas sin comprender la abrumadora sensación que embargaba a su patrona. El cúmulo de sucesos del último día amenazaba con desmoronar su mundo. El muro que durante tantos años la había mantenido aislada del peligro acababa de caerse de un soplido. Su corazón, su vida, su fortuna, su nombre, su hacienda, su gente..., todo pendía de un hilo. De repente entendía que no podía seguir encerrada en su cascarón sin mancharse, sin remangarse. Que tendría que salir al mundo, atravesar las grandes aguas, cruzar ese peligroso umbral del que Pineda le hablaba y tocar tierra en algún sitio. Ese umbral podría significar la vida o la muerte, cierto, pero también la diferencia entre la plenitud y el vacío.

Nunca había hecho nada de eso por darse importancia, no pretendía salir en las gacetas ni pasearse, mantilla en ristre, de iglesia en iglesia en rogativas. Su ayuda solo había sido un inicio del deshielo —ahora sabía— que acontecería. Y debería haberlo visto venir, porque esa mañana se habían acumulado las señales: el susto que se había dado al creer perdido el anillo del flamenco; el reencuentro después de años con María Ramos, otra de las internas de aquel fatídico día en que el mar no paró de vomitar muertos en sus playas; el azul apocalíptico del océano, lo mucho que había pensado en él de repente...

Llevaba años vacía. Blindada emocionalmente, sin capacidad de respuesta. Como encerrada en una cripta, presa de algún encantamiento como las princesas de los cuentos de cuando era niña. Pero lo que no habían podido ni su familia, ni el tiempo, ni su novio, ni su próxima boda ni su compleja vida social lo había logrado la guerra: ponerlo todo otra vez patas arriba. En ese momento no sabía si sentía más miedo que deseo de ponerse en marcha, de recuperar las riendas de su vida, que durante tanto tiempo había dejado tiradas por el suelo.

—Rápido —dijo Blanca entregándole a Pineda sus cosas—. Márchese. Ahí vienen mis tías, y no deseo que lo vean. No quiero que sepan lo que nos traemos entre manos... Se preocuparían.

—Pues si va a dar ese paso y va a abandonar Cádiz jugándose la vida, deberían

saberlo...

—Haga lo que le digo —dijo ella, seca—. Cuanta menos gente sepa lo que hacemos, mejor. Esto no es un juego, y Cádiz es un nido de espías. No me fío ni de mi sombra. Espéreme donde la otra vez. En el embarcadero de la Hijosa, junto al arrecife. Antes del alba estaré allí. Háganme un hueco en su gabarra.

—¡Maldita terca! —musitó él por lo bajo mientras ella desaparecía de su vista.

PRIMERA PARTE

CÁDIZ, 1805

(CINCO AÑOS ANTES)

1

El trabajo en el huerto había disminuido. Estaban ya a finales de octubre y sor Patrocinio había enviado a un grupo de internas a quitar malas hierbas y preparar las tierras para la próxima siembra. El cielo estaba tormentoso y áspero, y en el claustro la hermana Saturnina se afanaba en enseñar a leer a un racimo de niños, hijos de los pescadores del pueblo, que andaban ese día algo revoltosos. Inesperadamente, las campanas de la iglesia adyacente al convento de la Victoria comenzaron a tocar a rebato. A vocear peligro.

Grupos de monjas con sus hábitos, novicias e internas, dejaron sus tareas y se dirigieron hacia la capilla, donde sabían —cuando tocaban así las campanas era porque algo grave ocurría— que estaría esperándolas la madre superiora. Quedó rota la paz de la congregación y se armó un gran revuelo de chiquillería y faldas. Los alumnos, que habían estado más atentos al estruendo procedente de alta mar que a las enseñanzas de su maestra, se despidieron camino de sus casas. Blanca y sus amigas, Azucena y Candela, se apresuraron a dejar las carretillas llenas de hierbajos junto al muro conventual, se limpiaron las manos de verdín en los mandiles y se sumaron al resto de féminas. Instantes más tarde, sor Patrocinio, con cara circumspecta, les daba la mala nueva:

—¡Ave María Purísima! —dijo santiguándose, inclinada ante la imagen de la Virgen de la Victoria que presidía el pequeño oratorio donde nunca faltaban flores o velas encendidas. Sin perder tiempo, volviéndose hacia el resto de la congregación que la observaba, explicó el porqué de su llamada. Todas se temían lo peor, porque desde primeras horas de la mañana se habían oído disparos de artillería amortiguados por la distancia y el viento.

—Está teniendo lugar una batalla ahí fuera... Esta vez no son maniobras —les aclaró mostrando la dirección con la mano—. Ha empezado hace rato; supongo que muchas de ustedes habrán detectado, como yo, el inusual movimiento de naves esta mañana y las explosiones de hace unas horas. Me temo que lo peor está por llegar. Esta vez no es un mero encontronazo entre barcos enemigos o el

curso: es la guerra. Recemos a Nuestra Señora para que proteja a los hombres — dijo sin explayarse mucho sobre quiénes estaban luchando unas millas mar adentro y por qué.

—Por lo menos, a los nuestros —cuchicheó, resuelta, Candela mientras, arrodillada, a imitación de sor Patrocinio, comenzaba a pasar las cuentas del rosario que le colgaba de las manos entrelazadas, balanceándose al borde del abismo, como ellas mismas.

—Recemos por todos, Candela, no seas bruta —dijo con voz casi inaudible Azucena.

—¿Bruta? No es de brutos querer que sean los nuestros quienes se salven. Si tiene que morir alguien, que sea el enemigo. Así son todas las guerras, ¿o no? — contestó la otra, indignada. El tono alto de su voz perturbó el silencio, y dos hermanas del banco de delante, girándose con malas pulgas, le mandaron cerrar el pico. Enseguida, el tenue murmullo de los rezos volvió a sisear en la pequeña nave.

—*Regina caeli laetare... Quia quem meruisti portare... Ora pro nobis...*

Blanca iba a preguntar si se sabía quién era el adversario con el que se estaban enfrentando, pero al ver la cara de sor Bernardina, que estaba a su lado, guardó silencio. Ya lo aclararían luego, aunque suponía que, dada la situación de tensión con Inglaterra —que durante un tiempo había tenido la entrada a la bahía bloqueada—, sería con ellos.

Una hora después, ya con las rodillas doloridas de tanto orar, varias novicias jóvenes pidieron permiso a la superiora para subir al campanario, desde donde había una vista excelente de la costa, y ver lo que pasaba; Candela y Blanca se sumaron a la propuesta.

Una columna de lugareños se dirigía hacia el promontorio sobre el acantilado, que estaba a escasa media legua de allí. Con catalejos se situarían en el saliente para otear mejor el horizonte y seguir aquella partida de ajedrez marina. Blanca observó el movimiento a lo lejos, pero, decepcionada, tuvo que aceptar que se distinguía poca cosa: solo bultos que debían de ser navíos de guerra en dirección a Barbate y humo, mucho humo.

Una espiral negruzca se alzaba desafiante, recortada contra el horizonte. Refulgía un cielo herido, reflejo del mar que a sus pies se desangraba como un espejo invertido. Bandadas de aves carroñeras comenzaban a sobrevolar el océano. Sus chillidos excitados perforaban la atmósfera, dolían. Dibujaban un paisaje desolador y generaban un clímax terrorífico.

Un brusco cambio en la dirección del viento les permitió oír con mayor claridad el estruendo de los disparos y cañonazos que procedía del fragor de la batalla, que probaba la estúpida pulsión destructora humana, que hacía saltar las lágrimas. Se debía de estar luchando duramente. Mientras ellas seguían allí cotilleando, Blanca pensó, abatida, que montones de hombres jóvenes estarían perdiendo la vida. Invocando a voces a sus madres y a sus novias, cerrando por última vez sus párpados.

Sor Consuelo, que estaba junto a ellas, se persignó asustada y las empujó hacia dentro.

—Será mejor que volvamos a la capilla. Señorita Malvar, haga usted el favor de remeterse bien el pelo dentro del pañuelo. ¡Qué falta de decoro! —le ordenó, estricta.

Blanca se ocultó los mechones que se le habían escapado al aire debajo del pañuelo gris que les confería a las internas aspecto de novicias, aunque no lo fueran. Resignadas, las muchachas volvieron a la capilla; empezaban a caer las primeras gotas. Llovía, y las rachas de viento de poniente amenazaban con un temporal en toda regla. El silbido se colaba por los entresijos de las ventanas, por las rendijas de las puertas, martilleaba el tejado con fuerza y emergencia, fogoso, como un pura sangre encabritado, por el hueco del campanario. Producía escalofríos. Sor Patrocinio, que había estado fuera buena parte de la tarde, reapareció a la hora de cenar en el refectorio para dar cuenta de las últimas noticias recogidas en el pueblo.

—Las escuadras francesas y españolas han salido de la bahía de Cádiz esta mañana, a toda prisa, y se han lanzado contra los ingleses que llevaban días esperándolas ahí fuera. Pascual, el cerrajero, dice que la cosa pinta en bastos... Fastidiada, para los nuestros.

—¡Ohhh! —oyó suspirar a las demás, que la miraban con ganas de saber más—. ¿Cuántos son? ¿Podemos hacer algo? —preguntaron algunas.

—No sé cuántos son... Muchos, supongo, tres escuadras enteras. Tendremos que establecer turnos de trabajo y prepararnos para lo que se avecina. Hay muchos barcos, y habrá muchos muertos y heridos que comenzarán a llegar en breve a la costa. Habrá que recoger los cadáveres, enterrarlos o incinerarlos... Y a los heridos, socorrerlos. Tenemos que organizarnos bien; las próximas horas serán críticas. Sor Rufina —dijo dirigiéndose a una monja regordeta con cara de pan candéal y acentuados coloretos—: habilite el claustro y disponga de todo lo necesario en cuanto a vendas, emplastos, camastros y medicamentos... No quiero

que se hagan distinciones; todos son hijos de Dios, aunque esos demonios de ingleses se pasen la vida buscándonos las vueltas. ¿Entendido?

Las demás asintieron. Rápidamente se formaron grupos y a Blanca le tocó uno liderado por sor Remedios en el que también estaban otras jóvenes novicias y su íntima amiga Azucena de Bobadilla. Se las instó a hervir decenas de sábanas para hacer vendas y ordenar los tarros con hierbas medicinales, los botes con el alcohol, el material quirúrgico y los serruchos para las amputaciones irreversibles. Después tendrían un rato para descansar y sobre las cinco, una vez comenzara a clarear, empezarían el rastreo por la playa a la búsqueda de supervivientes.

Los cadáveres se los dejarían a otro grupo liderado por sor Rufina. Unos pescadores se encargarían de su transporte hasta el cementerio más próximo, donde don Bartolomé, el párroco de Conil, ofrecería un responso por sus almas antes de darles cristiana sepultura. En las tareas participarían todos los vecinos del pueblo, al igual que harían en otras villas costeras: Barbate, Chiclana, Caños... Aquellos despojos hinchados por el agua podían provocar graves epidemias. Era prioritario impedir las.

—Les ruego que sean discretas sobre el estado de los heridos que nos lleguen —les dijo sor Patrocinio a los grupos que en unas horas saldrían a patearse las playas—. Habrá más de uno tentado de pasar a cuchillo al enemigo; eso es puro salvajismo, y no lo permitiré. Se les ofrecerá la atención necesaria, y si logran salir adelante, serán puestos a disposición de las autoridades, que sabrán qué hacer con esos prisioneros de guerra. No quiero que nadie se tome la justicia por su mano; ahí fuera hay mucho exaltado. Estén atentas a las señales de procedencia de esos hombres; algunos vendrán sin uniforme, medio desnudos... Sean observadoras, sin caer en la impudicia, e intenten reconocer la nacionalidad de los que lleguen vivos. No quiero que se ejecute a los ingleses, pero tampoco que se vayan de rositas —sentenció la priora, una mujer que en su juventud habría sido agraciada, pero a la que la edad le había abatido las carnes y las sonrisas. La había convertido en un hueso duro de roer.

Azucena, Blanca, las dos novicias —Renata y Gloria— y sor Remedios pusieron rumbo a las cocinas y empezaron a preparar calderos con agua hirviendo. Mientras unas cortaban en tiras las sábanas, otras las hervían removiéndolas con palos. Tenían todos los fuegos encendidos y hacía un calor sofocante en la estancia, pero no podían ventilar debido a que la tormenta había estallado con toda su potencia. Un cielo torturado pendía sobre sus cabezas.

Llovía torrencialmente y el viento bramaba y arrastraba todo lo que pillaba a su paso. El viejo convento gemía como habitado por ánimas. El tétrico sonido ponía los pelos de punta; taladraba como un lamento desconsolado, un presagio funesto... Renata, la más espantadiza, comentó que aquello debía de ser la despedida de las almas que esa misma tarde habían quedado sepultadas en el agua a escasas millas de cabo Trafalgar. Que, húmedas, tenía entendido, las almas viajaban más rápido al cielo. Las demás la miraron con sorna.

Gloria preguntó a sor Remedios si la búsqueda prevista para la madrugada se mantendría a pesar de la borrasca, pero esta siguió en silencio con su tarea sin dar mayores explicaciones a las curiosas muchachas. A medianoche, la sor las envió a los dormitorios mientras ella se reunía con la priora y el resto de hermanas veteranas; pasarían la noche en vela orando y decidiendo qué hacer.

Había una parte no desvelada a las chicas. Algunas temían que los ingleses, de vencer, pudieran desembarcar en la bahía e invadirles. Que podrían, aquellos herejes protestantes, incendiar o desvalijar los conventos e iglesias católicas. El cura les había advertido de que pusieran a buen recaudo todo lo que tuvieran de valor: el manto de terciopelo y perlas de la Virgen, las tallas de madera, el cáliz de oro, el tapiz flamenco con una escena del paraíso que presidía el refectorio... Sor Patrocinio también estaba pensando en evacuar el convento y mandar a las chicas a sus casas si aquellos malnacidos asomaban la cabeza. Las violaciones en tiempo de guerra no eran rarezas, eran cuotas de venganza.

Después del intenso ajetreo de la tarde y el nerviosismo de las últimas horas, Blanca se sentó, agotada, en el camastro de su celda, un enjuto y sobrio habitáculo que compartía con Candela y Azucena. En otros conventos más grandes cada hermana podía gozar de una celda individual, pero en aquel, las pocas estancias espaciosas que había pertenecían a sor Patrocinio y a su equipo, al puente de mando conventual. El resto tenían que compartir habitáculos.

El recinto, un edificio del siglo XVI de bella factura, había sido un regalo del duque de Medina Sidonia a las hermanas de la caridad tiempo ha. En la actualidad acogía a casi una treintena de hermanas, unas quince novicias y diez internas, todas ellas procedentes de familias de alta alcurnia de la comarca. Las hermanas vestían el conocido hábito negro con una cruz roja en el pecho, alzacuellos y una toca; el rosario les colgaba de la cintura, y como calzado llevaban unas pobres alpargatas en verano o unas rústicas botas para el invierno. Y ese día hacía un frío pelón, húmedo y desangelado. Llovían lágrimas y virutas de ceniza.

Blanca se tumbó sobre el colchón de lana y se masajeó las sienes. Le resultaba imposible dormir sin más cuando tenía el alma en vilo preguntándose qué estaría pasando allí fuera, si la batalla habría finalizado y si se habrían perdido tantas vidas como decían los cronistas improvisados que se habían pasado a verlas.

Las primeras noticias que habían recibido poco antes de la medianoche habían resultado desalentadoras. De mal augurio. De cumplirse, España habría perdido ese día sus mejores barcos y a sus mejores hombres. Se hablaba de Churruca y Gravina muertos, del Bahama hundido y el Santísima Trinidad volado en mil pedazos... Muchas familias de Cádiz estarían llorando ya a sus muertos, ella conocería a algunos...

En su cabeza aún resonaban las palabras de don Gustavo, el tahonero de Conil, que esa noche había acudido a visitarlas y les había contado con qué incertidumbre y pavor se estaba viviendo la jornada en Cádiz. Cómo el caos se había apoderado de la ciudad y del Gobierno.

Había sido una sorpresa esa mañana ver partir a la Escuadra española camino del combate cuando en días anteriores no se había hablado de ello y sí de los rumores de enfrentamiento entre almirantes españoles y franceses poco antes de salir a mar abierto. También habían podido conocer el relato de algunos vecinos que habían acudido esa noche, a pesar de las inclemencias, a trasladar a los primeros heridos arrastrados por la marea. La priora los había acomodado en el calefactorio, el lugar más caldeado del recinto, y no había permitido que ninguna joven subiera aún a verlos; sor Juliana y dos novicias se habían hecho do de momento. Abajo en las cocinas, la priora seguía atendiendo a todos los que llegaban, entrevistándose con ellos, intentando armar el rompecabezas de informaciones que le permitiera tomar decisiones atinadas.

—Tos los náufragos parecen nuestros, ¡ay que joderse! —dijo uno de aquellos hombres de pueblo, un tipo de grandes patillas y barriga tonelera que se encendió un cigarro con la lumbre del fogón—. Este trapo que cuelga parece de la Armada... —añadió, haciendo referencia a los restos de una casaca manchada.

Sor Patrocinio asintió y le prohibió que siguiese fumando allí dentro.

—Pero no hay visos de que vayan a desembarcar en la bahía... Me dicen que se están yendo los ingleses a pesar de su victoria... —contó la monja, y el hombre le ratificó que hasta el momento no se sabía de ninguno de los barcos ingleses que hubiese puesto un pie en tierra. Los lugareños se los habrían comido vivos. Así estaban las cosas, calentitas. Luego se marchó, no sin antes aceptar el ofrecimiento de un caldo caliente que sor Benjamina, la cocinera, había

preparado esa noche para las visitas. El perfume a crema de castañas inundaba el ala oeste del recinto y reconfortaba.

Blanca, mientras tanto, asomada al angosto ventanuco de su celda, observaba desde arriba cómo trasladaban a los supervivientes desde los carros que llegaban al patio a las dependencias habilitadas como hospital. Inertes, chorreando agua y envueltos en mantas, algunos parecían ya vistos para sentencia, cadáveres latentes. Hasta el momento no habían llegado demasiados, diez o doce, pero los pocos que lo habían hecho parecían muy graves.

—¿Es que no va a dejar de llover? —exclamó asqueada—. ¡Así es imposible! Será más difícil sobrevivir a la tormenta que a la batalla. El mar estará salvaje. Pobre gente.

—Duérmete, descansa; necesitas estar en las mejores condiciones para cuando bajemos a la playa —le ordenó más que pidió la sensata Azucena.

Pero Blanca y Candela no hicieron caso, y siguieron a la luz de una vela de sebo contemplando por el mirador de piedra las idas y venidas de esa madrugada siniestra. El cielo resplandecía por los relámpagos que iluminaban las tinieblas. El vendaval arrastraba azadones, tiestos, aperos, e incluso arrancó de cuajo los rosales de sor Bernardina. Las mulas se removían, inquietas, en las cuadras y unos mozos, calados hasta los huesos, intentaban atar portones y contraventanas para poner a buen recaudo la leña y la paja de los establos, que amenazaban con inundarse.

Un par de horas después, sor Remedios llamaba con los nudillos a su puerta. Era hora de levantarse. Blanca tenía la sensación de no haber pegado ojo, pero tan nerviosa estaba que salió de un salto del catre y se vistió en un segundo con la saya, el pañuelo y la capa de lluvia encerada. La tempestad, lejos de haber amainado, continuaba, infatigable, y daba miedo asomarse a la calle. Se preguntó si en esas condiciones no sería una imprudencia hacerlo, si no sería peor el remedio que la enfermedad.

—Me avergüenza que digas esas cosas. Esos pobres marinos nos necesitarán y...

—¡Ohhh, Azucena! —interrumpió, harta, Candela—. No seas tan santurróna. Nosotras tampoco queremos que muera nadie, pero llegar hasta la playa, hasta los acantilados, en estas condiciones..., será muy peligroso. Nosotras somos jóvenes, pero la mitad de esta cuadrilla —dijo refiriéndose a las viejas hermanas del convento— no resistirán algo así. Alguna podría terminar cayéndose y partiéndose la crisma; si no, al tiempo —protestó en tono firme.

Candela, como Blanca y otras internas, no tenía ninguna vocación religiosa, y estaba allí obligada por sus padres para completar su formación. Con la Malvar había hecho buenas migas, pero con la santurrón de Azucena, no; la ponía de los nervios. Esa mañana se alegró de no tener que ir en el mismo grupo porque sabía que era capaz de perderse ella misma por salvar a cualquiera, aunque fuera un enemigo de mierda. Candela, al igual que las demás, había escuchado las palabras de advertencia de sor Patrocinio, pero le parecía indecente que se malgastasen vendas, medicinas o comida en heridos que no eran los suyos. Si aparecían tantos como se temía, no habría mantas, emplastos o láudano suficientes para todos... Algunos tendrían que morir, y ella tenía muy claro quiénes serían.

Blanca y Azucena se unieron finalmente a su grupo. El pinar cercano silbaba, el agua arrastraba hasta ellas olor a resina y agujas. En la portería las esperaban ya las dos novicias y sor Remedios. Fuera, Toño, el hijo del herrero del pueblo, andaba a lomos de un carro intentando hacer andar a un mulo que, aterrado, se resistía a abandonar la seguridad de sus cuerdas. Ayudado por las dos novicias, que tiraban de los arneses, consiguieron salir. El agua les cegaba.

En unos minutos todas iban chorreando, chapoteando sobre el suelo embarrado; en esas condiciones, tardaron más de lo previsto en llegar a los acantilados de la Roche, la zona que se les había encargado revisar. El mar estaba revuelto, retumbaba el alboroto de las olas y la playa aún estaba negra como boca de lobo, lo mismo que el resto de la bahía. Había tan poca luz que no se divisaba ni la torre Bermeja ni nada que ayudara a orientarse; solo se apreciaban bultos moviéndose en la oscuridad, algunas hogueras salpicando de vida la tragedia, gente que, como ellas, estaría ayudando en las tareas de rescate aquí y allá.

—Tengan cuidado, hermanas —las saludó un tipo alto de sombrero calado y pañuelo a la cabeza que tenía más aspecto de presidiario que de samaritano—. La arena está *aburricá* de maderas, jarcias rotas, restos de todo tipo... Podrían herirse —les dijo señalándoles una montonera que incluía barriles que bien podrían ser de pólvora o de algún licor.

Toño le dio las gracias mientras explicaba a las mujeres que se trataba de un conocido de Medina que vivía de traficar con cualquier cosa en la zona del Estrecho y había pasado más de una temporada a la sombra.

—Por lo demás, es buen tío —terminó indicándoles—. Un tipo legal... a su manera.

El temporal no había conseguido hacer que los parroquianos dejaran de bajar a

ayudar, pero las tareas iban lentas; la zona era abrupta y peligrosa. Azucena y Blanca comenzaron desde un lugar conocido como la playa del Gallo. Un lugar íntimo y bárbaro. Los acantilados estaban encajonados entre pinares y conformaban en la parte inferior pequeñas y hermosas calas que en ocasiones como esas podían ocultar, a simple vista, a los náufragos.

Rebuscando entre todo el desperdicio que llegaba sin parar a rebufo de las olas, mirando bien entre las dunas o los altillos llenos de lentisco y enebro marino ya en flor, y mientras el cielo empezaba a clarear, fueron las primeras en dar con un hombre que para entonces estaba muerto y bien muerto. Al darle la vuelta, Blanca creyó que se desmayaría allí mismo. El individuo, que parecía francés por los restos de la casaca azulona que llevaba, tenía la cara reventada como un cráter; su rostro era una masa desgarrada y encostrada donde apenas se diferenciaba rasgo alguno.

—Este pobre ya no lo contará —dijo, compungida, Azucena mientras con una mano le dejaba caer la cara contra la arena otra vez. Después llamó al contrabandista, que a duras penas se acercó hasta ellas con una carretilla donde echar al muerto para sacarlo de allí. Sus hombres —dijo, señalando a otros tipos tan poco recomendables como él que estaban en la misma orilla arrastrando unos palos— lo ayudarían.

Siguieron durante un buen rato y encontraron cinco cuerpos más sin vida. Blanca, con el ánimo revuelto, se alejó del resto de buscadores y terminó vomitando sobre la arena las gachas de avena del desayuno. Con el pelo chorreando, se acuclilló entre dos rocas, en el lugar menos visible, e intentó recuperarse. Pero cada gota en suspensión que se posaba en su cara la hería, y los dientes le castañeteaban, aterida como estaba. Azucena le hizo un gesto con la mano para que se alejara de allí deprisa: las olas podrían tirarla, pero Blanca, de nuevo dando arcadas, se apoyó en una pared de piedra y no hizo caso.

Según amanecía, el espectáculo que aparecía ante sus ojos iba siendo cada vez más dantesco: piernas y brazos sueltos, cabezas arrancadas de cuajo, cuerpos reventados, caras de soldados casi niños con los risueños ojos cerrados y ya sin hálito... Lloró sin vergüenza. Rachas aún más fuertes de viento obligaron a parar las tareas de rescate, y sor Remedios le ordenó, a voces, que volviera con el grupo; regresarían al convento con varios heridos y dieciocho muertos en los carros. Más tarde, si amainaba, reanudarían las tareas de búsqueda y rescate. Seguir era ya suicida. El clima no daba tregua.

Blanca se disponía a obedecer cuando al bajarse desde las rocas y pisar la arena

sintió que se tambaleaba, que pisaba algo movedizo; al mirar, comprobó que había un hombre. Angustiada, levantó su bota del pecho y descubrió que estaba vivo porque el individuo, una masa de carne y barro, gimió por el dolor que su pisotón le había provocado. Tras limpiarle, vio que iba medio desnudo, con los restos de lo que debía de haber sido un elegante calzón blanco y los jirones de una camisa del mismo color. Tenía el pelo largo y rubio como un dios pagano. Parecía extranjero.

—¡Vengan, hay un herido! ¡Este hombre está vivo! —gritó con fuerza para que la oyeran.

Enseguida acudieron Azucena y el contrabandista. Este colocó sus dedos en la yugular del herido y vio que, efectivamente, aún tenía pulso.

—Dudo que dure mucho. Miren —dijo indicándoles una herida en el muslo, cerca de la ingle, y otra en el cuello—. Además, debe de tener los pulmones encharcados... Está prácticamente muerto —sentenció, y Blanca temió que lo rematara allí mismo con el arma que llevaba en el cinto.

No lo hizo, pero tampoco además alguno de ayudar a su rescate; el contrabandista no estaba dispuesto a correr ningún riesgo, y menos por un extranjero del demonio cuando las olas no paraban de desembarcar en la arena a cantidad de víctimas, muchas de ellas españolas, y todo tipo de enseres más lucrativos... Al dios pagano su aspecto lo condenaba de antemano, fuera francés o inglés, como había previsto la priora. Para la mayoría de los gaditanos, tan enemigos eran unos como otros.

El que en aquella batalla hubieran luchado codo a codo con los franceses no era significativo. Todo el mundo sabía lo mal que se estaba comportando Napoleón con sus reyes en particular y con los españoles en general, y el que más o el que menos tenía claro que la alianza mantenida hasta ahora con ellos —gracias a la actitud demasiado sumisa del gobierno español de Manuel Godoy— terminaría por resquebrajarse; Bonaparte acabaría por invadir la península, o al menos eso se decía en la prensa. Y sobre los ingleses qué decir... Eran el enemigo perpetuo que batir, entusiasmaba poco salvarlos, aunque se haría por humanidad.

—No podemos dejar a esta criatura aquí —intervino sor Remedios cuando vio que el contrabandista se encogía de hombros y se marchaba a largas zancadas hacia sus hombres, que andaban muy atareados rescatando unos barriles de pólvora que revenderían al mejor postor en días sucesivos.

—¡Por favor, no podemos dejar a este muchacho aquí, es inhumano! —gritó

Azucena, corriendo tras el individuo mientras este la ignoraba.

Blanca, más práctica, decidió actuar ella misma: descendió con cuidado, arañándose las manos entre las grietas, hasta el recodo donde el náufrago había quedado atrapado en un sudario de algas. Soltándose el cordón de su saya, le hizo un torniquete en la pierna, que, comprobó, era fuerte y musculosa, como correspondía a un hombre joven y sano que, además, debía de estar en forma gracias a la disciplina del ejército.

Le levantó la cara y le vio otro corte pequeño en el cuello, cuya sangre se había coagulado. Con un pañuelo le limpió la herida y, colocándole un mullido colchón de arena bajo su cabeza, presionó con sus rodillas en su pecho una vez comprobó que no tenía costillas rotas. El hombre dejó escapar un quejido débil y escupió agua. Desesperada, Azucena seguía persiguiendo al contrabandista mientras sor Remedios ayudaba a Blanca a darle la vuelta para que terminase de expulsar el agua de sus pulmones.

—Si esos tipos no nos ayudan, no podremos llevárnoslo... Habrá que ir a buscar refuerzos.

Blanca asintió sabiendo que ellas no podrían sacarlo por entre aquellas piedras resbaladizas. Mientras decidían qué hacer, se quitó su capa encerada y se la echó por encima al herido para darle algo de calor.

—Vaya a por refuerzos, yo me quedaré con él aquí; le daré calor con mi cuerpo y lo mantendré vivo mientras pueda —terminó diciendo Blanca.

Sor Remedios asintió resignada. Blanca la vio alejarse mientras ella abrazaba al hombre, que, inerte sobre la arena, parecía más pálido que la muerte. Volvió a comprobar que el pulso seguía laténdole y de forma inconsciente le tarareó una nana, acunándolo, retirándole con dulzura las hebras doradas de su pelo, acariciándole la mejilla... Le pareció un joven atractivo; frágil y a la vez poderoso en su inconsciencia. «No te mueras, aguanta un poco más...», repitió mentalmente una y otra vez.

Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre; jamás había abrazado así a su prometido, y mucho menos a cualquier desconocido, y un excitante hormigueo, mezcla de emoción y sensualidad, la alcanzó como una explosión de adrenalina. Una explosión de energía inesperada, un foganazo de fuerza...

De forma impulsiva besó sus labios morados e imaginó que su aliento le devolvía a la vida, como si ella fuese una sirena, la diosa Venus. Sabía a sal, a anémonas... y también a algo indefinido. Una sensación escalofriante le recorrió la espalda, de arriba abajo y de forma abrupta; lo soltó, temerosa de que alguien

hubiese podido ver su estúpida imprudencia. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Se levantó y lo arrastró hasta un recodo donde estarían más protegidos de los golpes de mar y las salpicaduras. Recostada sobre unas rocas, reposó su cabeza en su hombro y compartió con él la capa: juntos sumarían calor. Percibió la tibieza que emanaba de su cuerpo y sintió cómo sus corazones latían al unísono y sus respiraciones se acompasaban poco a poco. Parecían uno. Le gritó el pulso. Aquella idea romántica le hizo sentir una sensación inequívoca de flechazo, de instante perturbador y mágico..., y las preguntas sobre el origen de aquel desconocido al que los dioses habían dejado en sus manos se le amontonaron. ¿Quién sería? ¿En qué barco habría ido? ¿Qué le habría pasado? ¿Cómo se llamaría? Le cogió de la mano exánime y se sintió poderosa al comprender que ella era el único obstáculo que lo separaba de la nada, de su noche más larga...

Sus ensoñaciones se rompieron al aparecer Toño y dos muchachos más a voces.

—¡Señorita...! ¡Ate *usté* este cabo a su talle! —le gritaron desde arriba.

Con las manos congeladas y doloridas logró atarlo bien, y después, entre todos, lo sacaron de allí y lo subieron al carro. Al llegar al convento seguía inconsciente y al borde de la muerte, pero Blanca tuvo el presentimiento de que lograría sobrevivir. De que Dios no habría permitido que aguantara aquel trance espantoso si no tuviera planes futuros para él... ¿La incluirían a ella...? ¡Qué estupidez! ¡Sería idiota! ¿A ella qué más le daría?

—Bienvenido a la vida de nuevo... —le dijo al oído al dejarlo en manos de la priora, que, de prisa, ordenó su traslado a otra sala. Con una sonrisa en los labios, Blanca corrió a cambiarse de ropa. Estúpidamente, a pesar del desastre de esa mañana trágica, se sentía feliz.

Mientras en las playas españolas seguían recuperándose supervivientes a borbotones, en Gibraltar se preparaban para una invasión de cadáveres, heridos y prisioneros de guerra. Entre estos, el mismo jefe de la Escuadra combinada enemiga, el almirante Villeneuve. El gobernador Edward Fox llevaba todo el día al frente del operativo; dirigiendo aquella orquesta desafinada que debía ofrecer un concierto de medidas eficientes en un tiempo récord. Ya había sido avisado de la victoria inglesa, pero también de la cantidad de barcos siniestrados, de los apresados y de la climatología asesina que estaba provocando una hecatombe mar adentro y que estaba terminando de rematar a los que se habían salvado por los

pelos de las balas.

En la sala de juntas del palacio gubernamental de la Roca, Fox y su equipo diseñaban la estrategia en función de las nuevas condiciones aparecidas. Dónde atender a tantos heridos, cómo ampliar el cementerio para enterrar a los fallecidos, cómo repartir los avituallamientos. Los barcos de la Royal Navy supervivientes llegarían en horas y necesitarían ayuda de todo tipo. Muchos vendrían desarbolados, agujereados como coladeros, hechos trizas...

—Excelencia —le dijo un soldado—. El HMS Victory acaba de atracar.

Fox dejó todo y bajó a recibir al buque insignia de la Armada inglesa que traía, según le habían comunicado, los restos mortales del comandante en jefe de su escuadra, el almirante Nelson.

Al griterío de los monos, perennes en la isla, se sumó el de los truenos y el vocerío del puerto. El Victory llegaba remolcado. Fox recibió al almirante Collingwood, segundo de la expedición naval; al reverendo Scott, al capitán Thomas Hardy, al cirujano Beatty... Inmediatamente se dio orden de bajar el féretro de plomo donde descansaban los restos mortales de Nelson.

—Está bañado en brandy para que no se descomponga hasta llegar a Londres. Pediríamos a Su Excelencia más licor para terminar de rellenar el féretro. A nosotros se nos ha acabado —le dijo el médico. El gobernador dio orden de meter el ataúd y llenarlo con alcohol y subió a la sala de juntas. Allí, Collingwood le contó cómo había sido la batalla, cómo se habían desarrollado los hechos, la gran victoria obtenida y la tragedia de haber perdido a su líder.

—Recibió un disparo desde la cofa del Redoutable. Él mismo fue consciente de que lo habían tocado de muerte. No pudimos hacer nada por él —dijo el reverendo, quien se alegró de que al menos Nelson hubiera muerto sabiendo de su gran triunfo.

—Supongo que Su Excelencia estará preparado para atender a nuestra Armada y atracar aquí a los barcos apresados. Al menos hasta que amaine la tormenta. En estas condiciones, destrozados, no llegarán a Gran Bretaña. —Y Fox asintió—. Esta borrasca trastoca nuestras previsiones. Muchos de nuestros naufragos están llegando a las costas españolas, no los hemos podido rescatar en este caos... Temo que los perdamos.

—Tranquilo, almirante: pondremos en marcha el operativo previsto —dijo el gobernador, sabiendo que sería imposible rescatarlos a todos, que sería un milagro si sacaban a alguno. Aun así, activarían a sus células durmientes, a sus agentes en la zona. Tendrían que peinar las playas y acantilados, rescatar a los

británicos, ocultarlos y protegerlos en caso de que llegasen a hospitales y conventos españoles, aprovechar esas arriesgadas batidas para recabar información al detalle de la situación en territorio enemigo, del impacto de la derrota en la población... Y, si se daba el caso, utilizar a esos heridos como espías...

—¿Vos partís también con el Victory? —le preguntó a Collingwood.

—No, alguien tiene que organizar la retirada. Está siendo un desastre. No solo están en peligro sus barcos remolcados, sino los nuestros. Con este oleaje huracanado podrían hundirse todos. Y ellos, en cuanto lleguen a Cádiz, se reorganizarán y saldrán al rescate... Debemos actuar rápido si no queremos perder nuestras presas. Son nada menos que dieciocho navíos.

—Claro —dijo por decir Fox, sabiendo, sin querer alarmarles, que Gibraltar no estaba preparada para ese colapso. Que aquello, según le habían alertado los autóctonos, no había hecho más que empezar. Que esos vientos borrascosos podrían durar días, semanas. Que estaban rodeados de enemigos por tierra y por mar.

2

Un mar embravecido e histérico no distinguía esa noche entre buenos y malos; vencedores y vencidos. Los poderosos navíos, que hacía horas se habían jugado a los tiros el futuro del mundo, se veían ahora bamboleados por las corrientes y los vientos, la mayoría de ellos ya en condiciones pésimas, con los cascos agujereados de disparos, las velas rotas, los palos caídos, sin anclas. A merced de la todopoderosa naturaleza. Aquí y allá se oían gritos, chapoteos, «¡Hombre al agua!». Los navíos que estaban en mejores condiciones habían tenido que ayudar a los otros. Fueran aliados o enemigos. Una cosa eran el honor y la batalla y otra, dejar morir a miles de hombres esa noche de perros sin intentar siquiera su rescate.

El Santísima Trinidad, el buque insignia español, herido de muerte, el navío más grande de su época, el Escorial de los mares, después de batirse como un jabato, empezó a tragar agua, se le encharcaban sus pulmones de madera. Las dos fragatas inglesas que al final lo habían apresado, la HMS Phoebe y la HMS Naiad, tenían órdenes de salvarlo como fuera, pero su pesadez y las averías eran tan monumentales como su diseño de cuatro puentes. Viendo la situación de su barco, su tripulación, temiendo ser engullida por la succión del hundimiento, empezó a lanzarse al agua para tratar de ponerse a salvo. Las fragatas británicas salieron a recogerlos en los botes salvavidas que habían podido bajar poniendo en riesgo su propia vida. El Santísima Trinidad se iba a pique sin remedio. Tiraban de él desde las profundidades marinas.

Aquellas escenas se veían multiplicadas; el Redoutable siendo rescatado por el HMS Swit, el Berwick por el Donegal, el Monarca por el Leviathan, el Algésiras por el... Era un suma y sigue. Los navíos supervivientes necesitaban alcanzar tierra cargados como iban. A tope.

De madrugada, en la bahía, el gobernador general de Cádiz, José de Solano, marqués de Socorro, llegaba en carruaje a Rota. A su placer iban arribando, como borrachas, las embarcaciones españolas y francesas no apresadas o

hundidas. La dirección del viento les había impedido guarecerse en Cádiz, más próximo, empujándolas hasta allí.

Solano, acompañado de Tomás de Ayalde, capitán de navío, y del general Apodaca, jefe de suministros, entraron en el recinto donde se estaban reuniendo los capitanes supervivientes de la Armada hispanofrancesa, para ver qué hacer. Tenían que salir al rescate de todos los hombres que seguían fuera, incluso los más osados hablaban —por si no habían tenido poco ese día— de aprovechar el caos para tratar de rescatar alguno de sus barcos.

El gobernador se sumó a la discusión después de visitar, en una sala improvisada como hospital de campaña de la planta inferior, al comandante de la flota española, Federico Gravina, gravemente herido, que había llegado en el Príncipe de Asturias. Este era el único buque insignia de la escuadra combinada que se había salvado. Había logrado escapar de su apresamiento remolcado por la fragata Themis. Gravina había ordenado la retirada a Cádiz una vez certificada la derrota y detenido el almirante Villeneuve, al frente de la flota conjunta. Como segundo de la expedición, tenía la obligación de salvar los muebles que quedaran.

Entre los presentes, estaban los capitanes de los navíos San Justo, Montañés, Rayo, San Francisco de Asís, Plutón, Indomptable, Heros, Argonaute, Neptune... Cada cual, en peor estado.

—Sería de locos salir ahora mismo. La tormenta, lejos de amainar, ha empeorado —dijo alguien.

—Gravina está descartado; está inconsciente. No podemos esperar órdenes tuyas.

—Pues algo hay que hacer. Si no actuamos rápido, morirán esta noche miles de muchachos ahí fuera. Están a solo unas millas, tenemos que intentarlo...

—Hay que salir al rescate de las tripulaciones, pero también de nuestras naves apresadas. Será ahora o nunca —sentenció Kerjulien, el capitán francés.

La discusión se prolongaba mientras los nervios aumentaban. El goteo de noticias nefastas era un cúmulo de duelos. Solano había perdido esa noche a grandes amigos, como el comandante Churruca, al que un cañonazo había arrancado de cuajo una pierna a bordo del San Juan Nepomuceno; a Valdés lo habían visto caer inconsciente en la cubierta del Neptuno, al brigadier Alcalá Galiano le habían volado la cabeza. De su barco, el Bahama, no se sabía si había sido apresado o hundido. Así había muchos. La derrota haría época... Ningún español quiso decir aquello de «¡Os lo advertimos!». Muchos se mordieron la lengua al mismo tiempo que se les enrojecían los ojos, vendadas las cabezas,

brazos y piernas en cabestrillo, con puntos, lañas...

Solano había asistido al consejo previo a la partida de la escuadra hacía unos días, cuando el almirante Villeneuve, a bordo del Bucentaure, les había ordenado la marcha. Napoleón insistía en atacar, pero los almirantes españoles, conocedores de esas aguas, lo habían previsto. Habría una gran borrasca, la bajada de los barómetros lo anunciaba, y en esas fechas sería huracanada. No era el mejor momento para jugar a los barquitos. Pero Villeneuve mandaba, y nunca había tenido muchas luces. La escuadra combinada que pretendía ascender por el Atlántico hasta el canal de la Mancha para trasbordar tropas y atacar Inglaterra iba a verse rodeada a las puertas de casa. No había dado ni tiempo de desplegar los mapas en los camarotes o plantarle cara a la batalla. La guerra les había caído encima como un trueno.

—Además de sus barcos —explicó Apodaca— se han previsto todo tipo de botes, lanchas, lanchones con cables remolcadores, ancletas... Estamos preparados, y estamos actuando ya en la costa. Suministros y ayuda no van a faltar. La gente está poniendo de su parte. Los pescadores están sacando sus barcazas para pescar naufragos, jugándose la vida también.

—Permítanme que les informe además de algunas decisiones tomadas por mi persona hace unas horas —dijo Solano—. La Armada británica nos ha hecho llegar a montones de soldados de nuestra flota rescatados en alta mar. Se lo hemos agradecido, como es lógico. Se les ha asegurado que se tratará con igual cortesía a sus heridos, que serán atendidos como uno más en nuestros hospitales y conventos. Hay órdenes de que se les respete... Sabemos lo desmoralizada que está nuestra gente, cómo ha visto hoy perder a sus hijos, maridos, hermanos... Pero Cádiz siempre ha sido solidaria, y hoy lo será más. Estamos seguros de que, a excepción de algún fanático, el resto de gaditanos colaborará.

—También hemos ofrecido a Collingwood nuestras instalaciones. Gibraltar se colapsará en unas horas. La Roca no tiene espacio para tanta gente. —Y los demás estuvieron de acuerdo.

Solano se despidió. Necesitaba volver a Cádiz, al centro de las operaciones. A su puesto de mando. Era verdad que ayudarían al enemigo en lo que pudieran, pero también tomarían medidas de seguridad y protección. No querían que les dieran gato por liebre. Que les colaran entre aquella marinería, realmente herida y exhausta, a espías y saboteadores. Estaba convencido de que el gobernador de Gibraltar no daba puntada sin hilo. Él, por si acaso, había alertado a todos los médicos o prioras de conventos que atendieran supervivientes esos días de que

presentaran un parte exhaustivo de sus pacientes e informaran en cuanto vieran algo fuera de lo corriente.

Lo cortés no quitaba lo valiente.

A pesar del diluvio incesante, don Higinio de Malvar fue capaz de llegar en su carruaje a Cádiz para reunirse con sus hermanas y su hija menor. El fragor de la batalla lo había pillado en su cortijo de Las Piñas, en Chiclana, donde llevaba varios días tratando asuntos de negocios con su capataz.

Desde el cerro de Santa Ana —junto a la hermosa ermita circular de columnas blancas del mismo nombre— había oteado el horizonte buscando señales de lo que unas millas mar adentro estaba sucediendo. Había acudido con don Agapito, un amigo que le había hecho compañía toda la mañana. Perico, uno de sus mozos, los había informado de lo que estaba aconteciendo, y rápidamente ambos habían salido, prismáticos en mano, a ver el funesto pasatiempo. Allí se habían unido a la comitiva de lugareños que, al igual que ellos, esperaba confirmar una victoria de los suyos que no llegó nunca.

La noche había sido un infierno por culpa de la borrasca que había barrido la costa gaditana, pero el vizconde no se había echado atrás en su decisión de regresar cuanto antes a la capital para reunirse lo antes posible con los suyos y saber lo sucedido. En el campo era difícil oír noticias de primera mano, y tenía conocidos en la escuadra de los que ignoraba, a esas horas, si habrían sobrevivido. También era amigo personal del gobernador, el marqués de Socorro. Este había emitido un bando pidiendo ayuda a los vecinos ante la catástrofe que les había sobrevenido. Se pondría a su disposición cuanto antes por lo que fuera necesario.

En momentos difíciles todos debían arrimar el hombro, y dado que él no tenía hijos varones con los que defender su honor y su apellido en el campo de batalla, al menos podría poner su fortuna y sus propiedades a disposición de las autoridades para que las utilizaran si fuese necesario. Otra preocupación añadida era Tomásín, el hijo de su cochero; pertenecía al personal del buque Bahama de otro conocido suyo, el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano; tenía que informarse de su paradero. Apreciaba desde hacía mucho a los Mora y suponía cuánto estarían sufriendo. Él se sentía culpable al haber recomendado al chaval a ese barco. ¡Si algo le pasara...! No se lo perdonaría nunca.

En cuanto amaneció, el vizconde preparó su birlocho y dejó atrás Chiclana; cruzó el puente Zuazo, el ventorrillo del Puerco, el caño de Sancti Petri, Isla de León y por caminos enfangados, entre salinas y el istmo despoblado, logró entrar en Cádiz después de cruzar el arrecife y la playa. Nubes de gritonas gaviotas planeaban sobre los cadáveres aún no recuperados y les picoteaban los ojos, alteradas por la tormenta, el humo y las detonaciones que aún seguían produciéndose, esporádicas, a lo lejos. Los fogonazos estaban de retirada, cada vez eran menos, pero de vez en cuando alguno seguía sorprendiéndoles.

El día estaba tenebroso, y la mala iluminación, unida al barro y a los despojos humanos que el mar había arrastrado a la orilla, hacía intransitables los caminos, pero su cochero conocía bien la zona y utilizando senderos secundarios había logrado llegar a su destino. Algunos accesos estaban colapsados, otros cortados. Había un trajín imparable de vecinos, equipos de rescate y amigos de lo ajeno.

Sus hermanas, doña Paz y doña Carlota, se santiguaron al verlo llegar en semejantes circunstancias, y lo mismo hizo su hija menor, Elsa.

—¡Válgame Dios, hermano! ¿Cómo se te ocurre venir con la que está cayendo...? ¿No podías haber esperado unos días? Un viaje en estas condiciones es muy peligroso a nuestra edad —le regañó doña Paz, bastante alterada.

—Es peligroso, pero me alegro de que estés aquí. ¡Dios nos asista en semejante trance! ¡No imaginas el desastre que ha sido! He hablado con Paquita —dijo doña Carlota refiriéndose a la doncella que atendía a ambas hermanas y que era madre del grumete que había partido en el Bahama—, no sabe nada de Tomásín... Está abajo llorando como una magdalena; no hay cómo consolarla, nos tememos lo peor —dijo, afligida.

—Padre... —exclamó Elsa, feliz de ver al hombre—, ¿sabéis algo de Blanca? ¿No ha vuelto con vos? He oído en la iglesia esta mañana que hay riesgo de tifus en los hospitales y que los conventos están llenos de heridos. ¿No estará en peligro?

—No creo. De ser así, la priora las devolvería a casa; es una mujer muy sensata. De todas formas, luego me cercioraré de que por allí va todo bien; mandaré recado con Agustín... Me parecía prioritario estar hoy aquí... ¿Cómo diablos ha pasado esto? ¿A qué loco se le ha ocurrido abandonar la seguridad y la protección de la bahía en noche de borrasca para hacer frente, en mar abierto, a Nelson?

—He estado esta mañana con Maruja de Urrutia; su marido es contraamaestre del Neptuno, pero aún no saben nada. Al parecer, ha sido toda culpa de esos

gabachos... ¡Maldita sea! —dijo doña Carlota escupiendo tabaco—. Ni tiempo dieron a los nuestros a despedirse de sus familias. Me ha contado que su esposo le hizo llegar, con un criado, un aviso desde el arsenal de la Carraca, desde donde partió la escuadra conjunta, y hasta ahí... No saben nada más de él. Está canina de noticias. Desesperada.

—¡Señor, señor...! —oyeron en el pasillo. Era la madre del grumete—. ¡Por favor, permiso, señor! Me dicen que ha entrado desarbolado y destrozado en el puerto un barco, y no sé si será el Bahama. ¿Podría acudir? —preguntó, llorosa—. Mi esposo lleva allí toda la noche.

—Tranquila, mujer, vaya ya mismo... Espere, mejor la acompaño —le dijo el vizconde.

El señor puso su carruaje a disposición de aquella veterana sirvienta que llevaba en su casa toda la vida y así supo cómo habían vivido la jornada anterior en Cádiz.

—Estuvimos arriba, en la azotea del señor... Desde allí había buena vista. Los vimos a todos salir. Yo sabía que se iban porque mi chico vino a decírnoslo corriendo; iban con prisas —dijo la mujer con los ojos como dos tomates.

—¿Estaban todas las azoteas y las torres vigía llenas de gente? —preguntó el hombre.

—Sí, señor, toditas se llenaron para tratar de ver algo. Al principio hubo buena visibilidad, pero después la escuadra se fue desplazando camino a Chiclana y la perdimos de vista —susurró, inquieta, mientras maquinalmente movía con los dedos las cuentas del rosario y respiraba a bocanadas de pez, de la asfixia por su lloriqueo.

La mujer iba orando camino del puerto, y el vizconde no la quiso molestar dándole más conversación de la necesaria; se limitó, curioso, a mirar la calle. Cádiz supuraba pena. Seguía embarrada, y el molesto viento que doblaba las palmeras de La Alameda parecía que fuera a troncharlas. Había gran trasiego a pesar de las inclemencias; vendedores ambulantes con sus mulos, carros y palanquines de transporte que taponaban las calles adyacentes al puerto..., aunque sabía por Elsa que el mercado central y la lonja estaban cerradas al público. El despacho de vinos de don Fermín se veía rodeado de alguaciles. Una turba acababa de volcar varios toneles de vino de Burdeos y un mendigo lameteaba la calle, ajeno a la furia racista que se había desatado. Cualquier extranjero era una diana.

—Tolón, tolón. —Las campanas de la nueva catedral tocaban a difuntos.

Comenzaban las exequias por las víctimas. Las peticiones de misas de huérfanos y viudas se habían disparado en horas. El carruaje del vizconde, dejando atrás la muralla, embocó hacia allí cuando un oficial le echó el alto.

—Señor —dijo saludando militarmente al vizconde—, lamento tener que comunicarle que habrá que embargarle su carruaje y...

—¿Cómooo? —protestó el vizconde—. ¿Acaso no comprende que hemos venido a buscar a alguien y que es posible que llegue herido? No podríamos trasladarlo a costas si no...

—Entiendo, pero son órdenes del gobernador. Todos los carruajes van a ser embargados; están llegando cientos de heridos a las playas y al puerto, y necesitamos trasladarlos hasta los hospitales. Tomaremos sus datos y se lo devolveremos una vez finalicen las tareas de rescate —dijo haciendo entrar al vizconde a un cuarto en el baluarte de Santa Elena, donde el hombre tuvo que firmar una documentación para la entrega de su vehículo.

Instantes después don Higinio acompañaba a pie a Paquita, que, al ver a su esposo en uno de los laterales del muelle, entre el gentío que lo abarrotaba, salió corriendo a abrazarse a él como una posesa. Tras ella llegaba el vizconde, que pudo comprobar la cara de desolación de su cochero. Tomás Mora era un sirviente fiel y veterano que trabajaba para los Malvar desde hacía más de cuatro lustros, y el vizconde sintió pena de verlo en aquella situación.

—Tomás, lamento mucho lo ocurrido... Quiero que sepas que tu familia puede contar con nosotros para lo que necesite —dijo el vizconde bajo su paraguas.

—Gracias, señor... Solo espero que mi hijo regrese sano y salvo. Es buen nadador. Si no está herido, puede haber alcanzado alguna playa... ¡Hijos de Satanás! —dijo maldiciendo, y el vizconde no supo si se refería a los franceses o a los británicos. Después Tomás escupió tabaco de mascar y, dando la espalda a su señor, volvió a mirar al mar con los ojos empañados en lágrimas y la angustia comiéndosele la expresión.

—¿Es aquel el Bahama? —preguntó don Higinio, que, a pesar de llevar su monóculo, no tenía una vista demasiado aguda y no identificaba el navío, que parecía haber quedado empotrado contra uno de los fuertes.

—No, aquel es un buque francés, el Indomable... Se ha estrellado contra aquellas piedras —dijo el hombre—. El de más allá —comentó mientras señalaba con la mano— es el Bucentaure. Está reventado. Han enviado chalupas y botes para rescatar a los pocos que hayan sobrevivido; dicen que Villeneuve ha

sido preso... —dijo el cochero.

Don Higinio se mantuvo en silencio observando las maniobras de rescate, las lanchas cañoneras yendo y viniendo, los botes pescando a ahogados y sacando, milagrosamente, aún con vida a hombres atrapados y heridos entre las maderas astilladas o los palos. Después de un buen rato viendo cómo muchas familias intentaban, desesperadas, conseguir noticias de los suyos, don Higinio sintió que se le partía el corazón. Que aquello era inhumano.

Cada cierto tiempo un marino de uniforme azul, con vueltas y solapas rojas y tricornio negro, salía a dar en voz alta parte de los navíos que poco a poco iban localizándose en Cádiz o en las inmediaciones; mientras unas familias se retiraban felices al tener buenas nuevas —los suyos habían sido localizados con vida—, otras lloraban desconsoladas o se movían ansiosas de un lado para otro intentando saber algo más o que alguien las informara mejor.

La mañana se le echaba encima y ellos seguían sin tener noticias de Tomásín. Don Higinio dejó a los Mora y decidió acercarse a ver al gobernador. A pie, a paso lento debido a su reuma, cruzó las calles y se refugió en unos soportales durante el rato que duró una tromba intensa de agua. Junto a varios curas, con sus sombreros de ala ancha plegados en forma de luna, departió de lo acontecido y se fumó un cigarro para luego continuar su camino.

La iglesia del Carmen y otras de la ciudad estaban abarrotadas. Los hospitales del Carmen y de la Caridad eran ya insuficientes para acoger a tantos heridos. Había órdenes de atender a todos los hombres que llegaran vivos —fueran estos aliados o enemigos—, y se estaba vociferando el bando de la noche anterior pidiendo la colaboración de los particulares; él con gusto ofrecería su palacete para acoger a cuantos lesionados pudiesen ser allí atendidos.

—Amigo, siéntese; no sabe cuánto bien hace ver una cara amiga en estos momentos —comentó, muy serio, el gobernador, el marqués de Socorro—. Corren días nefastos para Cádiz y para nuestro país. La victoria británica ha sido aplastante... Hemos perdido a nuestros mejores hombres y barcos.

—Pero cómo ha podido suceder algo así... ¡No tiene sentido! ¿A quién se le ocurrió salir, a mar abierta, a hacer frente a la Escuadra inglesa?

—A Villeneuve, a ese hijo de la grandísima puta... —contestó el otro mientras se encendía un puro habano y aspiraba profundamente el humo—. Al vicealmirante le pudo más su pundonor que el amor a su patria y a sus hombres... Un *fou*, que dirían ellos. Un cabronazo, que diríamos nosotros. Lo peor es que nos ha arrastrado con él.

—Hace unos días hablé en el café de la Lonja con Alcalá Galiano y me dijo que no tenían pensado hacerse a la mar; que la táctica sería matar de aburrimiento a Nelson ahí fuera. ¿Qué les hizo cambiar de opinión?

—Según tengo entendido, Villeneuve llevaba tiempo inquieto. Sus jefes (su ministro de Marina, Decrès, y el mismísimo emperador) le habían colgado el cartel de cobarde por no haberse enfrentado a la Marina inglesa en Finisterre y haber huido, perseguido por Nelson, a lo largo de toda la costa para terminar escondiéndose en Cádiz. El emperador había decretado su sustitución hacía unas semanas y había nombrado ya a otro almirante, a un tal Rosilly, para que lo reemplazara. Villeneuve tuvo noticias de que este ya estaba en España, que venía de camino para sustituirlo... Se puso como loco —dijo el gobernador encogiéndose de hombros— y decidió que, antes de quedar como un maldito cobarde ante el mundo, se lanzaría al mar como fuese..., ¡y vaya si lo hizo!

—¡Pues en qué maldita hora!

—Cierto... Prácticamente han quedado destruidos todos los navíos, los nuestros y los franceses, y, hasta ahora, nuestros almirantes o han desaparecido o se ha certificado su muerte. Solo De Álava y Valdés siguen vivos a día de hoy. Gravina está muy grave. Es casi imposible que sobreviva. De los demás, apenas tenemos noticias, aunque hay que aguardar. Todavía es pronto para perder la esperanza. Estoy en contacto con el gobernador de Gibraltar para saber a qué prisioneros se han llevado allí. Los ingleses están trasladando al Peñón, a los hospitales y al presidio a todos los hombres capturados con vida. Esto nos deja en una situación terrible.

—Habrá montones de familias en Cádiz afectadas. Vengo del puerto; debería usía tomar medidas de precaución: el pueblo está que trina, y podría provocar algún tumulto serio. Si quedan franceses en Cádiz, habría que mantenerlos alejados del populacho; si ese general amigo suyo, Moreau, anda por ahí todavía, debería enviarle pronto a Brest y, usted ya sabe..., guardar las distancias.

—Moreau se ha marchado. Y, vizconde, le agradezco sus consejos —dijo con un gesto que denotaba suspicacia, como si aquella advertencia estuviera fuera de lugar o fuera impertinente—, pero mis hombres ya están ocupándose de la seguridad y de los posibles altercados que puedan producirse.

—La Caleta parece un basurero, y en las aduanas estaban quemando faluchos mercantes con productos extranjeros.

—Sí, lo sabemos. Hemos sacado a todos los franceses de Cádiz que hemos podido, y a los demás tendremos que protegerlos, aunque eso nos pueda costar

caro. Esta mañana un grupo de exaltados ha tirado piedras contra mi ventana — dijo señalando un cristal roto en su balcón—, insultándome. Gritaban pidiendo que se echase de Cádiz a todos los galos. Como sabe, tengo órdenes del Gobierno y de Su Majestad de protegerlos; son nuestros aliados. Espero que los gaditanos lo entiendan. No es bueno tomar decisiones como esas en caliente. Traen consecuencias, es alta política..., cosas de las que esta gente no entiende.

—Pues tal como están los ánimos, yo que usted, querido amigo, no tentaría a mi suerte; no se deje ver mucho con ellos estos días. Aunque hayan sido los británicos el enemigo, lo que los gaditanos no perdonan es que los franceses nos hayan llevado al matadero. ¿Cómo pudieron aceptar nuestros mandos una decisión suicida como esa? ¿En qué estaban pensando?

—En obedecer. Sabemos que la noche anterior, cuando Villeneuve celebró un consejo, hubo una gran disputa. A punto estuvieron de llegar a las manos. Algunos mandos españoles, entre ellos nuestro querido Dionisio Alcalá Galiano, se negaban a salir en esas condiciones, pero nuestro Gobierno había dado orden de no dejar solo a nuestro aliado ante Nelson, y finalmente... No sé —dijo el otro mesándose el cabello con fuerza, como si se pasase un rastrillo por la cabeza, exhausto—. Fuera como fuese, no cabe ya darle más vueltas. Ahora lo prioritario es atender a todos los heridos y salvar todas las vidas que se puedan. Le agradezco su ofrecimiento de utilizar su palacio como hospital, créame que lo vamos a necesitar, y gracias también por sus consejos... Y ahora —dijo levantándose, recorriendo las oscuras cortinas y asomándose a la calle— olvidémonos por unos minutos de tanta pena; tómese un jerez conmigo —dijo destapando la licorera— y charlemos de otros asuntos. ¿Qué tal su familia?

El calefactorio del convento estaba lleno de heridos. Sor Patrocinio había tenido que habilitar otras zonas del recinto para atenderlos, incluyendo el ala derecha, donde estaban las celdas de las novicias más jóvenes. Las mujeres se habían trasladado con sus jergones a las buhardillas para dejar un espacio ventilado y limpio donde poder atender adecuadamente a los moribundos.

Allí cada una tenía una tarea que acometer: unas se encargaban de mantener todo en estricto orden y bien limpio para evitar que las heridas se emponzoñaran; otras, de buscar más suministros y alimentos en el pueblo; las más mayores, de preparar ungüentos, cataplasmas y brebajes curativos, y las

civiles, entre las que estaban Azucena, Candela o Blanca, de realizar las curas dirigidas por la priora, que, sobre la marcha, y ayudada por sor Remedios, eran las que más experiencia tenían en esas lides.

Blanca se las había apañado para ser ella la que se encargara del joven rubio al que había salvado y que cinco días después seguía inconsciente y con su vida pendiente de un hilo. Dado que a sus playas solo habían llegado marinos españoles y franceses —los tres ingleses localizados habían sido trasladados a otro hospital en Barbate—, sor Patrocinio y las demás habían dado por sentado que aquel joven sería francés, y lo habían depositado en una zona del segundo piso junto a varios compatriotas. Blanca se encargaba de sus curas y de las de cuatro individuos más, dos de ellos en estado muy grave, con heridas de bala en el abdomen y la espalda. Se preguntaba cómo diablos habrían conseguido sobrevivir a la batalla y al oleaje posterior. Solo uno de esos hombres, un tipo curtido con la cabeza vendada, estaba consciente. En francés, idioma que Blanca dominaba, como lo hacían todas las señoritas distinguidas en esos tiempos, hablaba con él.

—*Sommeil et repos...* Duérmase, por favor, pero antes intente tomarse este caldo. *Prenez cette soupe, il faut manger quelque chose* —le dijo, pero el hombre apenas abrió la boca.

—Blanca —la llamó en ese instante Azucena, que se encargaba de otro grupo de heridos unos metros más allá—, creo que tu herido particular ha despertado; deberías ver esto —dijo mientras señalaba al dios pagano en horas bajas, que dormitaba junto a un ventanal.

Blanca se acercó y comprobó que el hombre se removía y decía algo, aunque apenas se escuchaba su voz debido a los días que llevaba en coma y a la herida como un boquete en la garganta. Se agachó junto a él, le cogió de la mano y le retiró el flequillo para tomarle la temperatura. Él abrió inesperadamente los ojos y se quedó pasmado contemplándola; con la respiración agitada. Blanca le sonrió.

—Bienvenido al mundo de los vivos. *Bienvenue dans le monde des vivants. Vous êtes un mec chanceux.* Es usted un tipo con suerte.

3

—¿Estáis seguro? —le preguntaron, y el comandante Luis Flores, al mando del San Francisco de Asís, asintió, rotundo—. Ya hace tres días de la batalla, la tormenta ha sido apocalíptica. Los ingleses habrán buscado desesperadamente resguardo en Gibraltar... o habrán sucumbido. No los hacemos por ahí dando tumbos con la que está cayendo.

—Por los interrogatorios que hemos efectuado a los náufragos rescatados —siguió Flores—, el Neptuno y el Santa Ana están a solo unas millas de aquí. La tormenta les ha impedido llegar a Gibraltar; han estado a punto de naufragar ellos y los navíos ingleses que los remolcan. Sabemos que Collingwood dio órdenes de soltar los cables de remolque si se veían en apuros. No perder sus barcos por remolcar a los nuestros tan averiados... Pero hay capitanes que no han querido soltar el hueso, renunciar al botín...

—Si están tan cerca como decís, hay que salir a rescatarlos. En cuanto vean una escuadra mínimamente decente, los soltarán. Pero habría que salir ya mismo, antes de que los perdamos. Las condiciones climatológicas volverán, además, a empeorar a medianoche. Habrá temporal —dijo Solano, que estaba junto al general Apodaca. Sería el propio Flores quien, al mando del San Francisco de Asís, que había entrado poco en combate y se encontraba en buenas condiciones, liderara el rescate escoltado por el Rayo, el Plutón, el Heros y el Montañés.

La escuadra partió mientras seguían lloviendo noticias desalentadoras. El Bahama se había hundido cerca de la desembocadura del Guadalquivir después de que, milagrosamente, el Dreadnought hubiera podido salvar a parte de la tripulación. El listado de víctimas crecía como la espuma, era una bola de nieve a punto de sepultar a toda la Marina. Por eso, la noticia de que dos barcos importantes seguían a flote y a tiro elevó el ánimo. Dos horas después, los peores pronósticos se confirmaban. Eolo, el dios del viento, se la tenía jurada.

El Minotauro inglés soltó los cables de remolque en cuanto vio asomar las orejas a la escuadra combinada. La tripulación del Santa Ana había recuperado el

control, y había encerrado a los cincuenta ingleses que lo dirigían y se habían soltado. Los ingleses no miraron atrás. No entablarían batalla en condiciones de inferioridad y con aquel viento endemoniado y criminal.

El Santa Ana, en mejor estado, con Gardoquí al frente, después de un enfrentamiento épico contra el buque de Collingwood en la batalla, de un centenar de víctimas y multitud de heridos, logró afrontar aquel oleaje capaz de engullir un barco como si fuera un caramelo, y acercarse a la Escuadra española que lo llevaría de vuelta a casa. Pero el Neptuno de Cayetano Valdés parecía una hoja otoñal barrida por el viento, zascandileando de una coordenada a otra, saltando de latitud en latitud. Al ser más ligero, las corrientes lo alejaban de ellos. Lo persiguieron con la esperanza de alcanzarlo, pero terminó estrellándose esa noche contra el castillo de Santa Catalina, en el Puerto de Santa María.

La tripulación se había tirado al agua, y a nado, la mayoría malheridos, alcanzaron las rocas al pie de la fortaleza. Lanchas y botes salvavidas acudieron, prestos, a su rescate; el último en abandonar el navío fue el capitán Cayetano Valdés, en unas condiciones lamentables, con más vendas que una momia, pero vivo. Valdés salió en medio de gritos de «¡Valiente!» y de aplausos, después de que el relato de su heroica intervención en la batalla hubiera corrido como la pólvora de boca en boca y de que se supiera cómo había acudido, a pesar de las órdenes de abandonar y huir a Cádiz de Dumanoir, en ayuda del Santísima Trinidad y el San Juan Nepomuceno. Acababa de nacer un héroe.

Flores dio gracias al cielo por ese salvamento *in extremis*, y no acertaba a adivinar que, en unas horas, serían su buque y el Rayo los que terminarían yéndose a pique, tragados por las aguas. Lo de aquel temporal parecía una conspiración maquiavélica.

El oficio religioso se celebró en familia en la ermita de Santa Ana, en Chiclana. Tomasín había sido finalmente dado por muerto, aunque no se había recuperado su cadáver, lo mismo que los de tantos otros caídos en combate. Aún había centenares de familias gaditanas revoloteando en torno al muelle buscando a los suyos: las inclemencias meteorológicas hacían imposible continuar con las tareas de búsqueda de supervivientes. El mar seguía revuelto, escupiendo cadáveres, masteleros, lanchas destripadas, escotillas y un lío de despojos. Adentrarse en él era extremadamente peligroso.

Cádiz era en ese momento un lugar deprimente y caótico, y don Higinio había preferido marcharse a Las Piñas y despedir allí al joven como era debido. Mejor en casa que en cualquier parroquia abarrotada de la ciudad en donde esos días se ofrecían exequias fúnebres al por mayor; las mismas misas compartidas para una docena de personas. Los padres del muchacho, destrozados, habían agradecido el detalle al señor.

—Todos estamos con ustedes —les había dicho, solemne, don Higinio—. La Casa Malvar se declara oficialmente de luto. —Y ellos habían llorado aún más.

El vizconde estaba convencido de que en el campo se recuperarían todos antes. Había sido todo una locura, y el ánimo general estaba muy alterado; él, personalmente, había estado pendiente del destino de varios amigos e incluso de un primo hermano suyo, también marino, al que habían dado por muerto. Aunque tampoco había aparecido, era uno de los oficiales del Rayo, el navío que había explotado inesperadamente mientras realizaba tareas de salvamento. Aquella misma mañana había asistido a los oficios por su alma en la parroquia del Rosario y había dado el pésame a su esposa y a sus hijos. Tantos funerales deprimían a cualquiera, y él no era precisamente de ánimo recio.

Don Higinio no andaba muy bien de salud, y aquella tensión había hecho mella en su estado melancólico, que solo parecía curarse cuando volvía a su finca. Llevaba años sufriendo aquellas rachas de tristeza profunda, desde que muriera su joven esposa hacía ya tiempo, y nunca había terminado de recuperarse del todo. Su médico personal le había prescrito que se diera largas caminatas, excusa perfecta para salir a cazar, una de las pocas aficiones que conservaba de joven, tomara ajo macerado con miel y comiera mucho pescado. En esta ocasión, a su desánimo personal había que sumar la consternación colectiva. Un siniestro manto de zozobra los había cubierto a todos como una mortaja.

La atmósfera de tragedia nacional que se había apoderado de todo el país era tal que parecía que flotase como una densa niebla que lo ahogase todo. Era una sensación pegajosa y contagiosa, y en Cádiz, mucho más pronunciada. Por eso, el vizconde estaba convencido de que lo mejor era alejarse lo más posible de allí, no seguir viendo día tras día el panorama desalentador en el puerto ni las largas colas de llorosas viudas reclamando sus pensiones en las oficinas de la Armada. Le vendría bien evadirse paseando, montando a caballo o cazando. Además, pensó que no estaría de más que se acercase por los baños de Gigonza, cerca de Medina Sidonia, que eran terapéuticos y le sentaban muy bien. Llamaría a don Agapito para que lo acompañara...

Su idea era quedarse allí una larga temporada, hasta estar plenamente restablecido de ánimo, pero las mujeres ya le habían dejado claro que regresarían a Cádiz en cuanto pudieran. Todos los hospitales, incluido el Real, estaban colapsados, y el propio vizconde se había comprometido con el marqués de Socorro a albergar a los heridos que le fuera posible. Elsa había insistido a su padre en hacerlo cuanto antes. De hecho, antes incluso de partir esa misma mañana, había enviado una misiva al marqués proponiéndole alojamiento para al menos una veintena de hombres que serían atendidos en las dependencias de la planta baja de su palacio de la plaza de San Antonio.

—*In nomine patris, et filii et spiritus sancti...* —resonó en la iglesia.

El responso del cura terminó entre llantos desconsolados de los Mora. Los Malvar salieron de la capilla a cubierto de grandes paraguas; el grupo formado por señores y criados se encaminó hacia los carruajes para volver a la casa principal. Don Higinio, con casaca y calzones a la antigua; las mujeres, con sus mantillas de franela; la madre de Tomásín, sostenida por los escapularios que le colgaban del cuello...

—Paquita, tome, enjúguese esas lágrimas y no llore más —le dijo doña Paz a su doncella, entregándole un pañuelo para que se limpiara la cara—. Así lo ha querido Dios. Deje que ese ángel de hijo suyo se reúna con los de ahí arriba. Vamos, vamos, piense en sus otros pequeños —trató de consolarla, sin mucho éxito.

El padre Agustín se había encargado del sermón, y al finalizar había sido especialmente cariñoso con los Mora, a quienes conocía desde hacía tiempo. Como buenos feligreses suyos, les había preparado el mejor de los ruegos, aunque aquello no hubiera sido de gran consuelo. El camino estaba embarrado y la lluvia, aunque menos torrencial que en días anteriores, seguía cayendo sin respiro. Había un cielo triste y sucio. Los dos carruajes familiares fueron dando tumbos entre charcos y socavones por el paseo paralelo a la playa, donde, a pesar del continuo trabajo de las cuadrillas de limpieza contratadas por el gobernador, seguían amontonándose restos y más restos de los barcos siniestrados y, de vez en cuando, algún cuerpo amoratado como una berenjena, sin hálito ni color.

Brazos, piernas..., cuerpos mutilados. Paquita, al creer ver a un muerto en la playa, intentó parar el carruaje y bajar a mirar, pero su marido se lo impidió. El cuerpo estaría hinchado y deformado después de una semana ahogado, y era remotamente improbable que fuera su hijo, pero en caso de serlo, mejor sería que su mujer no lo viera. Era preferible recordarle cómo era y no guardar de él toda

la vida la imagen de un despojo putrefacto.

—¡Ayyy, mi hijo, mi criatura...! —siguió lamentándose Paquita mientras su marido la sujetaba de la cintura y la ayudaba a sobreponerse. Los cuatro hijos menores miraban a los padres sin rechistar—. ¿Y a él qué... qué honores le van a dar, qué recompensa...? —se quejó amargamente la mujer, haciendo referencia a los honores que estaban solicitando las familias de algunos oficiales ante las oficinas del Ministerio de Marina; en esos estipendios no estaban incluidos los simples grumetes: a ellos apenas les llegarían algunas migajas y eso, con suerte.

¡Era la suerte de los pobres! «Ya se sabía», le dijo Tomás a su mujer. Pero aquellas explicaciones eran débiles, insuficientes para Paquita, que consideraba a su hijo tan merecedor de prebendas y distinciones como el que más. ¿Acaso no había muerto igual que Churruca o Galiano? ¡Mal rayo los partiera a todos esos oficiales que habían permitido que los canallas de los ingleses los hubiesen derrotado a las puertas mismas de su casa! «¡Valientes estúpidos!», dijo por lo bajo, y su marido la mandó callar. Todos aquellos muertos habían sido declarados héroes, y acusarlos de idiotas era poco menos que una herejía, aunque más de uno lo pensase. ¿Por qué diablos habían seguido a los franceses? ¡Que lo ordenaba Godoy...! Pues que hubiese venido ese mismísimo hijo de mala madre a embarcarse él! Pero no, él continuaría disfrutando en Madrid de la Corte mientras los mejores marinos del reino reposaban a esas horas en el fondo del mar... ¡Franceses, ingleses..., hijos de Satanás! En ello iban pensando los Mora mientras a su lado Micaela, la cocinera, y Tomás, el mayordomo de los Malvar, guardaban un respetuoso silencio.

La comitiva llegó ya tarde a Las Piñas. La hacienda campestre rezumaba señorío. Situada en la costa, cerca de la playa de la Barrosa, tenía doscientas cincuenta hectáreas y vistas tanto al mar como a las colinas del Toro y a los pinares circundantes. A medio camino entre Chiclana y Conil, la heredad se componía de una gran casona familiar, cuadras, una granja, dos molinos y las salinas; estas últimas generaban pingües beneficios por la extracción de sal que después era vendida a precio de oro a todo el país. Entre sus ocupantes estaban una veintena de personas al servicio de los dueños, incluidos el capataz de la finca y los Camuñas, los guardeses, que ocupaban dos viviendas aparte.

Los Malvar siempre habían pasado allí largas temporadas —aquella era una zona de residencias rurales de gente pudiente—, aunque estas habían disminuido al ir creciendo las hijas del dueño. Don Higinio, poco amigo de las fiestas desde que quedara viudo, se había resistido a vivir de forma permanente en Cádiz. La

vida tranquila en su hacienda pescando, charlando con sus vecinos —se visitaban asiduamente los unos a los otros— y su atención a la cría equina le llevaban la mayor parte del tiempo, un tiempo que se le hacía terriblemente aburrido en la ciudad, todo el día de café en café, de tertulia en tertulia o de fiesta en fiesta.

El crecimiento de Elsa y Blanca y la aparición de su hermana Carlota habían dado al traste con sus costumbres, algo que le fastidiaba. Las féminas de la familia siempre parecían tener la excusa perfecta para acercarse a la ciudad: había que comprar tal o cual cosa, visitar imperiosamente a tal o cual amiga o asistir a tal o cual acto, y él había terminado por no oponerse. ¿De qué servía protestar? De nada; había optado por dejar que hicieran lo que quisieran mientras le dejaran a él ir a su aire. En ocasiones se reunía con ellas, pero o bien aparecía más tarde o bien se marchaba antes. De esa manera habían llegado a una *entente cordiale* y se habían terminado las discusiones familiares.

—Deje, señorita, yo lo hago —dijo Leandra Camuñas, otra de las sirvientas, a su joven dueña al verla coger en brazos a uno de los críos de los Mora, que, contagiado por el llanto de su madre, berreaba.

Elsa le entregó al niño y entró en la casa. Dejando su sombrero, sus guantes y su manto, pasó al salón, donde Micaela, la cocinera, terminaba junto a su joven pinche de colocar la mesa para la cena. El aroma a sopa y a pescadito rebozado le hizo la boca agua. Mientras los demás se preparaban, se encerró en su gabinete y escribió deprisa unas líneas a su hermana Blanca. Hacía al menos dos meses que no la veía, y sabiendo que Crispín, uno de los criados de su padre, se acercaría al día siguiente al convento para tener noticias de ella, se la haría llegar.

Elsa era una muchacha aparentemente juiciosa y más tranquila que su hermana —«transparente», decía Blanca—, pero la sola idea de tener que pasar, al igual que Blanca, una temporada en el convento la tenía soliviantada. Había intentado hacer razonar a su padre, pero este había insistido en que era su obligación darles a ambas hermanas la misma educación.

Elsa, como cualquier muchacha de dieciséis años, prefería la vida social en Cádiz, especialmente si su prometido, Rodrigo Bernal, estaba a punto de marcharse para estudiar dos años en Madrid. Aunque se conocían desde niños, no se habían visto demasiado, y había sido en el último año cuando, debido al mayor tiempo que ella pasaba en la ciudad, había podido frecuentarle más y quedar en alguna ocasión. Hacía poco que había sido presentada en sociedad, y ya podía alternar en fiestas o bailes, aunque lo más habitual era que el muchacho fuera recibido en casa de los Malvar y ambos saliesen a pasear por La Alameda, la

calle Ancha o el malecón; siempre con carabina, desde luego.

A Rodrigo le quedaban tres meses para irse, y Elsa deseaba aprovechar al máximo ese tiempo. Quería poder asistir a todos los bailes, cenas, estrenos teatrales o conciertos que pudiera. Creía estar enamorada, y aunque el joven fuese su prometido oficial, el galanteo y el coqueteo resultaban emocionantes. Al menos, mucho más que la monótona vida que había llevado en el campo hasta entonces. Por eso deseaba poder seguir en Cádiz hasta su partida, y después ya vería, aunque recluirse en un convento varios años no entraba en sus cálculos; esperaba que la tía Carlota y su hermana Blanca la ayudasen a esquivar aquel obstáculo.

Si aprovechando los acontecimientos Blanca forzaba su salida del convento pintando las cosas feas cuando fuera su padre a verla, terminaría por regresar definitivamente a casa y podrían irse todas a vivir a la ciudad. Elsa estaba segura de que aquel plan también le gustaría a su hermana, puesto que no había parado de pedirle a su padre, o más bien de suplicarle, que la dejase volver; Elsa pensó que ahora se daban las circunstancias perfectas para conseguirlo.

—Toma, Crispín, guárdalo y mañana, cuando vayas a ver a mi hermana, se lo entregas —le dijo a su sirviente después de lacrar el sobre.

Notaba la garganta como la de un faquir indio, como si tragara vidrio, y la cabeza pesada y torpe. Las sienas parecían querer reventarle, y los ojos eran incapaces de enfocar bien. Cada tos espasmódica le producía un dolor que hacía que se le saltaran las lágrimas, y una de las piernas no la sentía. Con los ojos abiertos escuchó, eso sí, el sonido de dos mujeres hablando, pero no entendió qué decían. Asustado, abrió más los párpados e intentó enfocar, pero localizó solo unos bultos que, según se aproximaron a él, le parecieron dos chicas jóvenes vestidas como monjas.

—Tome, bébaselo —le dijo una de ellas, pero él no entendió—. Venga, le ayudaremos.

Blanca y Candela incorporaron al herido despacio. Mientras Candela lo sujetaba por detrás para que no se cayera de espaldas, Blanca le limpió el sudor de la cara con un trapo húmedo y le humedeció los labios con una cuchara, que a él le pareció de madera y que llevaba agua. Alexander intentó mover la lengua, absorber aquella agua dulce, que caía en su boca como maná del cielo, pero no

pudo, y el líquido huyó torpemente barbilla abajo.

—Ahhh... —Cerró los ojos y emitió un pequeño gruñido de enfado.

—Tranquilo, es normal: lleva mucho tiempo inconsciente y tiene una grave herida en el cuello. Limítese a abrir la boca y nosotras le daremos el agua —le dijo Blanca, pero el hombre no pareció entender nada y siguió mirándolas como ido.

Blanca le sujetó con delicadeza la boca, se la abrió despacio y, con gran pulso, fue vertiéndosela, gota a gota. Él cerró los ojos de puro placer. «¡Aguaaaa!», parecía querer gritar sin que de su garganta saliese un solo sonido. Aun así, Blanca percibió cómo disfrutaba al sentir el líquido fresco y transparente en su boca; le sonrió satisfecha.

—*Reposer maintenant. Dans un instant, nous en viendrons à changer les bandages et guérir...* —dijo Blanca tratando de desempolvar su francés. No lo practicaba desde que su institutriz, la señorita Ramírez, hubiese abandonado Las Piñas cuando ella hiciera lo mismo para ir al convento—. Descanse. Dentro de un rato vendremos a cambiarle las vendas y a curarle...

Él no dijo ni hizo nada. Cerró los ojos al notar su cabeza sobre el jergón y dejó descansar sus sienes palpitantes. No había entendido mucho, pero se sentía más tranquilo. Su cabeza intentaba organizar sus recuerdos, saber dónde estaba y con quién, pero aquello le resultaba aún excesivo, y, agotado, desistió. Vio partir a las mujeres y luego se durmió. Despertó un rato después, cuando las mismas jóvenes volvieron al cuarto y le levantaron, despacio, la venda que le protegía la pierna. Una de ellas le tomó el pulso y le puso la mano en la cabeza, también vendada; dijo algo. Alexander comprendió que debían de estar comprobando su fiebre, que, aunque no muy intensa, ahí estaba. La muchacha más morena, a la que seguía viendo vidriosa, le tocó la pierna, y él vio las estrellas. Aulló.

—Cálmese, cálmese... —le dijo Blanca—. Tranquilo, no será nada, enseguida terminamos la cura. Toma, Candela, ponle este unguento de tomillo —dijo entregándole el tarro—. Yo le sujetaré, y ahora le daré unas cucharadas del té de laurel —dijo mostrándole el tazón que llevaba en la mano y que acababa de hervir. Las hojas de laurel eran excelentes para bajar la calentura, y en el patio del convento tenían varios laureles de gran tamaño.

Él agradeció la cura, pero sufrió intensamente. La pierna la sentía acolchada y la fiebre, al llegar la tarde, le había subido, y tiritaba de frío. Los dientes bailaban una tarantela, le castañeteaban sin control, y el cuerpo le temblaba convulsamente. Las mujeres susurraban entre ellas y en su tono detectó

inquietud; sus suaves manos trabajaron durante un buen rato, afanosamente, en limpiar y vendar sus heridas y en bajarle la calentura, cambiándole varias veces la venda mojada en agua que tenía estirada sobre la frente. Alexander cerró los ojos, se deslizó hacia el sopor. Cayó durante un buen rato en la inconsciencia.

Aún permanecían en su retina el débil resplandor amarillento de las velas y en sus oídos el tintineo del agua al chorrear de la palangana a su frente y viceversa. Olía a medicamentos, a enfermedad, a sudor... Cuando las mujeres terminaron de untarle la pomada desinfectante, lo taparon con la sucia ropa de cama del jergón. Sus ojos vidriosos apenas soportaban mirar nada con un mínimo de concentración, aunque consiguió abrirlos y, con alivio, verlas marcharse con el candil balanceando en las manos, entre un crujir de telas.

A su paso, otros heridos las reclamaron para pedirles agua o atención, y ellas se pararon. Al final terminó perdiéndolas de vista. Suspirando, una vez empezó a surtir efecto la medicación, se relajó en su catre, no sin antes tener que soportar el ronquido insufrible de un hombre que parecía estar pegado a su cama; sería otro herido, pero no logró distinguirlo entre el revoltijo de ropa que lo aplastaba. Sin ser capaz de contestar qué hacía allí, o cómo había llegado, se desvaneció.

Durante varios días Alexander comprobó que siempre eran las mismas mujeres las que lo curaban; poco a poco la calentura fue bajando y su respirar se fue haciendo más profundo y estable. Apenas podía moverse por sí mismo, ni siquiera darse la vuelta en el colchón, aunque le doliese hasta el alma, pero era consciente de que iba mejorando y en su mente se iba abriendo paso la luz. Aquella mañana, al escuchar a las mujeres y seguir sin entenderlas, intentó decir algo, pero una de ellas le hizo un gesto llevándose el dedo a los labios como pidiéndole silencio; luego ella le habló en francés.

Él comprendió y, feliz de poder comunicarse, de saber que podría decirles cómo estaba y qué necesitaba, asintió. Las mujeres se alegraron sinceramente, y, en francés, le hicieron saber que estaba en el convento de la Victoria. Él trató de repetir el nombre, pero los sonidos guturales que salieron de su garganta solo fueron un murmullo indescifrable, un gruñido inhumano.

—*Soyez patient*. Tenga paciencia— le dijo Blanca—. Pronto podrá hablar y contarnos lo que quiera.

—Descanse como sus compañeros —le dijo la otra señalándole la cama vecina, y él intentó en vano girar la cabeza y mirar en esa dirección, sin éxito.

Pero sus ojos habían mejorado y las veía ya más definidas. Eran mucho más jóvenes de lo que había creído; una de ellas, la más bonita, era casi una niña. A

pesar de la dificultad, curioso, volvió a girar la cabeza, y aunque el cuello le doliese horrores, pudo apreciar un bulto en la cama de al lado, aunque siguió sin saber de quién se trataba. ¿Sería algún amigo?

Trató de restregarse los ojos para aclarárselos, pero no pudo siquiera levantar la mano más de media pulgada del catre. ¡Estaba tan cansado...! Ya intentaría descubrir quiénes eran sus vecinos de hospital más adelante. ¿Serían Thomas o Andrew? «Y yo, ¿quién soy yo?», se preguntó, asombrado..., para terminar contestándose con claridad: era Alexander Paddon, oficial británico.

A partir de aquel día, recuperada una parte de la consciencia y la memoria, sus sueños comenzaron a ser muy agitados, como correspondía a uno de los supervivientes de aquel moderno armagedón que había sido la batalla de Trafalgar. Un alud de imágenes empezaron a golpear su mente sin descanso. A hacerle delirar.

—*Noooooon!*—gritó en sueños esa misma noche; durante un buen rato habló en susurros mientras el sudor frío le caía a goterones y los temblores le sacudían el cuerpo. En su cabeza se mezclaban el sonido de los disparos, las bombas, los gritos de los oficiales en la cubierta del barco, el almirante cubierto de sangre trasladado a su camarote, los mástiles cayendo desde lo alto, el ruido ensordecedor de la batalla, el fuego...

—¡Ahhh!—gritó de nuevo, y notó la pierna destrozada y dolorida. Abrió los ojos abruptamente y se tranquilizó... Pero poco después los recuerdos volvieron a atormentarle.

Estaba en el barco, las cuadernas crujían y el agua penetraba salvajemente por la cubierta, saltando las barandas, estrellándose contra los hombres heridos que intentaban agarrarse a las jarcias y a las cuerdas que había sueltas. Un agujero en el suelo recordaba el impacto de una bomba cerca del castillo, y los gritos de «*Fire, fire!*» cerca de él le hicieron mirar las altas llamas que envolvían a Dogson, el timonel, cuyo cuerpo quedó carbonizado ante sus ojos sin que pudiera hacer nada por socorrerlo... «*Relief, aide!*», gritó, pidiendo ayuda, socorro, pero nadie lo ayudó.

Recordó entonces, súbitamente, que había sido una esquirola la que le había provocado aquel dolor lacerante en la pierna y que, tras el impacto, se había escurrido y caído en la cubierta mientras la lucha proseguía. A rastras había conseguido llegar hasta la escalera para buscar ayuda. Se había quitado la casaca, y con su camisa blanca se había hecho un torniquete para cortar la hemorragia. Cojo, con la pierna destrozada, se había levantado, enganchándose en unas

jarcias, para acudir a ayudar a su querido amigo Andrew Leyes, a quien había visto caer herido a un palmo de sí. Lo movió con desesperación, le tomó el pulso..., pero estaba muerto. Una gran bocanada de sangre se le escapó de la boca, y sus ojos quedaron abiertos mirando el infinito. Abrazado a él, lloró en silencio mientras a su alrededor todo era una locura de ir y venir, de disparar, de recibir impactos... Las balas pasaban silbando por encima de su cabeza y el retumbar de los cañones resonaba atronador. La bandera que ondeaba en el palo mayor cayó con estruendo al suelo, rozando su cabeza... Y ya no recordaba más, solo la frialdad del agua, sus manos agarradas a unas maderas, la balsa a la deriva en el océano, la noche y la sensación tibia y dulce de la muerte tirando de él para llevárselo.

—¿Crees que saldrá adelante? —le preguntó en ese momento Candela a su amiga. Las dos habían acudido a su lecho al escucharlo tan agitado. La calentura le había vuelto a subir, y su aspecto macilento y demacrado suscitaba miedo. Parecía un pergamino viejo. Le habían rapado la cabeza —al igual que a los demás— para evitar piojos y chinches, y las rojeces, heridas y costras de la piel le daban la apariencia de un leproso. Realmente tenía mal aspecto físico, pero aquellos gritos guturales, incomprensibles, eran las primeras palabras que el náufrago había logrado decir desde su rescate, y Blanca suspiró de alivio.

—Claro que sí... Este hombre ha pasado por mucho, pero saldrá adelante. Ya lo verás.

—Me alegro de que seas tan optimista... Pero no deberías hacerte muchas ilusiones —le dijo Candela a su amiga. No deseaba verla sufrir si el herido fallecía... Algo que no era descartable.

El hombre había mejorado, pero no lo suficiente, y cada día que pasaba, sin apenas probar bocado, más parecía un cadáver viviente. Candela se preguntó qué demonios le vería Blanca para sentirse tan misteriosamente atraída por él. Blanca no había dicho nada, pero era una persona expresiva y de carácter sincero, y no disimulaba la alegría que notaba cada vez que estaba junto a su cama.

Sin querer asemejarse a la beata de Azucena, Candela tuvo que reconocer que su amiga se comportaba con ese tipo de una forma un tanto anómala, una forma que... podría llegar a ser incluso llamativa; debía estar atenta y no dejar que su amiga se pusiera en evidencia por un extranjero que o bien se moriría o se iría pronto. Tirando de su manga, una vez lograron calmarlo, ambas continuaron su trabajo en la sala de al lado: había muchos otros hombres a los que cuidar. Candela se lo tuvo que recordar a su amiga.

Desde que lo encontrara en la playa, Blanca se había convertido en su ángel de la guarda. Ella sabía que su estado había sido grave, pero creía que tenía verdaderas posibilidades de sobrevivir, y por eso había que apostar; sin un falso optimismo, obligándolo a salir de la inconsciencia, a comer... El verlo despertar, abrir la boca y hacer intención de comer y salir adelante había sido la mejor de las noticias; aun así, Blanca reconoció que era pronto para echar las campanas al vuelo.

—Yo creo que ni sabe quién es ni dónde está —terminó diciendo Candela—. ¿Has visto cómo nos mira?

—¿Crees que conocería a los que estaban aquí y murieron? Tal vez pertenecieran al mismo barco, fueran amigos suyos... La marea debió de arrastarlos a todos juntos a esta zona —siguió comentando Blanca mientras con manos ágiles curaba a otro herido próximo.

—¡Quién sabe! No creo que fueran todos en el mismo barco, pero tal vez conozca a alguno de los que están aquí... ¡Vaya usted a saber si...!

—Jóvenes, terminen ya y bajen al patio. Han llegado los carros con provisiones y necesitamos todas las manos posibles. Antes de que llegue el doctor sería aconsejable haber terminado la descarga —las interrumpió sor Rufina.

Las muchachas terminaron deprisa de hacer las últimas curas y, lavándose las manos, obedecieron a la monja. Abajo había movimiento; al menos tres carros cargados con ropa, jergones, alimentos y bálsamos para la preparación de ungüentos habían llegado, y, junto a los trabajadores, varias monjas y novicias cargaban y descargaban.

—Ustedes dos, vayan allí —les ordenó sor Remedios, indicándoles un carro cargado con sacos de harina.

Blanca no había trabajado más en su vida que esos días. Azucena, que había estado enferma desde el día en la playa —a punto había estado de morir de una pulmonía—, se había levantado esa misma tarde y ya pretendía ayudar.

—No seas loca y vete dentro; puedes ayudar a sor Benjamina en las cocinas o ir ordenando los tarros y cortando las vendas —le dijo Blanca, muy enfadada, a su amiga.

—No, no puedo seguir en cama mientras vosotras trabajáis sin parar.

—¡Por Dios, que esta loca quiere terminar como una mártir! —dijo, riéndose, Candela—. Mira, vete de aquí ahora mismo si no quieres que se lo diga a sor Patrocinio. Tú métete dentro, que nosotras aquí fuera nos bastamos solas —dijo, muy valiente.

Blanca sabía que tenía razón en lo de que Azucena debía cuidarse todavía, pero no pensaba igual sobre lo de que ellas dos se bastaran solas. Durante un buen rato cargaron en carretillas los sacos, y los fueron metiendo en el almacén mientras los mozos terminaban rápidamente de descargar los otros vehículos. Enseguida les echaron una mano, mientras uno de ellos, el más alto y fuerte, lanzaba miraditas llenas de picardía y decía requiebros a Candela, que, en vez de enfadarse, parecía darle alas. Blanca, resignada, dejó a su amiga con su galán y, ya dentro, se puso a disposición de sor Rufina, que andaba repartiendo el trabajo de organización en el interior.

—Ustedes, sigan ahora con esto, que yo vendré en un momento. Voy a recibir a don Bartolomé —dijo señalando al párroco de Chiclana, que todos los días pasaba por allí para atender las necesidades espirituales de los heridos, fueran estos católicos o no.

En el convento —gustaban de decir las hermanas— no había herejes —refiriéndose a los británicos protestantes—, y el párroco solo era necesario cuando había que dar la extremaunción a algún desahuciado. Ese era el caso ese día; uno de los marinos de más edad que habían rescatado y al que ya le habían amputado las dos piernas estaba en las últimas, y nadie daba un real por que sobreviviese a aquella noche.

Alexander despertó ante el ruido que producía aquel ajeteo inusual, y al mirar hacia la puerta divisó a un tipo que, aun en la distancia y con su visión deteriorada, le pareció un sacerdote. No se equivocó. Con una biblia en una mano y un crucifijo en la otra, se acercó a una cama situada en el ala contraria a la suya y desde allí le oyó murmurar junto a un moribundo.

Un ramalazo de angustia abatió a Alex, que, con la boca seca, intentó levantarse a coger el tazón con agua y medicinas que las hermanas le habían dejado al lado. Sin querer lo tiró todo por el suelo, y hubo que llamar a una de las novicias para que lo limpiase. Alexander se lo agradeció con un gesto de cabeza y, juntando las manos, en señal de oración, pidió perdón por su torpeza. La novicia, creyendo que aquel extranjero deseaba confesarse, hizo avisar al sacerdote, y don Bartolomé apareció al poco rato.

—Vamos, joven, no sea vergonzoso. Aunque no entienda el español, a Dios le servirá igual que limpie su alma en cualquier idioma. Usted hágalo, aunque yo no le entienda; haré como que sí, luego usted rezará un par de oraciones y yo le daré la indulgencia... y hasta mañana. ¡Estos franceses...!

—Tome, póngase esto por encima. Le servirá, y estará usted más presentable —

le dijo al herido una de las hermanas mientras le echaba por encima una casaca azulona de un uniforme galo de alguno de los fallecidos.

Con repelús, Alexander se la quitó de un manotazo, pero en su mente empezaba a calar la idea de que debían de haberlo tomado por un francés... y que tal vez aquello le hubiese salvado la vida, o al menos le hubiese servido para no ser trasladado a algún penoso presidio donde, de fijo, en esas condiciones, las habría palmado. Desde luego, no sería él quien los sacara de su error, aunque tendría que andarse con cuidado.

4

El olor del caldo de gallina que le llevaron le hizo abrir los ojos y salir del espeso trance en que se hallaba. Aunque más recuperado y sin fiebre, Alexander seguía débil en extremo. Las noches se las pasaba sudando, tiritando, y por la mañana tenían que limpiarle el sudor acre con trapos humedecidos en barreños. Hacía dos días que había conseguido levantarse ayudado por dos tipos fortachones, aunque lo de «levantarse» era un decir. Dos mozos del almacén lo habían sujetado por las axilas y lo habían alzado sin esfuerzo aparente, de tan flaco como estaba, remojándolo luego en una tinaja de agua caliente. El contacto inicial había sido sumamente placentero.

Tantas noches en Londres de parranda buscando qué hacer o qué nuevos placeres descubrir y lo más sensual que había vivido había sido aquel maldito baño en un convento... Se rio para sus adentros. El remojón debía de haberlo ordenado la bruja, apodo mental que daba a la priora. Desde que la viera por primera vez, le había desagradado. Era una arpía con ojos de rapaz y dientes de caballo que parecía husmear cada vez que entraba en el cuarto como si algo le oliese mal..., no sabía si en sentido real o figurado. No le gustaba, a diferencia de sus jóvenes enfermeras, con las que ya había conseguido comunicarse brevemente.

Lo había hecho en francés; apenas unas palabras susurradas, pero había merecido la pena ver sus sonrisas. Ellas también estaban deseando poder hablar con él; con su compañía era más difícil sentirse solo, algo habitual cuando uno está tan lejos de casa y en territorio enemigo. Agradecía también que allí se hablara poco de la guerra; las mujeres solo parecían preocuparse de que los heridos allí trasladados se recuperaran cuanto antes y pudiesen volver a sus respectivos cuerpos del ejército, o a sus casas los lisiados. Tres de sus nuevos compañeros se habían marchado ya; quedaban solo los que estaban en peores condiciones, entre los que se encontraba él.

Alexander había estado muy desorientado, y hasta la noche anterior no había

tenido conocimiento de que llevaba en el convento ¡cerca de un mes! Se preguntó, nervioso, cuándo diablos se repondría lo suficiente para poder marcharse. Aunque aquellas muchachitas lo estuviesen tratando a cuerpo de rey, no debía olvidar dónde estaba o el peligro que corría.

Cada vez que se dormía y deliraba en sueños, se arriesgaba a delatarse. Si hasta ahora nadie se había dado cuenta, era porque su voz seguía siendo ininteligible, pero tarde o temprano aquellas mujeres, sobre todo la bruja, que parecía sospechar de todo, terminarían por identificarlo. Si eso ocurría, podría ser que no saliera de allí vivo, y si lo lograba, sería para ir camino de algún presidio maloliente y putrefacto, como los pontones que había en el puerto de Cádiz, barcazas roñosas y desarboladas, ya fuera de funcionamiento, donde se hacinaban cientos de desertores, soldados enemigos o espías.

—¡Vaya! ¡Si nuestro caballere te está despierto! —le dijo la joven más gruesa, que también parecía la más habladora—. ¿Cómo anda su pulso? —le preguntó mientras lo cogía directamente de la muñeca y se lo estudiaba—. Enséñeme la lengua. Veamos.

La otra joven, más esbelta y bonita, permanecía silenciosa después de dejar el tazón con el caldo en el alféizar de la ventana, junto a un macizo de claveles, y dirigirse al fondo del cuarto. Estaba desenredando vendas y colocando tarros en una alacena situada en la pared norte. El ajeteo del patio se colaba por las ventanas, que habían sido abiertas hacía unos minutos para ventilar de malos humores la estancia, y a Alex le gustó escuchar abajo el relincho de un caballo y las risas femeninas de las novicias. Aquellos sonidos hicieron que se retrotrajera a Londres. Daba igual que las muchachas no fueran damas de la Corte sino simples internas: el susurro de sus voces, sus risas apagadas, el crujir de las faldas, sus leves pisadas sobre la grava del jardín, el aroma de las flores... le hicieron creer por unos instantes que no estaba en Cádiz, sino en casa. Alelado, con los ojos cerrados, dio de lleno con la realidad cuando su enfermera lo sentó apoyado en almohadas y, colocándole una sábana al cuello, le enjabonó la cabeza a pesar de sus protestas y le volvió a rapar.

Alexander terminó resignado dejándose rasurar sin perder de vista a la otra chica; con los ojos entornados se entretuvo diseccionando todos sus movimientos. ¡Era tan joven y parecía tan inocente...! Tenía unos labios jugosos, hoyuelos en las mejillas, ojos oscuros y rasgados como granos de café, el cabello en bucles, como una espiral sedosa de color chocolate, apetecible como una merienda de domingo, como un premio... El rubor inesperado que le asomaba a

la cara cuando se acercaba a él la hacía francamente deseable. Había algo en ella que tocaba alguna fibra hasta ahora desconocida en él. Porque tendría sus virtudes, pero la ternura no era su fuerte.

Cierto que él nunca había flirteado con chicas tan jóvenes —«¿Qué tendrá, dieciocho, diecinueve años?», se preguntó—, y prefería mujeres experimentadas con las que pasar un buen rato y darse un revolcón sin conflictos morales, pero no podía negar que aquella joven le provocaba sensaciones contradictorias y que cada vez que la veía entrar en la sala de curas, instintivamente, se sentía mejor. Se elevaba un palmo sobre el suelo. Ella era su mejor medicina. Lamentaría perderla de vista, cuando se marchara de allí...

Agotado para andar diseccionando sus sentimientos, dejó vagar sus pensamientos. La joven terminó de ordenar y se dispuso a ayudar a su amiga. Acercándose, le sonrió con timidez; luego sus manos se posaron en su frente, y él sintió un estremecimiento que achacó a su frágil estado de salud. Después ella se sentó en el borde del catre y se dispuso a darle de comer. Él aún no tenía fuerza suficiente ni para sujetar el cucharón, ¡y aquello le hizo sentirse tan ridículo! Él, que había despertado en algunas de las camas más cotizadas de Londres, con las mujeres más sofisticadas y hermosas entre sus brazos, se veía ahora en semejante aprieto, teniendo que dejar que unas desconocidas le limpiaran el sudor y la barbilla al gotear de papilla o lo sobaran como un guante.

Hasta hacía poco, el que esa chica le destapase la venda del muslo solo le había provocado angustia y dolor, pero desde hacía unos días le provocaba algo mucho más libidinoso. El roce de sus dedos en el vello de sus piernas le arrancaba una excitación fuera de control que había tratado por todos los medios de ocultar. No deseaba asustar a aquellas jóvenes palomitas.

—Tome, y no proteste —le dijo Blanca después de soplar la cuchara para enfriar el caldo—. Necesita recuperarse. En un rato le visitará el doctor, y queremos que hoy lo encuentre mejorado —dijo animándolo, y él le contestó con una débil inclinación de cabeza. Mientras sorbía a duras penas el sabroso caldo, percibió el olor que ella desprendía. Olía a brea y a jabón, al dulzor de los pinos del patio, a juventud y...

Asombrado, una idea se abrió paso en su cabeza: ¿había entendido lo que le había dicho? Alexander había ido descubriendo esos días que cada vez podía entender mejor lo que le decían, aunque no hablase palabra de español. Ellas, en su esfuerzo por comunicarse con él, le traducían muchas veces al francés lo que le querían decir, y así él había podido ir aprendiendo palabras sueltas, capturando

como un corsario el sentido de las frases, domando sus oídos a la música de su lenguaje, de tal manera que a veces, como en aquella ocasión, se sorprendía descubriendo que entendía lo que le estaban diciendo.

Bien era cierto que tenía buen oído, que en Eton había tenido facilidad para el griego, el latín y también para el francés, pero aquellos habían sido estudios académicos, no lo de ahora. Después de tragar varias cucharadas se sintió cansado, y sin decir nada —aún seguía sin voz— cerró la boca para indicar a su enfermera que no tenía más hambre y se echó hacia atrás para descansar. Blanca lo dejó para continuar su tarea con la cama siguiente, la de un francés diminuto y tuerto del ojo derecho al que llamaban sargento Grivel y que estaba peor aún que él mismo. Era una ruina de hombre.

—¡Despierte, amigo! Veamos cómo está hoy —le dijo el galeno un instante después.

Alexander se sorprendió al verlo cosido a su cama con su ayudante; no le había oído llegar.

El doctor Amador era discípulo del Real Colegio de la Cirugía Armada, una de las instituciones científicas y militares más apreciadas en Cádiz, vinculada al hospital de la Armada y ubicada cerca del Mentidero. Era un hombre con amplia experiencia en su profesión que había tratado multitud de heridas de guerra, y estaba haciendo una labor encomiable esos días aciagos en que las playas se habían convertido en un cementerio gigante. Desde hacía dos años estaba destinado al hospital de San Carlos, y había sido el especialista enviado por la Marina para tratar a los heridos llegados a Conil.

—Esta herida está mucho mejor —dijo despegándole el vendaje de la pierna—. ¿Le duele aquí?

Alex movió afirmativamente la cabeza. En su posición, tumbado, la estiró hacia abajo y vio que el reborde rojizo, el cordón de piel que rodeaba la cicatriz, parecía ir cerrándose. El tacto del médico sobre su piel le provocó un agudo pinchazo. Aquella zona estaba aún muy sensible, aunque ya no supuraba pus.

—Señorita —le dijo el doctor a Blanca—. Prepárele esto. —Y le garabateó en un papel las dosis de los medicamentos que habría que seguir dándole—. Sigamos. Los ojos aún están muy blancos —dijo subiéndole los párpados—, perdió mucha sangre, aunque sus mejillas empiezan a coger color y a llenarse... —El doctor hablaba más consigo mismo que con el herido. Durante un buen rato le toqueteó todo el cuerpo: le auscultó la espalda y el pecho, le miró los oídos, la lengua y el cuello, comprobó que sus ojos veían correctamente y

examinó sus excrementos, conservados en una bacinilla de latón...

Alexander intentaba descubrir lo que decía mirando atentamente sus labios, viendo cómo su bigotazo subía y bajaba y oyendo el profundo resoplar de sus narices largas y ligeramente torcidas. De perfil, el hombre tenía unas patillas color zanahoria que le llegaban hasta casi la boca y una buena barriga. A su lado, su ayudante, un mozuelo de unos trece años de ojos saltones y pelo como escarpías, no le quitaba ojo. Lo reconoció de otras ocasiones en las que, al igual que esa mañana, el rapazuelo había acompañado al doctor y lo había estado observando con la misma intensidad. Como si estuviera viendo un fantasma.

Alexander le guiñó un ojo, pero el chico pareció rehuir ese gesto de complicidad, como si se asustase. Alex pensó que era muy raro, pero se desentendió de él al ver que el doctor se estaba despidiendo. Cuando el médico se marchó acompañando a Blanca para revisar al resto de heridos, el chico, inesperadamente, se agachó y, acercándose a él, balbuciendo, le dijo algo que pretendía ser inglés.

Alex dio sin querer un respingo, y aquello lo descubrió. El chico le sonrió entonces. Llevándose un dedo a los labios le indicó que guardara silencio. Alex intentó decirle algo, pero no pudo, y el otro, sencillamente, se limitó a deslizar su mano bajo el jergón y a entregarle un papel dobladito. Después se levantó y se acercó a su patrón sin mirar atrás. Alexander los vio perderse por el luminoso pasillo de vidrieras, que daba a la otra ala del convento; una vieja, a quien llamaban sor Rufina, pasó en ese momento a recoger los tazones vacíos. Alexander, todavía agitado y nervioso, se hizo el dormido.

Esperó a que todos se durmieran y a que las mujeres y el galeno desaparecieran de su vista para intentar leer la notita. ¿Quién diablos sabría que estaba allí? ¿Sus mandos? ¿Sería una trampa? Entre la debilidad y los nervios, el pulso le temblaba tanto que apenas atinaba a ver qué ponía. Se preguntó si aquello era de fiar o si alguien pretendía descubrirlo... Cosas más raras se habían visto. Sabía, porque se lo había escuchado decir a las mujeres, que hablaban sin parar como cotorras mientras hacían las curas, que cerca de allí habían encontrado a unos ingleses y que unos contrabandistas les habían dado muerte sin mediar palabra. No los habían cogido como prisioneros de guerra para un posterior canje: sencillamente se los habían cepillado de un disparo. Al parecer, aquellos tipos tenían cuentas pendientes con los británicos: habían pasado varios años presos en el penal de Gibraltar y no habían sido tratados con muchos miramientos.

Tras una ardua batalla contra sus propias limitaciones, pudo conocer el

contenido del papel... y al firmante, lo que le tranquilizó.

«Sabemos que está bien. Estese tranquilo. Su familia ya está al tanto de que ha sobrevivido y de que está en buenas manos. No se identifique si no quiere que lo apresen y lo trasladen a algún penal o al pontón de Cádiz. Podría tirarse allí meses o años hasta ser canjeado. Si no lo han descubierto, es mejor que siga calladito y siga haciendo creer a esas monjas que es usted gabacho. Se hará un favor a usted mismo y a su país. Quédese allí todo el tiempo que pueda; finja estar peor de lo que está, ponga oído al parche y escuche lo que allí se dice. En un sitio como ese se habla sin tapujos de lo que pasa en la calle. Sabemos que franceses y españoles están muy enfrentados por la batalla, que el gobernador de Cádiz ha sido acusado de traidor por el populacho, y eso nos beneficia. Es bueno para nuestro país que nuestros enemigos se peleen. La alianza que mantienen no durará mucho: de una forma u otra, se terminará por romper. Tanto en el pueblo donde está usted, Conil, como en los alrededores de la base naval de Cádiz, hay muchos marineros, heridos, tránsito de personas... Transmítanos lo que averigüe a través del mismo conducto que hemos utilizado nosotros.

Firmado: S. B. V.»

Alexander supo inmediatamente, al ver la firma, que era auténtica. Aquellas siglas eran en realidad una clave. La habían estipulado el día antes de la batalla para que, en caso de caer heridos y llegar a la costa, pudieran ser socorridos por los suyos. Alexander sabía que había espías en aquellas tierras, pero nunca habría adivinado que pudiesen utilizar como correo a aquel mozalbete español. Supuso que, a cambio de unas buenas monedas, cualquiera se habría prestado a ello.

Haciendo un esfuerzo ímprobo, dobló el papel de nuevo y lo introdujo en un roto del colchón relleno de paja. De momento no tenía bolsillo donde esconderlo —estaba desnudo con un taparrabos—, y tampoco fuerzas para contestar a sus superiores. Tendrían que esperar a su restablecimiento..., que, a partir de ahora, tendría que ralentizarse. Para ello —pensó— sería bueno contar con aliados. Su mente buscó soluciones y halló una: podría deslizarse hasta las escaleras y tirarse por ellas..., o, mejor, hacer que su curandera, aquella joven que tan apegada parecía estar a él, se lo facilitase. Intentaría ganársela..., buscaría la forma de que le permitiesen de alguna manera mantenerse allí más tiempo del debido, de que ella lo ayudase a hacerse una idea al menos general de cómo estaban las cosas... Con aquel pensamiento rocambolesco se durmió. Ya pensaría

en cómo llevar todo aquello a término más tarde; en ese momento estaba muy cansado.

—¿Con leche o solo? —preguntó la doncella a doña Paz.

—Con leche, y le agradecería otro borrachillo —contestó la dama.

La criada volvió a pasar la bandeja con platillos llenos de pastas de chocolate, hojaldres de miel y borrachos y unos pasteles redondos mojados en vino dulce. Era la merienda tras el rosario ante la hornacina con la imagen de la Virgen situada en una esquina del salón principal; la miriada de velitas que habían encendido ante aquel pequeño altar daban un tono cálido y acogedor al cuarto, donde se respiraba una fragancia mezcla de cera, café, anisete y agua de rosas.

En el corrillo de viejas damas, todas austeramente vestidas de negro, destacaba la figura rechoncha de doña Paz. Sujetaba la cucharilla de plata con la que removía su café en una hermosa taza de porcelana con dibujos florales; era —había presumido la anfitriona— una pieza procedente de la mismísima Real Fábrica de Porcelanas de la Granja, un regalo de su amadísimo esposo, el difunto honrado esa tarde. El tintineo de los cacharros y el ir y venir del servicio no distraían a las mujeres, que en una veintena asistían esa tarde a casa de doña Purificación Contreras, viuda del contraamaestre de navío don Esteban Ponce e Hinojosa, fallecido el día de autos.

Desde la batalla, la sociedad gaditana había estado muy atareada primero recibiendo heridos y malas noticias, después asistiendo a funerales y oficios religiosos y por último dando el pésame personalmente en las casas de las familias que habían tenido la desgracia de perder a algún ser querido en Trafalgar. La ciudad era un hervidero de chismes, y aunque una dama que se preciara de ello jamás entraría a discutir de política —era algo vulgar—, en esos días el que más o el que menos soltaba pestes de los ingleses, de los franceses y del gobernador Solano, a quien acusaban de afrancesado, de masón y de no haber sabido impedir que la Escuadra española se hiciera a la mar al reflujo del loco almirante Villeneuve.

—Me contó ayer doña Mencía que vieron salir a la señora Solano de casa de *Monsieur* Leblanc, el comerciante de salazones. Todo el mundo sabe que ese hombre finge ser monárquico, pero sirve al emperador a cuatro manos. Su levita negra —dijo, muy enteradilla, doña Manuela de Prados, condesa del Torreón—

lo delata. Es un jacobino de manual —sentenció mientras mordisqueaba unos dátiles.

—Pues mi marido dice que anda de secretitos con esos franceses; que lo han visto reunirse con alguno de ellos en un tugurio del puerto. Acompañado de su secretario, de ese tal San Martín, el de Río de la Plata...

—¿Ha visitado ya alguien a Pepita Menéndez? —preguntó otra de las presentes—. Me han comentado —dijo bajando la voz, agachando la cabeza como si contase un secreto, aunque lo hiciese delante de la banda de mayores cotorras de la ciudad— que el otro día estuvo a ver al gobernador para exigirle que mediara ante el Gobierno y le firmara una carta para que le aumentasen la paga de viudedad. Está muy descontenta —concluyó dándose un golpe de abanico, aunque no hiciese calor en la estancia—. Ha enviado a su primogénito a Madrid para entrevistarse con Godoy. Me han dicho que vieron salir al muchacho en silla de postas hace tres días.

—El Gobierno y el Príncipe de la Paz se equivocan. Es indecente que a nuestros héroes no se les permita descansar en paz y a sus viudas y a sus hijos solo se les ofrezca una pensión miserable y como mucho un grado más. Acuérdense de que en el caso del cabo San Vicente —dijo refiriéndose a otra batalla naval ocurrida no mucho tiempo atrás— a las viudas les quedó el cien por cien de la paga y el aumento de dos grados. Lo sé de buena tinta, que me lo contó en su día Menchu Solís.

—No tendrán reales suficientes para tal estropicio —intervino en ese momento doña Carlota, que, aunque no hacía mucho que se había reincorporado a aquellas reuniones sociales, de las que había estado excluida años, lo había hecho sin complejo alguno. Mientras apuraba su jerez y se fumaba su pequeño cigarrillo, sacó a relucir el tema, y su hermana, colérica, la miró desde el otro lado de la mesa echando humo—. Creo, de todas formas, que lo que nos pasa a los españoles es que definitivamente somos unos memos.

Las demás se quedaron atónitas mirándola. Doña Carlota gozaba escandalizándolas. No solo con sus palabras, también con su atuendo —era la única que vestía de color, aunque fuese gris ceniza— y con sus actitudes. Doña Manuela la increpó por esas palabras y se hizo la ofendida; la cosa amenazaba con ir a más. La escalada de reproches podría sepultarla, pero la aludida o no era consciente del seísmo que acababa de provocar o lo estaba disfrutando en sus adentros.

—Si lo decís por lo de haber cumplido con el deber, creo que nuestros marinos

no han sido... eso que habéis dicho; sencillamente se han comportado como hombres de honor.

—No me vengáis con esa sarta de pamplinas. Más les hubiera valido haberse negado a acompañar a Villeneuve, aunque les esperase un consejo de guerra. En Madrid, se hubiera explicado la situación y se habría comprendido. Ahora no tenemos ni hombres, ni barc...

—Ofenden sus palabras —contestó, indignada, otra de las asistentes mientras dejaba de golpe su taza de chocolate en el mantel de ganchillo de la mesa—. Nuestros hombres jamás habrían permitido que se los tachara de cobardes, qué despropósito...

—¡Nadie los hubiera acusado de cobardes...! Y ahora estarían vivos, como el esposo de nuestra amiga —dijo señalando a su anfitriona, que se enjugaba una lágrima en un fino pañuelo bordado—. De esta manera han dejado al país desprotegido. Su sacrificio no ha valido pa...

—Querida hermana... ¿Qué tal si dejamos la conversación? Se hace tarde —cortó doña Paz—. Vayan ustedes con Dios —dijo enrollándose el rosario en el puño y levantándose como un resorte, sin dejar que la conversación prosiguiera por esos peligrosos derroteros. Doña Paz no estaba por la labor de que su hermana Carlota acabase con todas sus amistades. Si la dejaba, era capaz de terminar en una sola tarde con las relaciones que a ella le había costado toda una vida hacer. Era típico de ella entrar como un elefante en una cacharrería y dar sus opiniones sin que nadie se las hubiese pedido. De propina.

Dando por última vez el pésame a su anfitriona, doña Paz cogió el mantón que le acercó la doncella y, entregándole a su hermana el suyo, se despidió del grupo. Se verían al día siguiente en casa de doña Julia Pimentel, otra honrosa viuda, y esperaba poder ir ella sola. El servicio les abrió la puerta, y bajaron a la calle. Se había hecho tarde; bostezaba la noche y el sereno andaba ya calle arriba, calle abajo, controlando los hachones prendidos con grasa. Las garitas de la muralla tenían movimiento, se reflejaban las bayonetas de los centinelas por el fulgor del fuego. Olía a mar, y a lo lejos, el resplandor del faro de San Sebastián con su luz intermitente barría cansinamente el horizonte. Las dos mujeres no se dirigieron la palabra dentro del carruaje. De haberlo hecho, habrían acabado a golpes.

—Os esperaba —dijo don Higinio a sus hermanas. Ambas se sorprendieron de

verlo allí y no en el café, en las tertulias del Apolo o el Correos—. Don Cayetano Valdés vendrá mañana a visitar a los heridos de su tripulación que tenemos en casa, y espero que estemos todos para recibirlo. —Y ambas asintieron sin mover los labios. Don Higinio las dejó, viendo que venían enfadadas. Nada nuevo bajo el sol. Doña Paz entró en las cocinas para dar las instrucciones domésticas del día siguiente y doña Carlota se dirigió a la sala de curas.

Elsa, acompañada de dos criadas, terminaba de recoger a esas horas los tazones con los caldos y los pepiteros de las manzanas. De la veintena de camas que habían puesto a disposición del gobernador Solano para atender a los náufragos, en ese momento tenían la mitad ocupadas. Al resto les habían dado ya el alta después de dos semanas recuperándose. Allí se habían atendido solo heridas superficiales, no graves ni infecciosas. Para eso estaban los hospitales y los conventos, donde había personal más preparado y medicinas.

—¿Cómo ha ido la tarde? —le preguntó su tía a Elsa. Esta le enseñó la cama vacía del sargento Morales y sonrió satisfecha. Se había marchado hacía dos horas. Hablaron de reponer la despensa, de la limpieza y de la adquisición de algunos juegos más de mesa para los que quedaban. Elsa terminó por apagar los quinqués y dejar dormir a los heridos.

La visita de Cayetano Valdés a la mañana siguiente fue un honor para la familia. El hombre de moda en Cádiz, el héroe superviviente, se había dignado, a pesar de lo convaleciente que había estado, con más de un centenar de heridas recibidas en combate, a visitar las viviendas donde sus hombres habían sido tratados. Llegó sobre las once, acompañado por una no tan simpática esposa. Doña Isabel Roca de Togores y Valcárcel era una engreída de campeonato, con un nombre más largo que un día sin pan. Dama de la reina María Luisa, era una viuda preciosa y rica que se había casado con una joven promesa de la Armada. Una belleza fría y pérfida capaz de congelar el corazón de cualquiera. O al menos eso le pareció a Elsa, que, a su contacto, se contrajo como si la hubiera rozado una medusa.

Valdés, por el contrario, parecía la amabilidad en persona. Su cara caballuna no hacía justicia a sus ojos negros como ascuas, vivos, intensos, osados. La pasión en lo que hacía hablaba por ellos. Ni siquiera la aplastante derrota sufrida parecía haberle deprimido. Hablaba de futuro como un inconsciente o como un visionario. Sus hombres parecían adorarlo. Después de un rato con ellos y de tomarse un jerez con la familia, se marchó, para dejar tras de sí un halo de esperanza en el futuro, algo que, en esos momentos, en ese país, se necesitaba más que el comer.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mi tripulación —le dijo a don Higinio tendiéndole la mano— ni lo que han hecho ustedes —dijo despidiéndose de las damas.

Doña Isabel contrajo la nariz en un mohín inclasificable y se limitó a inclinar la cabeza en una despedida ahorrativa en palabras. Con cara de circunstancias. Debía de estar harta de tantas visitas... o celosa de no ser ella el centro de todas las miradas. Aquel marido suyo, con nariz de comanche y más entradas que las marismas, la eclipsaba. Era un fogonazo de luz que se tragaba todo lo que hubiera a su alrededor. No maridaban bien.

5

Abandonaron la Casa de las Viudas, una institución benéfica destinada —como su propio nombre indicaba— a acoger a viudas y huérfanos sin recursos, fundada hacía un siglo por un comerciante de Damasco asentado en la ciudad. Si era tradicional en Cádiz que las familias más opulentas apoyasen económicamente a esta institución en tiempos de paz, en los de guerra, mucho más. Durante las últimas semanas no había habido familia señalada que no hubiese acudido a hacer la visita de rigor y a llevar cestos con productos básicos: hogazas de pan, saquitos de garbanzos, aceitunas, verduras de temporada o dinero contante y sonante, que era lo mejor recibido por las religiosas que regentaban la casa.

Este había sido el caso de la familia Malvar. El vizconde solía acudir a primeros de enero, aniversario del fallecimiento de su esposa, a hacer su donativo, pero este año, dados los acontecimientos, los Malvar habían decidido adelantar la visita.

Elsa acompañó a sus tías, a su prometido y a la madre de este, doña María Herráez, aquella mañana de domingo. Guiados por sor Luciana, recorrieron los largos pasillos, las salas donde los más pequeños jugaban o donde los bebés eran atendidos. Abajo en las cocinas, unas mujeres pobres, pero de aspecto aseado, hacían cola con sus escudillas para coger una pasta consistente en harina, agua y anisetes tostados. Después todos asistieron a la misa de once celebrada en la pequeña capilla, de estilo barroco, anexa al edificio.

El día era desapacible, como correspondía a esa época del año —muriendo el otoño—, y la calle estaba invadida de hojas caídas de los árboles. La plaza de Fragela no era un lugar muy transitado. Cercana al Hospital Real, aquella zona estaba separada de los barrios residenciales por huertos y parques arbolados por motivos higiénicos y de seguridad, máxime en una ciudad marítima como esa que había sufrido a lo largo de su historia multitud de epidemias.

La comitiva partió en carruaje hacia el centro. Habían decidido dar después un paseo por la calle Ancha, saludar a sus conocidos, enterarse de los últimos

chismes y tomarse un café calentito en la confitería Central. Las banderas ondeaban aún a media asta, de luto, en todos los edificios públicos. El huracán de los primeros días de duelo había remitido, pero seguía como tormenta tropical. El dolor aún empapaba Cádiz.

Rodrigo, el único caballero del grupo, hubiese preferido despistarse del grupo de féminas y acercarse por el café de Apolo —centro de reunión masculino donde se fumaba a destajo, se despoticaba de política o se jugaba a los dados y al billar—, pero las damas no se lo habían permitido. Encadenado a ellas, rebotaba las conversaciones y prefería tomar rapé. Pantalón de punto, chaqueta color guinda, pañuelo anudado al cuello... Un pisaverde, un dandi incipiente. En período de pruebas. Un gallito al que aún le faltaban muchas plumas. Un niño rico y engreído. Estampa de adonis clásico. El cabello ensortijado de angelote crecido y unos ojos soñadores evidenciaban su optimismo a pesar de lo vivido en la bahía en sus días, su juventud, sus apenas dieciocho años. A su lado, su madre, doña María, caminaba estirada con su mantón de cachemir. El pelo recogido en un estricto moño clavado a la cabeza con una peineta de nácar. Su vestido color chocolate y sus guantes tostados le conferían un aire austero, pero distinguido. Era, al igual que su hijo, alta, de rasgos huesudos, y, aunque no guapa, resultaba fina.

Rodrigo era su primogénito, el mayor de tres hijos, todos varones. Su esposo, don Eusebio, era un comerciante de pólizas náuticas que llevaba años enfermo, y rara vez los acompañaba. Desde la última epidemia de fiebre amarilla —«la calentura», como la llamaban por estas tierras— no había levantado cabeza. Una enfermedad de esa clase, llegada, según se supo luego, en un barco procedente de las Antillas, había matado años atrás a la madre de Blanca y de Elsa. Las marismas y el intenso tráfico portuario sometían a Cádiz, desde hacía siglos, a todo tipo de fiebres malignas que de vez en cuando diezmaban la población.

En el interior de la confitería, alrededor de una mesa redonda de mármol con patas de hierro forjado, el grupo se sentó mirando hacia el enorme espejo de marco dorado que dominaba el fondo. Las paredes forradas de tela roja y el suelo de madera daban un toque distinguido, pero también algo pasado de moda, al establecimiento. El estilo había dejado de llevarse hacia al menos veinte años, pero eso era una menudencia para sus clientes en comparación con las riquísimas tortitas y los chocolates exóticos venidos de todas partes del mundo que servían.

Al igual que ellos, otros ciudadanos de bien tomaban algo a la hora del aperitivo: anisetes y jereces, vinos amontillados y aguardientes; un pequeño

refrigerio tras la misa. Rodrigo llamó al veterano camarero, que se apuró a preguntar qué deseaban los señores: un té caliente con leche, un café bien cargado, una mistela para las tías... Al lado, dos matrimonios de edad discutían sobre la última hora de muchos marinos.

—Me dijo Antonia Sierra que a su hijo se lo han llevado a Gibraltar — comentaba la señora más mayor, una dama de sesenta y tantos años que peinaba canas y lucía una hermosa mantilla negra en la cabeza. Saboreaba un dulce y hablaba de los presos hechos en la batalla por los ingleses: a unos se los habían llevado al penal del Peñón y a otros, directamente a Inglaterra, a Plymouth.

Elsa y Rodrigo, que estaban espalda con espalda, oían nítidamente la conversación. Rodrigo apuntó algo a su familia.

—Miguel del Valle, nuestro vecino, no termina de recuperarse; me lo dijo ayer el tío Pedro, que estuvo a verlo en el hospital. Está peor de lo que se esperaba. La cosa pinta fea. —Siguió saboreando el primer trago del oloroso caldo procedente del Puerto de Santa María—. De Álava está mejor. La pena es que haya vivido para contarle ese hijo de perra de Villeneuve.

—No hay justicia en el mundo —sentenció su madre.

Doña Paz comentó que ya habían confirmado que Hidalgo Cisneros, al mando del mayor navío de guerra de su tiempo, el Santísima Trinidad, había sobrevivido, pero estaba igualmente preso en Gibraltar a la espera de algún canje. Doña Carlota insistió en lo que había oído sobre la muerte heroica del brigadier Churruca al frente del San Juan Nepomuceno. Por último, intervino la más joven.

—Mi amiga Clara me ha contado que varios barcos encallaron en el Puerto de Santa María. La tormenta los arrastró hacia allá cuando regresaban y pretendían entrar en la bahía de Cádiz. La playa a la que da acceso su casa sigue estando llena de cascotes y despojos. La han limpiado varias veces, pero no hay manera. Hay miedo a una peste... Todavía tiene resaca el mar.

Los demás asintieron. Era sabido que el viento había soplado en aquella dirección. En la playa, a pesar de las difíciles condiciones climáticas, se contaba que habían logrado encender hogueras para orientar a los marinos que regresaban en medio de la noche, y que varias balandras salvavidas, con lanchas equipadas, habían rescatado del agua a muchos supervivientes, fueran de la nacionalidad que fueran, poniendo en riesgo su propia vida.

El goteo de noticias de aquel apocalipsis marino aún proseguía a pesar de las semanas transcurridas. Cada día se sabía algo nuevo, muchas veces para

escándalo o escarnio de unos y otros. En el ámbito nacional, el país estaba que ardía contra el primer ministro, Manuel Godoy, y había quien hablaba ya sin tapujos de su destitución inminente: lo de Trafalgar había sido una afrenta sin paliativos al honor nacional, y el hombre al frente del Gobierno debía dimitir. Si el rey no lo ponía en su sitio —andaban diciendo otros—, era porque en realidad era su rehén. Y tal vez a quien hubiese que echar fuese al propio monarca... Los asuntos políticos eran espinosos, y muchas de estas ideas empezaban a circular entre el respetable, aunque no se proclamasen a viva voz.

Hablaban de todo aquello cuando vieron entrar a un oficial con su característico uniforme azul marino, galones dorados y solapas y cuello encarnado. Lucía un bicornio en la cabeza que cortésmente se retiró al entrar en el establecimiento. Lo acompañaba otro joven, también de la Marina, y dos señoras mayores. Los Malvar decidieron cambiar de tema; los ánimos estaban muy enrarecidos y cualquier comentario, por nimio que fuese, podía levantar gresca.

—¿Y de Blanca qué se sabe? Supongo que vuestra sobrina estará bien. Me han dicho que en Conil y en Chiclana hubo también mucho movimiento estos días.

—Sí; está ayudando con los heridos que hay en el convento. Allí trasladaron a los que llegaron en peores condiciones; muchos han sido ya dados de alta o han muerto, pero otros continúan ingresados —explicó doña Paz: a diferencia de los heridos leves, acogidos en su propia casa en Cádiz, en el convento de la Victoria y en el resto de hospitales había miles de hombres siendo aún atendidos. Los ingleses, según se iban recuperando, eran trasladados al barco prisión de Cádiz, a la Cárcel Real o a varios presidios de la zona, pendientes, sobre todo si eran oficiales, de los próximos canjes.

Los franceses andaban recogiendo a los suyos y trasladándolos hasta el hospital de San Carlos. El emperador estaba que trinaba con la vergüenza protagonizada por Villeneuve. Parecía, incluso, haberse desentendido de todos ellos. «No puedo estar en todas partes», decían los periódicos que había dicho Bonaparte, estando ya en Austria, al saber del desastre. Los galos se sentían cada vez más inseguros en España, donde mucha gente les reprochaba su actuación insensata, y estaban abandonando la zona de prisa. Muchos —los que estaban en mejores condiciones y podían viajar— habían sido ya trasladados a Sevilla y Madrid, mientras el resto seguía en Cádiz hospitalizado.

—¿Irás a ver a tu hermana cuando me vaya? —preguntó Rodrigo a su prometida.

—Sí... La verdad —dijo esta con aire enojado— es que no entiendo por qué no ha vuelto aún. Debería aprovechar el momento de debilidad de mi padre y dejar cuanto antes el convento. Creí que le gustaría mi plan; lleva años suplicándole que le permita marcharse de allí, y ahora que puede, no lo hace. Comprendo que haya heridos que atender, pero hay otras monjas y novicias que pueden desempeñar perfectamente ese trabajo. Y si es por ganas de ayudar, aquí también puede echar una mano. Aunque en casa ya no queden heridos, en los hospitales aceptan toda la ayuda que venga de fuera.

Elsa estaba indignada con su hermana. Después de haber presionado a su padre, Blanca no daba señales de vida. Ya le había enviado dos recados con Crispín a Conil, pero su respuesta había sido extrañamente negativa:

«No puedo abandonar ahora el convento; lo haré en cuanto me lo permitan.

Blanca».

—Y vos, Rodrigo..., ¿tenéis que partir ya mismo a Madrid? ¿No sería mejor esperar a Navidad? Para ir a allí siempre hay tiempo —comentó doña Paz al joven. Este había adelantado su marcha a la capital a última hora, lo que había disgustado a Elsa.

—Voy a aprovechar que mi tío viaja el viernes para acompañarlo. Tiene una entrevista importante con el Gobierno. Será uno de los enviados por el marqués de Socorro para tratar sobre las numerosas quejas que las viudas de los marinos están planteando al gobernador exigiéndole una mayor pensión. El marqués tiene las manos atadas porque este es un asunto que compete directamente al Ministerio de Marina y al primer ministro, no a él..., pero quiere tener un gesto con esas pobres mujeres y, de paso, tranquilizar los ánimos. Acompañaré a mi tío y así podré conocer al Príncipe de la Paz y a gente importante de Madrid. Nunca está de más hacer buenos contactos —dijo el muchacho, muy resuelto.

Al igual que algunos parientes por vía materna, Rodrigo pretendía entrar en el servicio diplomático, y conocer a los mandamases en Madrid sería su tarjeta de presentación. Después, doña María deseaba que pasase un tiempo en el extranjero —una tradición familiar—, aunque en esos momentos ninguna opción parecía muy recomendable; la expansión francesa por Europa hacía poco oportuno viajar al continente, y en América las colonias estaban bastante revueltas, contagiadas

con las ideas independentistas del Norte. Recorrer Nueva Granada o Nueva España, como había hecho su propio tío Pedro de joven, resultaría ahora imprudente. Las relaciones con Inglaterra eran pésimas, y había quien aseguraba que en breve estarían en guerra con Francia; la actitud de Napoleón hacia sus socios españoles resultaba insultante, y algunos ministros se negaban a seguir manteniendo los acuerdos firmados no hacía mucho con el emperador. Si las cosas no mejoraban, el viaje de Rodrigo tendría que esperar.

—Decoro... Eso es lo que un joven debe dejar claro en Madrid. En una ciudad pecadora como esa, es fácil echarse a perder. Tenga cuidado, joven, y no se crea todo lo que le cuenten; allí no hay más que gentuza... —seguía doña Paz, dándole la monserga.

Mientras la anciana le aconsejaba prudencia y una vida de estilo monacal en la capital de los pecados, el joven pensó que, si no podía viajar por Europa, al menos le quedaría Madrid. Estaba ansioso por conocer la ciudad, correrse buenas juergas, visitar a actrices de mala reputación, tener encuentros con damas casquivanas a las que bajar las ligas, hacerse asiduo de los antros de corrupción de los que algunos conocidos le habían hablado, batirse en duelo, jugar a la ruleta y —trató de no sonreírse— liberarse, ¡por fin!, del férreo control de su madre... y ahora también del de su prometida.

Debía aprender de su futuro cuñado, Fernando de Soto, que era todo un vividor. Su reputación, lejos de perjudicarlo, lo había encumbrado, al menos dentro de lo que a la sociedad masculina gaditana se refería. Él era todavía demasiado joven, o al menos así lo sentía, para encerrarse en una capital de provincias casado, con hijos y responsabilidades tan pronto. Primero debía vivir, disfrutar de la vida, correr la chancla —que decía su madre— y luego sentar la cabeza... La fecha de la boda, que Elsa había pedido que fijaran ya, tendría que esperar. ¿A qué demonios venía tanta prisa?

—¿Me escribirás? —preguntó en ese momento Elsa. Y la cuestión lo obligó a volver a la mesa del café y a la reunión familiar; el tono lastimero de la muchacha hizo que realmente lamentara que ella se hubiera encariñado tanto de él y se tomara su relación tan a pecho. Eso era algo que incluso estaba mal visto. ¡Era tan anticuado...!

Él era un hombre de honor y cumpliría su compromiso de casarse con ella, pero Elsa tenía que entender que no era de recibo que un joven a su edad no tuviera otra perspectiva de futuro que salir de paseo con su novia y acompañar a su madre a misa.

—¿Me escribirás? —volvió a insistirle ella, y Rodrigo no tuvo más remedio, para tranquilizarla, que asegurarle que lo haría con frecuencia, aunque nada estuviese más lejos, en ese momento, de la realidad. Aquel viaje, que para ella era motivo de tristeza, para él era una aventura hasta cuya última gota estaba dispuesto a saborear. Lejos de Cádiz, de su casa, de su prometida y de todo, por fin se soltaría la melena. Estaba ansioso por irse, y le costaba un trabajo enorme disimularlo.

A Elsa se le había hecho un nudo en la garganta. Sabía que él estaba como loco por marcharse. Ahora que ambos empezaban a intimar y a conocerse, y que ella había empezado a enamorarse, él se iba lejos y por tiempo indefinido. Y Madrid era mal sitio para un joven soltero, guapo y con dinero. En realidad —siguió reflexionando mientras Rodrigo llamaba al camarero para pagar las consumiciones— era el peor sitio posible. Elsa temía que, al igual que había ocurrido con Fernando, el novio de su hermana Blanca, Rodrigo se olvidase pronto de ella y corriese a divertirse en brazos de actrices o mujerzuelas.

—Tranquilízate, querida —le dijo el muchacho tratando de aliviar la tensión creada hacía unos minutos—; te escribiré con asiduidad y te respetaré como te mereces... Te lo prometo. Y ahora volvamos a casa. Es hora de comer. Estoy canino.

Sujeto a unas muletas de madera, con una camisola a rayas y una casaca francesa por encima, Alexander se dirigió a paso lento, pero seguro, hacia el patio del claustro. Acompañado por su cuidadora, cuyo nombre ya conocía —Blanca; Blanche, le gustaba decirle él—, cumplía lo prometido al doctor, que le había prescrito que aprovecharse los ratos de sol para salir a que le diese el aire. Esa sería su mejor medicina.

Al llegar a la escalera, un hombre fortachón lo cogió en brazos y lo bajó por el tramo de veinte peldaños que separaban la primera planta de la baja como si fuera un niño. Alex no pudo dejar de sentirse patético y preguntarse qué pensaría de él esa chica. Su imagen: famélico, rapado y con aquel ridículo pijama, transportado en brazos por un vulgar mozo de carga, no era precisamente la de la sofisticación que tanto había cultivado en Londres. Distaba mucho de estar en sus mejores horas, lo cual terminó por hacerle reírse de sí mismo. Aquello era un correctivo a la vanidad de cualquier hombre. ¡Menos mal que no había espejos en

el convento! Al fin y al cabo, ojos que no ven, corazón que no siente, que diría su madre.

La mañana era radiante y el sol reverberaba ajeno al temporal de hacía semanas. Azuleaba la playa a lo lejos y soplabla una suave brisa de poniente. Había esperado un buen rato a que Blanca terminase de curar y asear a otros heridos paseándose por el pasillo acristalado. Le gustaba sentir la calidez de esa luz acariciadora, y, como cada día, disfrutaba de esos minutos a solas para practicar con sus muletas y estar más ágil.

Necesitaba recuperar la musculatura perdida después de cuarenta días encamado. Progresaba bastante bien, aunque disimulaba. En diez días los mandos franceses volverían a llevarse a los heridos que pudiesen, y en ese paquete lo lógico era que fuera él; tendría que impedirlo como fuera. Primero, porque en cuanto le preguntasen por su barco, capitán o compañeros podrían descubrirlo; después, porque tenía orden de sus superiores, a quienes ya había mandado sus dos primeros mensajes a través del ayudante del médico, de que siguiese allí mientras pudiera y les informase de todo lo que descubriese; por último, y eso le costaba más reconocerlo, aunque no podía dejar de saber que se encontraba ahí, estaba el hecho de que le agradase ver cada mañana al despertar la cara de Blanca, sentir sus manos sobre su piel o la vibración de su risa argentina mientras enrollaba vendas o escucharle leer poemas sentada en el banco del patio mientras lo acompañaba. No entendía mucho lo que le decía, pero ¡qué más daba!

—Vamos, holgazán, ánimo —le dijo al pasar la otra joven, Candela, que marchaba en dirección contraria con otro herido cogido del brazo. Unos metros más allá venía la otra amiga. Azucena, recordó que se llamaba.

El trío de amigas paró un rato a hablar y él esperó, recostado en la pared, para no parecer demasiado interesado en su conversación, aunque intentaba desesperadamente utilizar los escasos conocimientos de español que había logrado en esos dos meses para descifrar sus comentarios. Con mucho esfuerzo —más del que creía capaz a su cabeza aún vendada— consiguió entender algo sobre que habían encontrado a un chico muerto en la playa, en la almadraba donde pescaban atunes.

En esos días había descubierto que Conil era un pueblo eminentemente pescador y que varios conocidos de la congregación habían perecido en la batalla —iban a bordo de varios de los navíos españoles que habían entrado en combate—. Había informado a sus superiores, a través del conducto establecido, que

hacía dos noches unos vecinos habían pegado una paliza a un comerciante francés y que habían tenido que acudir las fuerzas de orden público, enviadas por el mismísimo gobernador de Cádiz, a calmar a una multitud que, soliviantada en la plaza, pretendía tomarse la justicia por su mano con los dos hijos de la víctima y prender fuego a sus almacenes textiles. Acusaban al desgraciado gabacho de estafarles, pero eso era lo de menos. Sencillamente querían convertirlo en cabeza de turco.

—*On s'assoit sur le banc ou vous préférez se promener?* ¿Paseamos o nos sentamos en el banco? —le preguntó Blanca, y él hizo un gesto de que era suficiente con que le hablara en español, que entendía. En realidad, Alex necesitaba hacerse cuanto antes a ese idioma, conocerlo y entenderlo, para poder seguir espiando.

—Pasear. —Alexander contestó con un sonido sordo y un fuerte acento.

—Bien, vayamos hacia el huerto. Cogemos unas naranjas —le contestó ella, indicándole con la mano un camino de zahorra que viraba a la izquierda del muro que él veía cada día desde lo alto de su ventana.

A paso lento, se escuchaba el rechinar de la tierra mientras Alexander sentía que aquel esfuerzo superaba sus expectativas. No estaba tan recuperado como creía. Unos minutos después observó el pequeño terreno rodeado de un murete bajo de piedra en el que las hermanas cultivaban algunos productos. Aquella tierra de marismas, caños y salinas no era demasiado fértil, pero las religiosas hacían lo que podían.

Dos mujeres del pueblo ayudaban esos días en la tarea —las hermanas estaban muy ocupadas con las curas— y sacaban unas matas de apio. También tenían berenjenas, nabos, puerros, unas parras encaramadas y trepadoras de las que colgaban enormes racimos de uvas rojizas y varios naranjos. Los achaparrados arbolillos parecían macetas de Navidad con grandes bolas naranja colgando de sus ramas. Alexander siguió a Blanca, que caminaba a paso mucho más ligero y que iba cogiendo piezas que echaba en su mandil.

—Agustina, ¿cómo va la mañana? ¿Vino Antonio finalmente? —le preguntó por su marido, herrero del pueblo, al que las hermanas habían hecho llamar para que pusiese herradura a una mula.

—Mi Antonio ya lleva una *jartá* de rato ahí dentro, mi niña —dijo la mujer mientras le ofrecía un balde de madera para que metiese las naranjas y las transportase mejor.

Después de un rato al aire libre, al sol, saboreando la brisa procedente del mar y paseando, Alexander se sintió contento. El día era espléndido y la compañía,

mejor. Le gustaba contemplar a Blanca mientras hablaba o se movía libremente, sin saberse observada. Disfrutaba de su espontaneidad, de su gesto siempre risueño, de los hoyuelos y de aquellos bucles deshechos que le recordaban a las espirales de agua que formaban las hélices de los barcos; su vitalidad era contagiosa. No era novicia, solo una seglar interna por decisión de su padre; «para mejorar mi formación», le había dicho un día.

Parecía una lustrosa e inocente hija de comerciantes acaudalados y tradicionales cuya máxima en la vida sería lograr un marido con posibles. Vista desde aquel ángulo, subida a una escalera y en equilibrio para coger unas naranjas que estaban en una zona alta del árbol, se parecía poco a las pálidas y estiradas aristócratas con las que había tenido relaciones o a las golfas prostitutas de los burdeles más exclusivos de Londres con las que se había divertido.

Su madre, por ejemplo, ni la habría mirado... «¡Qué vulgaridad!», habría dicho al verla con la cara expuesta al sol y las manos manchadas de tierra... A excepción de aquellos pocos datos, poco más de ella sabía. Tendría que investigar algo más, por pura curiosidad, desde luego, y preguntarle si tenía hermanos, novio, planes de futuro... Blanca lo miró desde lo alto y le señaló el fruto, preguntándole con un gesto si deseaba tomarse una naranja.

—¿Le apetece una naranja... *orange?* —le dijo, y él negó con la cabeza, pero en ese mismo momento, la imagen de otra mujer bien distinta cruzó velozmente por su mente: era la de Margaret Lindsell, lady Margaret... Su prometida—. ¿Le ocurre algo? ¿Se ha hecho daño? —le preguntó Blanca, que se acercó al verle de repente un gesto crispado y sombrío.

—*Non, non. Ce n'est rien* —negó él, más con la mano que con la boca, intentando quitar importancia a su mal humor repentino. Se había percatado de que ella se había dado cuenta a su vez de que algo serio había pasado... Pero ¿cómo explicárselo?

El recuerdo de Margaret, su prometida desde hacía cinco años —así lo habían decidido sus padres y socios—, le había desagradado y le había sorprendido. Como si hubiese sentido, repentinamente, un puñetazo en el estómago. No la había querido, pero jamás se había sentido tan mal reconociéndolo. Hacía tiempo que había asumido lo inevitable y había aceptado esa boda, así que no sufría con lo que no tenía solución; al menos no lo había hecho hasta entonces. Entonces, ¿qué diablos le pasaba?

—¿Tal vez debiera volver al interior? Se le ve mala cara —le insistió de nuevo Blanca, pero él negó con la mano, dejando que ella regresara a la escalera.

El siguió en el banco, reflexionando sobre cosas que raramente le quitaban un minuto de sueño pero que en ese instante necesitaba analizar. Permittedo que rebrotasen las dudas... Sabía lo importante que era su boda para su familia —su padre tenía deudas de juego sustanciosas con lord Lindsell—, pero en su fuero interno siempre había sentido que se cometía una injusticia con él, que debería haber sido su hermano mayor, Peter, quien hubiese debido apechugar con aquella boda de conveniencia y no él, que, al fin y al cabo, era solo un segundón y no habría de tener esas obligaciones para con el linaje, como tampoco dispondría del título o las propiedades adjuntas a este.

Su hermano, seis años mayor que él, ya estaba prometido previamente a otra joven aristócrata, y su padre había dejado claro que no era buena idea romper lo ya pactado. Fue entonces cuando lo convencieron —después de presionarle sin piedad— para que fuese él quien tomase como esposa a la joven lady Margaret. Su madre insistió tenazmente, y él, tan joven entonces —solo tenía diecisiete años—, terminó aceptando. Lo que entonces no le pareció mala idea ahora le parecía claramente un engaño.

Lady Carrick había sido muy convincente con el hecho de que un segundón como él tendría un futuro muy negro, sobre todo si su padre terminaba arruinado, y de que sería complicado hacer una buena boda. ¡A saber con quién acabaría intercambiándose las alianzas y en qué condiciones! Sus posibilidades eran limitadas, y Margaret era un regalo del cielo. Los Lindsell, le había explicado su madre, saldrían perdiendo con aquel acuerdo, pero había sido la muchacha la que, enamorada de Alexander, había puesto toda la carne en el asador, la que había insistido en ello. Él había acabado cediendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Enfrentarse a toda su familia? ¿Renunciar al estilo de vida que hasta entonces había llevado? ¿Y a cambio de qué? ¿De alguna chica más bonita?

Margaret lo era, aunque también era caprichosa; como hija única, estaba acostumbrada a salirse con la suya. Él no sabía cómo aguantaría aquel carácter tan despótico, pero lo que sí tenía claro, a pesar de ser tan joven, era que por lo menos dispondría de una renta magnífica... y que, como decía su abuela, las penas, con pan, eran menos. Si amase a otra o fuera un soñador, tal vez se hubiese planteado el oponer resistencia, pero no era su caso. No había ninguna mujer en su vida —nunca la había habido—, solo aventuras de una noche o caprichos sin importancia.

Desde los diecisiete años ya había tenido tiempo, lo mismo que muchos de sus colegas, de poder disfrutar de la vida social de la capital y conocer al sexo

opuesto; hasta entonces desconocía la palabra «amor», y de las mujeres solo pretendía que calentaran su cama o le divirtiesen un rato. No sabía si Margaret conseguiría alguna de esas cosas, pero de lo que estaba seguro era de que sí lo haría su dinero. No había nada que no pudiera comprarse.

La boda —estipularon la última vez que ambas familias cenaron juntas— se celebraría en cuanto él regresase de su último permiso. Pensó que en realidad debería haber regresado ya de no haber caído herido; en esos momentos debería estar en casa ocupado en los preparativos de su enlace y no a miles de millas de distancia de su país y de su novia..., ¡pero aquello le resultaba ahora tan lejano como una aurora boreal! Casi como si perteneciese a otra vida o a la vida de otro hombre, no a la suya. Tendría que casarse con Margaret a su vuelta a Inglaterra, pero allí estaba —pensó, repantigado en el banco de piedra desde el que observaba a Blanca—, suspirando por otra mujer. Suspirando —reconoció, casi divertido— como jamás lo había hecho. La debilidad debía de haberle ablandado la sesera. Retiró rápidamente esa idea de su cabeza. «¡Qué idiotez! Solo necesito ganármela», se excusó, recordándose que, si intentaba intimar más con ella, era por motivos estratégicos, por el servicio a la patria, por cumplir con lo que sus mandos le habían pedido... Pero una leve sensación de inquietud le sobrecogió. Su mente racional podría decir muchas cosas, pero su corazón sabía que mentía. Blanca le gustaba demasiado; cada día más. No podía evitar suspirar cada vez que la veía aparecer por la sala como si fuera un adolescente. Tampoco podía impedir que su pulso se alterase, su corazón le latiese desbocado como en las carreras de Epsom o una mezcla de nerviosismo y bienestar se le subiese a la cabeza, le alterase. Tal vez aquello solo fuese un espejismo, una burbuja de alegría, pero no pensaba pincharla hasta el final.

«No estoy haciendo nada malo..., y tampoco engañando a Margaret. Esto no es una infidelidad... Al menos, no una al uso», se calmó a sí mismo.

—Tome, pruebe —le dijo ella aproximándosele de nuevo y ofreciéndole un racimo de uvas rojas y jugosas. Un viento ligero levantó su pañuelo y unos grandes bucles oscuros cayeron sobre sus hombros. Alexander se atragantó. Jamás le había parecido más atractiva—. Espere, le quitaré el pellejo, que es muy áspero, no vaya a ahogarse; recuerde que ha tenido una fea herida en la garganta y debe ir con cuidado; yo se las daré —dijo sin que él tuviera tiempo de negarse.

Él notó cómo le acercaba una uva gorda y crujiente a la boca, y no pudo evitar chupar también su dedo. Instintivamente. Fue un impulso que no pudo reprimir; una emergencia, un relámpago... Le hubiese gustado cerrar los ojos e imaginar

que estaba recostado con ella, desnuda, en una suave cama con sábanas de satén y le introducía en la boca, una a una, sensualmente, aquellas uvas. Toda ella sabía a burbujas, y a frescura, y a...

De repente, aquel sueño húmedo se desvaneció. Sintió un bofetón y se quedó pasmado. Abrió los ojos y vio la sorpresa y la alarma reflejadas en los de ella. Blanca parecía temblar ¿de enfado... o de placer? No tuvo tiempo de averiguarlo. Con aire indignado, la joven se giró sobre sus talones como un brigadier y se marchó; lo dejó allí plantado, con las muletas por el suelo. El camino de regreso a su camastro sería arduo. Le estaba bien empleado. ¿En qué diablos estaba pensando? ¿Había perdido la chaveta? Solo sabía que algo profundo y dormido en él amenazaba con explotar de una vez.

6

Días después, Blanca divisó la calesa familiar, con su escudo bordado en la portezuela, acercarse despacio hacia la entrada. Deprisa, bajó las escaleras y se abrazó a su hermana y a sus tías. Habían ido a verla, a comprobar cómo estaba, y Elsa, en particular, a insistirle para que abandonase cuanto antes aquel lugar y regresase con ellas primero a Chiclana, donde celebrarían la Navidad, y después a Cádiz.

—¡La Navidad! —exclamó por lo bajo Blanca, alarmada. ¡La había olvidado! Sus tías se la llevarían de allí, aunque fuese a rastras. Maldita fuera.

Los días habían pasado tan deprisa que las fiestas navideñas se habían echado encima, y en el convento, a diferencia del año anterior por esas fechas, aún no habían empezado con los prolegómenos. Ni adornos, ni el Belén, ni alfajores, ni guirlaches... A excepción de Emilito, uno de los discípulos de sor Saturnina, que hacía dos días había aparecido con una zambomba para que se la arreglase el mozo de cuadras, poco más había alertado de que se acercaban fechas tan entrañables.

Saber que quedaban dos semanas escasas para la Nochebuena le provocó a Blanca una sacudida interior. Siempre había pasado esos días en familia, pero ese año apuraría todos y cada uno de los días que faltaban hasta que su francés se marchara, en una cuenta atrás que se le estaba haciendo angustiosa, como una bomba cosida a las faldas, una espada de Damocles apuntando a su corazón... Podría irse y al regresar encontrarse con que los mandos franceses se habían llevado a todos los heridos; entonces lo perdería para siempre antes de haber estado juntos ni una sola vez, de haberlo conocido, de tener una dirección a la que escribirle o un pasado con el que fantasear..., sin saber aún cómo torcer el destino.

Sin querer decepcionar a su hermana, cambió de conversación y, soltándose de su mano, arrastró a sus tías a ver a la priora, a sor Patrocinio. Doña Paz y ella eran viejas amigas.

Las mujeres mayores se saludaron cordialmente, y mientras la superiora invitaba a las tías a tomarse un vinito dulce en sus dependencias, Blanca acompañó a su hermana a ver a sus amigas. Elsa conocía de otras visitas a Renata, Candela, Azucena, Gloria, Amparo... Las muchachas se abrazaron con cariño y durante buena parte de la mañana charlaron entre ellas de todo y de nada. Gloria le habló a Elsa sobre los pormenores de las labores de rescate realizadas la semana posterior a la batalla. Elsa las puso al día sobre cómo habían transcurrido los acontecimientos en Cádiz o cómo estaban los Mora, sus criados, tras la desaparición de su hijo mayor y de los funerales a los que desgraciadamente había tenido que asistir. También se mostró orgullosa del trabajo que habían hecho en casa atendiendo a algunos heridos leves que habían sido tratados allí dada la situación de colapso generalizado que había en los sanatorios. Blanca le preguntó por la partida inminente de Rodrigo, y Elsa no disimuló su enfado por la marcha, antes de tiempo, de su prometido.

—Bueno, pero dejemos de hablar tanto de mí y presentadme a los heridos a los que estáis atendiendo. Los saludaré; un poco de ánimo no les vendrá mal —dijo Elsa, y aquello no gustó a Blanca. Hacerlo sola, menos.

Las demás empezaron a dispersarse —tenían obligaciones que atender— y Blanca decidió que lo mejor sería que Elsa no descubriese la realidad: que se había medio enamorado, como una tonta, de un extranjero que, para más inri, era francés. Y todo Dios sabía lo poco que se apreciaba a los gabachos esos días por allí. Nombrarlos era un anatema. Mejor callarse. ¡Total, si en unas semanas él se habría ido y todo quedaría en nada...! Disimulando y esperando que Elsa, impaciente, se cansara de conocerlos a todos, Blanca empezó por el ala contraria a la que tenía asignada.

—Este caballero es el teniente Famet, iba en el *Intrépide*. *Bonjour, monsieur* —le dijo con una encantadora inclinación de cabeza. Le preguntó, interesándose por él, cómo llevaba la mañana—: *Comment allez-vous aujourd'hui?*

Elsa saludó al herido, y este inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, pero apenas intercambió unas palabras de cortesía en español; no sabía ni papa.

—Muchas gracias, señorita. *Enchanté*.

Elsa fue conociendo a otros más; al capitán Castagner, al sargento de artillería d'Antin... Llevaría unos diez cuando se acercó Candela, que venía con una bandeja llena de vendas limpias y alcohol.

—¡Por Dios, Blanca! Al paso que vas, tardarás todo el día. Llévala directamente a conocer a tu *monsieur* —dijo, y a Blanca aquello le sonó a guasa; sabía que sus

amigas se reían de la excesiva atención que prestaba al francés, pero en esa ocasión el comentario le sentó mal: la dejaba en evidencia ante su familia. Elsa la miró levantando una ceja con gesto de interrogación y Candela, aparentemente sin mala intención, siguió hablando—: Es un joven al que tu hermana salvó la vida. Le tiene, digamos, un cariño especial —terminó, riéndose, y Blanca estuvo a punto de tirarle a la cabeza una palmatoria que tenía cerca.

—Vaya, no sabía que tuvieras especial cariño a ningún francés —cuchicheó con sorna su hermana.

—La curiosidad mató al gato —dijo Blanca quitándole importancia al asunto, tratando de mema a Candela, de guasona y de enredadora, pero Elsa no se lo tragó, e insistió en conocerlo en persona. A Blanca no le quedó más remedio que transigir.

—Está bien —terminó Blanca—, pero solo unos minutos: está aún más flojo que un té.

—Ya..., desde luego —dijo Elsa—. Jamás osaría molestar al protegido de mi hermanísima —acabó, riéndose, y Blanca la empujó ofendida—. ¡Qué calladito te lo tenías! ¿Es ese el motivo por el que no has dejado ya el convento a pesar de mis súplicas? ¡Ya lo creo que sí! —siguió la otra—. Ya me parecía a mí raro...

—Calla ya... No dices más que una tontuna detrás de otra.

Malhumorada, la hermana mayor enfiló el pasillo que conducía a la galería donde estaban los heridos a los que atendía. Blanca creía que estaba siendo discreta, pero, por los comentarios que últimamente le estaban lanzando algunas internas, se veía que era más transparente que un cristal. ¿Lo habría notado él también? ¿Se habría insinuado a él sin quererlo y eso habría dado pie a lo que había pasado en el huerto...? ¡Qué vergüenza!

Candela terminó de colocar las vendas limpias en los cajones de la estantería de pino del fondo y se marchó a la vez que ellas. De buena gana Blanca la hubiera estrangulado, pero ahora la cosa no tenía remedio; apostó o no, la había descubierto.

Sin prisas, las dos hermanas atravesaron pasillos y salas y se entretuvieron con sor Josefina, que, cargada con dos cestos de ropa sucia, se dirigía a las cocinas a hervir sábanas y a desinfectarlas con vinagre; finalmente, a pesar de que Blanca había intentado con todas sus fuerzas evitar ese momento, llegaron adonde Azucena estaba atendiendo a Alexander Perrin, oficial en el navío francés Hermione; eso era algo de lo poco que habían logrado saber de él. Eso, y que detestaba la leche con suero.

Al verla aparecer, se le iluminó la mirada; con los ojos parecía querer pedirle perdón por lo sucedido días atrás —desde entonces ella apenas se había dejado ver— y explicarle que no había querido incomodarla; que aquello solo había sido un accidente. Intentaría decírselo si ella le daba esa oportunidad. Blanca, nerviosa, desvió la mirada; sus ojos, su intensa mirada, la promesa que había en ellos... la quemaban.

Desde lo del huerto había intentado evitarlo, aunque él hubiera insistido varias veces en que fuera ella personalmente a atenderlo. Ella había preferido no hacerlo con tontas excusas. Debía exorcizar la ansiedad. No podía dejar de recordar el vértigo que la situación ocurrida en el huerto le había provocado, el desconocido deseo sexual que en ella había despertado. Eso era algo totalmente nuevo en su vida, y le resultaba difícil convivir con ello, máxime cuando no tenía a nadie a quien contárselo; las monjas no eran opción, y ninguna de las chicas parecían muy duchas en amoríos secretos. Solo Candela había intentado sonsacarle algo, se lo olía, pero ella se había resistido a soltar prenda, a sincerarse... Aunque tendría que hacerlo. Lo que sentía era algo demasiado poderoso para poder ocultarlo. Algo en su interior clamaba a gritos por liberar aquella verdad. Necesitaba compartirlo o se volvería tarumba.

Con ellos dos mirándose sin pestañear, el tiempo pareció quedar detenido, como en suspenso. Elsa comprobó la poderosa corriente de atracción que fluía entre ellos. Era algo físico que se podía cortar con un cuchillo. Molesta, sintiéndose fuera de lugar, llamó su atención carraspeando, y ambos dejaron de mirarse como si no existiese nadie más en el mundo. Elsa sonrió cínicamente.

—*Bonjour, capitaine* —dijo acercándose, y Blanca se apresuró a presentarlos.

—Elsa, este es Alexander Perrin, lo encon...

—Tu hermana le salvó la vida —cortó la presentación Azucena—. Si no es por ella, este oficialito estaría ahora criando malvas —añadió mientras con manos diestras terminaba de atar el vendaje de la pierna de Alexander.

—Buenos días —saludó él en un español macarrónico, pero más claro que el de días anteriores—. ¿Cómo *es* usted?

Elsa le sonrió; y después de charlar un rato e interesarse por su estado y sus heridas, dejaron descansar al hombre, que, pálido como un fantasma, se acostó de nuevo en su camastro. Era media tarde cuando las Malvar se marcharon, no sin antes recordar a Blanca que estuviese preparada el día 20: mandarían el carruaje a buscarla para pasar las fiestas navideñas todos juntos. Blanca despidió a su familia sabiendo que, ese año al menos, las tradiciones tendrían que cambiar. Ya

se inventaría algo para poder quedarse allí...

Alexander la contempló, a lo lejos, salir de detrás del carruaje y respiró. La exhalación, abrupta, de aire contenido, empañó el cristal de la ventana. Se había levantado intranquilo a ver qué hacía y por un instante había cundido en él el pánico; había creído, al oír hablar de fiestas navideñas, que su familia había venido no a visitarla, sino a llevársela. ¡Blanca podía desaparecer de su vida esa misma tarde en un tris...! Aquel momento le resultó hartamente revelador. El corazón se le encogió y unos goterones de sudor le resbalaron por la frente. Su debilidad esta vez no había sido fingida, sino real. Casi le dio algo al comprender que podría perderla para siempre en unos instantes, en un chasquido de dedos. Aunque eso finalmente sucedería —tarde o temprano, él tendría que regresar a Inglaterra—, aún no se sentía mentalmente preparado para ello. *Horror vacui*. Verla desde lo alto despedirse de su familia y regresar con paso ágil en dirección al almacén le permitió volver a coger aire.

—*Good girl... Well, I like that* —«Buena chica... Así me gusta», le dijo a distancia.

Más animado, como si de repente fuese capaz de todo, suplicó a Azucena, que seguía por allí cerca trajinando, que lo ayudase a bajar al patio. Necesitaba andar un poco, estirar las piernas, notar el aire y la llovizna ligera en su cara. Aquel tiempo le recordaba a su hogar, a Gales, aunque eso no se lo podía decir a su cuidadora. Estaba habituado a esa climatología y no le sentaría mal.

La joven, como era normal, puso sus inconvenientes: hacía frío, podría recaer, sor Patrocino no lo consentiría..., pero finalmente desistió de hacerle cambiar de opinión. Lo abrigó bien e incluso lo ayudó a bajar el tramo más escurridizo de escaleras. Al aire libre, Alexander notó el frío vigorizante, la humedad, la niebla acolchada, aquella atmósfera preñada de agua salada... Se sintió renacer. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, al menos tan estúpidamente feliz. Tenía unas ganas idiotas de reír, de hablar, de caminar y si pudiese, hasta de bailarse un minué... Silbando a trancas y barrancas —le dolía la garganta—, tomó el camino que se dirigía al huerto. Una lluvia perezosa perfumaba ese día los campos, los líquenes arropaban a los chopos, el aliento a mar exudaba vida. Los pulmones se le ensancharon un palmo.

Apoyándose en un bastón, dio vueltas sin salirse del recinto como un canijo

minotauro en su laberinto. Todavía no estaba listo para aventurarse tras los muros conventuales: ansiaba descubrir qué había más allá, de dónde venía su contacto, qué construcciones eran las que se apreciaban detrás del paredón vegetal que rodeaba al convento, si seguía el destacamento galo acampado en el pinar de la Barrosa, si habían aumentado los controles militares en las marismas..., aunque, más temprano que tarde, tendría que hacerlo. Aquella información podría resultar muy valiosa para el servicio secreto británico.

Navidad..., estaban casi en Navidad; se lo había oído decir a la hermana de Blanca. Inmediatamente, imágenes de otras navidades de su infancia le asaltaron sin piedad. El aroma a leña procedente de las cocinas del convento le olió a gloria. ¿Qué estarían cocinando para la cena? Si estuviera en casa le esperaría una sopa de menudillos, cebollas encurtidas, gallina en salsa, cerveza caliente, pastel de grosellas... ¿Qué estaría haciendo la cocinera de su madre? ¿Estaría muy agitada la vida social en Londres? ¿Lo echaría de menos Margaret? ¿Estaría roja la hiedra de su vieja mansión familiar...?

Con los ojos cerrados viajó mentalmente a su hogar, a Annesley... Casi podía sentir en su cara el viento azotándole el cabello mientras cabalgaba a lomos de Trueno, su caballo. ¿Quién estaría montándolo en su ausencia? ¿Tal vez el pequeño William? ¿Estarían preocupados por él sus padres o sabrían con exactitud de sus circunstancias? Abrió los ojos y miró hacia el mar, que rugía. El viento empujaba hacia el interior las nubes más altas.

El cielo se veía oscuro y tormentoso, como a él le gustaba, parecido al de Gales. Aunque las colinas allí fueran más verdes y ondulantes y en vez de granados y chopos hubiese robles y alisos, ambos lugares no eran tan distintos. Cierto que aquel mar azul no se parecía mucho a la bahía de Cardigan, y que en vez de atunes a la vista habría delfines o nutrias, pero también había muchas similitudes: marismas, estuarios —como el de Mawddach—, dunas o rincones preciosos cubiertos de narcisos y lirios; también en Gales había pueblos pescadores, salvajes acantilados y playas desérticas y soplaban fuertes rachas de viento procedentes del Atlántico... Aquella inesperada estancia allí le había descubierto que sus países no eran tan distintos, que las gentes de otros sitios no eran arrogantes monstruos, que todos eran hijos del mismo océano, que dormían todos acunados por la misma luna...

No había visto aún el castillo de Sancti Petri, pero había oído hablar de él y le había recordado al de su ciudad, con su poderosa muralla. Necesitaba poco para imaginar que atravesaba el puente colgante o paseaba por sus callejuelas

medievales. Similitudes y diferencias entre dos regiones tan volcadas al mar como esas. A aquella luz cegadora de Cádiz podría anteponer los atardeceres de fuego en Conwy, pero el aleteo de las aves, el paso de las garzas o el olor de las lonjas le parecían casi idénticos.

Navidad. Ya estaban en Navidad... ¡Cómo pasaba el tiempo! Le sorprendió que, al decir la palabra, hubiese viajado mentalmente a Gales, porque los últimos años los había pasado en Londres de fiesta en fiesta. Desde luego, todas las Navidades de su niñez y su adolescencia sí las había pasado en Conwy, y esas eran las imágenes que ahora le invadían. Aunque fueran las más lejanas en el tiempo, eran las que conservaba más nítidamente en su cabeza. Supuso que habría estado más sobrio. Las anteriores había pescado una borrachera monumental...

Navidad eran los dulces de la señora Lifford; su madre sentada en su gabinete respondiendo tarjetas de visita como si fuera un ministro; la misa en la parroquia de St. Mary con su abuela; las jornadas de caza con los terriers de su padre; las noches de risas en El León Negro; las carreras con sus hermanos para abrir puertas y que se marchara el año viejo; las botellas de whisky corriendo a raudales; la cena con el guiso de oca y el pudín de ciruela, los tofes de caramelo, las canciones; las visitas a amigos y conocidos; los regalos... Esos recuerdos le produjeron una profunda nostalgia, y, sin embargo..., no quería ni oír hablar de volver. Todavía no.

—No se aleje del patio y tápese bien; podría enfriarse. Dentro de quince minutos volveré a recogerlo; en breve anochece —le dijo Azucena, que regresaba con una bandeja llena de tazones de las cocinas—. No me había olvidado de usted. Ahora mismo le ayudo a subir.

—Está bien —contestó él, resignado—. No *preocupar*, yo *ser* bien... —dijo, indicándole con el bastón que subiera a atender a quien quisiera que estuviera atendiendo y luego volviera por él. Que le dejara un poco más.

Alex se dirigió a la galería de arcos del claustro. Su cuerpo iba recuperando la energía y la vitalidad y sus sentidos parecían más despejados que nunca. Agudizando el oído, escuchó a los niños que cantaban en un aula con una sor; un intenso olor dulzón salía de las cocinas y un fuerte estruendo se escuchaba procedente de las cuadras. Desobedeciendo a Azucena, se encaminó hacia allá; quería ver de qué se trataba.

Desde la puerta contempló cómo un mozo, con un gabán y las medias zurcidas, se reía con un niño, el hijo de algún pescador, a la luz esmirriada de un candil. Manejaban una especie de tambor con un palo que, al frotarlo contra la piel del

instrumento, provocaba un sonido fuerte y áspero. El mozo se escupió en una mano y volvió a frotar. El niño aplaudió, contento. Inesperadamente la oyó a su espalda. Su voz se le clavó como un puñal.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo le ha dejado Azucena salir con este tiempo? Podría empeorar...

—No importa... *Soy* bien —dijo él, feliz de tenerla tan cerca.

—Vamos, le ayudaré a volver a su cama. Pasear está bien cuando hace buen tiempo, pero hoy no. Vayamos primero a las cocinas, tengo que entregar esto a sor Benjamina, y luego le subo.

Alexander se limitó a asentir con la cabeza. Aunque hubiera deseado seguir un rato más al aire libre, por el solo hecho de poder pasar con ella unos minutos más valía la pena renunciar a ese rato gratificante. Deseaba pedirle disculpas por lo ocurrido en el huerto y rogarle que siguiera siendo ella quien lo cuidara cada día. Con aquellos pensamientos en la cabeza, la siguió por entre los macizos de arbustos y los cipreses hasta el portalón de madera que daba a las cocinas.

Alexander nunca había estado allí. En el interior, bajo la enorme chimenea de madera, varios fuegos encendidos chisporroteaban y dos novicias removían con palos algo en un caldero que, por el tamaño, parecía el caldero mágico de Cerridwen, la vieja diosa pagana galesa. La cocinera andaba dando órdenes a diestro y siniestro mientras unos mozos descargaban sacos de almendras, azúcar y tarros de miel. En el fondo sur había una alacena llena de recipientes con huevos —que esa misma mañana habían recogido del gallinero — y de frascas de leche. Estaban preparando dulces como para un regimiento completo, pensó Alex. Como si Blanca le hubiese leído el pensamiento, esta se sonrió y le explicó:

—Están preparando guirlaches, polvorones, turrones y alfajores para Navidad. Una parte la venderán en el pueblo y otra será para la fiesta navideña que se celebra aquí... Ya verá lo ricos que están; tendrá tiempo de probarlos.

Él hizo un gesto afirmativo. Mezclando alguna frase o palabra en francés, ella siguió explicándole las tradiciones de la zona. Una vez dejó en la cocina lo que había llevado, ambos salieron y ella se dirigió hacia la entrada principal.

—Subamos ya; hace frío.

—*Non...*, *s'il vous plait...* —le suplicó—. Un poquito más, andar.

—Está bien, pero póngase esto —dijo ella dándole su mantón—. No puedo permitir que recaiga.

Durante un rato ambos se limitaron a caminar en silencio, disfrutando del espectáculo del cielo oscurecido y tormentoso. Se veía cómo una cortina de lluvia

caía a lo lejos.

—Debe de estar diluviando en Chiclana, en mi casa —comentó ella—. Allí también estarán ya preparándolo todo para la Nochebuena. ¿En su hogar lo celebran? —le preguntó. Desde hacía días percibía la necesidad imperiosa de conocerlo mejor, de preguntarle por su vida, por su familia, de saber si había alguna mujer esperándolo, si había alguna prometida ansiosa por que volviera. Necesitaba conocerlo todo de él, pero se había mantenido alejada, porque cuando estaba cerca de él, se notaba insegura; pisaba terreno desconocido, se sentía deslizar hacia el abismo... y eso la hacía sentirse asustada y expuesta.

—Sí..., muchas cosas, regalos, whisky... —le dijo él. Le contó algo, pero sin atreverse a ir más allá: no quería terminar traicionándose y que ella descubriera su engaño. Ante la insistencia de Blanca, que le volvió a preguntar por su tierra, tuvo que inventarse algo, lo primero que se le ocurrió. Era de Bretaña, de un pueblecito cercano a Nantes; su padre era propietario de un negocio de vinos, gente que marchaba bien; él llevaba en el ejército cuatro años, tenía tres hermanos... Todo mentira.

—¿Tiene usted novia? *Avez-vous une petite amie? Êtes-vous marié?* —La pregunta, hecha así, como un disparo a quemarropa, le descolocó.

—*Non* —mintió, y, apremiado por el rumbo que iba tomando la conversación, decidió coger el timón, virar y hacer que fuese ella la que contestase a sus preguntas y no al revés. Sería menos arriesgado—. ¿Y usted?

—No —le dijo ella, inquieta. Un ligero rubor pintó sus mejillas, y él se preguntó si lo estaría engañando también. *Quid pro quo*, que diría su profesor de latín. Un rato después ella lo dejó sano y salvo en la cama y le llevó su tazón de leche caliente.

—¿Volverá *con mí?* —le preguntó con ansiedad en la mirada.

—Claro —se limitó a contestarle ella—. Y ahora descanse. Ya hablaremos mañana. —Y a él le pareció que sus ojos le brillaban más que nunca, como si fueran dos estrellas caídas.

Desde entonces, los días pasaron veloces con el retorno a la normalidad. Era Blanca quien lo cuidaba a diario, quien le llevaba la comida o le hacía las curas. Desde esa conversación parecían haber ido intimando, y la mejoría física de Alexander le permitía cada vez más pasear por el patio, hablar con la gente, reírse de los juegos de los niños o acompañar a Blanca a recoger naranjas del huerto que luego servían para adornar, con clavos olorosos, el comedor y el refectorio. También ayudaba a hacer guirnaldas —¡si lo vieran sus colegas de Eton!—, y

había sabido que el tambor que había visto se llamaba zambomba. Había conocido a los dos gitanos que, guitarra en mano, habían estado cantando canciones y preparando la Misa del Gallo y a Antonio el herrero, un tipo de largas patillas canosas y bigotazo.

Pero la alegría aparente escondía una preocupación. Vivía cada día temeroso de que ella terminase marchándose a su casa o los mandos franceses apareciesen de repente y se lo llevasen a él. Los suyos, a través del conducto habitual, le habían hecho saber que los galos estaban retirando ya a todos sus efectivos en la zona y no tardarían en aparecer por allí; que estuviese preparado, pero que, si eso sucedía —le habían asegurado—, no debía preocuparse: ya se encargarían ellos de rescatarlo.

Descubrió, sorprendido, que no era precisamente en eso en lo que andaba preocupado, sino en que tenía los días contados con su Blanche. En que aquella pasión incipiente estaba condenada a morir de inanición antes de nacer. En que tendría siempre con ella una cuenta pendiente. Le debía la vida, y se temía que algo más. Pero como era un puto segundón, tendría que acallar sus reservas, poner una mordaza a esa voz interior que le gritaba que esa desconocida no había aparecido en su vida porque sí, que para todo había una razón...

La sensación de tiempo apremiante le hacía vivir a su lado cada momento de una forma tan intensa como extraña para él. Sería en ese momento o nunca. No podía irse de allí sin haber saboreado sus labios o haber oído su nombre susurrado en su boca. Una parte de su conciencia le aconsejaba que no cometiera locuras, que no estaría bien; que eso sería jugar con sus sentimientos, crear falsas expectativas, esperar más de lo que él podía ofrecerle... ¡y ella era tan joven que podría malinterpretar lo sucedido! Pero, por otro lado, ¿desde cuándo le habían preocupado a él esas cosas? ¿Por qué debía ser para ella traumático? Tal vez solo fuera un bonito recuerdo, algo que contar a los nietos en las noches de invierno, nada más.

Algo sí tenía claro: no deseaba renunciar a tener algo con ella.

7

Dejó el papel doblado sobre la mesa camilla y siguió sentada, pensativa. Cubierta por las faldas de paño color tostado, y con los pies cerca del brasero de picón, doña Paz hizo sonar la campanilla de plata para llamar al servicio. En un gesto mecánico se recolocó la toquilla y el moño, una trenza canosa enrollada como una ensaimada en la nuca y sujeta por horquillas negras. Junto a la carta había un ejemplar del *Diario Mercantil* de su hermano, la baraja de naipes con la que Carlota había estado toda la tarde entreteniéndose echando solitarios y dos tacitas de porcelana con los restos de un café oloroso y espeso como brea.

—Luciana, enciende ya los quinqués y que Micaela se ponga con la cena. Esta noche tendremos invitados; nos acompañarán el padre Agustín y su hermana Gertrudis —dijo refiriéndose a la hermana solterona que vivía con el sacerdote en la parroquia de Santa Ángela—. Si don Agapito también se quedase, ya te lo haría saber. ¿Mi hermana sigue abajo? —La criada hizo un gesto afirmativo.

La tarde declinaba. En los fogones de Las Piñas, como en los de cualquier otra hacienda gaditana, había esos días movimiento. Esa mañana Elsa había estado organizando los preparativos para la cena navideña y ordenando a los criados las tareas para adornar la casa. Leandra había empezado a recoger las flores para los centros —ya había dejado varios ramos de oloroso azahar a la entrada— y Pascual, su marido, había ido al matadero a elegir la pieza de cordero que el día 25 degustarían todos.

Satur, el mozo, había descargado los tarros de miel para los jarabes y ponches, el brandy de jerez y el pan de Cádiz, a base de mazapán y frutas escarchadas, horneado en el convento. Crispín estaba manos a la obra dejando impecables los landós con los que se acercarían en Nochebuena a la Misa del Gallo señores y criados. Toda la casa olía a Navidad, y eso gustaba a doña Paz... Amaba las tradiciones, y aquella había sido siempre así desde que tenía uso de memoria, desde que era niña y su madre era quien se encargaba de que todo funcionase como un reloj.

Pensaba en ello cuando el reloj de péndulo inglés del salón dio seis campanadas. Sin levantarse de su sitio, siguió mirando el paisaje invernal y plomizo por la ventana, su luz oblicua y descarnada, su atmósfera fantasmal y blanca. Un mundo vaciado de color. Llovía tenuemente y el agua desdibujaba al fondo los pinares y las colinas.

Abajo, junto al cobertizo, el vizconde acababa de regresar de montar. Había salido con su colega a pesar de lo inclemente que había estado la tarde; se diría que cuanto más viejo se hacía, más necesidad de zascandilear por ahí tenía. Se habrían tomado algún orujo en la Fonda del Buey y se habrían calentado la sangre —pensó— despotricando de política. Los ladridos de Yunque, el setter negro azulado del vizconde, sonaban fuertes a través de los cristales mientras Crispín intentaba separarlo de su amo y llevárselo, a rastras, para darle su ración diaria de comida.

Quitándose el redingote y sacudiéndose el agua del sombrero, don Higinio se metió en las cuadras seguido por su amigo y doña Paz lo perdió de vista; iría a mostrarle el último semental adquirido. Se preguntó si debería o no hablar con él de ese muchacho, Fernandito Soto. Era inadecuado que no volviese a casa por Navidad y siguiese en la capital de parranda. ¡A ella la iba a engañar! Indignada, volvió a sujetar sus antiparras y se dispuso a releer, esta vez con más claridad — el quinqué de petróleo de la mesa había sido encendido— el escrito que iba dirigido a su sobrina Blanca pero que ella había sentido, necesariamente, que debía conocer por anticipado:

«Querida Blanca:

Lamento informaros de que este año me será imposible celebrar con vos la Navidad. Una reunión importante con Su Excelencia don José Noriega, secretario general de Tesorería, por motivos pecuniarios, lo hace inviable. Ni que decirnos tiene que es para mí realmente penoso no poder asistir a la tradicional cena de Nochebuena en vuestra casa, con vuestra familia, y disfrutar de unos días de vuestra compañía. Sé que nos vemos poco, pero prometo terminar cuanto antes mis obligaciones en Madrid y regresar pronto a Cádiz para llevar a cabo nuestro compromiso.

Esperando poder veros cuanto antes y deseándoos un feliz año 1806, vuestro para siempre: Fernando».

—¡Niñato embustero! ¡Truhán! —exclamó la vieja por lo bajo—. ¡Y ese «vos», ese tratamiento tan frío...! ¡Con su propia novia! —maldijo, señalando que aquello demostraba la poca intimidad que existía entre los muchachos. Debía hacer algo.

Centrada en la lectura de la carta, no tuvo tiempo de guardarla de nuevo en su sobre. Su hermana Carlota la pilló in fraganti husmeando en los papeles privados de su sobrina, y, con sorna, no pudo dejar de tirarle una pullita.

—¡Veo que no has podido resistir la tentación de meter las narices donde nadie te llama! Esa correspondencia es privada. No creo que a Blanqui —dijo, utilizando el diminutivo familiar que en ocasiones daban a la hija mayor del vizconde— le guste que andes fisgando en su correspondencia con Fernando. Dudo que te haya autorizado para ello.

—¿Y desde cuándo tendría esa mocosa que autorizarme a mí?! —refunfuñó, y se rebulló, incómoda, doña Paz. El vestido de tafetán negro crujió en el asiento de madera—. Es aún demasiado infantil para saber lo que le conviene o no, y...

—No es infantil. Pronto cumplirá veinte años. A esa edad me casé yo —la interrumpió la otra mientras se encendía un cigarrillo y se parapetaba detrás del cenicero de bronce. Cogiendo de nuevo la baraja, con el pitillo colgando del lado derecho de los labios, se puso de nuevo a echar cartas sobre el tapete de ganchillo de la mesa.

—¡Buen ejemplo has ido a poner! ¡Acabáramos! —dijo doña Paz malhumorada, retirando con la mano los aros de humo que su hermana le lanzaba con mala idea—. Con esa edad se es aún demasiado inocente, y tú fuiste buena prueba de ello. Blanca no sabe lo que le conviene, y para eso estamos su familia, para decírselo... Aunque este tunante no ayude mucho —dijo arrastrando despectivamente con los dedos la carta sobre la mesa—. Dice que no viene para Navidad, que no puede..., que está muy ocupado por negocios y política... ¡Bastante sabemos en qué clase de negocios anda en los Madriles...! ¡De los que llevan falda! Es vergonzoso su comportamiento; no sé cómo su madre, con lo estricta que es para otras cosas, lo consiente.

—Porque es su ojito derecho... Y hasta el izquierdo, me parece.

—Creo que deberíamos darle un ultimátum para que regrese a Cádiz y siente la cabeza. No es bueno que ande tan lejos y esté tan ausente: Blanca perderá interés, y luego...

—Y luego nada. Blanca no tuvo nunca gran interés en él por lo que yo sé, y tal vez habríais debido hacerle caso y no seguir adelante con el compromiso. Una

cosa fue el acuerdo inicial cuando ambos eran niños y otra la ratificación. Habría sido posible romper ese compromiso, y no habría pasado nada. De esta forma terminaréis sacrificando a Blanca a un matrimonio, que, si no cambian mucho las cosas, será muy desafortunado.

—¡No digas sandeces! Eso nunca se sabe. Cádiz está lleno de matrimonios convenidos que han funcionado bien y de otras historias más románticas de las que no quiero ni acordarme... De todas formas, no hay que dejar que el muchacho se extravíe; que sume más muescas a su arma. Podría irse todo al garete.

—¿Y qué propones, que vayamos nosotras a rescatarlo, como los laceros, de su vida disoluta en Madrid?

—Algo habrá que hacer. Si ese caballere se desvía de su camino, habrá que tirar de la cuerda y volverlo a traer, despacito, pero con pulso firme. Recordarle cuáles son sus o-bli-ga-cio-nes —dijo puntualizando— y fijar la fecha de la boda, no vaya a perderse entre tanto golpe de abanico y tanta bailarina tragasables. Lleva demasiados años dando tumbos por ahí. ¿A son de qué sigue en Madrid en vez de estar ya trabajando con su padre? ¿A qué tuvo que irse a Francia...? No es de extrañar que haya quien lo relacione con afrancesados. No conocemos a sus amigos calaveras, de qué pie cojean, en qué líos lo estarán metiendo allí cuando la política es un río revuelto. Madrid, me contó hace días la mujer del gobernador, es ahora mismo un nido de víboras, un centro de conspiraciones, un lugar peligroso... Haría bien dejando la Corte y regresando a casa. Es obligación nuestra meterlo en vereda. Si se rompiera ese compromiso, si Fernando no cumpliera, sería un bofetón para Blanca difícil de digerir. Créeme, la conozco mucho mejor que tú, y puede que no esté enamorada, pero su orgullo le puede.

—No te alteres tanto. No creo que el muchacho esté pensando romper el compromiso: simplemente es joven y necesita vivir la vida. No se le ha dado ninguna oportunidad. Su padre decidió su formación, su futuro, su hacienda, eligió a su futura esposa... Necesita libertad, como todos la necesitamos en su día... Sí, sí ya sé que tú no —la interrumpió cuando la otra hacía ademán de contestarle—. Además, ¿a qué vienen tantas prisas por casarlos? ¡Son muy jóvenes! Pueden aún tomarse unos añitos de...

—Queridas, han llegado nuestros invitados, don Agustín y su hermana doña Gertrudis; pasen —dijo don Higinio, que, en ese momento, pipa en mano, entraba en el cuarto acompañado del sacerdote, la hermana de este y de don Agapito. El vizconde había interrumpido la conversación de las damas, y estas se

habían callado deprisa, para saludar a los recién llegados.

Disimuladamente, mientras el grupo charlaba, doña Carlota estiró la mano a su espalda y se guardó la carta de Fernando en la faltriquera; después sonrió taimadamente a doña Gertrudis, que parecía no darle cuartel contándole el último responso al que había acudido. No los aguantaba a ninguno de ellos. Al cura amigo de la familia, por anticuado; a su hermana Gertrudis, por el hecho de que fuera una arpía despiadada, y al otro tipo, porque era de los que estaban siempre al sol que más calentaba. No era más que un aprovechado que sabía que le había sonsacado a su hermano más dinero del debido; aunque rondaba ya los sesenta años y llevaba casado cuarenta, don Agapito babeaba cada vez que ella se le acercaba; era un viejo verde.

Impaciente por deshacerse de ese pelma, doña Carlota llamó con brío al servicio. La campanilla de plata resonó con claridad en la casa. Doña Carlota ordenó a Leandra que pusiera la mesa grande, la del salón azul, para que todos pudieran bajar allí cuanto antes a cenar; previamente se tomarían arriba una copita de jerez.

El aroma de las viandas recorrió los pasillos y abrió el apetito de la concurrencia. Olía a consomé con picatostes, a atún en manteca y panaché de verduras, a camarones y a pato confitado. Sentados ya a la mesa, las hermanas una enfrente de la otra, doña Paz hizo un gesto a doña Carlota y esta asintió. No le darían la carta al vizconde... Ya verían ellas qué hacer al respecto.

Los silbidos resonaron en toda la estancia. Los llamados «mosqueteros» —el sector crítico que con sus aplausos y pitos podía hundir o hacer que triunfara cualquier estreno teatral— estaban ya preparados en sus asientos, ansiosos. Provistos de carracas y silbatos, había quien comentaba que habían sido sobornados por los enemigos del autor, envidiosos de la expectación que este había generado, para aguarle la fiesta.

Fuera, los carruajes, las sillas de mano y las literas se agolpaban a las puertas del teatro de la Cruz, que, abarrotado como nunca, se preparaba para el estreno navideño de ese año. Nevaba en Madrid con tiento, y el suelo crujía con los pisotones del respetable. El frío se podía cortar con un hacha. Las mujeres, a la última, con moños apolo, ligeras batas de muselina, capas ribeteadas con piel de zorro y delicadas zapatillas de raso, descendían deprisa de sus coches al

resguardo de los paraguas que los lacayos les sujetaban para entrar —a empujones— en el *ball*. Había que darse prisa y pillar buen sitio. La calle era a esas horas un caos de plumas, joyas, fracs, redingotes, sombreros de copa, bicornios con escarapelas y uniformes.

Leandro Fernández de Moratín, uno de los escritores más rebeldes del panorama artístico nacional —para algunos, rayando en lo jacobino— y su nueva obra, *El sí de las niñas*, habían provocado ríos de tinta en los periódicos meses incluso antes del estreno. También se habían producido condenaciones de los curas en sus sermones dominicales y peleas entre las principales primeras actrices de la escena madrileña para ver quién se quedaba con el papel protagonista. La famosa Rita Luna interpretaría a la soberbia doña Inés y María Ladvenant —la sensación del momento y aspirante a sustituir a la Luna y a la Tirana, hacía poco fallecida, como primera dama de los teatros de la Corte—, a la joven Paquita, un papel que, en boca de los entendidos, era un bombón. Isidoro Márquez, el gran ídolo popular de la escena, se había resistido a compartir éxito y minutos con la Luna, con la que llevaba enemistado siglos, a pesar de la gran amistad que lo unía a Moratín. Una verdadera pena, a decir de la mayoría.

Fernando de Soto había aparecido, tan elegante como siempre —sin llegar a la categoría de petimetre—, acompañado de su cuadrilla madrileña: Juan de Ares, Gregorio Gálvez y Vicente —Tito para los amigos— Ortiz. Todos ellos a la moda: frac que dejaba al descubierto parte del chaleco, corbatines de seda blanca anudados al cuello, sombreros altos, pantalones ajustados estilo *collant*, botas altas con borlones, guantes de cabritilla y, por supuesto, bastones con mangos de caoba, plata o marfil.

Permanecían sentados a la derecha del escenario mientras las damas lo hacían a la izquierda. Las normas eran estrictas en ese sentido, y no permitían la mezcla de sexos entre los espectadores. Ellos estaban en los palcos del primer piso, los más caros junto con los asientos de luneta en primera fila frente al escenario, habitualmente reservados a la nobleza y a los altos cargos de la Administración. La mayoría de ellos estaban ya ocupados por abonados que no se perdían ni un estreno ni una función en toda la temporada. Detrás, y en las últimas butacas, el pueblo llano: comerciantes, pequeños industriales, artesanos... Por último, al fondo y arriba del todo, de pie, en el gallinero, la gente sin recursos que por un ínfimo precio conseguían localidad: jóvenes estudiantes o escritores bohemios sin un real que amaban el teatro, pero no tenían donde caerse muertos.

—No te quita ojo aquella preciosidad —escuchó Fernando que le decía su

amigo Tito mientras le daba un codazo con disimulo.

Con sus anteojos, disimuladamente, miró al palco de enfrente, donde una muchacha rubia con un sofisticado adorno de plumas lo miraba sin pudor. Vestía un elegante vestido estilo imperio, con corte alto bajo el pecho, caída suave de una tela vaporosa de color blanco, casi transparente, con bordados verdes en el busto. Aun en la distancia se apreciaba la blancura de porcelana de Limoges de su rostro. Estaba acompañada por dos damas mayores que serían familia, y Fernando se descubrió saludándola con una cortés inclinación de cabeza, aunque maldito el interés que tenía en una niña.

A esas horas —se miró el reloj que se sacó del chaleco— estaría terminando su función Lola. Esa noche el teatro adversario, el de los Caños del Peral, había contraprogramado con una función cómica para robar algún cliente al estreno de Moratín, pero sin mucho éxito. Lola Sierra había tenido esa tarde solo una función y saldría más pronto que de costumbre, aunque se había negado a presenciar el estreno en el teatro rival. Por tanto, no se reuniría con él allí; le había hecho llegar mediante un criado, eso sí, un mensajito informándole de que lo esperaría en su casa. Fernando necesitaba ver a diario a esa mujer. El problema de cabalgar a un tigre, le había advertido Andrés, era que aquel terminaba siempre por dominarte. Y en eso estaba él. Pillado hasta las trancas.

Lola era fogosa como un animal salvaje, sensual, divertida y descarada. Le encantaba pasear con ella por el Prado, ir de tiendas por la plazuela de Santa Ana, pasear en calesa por Recoletos o comer a deshoras en alguna fonda de Lavapiés. Le esperaba una noche ajetreada: el estreno teatral de su amigo y luego una tórrida madrugada entre sábanas con su amante.

Reconoció que ello no era óbice para hacer ascos a la muchacha distinguida que desde enfrente seguía comiéndoselo con la mirada. Preguntó a sus amigos si la conocían de algo mientras se estiraba como un pavo real. Se sabía atractivo y no disimulaba; siempre se había llevado a las mujeres de calle, y estaba más que acostumbrado a las miradas de soslayo, los golpes de abanico o los suspiros que provocaba al pasar entre el género femenino; pero a nadie le amargaba un dulce, y cualquier mujer que lo mirase, como aquella rubia de enfrente estaba haciendo, tendría siempre su más profunda consideración. Eso se dijo a sí mismo, mientras una pícaro sonrisa asomaba a sus labios.

—Inés de Viedma —le contestó Ares—. Me la presentaron no hace mucho en un baile en casa de la duquesa de Osuna. Es huérfana. Las que están con ella son sus dos tías abuelas, sus tutoras. Dos viejos cuervos. —Y Ares graznó, chistoso.

—Menos mal que este año te has librado —le recordó mientras tanto Gregorio Gálvez—. Madrid está magnífico en estas fechas; era una verdadera lástima que tuvieras que ir a Cádiz. Un muermo —siguió diciéndole el otro entre dientes mientras echaba un vistazo con sus anteojos al respetable dando un repaso al personal.

Poco a poco el patio de butacas iba llenándose. Palcos y pasillos eran un continuo ir y venir de gente. El alumbrado seguía encendido y el espacio era un lugar donde primaban el rumor sordo de las conversaciones a media voz, las coquetas risas femeninas, el humo de los cigarros y el cierre, abrupto, de anteojos; más arriba, en el gallinero, los silbidos para que la obra comenzase cuanto antes empezaban a escalar tonos. No había duda de que esa noche había buen ambiente y un lleno total. Desde su posición, siguieron con los gemelos en la mano, sin perderse nada; así podían ver bien y ser vistos. Que de eso se trataba.

Fernando asintió al comentario de su amigo; ciertamente ese año había podido librarse de tener que volver a su casa. Resultaba patético tener que abandonar Madrid en esas fechas, cuando más animada estaba la ciudad, para ir a ver a la familia cuando a esta se la podía ver en cualquier momento..., aunque él no se explayase nunca mucho. Ese año, presionado por sus colegas y en gran medida por Lola, que deseaba pasear en su calesa nueva la mañana del 25 por la Florida, había tenido que buscarse un pretexto y no regresar. Su madre ya le había echado el puro mediante un escrito que había recibido esa misma mañana, pero Blanca, su prometida, no había dicho ni mu. Mejor así.

El telón comenzó a levantarse; el público calló y ocupó sus asientos. De repente cesaron las risas, los murmullos, el aleteo de plumas, incluso los más osados se calmaron y dejaron de dar voces al sexo contrario o de tirarle bolitas de pan o papel. Los caballeros, con los sombreros en la mano, y las señoras, con los anteojos bien sujetos, pararon de hablar con sus acompañantes, aunque en realidad la mayoría estuviese aún más pendiente —de reajo— de los que entraban, salían o se movían en sus localidades.

Numerosas velas de sebo iluminaban el escenario, y una gran lucerna central derramaba luz y humo en el recinto, todo de madera y con escasa ventilación. Al fondo se apreciaba una tela pintada con lo que parecía el salón de una casa señorial cuando entraron los primeros actores en escena. La obra giraba en torno a la hipocresía social, la de esas mujercitas inocentes educadas en los conventos a las que se enseñaba no tanto buenos principios morales como descaradamente a mentir, a fingir y a aceptar esposos a los que no querían —y a los que luego

engañaban— sin que jamás se sincerasen con ellas mismas ni con nadie. De vidas que eran una pura mentira desde la cuna al hoyo...

Las primeras escenas le hicieron a Fernando acordarse de Blanca. También ella estaba en un convento recibiendo una educación obsoleta y retrógrada. Nunca había terminado de entender qué había ocurrido para que don Higinio enviase a Blanca allí. Él nunca había sido un beato al uso, y Blanca había crecido bastante libre, para lo que eran las costumbres de la época, hasta entonces. Seguramente habría sido la influencia de aquella marisabidilla y déspota de doña Paz. Le horrorizaría —pensó sintiendo un leve malestar en la boca del estómago— terminar casándose con una de aquellas frías que odiaba tanto; esperaba que Blanca no sucumbiese. Aunque no hubiese tenido mucho trato con ella, por lo poco que la había conocido sabía que era una joven inteligente y vital. Esperaba que no terminaran castrándola mentalmente esas condenadas monjas.

Blanca... ¡Le pareció tan lejana como la conquista de la Galia! Podía pasarse meses sin acordarse de ella. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento, cómo podría soportar el aburrimiento de la vida conventual o qué habría sentido al saber que él no regresaría ese año por Navidad. ¿Estaría decepcionada o aliviada?

No se veían desde el año anterior, y aunque sabía —su padre se lo recordaba con frecuencia— que debía poner fin a su vida disoluta en Madrid, no contemplaba regresar aún a Cádiz. Cortar las amarras con la vida que amaba en la capital, las noches de jolgorio de taberna en taberna, las partidas de billar, las noches entre sábanas con Lola, las discusiones de política con sus colegas, las tertulias en el café de Sol en torno a un pocillo de café bien caliente...

Y ahora la cosa estaba más animada que nunca. El desastre de Trafalgar había puesto en jaque al primer ministro, al Príncipe de la Paz. Las cuadernas del Estado chirriaban, las conspiraciones se amontonaban, los periódicos goteaban sangre... Las palabras podían ser más peligrosas que la pólvora. La guerromanía de Napoleón, para unos el ogro de París, para otros el paladín de los descamisados, lo emponzoñaba todo. La guerra asomaba la patita por debajo de la puerta y las facciones comenzaban a quedar identificadas. Vivían al borde del abismo, y aquel era el mejor sitio para saber qué pasaba, por dónde irían los tiros, a qué número habría que jugarse la pasta...

—Dicen que el príncipe don Fernando —le había contado esa misma mañana Tito mientras tomaban unos vinos en una fonda de Callao— está tramando algo. Quiere cargarse a Godoy. No soporta que mande más que el rey y que se acueste

con su madre la reina. Después del achuchón que sufrió Su Majestad el mes pasado, hay quien opina que Godoy podría estar intentando sucederle apoyado por Napoleón y dejando fuera del trono al heredero natural, a Fernando. Se va a liar una gorda.

—No lo creo. Godoy no puede ser tan estúpido como para creer que alguien vaya a apoyar algo así, y don Fernando, aunque sea un mal bicho, no es tan crédulo. Enfrentarse abiertamente a Godoy y al rey sería su ruina. No actuará tan descaradamente, él es más taimado. Eso sería ponérselo en bandeja a Godoy, y bien sabe Dios que si la reina tiene que decantarse entre su hijo o su amante..., don Fernando puede darse por jodido —comentó el otro amigo entre risotadas y aspiraciones de rapé.

—¿Y tu amigo Patiño ha vuelto ya a su tierra? Dicen que las colonias están revueltas —preguntó Alfonso Menéndez, otro de los fijos en las salidas nocturnas, a Fernando.

—No ha regresado aún a Buenos Aires. Creo que su familia ha tenido problemas con las autoridades reales. Si no hacemos algo pronto, las colonias terminarán sublevándose. Tienen el ejemplo del Norte —dijo refiriéndose a Norteamérica—, y están muy descontentas. Habría que darles más correa... Ya sabéis ese dicho de cambiar algo para que todo siga igual. Si no les damos algo, terminaremos perdiéndolo todo.

—Quite, quite; que ni lo sueñen —dijo otro mientras Fernando lo miraba de soslayo. El tipo era bajo y gordo; a pesar de su juventud, lucía una llamativa calva y fumaba como un carretero. Durante un buen rato y sin que nadie se lo hubiese pedido, despotricó contra los criollos de los virreinos americanos y los puso a caer de un burro. Algunos aplaudieron sus bravuconadas y otros torcieron el rostro.

El grupo, todos viejos conocidos y algunos asociados desde hacía meses a una logia masónica de reciente creación, era amplio pero definido, y aquel individuo no se sabía de dónde había salido. Esos días el patio estaba lleno de espías y correveidiles —de los distintos ministros y sectores políticos— que se colaban de rondón en cualquier corrillo o tertulia en el casino, los cafés o la misma calle. Madrid era un queso de gruyer agujereado por los topes del Gobierno, del rey, del príncipe heredero, del embajador francés, de la Iglesia...

Algunos eran especialmente atrevidos e intervenían en las conversaciones, intentando arrimar el ascua a su sardina y comprometer a los presentes. Con disgusto, Fernando cerró el pico, miró con desdén al desconocido y pagó al

posadero. Resultaría mal visto preguntar quién había llevado a aquel estúpido a la tertulia, pero, ante la desconfianza, prefirió ser él quien se fuera. Ya se enteraría de quién era y qué hacía allí. Le daba mala espina, tal vez lo conociera de algo... Los rumores de gente detenida e interrogada por los esbirros del primer ministro circulaban por toda la ciudad. Estaban en alerta máxima prebélica, y aunque no sabía si era verdad, o una de las tantas mentiras e insidias como se contaban esos días, prefirió no exhibirse demasiado. Recogió su sombrero, su sobretodo y el bastón y se acercó a la parada de carruajes más próxima.

Entre pensamientos, declamas y ruido escénico, la obra fue transcurriendo. Aparcado el mal sabor de boca que le había dejado esa mañana la presencia inesperada de aquel tipo, Fernando volvió a la realidad. Sonaban aplausos. Las tres horas de obra teatral habían pasado volando. La lucha entre los que silbaban, protestaban haciendo tocar las carracas o tiraban mondas de naranja al respetable frente a los que aplaudían a rabiar y gritaban vivas había sido permanente. El calor del gentío allí apiñado, las risas, los aplausos y el subir y bajar a por refrigerio habían calentado la sangre a Fernando. Sin aceptar la invitación de sus colegas, que partían en ese momento camino del palacio de Gormaz a jugarse unas monedas a la ruleta, él se despidió. Lola lo estaría ya esperando. Rompería el amanecer con ella en sus brazos.

8

Con sus capas enceradas, las basquiñas de paño y las polainas, las mujeres de la lonja iban y venían con los baldes llenos de marisco y pescado recién capturado. El día 24 de diciembre por la mañana era tradicional que la gente se acercase a las lonjas para hacerse con los productos más frescos: lubinas, lenguados, langostas y las famosas ortiguillas, unas algas de color malva a las que muchos denominaban «sesos de mar» y que eran típicas de la zona. Rebozadas en una crujiente masa, se tomaban bien fritas, marinadas con jerez.

Una vieja con un pañuelo atado a la barbilla despachaba con buen aire manojos de anémonas en cucuruchos de papel y otra, ante un caldero con aceite hirviendo que humeaba como una chimenea, los entregaba a los clientes. Olía a sal, a mejillones al vapor, a aceite de Jaén, a levadura de cerveza. Al vaho de sus respiraciones. Era el típico sol frío de diciembre. Sus rayos no tocaban la tierra, no calentaban los huesos. Su claridad patinaba en el agua, besaba de soslayo su superficie como si no lo quisiera.

Con los capachos colgados del brazo, Leandra y Micaela hicieron ese día la compra acompañadas por las señoras de la casa. Doña Carlota y doña Paz disfrutarían yendo de un puesto a otro, mirando cada cubo y eligiendo personalmente cada pieza; el resto de la compra —la manteca *colorá*, los cardillos y berzas para el arroz o las chacinas de cerdo— se la dejarían a las criadas mientras ellas se acercaban a ver a los barcos que volvían de faenar o se sentaban a mirar la playa y a charlar con conocidas. El año olía a despedida. 1805 podía irse al infierno. Tanta paz llevara como iba a dejar...

Elsa no las acompañaría este año: había ido a visitar a su futura suegra y a llevarle unos presentes. Blanca —lo habían conseguido después de serias amenazas— pasaría con ellas Nochebuena, pero llegaría en la posta de la noche. Don Higinio había preferido salir a cazar para rebajar el cabreo. Su abogado le había notificado que había perdido el recurso para hacerse con unos terrenos adyacentes a su finca sobre los que llevaba años litigando. Creía tener más

derechos que nadie sobre ellos, pero en una operación —que consideraba un fraude— alguien se la había arrebatado delante de sus narices. Seguido de sus perros y con la escopeta al hombro, pasaría la mañana pateándose las salinas y los caños a la caza y captura de alguna garza o aguilucho lagunero, andando entre dunas salvajes, esteros, espartinas y solicuernos, de fango hasta las orejas.

El camino desde el cortijo familiar hasta la lonja era agradable. En pendiente iba serpenteando y descendiendo dejando a un lado el mar —ese día, blanco de espuma y permanentemente sobrevolado por gaviotas— y al otro, pinares. Durante el trayecto, de apenas una hora, las Malvar se habían cruzado con campesinos, el landó de los Santero, dos tartanas con provisiones para las aldeas del interior, una recua de mulas y cazadores de las marismas, alguno furtivo. A lo lejos, envuelta en la bruma, se apreciaba la playa del Castillo y más lejos aún, la de la Chata... Llegaba a verse incluso hasta el mismo istmo de Cádiz, la tacita de plata.

Era un lugar muy transitado desde tiempos prehistóricos. Perteneciente a la llamada vía Heraclea de los romanos, unía Cádiz —entonces un importante emporio comercial primero fenicio y luego romano— con otras ciudades de Hispania y del imperio. Aquel trayecto en concreto conducía al importante templo dedicado a Hércules del que hablaba Estrabón en sus obras y sobre cuyas ruinas se había levantado posteriormente el castillo de Sancti Petri, que ahora se veía de fondo entre la neblina de su islote. Doña Paz, cegada por la luz, acababa de colocarse su abanico de ébano de visera mientras seguía la cháchara con doña Josefa, la viuda del coronel Antúnez, y su prima Isidra, la mujer del alguacil mayor.

Frente a ellas seguía el movimiento. El mar siempre había sido una fuente básica de la economía local de esa comarca, y esa mañana, dadas las fechas festivas en que estaban, más. Ya en tiempos de César sus industrias pesqueras, famosas en toda Roma, se destinaban a la producción del popular *garum*, una salsa aromática a base de pescado que los romanos usaban de forma omnipresente en su alimentación. El pescado y las mujeres —las bailarinas gaditanas habían sido legendarias en la antigüedad por su sensualidad y erotismo— siempre habían sido su punto fuerte, junto con su posición estratégica en la boca del estrecho de Gibraltar, de las Columnas de Hércules de la antigüedad. Eso había convertido a Cádiz en una plaza militar y comercial de primer orden desde tiempos de la legendaria Tartessos.

El recorrido por ese litoral, incluso a simple vista, rezumaba historia;

recordaba a otras vidas y otras épocas. A cada paso se palpaban señales de su largo periplo vital: cuevas y dólmenes prehistóricos, necrópolis fenicias, vías romanas, torres vigía de Al-Ándalus... No por nada Cádiz —fundada hacía tres mil años y a cuya bahía pertenecían Chiclana, Rota o Conil— estaba considerada la ciudad más antigua de Occidente. El alba de nuestra civilización.

Al escuchar las campanas de la ermita de San Telmo, las hermanas Malvar se despidieron de la hija del médico del pueblo y ordenaron a sus criadas, que terminaban de pagar con unas monedillas de cobre unas morcillas en un puesto de embutidos, que regresasen en un carro con las provisiones a casa mientras ellas ofrecían un ramo de rosas de sus jardines a la Virgen de los Remedios, patrona de la villa y de los marineros. Allí, al igual que todo el mundo, encenderían velas y mariposillas de luz que dejarían flotando en el agua, se santiguarían y regresarían dando un largo paseo hasta el cortijo. Mientras se aproximaban por la calle del Azafrán, numerosas mujeres, en su mayoría aldeanas, esposas de hombres de la mar, iban llegando en oleadas por las calles de Azalea y de Palomar en dirección al puente que cruzaba el río Iro, que a esas horas y con el trasiego de ventas que había ese día estaba colapsado, convertido en un cuello de botella, con carros, carretas, faetones y sillas de mano.

—¿No es aquella Guiomar con la niña? —le preguntó Paz a su hermana, dándole un codazo.

Doña Carlota comprobó que, efectivamente, era la madre de Fernando de Soto; se dirigía hacia el mismo lugar que ellas, pero desde una calle adyacente. Caminaba a paso vivo, acompañada por su hija pequeña y tres miembros de su servicio. Estos iban detrás con varias cestas, todos centros florales de rosas, brezo, azahar y pensamientos. Doña Guiomar las distinguió de lejos y las saludó fríamente, sin hacer intención de pararse.

—¿Qué le habremos hecho a esa necia? —explotó, de mal humor, Paz—. ¿Adónde irá con tantas prisas? ¡Qué modales! ¡Qué se habrá creído! —añadió al verla aligerar el paso cuando ellas iban a acercársele. Deseaba sonsacarle el motivo que había obligado a Fernandito a quedarse en Madrid, hacerle un interrogatorio de tercer grado y dejar constancia de su malestar por esa conducta. La otra debía de olérselo. Doña Carlota no se sorprendió. Si ella hubiese visto a su hermana acercársele como un miura a la carrera, habría hecho lo mismo.

—¡Déjalo! ¿Qué te va a decir ella? ¿Quieres que te mienta o que ponga verde a su adorado hijo? No lo hará; se limitará a excusarlo. Lo único que conseguirás

sacando el tema es causar más tirantez.

—¿Tirantez? Esa relamida, ¡que más quisiera estar a nuestra altura!, es una engreída que va por ahí diciendo que si Blanca no tenía la educación adecuada, que si se había criado poco menos que como una salvaje con su padre cazando por ahí y que ella a su Marina la tiene debidamente enseñada... —dijo imitando su voz afectada de nueva ricachona—. ¡Me estomaga! Más le valiera saber qué anda haciendo por ahí su hijo.

—Déjalo ya —le insistió doña Carlota tirándole de la manga, dejando que Guiomar de Soto las adelantara lo suficiente como para no coincidir con ella—. Es un asunto que no te corresponde a ti tratar. Deja que sea Higinio quien hable con don Eugenio. Sabes que su marido siempre ha sido más estricto con Fernando que ella. Y tampoco exageres con lo del muchacho, ea. No creo que el hecho de que falte una Navidad sea para rasgarse las vestiduras; no significa nada..., solo lo que ya te dije el otro día. Es joven y necesita divertirse. Mejor ahora que no cuando esté casado. No saques las cosas de quicio.

Carlota de Malvar consiguió finalmente llevarse a su hermana de allí e impedir el encontronazo con la señora Soto. Resultaba evidente que la otra había huido de ellas. Había sido patético —o al menos a doña Paz así se lo había parecido— ver cómo arrastraba a su hija como un pelele por toda la nave de la ermita abarrotada de gente para salir por una puerta posterior para no encontrárselas. Doña Carlota no pudo evitar soltar una risilla malévola. En su fuero interno deseaba que esa boda no se llevase a término; no haría feliz a Blanca. ¿Por qué demonios su hermana no se daría cuenta? Era tan terca...

Durante todo el día habían estado amontonando leña, papeles, enseres viejos de madera, trapos. Alexander había asistido a la operación boquiabierto; aquello no se parecía mucho al concepto de celebración de fin de año que él tenía en mente; esperaba algo más parecido a lo del día 25: una comida solemne, unas palabras de la priora, la misa nocturna y poco más, pero era evidente que pretendían hacer un gran fuego en la explanada que daba a la entrada principal del recinto conventual para celebrar esa noche la entrada de ¡1806!

Nervioso, cojeando aún y bien resguardado en una casaca que a saber de quién sería, intentó acercarse a las cocinas, donde estaría Blanca. ¡Ojalá no se fuese también ese día como había hecho la semana anterior por Navidad...! Aquello

había sido para él una decepción. Comprendía que aquel era un día muy especial y que ella hubiese deseado pasarlo en casa, con su familia —a primera hora ya le habían mandado un landó—, pero había esperado que regresase antes de finalizar la jornada y había tardado dos días, un tiempo que había vivido con especial inquietud, consciente de que en cualquier momento sus superiores podrían ordenarle recoger el petate —lo que era un decir, porque allí no conservaba nada, ni la ropa que llevaba puesta— y largarse, sin poder despedirse de ella.

Había rogado para que eso no sucediese y había tenido suerte. El miércoles por la mañana la había visto llegar y había dado gracias a Dios y a la Providencia. Ella se le había aproximado risueña, también algo nerviosa —o a él se lo había parecido—, y le había entregado un paquete. Un regalo, le había dicho, y él se había sentido estúpidamente feliz. También de saber que se quedaría para fin de año, aunque en ese momento no estuviese muy tranquilo al respecto. Su familia podría haber cambiado de opinión.

Ella había sabido hacerse perdonar la ausencia. El regalo había sido inesperado: unas hojas de papel, plumas, tinta y lápices, todo de buena calidad, para que pudiera escribir o pintar. Un día lluvioso, en que lo había visto aburrido, le había preguntado cómo se entretenía cuando estaba en su hogar. Él no había profundizado mucho —¿cómo contarle su alocada vida en los clubes londinenses?—, y se había limitado a decirle que de niño le había gustado escribir y dibujar. Tenía un don..., y en eso no la había engañado.

Ahora venía con unas cuantas hojas resguardadas en una tela encerada del prado más cercano, donde había pasado la mañana pintando algunas escenas; paisajes hermosos que, además de para entretenerlo, en el futuro lo ayudarían a recordar los días vividos allí. Esperaba poder pintarla a ella. De hecho, tenía algún bosquejo trazado, aunque no había logrado definir el contorno de sus ojos de chocolate o el brillo estelar de su pelo; no se había atrevido a pedirle que posara para él... aún.

El portón que daba a las cocinas conventuales se abrió para dejar entrar a los mozos, que andaban descargando una tartana que acababa de llegar y que llevaba varios toneles con aguardiente, roscas de anís, hogazas de pan, chacinas y embutidos para la fiesta de esa noche. En torno a la montaña de maderas y enseres del patio no había más que un par de rapazuelos.

—¡Esta noche prepárese, *mesie!* —le había dicho hacía un rato Antonio, el mulero que conducía la recua que a diario pasaba por allí y que asistiría esa

noche a la fiesta—. ¡Ya puede cenar bien, si no...!

Paco el Tinajas, como llamaban a su compañero, un tipo corpulento como un armario de tres puertas, con unas patillas como la hoja de un hacha turca, fajín y navaja al cinto, se había reído estrepitosamente después de lanzar un escupitajo de tabaco de mascar.

—*Usté*, teniente —llamaba así a todos los soldados heridos—, se come las gachas esta noche, se da una buena *jartá* de morcillas... y le pega un par de tragos a la bota. Y si la priora se pone dura, se viene *pa* la playa con nosotros. Todos los años terminamos allí, echando unos tientos. *Usté* ya me entiende... ¡Ja, ja, ja!

—¡Hombre que sí, que al *mesié* habrá que llevarlo a la playa! Ya va siendo hora de darle una alegría al cuerpo... Y, además, que se le ve muy recuperado —comentó el mulero, dándole un manotazo en la espalda mientras aplastaba con su alpargata un pitillo de tabaco picado que acababa de tirar. Subiéndose el cuello de la chaquetilla y recogiendo de las bridas a las acémilas, los dos se despidieron mientras reían y hacían gestos obscenos.

Alexander se quedó en ascuas, sin entender muy bien de lo que hablaban. Sí sabía que en el refectorio, donde habitualmente comían las hermanas, celebrarían la cena y después habría una pequeña velada. Por lo que había logrado captar, se cantarían villancicos y se bebería anisete en el patio, al calor de una hoguera. Asistiría el párroco y habría una especie de misa flamenca —desconocía en qué consistiría tal cosa—, y, tras las palabras del oficio religioso, proseguiría la diversión de algunos en la playa y las novicias se irían a dormir. Algo mucho más divertido que la Misa del Gallo de la Nochebuena.

Pensar en la hoguera le hizo estremecerse. Estaban en diciembre y hacía frío. Era un frío limpio, húmedo, saturado de agua del Atlántico que pulverizaba sus mejillas. El viento arrancaba suspiros a los pinos, doblaba los manzanos, susurraba cosas al oído, despeinaba a los olmos. A lo lejos se veían las cumbres nevadas de la sierra de Grazalema y más allá —le había explicado Blanca la tarde anterior, cuando salió con ella—, la serranía de Ronda. El centro del bandolerismo, un lugar al margen de las leyes humanas...

—¡Vamos, mi *arma*...! —oyó decir, y sin entender el significado miró a su espalda.

Dos gitanos de patillas como lenguas y pelo ensortijado caminaban con una manta rayada al hombro, un sombrero calañés y guitarra en mano. En toda la zona —Sanlúcar de Barrameda, Medina Sidonia, Puerto de Santa María— se encendían hogueras esa noche en las playas, los patios de las casas o en algunas

plazas públicas, y al calor del fuego y del alcohol se cantaba, se bailaba y, si caía, algo más... Las mozas estaban ese día más predispuestas, y algunas atrevidas daban esquinazo a sus padres y salían a darse un garbeo a la luz de la luna. Esa noche el cielo estaría despejado. Orión, Perseo, la Osa Mayor titilarían borrachas de envidia.

Era aún mediodía, pero los dos guitarristas le pegaron un buen trago a la petaca que se sacaron del cinto. «Empiezan pronto a calentarse», se dijo Alexander. Tanto hablar de alcohol le hizo sentir seca la boca. Hacía mucho que no se tomaba un buen trago de whisky. Pensar en ello lo retrotrajo al último día que lo hizo. Había sido con Andrew Leyes en su camarote, dos noches antes de la batalla. Ellos dos, junto a Thomas Catham y William Loft, habían reído y discutido. ¡Aquello le parecía ahora tan lejano...! Apartó aquellos deprimentes pensamientos y se concentró en el presente. ¿Podría él esa noche tomarse una copa? ¿Bajar a la playa...? ¿Brindar por el año nuevo? ¿Pasear a la luz de la luna con Blanca?

Pensaba en ella cuando la vio salir; llevaba un buen rato merodeando por allí, asegurándose de que no se hubiese ido. Iba a paso ligero con una de las novicias y ni siquiera lo vio. Reconoció que no era una mujer guapa al uso —no, desde luego, como Margaret, con su rostro de muñeca de porcelana, sus inocentes ojos azules—, pero desprendía una poderosa sensualidad, ¡incluso vestida con aquella facha! Deseaba con toda su alma poder besar sus labios, descubrir a qué sabía... ¿Lo habría hecho algún otro hombre antes...?

Había intentado sonsacarle algo de su vida, de los motivos por los que estaba allí, pero o no se había explicado bien o ella se había hecho la loca. Se había limitado a contarle que estaba formándose y que pronto volvería con su familia. Que vivía en Cádiz en el seno de una familia acomodada... y hasta ahí.

A la pregunta de si tenía novio, se había sonreído y había seguido andando a paso ligero, sin decir ni sí ni no. No había querido insistirle, ¿qué más daba? Estuviera o no comprometida, fuera hija de un comerciante o de un marino, ella seguiría su camino y él, el suyo. Ese punto de intersección que era aquel encuentro solo tendería a separarlos más y más. Eso le entristeció, pero solo unos instantes: no debía dejarse llevar por esos sentimientos oscuros. Desperdiciar aquella ocasión, aquella felicidad regalada, sería como escupir al cielo. Un error. Sintiese lo que sintiese ahora por ella, fruto en parte de su extraña situación, su debilidad, su aislamiento, lo olvidaría pronto. Regresaría a Inglaterra, se casaría con Margaret y Blanca solo sería un hermoso recuerdo... Nada más.

La tarde corrió y a las diez terminaron la cena. El refectorio había sido adornado con velas, sarmientos y ramos de azahar en las mesas. Después todos salieron fuera y el párroco bendijo la hoguera. Blanca le explicó la bendición del sacerdote y le pidió que tirase algo suyo de lo que se quisiese desprender para siempre. Todos debían echar al fuego algo viejo y dejar espacio para lo nuevo. Alex se rio sacándose los bolsillos vacíos de su casaca prestada. ¡No tenía nada! ¿Qué iba a tirar? Ella se encogió de hombros y se marchó, riéndose, a hablar con otros heridos que, al igual que él, aguardaban en el patio el encendido.

Este se produjo enseguida. Un trapo lleno de aceite se echó, por abajo, entre las ramillas secas y prendió de prisa. En unos minutos las llamas crepitaron, altas y salvajes, y el calor coloreó la cara de los asistentes. Zigzagueaban manchas negras y rojizas; pequeñas chispas saltaban al ruedo como espontáneas. Del interior de las caballerizas comenzaron a sacar unas sillas de asiento de pita, y aparecieron cinco o seis individuos. Todos llevaban pantalones oscuros, chaquetillas toreras, cabellos largos y oscuros, pañuelos al cuello como si fueran cuatreros llevando ganado y guitarras en los brazos.

Se sentaron y, pasándose una bota de vino, que fue corriendo entre los hombres asistentes, empezaron a afinar los instrumentos. Niños, mujeres, aldeanas y gitanillas de un asentamiento próximo comenzaron igualmente a calentar las voces y las palmas. En unos instantes el silencio de la noche quedó roto y los villancicos rocieros subieron al escenario.

Una vieja palmeaba concentrada mientras se sujetaba el mandil; se levantó ligeramente la falda y dejó ver un zapateado relámpago. A su lado una mujer joven, que debía de ser su nieta, lucía una flor en la oreja y una peineta en un moño que al minuto se deshizo en guedejas. Eran un torbellino de piernas y brazos, un vendaval de energía primaria. Diosas hindúes que parecían tener diez brazos y transitar por alguna dimensión acústica desconocida para los demás. «Duende», lo llamaban los españoles. «Trance», hubiera dicho él. Las bailarinas parecían fluir, presas de algún soplo invisible. Era la fuerza de la vida concentrada en unas pocas notas, y aquella hoguera simulaba un santuario, ese punto de conexión entre el principio y el ahora. El ayer y el mañana. Un pasadizo a algún otro lado.

Las canciones eran alegres, aunque incluyeran ayes que parecían lamentos; pronto se sumaron las castañuelas, que con su bonito repiqueteo animaron más el ambiente. Dos niñas pasaron con sus panderetas pidiendo dinero, el aguinaldo, a cambio de ofrecer trozos de mazapán —un dulce de almendras de

origen árabe—; los más osados empezaron a servirse aguardiente en pocillos de barro.

A Alexander el líquido le quemó la garganta. Era muy fuerte y pasó arrasándole hasta el estómago. Según lo tragó, abrió la boca y exclamó un «Ahhh» que arrancó una risotada en los demás. El líquido le calentó la sangre. La explanada empezó pronto a llenarse de lugareños. Todo el litoral se veía tachonado por otras hogueras. Fuegos como espejos en el mar. En la oscuridad de la noche el resplandor procedente de la playa, de los acantilados, lanzaba destellos. Allí también comenzaban a concentrarse vecinos con ganas de dar la bienvenida al nuevo año.

Los guitarristas se levantaron a beber mientras otros mozos cogían unas zambombas y empezaban a tocar. El grupo seguía con palmas canciones para él desconocidas. Sentado en el tocón de un árbol como si fuera un trono, se limitó a seguir la música con los pies, contagiándose de la alegría del momento. Durante horas la fiesta continuó, cada vez con más gente. Alexander, que había empezado la noche helado, a esas horas andaba ya bien caliente y bien contento. Sería la una de la madrugada cuando la vio volver. A su particular ángel enemigo. También llevaba las mejillas coloradas del calor y del ponche. Sus ojos tenían un brillo especial, y a él le pareció más radiante que nunca.

—¿Desea subirse? —le preguntó Blanca, refiriéndose al cuarto.

—¡No..., no! —negó, riéndose, con la mano—. Aún no.

—Está bien... Yo debo subir al sargento Leblanc —dijo señalando a un tipo recio que había llegado moribundo y milagrosamente había salido adelante—. Tiene algo de fiebre. Cuando se canse, dígaselo a Candela —dijo indicándole dónde estaba—. Ella le ayudará.

—¿Se va ya..., tan pronto? —preguntó, desencantado. Aquello le había caído como un jarro de agua fría. No sabía por qué, había creído que aquella noche sería el inicio de algo...

Ella asintió y se alejó.

—¡Blanca, Blanca! —dijo alguien zarandeándola en su cama un rato más tarde.

—¿Qué diablos quieres? —preguntó, aún atontada, a Candela.

—Nada, tu francés, que tiene ganas de marcha. Que le va la fiesta, hija. No he podido convencerlo de que se subiese y se ha ido con el Tinajas a la playa. De

jarana.

—¿Cómooo? Estás loca —dijo, enfadada, Blanca—. No deberías habérselo permitido. Ha bebido demasiado y no está acostumbrado. Lleva meses a base de caldos de gallina y aún no está totalmente recuperado. Caerá inconsciente... ¡Con el frío que hace! Maldita sea —dijo levantándose, poniéndose deprisa la capa y el pañuelo y saliendo a buscarlo, consciente de que quien se arrima al peligro... Había huido de él a propósito, pero sería Cupido, que andaba enredando.

—¡Qué interés, por Dios! —dijo, riéndose, Candela—. Lo de ese tipejo no tiene nombre.

—¡Pedro! —dijo Blanca llamando desde las escaleras a uno de los mozos que terminaba de echar el agua en los rescoldos de la hoguera para apagarla del todo —. ¿Vas ahora a la playa?

—Sí. Ahora mismito, que la fiesta ya debe de estar calentita ahí abajo. Aquí ya está muerta.

—Ya veo; espérame. Voy contigo.

—¿Cómo? —preguntó el otro, extrañado. No era lo normal que una de las internas en el convento saliese a esas horas (eran ya las cuatro) y se bajase a la playa. Allí no quedarían más que borrachos, fulanas y gente poco recomendable —. No creo que sor Patrocinio lo...

—Calla y vamos. Acompáñame —dijo sin contemplaciones Blanca.

Quince minutos después llegaban por el camino de terrizo serpenteante hasta la cima de los acantilados. Bajaron despacio, escurriéndose, hasta la playa. El mar mordía la orilla, la espuma lo salpicaba todo. Desde arriba se veía a un grupo de medio centenar de personas divirtiéndose. Dos mujeres —seguramente familiares de los guitarristas o fulanas del puerto— bailaban en torno a la hoguera enterrada en la arena con sus cabellos sueltos y sus piernas al aire. Alex, acompañado por Antonio, reía, desinhibido, con una botella —que Blanca supuso que sería de aguardiente de contrabando— en la mano. Iba a dar un trago cuando la vio aparecer. Una sonrisa indisimulada iluminó su rostro. Sintió más calor que si se hubiera caído de cabeza en las llamas que delante de él crepitaban sin parar.

9

—*On devrait rentrer. Il fait froid ici.* Creo que debería regresar y acostarse. Aquí hace fresco —dijo ella al llegar al grupo mientras la brisa soplaba haciendo bailar las llamas del fuego—. No creo que esté en condiciones de seguir bebiendo más. *Vous allez tomber malade si vous continuez de boire.* ¿Me entiende? —le preguntó, pero él se limitó a mantenerse callado y a mirarla intensamente, con una sonrisa de oreja a oreja—. *Vous devez retourner au lit. Il fait froid ic... Non encoré recouvrés et...*

—Shhh... —le pidió él—. Entiendo. Pero siéntese, solo un rato —le imploró—. Todo esto es nuevo para mí. *J'aime...* Estoy disfrutando; será un bonito recuerdo cuando regrese... a mi hogar. Tome, se calentará —le contestó mientras le ofrecía la botella de aguardiente que sujetaba. Le hablaba en español: además de fortalecer el idioma para espiar, prefería hablar en francés lo menos posible, sobre todo delante de otros gabachos. Aunque su acento fuese bueno y hubiese tenido los mejores instructores, un francés auténtico podría percibir cualquier cosa que lo delatara: un modismo inadecuado, expresiones mal dichas... ¡Cualquiera sabía!

Blanca rechazó la botella, pero aceptó un trago del ponche que una mujerona con la chaqueta remangada le ofreció en un pichel de hojalata con más bollones que el camino a Puerto Real... La jarrita renegrida olía a alcohol quemado con azúcar, y reanimaba a un muerto. Le dio un traguito que le quemó la tráquea; luego otro más, y otro... El calor fue una deflagración que se extendió deprisa por su cuerpo. Un maremoto que la dejó sumarse a aquella atmósfera de erotismo y sensualidad sin que se ruborizara. Había tragos que abrían puertas cerradas.

El grupo parecía animado; las mujeres que bailaban en el centro se movían con salero al compás de las guitarras mientras interpretaban unos fandangos. Blanca bailaba también muy bien; en su casa, otras navidades, había sido ella quien había entretenido a la concurrencia levantándose las enaguas. Esa noche los pies parecían írsele, y todo su cuerpo deseaba levantarse y unirse a la fiesta. Beber un

sorbo de esa alegría después de meses de tristeza. Aquel ritmo la empujaba. Tenía un poder innato para alcanzar los corazones, para inspirar, para hacerla sentirse viva.

Se palpó la saya al palmearse el muslo. Su contacto la arañó, ¡era tan basta! ¡Cómo añoraba sus maravillosos trajes de muselina de la India o sus chaquetillas de maja con sus jubones entallados, sus madroños, guarniciones, redecillas y zapatillas de raso! Aquella era una indumentaria que a una mujer la hacía sentirse como una reina, hermosa, pero lo que llevaba... Le daba vergüenza que él la viera así, con semejante facha. Se reprimió, y la intensidad de la velada bajó. Pero según se iba calentando con el ponche, más deseaba poder librarse de todas aquellas ataduras. Estaba prohibido en el convento vestir de civil o quitarse aquellos hábitos, pero ¡qué más daba! Pronto se marcharía. Su hermana le había reiterado por carta que su padre, por fin, la autorizaba a volver a casa. Se alegró de que ahora las influencias sobre el vizconde estuviesen más repartidas, que se hubiera equilibrado la partida de ajedrez: de un lado, las fichas blancas —la tía Carlota y Elsa— y, de otro, la tía Paz. Las dos primeras habían ganado esa batalla.

Unas risas sofocantes —«de bebidos», se dijo— la obligaron a mirar. El Tinajas iba ya bien cargado y se había caído de bruces al trastabillar con unas tablas podridas. Sus colegas se estaban divirtiendo a su costa mientras él, con lengua de trapo, rumiaba algo por lo bajo, se levantaba torpemente del suelo, se limpiaba y lanzaba al mar la colilla que, milagrosamente, había resistido prendida a su boca como un naufrago a su tabla; haciendo un arco, la brasa iluminó fugazmente el cielo a su paso.

Alexander también reía desinhibido. Los guitarristas le dieron un tiento a la bota y retornaron a sus asientos, cajones en la arena húmeda. Blanca respiró profundamente. Olía al mar de siempre, a algas frescas, a fuego de leña, pero también a pasión, a júbilo, a ruptura de reglas y etiquetas... Pequeñas volutas, pavesas vivas, revoloteaban alrededor de las llamas, que iluminaban el rostro de los que estaban más cerca. En primera línea de fuego, nunca mejor dicho. Frente a ese fognazo de luz, la oscuridad total a su espalda. Las dos caras de una misma moneda. El firmamento estaba cuajado de estrellas; era una noche fría y constelada. Y ellos, pobres humanos, formaban parte de ese mundo de asombrosa belleza, ajenos a la mirada divina.

Al raso, y a esas horas, deberían estar todos tiritando, más tiesos que la mojava, pero palos con gusto no duelen. Tampoco eran los únicos. A lo largo de la línea de costa se apreciaban lucecillas procedentes de otras hogueras que no morirían

hasta el alba; de luces de posición de algunos barcos inmersos en la negritud del océano; de lechuzas seseantes del pinar a su espalda; de ráfagas de murmullo que el viento arrastraba de los pelos... Aquella era la cacofonía de la Nochevieja gaditana. Una mezcla de magia y misterio. De danza y música, de alcohol y fuego.

El guitarrista más joven, un tipo delgado como un fideo que llevaba un pañuelo largo anudado en la nuca al estilo bandolero, empezó a interpretar *Los pastores*, un tema que a ella le encantaba desde niña. Sin pensárselo dos veces se levantó, se quitó la capa que obstaculizaba sus movimientos, se arrancó de cuajo el pañuelo y dejó que una cascada sedosa de bucles se le escaparan. Blanca se sumó al baile con ganas.

El guitarrista redobló el punteo y la animó con un gesto de barbilla a que se acercara al resto de mujeres. Ella le agradeció la confianza y se unió al grupo. Aunque el licor le había dado valor para saltarse a la torera todas las normas y olvidarse de complejos, reconoció, no sin cierta guasa, que su imagen distaría mucho de resultar atractiva por comparación: mientras las otras bailaoras ofrecían a la vista generosos escotes y sugerentes enaguas, ella parecía encorsetada en un saco, atrapada en un hábito. Riéndose de sí misma y después de mucho tiempo —demasiado, reconoció— sometida a la estricta disciplina de sor Patrocinio, se liberó de sus ataduras físicas y mentales. Cerró los ojos y se dejó llevar por el ritmo. La magia andaba suelta.

Aquel era un sonido ancestral a base de percusiones y de cuerda. El cante de otro hombre, un tipo de tez aceitunada y ojos negros como la noche, era profundo, atávico, como una letanía. Los movimientos de ella, sensuales y provocadores, se ralentizaron. Alexander la miró gratamente sorprendido, notando, al verla moverse de esa forma, una oleada de calor por todo su cuerpo y la inflamación de la entrepierna. Debía de ser el mucho tiempo que llevaba sin disfrutar de una mujer, la magia de la noche o lo mucho que le gustaba Blanca, porque reacciones tan primarias como aquella no eran en él naturales.

Le encantaban las mujeres, pero siempre desde una posición de control. Boquiabierto, sin querer perderse un instante, sus ojos la persiguieron de un lado a otro disfrutando de sus requiebros, de sus giros, de la luz que emanaba de su mirada, directa e incitadora...? Sin parpadear, siguió los elegantes movimientos de sus brazos en alto, el brillo de su cabello, sus pantorrillas bien torneadas al aire mientras, descalza —se había quitado las alpargatas que llevaba—, se deslizaba por la arena como una de aquellas gitanas. A cada uno de aquellos requiebros, el mundo temblaba para él, el eje de la Tierra se inclinaba. Nervioso

por lo que aquello le hacía sentir, dio un par de tragos más a la botella —que en ese instante le arrebatava el mulero— y se apretó el sobretodo. Hacía un frío de narices y se estaba levantando viento.

Blanca bailó y bailó, incansable, como si le hubieran dado cuerda. Luego se acercó a Alexander y lo invitó a unirse a ella. El ponche y el calor del ejercicio lea habían coloreado las mejillas y la risa a floraba a sus labios. Él negó con la cabeza. No sabía bailar aquello; lo suyo era más de otro estilo, el de los salones refinados de Londres, el de los minués o las contradanzas. Se sentiría como un pato fuera del agua, pero ella le insistió. Enganchándolo de la mano —él sintió su contacto como si fuera un calambrazo—, lo levantó. Torpemente él intentó seguirla, sin éxito, pero al menos sirvió para que ambos se rieran, desinhibidos y felices, ajenos a todo lo demás, absortos el uno en el otro.

Al igual que otras parejas que habían salido al centro, poco a poco se fueron alejando del fuego, y, de la mano, continuaron caminando por la orilla de la playa. Sin decir nada, pero plenamente conscientes de la sensación de sus manos cogidas, entrelazadas; del contacto de su piel, del latido de sus corazones... Las olas arrullaban su paso, lamían sus pies, y la luna lucía fulgurante en el cielo. Cenefas de espuma blanquecina chocaban contra las rocas del saliente y un rastro en espiral de ceniza y humo se apreciaba en la distancia.

—Nos estamos alejando mucho —se atrevió a decir ella, con lo que rompió así el silencio mágico que los envolvía desde hacía rato.

—Continuemos... *Un peu plus* —dijo él, rogándole con la mirada, lo que la convenció al instante—. *Est-ce que la falaise sur laquelle est apparu? Falaise...* Acantilado se dice. *Non?*

—Es cierto. Yo le encontré —dijo volviéndose hacia él, mirándolo directamente a los ojos—. Venga... Le enseñaré dónde fue exactamente.

Después de un rato caminando, ya sueltos, llegaron a la zona exacta.

—Aquí fue donde quedó enganchado. *C'était ici.*

—Me rescató usted del mar... ¿No será una sirena? *Est-ce que vous êtes une sirène peut-être?* —le preguntó en francés, y nunca se alegró más de conocer bien ese idioma.

Blanca se rio por la comparación; dándole otro sorbo a su pichel de hojalata, asintió. Aquello le parecía una explicación muy romántica. Porque su encuentro ¿había sido un colosal accidente o un destino manifiesto? ¿No sería algo escrito en la estrellas? ¿Algo que solo se podría rubricar en una noche como aquella? Dejó vagar sus ideas y contestó:

—Algo así —se limitó a decir, risueña.

—*Je vais vous peindre ainsi...* La pintaré a usted así, si me lo permite, claro —le contestó él.

—Desde luego. —Blanca se rio de nuevo. Estaba feliz.

—La sirena Blanca salvando a su atrevido capitán del mar —siguió él, gesticulando con las manos—. *Blanche...* *White mermaid* —susurró sin que ella entendiera. Después, dándose cuenta de que el subconsciente le traicionaba, tradujo al francés—: *Blanc sirène. La sirène Blanche.*

—Por allí —señaló ella mientras se reía de la comparación y se deleitaba con la forma en que él la llamaba. El nombre de *Blanche*, en su boca, le producía escalofríos de placer—. Subamos por aquí.

A paso vivo, mientras dejaban atrás la fiesta y el sonido de la música, que iba decayendo, disfrutaron de la vista subidos a unas piedras. Un grueso cuerno lunar se reflejaba como plata en las aguas negras. Despacio, teniendo cuidado de no escurrirse, bajaron hasta el rincón donde dos meses atrás Blanca lo había encontrado, y, sentándose en unas rocas próximas, ella le contó cómo fue todo.

Alexander se sintió como un traidor por no poder hablarle a su vez de nada de lo que había vivido aquel día terrible; se limitó a excusarse en lo que ella ya sabía: que tras el golpe sufrido en la cubierta del barco en el que iba cayó al mar y, milagrosamente, salvó la vida. No le aclaró en ningún momento su nacionalidad ni le dio detalles de lo ocurrido. Sí le habló, aunque de pasada —todavía era para él algo demasiado doloroso— de la muerte de su amigo, a su lado, aquella madrugada incendiaria. Blanca lo compadeció, y le habló, a su vez, de la muerte del muchacho que servía en su casa y de otros conocidos suyos en Cádiz. Él esperó que maldijera a los ingleses, pero ella no lo hizo. Simplemente suspiró.

La noche decaía y por Barbate y las playas del Palmar empezaba a clarear. El día iba abriéndose paso. Blanca se sorprendió al reconocer que llevaba toda la noche en vela y no se sentía cansada. Estaba más bien eufórica. Deseaba que esa noche no terminase nunca. Alertados por las primeras luces del alba, decidieron regresar; no era aconsejable que sor Patrocinio los encontrara fuera al levantarse. Caminaban a paso decidido cuando la mujer estuvo a punto de despeñarse al resbalar en una zona encharcada. Alexander la sostuvo, y, sintiéndola tan cerca, la abrazó. Necesitaba hacerlo durante toda la noche. Necesitaba sentirla, olerla, notar la tibieza de su piel. Ella levantó la cabeza, a medio camino entre el asombro y la felicidad y, con ingenuidad, le ofreció su boca. Alexander, con mucha más experiencia, sabía que no debería haberlo hecho, pero se alegró de su

inocencia.

Durante unos instantes maravillosos ambos se besaron respirando agitadamente... Él revolvió su pelo, sintió su textura, su peso en sus manos; dejó que la leve brisa que la tocaba lo enredara. Ella besó aquellos dedos calientes y suaves. Él pasó su dedo índice por sus labios y ella se lo chupó. Aquel sencillo gesto le provocó un latigazo de deseo. Cogiéndola de la mano, la sacó del sendero —se veían a lo lejos vecinos que tras la fiesta comenzaban a regresar a sus hogares— y la apoyó contra un pino piñonero de gran altura, arropándola con su casaca.

Ambos se aprisionaron contra él escurriéndose despacio, deslizándose poco a poco a lo largo del tronco. Él avanzaba deprisa y ella se dejaba hacer, hipnotizada por la pasión que despertaba en su cuerpo. Él tanteó sus pechos e intentó bajar sus polainas. El contacto de su mano en sus muslos le produjo a Blanca, de repente, un sobresalto. Asustada de cómo iban de deprisa las cosas, paró. Él noto el cambio y la miró despacio. Ella se retiró, él quiso convencerla de que siguieran.

—*S'il vous plaît, j'ai besoin de vous* —repitió él despacio: quería que ella comprendiera lo mucho que la necesitaba, pero ella, ya tensa, se resistió. No podía ir más allá, y, de repente, medio histérica, lo empujó. Fue la reacción más rápida que encontró para frenarlo. Inmediatamente pareció arrepentida, pero él se separó fríamente—. *Je comprends l'allusion* —contestó en un francés que a Blanca le sonó chirriante—. *Acceptez ma main* —dijo tendiéndole la mano, ayudándola a levantarse del suelo.

Blanca así lo hizo, limpiándose de polvo y de hierbas, intentando colocarse el pañuelo para regresar lo más disimuladamente al convento. Él se limitó a guardar silencio y a acompañarla a una distancia prudencial mientras ella se movía entre los impulsos locos de su corazón, que deseaba seguir abrazado a ese hombre, y la comprensión de que había hecho bien en parar. Aquellos no eran ni el momento ni el lugar para llegar tan lejos. ¿La perdonaría? ¿Lo entendería...? Esperaba poder hablarlo con él al día siguiente, cuando tuviesen ambos la cabeza más despejada. Aunque el paseo por la playa los hubiese espabilado, el mucho alcohol que habían ingerido esa noche había hecho estragos. Ninguno estaba en las mejores condiciones de claridad mental para tratar un asunto tan delicado como ese.

Llegaron al convento. Blanca descorrió el cerrojo —que chirrió como una comadreja— de una de las puertas laterales que sabía que siempre quedaba medio abierta. Subieron intentando hacer el menor ruido posible y al llegar a la

primera planta él se separó para dirigirse a su catre. Ella intentó darle las buenas noches, pero no pudo, y se limitó a inclinar la cabeza a la luz de un farolillo de aceite que colgaba del pasillo. Después, se subió a su piso. Candela fue la única que la oyó, y, medio en broma, le hizo un comentario chistoso sobre la nochecita de marras. Blanca contestó, desabrida.

—Calla —se limitó a decirle de mal humor—. De esto ni mu, ¿entendido? Por mi alma que, si no, te mato... —Y se acostó, aunque no pudo pegar ojo.

Blanca despertó con pesadez bien tarde. El 1 de enero era de los pocos días en los que no se seguían a rajatabla las normas de sor Patrocinio, en que esta elevaba la mano. Ni siquiera el trasiego matinal había logrado levantarla, arrebatarla a la inconsciencia. Se sentía como si le hubiese pasado un carromato por encima o le hubieran dado con un mazo en la cabeza. Víctima de algún tipo de apresamiento. Era la resaca, algo desconocido para ella, aún virgen en el ámbito étílico. En ese sopor por el alcohol y el cansancio, había descendido a un nivel profundo, a un estado que le había impedido emerger antes a la superficie de la vida.

—¡Vamos, dormilona, espabila! —Fue Azucena quien la zarandeó y la obligó a abrir los ojos cerca de las once de la mañana. Casi todas las internas se habían marchado, y se respiraba una quietud inusual y placentera. Ideal para su cabeza martilleada.

Las novicias, acompañadas por las hermanas y prácticamente el resto de muchachas internas, se habían acercado al pueblo a la misa de Año Nuevo y la entrega de ramitas de muérdago. Se habían quedado Blanca, Gloria, la cocinera, que junto con sus dos pinches andaba como loca preparando los caldos y viandas del almuerzo —y que le ofreció un caldo de apio que le vino de perlas—, y alguna despistada más.

Era a Blanca a quien le tocaba la guardia atendiendo a los heridos, pero al ver Azucena lo ojerosa y pálida que estaba su colega, con aquel semblante de vampiro, se lo había cambiado. Blanca se lo había agradecido; le dolían las sienas y anímicamente estaba algo deprimida. La noche anterior había pasado de la embriaguez gloriosa a la sobriedad. Esperaba poder hablar a solas con Alexander antes de que vinieran los demás. Aclarar lo ocurrido esa noche. Saber qué significaba para él todo aquello.

Serían las doce cuando bajó al piso inferior, donde algunos hombres ya

andorreaban con sus muletas o se quejaban de sus dolores. La letanía perpetua. Alex parecía dormir a pierna suelta. Ella, a pesar de la sensación de pesadez en la cabeza, se limitó a hacer de forma automática las curas y a llevarles los calditos con fideos que la cocinera les había hecho. Llevaba el de Alexander a su mesilla cuando este abrió los ojos; su mirada le resultó fría, cínica. Elevando una ceja, torció el gesto y, enfadada, se dio media vuelta. ¿Qué se habría creído ese cretino?! ¿Por quién la habría tomado?

Alex maldijo por lo bajo al verla salir. ¿Qué diantres estaba haciendo?! La había asustado la noche anterior y ahora la había enfadado, y con razón. Su comportamiento había sido idiota. ¿Cómo podía haber llegado tan lejos?! Con una muchacha que a la vista era inocente en el aspecto sexual. Una cosa eran las bajas pasiones de las que había podido disfrutar sin freno en Londres y otra cosa, una jovencita como esa. Era evidente que la culpa la había tenido el alcohol, pero eso no era excusa para su comportamiento.

Aun así —reconoció—, todavía le dolían las ingles, y le palpitaba el corazón como a un pardillo cuando recordaba la madrugada en lo alto del acantilado: la textura de la arena entre sus dedos, el viento besándola con su aliento, sus labios de caramelo quemado con orujo, su talle etéreo, su olor a sirena, la luna como congelada en su sitio haciéndoles un guiño, el fuego que a los dos los consumía en secreto... Se había sentido capaz de penetrar silenciosamente en su reino, fundirla con su solo deseo, hacerla suya por un momento. La había necesitado salvajemente, y aún seguía haciéndolo. Y no tenía tiempo, no podía permitirse el lujo de una delicada y larga campaña de conquista, no cabían proyectos de seducción estratégica ni plan de desarrollo por fases alguno. El huracán de la vida les pasaba por la izquierda.

Arrepentido de haberla hecho enfadar y aprovechando que la mayoría de enfermos de su planta no estaban —habían salido a dar un garbeo al sol o seguían durmiendo—, se envalentonó y decidió subir a su planta. Nunca había estado donde dormían las mujeres después de haber sido desplazadas por los heridos; otro efecto colateral más de la batalla. Coronó despacio los altos peldaños como si fueran cimas dadas sus escasas fuerzas, ojo avizor, intentando descifrar la ecuación de si Blanca seguiría allí o se la habría tragado la tierra; tal vez hubiese salido sin que él la viera y se hubiera unido a la expedición al pueblo. Al llegar al rellano escuchó agua. Alguien se estaba bañando. Debería darse la vuelta, pero un loco impulso lo animó a seguir. Sería en ese momento o nunca.

Intentó no hacer ruido. Había una cortina de loneta que tapaba a la mujer, que

canturreaba con los brazos en alto. La vio al contraluz y distinguió su silueta. Era ella. Sintió una explosión de energía que le duraría años: el pelo recogido en alto mientras se le escurría agua por el cuello, rodeada por un aura blanquecina procedente de la luz del balcón más próximo. Dudó entre irse o quedarse. La decencia, la razón, lo animaban a hacer esto último. Su pasión, la necesidad de aclarar lo ocurrido, lo primero. Se fue acercando, enceguecido, en esa disyuntiva. Al pisar en una baldosa hueca, provocó un ligero ruido que ella detectó. Giró violentamente la cabeza, Blanca lo vio en medio del pasillo, entre los catres de las novicias, asomando como un cuquillo entre el carrizo. ¿Qué diantres hacía allí?

—¿Cómo se atreve a entrar aquí?! ¡Fuera! *Dehors!* —le gritó indignada, temblando, con el trapo mojado chorreando en la mano.

—*Attendre, juste une minute...* Por favor. Quería pedir perdón por lo de anoche. Fue lamentable por mi parte. Solo me cabe la excusa de haber estado demasiado bebido ...

—Bien. Queda disculpado; ahora márchese. Si alguien le viera aquí estando yo desnuda en la bañera, sería un escándalo. Va a ponerme en un aprieto. Largo ahora mismo.

—*Cela vous inquiète tellement?* —le preguntó, descarado—. ¿Tanto le preocuparía eso...? —siguió, cínico, y al minuto se arrepintió. Solo había que ver la cara de ella, blanca de ira, comprender lo asustada que estaba. Olvidaba de nuevo que esta vez no era un juego más de los muchos de los que se servía para conquistar a damas casadas o mujerzuelas.

—¿Usted qué cree?! ¡Fuera! Si no se va ahora mismo, gritaré. *Allez-vous, je vais crier.* ¡Vamos! —gritó tirándole el trapo chorreando agua, que cayó a sus pies y arrastró con el jabón el anillo de su madre, que siempre llevaba puesto.

Verla tan nerviosa, subirse precipitadamente la toalla mientras dejaba ver sus piernas desnudas metidas en la cuba de agua, le hizo sonreír. Desechando la actitud más caballerosa —la de su salida inmediata de allí—, empezó a caminar con mirada retadora hacia ella. Pensándolo bien —se dijo—, de lo que se arrepentiría de verdad toda su vida sería de desaprovechar aquella ocasión. Tal vez no volviese a tener otra.

—¡Váyase ya! Por favor, se lo imploro. Hablaremos abajo.

—*Voulez-vous vraiment... que je m'en aille?* ¿De verdad quiere que me vaya? Enseguida vendrán sus compañeras, no tendremos otra ocasión... Tal vez mañana esté ya fuera de aquí. Lejos. —Hizo un gesto con la mano con el trapo mojado, que había recogido—. *Très loin.*

—¡Por favor..., tenga piedad de mí!

—*C'est la vérité...*, *et vous le savez bien*. Es la verdad, y lo sabe. Solo venía a pedirle perdón y darle el último beso. *Le dernier...* El de despedida. No volveré a molestarla más.

Diciendo eso, avanzó los últimos pasos que los separaban y la abrazó tal como estaba, húmeda y caliente. Después introdujo el anillo en su dedo en un acto místico que significaba mucho más de lo que ambos podían asumir. Como una promesa ante Dios. Ella lloró. Alexander, metiendo su cabeza en su cuello húmedo, pudo sentir la tibieza de su cuerpo, el maravilloso olor a jabón que desprendía, el latir apresurado de su pecho... Mojó el trapo y, con él lleno de agua, dejó que esta le escurriera por la espalda haciéndola estremecer.

Besó sus labios con pasión esperando en cualquier momento que ella reaccionara, que lo empujara como había hecho esa madrugada, pero lo que vino a continuación le sorprendió aún más. Ella se abrazó a él con fuerza, subió sus piernas y quedó suspendida entre sus brazos. Él la sacó y, después de secarla vigorosamente, la tumbó y la miró sin parpadear. Deseando poder recordar en el futuro la geografía de su cuerpo, el ángulo de su pubis, la redondez lunar de sus pezones...

A dos manos se los acarició mientras ella, sensualmente, se estiró dejándole hacer. Lo que no sabía por experiencia lo conocía por intuición. Era, a pesar de aquel uniforme monjil, una mujer sensual y seductora. Él la lamió dejando un rastro húmedo en su piel como la cola de un cometa para terminar reposando su cabeza en su estómago como el cazador cazado que era. En el *axis mundi* de su cuerpo..., que a partir de ahora lo sería también del suyo. En voz muy baja, musitó algo que ella no entendió.

—*I love you* —le dijo, y su voz sonó rota. Dislocada de emoción.

Ella le enganchó de la cabeza, aún rapada, al igual que las del resto de heridos como medida higiénica para evitar piojos, y obligándolo a mirarla, le preguntó qué decía.

—No le he entendido... Quiero saber todo lo que me dice, no quiero olvidar este instante.

—Que te quiero —se limitó a decirle él, y sintió, asombrado de repente, que era cierto. Que Cupido le había acertado de lleno.

No se trataba de las frases hechas o las palabras cursis que había usado en multitud de ocasiones en sus juegos de seducción. Por primera vez en su vida tenía la certeza de que aquellas simples palabras escondían algo real, duro,

hermoso y frágil. Tan frágil como un suspiro y tan duro como el saber que se iría de allí pronto para no volver. Tan real como la vida misma y tan hermoso como ningún otro sentimiento anterior lo había sido... Con un nudo en la garganta, decidió callar para sentir un estremecimiento aún mayor cuando ella le confesó que le correspondía.

—Yo también te quiero —dijo ella con expresión arrebatadamente feliz, acariciándole la mejilla algo rasposa por la barba de tres días—. Desde aquel día en que te encontré exánime y medio muerto en la playa, sé que soy tuya, y que tú, de alguna manera, también eres mío. Que no has llegado hasta aquí por casualidad; que el destino te ha enviado a mí, ¿entiendes?

Y Alexander asintió, sonriéndole. Entendía. Despejó su cara y le retiró el pelo, después besó su nariz, sus hoyuelos, y por último se tumbó encima, sintiendo su cuerpo bajo él, su calor húmedo. Comprobó cómo sus piernas se abrían para darle la bienvenida. ¡Aquella muchacha, con la debida práctica y experiencia, sería un deleite para los sentidos!

Su excitación y su necesidad de penetrarla eran tan apremiantes que sintió dolor físico. No estaba acostumbrado a llegar tan lejos para tener que parar. Cuando empezaba un juego de seducción, lo llevaba hasta el final..., aunque sabía que esta ocasión era distinta, ¿o no? Dudaba entre hacerla suya o no cuando escuchó sus jadeos. Ella parecía decidida, incluso feliz, así que por qué debía él negarle y negarse ese placer... Pero el inoportuno ruido de gente en el patio los catapultó a ambos bruscamente a la realidad. Las hermanas regresaban del pueblo. Las primeras ya estaban abajo en el portalón de entrada y las cuerdas. Alexander paró y Blanca se tapó con la toalla. Suspiró con resignación y sonrió, mirándolo. Esta vez no había vergüenza o confusión en su mirada, sino determinación.

—No podemos continuar ahora. *Nous en parlerons plus tard...* Vete, por favor. Ya hablaremos luego— le pidió ella con los ojos negros como carbón; brillantes aún de pasión.

Alexander se levantó y, cargándola en sus brazos, a pesar de su protesta, la depositó en la cuba de madera llena de agua ya fría. Con su pierna aún vendada y a paso inseguro, bajó hasta sus dependencias. Al mismo tiempo se dirigían hacia allá las hermanas. Detrás dos hombres con casaca azul, cinchas blancas cruzadas al pecho y aparatosos gorros militares con las escarapelas de la Marina francesa. La fiesta navideña de los oficiales galos en Sevilla estaba *fini*; venían a llevarse a los hombres que aún tuviesen allí, tendrían orden de regresar a Francia de

inmediato. Alex sintió un estremecimiento. El temido final lo había alcanzado finalmente. Las bayonetas galas pinchaban su burbuja.

10

Névoa —Bruma— era el nombre del bergantín en el que a esas horas navegaba camino de casa. Se trataba de un barco de bandera portuguesa con base en Lisboa, ciudad a la que en teoría se dirigían, aunque la dirección real fuera Plymouth. La casaca azul marino con botonadura y charretera dorada brillaba con los reflejos rojizos del atardecer atlántico. Ese día, había un mar manso y silencioso, en contraste con el alboroto anónimo de los charranes que los perseguían.

El mayor Wildman paseaba inquieto por el puente de mando, junto al gobernalle, después de discutir con el primer oficial portugués. El motivo de la tensión era la aparición en el horizonte de un guardacostas de bandera española algo alejado de su ruta habitual. Wildman lo consideraba lejos, pero el portugués le insistía en que los ingleses volviesen a esconderse en su camarote por si les echaban el alto y en que se quitasen los uniformes que se habían colocado nada más salir a mar abierto y recuperaran la ropa con la que habían huido, para que no dieran el cante. No era plan que los descubriesen ahora, a poco de salir a aguas internacionales.

Wildman lo había mandado al diablo y, mirando por su catalejo, le había indicado al oficial luso que el guardacostas llevaba claramente otra dirección; que sus trayectorias no convergerían, no se darían de morros; que no habría peligro. Pero el otro había seguido, erre que erre, en un diálogo de sordos. El capitán Almeida había tenido que intervenir conminando a ambos a calmarse, a que enterraran el hacha de guerra y se prepararan para una posible emergencia en caso de que el buque español virase y quisiera revisar el Névoa.

Hacía dos horas que habían dejado la ensenada de Rota, de donde habían partido al escondite vestidos de marineros él y otros tres hombres en una situación similar a la suya. Alexander había salido sin tiempo de despedirse de Blanca la misma mañana en que los franceses le habían echado el guante. Les habían ordenado a los heridos remolones que recogieran sus cosas —algunos,

como él, no tenían nada excepto una muda vieja, el bloc de pintura y los lápices que ella le había regalado— y se montaran en los carros que había a la entrada. Habían marchado después de despedirse formalmente de la priora y las hermanas, y ni ocasión había tenido para decirle a Blanca algo, aunque ella, osada, se le había acercado. De hecho, ella había conseguido incluso darle a escondidas un papelito con una dirección que, según supuso Alexander, sería la del propio internado religioso o la de su casa.

Alexander metió la mano en el bolsillo de su casaca y tocó otro papel arrugado hecho una pelota. La tarde anterior se había dedicado de forma compulsiva a esbozar retratos suyos de memoria en un intento desesperado por no olvidarla; por conservarla en formol de tinta, por detener el tiempo. A uno de ellos, el que más logrado le había quedado, le había añadido una cola de sirena, y después de haberlo terminado, a la exigua luz de una vela, se había echado en el catre con la tranquilidad que da poder decir «misión cumplida», a medio camino entre la desesperación del *forever* definitivo y la esperanza de salir de aquel avispero donde su vida y su corazón corrían peligro.

Apostado en la regala, recordó el ajetreo vivido en las últimas horas. El carronato francés hasta la parada en Medina Sidonia. Había sido entonces cuando los habían hecho bajar de la tartana al estar obstruido el camino. Un carro con jaulas de aves había volcado —luego supo que intencionadamente— y reinaba el caos a la salida de la población. Unos niños corrían tras las gallinas que se habían escapado mientras el transportista, un viejo rechoncho con unas patillas encaladas hasta los labios, llamaba a la tranquilidad con socarronería. Los franceses lo estaban llamando de todo.

—*Rapide, vite, retirez tout d'ci. Nous sommes dans l'urgence.* —«Rápido, retire todo, tenemos prisa», pero el otro parecía hacerles caso omiso. Eso, o era más lento que el caballo el malo.

Un rato después, teniendo los soldados franceses que ayudarlo a retirar las jaulas y echar a un lado el carro descoyuntado, la comitiva se puso por fin de nuevo en marcha.

—*Allez, montez sur les voitures!* ¡Suban a los carros! —decía el oficial al mando de aquel destacamento cuando Alexander, con desgana, hizo intención de acercarse. Apoyado en la pared de una fonda cercana, como los demás, le daba a la sesera para ver cómo fugarse. No podía seguir adelante con aquellos franchutes, tenía que darles esquinazo ya... Pero ante las órdenes apremiantes de aquel oficial de mostacho espeso, tuvo que aproximarse al carronato. El primero de los

vehículos ya había salido hacía rato, y él se preparaba para subirse al último en medio de una multitud de curiosos del pueblo y de una gitana, que pretendía robarle la mano al franchute, cuando algo lo detuvo.

Unas manos desconocidas lo habían enganchado por el cuello de la vieja casaca gala y lo habían abducido hasta una barbería aledaña. A ese instante de sorpresa en el que, a pesar de su falta de forma física, se había batido como un jabato le había seguido otro de calma una vez lo inmovilizaron con una camisa de fuerza y descubrió que eran los suyos. Que no iba camino de *la France*, como se temía, sino que sus mandos habían estado atentos y, tal y como le habían prometido, habían acudido al rescate. Que lo habían sustraído de un pelotón de fusilamiento, que es lo que le esperaba como lo descubrieran.

Una vez más calmado, le rogaron silencio y lo sacaron a hurtadillas por una puerta trasera donde otra tartana, cubierta con una loneta blanca y unos sacos de legumbres, lo trasladó al puerto de Rota. Allí lo habían dejado en una nave cerca de las atarazanas. Suponía que los franceses en algún momento se percatarían de que les faltaba un hombre, pero los temores a que dieran alguna clase de alarma se habían ido disipado esa madrugada, cuando sus propios centinelas comprobaron que todo marchaba a pedir de boca. La noche anterior la había pasado en unos barracones próximos al puerto de donde lo habían sacado, ya vestido de marinero, al alba. Llevaba al menos doce horas embarcado en el Névoa.

—Bueno, capitán Paddon, estará satisfecho. En unas horas estará en casa. Su padre —dijo Wildman encendiéndose una pipa a su lado y asomándose junto a él a la baranda— estará contento. Ha tenido suerte. ¡Sí, señor, pero que mucha, mucha suerte! Es usted, joven, un tipo con estrella.

—Desde luego, mayor —se limitó a contestar Alexander. Recordó entonces que Wildman era un viejo conocido de la familia por línea materna y que lo había visto charlar con su padre en ocasiones.

El mayor se sonrió dándose la vuelta y dejando que el crepúsculo le encendiera las orejas. Pronto olería a luna. El mar, antes tan claro, se había oscurecido y se veía rugoso y negro como lava seca. El velamen atrapaba como un imán los últimos rayos de luz, y en la cubierta había un jaleo de mil demonios. Marinos yendo y viniendo retirando jarcias, fregando el maderamen, cosiendo lonas... Cerca del trinquete, donde estaban, la brisa golpeaba el casco y revolvía el cabello del mayor, que llevaba su largo pelo canoso y grasiento en una coleta cosida a la nuca, la casaca abierta como una cortina y la camisa medio desabotonada. En

otras circunstancias, ir sin el uniforme en buenas condiciones para pasar revista le hubiera costado caro.

—Por lo que tengo entendido, le espera una bonita muchacha, lady Margaret. Una preciosidad —comentó mientras golpeaba la ceniza de la pipa en su antebrazo y saboreaba otra bocanada de tabaco con delectación. Una espiral olorosa se desvaneció en el aire deprisa, desintegrándose ante su mirada.

Alexander asintió, serio. Eso, reconoció, era verdad. Margaret le estaba esperando. Si todo iba según lo previsto, se casaría en breve. Qué sentido tenía seguir desvariando por otra mujer. Solo lograría hacerse daño él y hacérselo a los demás. Daba igual que se hubiese enamorado de repente; el destino había decidido por él, y era difícil echarle un pulso. Daba igual que cada nudo recorrido fuera como una paletada de tierra en su tumba. Que el desasosiego feroz que en ese momento lo ahogaba fuera una señal, un SOS desde las profundidades de su alma... La realidad se le había echado encima y, como un alud, amenazaba con sepultarlo. Debía recuperar cuanto antes la cordura y el control de su vida. Introducirse en el traje que entre todos le habían cosido, hacer lo esperado. Impedir una tempestad familiar, la guerra en casa. Podía ser que aquello fuera cobarde, pero lo contrario era suicida, en sus circunstancias... Y, bien pensado, ser marido, en los tiempos que corrían, tampoco era tan exigente. Una pose, un apaño.

Su amor era imposible, y él siempre había sido un tipo práctico. Frente al romanticismo del que gustaba hacer gala su hermano mayor, del que él mismo se había reído en ocasiones, él siempre había sido más mundano. Enfermar por el amor de una mujer que jamás podría tener era ridículo —intentó convencerse—, y lo mejor sería pasar página. Envainársela.

El conde, su padre, jamás daría el visto bueno a que se casase con una extranjera, para más inri, enemiga y de bajo estatus. La hija de un marino de segunda o de un charcutero próspero, católica, para más señas, jamás podría ser aceptada en la familia. Sus padres llevaban años soñando con la gran boda que haría el segundo de sus hijos; con la inmensa fortuna que entraría en la familia y resolvería viejos problemas... Si les dijera que todo eso no se llevaría a cabo porque prefería casarse con una desconocida, los mataría ya mismo del disgusto. De casarse con Blanca, él sería defenestrado socialmente *ipso facto*... ¿Casarse con Blanca? ¿Pero qué demonios estaba pensando? Eso jamás sucedería.

—Bueno, capitán, lo peor ya ha pasado. Y no piense ya más en el peligro que ha corrido con ese atajo de católicos ni en los malos ratos en ese conventucho.

Ahora, joven, toca disfrutar. Se lo ha ganado —terminó diciéndole Wildman al verlo tan ensimismado, mientras le daba una sonora palmada en la espalda. Luego se retiró a sus quehaceres bramando de nuevo vulgaridades contra el oficial luso.

Alexander asintió y después se quedó pensativo otro rato, abstraído en el brillante firmamento que se desplegaba ante sus ojos, azul casi negro, aterciopelado, con leves franjas carmesíes como brochazos de calor en medio del frío océano. Una loncha de cielo donde Sirio brillaba esa noche, incandescente. Un espectáculo que nadie más que él parecía estar mirando, como si fuera una función en exclusiva para él solo.

Sacándose del bolsillo el dibujo de Blanca y el papel que ella le había entregado al marcharse, lo prendió con la brasa de su cigarro y lo tiró al mar. Al ver el rastro que dejaba la bola de papel, no pudo evitar sentir un estremecimiento; una sensación estúpida de pérdida... Aquel simple gesto significaba mucho más de lo que parecía; era decir adiós a la única mujer de la que se había enamorado. Él, que nunca había creído en el amor y que podía ser que jamás volviera a encontrarlo. Seguramente —se dijo en plan agorero— lo terminase lamentando.

—¡No lo entiendo! No es posible. No puede haber desaparecido —exclamó Blanca, nerviosa.

Llevaba así desde el día anterior, cuando, en un gesto repentino, se había lanzado como una posesa a caballo detrás del carro en el que se había marchado Alexander; lamentablemente, había perdido su pista en Medina Sidonia y no la había vuelto a hilvanar. Cuando llegó allí, el grupo de heridos recogidos en el convento —una docena— se había unido a los otros tres o cuatro que estaban en Medina y alrededores; estaban volviendo a los carros después de haber tenido que ayudar a un tendero a levantar su carro volcado y recoger los enseres y jaulas con gallinas que se le habían dado a la fuga. Ella había llegado con el rostro congestionado después de cabalgar como alma que lleva el diablo y había localizado su carro entre los cinco que había en el centro de la carretera. Sabía que era ese porque lo había visto al irse. El toldo marrón excremento con un roto en el lateral como la firma de un beodo.

Subidos estaban ya, riéndose, el sargento Leclerc y el grumete Langrine; se extrañaron al verla llegar, y después se cosieron a codazos cuando, sin disimulo,

ella les preguntó por Alexander Perrin. Lo raro era que ellos tampoco sabían dónde estaba el rubio, y tendría que ir con ellos. Lo acababan de dejar unos pasos detrás, junto a aquella fonda —y se la señalaron—, y ya no sabían más.

—¿No se habrá equivocado y subido en el carromato que se ha ido? —preguntó, y los otros negaron con la cabeza, tajantes.

Puesto que el primero de los carromatos ya había salido y llevaba más de un kilómetro de delantera, no pudieron comprobarlo. A Blanca le dio un mal pálpito; algo chirriaba en esa historia. Iba a coger su caballo, para acercarse hasta allí y verlo con sus propios ojos, cuando el oficial galo se lo impidió sin darle ninguna explicación. Debía de haberla tomado por una loca, y le había ordenado a un militar español que estaba en la puerta del cuartel de Medina, a escasos metros de allí, que detuviera a esa mujer e impidiera que siguiera a sus hombres. Estaba molestándolos.

Blanca se sintió roja de humillación, y a punto había estado de cruzarle la cara a aquel estúpido con la fusta, cuando alguien por detrás, sujetándola del brazo, se lo impidió. Dos horas después estaba de vuelta al convento, esposada y delante de la madre superiora. En su vida había sentido una vergüenza mayor.

—¡No entiendo nada! —seguía diciendo Blanca, furiosa.

Azucena y Candela la miraban ir pasillo arriba, pasillo abajo, mientras esperaban que sor Patrocinio terminase de hablar en su despacho con las tías de la joven. La priora había hecho llamar a la familia para exponerles su enfado por el comportamiento inmoral de Blanca. Había sido del todo impropio.

—Olvídate de ese hombre y céntrate en el problema que tienes ahora mismo —le dijo Azucena—. No deberías haberte marchado así del convento. ¡Robar el caballo y salir montando sola, a pelo, a buscar a un hombre...! ¡Reconoce que no fue muy propio, y...!

—¡Ay, qué hartura de mujer! —la calló, de mal humor, Candela—. Si no la detuvimos en su momento, ahora no le podemos reprochar nada. Una mujer enamorada es una mujer que no está en sus cabales. Ahora lo único que queda es que el castigo que te imponga sor Patrocinio sea leve, que tu familia no te martirice y decida alargar tu estancia aquí un par de añitos más y que tu prometido... no se entere.

—¡Al diablo con mi prometido! —exclamó Blanca mientras seguía retorciéndose las manos—. Voy a deciros algo: no voy a casarme con mi prometido. Esperaré a Alexander. Sé que él, tarde o temprano, volverá a por mí.

—Ay, quilla, parece mentira lo inocente que eres. Ya puedes ponerle una vela a

la Virgen.

—Ya lo hice ayer. A la Virgen y a mi madre. Por favor, por favor, que impidan mi boda con Fernando y que me devuelvan a mi amor.

—Más que una vela, vas a necesitar un faro. Un incendio. Lo llevas claro.

—¡No digas insensateces! —intervino Azucena—. Es un extranjero que mientras ha estado aquí puede haberse enamorado de ti, pero ahora regresará a su hogar, y seguramente allí tenga novia o esposa. Te haya contado lo que te haya contado —dijo sentándola de golpe en la cama—, no sabes nada de él. No rompas tu compromiso por un desconocido, no tomes decisiones en caliente, podrías arrepentirte después.

—¡No puedo casarme con Fernando! ¡Nunca he querido hacerlo! —gritó Blanca, al borde de la histeria—. ¡Él es la causa de que esté aquí! ¡Lo odio!

—Calla, por ahí vienen tus tías con sor Patrocinio.

—Jovencita —dijo, desabrida, la madre superiora al entrar en la celda—, recoja sus cosas. Se marcha a su casa. Yo, por mi parte, no tengo nada más que decirle que lo que le dije ayer noche. Solo lamento que el comportamiento ejemplar que ha tenido durante meses lo haya echado por la borda por un vulgar soldado. No se corresponde ni con su clase ni con su educación. Eso es de mujerzuelas, no de muchachas formadas aquí y pertenecientes a buenas familias. Es impropio de alguien como usted, que pronto se convertirá en vizcondesa y que está comprometida hace años.

—Recoge y vámonos. Despídete de tus amigas. Hablaremos en casa —dijo en un tono duro doña Paz.

—Recoge, cariño —le pidió a su vez doña Carlota con un trasfondo de risa en las pupilas y un guiño cómplice a su sobrina—. Bienvenida al lado oscuro de la familia. Te está esperando Elsa. En cuanto podamos, nos marcharemos las tres a Cádiz. Nos iremos de tiendas a Isla de León; han abierto dos sombrererías nuevas. Las penas, con reales, son menos...

—Eso ya lo veremos. Esta jovencita queda castigada... —sentenció doña Paz, que salió seguida por su hermana, que no pudo evitar dibujar un gesto de burla a sus espaldas; gesto que arrancó alguna sonrisa en las jóvenes.

Las tías dejaron a Blanca despedirse en privado de sus amigas entre besos, lágrimas y abrazos mientras esperaban abajo en el carruaje. La joven se abrazó a Candela y a Azucena y les suplicó que estuvieran pendientes por si llegaba alguna carta para ella de Alexander a aquella dirección. También quedaron en verse en unas semanas en el oficio religioso que se celebraría en la ciudad con motivo de

las fiestas patronales. Después salió con una bolsa de cuero y, sin mirar atrás, se subió al vehículo junto a sus tías.

El camino hasta el cortijo de Chiclana fue silencioso. Blanca era consciente de estar al borde del desastre. Doña Paz no hacía más que piafar como una yegua encelada, y doña Carlota miraba el paisaje con un pitillo en los labios. A su llegada a Las Piñas la esperaba Elsa, que nada más verla bajar del landó se lanzó a abrazarla.

—¡Gracias a Dios que por fin has vuelto a casa! ¿Qué diablos ha pasado? Padre está muy enfadado contigo. Echaba las muelas anoche.

—¿Dónde está? ¿Está esperándome? —le preguntó Blanca, ansiosa.

—No. Está en Cádiz por negocios, pero regresará mañana. Más vale que te busques una buena excusa para explicar por qué cogiste un caballo de las cuadras del convento y atravesaste unas cuantas millas detrás de un carromato de soldados franceses. Padre está que trina, y la tía Paz está pensando en llamar a Fernando a Madrid y celebrar tu boda ya para atarte en corto. Cree que esa será la única manera de hacerte sentar la cabeza. Ha puesto tropecientas velas para que los Soto no se enteren y no se arme un escándalo. Doña Guiomar no te perdonaría jamás algo así. ¡Menuda es ella!

—Me importa un bledo doña Guiomar, y además..., no voy a casarme con Fernando —sentenció—. Amo a otro hombre; se llama Alexander Perrin y... es francés. Ahora se ha marchado, pero volverá; lo sé.

—¿Se trata del mismo soldado al que conocí cuando fui a verte? ¿El que estaba herido?

—Sí... Lo amo, y él me ama a mí. Me casaré con él en cuanto vuelva a buscarme. Esperaré lo que haga falta. No podréis convencerme.

—Pues prepárate para un asedio. Padre y la tía Paz no lo permitirán jamás. Además, qué es ese tipo, ¿un vulgar soldado, un pobretón? ¿Has perdido la cabeza?

—Su familia tiene un rico negocio de vinos en Nantes y...

—No digas tonterías —la interrumpió Elsa—. Será un comerciante, ¡y tú eres una rica heredera! Padre jamás dará su consentimiento a una boda así, ¿o es que pretendes fugarte, como la tía? Si ella —dijo refiriéndose a doña Carlota— no los convence, lo cual dudo mucho, te espera un viacrucis.

—Será lo que tenga que ser.

Apartó la colcha de tafetán y se levantó, en cueros, del lecho. Lola dormía plácidamente con el pelo revuelto después de una noche de lujuria y alcohol. Habían tenido una pelea —una más— y habían hecho las paces de la única forma que sabían: fornicando como animales. Lo pensó de una manera descarnada y descartó decirse «hacer el amor», porque sabía que en su relación había mucha pasión, pero muy poca ternura. Las últimas semanas, menos. Al comportamiento caprichoso de la actriz —mala, de segunda, pero actriz, al fin y al cabo— se unían ahora los celos.

Nunca los había tenido de Blanca, su prometida, a la que sin conocer tildaba de beata anticuada, pero sí de Inés de Viedma. Él había vuelto a ¿coincidir? con la rubia del teatro tres días después de la función de Moratín en una cena en el palacio de los Santorcaz, y la muchacha se las había ingeniado para que los presentaran. Desde entonces, él había ido en dos ocasiones a visitarla y había salido a pasear con ella por Madrid —con carabina, desde luego, como correspondía a una dama de su categoría—, pero poco más. Las salidas habían sido más cosa de ella que de él; él, simplemente, se había dejado idolatrar y había aprovechado para conocer al tío de la muchacha, uno de los hombres de confianza del Príncipe de la Paz.

—¿Te vas? —le preguntó Lola al removerse y notar su ausencia en el lecho, aún caliente.

—Sí, tengo que irme. He quedado con Vicente en el café del Prado. Te veré esta noche.

Se puso el calzón de gamuza tostada abotonado en los lados, las botas de montar con borla, la camisa de lienzo blanca, el chaleco, el pañuelo almidonado de hilo anudado al cuello y la casaca, adquirida, no hacía tanto, en la avenida Longchamp del Bois de Boulogne. Recogió su sombrero y el redingote cruzado con doble hilera de botones y salió a la calle. En la plazuela del Carmen, unos metros a la derecha de casa de Lola, había una parada de carruajes. Un simón lo acercaría hasta su vivienda, en Recoletos. Pasaría a cambiarse antes de desayunar con sus colegas.

Después tenía cita, esa mañana a las doce, con don Serafín de Velasco, su banquero. Le informaría sobre la marcha de algunas de sus inversiones y de las rentas recibidas —de ellas vivía— de La Habana. Era posible que también hubiese regresado de Londres José San Martín y pudiera tratar con él algunos asuntos de última hora. San Martín era un joven oficial criollo al servicio del gobernador de Cádiz; pertenecía a su misma logia y sabía que se movía con

frecuencia entre París, Londres y Madrid y que pronto viajaría a Buenos Aires. Para sus intereses, pensó Fernando, era importante conocer de primera mano cómo iban las cosas en Ultramar.

Las colonias estaban revueltas y podrían dar un susto cualquier día. Él apoyaba sus reivindicaciones políticas; comprendía su necesidad de libertad y de libre comercio, pero también entendía el pánico que esas ideas provocaban en España en general y en Cádiz en particular. El terremoto político y económico que supondrían. Había intentado junto a Moratinos y a otros liberales explicar a sus camaradas que tarde o temprano las colonias volarían solas, se harían mayores, se independizarían, y que ellos tendrían que aprender a vivir de otra manera.

Tendrían que asentarse en los círculos de poder que surgieran en Ultramar y tener un pie allí y otro aquí, tendrían que navegar entre dos aguas. Él se estaba preparando ya para lo que estaba por llegar, y lamentaba que ni su padre ni otros colegas de toda la vida entendiesen su posicionamiento. Lo lamentarían a no mucho tardar.

Lo peor era que cada vez resultaba más complicado hablar abiertamente de todo aquello —y de cualquier otra cosa— sin que lo tacharan a uno de traidor y afrancesado. La política se había vuelto un deporte de alto riesgo. La desconfianza tenía secuestrado al país. Había facciones de facciones, una partenogénesis permanente. La Iglesia estaba dividida entre ultramontanos y jansenistas. En política, los liberales y hasta hacía poco alineados con Francia andaban en la cuerda floja. Los conservadores no se hablaban con los fernandinos, partidarios del príncipe heredero, Fernando, un reaccionario de tomo y lomo que intentaba derrocar con malas artes a su padre. El papa, Pío VI, les había hecho la cruz por mantener alianzas con la regicida Francia, los espías ingleses y austríacos pugnaban por ganar a los descontentos y torcer la política con sus sucias maniobras. El canónigo Escoiquiz, reencarnación de Maquiavelo, enfervorizaba a las masas y tejía acuerdos en secreto, el conde de Aranda promovía un pacifismo inoportuno... La crisis económica apremiaba y la intuición apuntaba a Napoleón como el gran culpable de todo.

Los rumores sobre palizas, desapariciones y crímenes eran *vox populi*. La muerte en extrañas circunstancias, a los pies del puente de Segovia, de Santiago Abad, su compañero de timbas, había despertado en él las alarmas. No sabía si se había suicidado —como decía el informe de defunción oficial— o *le* habían suicidado. Por deudas, o por chivato, como sostenía Ares, por irse de la lengua: en esas partidas clandestinas, bañadas en alcohol, se contaban muchas cosas, se jugaba

muy fuerte... Esa información confidencial podría ser usada por tipos sin escrúpulos para chantajear a gente importante. Él no estaba por la labor de quedarse a averiguarlo. Tocaba airearse.

—¡Sooo! —escuchó a su cochero, y volvió al presente. Un carro de tinajas estaba atascando el tráfico en pleno centro y varios carruajes habían estado a punto de colisionar.

Sacudiéndose los guantes, impaciente, se recostó en el acolchado y cálido asiento interior. Desde la ventanilla se entretuvo mirando las fachadas de las casas, el bullicio en torno a la plaza de la Cebada, donde muchos puestos ya estaban a pleno rendimiento, y a los peones descargando *atrezzo* en el teatro donde trabajaba cada noche Lola.

Según se alejaba de allí, se preguntó por qué estaba últimamente tan hastiado de ella. Cada vez le cargaban más sus exigencias, le disgustaban más sus celos absurdos y estaba más tentado de decirle *au revoir*. Desde el mismo carruaje, y ya cerca de su casa, en la parte noble de la ciudad, pudo ver a las tías de doña Inés, que caminaban más tiesas que un palo camino de la misa de ocho. Sin querer que lo vieran —le sacarían las tiras si supieran de dónde venía—, se echó para atrás en el asiento.

Aspiró rapé y estornudó; con la cabeza apoyada en el respaldo de cuero se preguntó qué diablos estaba haciendo con la Viedma. Tal vez fuese hora de terminar con todo aquello y volver, como su padre le andaba exigiendo hacía meses, a casa. Blanca tendría ya veinte años. Aunque no fuera una belleza arrebatadora como Lola ni una joven influyente como Inés, era su igual. Siempre le había resultado agradable en el trato y era sencilla... y, para colmo, noble y muy rica. Nunca le había oído hablar de política, pero esperaba que su silencio no escondiese unas ideas retrógradas. Tal vez, para evitar que en el convento ese en el que estaba le cambiaran su forma de ver la vida, debería rescatarla cuanto antes. Su matrimonio no cambiaría tanto su forma de vida. Al fin y al cabo —pensó—, era un hombre y podría ir y venir a Madrid cuantas veces quisiese y tener las amantes que le diera la gana. Blanca —se dijo a sí mismo— no se metería en ello, como jamás lo había hecho su madre, ni ninguna mujer sería que conociera.

Con esa idea se bajó del carruaje y entró en el café. Sus colegas estaban esperándolo con un carajillo de brandy que resucitaba a los muertos, y él esa mañana, después del tute con Lola, parecía un muerto.

11

Con la luz entrando a raudales por el ventanal, bañando los muebles y coloreando los butacones, los dos hombres se miraron, midiéndose, en un duelo de caballeros donde los matices lo eran todo, donde los términos aparentemente amigables no debían llamar a engaño. Fernando de Soto, más inquieto de lo habitual, disimuló la tensión mareando su pitillera de piel cordobesa con dos dedos mientras con la otra mano sujetaba, decadente, un cigarrillo humeante. Frente a él, don Higinio de Malvar. Con las lentes de oro y las patillas canosas hasta la boca, estaba repantigado en el sillón de cuero tras la mesa de su gabinete en Las Piñas. Los postigos abiertos le clareaban la cabeza y apuntalaban los cuatro pelos que le había dejado una alopecia galopante. Había sido un tipo gallardo en su juventud, pero unas fiebres sufridas hacía diez años lo habían dejado bastante tocado.

Pepita, la hija mayor de los Mora, acababa de entrar en el cuarto con su saya de percal y su cofia. La chica dejó una bandeja con dos cafés cargados sobre la reluciente superficie de caoba de la mesa y, tras preguntar a los señores si necesitaban algo más, salió cerrando la puerta con delicadeza. Al señor no le gustaban los golpes. Don Higinio cortó la punta de un habano y lo encendió lanzando una bocanada de humo. Parecía pensativo.

—Debe de haber algo que podamos hacer —insistió Fernando.

—Debe, debe, hijo, pero... yo no lo encuentro. Mi hija es más terca que una mula, y mira que he sido duro con ella. La causa de que la enviase al convento fuisteis vos —añadió señalándolo con el habano—. Insistió en que no mantendría el compromiso y solicitó mi autorización para en el futuro poder contraer matrimonio con quien quisiese. Modernidades. ¡Estas jóvenes, que tienen la cabeza llena de pájaros! No debería haber sido tan condescendiente con ella, haberle dado tantas libertades...

—Pero vos no la autorizasteis a romper entonces..., ¿no? —preguntó Fernando.

—¡Claro que no! Y ella se cogió una rabieta... Nos enfadamos y... —dijo dándole una nueva calada al cigarro— tuve que optar por ponerle un correctivo. Por eso la mandé con esa estirada de sor Patrocinio; por eso y por no oír a mi hermana... —recalcó, guiñándole un ojo en plan cómplice—. Pensé que allí tendría tiempo de reflexionar sobre su futuro y madurar; de comprender qué se espera de ella y qué es lo que más le interesa, a ella, personalmente, y a esta honorable casa: no debe olvidar nunca que es mi heredera. Pero ya veis..., ha vuelto peor de lo que se fue. Tampoco vos, lamento deciros, con vuestra actitud, habéis sido de gran ayuda.

—Reconozco que he estado muy ausente, pero han sido tiempos complicados, ¡con tantos cambios...! —intentó excusarse Fernando—. Años de política, amigos, negocios, fiestas...

—... y mujeres —añadió el vizconde—. Sí, no lo neguéis. Todo el mundo sabe aquí la vida disipada de tarambana que habéis llevado en Madrid, incluida mi hija. Esa fue la causa, supongo, de que no quisiese mantener el compromiso. Alguien le iría con el chisme, le contaría que os vio, que andabais con tal o cual dama y... —Hizo un gesto con el puro humeante en el aire, dando a entender que aquello había tenido sus consecuencias.

—Bueno, pues ya estoy aquí, y estoy deseando poder explicarme ante ella; pedirle perdón por mi ausencia este tiempo y prometerle que eso no volverá a pasar. —Fernando se plegó a disculparse—. Estará conmigo usía —dijo usando el tratamiento más rimbombante que pudo a su ¿futuro suegro?, intentando camelárselo aun a sabiendas de que siempre había sido su más fiel aliado— en que nuestra boda sería perfecta para ambas familias. El mejor de los acuerdos.

—Lo estoy. Lástima que ella no lo vea igual. Creedme, hijo, que he hecho todo lo que ha estado en mi mano para convencerla, ¡pero no razona! Sinceramente —dijo mirándolo por encima de las lentes—, creo que solo vos podéis hacerla cambiar de opinión. Seducidla. Tengo entendido que sois todo un experto en la materia. Esto puede ser un provechoso reto para vos. Si lo lográis, no solo obtendréis a una mujer bonita, inteligente, rica y joven. También un título nobiliario que dejar a vuestra descendencia. De vos depende. Nada más puedo deciros, solo que colaboraré en lo que pueda. Empezad hoy mismo. Quedaos al almuerzo y luego invítadla a pasear, o llevadla en calesa a Medina Sidonia..., ¡qué sé yo! Si queréis su mano, tendréis que ganárosla esta vez. Ahora parece muy decidida en vuestra contra, pero las mujeres son volátiles por naturaleza. Hacedla cambiar de opinión. Con la planta que Dios os ha dado, no os costará. Las

mujeres son siempre especialmente sensibles a la belleza, y de eso andáis sobrado.

Fernando de Soto asintió despacio con la cabeza. Tras la charla a puerta cerrada de los dos hombres —las mujeres estaban en el pueblo visitando a una parturienta—, el joven aceptó la invitación del vizconde. Cuanto antes empezara su conquista, antes terminaría —pensó, muy seguro de sí mismo—. Todavía estaba por ver a la mujer que se le resistiera, y suponía que Blanca no sería muy diferente a las demás. Mujeres más hermosas y principales habían caído rendidas a sus pies, y no comprendía por qué la joven se había obcecado en su negativa; por qué se había precipitado anunciándole la ruptura de su compromiso en una carta fría y desangelada antes de poder hablar cara a cara los dos.

Desde luego, don Higinio tenía razón al decir que buena parte de la culpa había sido suya por tardar tanto en regresar a Cádiz y tenerla desatendida años. Debería haber dejado Madrid tras las Navidades, cuando pensó en ello, pero lo había ido aplazando por pura pereza hasta que a finales de septiembre se había encontrado con la carta; en ella Blanca le anunciaba, sin contemplaciones, que daba por roto el compromiso. Así, sin más. Al principio había creído que se trataba de una broma de mal gusto o un enfado puntual de la muchacha, pero al ver confirmada la decisión, primero por una carta de sus propios padres y luego por otra del vizconde, se había —realmente— echado a temblar. Aquello tiraba por tierra sus planes. Su padre se pondría furioso. Le armaría un consejo de guerra...

Había corrido a Cádiz, había intentado hablar con ella, sin éxito, y había discutido con su familia. El clan de los Soto le había dado un ultimátum para que recondujera la situación con la máxima prudencia y rapidez posibles. Sin filtraciones. Su madre condenaba la actitud desvergonzada de Blanca y su padre, la de él. Lo había insultado, lo había acusado de dejarse robar la cartera y le había dicho que perdía la fuerza por la bragueta; que no permitiría que echara a perder la boda perfecta por andar de flor en flor en la Corte y humillando públicamente a su prometida. Que espabilara, que Blanca tenía más cojones que su señor padre y que la devolviera al redil como fuera.

Fernando había intentado hacerlo razonar, ver que si el compromiso se rompía podría buscarse a otra joven de sus mismas características, pero su padre, con los ojos llenos de furia —él, que presumía de tener templanza de pez y de ser frío para los negocios y la vida—, lo había echado de la habitación sin contemplaciones.

—Vuelve con ella o te mando a las colonias a recoger tabaco. Te desheredo.

Tras la conversación con su madre, había investigado y descubierto que, efectivamente, varios marinos franceses de la Escuadra imperial habían sido atendidos de sus heridas en el convento de Conil y que algunos habían seguido alojados, inexplicablemente, a su entender, durante meses, más de lo necesario. Se preguntó si sería cierto que Blanca se habría enredado con alguno de esos gabachos o, lo que era peor —y se temía—, si se habría enamorado. Aun con la cabeza vendada y muletas a dos manos, los uniformes y los relatos heroicos podían causar furor entre las jóvenes. Le dolió contemplar esa posibilidad, ese ataque de cuernos con efecto retardado, aunque reconoció que estaba siendo injusto y que era él quien había estado jugando con mujeres a dos manos mientras Blanca seguía en Cádiz.

Descartando aquellas ideas, tratando de ser positivo para conseguir que Blanca le diese una segunda oportunidad, decidió seguir las sugerencias de don Higinio. No llevaba ni una hora en las cuadras, echando un vistazo a las bellezas equinas del vizconde, cuando la vio llegar en la tartana junto a sus tías y a Elsa. Parecía cambiada; más mayor, más seria. Le pareció una rosa con espinas, una crisálida desplegando las alas. Había dejado de ser niña.

Las dos jóvenes, ajenas a su presencia, parecían animadas, y del brazo se dirigieron hacia la puerta principal mientras saludaban, alborozadas, a Yunque, el perro de su padre. Estaban en medio del sendero de gravilla, junto a un gran macizo de geranios, cuando él se hizo visible. Blanca cambió de color. Pálida, visiblemente enojada, saludó con una leve inclinación de cabeza —la mínima cortesía posible— y, soltándose del brazo de Elsa, que enfilaba los pasos en dirección al caballero, entró y desapareció como alma que lleva el diablo.

Sofocada, subió a su cuarto. La habitación constaba de una gran cama con mosquitera en el centro, suelo de baldosas de barro cocido con mullidas alfombras que ahuyentaban la humedad y dos temblorosos quinqués azul pavo real. A la izquierda, un bargueño, y enfrente, un aparador con un gran espejo. Desperdigados, tarros de cristal, potingues para blanquear la cara, la bola de polvo de arroz, un lápiz de cinc para delinear los ojos, dos pulverizadores con perfume de enebro, una palmatoria de latón y varios cepillos con el mango de nácar.

Enfadada, se arrancó el sombrero y lo tiró encima de la colcha. Cerrando la

puerta a cal y canto, se negó a escuchar las exigencias de sus tías, que intentaban que bajase al salón a tomarse el aperitivo con su invitado. Era indecoroso y absolutamente descortés no hacerlo.

Los ojos se le anegaron de lágrimas; calientes, saladas, dolorosas... Se las limpió de un manotazo y odió ser tan estúpida. Dejarse dañar por los acontecimientos, ser tan vulnerable, tan transparente, la sacaba de quicio. La devaluaba ante ella misma y ante los otros. Pero era difícil esconder la amargura, el desamor y la traición. Había momentos que ardían en su memoria. Su pasión se había convertido en un veneno para el que no conocía antídoto, en un agujero negro de infelicidad. Nadie había podido consolarla en su derrota. «No existen las recetas perfectas para el duelo —le había dicho la tía Carlota—, solo se puede cruzar el largo túnel sin echar la vista atrás. Tú también tendrás que hacerlo», le había asegurado sin pestañear.

Ella no sabía que el amor pudiese escocer tanto, que pudiese horadar ese cráter de odio en su pecho. Odiaba a Fernando y ahora también a Alexander. No se la merecía ninguno. Este último, menos que nadie. Había apostado por él y la había dejado en la estacada. Al final había tenido que plegar las alas y dar la razón a los que le habían advertido de que solo había sido para él un entretenimiento. Especialmente su padre, que desde el principio había puesto el grito en el cielo.

—Jamás consentiré que te cases con un vulgar mercachifle.

—¿Por qué? ¡Los Soto tampoco son aristócratas! Son poco más que mercachifles, como vos los llamáis, aunque sean millonarios.

—Tú lo has dicho. Son multimillonarios y navieros, no vulgares comerciantes de vinos y encima, gabachos. Te prohíbo que insistas en ello, y más que esto se sepa fuera de aquí.

—¿Qué tenéis contra los franceses?! —gritó ella—. ¡Creía que eran nuestros aliados!

—No por mucho tiempo. No creo que la alianza dure mucho, y no me gustaría ver al frente de esta familia a un enemigo. Eso es todo. Para colmo, sin título, y seguramente sin un puto real. No lo consentiré. No lo con-sen-ti-ré... —recalcó, furibundo—. ¿Es que no lo entiendes? Ese hombre no busca de ti nada más que tu posición y tu título. Olvídalo.

—No es verdad. Nunca le dije quién era ni qué título tenía.

—Mejor me lo pones. Entonces no regresará a buscarte —le había dicho con frialdad—. ¿A buscar a una señoritinga gaditana que no tiene dónde caerse muerta?

—¿Acaso estáis diciendo que no merezco la pena? ¿Que nadie se fijará en mí si no es por mi posición y mi dinero? ¿Estáis diciéndome eso?

—¡No, maldita sea! ¡La Virgen! ¡Qué maña os dais las mujeres para tergiversarlo todo! Digo que, si tanto te hubiese querido, se habría quedado o se habría puesto en contacto contigo ya. Habría intentado saber más de ti, habría terminado por descubrir quién eres... Estoy seguro de que, por mucho que le gustases al gabacho, no abandonará su mundo y sus obligaciones para venir a buscarte, y menos sin saber lo que realmente vales... Y esa es mi opinión. Así es como pensamos los hombres. Desengáñate.

—¿Qué hombres? ¿Vos? ¿Fuisteis así con madre?

—Calla y vete a tu cuarto. No tengo nada más que añadir —terminó, harto, el vizconde, hastiado de aquel carácter de su hija mayor, de su rebeldía interminable.

Blanca había salido de la biblioteca de su padre dando un portazo. Se había negado a escuchar a sus tías y había caído en un mutismo letal durante meses. Doña Paz creía que terminaría labrándose así su desgracia; la tía Carlota, que enfermaría de los nervios. Elsa había tratado de hacerle pasar los días jugando a las cartas o paseando a su lado en silencio, respetando ese dolor que parecía transpirar por sus poros, asustada de que su alegre hermana mayor terminara convirtiéndose en un ángel rencoroso y gélido.

Blanca deshojaba margaritas sobre si Alexander le escribiría o no, ansiosa por esa carta suya que nunca terminaba de llegar, por ese eslabón que la mantenía unida a la cordura. Había suplicado a Candela y a Azucena que en cuanto llegase al convento se la hiciesen llegar como fuera; había esperado la llegada del cartero sin éxito y poco a poco había tenido que ir rindiéndose a la evidencia. Lamentablemente, habían tenido que pasar diez meses para recibir la carta deseada; leer el contenido la había dejado de piedra. Sentada ahora junto a la mesilla, con Fernando abajo hablando con Elsa —hasta allí subía su voz de barítono afónico—, abrió el cajón y volvió a releerla. A darse tormento. Aún mantenía restos del lacre, un manchón del viaje... No llevaba remite, por lo que imposibilitaba la contestación; era evidente que él no quería volver a saber nada de ella. Que no quería que lo encontrara. Como si ella fuera a salir a buscarlo...

«Queridísima Blanca:

Os envío esta carta después de meses de duda en el debate entre el deber y el querer. No os mentí cuando aquella tarde en el convento os dije que os amaba, pero lamentablemente no hay nada que pueda hacer para regresar junto a vos. El deber familiar me obliga a un enlace matrimonial en breve. Creí necesario decíroslo y alejar así cualquier esperanza de vuestra parte; no debéis esperarme. Comprenderéis que soy un hombre de honor y que no puedo romper este lazo, lo que no significa que no os lleve para siempre en mi corazón.

Vuestro para siempre.

Alexander».

—¡Un hombre de honor! —decía aquel desgraciado. La carta había sido lo más parecido a una catarsis. La había dejado grogui. En vez del amor, el rencor sería a partir de ahora el alimento de su vida. El romanticismo pasaría a ser una abstracción.

Blanca dobló el papel y lo metió de nuevo en el cajón. Elsa le había suplicado que lo quemase, que se olvidase de una vez por todas de ese hombre, pero ella necesitaba tiempo. Ahora sentía el corazón descosido, roto, y una decepción total. En medio de ese dolor, del que aún no se había recuperado, aparecía Fernando suplicándole una segunda oportunidad. ¿Para qué...? Su tía Paz y su padre no paraban de presionarla para que lo recibiese a su regreso de Madrid y se olvidase del otro joven. Le habían pedido que negara lo ocurrido en el convento si salía el tema a colación: él podría no entenderlo, podría no perdonarla. Como si eso le importase mucho a ella...

Se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Pepita venía de recoger un ramo de flores para adornar la mesa del comedor. Resultaba evidente que su padre había invitado a Fernando para facilitar el acercamiento. Estaba actuando de alcahueta. Ella tenía dos opciones: esconderse allí de por vida o aceptar el paseo vespertino con el joven y exponerle la verdad. Que amaba a otro y que no quería volver con él. Pensó que este camino era el más eficaz y el más rápido. ¿Para qué seguir mareando la perdiz? Él así se cansaría de darle la murga y se buscaría otra novia. A pesar de tener el corazón deshecho, ella —pensó en un raptó de lucidez— no renunciaría al amor de por vida: seguro que cuando aquella tormenta emocional perdiera fuerza, se curaría y volvería a enamorarse, pero necesitaría tiempo para cicatrizar lo que ahora estaba en carne viva. Lo último en lo que

podía pensar en ese momento era en formalizar una boda, en entregarse a un hombre al que no amaba. Si su familia no lo entendía, podía irse al diablo. Decidida, se limpió las lágrimas, se maquilló deprisa frente al tocador y bajó al salón de invitados. Fernando desplegó su mejor sonrisa para ella. Blanca se limitó a encogerse de hombros.

El partido de *cricket* —una de sus grandes pasiones junto con la esgrima— no parecía calmarlo. Estaba tan tenso que podría partirse, aunque la resolución estaba más que tomada. «*Alea jacta est*», pensó, cínico. Aquel paso era un Rubicón del que no volvería.

Lo había decidido nada más abandonar Cádiz en el barco. Ya entonces comprendió que regresar a su mundo, el único al que pertenecía realmente, era incompatible con Blanca. Ella había quedado atrás, y esperaba que se olvidase de él y fuese feliz. Tal vez pronto conociera a un buen muchacho y se casara. Seguro. Él siempre la recordaría, pero como un sueño, algo intangible. Como la mujer que pudo ser el amor de su vida pero desapareció misteriosamente envuelta en la bruma del tiempo... Mejor así.

La decisión estaba clara mentalmente, pero su corazón sangraba ante la sola idea de dar el paso definitivo, de cortar ese hilo invisible que lo unía a ella. Había retrasado su carta durante meses, hasta que le había parecido indigno y vergonzoso. Ella, lo sabía, estaría esperando esas letras. No podía mentirle. Debía ser sincero y hacerle entender que lo suyo había terminado en el mismo momento en que empezó y que sus caminos transcurrían por sendas divergentes que posiblemente no volvieran a coincidir jamás. Que solo les quedaba la esperanza de reencontrarse en otra vida o en otra dimensión.

En ello pensaba cuando escuchó las risas de su prometida, lady Margaret, de su madre, lady Lindsell, y de otros familiares y amigos. La boda no se celebraría en Londres —lo había decidido su padre, el conde—, sino en la mansión familiar; la ceremonia sería en la parroquia de Saint Mary, y sus hermanos, Peter y William, serían sus testigos. En una semana tendrían lugar los esponsales. Todo el mundo parecía feliz con el enlace. Sin duda, sus padres, los que más.

—¡Querido, has ganado! —le indicó Margaret con un pañuelo, saludándolo en la distancia, dando saltitos de alegría.

Él le devolvió el gesto con frialdad. Su hermano mayor, Peter, viéndolo tan

serio, se le acercó y le comentó algo al oído. Era el único con quien se había sincerado. Su hermano le había logrado sonsacar lo que le ocurría después de verlo tan ausente. A él le había venido bien poder tratar el tema con alguien, aunque ya supiese de antemano lo que le iba a aconsejar.

—Vamos... Deja de darle vueltas a la cabeza. Lo decidido, decidido está. Aquello fue una bonita aventura que podrás contar a tus nietos. ¿Te imaginas a una muchachita, hija de un tendero, sentada a la cabeza en la mesa de Annesley? —dijo refiriéndose a la mansión familiar.

Alex negó con la cabeza.

—Tampoco haría falta —terminó por decir—. Seréis tú y tu esposa quienes presidiréis esa mesa cuando corresponda, no yo. Solo soy un segundón, y, como madre no se cansa de recordarme, estoy obligado a optar por una esposa respetable y rica que asegure mi futuro y el de mi descendencia. Pero he estado dándole vueltas: podría buscarme ese futuro perfectamente como marino mercante. No le temo al porvenir, aunque comprendo que es complicado romper un compromiso a pocos días de la boda, que es demasiado tarde. Sería una afrenta insultante a Margaret. No puedo hacerle eso... Lo sé —dijo al ver el gesto de su hermano—, pero me ahoga pensar que tendré que cargar con el peso de esta decisión hasta la tumba. Que siempre me culparé a mí mismo de no haber escogido la felicidad, de haberme rendido sin intentarlo. Mi matrimonio puede ser un infierno.

—No exageres. Solo es miedo a dar el paso. Piensa en lo felices que harás a todos.

—Esa es la causa por la que sigo adelante con esto. Odiaría ser el causante de un cisma.

—Pues si ya lo has decidido..., ¿a qué dudas? ¿Acaso te disgusta Margaret?

—No tiene ni un gramo de bondad ni una libra de sensatez —dijo dándole con el palo a la pelota.

—¡Sigues exagerando! En tu mano está ver la botella medio llena o medio vacía, pero muchos matarían por tu suerte. Margaret es divertida y guapa, y bebe los vientos por ti desde siempre. Te hará rico, te permitirá mantener el nivel de vida que siempre has llevado...

—Sí, es verdad, pero también es acaparadora, caprichosa... Como hija única, está acostumbrada a conseguir todo lo que quiere sin reparar en costes. Tengo la sensación de que como esposa puede resultar asfixiante. Una boa constrictor.

Peter soltó una carcajada.

—¿Acaso no son así casi todas las jóvenes de nuestra época, caprichosas y volubles? Mi propia esposa, lady Alice, a la que sabes que quiero tanto, también es terca, y cuando quiere algo...

—Es distinto. Créeme, sé lo que me digo.

Durante la siguiente semana continuaron los fastos en todo el condado de Conway: paseos a caballo, recepción de invitados, cenas de gala, ofrendas florales en la parroquia y finalmente una boda por todo lo alto. Cuando lord Alexander Paddon aceptó la mano que lady Margaret Lindsell le ofreció frente al reverendo Clare y dijo «sí», tuvo la sensación de que definitivamente cerraba la puerta a su felicidad. De que aquella rendición la pagaría cara. De que acababa de pisar el umbral de la desdicha. De que una desgraciada vida en pareja solo agigantaría el recuerdo de Blanca. De que en vez de alejar con esa boda su fantasma lo sentaría cada noche a su mesa.

Con una sonrisa cínica levantó el velo de seda de la novia, la besó y salió de la iglesia entre una nube de pétalos, con el corazón compungido y unas ganas de blasfemar inmensas. Los últimos rayos de sol recorrían la tierra, cardándola, arañándola. La luna se había dejado ver esa tarde con un rostro siniestro, cenicienta y acosada por montones de nubes negras que se agolpaban detrás de la puerta de la iglesia como si ellas también quisiesen salir huyendo.

12

Blanca levantó el brazo y se inclinó hacia delante. Escenificó una elegante genuflexión. Su pareja se acercó, cogió su mano y la hizo girar sobre sí misma. El minué continuó mientras las parejas danzaban como polillas a la luz de las lámparas de araña que colgaban del artesonado de madera como auténticos arácnidos y de los candelabros repartidos por el salón de gala del palacio de la Capitanía General, un señorial edificio situado en la plaza del Pozo de las Nieves.

La sede de la Gobernación ofrecía esa noche una imagen de relumbrón que realizaba su diseño neoclásico y aseado de fachada de piedra blanca y cristaleras exquisitas. Se trataba de una construcción de planta cuadrada con grandes patios interiores ajardinados, ventanales luminosos y una arcada exterior que esa noche titilaba iluminada con grandes hachones. En el balcón central ondeaban dos banderas, cara a cara —la francesa y la española—, mientras centinelas de uniforme vigilaban los accesos guardando las espaldas a los allí reunidos.

El gobernador, don José de Solano, marqués de Socorro, y su esposa, doña Francisca de Matalinares, ejercían de anfitriones. El acto era una recepción diplomática por la visita de dos generales franceses enviados personalmente por Napoleón. Esa noche reinaba un ambiente distendido, aunque fuera los ánimos estuvieran caldeados. Los muertos de Trafalgar seguían siendo fantasmas bien presentes en la sociedad gaditana. Tampoco ayudaba el comportamiento sobrado y altanero con que el emperador trataba a España.

Salineros, estudiantes, labriegos y mujeres habían recibido a los galos con abucheos y pucheradas y habían sido expulsados de los alrededores sin contemplaciones por las fuerzas de orden público. Hasta disparos se habían escuchado. La presencia de grandes buques de guerra galos en la bahía de Cádiz encendía las alarmas. El ejército había impedido que la turba popular se descontrolara, se acercara al puerto, volcara las carrozas de los invitados o amenazara a los caballeros que poco después disfrutaban de las ricas viandas, los mejores vinos y la música en el salón principal.

Hacía calor —estaban a finales de septiembre de 1807—, y los ventanales, con vistas a la calle y a los jardines de la Capitanía, estaban abiertos de par en par. Solano, acompañado por su hombre de confianza, José San Martín, hablaba en corrillo con los recién llegados. Cádiz, como en otras ocasiones, servía de base naval a la Armada francesa, que excusaba su presencia allí haciéndose pasar por defensora de tan importante plaza estratégica frente a los canallas ingleses, que continuaban merodeando por la zona como tiburones hambrientos.

Europa seguía en guerra y Francia deseaba ocupar Portugal. Para ello había solicitado la colaboración de España, con el fin de introducir tropas de paso por el norte hasta el país luso, lo que había generado más tensión en Madrid entre partidarios y contrarios a la petición. Abrirle la puerta al lobo feroz parecía descabellado, por muy aliado que fuera. Una vez dentro, al emperador podría desatársele un hambre atroz y comerse también a Caperucita, a la abuelita y al sursuncorda. Napoleón no conocía límites. Lo sabían de sobra.

Sin embargo, a pesar de la crítica situación política, en la Corte seguían más pendientes de sus cuitas internas —no paraban de sucederse conspiraciones del príncipe heredero, don Fernando, para derrocar a su padre y echar a Godoy— que de los movimientos entre bambalinas en el escenario internacional que cada vez situaban más a la península en el centro de operaciones de Napoleón. En una diana bélica. Había quien auguraba que el emperador solo buscaba una excusa para entrar en España con sus ejércitos y, una vez aquí, ocuparla. Incluso acceder a Cádiz y a sus astilleros. Sus defensores consideraban insidiosas esas acusaciones. Blasfemias. Entre sus admiradores, estaban las dos autoridades militares españolas de la sala gaditana: el propio gobernador general de Andalucía, Solano, y su mano derecha, San Martín. Dos ciegos que no querían ver.

Muchos de los asistentes no perdían ripio, y por lo bajini comentaban las atenciones oficiales para con los galos. Allí todo el mundo sabía de qué pie cojeaba cada uno, y su fama de afrancesados era la causa de que la chusma les tuviera ojeriza. Política, comercio, acuerdos, diplomacia, guerra, sublevaciones coloniales... De todo eso se hablaba esa noche entre los asistentes mientras los jóvenes bailaban al son de los acordes musicales y las damas de más edad despellejaban a sus rivales con más soltura que una tribu caníbal.

El minué terminó. Blanca se aventuró en el corrillo donde sus tías degustaban unas copas de marrasquino y Elsa charlaba con su prometido; Rodrigo estaba en Cádiz con unos días de permiso. Alejándose de Fernando de Soto, su pareja en ese baile —y en casi todos desde su regreso—, aceptó la refrescante copa de vino

espumoso que le tendía su padre.

Esa noche lucía espléndida, con una bata de muselina perlada estilo imperio, talle alto y cintas de pasamanería que dibujaban laberintos vegetales; bordada en hilo de oro, una ancha cenefa floral surcaba el bajo, y otras más estrechas, su pelo lleno de rizos. El cuello lo llevaba despejado, desnudo, expuesto; «aguillotinado», que decían los franceses... Hermosos diamantes tiraban de sus orejas para abajo. Pesaban unos cuantos quilates.

—Hacéis una pareja magnífica, todo el mundo lo dice. Creo que no deberías dejar pasar hoy la ocasión. Sé a ciencia cierta que Fernando volverá a pedirte en matrimonio. Acéptalo —dijo don Higinio a su hija mientras degustaba una copa de brandy.

—No insistáis, padre —le respondió ella en tono cansino—. Ya os dije que lo haré cuando me sienta segura —continuó en tono bajo mientras observaba con frialdad altiva a la concurrencia y se daba aire con un abanico de plumas de cisne.

Su padre, cogiéndola del codo, la animó a continuar la charla con otros invitados a la fiesta. Últimamente no paraba de insistirle en que debía conocer quién era quién en la ciudad, y no se refería a jovencitas casaderas o a posibles candidatos a su mano sino a hombres de negocios. La mayoría de las grandes casas señoriales y fortunas de Cádiz estaban en manos masculinas y serían heredadas por muchachos. Ella sería una de las pocas mujeres titulares del escudo nobiliario y de las propiedades adjuntas, y eso conllevaba unas obligaciones.

Su padre, el eterno hipocondríaco, quería que conociese a sus iguales para que, una vez faltase él, pudiese mantener su posición sin problemas. Don Higinio no se engañaba, y sabía lo misógina que era la élite empresarial y comercial gaditana. Hacer negocios, discutir sobre política y fumarse un habano después de una buena copa en un burdel del puerto era cosa de hombres y no de señoritas refinadas. Si su hija no aceptaba a Fernando y debía bregar ella personalmente con los negocios, lo iba a llevar crudo. Se lo pondrían cuesta arriba.

Cádiz, a diferencia de otras provincias o de la misma Corte, era un lugar donde no bastaba con mostrar un título aristocrático. La ciudad, además de base naval, era un emporio comercial; un lugar cosmopolita lleno de extranjeros y ocupado por multitud de financieros, navieros que la utilizaban como base de operaciones para su comercio con América, diplomáticos... En Cádiz, un título valía lo que valía una fortuna, y esta dependía normalmente del mar, del comercio y de los vaivenes internacionales. Había que estar siempre bien relacionado y bien

informado. Don Higinio sentía que necesitaba posicionar y presentar a Blanca a todos sus colegas. Si el matrimonio con Fernando de Soto se terminaba celebrando, aquello carecería de importancia: ella disfrutaría de su estatus y los Soto se encargarían de todo lo demás, pero si Blanca persistía en su negativa a la boda, lo necesitaría.

—¿Me permitís este baile? —le preguntó en ese momento su futuro cuñado, Rodrigo, y Blanca, soltándose del brazo de su padre, aceptó.

Unos minutos después era su hermana Elsa la que aparecía en la pista central del brazo de Fernando. Ambas parejas se cruzaron un par de veces mientras los mayores, junto a uno de los ventanales, charlaban de sus cosas. Escapaba la noche cuando Fernando animó a Blanca a pasear por el jardín, agradablemente iluminado a la luz de las velas. La música del salón se fugaba por las ventanas y el intenso olor de las magnolias inundaba los paseos. Resultaba delicioso a esas horas de la noche caminar rodeados de helechos, palmeras y orquídeas. En Cádiz los jardines con especies exóticas traídas de Ultramar, únicos en Europa, eran el sello personal de la ciudad, su marca.

—Tendré que dejar Cádiz unas semanas y viajar a Madrid. Ha habido algunos problemas y mi padre desea que hable con nuestro banquero y me entreviste con el director del Banco de San Carlos —le comentó mientras aspiraba rapé y le entregaba su brazo.

Blanca pareció desencantada. Había esperado oírle decir que deseaba casarse con ella, tal como su padre le había adelantado. Aunque ella no estuviese preparada para dar aún el paso, su orgullo femenino levitaba con las atenciones de Fernando, sobre todo viendo la admiración que generaba a su paso. No había mujer que no la envidiase. Realmente era el hombre más guapo del mundo, y cuando quería, también el más atento.

Lo miró de reojo. Llevaba el pelo alborotado por la brisa, un pañuelo de seda blanca atado al cuello y acribillado por un fino alfiler de oro y una levita de color azul marino con ribetes bordados; parecía serio y sofisticado a la vez. Un tipo mundano pero respetable. Su sensualidad era un halo, no podía ocultarla, aunque quisiera. No era difícil entender por qué las mujeres en Madrid se echaban en sus brazos. Blanca se dijo que lo peor era que posiblemente aquello se volviese a repetir en cuanto abandonase Cádiz y se desenganchase del control que tanto ella como el resto de la familia ejercían sobre él.

—Comprendo —se limitó a decir ella.

—No, sé que no comprendéis... No penséis que vuelvo a las andadas y me

marcho a divertirme. Las cosas andan mal en las colonias —le comentó, tenso, en voz baja—. He hablado con San Martín, y me ha contado lo preocupados que están en Río de la Plata. Las amenazas de invasión británica... En la Capitanía General de Venezuela están al borde de la sublevación y en Nueva Granada, lo mismo. Nuestra fortuna depende de nuestros intercambios comerciales con Ultramar. Aunque Cuba permanezca tranquila, si las demás provincias se rebelan, tendremos problemas económicos muy serios, ¿comprendéis?

—Más o menos —dijo Blanca, que, aunque había hablado con su padre y sabía algo sobre el tema, aún no se había terminado de poner al día.

—Me marchó mañana, pero regresaré pronto. Entonces, tendré algo que proponeros, y espero que para entonces lo tengáis todo claro. —Sus palabras sonaron a ultimátum, y así lo entendió Blanca—. De todas formas, ibais a pasar unos días en Chiclana, ¿no dijisteis eso?

—Mi padre visita todos los años por estas fechas a sus arrendatarios y vecinos y quiere que esté, que conozca el estado de las cuentas y los acuerdos existentes con cada uno de ellos.

—Está bien... —dijo él tomando el camino de vuelta al salón—, aunque ya os he dicho mil veces que no hace falta que os preocupéis por esos farragosos asuntos. En el futuro, mi familia se hará cargo de ellos. Yo me haré cargo de ellos —terminó de decir, insinuando que, para cuando estuvieran casados, eso sería asunto de los hombres de la familia.

El resto del camino lo hicieron mudos, disfrutando del rumor del agua en las fuentes, el cielo constelado y la música.

—Fernando, ¿confiáis en los franceses? —le preguntó de repente, parándolo, sintiendo un estremecimiento al pensar, de pasada, en Alexander. Se había prohibido a sí misma dedicarle un solo pensamiento. Al principio le había sido imposible, pero finalmente lo había conseguido. Había dominado a ese ángel vengativo que llevaba dentro. A su lado oscuro. Al menos, eso quería creer. El odio era un sentimiento altamente inflamable que podría quemarlo todo, desolar su vida si se dejaba arrastrar por él. Elsa la había convencido de que la indiferencia y la frialdad serían mejor contraveneno. No descosería sus cicatrices, sería discreta. Sería mejor enterrar cuanto antes la furia para poder seguir caminando. Nunca llegaría al otro lado del túnel si se empeñaba en hacerse daño a sí misma.

—Si me preguntáis si creo en su revolución, os diré que me resulta fascinante; si me preguntáis si confío en Napoleón..., la respuesta es no. Vivimos tiempos

complejos —dijo él encogiéndose de hombros. Blanca asintió, pensativa.

—Bueno, dejemos ahora esos temas preocupantes. Divirtámonos. La noche es joven —le dijo mientras entraban en el salón. Fuera, una multitud seguía pitando e insultando a los gerifaltes, armándola gorda. Blanca no pudo evitar sentir un estremecimiento. Una premonición.

—Tomad, es una niña preciosa, como su madre— le dijo la comadrona a Alexander.

Este miró arrobado a la niña de piel clara, que lloraba sin parar. Sin saber cómo cogerla, se quedó parado con ella entre los brazos y, feliz, la besó. Su suegra, lady Lindsell, con su cofia y sus kilos de más, se abalanzó sobre él y se la quitó de los brazos en un instante.

—Traed a mi nieta. Los hombres no saben coger a un recién nacido —dijo con malas pulgas.

Alexander recibió una palmada de felicitación de su suegro y el saludo afectuoso de su hermano pequeño, William, que lo había acompañado durante todo el fin de semana que Margaret llevaba de parto. El embarazo había sido infernal y el parto, también. Alex se había asustado de veras.

Lord Lindsell salió de la habitación y bajó al *hall*. El mayordomo esperaba sus órdenes para saber cómo atender a los amigos y conocidos que se acercarían en breve por la gran mansión a felicitar a los nuevos padres y a la familia. Aguardaban la llegada inminente del conde de Carrick y de su esposa; de Peter, el hermano mayor de Alexander, y de su mujer, lady Alice; de la hermana pequeña de esta, lady Georgina, que estaba pasando una temporada con ellos; de sus numerosos tíos, primos, primos segundos, vecinos, de todo el clan al completo... Tras dar las instrucciones oportunas, lord Lindsell subió de nuevo a la planta donde el médico aún atendía a la parturienta y su esposa acunaba al bebé y charlaba con el menor de los Paddon.

Alexander parecía perdido en sus ensoñaciones mientras miraba al exterior. Asombrado de lo que esa pequeña significaba en su vida nada más llegar, en la responsabilidad que le caía... Era un día frío y gris. La niebla emborronaba los jardines del parterre y los árboles perdían sus ramas en esa marea de nubes caídas; las distancias parecían disolverse en agua.

—Tomad, os lo merecéis por haber cumplido con rapidez —le dijo lord

Lindsell, acercándole un buen vaso de whisky.

Alexander lo interceptó con ansia. Lo necesitaba. En el año escaso que llevaba casado, había vivido muchos momentos turbulentos, y aquel día parecía el colofón. La cumbre de todos ellos. Desde la tensión inicial de la vida en común junto a Margaret —la muchacha era astuta y enseguida había captado que él no la quería lo suficiente— al complicado embarazo, pasando por la decisión —secundada por todos menos por él— de que siguieran viviendo en Lindsell House, la gran mansión familiar de su suegro. Él hubiese preferido buscarse una casa más modesta, acorde a su salario en la Armada y a su renta, e iniciar una vida matrimonial —que se le antojaba de por sí un calvario— sin interferencias familiares. Margaret se había negado a abandonar la lujosa vivienda de sus padres para trasladarse a una inferior. No estaba dispuesta a renunciar ni a la legión de criados de su padre ni a los cuidados de su madre, que se encargaba de todas las obligaciones sociales que a ella le resultaban cargantes o aburridas. Tampoco había dado la espalda a la vida ajetreada de Londres, a ir de tiendas o a los bailes de temporada. Su vida de casados había sido un continuo ir y venir de la capital al campo, y a pesar de las advertencias del doctor Franklin, que la había atendido y le había aconsejado tranquilidad ante el embarazo de riesgo que sufría, ella había seguido a su aire, incapaz de aceptar que nadie ni nada le pusiera límites. Toda la capacidad de persuasión de Alexander había sido insuficiente para que Margaret razonara; no había cedido hasta que no se había visto gorda y torpe por la tripa. Testaruda, había impuesto su criterio a todos.

Alex se había enfadado, pero de nada había servido. Al parecer, eso era lo que le esperaba de por vida: tragar sapos, limitarse a aceptar lo que ella dispusiese. Un «Sí, *bwana*» permanente en los labios. Dio un sorbo con retranca al whisky que le quemó las entrañas y se acercó a la chimenea para calentarse las manos y remover las ascuas con un atizador, dejando que multitud de chispas revoloteasen suspendidas en el aire, que calentasen también su corazón.

—Espero que me deis pronto un heredero... varón. En vuestra familia son todos hombres. Espero que no me decepcionéis, joven —le dijo lord Lindsell a su yerno.

Alexander lo miró asombrado. ¿Quería que le hiciera otra tripa a su hija ya? ¡Pero si acababa de parir!

—Debemos dar un tiempo. El parto y el embarazo han sido complicados —le contestó, muy serio—. El doctor ya me indicó que Margaret no debía quedarse embarazada hasta dentro de un par de años. Somos jóvenes. Tendremos tiempo.

—¿Tiempo...? Vos, joven, no sabéis de qué tiempo disponéis. En breve os reincorporaréis a la Marina, y, si no me equivoco, seguimos en guerra. Podrías no volver —dijo mirándolo como a un pájaro de mal agüero—. Antes de que os marchéis deberíais intentar dejar encinta de nuevo a mi hija.

Alex no pudo evitar un gesto de desagrado. Se sentía como un vulgar semental al que hubiesen comprado y del que solo interesase su semilla. Querían nietos con sangre noble. Lo que a él le pasase, muriese o no en la guerra, parecía importarles un comino. Maldijo sin cortarse ante la presencia de su suegro, que, sentado en un viejo sillón de cuero, lo miraba atentamente. Como si intentara descodificar de qué estaban hechos aquellos nobles blandengues. Le había mandado fornicar, no remar en galeras. ¿A qué venía ese gesto?

—Sería muy peligroso. Además, peor que el hecho de que yo no volviera, supongo, sería el que Margaret quedara viuda y embarazada con tan solo veintiún años —dijo, encendiéndose con el atizador un cigarro y mirando, retador, a su suegro. Le molestaba que fuera tan prepotente y que le anduviera diciendo permanentemente qué debía hacer con su vida. Su hija, además, lo secundaba, y toda la familia, como ya le había ocurrido en varias ocasiones, no disimulaba en hacerle comprender que la fortuna era de ella y que él poco menos que estaba allí de invitado o de paso; se sentía como un miembro de segunda clase. Como un emparedado.

Había tratado de explicarle su malestar a su hermano Peter, pero este se había reído y le había quitado importancia. «Siempre es difícil la convivencia en pareja —le había dicho—. Ya te irás acostumbrando». También había intentado preguntar a Alice, que hacía buenas migas con Margaret, como dos cuñadas bien avenidas, por algunos temas con el fin de comprender mejor la psicología femenina y entender mejor a su mujer, pero no lo había logrado. O el matrimonio era una incógnita irresoluble o a él le habían dado gato por liebre. Lo habían timado. Alice podía ser tan caprichosa y voluble como Margaret, pero tenía mejor fondo: era menos egoísta y pensaba más en Peter; al menos, así se lo parecía a él. Además, dado que Peter era el heredero del título nobiliario y del grueso de la fortuna de los Paddon, se había evitado las humillaciones de sus suegros, algo que traía a maltraer a Alexander, que veía su orgullo pisoteado con frecuencia.

En un año ya se había lamentado de haberse casado con Margaret unas mil veces. En aquel momento, frente a su suegro, que le sonreía beatíficamente con el periódico del día en las manos, tuvo ganas de tirarle el whisky a la cara.

Reprimiendo sus instintos, sin decir una palabra, dejó el vaso de fino cristal sobre la mampara de mármol de la chimenea y salió dando un portazo. Las velas del candelabro se apagaron como una tarta de cumpleaños. De golpe y porrazo. Lord Lindsell ni se inmutó. Le importaba un comino lo que hiciera en su tiempo libre aquel niño.

Eugenio de Soto retó, desafiante, al gobernador José de Solano. Por un chivatazo —tenía a gente sobornada en todas partes— sabía de la investigación que este había ordenado practicar contra él después de una denuncia anónima. Se le acusaba de traficar con personas, capitales y armas a través de las marismas y los caños, sin pasar por la aduana. De no declarar, de defraudar al fisco español y de estar contribuyendo a la financiación de los rebeldes americanos. Solano se había preguntado si incluso no estaría pasando información al enemigo..., si no sería un traidor. Había querido aclararle el motivo por el que la guardia aduanera estaba registrando su casa y su sede financiera. Le estaban cribando.

Soto se había limitado a negar la mayor, a poner cara de sorpresa y a tratar de sonsacarle el nombre de ese hijo de puta que lo había denunciado, aunque tenía su apuesta.

—Así que cree Su Excelencia que incluso paso información al enemigo... ¿A cuál?

—Al inglés...

—Ya, pues creía que en estos momentos era Francia quien llevaba más galones como adversaria. Aunque eso usía no lo considerará. De sobra es sabida su francofilia... Es un afrancesado de manual: debería ser Su Excelencia quien fuera investigado —soltó, sarcástico, lo que indignó al gobernador. Solano lo echó con cajas destempladas de su despacho, y don Eugenio no se inmutó. Se encendió un puro y bajó despacio los escalones. Fuera, la guardia le abrió la puerta y un carruaje lo paró. Aún no estaba detenido..., ni lo estaría.

Desde el interior, apostado en una esquina, se entretuvo siguiendo la operación diseñada esa tarde con uno de sus matones de confianza. Había que incendiar a las turbas, ya de por sí calentitas con Solano esos días. Dos de sus hombres, infiltrados en los corrillos de protesta, empezaron a apedrear los balcones del palacio gubernamental. A los disparos que respondieron a estos golpes les siguió una marabunta que, escalando por la fachada principal del edificio, después de

bloquear a los centinelas que hacían guardia, entraron a saco. Algunos aprovecharon para echar montones de documentos a la chimenea encendida, para deshacerse de pruebas.

El gobernador, en un ataque de pánico, huyó por el tejado. Soto lo vio saltar entre las tejas intentando alcanzar la mansión de *Mister Strange*, un empresario irlandés vecino. Detrás, pisándole los talones, la marabunta. Disparos, gritos... Alguien lo empujó y el gobernador cayó al vacío. Posiblemente estuviera muerto ya, pero, por si acaso, los hombres de Soto se encargaron de coserlo a puñaladas. Sonaron las sirenas de alarma, llegaron las fuerzas de orden público del cuartel próximo, se dispersó la masa corriendo como pollo sin cabeza, cuando él se marchó. Le cobraría el servicio al marqués de Montijo. Hacía semanas que se lo había propuesto por otros motivos, y él había dicho que no. Le diría que había cambiado de opinión. Montijo no haría preguntas.

—Mañana no iremos al molino de los Duarte— le comentó su padre a Blanca durante la cena, mientras mareaba con la cuchara un caldo de berzas y Micaela, la cocinera, acercaba hasta el salón la fuente llena de salmonetes recién fritos.

Solo ellos dos estaban en el cortijo. Sus dos tías y Elsa seguían en Cádiz. Su hermana deseaba aprovechar las dos semanas de permiso de su prometido en casa y sus tías andaban cumpliendo sus obligaciones sociales. Don Higinio había arrastrado a Blanca hasta Las Piñas hacía diez días y aún seguían allí. El vizconde compaginaba sus jornadas de caza con las de trabajo. Blanca lo había acompañado a visitar a todos los arrendatarios, a muchos de los cuales ya conocía desde niña, y se había interesado por las cosechas de ese año, la situación de muchas familias que vivían del mar, de la pesca en botes de bajura o del marisqueo en las playas; por las rentas que generaban los dos molinos de su propiedad, el de los Garralde y el de los Duarte, y por las cuentas, exorbitantes, que dejaba la extracción de las salinas.

Blanca había pasado casi todas las tardes enclaustrada en la biblioteca de su padre con la chimenea y el quinqué flameando, hasta altas horas de la madrugada, revisando libros de contabilidad, mirando contratos, conociendo acuerdos establecidos con bancos y navieros —gran parte de la sal que obtenían se dedicaba a la exportación— o estudiando con detenimiento el contencioso judicial que desde hacía dos generaciones mantenían con sus vecinos, los Checa,

por una linde de terreno.

—No hace falta que te quedes hasta tan tarde; te quemarás esos preciosos ojos negros que tienes —le dijo su padre mientras se tomaba el postre de la cena—. Mañana iremos a echar unos tiritos. —De modo que Blanca supo que saldrían de nuevo de caza.

Ella era una magnífica cazadora. Tenía puntería y paciencia para aguantar entre el fango a que su pieza se pusiese a tiro. Solían salir de madrugada, al alba, y acompañados por algún lacayo —en esos días, normalmente, Crispín—, se pateaban los senderos que transcurrían entre lindes y canalizos de agua cuyo cauce cambiaba según las horas. Aquella era una zona de marismas sujeta al influjo de la bajamar y la pleamar, de las corrientes marinas y la luna, y había que conocer bien el terreno para no naufragar en sus trampas, para no tener problemas.

Cualquier forastero podría perderse fácilmente en aquel laberinto de agua, dunas, lentiscos y matorrales. Pequeños hilillos crecían de repente transformándose en caños que llegaban hasta media pierna. Canales que podían cubrir a un hombre serpenteaban entre esparragueras, cañas, lagos, dejando entrever un paisaje salpicado con granjas y molinos, que terminaba muriendo en el mar, frente a las playas doradas de la Barrosa o la Chata y al castillo de Sancti Petri, recortado frente a un cielo azul purísimo.

Solían regresar a media tarde, después de comer algo de pan y queso y unas aceitunas y beber de una bota de vino —costumbres del todo vulgares para una señorita, como no se cansaba de recordar doña Paz a su hermano—, con varias ánades atadas a la cuerda columpiándose al hombro. Patos azules, garcillas, aguiluchos laguneros... En ocasiones, cuando don Higinio disponía de más tiempo, se acercaban a la sierra de Grazalema, donde cazaban ciervos, corzos, jabalíes..., y se perdían a caballo entre majestuosos bosques de pinsapos, unos raros ejemplares de abeto de tiempos prehistóricos, fósiles vivientes de los albores de la Tierra, cuando el planeta estaba cubierto de bosques. Pero aquello —reconoció Blanca— era la excepción; su padre no era precisamente Marco Polo, no le gustaba viajar.

A la mañana siguiente padre e hija, acompañados por su joven sirviente, abandonaron el cortijo cargados con sus escopetas; utilizando un pequeño bote, planearon despacio entre las vías de agua de la desembocadura del río Guadalete. El día despertaba gris y frío y una tenue niebla empezaba a levantarse dejando ver entre brumas, a lo lejos, el castillo fortaleza y algunas baterías militares con

sus cañones mirando al océano. La zona siempre había estado militarizada y ahora, con la amenaza británica pegada a la nunca, más.

El bote se deslizaba, silencioso, por el agua que salpicaba por la leve brisa de poniente que soplabá. Blanca, con una casaca masculina y un pañuelo atado a la cabeza, oteaba el cielo con su catalejo. A esas horas ya se veían numerosas aves sobrevolar la zona. Los salineros ya estaban trabajando y las chozas dispersas empezaban a dar señales de vida con la humareda procedente de sus chimeneas.

Una hilera de presos del castillo de San Sebastián había sido trasladada hasta el lugar. Muchos eran delincuentes habituales, golfos, contrabandistas; otros, soldados enemigos que seguían presos en Cádiz. Ellos, a diferencia de sus oficiales, no se habían beneficiado de los intercambios y allí se habían quedado, hasta que cumplieran las penas establecidas. No todos estaban encerrados en el castillo, algunos sobrevivían a la penuria en los barcos prisión, en los pontones que había anclados en el puerto. A muchos de ellos las autoridades los utilizaban para trabajos forzados, para acometer obras públicas: reponer puentes, mejorar accesos, trabajar en los astilleros o, como en ese caso, recuperar compuertas obstruidas y enlodadas, limpiar de fango caminos anegados o mantener en buenas condiciones los baluartes militares.

Las salinas de aquella región llevaban siglos funcionando, desde tiempos fenicios y romanos, y en los cien últimos años habían generado un auge inusitado, habiendo transformado el paisaje y el lugar. Como punto de tránsito de muchas aves procedentes del norte de Europa, también eran un lugar de gran riqueza natural donde uno podía pasear entre gaviotas, cigüeñas, flamencos, garzas reales, águilas pescadoras, cormoranes, avocetas... Mientras se dirigían hacia la Isla de León, echaron pie en la playa conocida como la del Aguador y dejaron el bote fuera, en tierra. El tío Ronco, como llamaban al viejo que vivía allí en una choza humilde de barro y madera, los saludó quitándose el sombrero ante el vizconde.

—Dejaremos aquí la barca; cuando terminemos, volveremos a buscarla —le dijo don Higinio.

—Vaya con Dios, señor Malvar; aquí estaremos *pa* cuidársela —contestó el salinero mientras con una cachicuerna de dos palmos pelaba una pera y, a cachos, se la iba comiendo. El tipo llevaba un grueso pantalón marrón, polainas remendadas, alpargatas, un chambergo encima del chaleco y una camisa sin cuello. Se cubría la cabeza con un pañuelo atado en la nuca y un sombrero negro de fieltro. Tenía la piel curtida como un jabalí de años a la intemperie, surcada por mil arrugas. Su cara era un mapa tan laberíntico como aquellos caños. Detrás

de él, tras la cortina, una mujer saludó a los visitantes con un gesto de cabeza, sin acercarse. Era su esposa.

El vizconde, su hija y el criado pasaron toda la mañana, escopeta al hombro, caminando entre senderos. Después, apostados entre las dunas, padre e hija se cobraron sus primeras piezas: dos ánades azules. Crispín corrió a recogerlas y, enganchándolas del pescuezo, las colgó de la soga que llevaba al hombro y que ataba a una zamarra vieja. El vizconde sacó más pólvora, cargó su arma y siguió despacio, tirado entre los matorrales, las esparragueras y las altas dunas, oteando el horizonte, observando a las elegantes aves que iban y venían.

Blanca se entretuvo, como hacía siempre, mirando, ensoñadora, a los flamencos. Magníficas bandadas pasaban sobrevolando con su peculiar estilo de moverse, sin abatir las alas. Después acababan en cualquier charca o laguna y se alimentaban de peces diminutos, moluscos o hierbas acuáticas. Su tono rosa capote daba calor al humedal. Manchas de color magenta empezaban a expandirse como plagas, cubriendo la tierra. Teñían de rubor las marismas. Las desembocaduras del Guadalquivir y el Guadalete eran zonas de paso de aves migratorias, y esta era una de las mejores épocas del año para salir a verlas, el invierno.

Caminó, cada vez más alejada de su padre, hasta alcanzar una zona de agua embalsada. Allí se quedó disfrutando del espectáculo; una veintena de flamencos desayunaba. Era fácil distinguir a los más jóvenes con su plumaje grisáceo mientras los adultos lucían su característico rosa, la cola bermellón y el pico oscuro. De repente, dio un respingo al ver junto a ella un gran ejemplar que se le había acercado por su derecha sin que se hubiese percatado; había salido de entre unos juncos; levantando sus largas patas se colocó frente a ella; parecía mirarla con curiosidad con sus ojillos áureos. Despacio, pasó por su lado y siguió su camino hasta reunirse con seis ejemplares más.

Blanca escuchó el retumbar de un disparo y el ejemplar cayó herido de muerte ante sus ojos. Los demás elevaron el vuelo gritando y huyeron. No podía dar crédito... Su padre jamás dispararía a un flamenco, y en esa zona eran pocas las personas con autorización para cazar. Se trataría de furtivos. Las marismas estaban llenas. Sobre todo en años difíciles como ese, en los que la sequía malograba las cosechas y muchas familias pasaban hambre; la gente se saltaba las prohibiciones a la torera y, escopeta al hombro, se dedicaba a la caza furtiva.

Aquello no le gustaba nada; era peligroso. No sería la primera vez que se producía un accidente. Ella había estado en la trayectoria de la bala; podría haber resultado herida. Levantando una mano, dando voces, avisando de que allí había

alguien, terminó por levantarse y mirar, pero quien quiera que fuese que hubiese disparado había huido ya, alertado por sus voces, y no había acudido a recoger su pieza. Ya lo haría luego; posiblemente al anochecer.

—¿Estás bien? —le preguntó en ese momento su padre, que aparecía unos metros más a la derecha, por el camino que venía desde el caño de Zurraque.

—Sí, pero podrían haberme dado. Marchémonos. Cuando hay furtivos, te la juegas. En cualquier momento te pueden volar la cabeza. Acerquémonos a Chiclana y demos parte al alguacil. Ese hombre podría haberme matado.

Su padre asintió para inmediatamente después añadir que esperara a que se cobrara su última pieza. Cuando había sonado el disparo, tenía a tiro a un magnífico ejemplar de avoceta. Terminaría y se irían; además, ya iba siendo hora. El vizconde le dejó a su hija la cuerda que llevaba Crispín con al menos cinco aves colgando y se marchó con su criado mientras Blanca se sentaba sobre el tronco de un árbol caído a esperar. Un rato después escuchó el disparo y supuso que su padre habría por fin terminado. Pero no fue al vizconde a quien vio aparecer, sino a Crispín, que, con la cara demudada y las manos ensangrentadas, venía corriendo.

—Le han dado, señorita, le han dado... A su señor padre... Corra, está herido. Lo han reventado, sangra mucho... —se limitó a decir el chico, asustado.

Blanca abandonó las piezas cazadas y el zurrón con la pólvora y corrió entre las dunas; levantándose la falda —debajo de la cual llevaba unos pantalones— se metió hasta los muslos en el agua, avanzó por esa jungla de carrizo y se acercó hasta las proximidades de un viejo molino abandonado, donde su padre estaba, en el suelo, recostado en un árbol, con la cara blanca y la mano cerca del pecho, intentando taponarse la herida.

—Me han matado —se limitó a decir, y su voz sonó débil y lejana.

Blanca supo que era cierto. Lo cogió de la mano intentando negar la evidencia, darle ánimos, y después, destapándole la herida, lo miró con el corazón en la boca. La sangre salía a borbotones. Llorando, pero con serenidad, se rasgó una manga de su camisa —la enagua estaba embarrada por completo— y se la ató en un intento desesperado por cortarle la hemorragia, por sellar la puerta.

—¡Rápido, ve a buscar ayuda! ¡Corre a por un médico, haz algo, maldita sea! —le gritó al chico.

Crispín salió volando. Blanca limpió el sudor frío de la frente a su padre y después se levantó para mirar si el canalla que le había disparado seguía en las proximidades.

—¡Hijo de mala madre, déjate ver...! ¡Has matado a mi padre! ¡Criminal! ¡Esto no quedará así! —gritó, histérica, sin que, aparentemente, nadie la escuchara.

Hacia unos instantes le había parecido oír el crujido de unas ramas a su izquierda, y decidió ir a investigar, con la sensación de que alguien la observaba. De que el peligro no había terminado. Cargó el arma, dejó a la víctima e intentó descubrir huellas impresas en el barro aún fresco, ver de dónde procedían. Eso había que hacerlo cuanto antes, si no, subiría la marea y desaparecerían. No podía esperar a que Serrano, el viejo alguacil de Chiclana, mandase a sus hombres. Para entonces, no quedaría ni rastro. Después de un rato, en el que lo poco que pudo comprobar eran las pisadas impresas por su propio padre y Crispín, volvió junto al herido, que con voz lastimera la reclamaba.

El mediodía había pasado y ni siquiera se había acordado de comer. Tenía un nudo en el estómago y solo rogaba que Crispín regresase cuanto antes con ayuda. Sabía que mientras volvía sobre sus pasos, recogía la lancha, llegaba al cortijo, buscaba ayuda y regresaba, podían pasar horas. Estaban en invierno, el sol empezaba a declinar, a chocar, desvaído, con el horizonte, y cada vez hacía más frío. Aunque llevaba un grueso chaleco acolchado, se había tenido que quitar la gruesa pelliza de piel que usaba cuando salía al campo para echársela a su padre por encima; este estaba prácticamente inconsciente, aunque había momentos en que parecía reconocerla y hacía intentos de hablar.

Ella le rogó que callara, que reservara sus fuerzas; las iba a necesitar. Según oscurecía la tarde, Blanca temió que llegara la noche, subiera la marea, inundara algunos accesos y, entonces, fuera imposible encontrarlos. Si su padre tenía que pasar allí la noche, moriría con toda seguridad, y ella igual, pero de frío. Con la ropa húmeda y rígida del barro, intentó recoger ramitas y hacer una pequeña hoguera, pero estaba todo calado. Las ruinas del viejo molino estaban demasiado lejos para que pudiera trasladar por sí sola a su padre a rastras. Finalmente, desesperada, lo movió por la arena hasta un talud cercano que al menos los protegería a ambos del intenso viento que se estaba levantando. De vez en cuando se ponía de pie y gritaba a pleno pulmón, llamando a Crispín en un intento por orientar al muchacho en caso de que ya estuviera cerca.

—Blanca... —Oyó a su padre llamarla—. Blan-ca... —La voz era tan débil que no se le entendía nada. La respiración agitada del hombre crepitaba por el esfuerzo.

—Sí, padre, tranquilo, dormid... Crispín va a llegar enseguida.

—Blanca, no, escúchame... —logró decir, y lágrimas calientes rodaron de sus

ojos—. Te quiero... A ti y a tu hermana. Cuida de Elsa y... cástate con Fernando.
—Y esto último sonó remoto, como si dudara de exigirle algo así.

—Padre, por favor —le rogó—, no me pidáis eso... Por favor.

—Júramelo; júrame que puedo irme de este mundo con la tranquilidad que da el saber que dejo a mis hijas en buenas manos... Y cerrad el pleito, olvidaos de esas tierras.

—Padre, por el amor de Dios, no digáis eso. No vais a morir, y además...

—Está bien; si no quieres jurarme eso, al menos prométeme que no te casarás con un vulgar gabacho... ¿Me escuchas? Se avecina una guerra, no te equivoques de bando —dijo.

—Sí, padre —le contestó, llorando, abrazándolo. Se le iba, y aquella impotencia la hundía.

—Eres la encargada de cuidar con dignidad del legado que te dejo.

—Está bien, padre, lo juro, lo juro, pero ahora dormíos. Está al llegar Crispín —le mintió.

El frío, el cansancio y el miedo mantuvieron a Blanca en duermevela durante horas. Se había echado la noche, y, como se temía, no los habían encontrado. A esas horas sería ya casi imposible que dieran con ellos; durante un buen rato gritó y gritó, sin contestación alguna. Finalmente, cayó arrodillada y abrazada a su padre, intentando darle calor, mantenerlo con vida, pero, agotada, se durmió. Era aún noche profunda, pero empezaba a clarear por cabo Trafalgar, cuando oyó voces; distantes, pero en el silencio total de la alborada las había percibido con claridad. Despertándose sobresaltada, reconoció a Crispín. Venían a buscarlos. Se levantó de un salto y comprobó que estaba congelada y entumecida; que apenas se tenía de pie.

—¡Crispín, Crispín..., aquí! —gritó moviendo un palo con un trozo de tela para hacerse más visible.

Luego oyó un disparo; los habían encontrado. Respiró tranquila. Limpiándose los ojos de lágrimas, se agachó a darle la buena nueva a su padre. Su mano estaba helada. Apenas había luz, pero, aterrada, comprobó que sus ojos estaban abiertos de par en par fijos en el firmamento, clavados, inmóviles. Estaba muerto. Se había ido y ella no se había dado cuenta; se había quedado dormida. Sintióse culpable, llorando como una posesa, se abrazó a él. Así la encontraron Crispín y los hombres que se habían movilizado en su búsqueda.

SEGUNDA PARTE

CÁDIZ, 1810

13

Durante un buen rato Alexander se entretuvo cotilleando por el catalejo mientras las aves aleteaban con sus graznidos entre el bosque de velámenes de las embarcaciones. Se estaba yendo la luz, el sol estaría ya camino de las antípodas y apenas se distinguía el nombre de los dos barcos que había fondeados junto al suyo. Uno era la fragata británica Loire y el otro, un navío de línea español de sesenta y cuatro cañones, Dragón. Los faroles arrancaban destellos a la madera de teca, caoba y roble —resistentes a la carcoma y a los gusanos— de la popa de ambas; sus balconadas, menos recargadas que las de tiempos pasados, empezaban a iluminarse en su interior como luciérnagas gigantes. La luz de unos candelabros proporcionaba un aura cálida a las salas de oficiales, donde ya se apreciaba movimiento.

El contramaestre Robbin, un auténtico experto en lo relativo a la construcción de barcos, había comentado esa misma mañana que aquel buque español había sido construido hacía veinte años en los astilleros de La Habana, los más grandes e importantes del imperio español. A la vista quedaba también la proa de otro navío que mostraba una figura de león engallado en su mascarón de proa. Más lejos, y ya poco visibles debido a la neblina que empezaba a extenderse como una mancha de aceite, se mecían los barcos prisión con reclusos franceses, la mayor parte oficiales y tropa del almirante Rosilly —que habían sido detenidos por los españoles en la bahía de Cádiz al inicio de la guerra— y prisioneros de la batalla de Bailén. Sobrevivían hacinados en las oscuras bodegas; la mayoría llevaba cerca de dos años en unas condiciones pésimas en aquellas insalubres cárceles flotantes, barcos desmantelados que los españoles llamaban pontones y que atendían a nombres como El Terrible, La Horca, El Argonauta o El Castilla la Vieja. Fuertemente vigilados por lanchas cañoneras españolas, que pasaban a esa hora revista, parecían siluetas siniestras en la noche. Un infierno emergido del fondo del océano con su coro de lamentos. En la distancia se escuchó con claridad el característico «¡Centinela alerta!» y la contestación desde el puente de algún navío:

«¡Alerta está!».

Una de aquellas lanchas pasó en ese momento en dirección a los citados pontones; acudía de refuerzo ante la algarabía que sonaba en uno de los puentes. Algo debía de estar pasando. Desde la península del Trocadero y el fuerte de Matagorda se oían disparos intermitentes, barridos, y el fuego enemigo hacía relampaguear luces en el cielo, cada vez más oscuro. La guerra hacía arder la oscuridad y pintaba de rojo el negro.

Alexander permanecía solo en cubierta; la mayoría de sus hombres seguían de parranda en tierra, y en el camarote de oficiales el sargento Wolf, el teniente Morgan y el contraamaestre Sunders se jugaban unas guineas a los naipes y bebían unas copas de oporto entre risas y pullas. Los mandos no estaban con ellos. El vicealmirante Purvis estaba en tierra, junto al general Graham, asistiendo a una reunión con el embajador, sir Henry Wellesley, y sir James Duff, el experimentado cónsul británico en Cádiz desde hacía décadas.

Alexander Paddon era ahora capitán, segundo al mando en el navío Temerario y un magnífico marino, pero en esta ocasión Graham le había asignado al servicio de inteligencia y contraespionaje, a las órdenes directas de Wellesley, que pretendía poner en marcha, a la velocidad el rayo, una red de informantes que le permitieran conocer las maniobras de sus aliados —de los que no se fiaban ni poco ni mucho ni nada—, la situación tierra adentro, el auténtico control del territorio del ejército de ocupación a las órdenes del mariscal Victor, el caos reinante y la aparición de una resistencia aguerrida y anárquica a la que podrían echar una mano a cambio de que les facilitaran operaciones de otra manera imposibles que podrían romper su frágil alianza con el Gobierno español.

La experiencia de Paddon tiempo atrás en estas lides y su conocimiento del idioma español le permitían acceder a determinada información que les estaba vetada a otros militares de su rango. Aquella decisión le había supuesto en principio un disgusto —temía que algún colega lo acusara de cobarde por no tener que estar en primera línea de fuego, y además él prefería la acción a la tensión y el tejemaneje de los despachos oficiales—, pero al final había comprendido la enorme importancia y responsabilidad del trabajo que desarrollaría y los contactos profesionales que establecería, que lo harían ascender y galopar en su carrera. Allí se codearía con los más altos mandos y tendría acceso a una información al alcance de pocos.

Durante meses se había preparado en Londres. Se había puesto al día con el idioma y también con temas relacionados con la política española: sus bandos,

sus partidos políticos, las logias secretas que estaban naciendo como setas, los contactos con los revolucionarios americanos... En su cabina le habían dejado esa misma tarde un cerro de papeles: recortes de periódicos locales con las últimas noticias de Cádiz; listas con los nombres de todos los personajes relevantes de la vida social, empresarial y política gaditana; documentos secretos; correos interceptados al enemigo francés... Pero aquel día no estaba para asuntos tan enjundiosos. Tenía la cabeza en otro sitio.

¡Qué sorpresa! Todavía estaba asombrado por el descubrimiento. Sin duda, aquella deslumbrante aristócrata era su Blanche. Cerrando los ojos, dejó que la brisa despeinara su cabello y los cantos de sirena lo arrastraran a las profundidades marinas. A aquella madrugada, como náufrago de Trafalgar, a la tormenta que le había hecho encallar en esa orilla, a sus manos retirándole las vendas, al sabor a caramelo quemado de sus labios...

El sonido de un clarinete que —seguramente Lagley— andaban tocando en cubierta, matando las horas como el resto, le remitió al baile de la noche anterior. ¿Había sido un espejismo? ¿Aquella sofisticada dama era Blanca? ¿Su Blanca...? Cuando la vio, quedó petrificado. Y, desde entonces, había entrado en un bucle emocional interminable. A medio camino entre el miedo y el deseo. Entre la autoflagelación por su cobardía de antaño y la esperanza de una segunda oportunidad. Entre la preocupación por lo que sentiría al descubrir que la engañó también en eso, en que era inglés, en lo que haría con respecto a ella a partir de ahora.

Últimamente había soñado con ella; en realidad, nunca la había olvidado, pero desde que supo que embarcaría con destino a Cádiz, su recuerdo se había vuelto persistente, pegajoso. Como si su sola proximidad lo hiciera caer en un hechizo. Se había intentado calmar diciéndose a sí mismo que, aunque volviera —si es que terminaban los españoles permitiéndoles la entrada en la bahía—, sería difícil que coincidiese con ella. A esas alturas habría abandonado el convento, se habría casado, tenido hijos y convertido en una rolliza matrona. En todo caso, él no tenía ningún derecho a reaparecer en su vida y trastocarla. A desimantar su brújula. No sería honrado hacerle algo así. Él había terminado con todas sus ilusiones hacía años con aquella carta. Aquel había sido su fin. Incluso era posible que ella no lo recordase o no quisiese hacerlo. No podría reprochárselo...

Desde luego, lo que en ningún caso había imaginado era encontrársela la primera noche, nada más desembarcar, convertida en una sofisticada damisela.

Estaba más delgada. Él la recordaba con unos rasgos más dulces, más aniñados. Le había parecido que la suya era una mirada dura, un puñal. Muy distinta a la de la sencilla e inocente muchacha a la que un día había besado. A la adolescente cuyos cimientos había hecho temblar. Tampoco su pareja se parecía al hombre con el que él había supuesto que se casaría. La había imaginado junto a un tipo burgués; joven, pero con barriga y aspecto aburrido... Desde luego, no junto a un dandi, a un apolo con chaqué. El caballero que la acompañaba la noche anterior y que, a tenor de las confianzas que se tomaba, debía de ser su pareja, era un hombre muy atractivo, y a la vista estaba que distinguido y rico. No había podido evitar sentir un ramalazo de celos al verlos marcharse juntos. Como si le estuvieran robando algo, como si le propinaran una patada en el estómago.

Después de que desapareciera de su vista, había respirado a la vez angustiado —le habría gustado poder hablar con ella a solas unos minutos sin llamar la atención— y tranquilo. Había aparecido así, tan de repente, que había desbaratado todas sus defensas en un instante. Mientras, había estado en aquel pasillo intentando decidir qué hacer: ¿acercarse a ella y saludarla con normalidad, como si solo fuesen viejos conocidos? ¿Preguntarle cómo estaba? ¿Si podrían volverse a ver? Había estado ido.

En medio de tanta indecisión, ella se había ido, y ahora no sabía si volvería a encontrársela. La sola idea de volverla a ver le producía vértigo. Ni siquiera sabía cómo se llamaba ahora, dónde vivía o cómo podría localizarla. Pensó en un golpe de lucidez que lady Holland, que conocía a toda la alta sociedad gaditana, podría darle respuestas. Tendría que visitarla la próxima vez que bajase a tierra. Aquella idea lo tranquilizó, aunque era lo último que la razón le aconsejaba hacer. Meterse en ese avispero. Lo más lógico sería saludarla amigablemente y dejar el pasado a su espalda. No debía buscarla. Podría ponerla en un aprieto, o ponerse él. No era buena idea remover las cenizas. «Donde una vez hubo fuego siempre quedaban ascuas», que diría su madre.

Los pensamientos racionales le duraron un latigazo. Lo mismo que la nueva oleada de incredulidad que lo embargaba desde hacía veinticuatro horas. ¡Es que era tan asombroso...! Al principio incluso había creído estar viendo visiones. La mujer que tenía delante de él se parecía a Blanca, pero no podía ser ella. La sorpresa inicial —por un instante sopesó que pudiera tratarse de una hermana o de algún familiar— había dado lugar a la sensación, avasalladora y paralizadora, de descubrir que sí lo era... ¡Que era ella! Que no era una alucinación fruto de su mente. Que aquella mujer era la misma con la que llevaba soñando en secreto

desde hacía tiempo y a la que había relegado a la exclusividad de su mundo interior.

Sabedor de que jamás sería suya, se había conformado con hacerla vivir en su imaginación. Con hacerle el amor cada noche en cuerpo y alma —durmiese con la mujer que durmiese— y hacerla desaparecer por la mañana como un prestidigitador. La noche, la vigilia, era su territorio común. El día, la vida real, era otra cosa. Ella no pertenecía a la vida real, al sucio mundo... A veces incluso parecía que jamás hubiese existido en realidad, que se la hubiese inventado, ¡pero ahora estaba allí! Al alcance de su mano..., y eso —pensó mientras le daba un trago a su refinada copa de cristal de Bohemia— era algo maravilloso y aterrador. El destino volvía a jugar a Cupido. Y concluyó que eso debía de ser por algo. «El azar no existe», que repetía su abuela.

Desde que había quedado viudo hacía dos años, se había negado a volver a contraer matrimonio, aunque candidatas y presión no le habían faltado. Había preferido pasar el tiempo en su club de Londres con sus amigos y disfrutar de cortesanas, amantes ocasionales o mujeres mundanas que le proporcionasen placer sin complicaciones. La experiencia matrimonial había sido un desastre, y no tenía intención de repetirla. Lo único que no detestaba de su enlace con Margaret era su hija, Amy, que se había quedado —tras el fallecimiento, inmediatamente posterior al de Margaret, de su suegra— con su hermano Peter y su cuñada Alice. Esta llevaba tiempo deseando tener descendencia, sin lograrlo. Su hermano y su cuñada habían aceptado encantados el encargo que les había hecho de que cuidaran de su pequeña mientras él estaba en alta mar. Además, eran sus padrinos. En caso de que él no regresase, ellos se ocuparían de la niña. Aquello le había dado una gran tranquilidad.

—Capitán Paddon, ¿escucha las voces? —le preguntó el grumete Capel, un joven de trece años con nariz de púgil—. Dice el sargento Wolf que son los franceses del barco prisión. Ha habido un motín y han matado a dos oficiales de guardia. Hay un lío tremendo ahí enfrente —dijo mientras tiraba al mar los baldes llenos de agua sucia de limpiar las cubiertas.

El sargento May traía nuevas. Era el pontón Rufina, en el que estaban encarcelados los franceses civiles que vivían en Cádiz en el momento de la ocupación napoleónica. Habían sido detenidos para evitar su espionaje y trasladados a ese barco. Dos de ellos, contaba May, se habían tirado por la borda después de matar a los oficiales de seguridad. Dada la precariedad de condiciones en que vivían en estas cárceles flotantes, eran muchos los que fallecían a diario.

Sin más, eran tirados por la borda cada anochecer. Y eso habían pretendido esos dos fugados, hacerse los muertos y, flotando, llegar a la orilla controlada por los suyos. Antes, los habían acribillado a balazos.

Hablando estaban de ese asunto con Capel cuando alguien le dio un manotazo por la espalda.

—Vamos, Paddon, ¿qué diablos hace aquí solo? ¿Le sientan mal las fiestas? —le dijo uno de sus mejores amigos en aquel buque, el cirujano William Major.

Solían charlar y tomarse algo juntos todas las noches después de que el doctor terminase de anotar todas y cada una de las asistencias prestadas a los enfermos de su navío, limpiar su instrumental, apuntar las novedades y organizar su botiquín.

—La verdad es que estar aquí anclados se hace tedioso —le contestó él, más pendiente del brillo de las estrellas y del ritmo alocado de su corazón que de otra cosa.

—Ya, tedioso... Lo que le hace falta, querido amigo —le dijo el cirujano encendiéndose una pipa—, es una mujer. Ya verá cómo se le acaba el aburrimiento.

Y Alexander se echó a reír. Eso era lo último que deseaba. Hasta ahora había sabido que su corazón no corría peligro y que la razón planearía su futuro... Pero todo había cambiado. Blanche podía volver a poner su vida patas arriba, arrastrarlo al caos. Si la inocente jovencita consiguió que casi lo desheredaran, la mujer experimentada que se veía que era hoy le daría jaque mate en un suspiro. Su tranquilidad emocional acababa de estallar. Se sabía al borde del precipicio.

EL ARRECIFE

El carruaje avanzó en medio de la pavorosa oscuridad con prisa. Llovía, y los caminos estaban atestados de enemigos, refugiados, desertores, hombres hambrientos y criminales. Aurora Ramírez apremió a su cochero a que cruzara aquella lengua de tierra que la separaba del pueblo. Desde hacía unos días se sentía insegura, asustada. Barruntaba un golpe siniestro. Los gritos de «¡Putas de los franceses!» y «¡Traidora!» los llevaba grabados a quemarropa. La exigencia esa noche del capitán Fablet de que le tradujera un interrogatorio a un salinero

detenido hacía dos días por robar a un destacamento la había incomodado. Que la vieran de noche acudir al campamento francés la haría parecer una cosa que no era.

—Sooo —escuchó de repente. Y luego un bamboleo de vértigo, vueltas como en un tiovivo, un golpe seco, el carruaje revolcándose en el barro... ¿Un accidente? Gritó de terror y se alegró de ver a un grupo de hombres fuera, con manojos de juncos encendidos, que se le acercaban. Estarían desembarrancando alguna otra tartana, algún carro. Sacó el brazo por el cristal roto y pidió ayuda. Un tipo zancudo con bigote plisado abrió la portezuela y la sacó a rastras. Aurora Ramírez lloró sin comprender aquella agresión innecesaria. Pero pronto se hizo la luz en su cabeza. ¿Venían a matarla? Se meó en las medias.

—Putas del francés, maldita traidora —le dijo uno de ellos, y Aurora retrocedió hasta darse de bruces contra el caballo, que se había roto la pata y, entre alaridos, tiraba como loco del arnés. El cochero se veía en el suelo malherido. Ella señaló al hombre, observó que el vuelco había sido un sabotaje, que la habían hecho volcar cavando un agujero en el barro, que la estaban esperando, que querían darle un escarmiento, que la habrían visto salir hacía unas horas camino del campamento galo, que la tenían en la diana hacía tiempo.

—No soy su puta, solo me han pedido que les tradujera en un interrogatorio —trató de excusarse. El del bigote le sacudió un bofetón que le abrió el labio. Un espumarajo de sangre le goteó cuello abajo—. ¡Os juro que no soy una traidora, que no me ha quedado más remedio que ayudarlos para no verme en la calle! Como muchos de vosotros, no puedo hacer otra cosa que plegarme a sus órdenes. Todos estamos ahora bajo sus botas.

—Unos más que otros. Mátala, Antonio, dale boleto —dijo otro individuo que Aurora creyó reconocer como un maestro de la academia de Isla de León en la que durante dos años ella dio clases de francés; sin rendirse a la mirada de ciervo aterrado de la señorita Ramírez, le descerrajó un tiro que reverberó en el arrecife. Luego se hizo el silencio.

De madrugada, dos trajineros de Vejer se encontraron el regalito sin envoltorio. Una mujer, desnuda de cintura para abajo, yacía muerta en el camino, junto a un carruaje destartado al que habían robado hasta los asientos y un cochero inconsciente. Un cartel en madera tallada a punta de navaja lo explicaba: «Putas colaboracionistas». Los trajineros le escupieron encima y siguieron antes de que los encontrara alguna patrulla francesa. El capitán Fablet daría un escarmiento y lo mejor era estar lo más lejos posible de allí. No ponérselo a

huevo.

BAHÍA DE CÁDIZ

—Señora, ya ha llegado el Genaro. —Perico anunció a su ama al truhán con aspecto de corsario que los esperaba en la arena de la playa junto al embarcadero de la Hijosa.

El contrabandista estaba acompañado, fumando junto a otro tipo bajo y cebón, mientras en la cubierta de un bote ¿de pesca...? —le extrañó a Blanca— dos chicos estibaban el equipamiento y otro recogía el ancla para echarse a la mar. Después descubrieron un cañón pequeño y colocaron los barriles de pólvora a cubierto. A su espalda, un joven negro que había sido betunero en la plaza de San Juan de Dios, oficio que había abandonado por el más lucrativo de contrabandista, andaba cargando mantas, medicamentos, fusiles para la insurgencia, fardos de tabaco y ropa vieja. El día, que aún estaba lejos de abrirse, era de los de levante con calma. El cielo era, a esas horas, una faja aterciopelada cuajada de perlas, un manto virginal ajeno a la violencia en tierra. La bahía de Cádiz era una gargantilla de luces y de sirenas de alarma. La guerra parecía un escenario.

Blanca de Malvar, envuelta en su capa, comenzó a acercarse a ellos tras bajarse de su carruaje; mientras, Perico se le adelantaba y saludaba cordialmente a Pineda, conocido suyo de toda la vida —se habían criado juntos en el Boquete, cerca de la calle de la Merced, un lugar de chusma portuaria, tabernas y furcias, un barrio de traficantes—. Aquello era tradición en Cádiz desde siempre, desde los romanos a la Berbería o Barba Roja, Drake o las hordas musulmanas. El corso, el tráfico de todo y el trapicheo era su santo y seña, y el paso del estrecho de Gibraltar daba más miedo que un nublado a cualquiera que surcara esas aguas traicioneras. La bahía de Cádiz era un hervidero de piratas. Una trampa gigantesca.

Blanca avanzó a duras penas entre las inestables dunas y miró a cierta distancia la escena; los hombres de Pineda trabajaban deprisa preparándolo todo mientras el acompañante parecía estar pagándole algún trabajito. Así, en la oscuridad, Pineda no era precisamente seguridad lo que daba. Las anchas mangas de la

camisa blanca, remangadas, le colgaban como velas ondeantes, sus poderosos brazos parecían jarcias. Llevaba trabuco al cinto y una coleta enratonada, un sombrero de almirante birlado y un pitillo cosido a la boca.

—Señorita... —Se limitó a saludarla así. Inclinando la cabeza, le señaló su bote, que ya tenía la vela desplegada y contaba con un hombre al timón—. Partiremos cuando quiera.

Blanca carraspeó, pensando si no estaría realmente loca por atreverse a hacer aquello, pero el momento de duda desapareció; ayudada por su sirviente, se levantó las faldas y se subió a la lancha. El timonel y su jefe hicieron una rápida maniobra y envolvieron las palas de los remos en trapos para impedir que el chapoteo al introducirse en el agua alertara al enemigo, que desde hacía días había ido tomando posiciones a lo largo de más de veinticinco kilómetros de costa. Cinco leguas. Hasta las ocho de la mañana habría un continuo trajín de lanchas bombarderas patrullando la bahía, de un lado las españolas y de otro, las francesas. El I Cuerpo del Ejército Imperial a las órdenes del mariscal Victor, responsable del sitio a Cádiz, extendía su poderío desde el Puerto de Santa María hasta Chiclana. Había riesgo de que les dispararan los franceses o de caer por el fuego de los suyos. Aquellas expediciones nocturnas eran de alto riesgo.

—¿Ha bajado de categoría o es para desanimarme? —preguntó ella, chistosa, mientras él tiraba al océano la colilla, que cayó al agua haciendo el salto de la rana.

—Desde hace una semana la Regencia ha promulgado que cualquier barco sin identificar sea capturado y los hombres, detenidos. Solo se respeta a los pesqueros, ¡que la gente tendrá que comer algo! En este bote de pesca iremos más seguros, pero lentos de cojones. Pasará biruji.

—Voy abrigada. ¿Pero no se había pasado usted al lado de la ley por una vez en su vida? ¿No me dijo que iba a poner su balandro al servicio de la Marina?

—Sí, pero eso será cuando regrese de estas vacaciones —dijo señalándola a ella.

—Vamos, que no piensa desaprovechar la ocasión para meterse algo al bolsillo.

—Digo...

Arrebujada en su capa, con la capucha echada y unos guantes, Blanca se sentó al lado de Perico. Este empezó a deslizarse, sigiloso, por la superficie negra y plateada de las frías aguas del Estrecho. El faro de San Sebastián proyectaba intermitentemente fogonazos de luz que permitían ver las siluetas recortadas de las naves de guerra inglesas y españolas que había fondeadas en la bahía, con sus

aparejos bajos y sus velas recogidas.

Sonó un retumbar que a Blanca le heló la sangre:

—¡Zooom!

Los franceses disparaban con una frecuencia cada vez mayor, como si les hubieran dado cuerda. No tenían mucho alcance sus bombas, pero, aun así, atemorizaban al respetable.

—Tome —le dijo Pineda acercándole un trapo manchado de negro betún—. Mánchese la cara. Conviene reflejar la menos luz posible —le dijo después de que él se hubiera colocado ya por encima una especie de capa encerada negra.

—¿De verdad que controlan toda la zona que dicen? —le preguntó Blanca.

—Más o menos —dijo el hombre mientras continuaba dirigiendo el bote—. En un par de semanas ya han logrado ocupar toda la costa hasta Tarifa. Lo que ve —dijo indicándole las débiles luces que se apreciaban en la distancia— son fuegos de campamento franceses. Han colocado sus barracones y ocupado pueblos y granjas. La gente está huyendo despavorida, tiesa. Hay por aquí un trajín de mil demonios, parece una procesión de Semana Santa.

—No me extraña que Cádiz esté lleno —dijo ella—. ¿Sabe cómo está la cosa por Conil?

—Jodida. La única noticia buena es que Valdés controla buena parte de la línea que separa el caño de Sancti Petri y ha empezado a hacer incursiones por las marismas y a dar sustos a esos cabrones de franchutes. El castillo lo han ocupado los *ingreses*. Chiclana y Conil están tomadas por los galos. Yo que *usté* me lo pensaría dos veces antes de ir *pallá* —dijo volviéndose—. Aún está a tiempo. Si lo ordena, doy media vuelta en un santiamén.

—No, desde luego que no. Seguiremos con el plan e iremos a Conil. Conocemos bien el laberinto de caños y canales para llegar. Lo primero será ir al convento de la Victoria.

—Será como ordene. Pero le advierto a usía de que, en las condiciones actuales, no le puedo asegurar que lleguemos enteros. No sabemos qué zonas han quedado ya anegadas, dónde están ubicados con exactitud los destacamentos franceses. La zona es un caos... Pero lo intentaremos.

—Confío en vuestra pericia. Prometo recompensaros generosamente. Y lo del anillo... Quería hablaros de eso. ¿Podría cambiar de seña? ¿Ese anillo por otro? ¿Lo ve factible?

—*Pos* no —dijo Pineda—. Ya le he dicho que lo mejor es que deje usía lo de la partida. La cosa está bien jodida, y tarde o temprano darán con *usté*. Son su gente,

y están moviéndose en su terreno. Los franceses no son gilipollas, la identificarán.

—Lo dudo. Ser invisible es una de las pocas cosas buenas que en este caso tiene el ser mujer. No pensarán ni remotamente que pueda ser yo. Pero no me ha contestado. ¿Podría cambiar de contraseña? Lo digo por algo... Uno de los ingleses que apareció la otra noche en la cena de gala, que desembarcó con Graham, estuvo en el convento en Conil cuando...

—¿Y no lo rajaron? —preguntó Pineda, asombrado.

—No lo sabíamos. Nos engañó. Pero a lo que iba: por entonces yo llevaba puesto ese anillo. —No le habló de su romántica escena en la tinaja de agua—. Podría recordarlo, identificarme.

—No lo creo..., pero debería controlar a partir de ahora a ese cabrón. Ya sabe, al enemigo hay que atarlo en corto, no darle la espalda. —Y Blanca maldijo en arameo. Lo último que esperaba era tener que acercar distancias con aquel desgraciado. Le hervía la sangre solo de imaginárselo—. Y no cambie el anillo. Su red funciona de forma independiente *pa* que no haya chivatazos. Cambiarlo a estas alturas sería más peligroso que mantenerlo. Pondría a su gente en peligro. De todas formas, si puede, vaya dejándolo. Al menos un tiempo. No se lo había dicho antes *pa* no asustarla, pero han puesto precio a su cabeza.

—¿A la mía?

—A la del jefe de la partida del Flamenco.

—Pero hay otras partidas en zona ocupada... ¿Por qué tendrían que buscar la mía?

—Porque funciona en el territorio más sensible. En un laberinto de agua que es un puto coladero, por el que están huyendo desertores franceses, refugiados sin control, perseguidos. Por el que se están introduciendo medicamentos, armas... Valdés ha aumentado el control de la zona, sobre todo ahora que la Regencia y los diputados se han establecido en Isla de León. Quiere hacer de los Caños un verdadero foso impracticable. Una muralla de agua. No pueden permitir que siga entrando personal en Cádiz sin control. Enfermos, espías, criminales... entre la turba de refugiados. Necesita controlar esa zona, y sabe que mientras haya partidas y mercenarios actuando, será imposible. Está usía advertida. Cásese y deje esto a los hombres.

—¿Cómo se atreve? —le dijo ella empujándolo. Él se limitó a darse la vuelta.

Después de aquella charla, callaron todos. Las luces de Cádiz se iban ahogando en la distancia. Desde el mar y a la escasa luz de la luna, la ciudad amurallada se veía inexpugnable, más con los barcos que había protegiéndola. A pesar de la

ocupación francesa del arco costero y de las bombas, había movimiento en sus aguas: faluchos, botes, jabeques privados que seguían yendo y viniendo con cargas de todo tipo. Si antes el mar era una arteria vital para abastecer a la ciudad, ahora, con las comunicaciones por tierra cortadas, lo era aún más. Muchos ya se frotaban las manos porque presentían que, con el sitio, su agosto acababa de empezar.

También había un importante tráfico de personas. Había gente procedente de otros puntos de la península, ocupada por franceses, que necesitaban entrar en Cádiz como fuera y ponerse a salvo. A cambio de unos cuantos doblones, podían sobornar a centinelas en el puerto o a funcionarios en la aduana para que les pusieran el sello que les permitiese circular libremente. La Regencia había extremado las medidas de seguridad ante la avalancha que se había producido de forasteros. Temía que, junto a los refugiados, y al ejército internacional, se multiplicasen los golfos, ladrones y espías de toda condición. La Cárcel Real se había llenado en unas semanas y en el castillo de San Sebastián habían fusilado ya a varios traidores acusados de pasar información al enemigo. Justo en ese momento, otro bote, con una familia entera dentro, se cruzó con ellos. Procedente de Vejer, se dirigía a Cádiz.

—Esa *probe* gente se ha quedado sin *na* —dijo Perico—. Pancho, el marido de la Curra, ha tenido que huir igual. Le quemaron la taberna ayer. No tienen dónde caerse muertos. Huyeron con lo puesto y se han refugiado con la familia en el Boquete.

Blanca seguía atenta a lo que contaban. En su palacio vivía bien, y aunque sabía en teoría lo que estaba ocurriendo, una cosa era leerlo en los periódicos y otra, vivirlo de primera mano.

Durante horas, ya aterida de frío, aguantó sentada, inmóvil, en la pequeña embarcación. Tensa. Sabía que ya estaban llegando y que el laberinto de canalizos era traicionero. Aquí y allá seguían sonado, esporádicamente, disparos. Los franceses habían dado la voz de alarma en una ocasión y una ráfaga de tiros había salido entonces, procedente de una batería camuflada entre taludes de tierra, obligándolos a echar cuerpo a tierra, a la panza de la barcaza. Su capa rezumaba humedad y salitre. Daba asco. Luego su timonel había metido velocidad y la embarcación se había deslizado aprovechando las corrientes, huyendo a toda prisa.

Antes del amanecer llegaron a Conil, y en una cala escondida desembarcaron. Dos trajineros en una tartana estaban esperándolos. En el carronato se tumbó

junto a Perico y el contrabandista los ocultó echando por encima paja, sacos y mantas. Despidiéndose de ellos en voz baja, dio una palmada a la mula y esta echó a andar. Los esperaba al anochecer para llevarlos de regreso a Cádiz; o, si insistía mucho la señorita, a Chiclana.

La tartana fue traqueteando por el camino. La luz del amanecer acribillaba las mantas agujereadas. Blanca comprobó que, en aquel corto espacio de tiempo, el que transcurría desde Torre Bermeja a la población, el carromato había tenido que detenerse dos veces. Soldados franceses, con sus capotes y tricornios, les echaron el alto. Pidieron la documentación al cochero —a quien debían de conocer de otras veces, porque apenas le molestaron— y le dejaron seguir. Blanca tenía la garganta cerrada del miedo. No verles la cara era peor. Lo invisible horrorizaba. La paja le daba ganas de estornudar, y sentía que, en cualquier momento, podían descubrirlos.

Eran las diez de la mañana cuando, después de atravesar la villa, llegaron al convento. El recinto religioso estaba protegido con un pequeño destacamento para evitar ataques de la guerrilla. Los franceses habían cerrado todos los conventos en España, sobre todo los de frailes, y habían dejado algunos de monjas por la labor de socorro público que hacían, por su funcionamiento como hospitales *de facto*. El de Conil era uno de ellos.

Un oficial galo con un gran gorro peludo, según descubrió Blanca por la rendija del carromato, les abrió el portón de acceso al recinto. Hasta que el cochero no comprobó que no había moros en la costa, no destapó la tartana y les dejó salir. Una vez en pie, Blanca y Perico se ocultaron bajo un hábito y fueron trasladados a las cocinas, donde se les ofrecía un caldo caliente. Blanca inhaló el aroma a nabos y zanahorias, que resucitaba a un muerto. Sor Patrocinio llegó y la abrazó conduciéndola a su celda. Perico se quedó en los fogones.

—Hija mía, ¿qué locura es esta? ¿Cómo se os ocurre? ¡Os podrían haber matado! ¡Jesús, María y José! —dijo persignándose—. ¡Cuánto tiempo llevaba sin veros! ¿Y venís precisamente ahora? ¿Con el peligro que hay?

—Lo sé, madre, pero necesitaba ver con urgencia a Candela o a Azucena. Además, quería hablar con vos de cómo están aquí las cosas y acercaros algún medicamento. Mi gente puede ayudaros, sacar a alguien que lo necesite, darles cobertura en la huida.

—Gracias, hija... ¡No sabéis cómo lo necesitábamos! —le contestó la monja, que parecía demacrada, a medio camino de la tumba, mucho mayor de lo que Blanca recordaba—. Candela no está. Regresó con su familia hace un año, como

casi todas las demás. Azucena está en el huerto. La haré llamar. ¿Cómo van las cosas por Cádiz? Aquí están muy mal.

—Ya he visto la vigilancia que tienen.

—Es para evitar el robo de medicinas y que maten a los heridos franceses que tenemos en la planta superior. Ya lo intentaron hace dos semanas.

—¿Quiénes?

—No sé, me dijeron que unos guerrilleros, los de la partida del Fideo. No los conozco. —Blanca respiró, certificando que no era su gente, que no tendría que aplicarles correctivos—. Los franceses se han hecho dueños del pueblo. Muchos lugareños han huido; se han ido con lo puesto —dijo levantándose, ordenando a una joven novicia que fuera a buscar a Azucena—. El ejército ha ocupado casi todas las viviendas; los patios los han convertido en establos, han quemado dos iglesias y han saqueado todo lo que han podido. Dice don Bartolomé —continuó, refiriéndose al viejo párroco— que han robado los cálices, las urnas y todo lo que pudiera tener algún valor, incluido el cuadro de la Virgen que llevaba allí dos siglos... Una verdadera rapiña. Se habla de violaciones. A Marifé, la hija del Tinajas, dicen que la violó un gabacho. Su padre le pegó un tiro esa misma noche y dos días después, cuando lo localizaron mientras huía por los caños, lo mataron también a él como a un perro. Colgaron su cadáver de un poste en la plaza. Todo el mundo pudo verlo; al menos los que siguen aquí, porque no han tenido adónde ir.

—¡¡Qué horror!! —exclamó Blanca, recordando la cara feliz y divertida del Tinajas aquella noche inolvidable de Año Nuevo—. ¿A ustedes no les han hecho nada? ¿No les han cerrado?

—Nos habrá salvado el que funcionemos como hospital... y el que en su día los atendiéramos cuando Trafalgar. No están locos. Saben que tarde o temprano habrá lucha, y necesitarán quienes los curen. ¡Claro, que si esperan que...!

—Madre, no digáis nada. Aunque ahora los odiéis, sabéis que, si llegasen heridos, vos y las hermanas los atenderían como Dios manda.

—¡Blanca! ¡Qué alegría verte! ¡Qué sorpresa! ¡¿Qué haces aquí?! —le preguntó Azucena mientras la abrazaba. La muchacha dulce y de cara sonrosada seguía teniendo el mismo aspecto inocente a pesar del paso de los años y la expansión de las arrugas.

—Ha venido a hablar con usted. Las dejo solas. Malvar, avisadme antes de marcharos. Quiero daros algunas misivas para el obispo. Necesitaríamos más ayuda —le dijo sor Patrocinio.

Blanca asintió y, cuando la superiora desapareció, volvió a abrazarse a Azucena.
—Me habían dicho que estabas enferma...

—Ya estoy bien. Sabes que desde lo de aquella pulmonía sufro, enseguida me resiento; pero esta vez no ha sido nada preocupante. Me he recuperado enseguida. Me preocupan más cómo están las cosas en Cádiz y en todo el país...
—dijo reduciendo el tono, mirando sobresaltada a su alrededor, cerrando la ventana entornada, no fuera a haber gabachos fuera con la oreja pegada—. Dios mío, Blanca, ¿qué va a suceder?!

—No lo sé... Pero prométeme que, si la cosa se pone aquí fea, me avisaréis. Podría sacaros. ¡Prométeme —volvió a repetirle— que lo haréis!

—Lo prometo. Es posible que tengamos que sacar de tapadillo a más de uno. Incluso a familias enteras. Ya han empezado los sabotajes, los ataques guerrilleros... Los galos enseguida toman represalias. ¿Te has enterado de lo del pobre Tinajas? —le preguntó, y la otra respondió afirmativamente—. Pues no es el único caso. —Y le contó el horrible asesinato de la señorita Ramírez, a la que ambas conocían.

—¿Pero era cierto? ¿Estaba colaborando con los franceses? ¿Era una traidora?

—¡Qué sabe nadie!

Durante unos minutos ambas se pusieron al día. Después Azucena, sin querer, colocó el dedo en la llaga.

—Bueno, y ahora dime: ¿cómo llevas los preparativos de la boda? ¿Cómo va todo con Fernando? ¿Y tus tías? ¿Y Elsa?

—Bueno... De eso quería hablarte. —Blanca decidió ir al grano; no tenía mucho tiempo—: Ha aparecido Alexander... —la otra la miró con los ojos como platos— como marino inglés. Me lo encontré el otro día en la fiesta de recepción que la Regencia dio a la Armada británica. No sé si sabrás que les han dejado desembarcar y que finalmente se ha decidido contar con su apoyo —terminó de decir Blanca mientras seguía calentándose las manos con el tazón de loza caliente. Aún seguía destemplada después de pasar toda la noche en el mar.

—¿Cómooo? No entiendo. ¿Acaso se trata de un espía? ¿Qué hace aquí? ¿A qué ha venido? ¿Has hablado con él? ¿Ha venido a busc...?

—No, para; las preguntas, de una en una. No pude hablar con él. Creo que se quedó tan pasmado como yo. Allí, mirándome, como si no me reconociera y...

—No me extraña —la interrumpió su amiga—. Nunca supo quién eras realmente. Él te conoció como la joven enfermera de este convento... ¿Cómo iba a sospechar que eras la vizcondesa de Malvar? De todas formas, ¡fue un

sinvergüenza! Su comportamiento fue lamentable. Si se te acerca, no le hagas caso. Haz como que ni lo conoces —añadió.

—Ya, como si fuera tan fácil. —Y no le contó lo del anillo ni lo del consejo de Pineda—. No, él sabe que yo sé, que nos hemos visto. Los dos nos quedamos allí mirándonos. Menos mal que Fernando no se dio cuenta. Sus amigos tiraron de su manga y él intentó decirme algo, llamarme... Pero finalmente creo que no supo cómo hacerlo. Aproveché y salí pitando. Me temblaban las piernas. Estaba a punto de ponerme a gritar como una loca. Me hubiera gustado poder lanzarle a la cabeza el candelabro que tenía cerca, pero me contuve.

—Bien hecho. No debe creer que te sigue importando. Porque ya no te importa..., ¿no?

—Claro que no.

—Y lo de ir de inglés... ¿Estaba de infiltrado en la fiesta?

—No, me temo que espía fue antes, mientras estuvo aquí. Nunca fue un francés, como creímos. Supongo que tendría miedo a que lo apresaran. Una vez recuperado, habría sido enviado a presidio. Incluso podría haber sido asesinado. Fríamente, entiendo sus motivos... Pero no le perdono que me mintiera. A mí, no.

—Bueno; no debes perder la calma. Aquello ya pasó. Es verdad que esas cosas marcan, pero tú has rehecho tu vida, le has dado otra oportunidad a Fernando... Y eso no debe cambiar. Si no puedes ignorarlo, salúdalo con frialdad. Mantén las distancias, déjale claro que ya no lo quieres y que no deseas saber nada de lo que ha hecho en este tiempo. Recuerda que ese hombre no te merece. Te trató como a basura. Te sedujo, te abandonó y además te mintió. Si te mintió en eso, te mentiría en todo lo demás.

—Lo sé. Y, además, supongo que él también tendrá su vida organizada; seguirá con su esposa, habrá tenido hijos y formado una familia feliz. Descuida; no voy a romper mi compromiso matrimonial por él. Ya lo hice una vez y me dejó en la estacada. Tiempo atrás comprendí que el amor es una farsa. No volveré a caer de nuevo en esa trampa. No amo a Fernando, y tú lo sabes, pero el nuestro es un acuerdo empresarial, y, de momento, dicho acuerdo sigue vigente. Nos necesitamos mutuamente —siguió, sin atreverse a sincerarse del todo con ella; a explicarle que, si todo aquello era cierto, no lo era menos que don Eugenio, el padre de Fernando, la había presionado sin piedad, que desde hacía tiempo tenía sus sospechas. Aquello era algo de lo que no podía hablar con nadie. Don Eugenio era un hijo de perra, pero algún día se las pagaría todas juntas.

—Entonces ¿por qué has venido a verme? ¿Te sientes insegura? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, no..., no lo sé —dijo, nerviosa—. Debía acercarme a Las Piñas; supe que habías estado enferma y sentí la necesidad compulsiva de verte, de contarte todo esto. Temo —se atrevió a sincerarse al final— que la aparición de Alexander vuelva a trastocar toda mi vida. Soy fuerte, de verdad —dijo cuando Azucena la cogió de las manos—, pero es que he amado mucho a ese hombre, y al verlo, creí que moría. Como si tuviera en sus manos el poder de encenderme. ¿Y si pasó algo? ¿Y si su comportamiento tuvo una explicación? ¿Y si yo...?

—Vale ya, no te trates a ti misma como una estúpida. Algo pasó, desde luego: que se aprovechó de ti. Y no debería haberlo hecho. Eso lo sabes tú, y... él. De todas formas, si te quedas más tranquila, habla con él. Si surge la posibilidad, deja que él se explique. Es posible que entonces veas todo con más claridad. De todas formas —dijo, mirándola con cariño—, no te angusties... ¡Lo que tenga que ser será!

Blanca se levantó, y abrazándose a Azucena, se despidió de ella. Sus palabras la habían calmado. Era verdad. Lo que tuviera que ser sería... Y el miedo se desvaneció como el humo.

Aunque no sería nada. Porque ella no podía perdonarlo. El dolor había sido demasiado profundo, aunque tal vez su proximidad sirviese para que ella pudiese verlo desde otra perspectiva; para desmontar la imagen de príncipe azul que durante tanto tiempo había tenido de él, para curar definitivamente aquella herida que hasta entonces había cerrado en falso. Tal vez si se deshacía definitivamente de aquel amor insano, estúpido y juvenil, podría enamorarse de Fernando y afrontar la vida con otras garantías. La tiranía del dolor acabaría.

Haber renunciado al amor y a la felicidad le había parecido lógico cuando todo sucedió, pero, pasado el tiempo, sentía que su cuerpo era joven y vital, y necesitaba volver a amar, volver a sentir la emoción de besar al hombre querido, volver a sentir aquella maravillosa sensación en la boca del estómago. La proximidad de Alexander tendría que servirle para eso. Para cortar amarras; para terminar con algo que llevaba mucho tiempo muerto y darse una segunda oportunidad en la vida. No la desaprovecharía.

—¿Te acercarás entonces por Chiclana? —le preguntó Azucena cuando ya salían—. Es muy peligroso. Ve con cuidado —terminó diciéndole mientras la priora regresaba con el escrito que Blanca debía entregar al obispo. La congregación necesitaba ayuda: alimentos, medicinas y una vía de escape para

todos aquellos que, perseguidos por los franceses, tuvieran que salir de allí de alguna manera.

—Os haré llegar la contestación del obispo mediante un hombre de mi confianza —le dijo Blanca a sor Patrocinio—. Y ahora, adiós.

—Dios os guarde —dijo la priora.

Fuera, un cielo azul irreal contrastaba con la brutalidad palpitante que había regado de sangre el pueblo. Una borrachera de salvajismo lo empapaba todo. Las lágrimas le arrasaron las mejillas. Un espasmo de dolor, por el horror que la rodeaba, la traspasó. No podría, aunque quisiera, rendirse. Tendría que mantener viva la partida del Flamenco, seguir ayudando como fuera. Sumar su granito de arena. Disparar hasta su último cartucho.

14

Dos candelabros iluminaban el comedor de oficiales donde el almirante Purvis celebraba esa noche —como tantas otras— una cena para sus invitados. En el tiempo que llevaban anclados en Cádiz eran frecuentes las visitas a tierra, las cenas en distintos palacios de la ciudad —incluida la sede de la Regencia o la embajada inglesa— y los saraos de diversa índole. Apabullaba tanta vida social a pesar de estar en guerra. Solo los franceses, al otro lado de la bahía, en Jerez o en el Puerto de Santa María, morían de aburrimiento.

El almirante charlaba con sus invitados, en esa ocasión tres ciudadanos ingleses —lord y lady Holland y Tony Campbell, un empresario textil oriundo de Manchester afincado allí hacía meses—, dos italianos —los hermanos Gugli, propietarios de varios buques mercantes— y un español —el brigadier don Ignacio del Monte—. Junto a ellos, tres miembros de su tripulación, incluido el capitán Paddon.

El servicio permanecía de pie a sus espaldas mientras el cocinero iba sirviendo la cena, compuesta por un caldo de verduras, pastel de salmón y pudín de manzana. Estaban en los postres cuando el almirante pronunció un brindis por un final feliz para aquel conflicto y la pronta derrota del emperador. Por las ventanas del camarote de popa se colaban, como relámpagos despistados, las luces que los proyectiles incandescentes trazaban al caer desde el Trocadero y las Cabezuelas, como tirabuzones inflamables y calientes que dejaban una estela de humo tras de sí, como diminutas brasas refrescándose en un mar agitado.

Se trataba de un nuevo ataque francés de obuses y mortero sin consecuencias a excepción de alguna que otra bomba que pudiera hacer diana en la ciudad o tocar a algún navío de refilón; de hecho, esa misma tarde, uno de esos artefactos había partido el bauprés de la nave Gloria, abarloada de costado, a sotavento. Los invitados siguieron impertérritos al retumbar de los cañones enemigos, como si sus porrazos fueran tambores de un desfile callejero.

El ambiente se había ido caldeando y la frialdad inicial había dado paso a una

conversación destilada y amena. Se hablaba, por supuesto, de la guerra, de la actualidad en España o Inglaterra; del escándalo del duque de Clarence —hijo del rey Jorge III— con una vulgar actriz irlandesa, la señora Jordan; de las últimas noticias publicadas por el *Naval Chronicle*; de la misiva interceptada a Tayllerand, el todopoderoso ministro de Exteriores galo, publicada en el *Times* londinense quejándose del descontrol en la península... La charla iba desinflándose cuando lady Holland, sentada al lado de Paddon, con sus flácidos mofletes rojos a causa del ponche, le preguntó a este de qué conocía a la vizcondesa.

—No sé a quién se refiere —contestó Alexander, aunque intuyó a Blanca.

El protocolo los había sentado juntos al ser conocidos con el fin de que la única dama de la noche no se aburriera en demasía. Lady Holland no lo había hecho porque era una mujer habladora, sociable y con recursos y porque con el joven Paddon había tenido para rato. Habían hecho una incursión en toda regla en la vida social londinense y repasado temas familiares. Lady Holland era pariente lejana de su madre; le había dado a Alexander el pésame por el trágico fallecimiento de Margaret y de su suegra; habían hablado del éxito social de Peter y de Alice y de su generosidad al hacerse cargo de la hija de Paddon mientras este estuviera ausente...

Finalmente, cuando Alexander se devanaba la sesera pensando en cómo sacar el tema de Blanca a colación, lady Holland se lanzó espontáneamente a hacerlo ella. Paddon deseaba hablar de ese asunto, pero no demasiado a las claras delante de sus colegas, menos del mayor Fitz Lennon, frente a él, el tipo más bocazas de la bahía. Aunque hubiese llevado durante años una vida algo canalla en Londres, siempre lo había hecho con la discreción como bandera. Detestaba ser un hombre solo en medio de las hablaturías. A diferencia de otros, que adoraban ser el centro de atención y escandalizar a la buena sociedad británica, él odiaba ser pasto de los chismes, aunque a veces no hubiera logrado darles esquinazo.

—Mmm... Bueno. —Carraspeó mientras se terminaba de limpiar la boca y dejaba el cubierto sobre el plato que le estaban retirando—. En realidad no sé de quién me habla, aunque supongo que es de la misma señorita con la que...

—Claro —lo interrumpió lady Holland—, de la vizcondesa de Malvar; de doña Blanca de Malvar. Una joven muy interesante.

—¿La conoce bien? ¿Tiene mucho trato con ella? —se atrevió a preguntarle, y sintió que solo poder hablar de ella con alguien la sustraía de esa otra dimensión donde la había tenido escondida esos años, la materializaba, le insuflaba vida, se

la arrebatava a la imaginación. Para alguien como él, aquello podría parecer ridículo, pero es que aquella mujer había tenido siempre la potestad de hacerle creer en los cuentos.

—Bueno, bien, lo que se dice bien... —dijo lady Holland negando con la cabeza mientras apuraba su copa—, no, pero he coincidido con ella en múltiples ocasiones. En cenas como la de la otra noche, en actos en el consulado, en la tertulia de doña Frasquita Larrea, una buena amiga... Vivió cerca de Plymouth durante años y habla muy bien inglés. Es una mujer refinada y culta, y una generosa anfitriona. Fue una de las primeras personas a las que me presentaron cuando llegué a Cádiz hace cinco años, y gracias a ella he podido conocer a lo más granado de la sociedad gaditana... Y entre los miembros de su tertulia están la vizcondesa, su hermana y sus tías.

Alexander hizo un gesto afirmativo mientras terminaba de beberse el último trago de café, recordando, aunque no con demasiada claridad, a aquellas mujeres a las que apenas había visto un rato el día que fueron a buscar a Blanca al convento para llevársela por Navidad. Después sus pensamientos se posaron sobre su nombre: vizcondesa de Malvar... Su Blanche parecía haberse casado bien, parecía haber echado bien el lazo.

—El caballero que la acompañaba ¿era su esposo, el vizconde? —preguntó Alexander.

—¡No..., qué va! Fernando de Soto es solo su prometido, aunque será su esposo en breve. Si no tengo mal entendido, en unos meses; a finales de este año. Será una boda muy *chic*. Ella es un partidazo... Bueno, en realidad, los dos. Dicen que nadan en millones.

—¿No está casada aún? ¿Entonces es ella la propietaria del título? —preguntó, esta vez sí, realmente asombrado Paddon a su interlocutora.

—Así es. En España las mujeres pueden heredar títulos nobiliarios, propiedades adjuntas... Ella es vizcondesa titular, aunque su prometido es multimillonario. Heredero de un naviero con importantes propiedades tanto en España como en Cuba... y un tipo muy gallardo, por cierto. Deja un rastro de mujeres boquiabiertas a su paso —rió—. Hay quien dice que ha tenido un pasado algo turbulento en Madrid, pero supongo que como tantos otros jóvenes antes del matrimonio. Y, volviendo a mi pregunta: ¿no la conocía, capitán? Lo digo porque ella me preguntó sobre usted antes de marcharse, y me pareció que le recordaba de algo.

Aquello tuvo el poder de reanimarlo. Ella lo había reconocido antes y se había

interesado por él; habría intentado descubrir qué demonios hacía embutido en un uniforme británico... Podía imaginar la sorpresa que se habría llevado. Debía de haberse quedado de piedra al comprender de golpe todas las mentiras que entonces había tenido que tejer para que no lo descubrieran, lo mal cimentada que estaba su historia de amor, su relación. No era de extrañar la mirada perdonavidas que le había lanzado. Si hubiera tenido algo a mano, se lo habría tirado. Aquellos perdigonazos del pasado aún seguían escociendo.

Aunque fuera agua pasada, aún seguía moviendo molino; tendría que hablar con ella, explicarse. Disculparse. Era lo mínimo que podía hacer. Era evidente que cada uno había seguido su camino y que ella estaba a punto de casarse, pero tal vez pudieran volver a ser amigos. Aquel pensamiento lo reconfortó... solo a medias. En el fondo de su mente, el chispazo de una idea parecía abrirse paso a codazos: si ella aún seguía soltera..., él aún tenía posibilidades. Entonces no pudo, pero ahora tenía mucho que ofrecerle: un nombre auténtico, una exitosa carrera, su mano, una pequeña fortuna... Le recordaría que el destino era persistente y se presentaba escoltado por fuerzas desconocidas e invencibles, envuelto en un halo de misterio. Que el mar había vuelto a arrastrarlo a su orilla...

La idea le hizo removerse. Objetivamente le parecía inalcanzable, como querer arañar la luna. ¡Lo odiaría tanto...! Y el odio era una emoción tan poderosa, tan resistente... Pero la idea también podía ser avasalladora. Una explosión de energía. Un trago de felicidad en medio del desastre.

—¿Se encuentra bien, capitán? —oyó decir a lady Holland, que parecía mirarlo con sus ojillos de marisabidilla—. Lo digo porque le he visto de repente nervioso.

—Sí, sí, estoy bien... Es solo este maldito whisky; al almirante le gusta, pero a mí me parece de una calidad pésima —dijo por decir algo—. Y sobre la vizcondesa... Sí, la conozco —reconoció—, aunque no sabía que tuviera tal título nobiliario.

—¿Y desde cuándo? —quiso saber, curiosa, lady Holland: una vez que se topaba con un tema que le interesaba, no soltaba la presa.

—De cuando estuve en España, en el año cinco, tras la batalla de Trafalgar —dijo sin terminar de decidirse a ir más allá, viendo la ceja elevada de lady Holland, que parecía realmente atenta, incluso divertida, con sus explicaciones, como si fuera consciente de estar metiéndolo en un apuro y quisiera apretarle un poco más las tuercas.

—Como sabe, resulté herido grave y durante meses me cuidaron en un convento. Ella estaba allí entonces, aunque la recuerdo solo de pasada; por eso cuando me saludó en la fiesta casi no la reconocí —mintió como un bellaco—. En realidad..., deseaba preguntarle si sabía dónde vivía. Me gustaría entregarle en mano una carta para la priora del convento y algunas de las monjas que me atendieron; fueron extremadamente amables conmigo, les debo la vida. Me gustaría poder ir allí en persona, pero comprenderá que no puedo salir de Cádiz y adentrarme en zona enemiga.

—¡Desde luego, joven! Puede darme a mí la carta y yo se la haré llegar a la señorita Malvar. O —dijo viéndole la cara que puso— puede ir a su casa. La vizcondesa vive, si no tengo mal entendido, en la plaza de San Antonio, en pleno centro de la ciudad. Le será fácil encontrar su palacio: es un hermoso edificio que hace esquina y tiene una fachada rosácea con grandes balconadas acristaladas. Está en una zona muy concurrida. Lo encontrará sin problemas.

—Se lo agradezco infinitamente, lady Holland —dijo ya de pie, besándole, cortés, la mano mientras los demás invitados se despedían.

Elsa recogió la cesta que le había preparado Antoñita y la tapó con un trapo a cuadros. En el interior había una frasca con café, una hogaza de pan recién horneado, embutido, un puchero con arroz y pescado y unas naranjas. Era la comida para Rodrigo, que ese día tenía trabajo en la Cortadura.

La obra consistía en la excavación de un profundo foso que cortase el acceso por tierra entre Cádiz y el resto del país y el levantamiento de gruesas murallas junto al arrecife, en la vertiente de la Isla de León, la zona más importante que proteger y de la que realmente dependía la seguridad de la ciudad. Dicha obra había sido concebida dos años antes, en 1808, tras producirse la invasión francesa de España, pero debido a la falta de dinero, a que la tramitación administrativa había sido lenta y compleja —habían tenido que expropiar y derribar viviendas que se veían afectadas por la nueva zona de seguridad— y a que el enemigo parecía todavía muy lejano, se había avanzado muy poco. Ahora, con los franceses en puertas, la Junta de Cádiz había tocado a retreta y se había movilizado a todo el mundo.

Todos los caballeros de Cádiz, sin distinción de edad o condición, habían acudido a trabajar animados, pero se había armado tal guirigay que el

gobernador se había visto obligado a establecer turnos para que no se estorbaran los unos a los otros. Cada día tocaba a los hombres de un barrio. Durante toda la jornada, de sol a sol, trabajaban sin descanso derribando edificaciones, despejando el área para poder barrer luego con fuego de artillería al enemigo, llenando espuelas de tierra, pasándolas de mano en mano hasta un vertedero y trasladando carretillas con piedra. Al mediodía hacían una parada y comían, unos, los más afortunados, las viandas que les acercaban sus esposas o hijas; otros, los ranchos que se preparaban en calderos colectivos en las chascas que se encendían en las proximidades. Tras el pequeño descanso continuaban hasta que se iba la luz. El trabajo, animado en un principio, había ido dando lugar pronto al cansancio y al aburrimiento, sobre todo entre los señoritos, tan poco acostumbrados a doblar el espinazo que habían terminado por pagar a sus criados su jornada a cambio de no tener que hacerla ellos mismos.

—¿Ha llegado ya mi tía Paz? —le preguntó Elsa a la criada.

—No, hoy es día de indulgencias, señorita —contestó esta sobre el día semanal que la iglesia dedicaba a rezar por las almas del purgatorio—, y luego tenía que ir al colmado popular —dijo refiriéndose a uno cuya función era ayudar a mantener los precios sin alzas en tiempos de escasez, una prioridad para la Regencia, que les había ofrecido a la Junta de Damas un local y productos de primera necesidad para controlar la inflación y sus derivadas: las revueltas de la gente—. Su otra tía está esperándola. Enseguida llegará doña Purita con su nieta.

—¿Entonces con quién está mi tía Carlota, que la he oído hablar?

—Ahhh, sí, con un *ingrés* que ha venido hace un rato preguntando por su señora hermana; su tía lo ha hecho pasar al saloncito.

Elsa se encogió de hombros, y mientras se entretenía ante el espejo del pasillo atándose el sombrerito de paja y el abrigo, vio abrirse la puerta y salir a un oficial de Marina inglés y a su tía muy sonriente invitándolo a que se pasase por allí cualquier otro día. Elsa dio un respingo. Aunque con unos cuantos kilos de más y más años, el hombre —supo de inmediato— era el joven herido al que Blanca había cuidado en el convento y del que se había enamorado; el que la había dejado plantada. Lo recordaba de cuando fue a verla a Conil y él había estado en un camastro. Era buena fisonomista, y lo reconoció, aunque le sorprendió que vistiese el uniforme británico; según recordaba, aquel tipo era francés.

—Elsa, te presento al capitán Paddon. Ha venido a entregarte una carta a Blanca para que se la haga llegar a sor Patrocinio. Resultó herido en Trafalgar y lo cuidaron las monjitas. ¿Te acuerdas de que fuimos a verlos un día y que...?

—Sí —dijo, cortante, Elsa, y supo que él entendía—. Seguro que Blanca estará encantada de poder recibir la misiva. ¿Ya se marcha? —dijo, y sonó áspera la invitación a irse.

—Sí. Me habría gustado esperar a la señorita Malvar, pero su tía me ha dicho que tardará; que no saben cuándo regresará exactamente.

—Es cierto. Pero, descuide, que en cuanto llegue, la informaremos de su visita.

El caballero se descubrió la cabeza, miró su reloj de bolsillo y se despidió cortésmente. A solas ya las dos mujeres, la tía, violenta, reprendió a su sobrina.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué hablas a ese joven en ese tono altanero y despectivo?

—Ese es el tipo del que se enamoró Blanca y por el que se enfrentó a padre. El mismo que la hizo llorar tanto... ¡¿Cómo tiene valor para acercarse por aquí?! Ni se le ocurra hablarle a Blanca de él, decirle que ha venido. Además ¿qué hace de inglés? ¿No era un franchute?

—No será el mismo. No lo creo.

—Soy buena recordando caras, y es él. Usted, tía, puede que no llegara a verlo aquel día en el convento, pero yo sí. No le comente a Blanca que ha estado aquí si no quiere hacer peligrar su boda con Fernando —le advirtió.

Elsa adoraba a Fernando desde siempre, y le preocupaba la lentitud de la relación entre él y su hermana. Le hubiese gustado empujar para que adelantaran la fecha de la boda; durante esos años había sido, más que la cómplice de su hermana, la del propio joven.

—¡Quita, quita, ea! —contestó riéndose doña Carlota—. No digas insensateces. Blanca no es tan tonta como para romper su compromiso después de tantos años solo porque este joven reaparezca. Si es él, tanto dará. Ella ya lo habrá olvidado. Ha pasado mucho tiempo desde aquello; ya no es una niña, es una mujer madura. ¡Dónde va a parar!

—Pues yo que usted, tía, no estaría tan segura. No tiente a la suerte.

—Hablando de tu hermana, ¿se puede saber dónde diablos está? Ayer, como estuve fuera, no la vi, pero es que hoy no ha aparecido, y me ha dicho Antoñita que no ha dormido aquí.

—No sé —mintió Elsa, sin atreverse a decirle a su tía que estaba en Chiclana: Blanca le había dejado una nota bajo su almohada antes de marcharse donde le había prometido volver en un día, pero ya llevaba dos fuera. Preocupada, besó a su tía en la mejilla y salió. Necesitaba hablar de todo eso con Rodrigo. Desde hacía tiempo tenía la sensación de que su hermana se traía algo inconfesable

entre manos... ¿No estaría enredada con aquel contrabandista amigo suyo? Y decidió cambiar de idea al mismo tiempo que lo hacía de acera.

Los gritos de unos vendedores de prensa la sacaron de su runrún, eso y el jaleo en los colmados petados de la calle. Un oficial de caballería se inclinó sobre la crin de su caballo para hacerle un requiebro. Elsa lo ignoró. Su sable pasó rozándole el brazo. Justo en ese momento, la onda expansiva de un bombazo dos calles más abajo la tiró al suelo.

—¿No están entonces Crispín ni Mateo? —le preguntó Blanca de malos modos al criado. Le había costado horrores llegar hasta el cortijo. Los accesos habituales estaban cortados, la barca de tiro arriba del caño del Zurraque había desaparecido, el paso estaba muy cerca de la batería del Portazgo y se habían jugado el pellejo. Blanca deseaba reunirse con sus hombres cuanto antes para redefinir la cúpula de la partida del Flamenco ahora que Pineda lo dejaba.

—Señora, tal como os digo —contestó Perico—. Ni Leandra, ni Pascual, ni Juanita Mora ni Crispín... Además, Bartolo —dijo refiriéndose al otro Mora, hermano de Juanita y del muchacho que falleció como paje en Trafalgar— está huido, buscado por la Justicia como tantos otros jóvenes. Los únicos que quedan son Martín el yegüero y el Fali, Rafael Camuñas, el hermano del guardés. —Y Pineda le hizo un gesto. Conocía a ese hombre, y era, a su entender, el más indicado para tomar ahora las riendas. Blanca lo hizo llamar.

—Leandra me ha dicho que se pondrá la ropa de su señora tía y se presentará en el cabildo. Se hará pasar por doña Paz y así usted no tendrá que jugarse la vida. Hay orden de que todos los vecinos que permanezcan pasen por allí, juren al rey José I y la constitución de Bayona, y a cambio no se les confiscarán las propiedades. A los que hayan desaparecido se les embargará todo. Hay bandos clavados por todas partes, un movimiento inusual; dicen que el rey puede llegar mañana —terminó de contar el criado.

Blanca lo miró con preocupación. No podía dejar que sus sirvientas se hiciesen pasar por ellas. No darían el pego, las fusilarían. Tendría que ir ella. Volviéndose hacia el contrabandista, que a regañadientes la había llevado hasta allí, le suplicó con la mirada más tiempo para resolver aquel galimatías.

—Sé que vamos mal de tiempo, que necesita regresar a Cádiz cuanto antes, pero tengo que hacer esto. No puedo arriesgarme a perder estas tierras y los

refugios que hemos construido. Ninguna de mis criadas puede hacerse pasar por mí o por mis tías. Y ya que voy, comprobaré si podemos usar tramos de caños alternativos o nos veremos obligados a saltarnos a la torera las órdenes del Gobierno.

—Usía está loca. Ya se lo he dicho. Dejarse ver por el Cabildo o con franceses tiene consecuencias; acuérdesse de esa institutriz suya, la señorita Ramírez —dijo Pineda guiñándole un ojo. Blanca no se dejó intimidar—. Un consejo. Si va a ir a esa cita, tíñase de rubia, disimule un poco... Que no sepa todo quisqui dónde ha estado.

—Tengo que solucionar estos problemas ahora. No volveré por Chiclana en mucho tiempo.

—Si no quiere que la maten, debería largarse ya. Cada minuto aquí corre peligro —le dijo mientras masticaba picadura de tabaco—. Chiclana es ahora mismo un enorme campamento militar. Desde el día 7, que empezó a entrar la avanzadilla, hay ya más de cinco mil hombres al mando del general Villatte, la 3ª División de Infantería del I Cuerpo del ejército imperial —dijo sabiendo de qué hablaba—. No se preocupe por su cortijo. Si no se lo confiscan ahora, se lo confiscarán luego. Dará igual que se quede o no; los gabachos irán ocupando fincas según las vayan necesitando. Ya se han hecho con prácticamente todas las casas del pueblo, y cuando terminen con ellas, seguirán con las del campo. La suya, créame, no se salvará.

—No puedo poner en peligro un cortijo que pertenece a mi familia desde hace generaciones. Tampoco toda la infraestructura que hemos creado en estos meses para ayudar a los evadidos. Tengo que ir; le pido que me acompañe. Se lo ruego. Después de esto me perderá de vista durante mucho tiempo; se lo pagaré a precio de oro. Ayúdeme.

—Mil duros —dijo escupiendo el tabaco al suelo y con los dedos colgando de la faja—. Ni uno menos. Comprenda que puedo perderlo todo y acabar con una sogá al cuello. Lo toma o lo deja.

—Eso es abusar —dijo enfadada, pero le dio la mano en señal de acuerdo.

Instantes después Genaro Pineda daba órdenes al Chamizo, como llamaban a uno de sus hombres —bizzo y calvo— para que se quedase al cuidado de la embarcación mientras él mismo y el timonel, Anselmo, acompañaban a la señora y a su criado hasta donde encontrarían al Fali. En un pequeño bote de remos atravesaron las zonas anegadas, extremando el cuidado para no ser vistos por el enemigo, hasta llegar al fondeadero de Las Piñas. Jimena salió corriendo, con

lágrimas en los ojos al ver aparecer a su señora, y pronto la puso al día de lo sucedido. Los hombres tomaron unos pichelos de vino y unas aceitunas.

—Ama, déjeme ir a mí al cabildo, o a mi madre. Así, cuando vuelva a Cádiz, yo me quedaré y no sospecharán —le pidió la mujer.

—Sospecharán, créeme. Si no lo hacen ellos mismos, algún chivato habrá que lo haga, que te delate. Lo que sí quiero es que busques algún vestido decente de los que dejé, y si encuentras la peluca rubia de mi hermana, también. —La criada puso cara de no entender nada—. Fali, quiero hablar contigo —le dijo al guardés. Pasaba de los veinticinco años y llevaba el pelo, pajizo, como si le hubiera mordido un borrico, cortado a machetazos, y tenía un rostro curtido y salpicado de manchas y pecas, una nariz ladina y un sello de plata tamaño lingote que daba miedo que se le cayera a una encima.

—Mande usía —dijo el tipo acercándose a Blanca. Esta y Pineda lo pusieron al día de lo que sucedía y de su deseo de que él se hiciese cargo del mando de la partida del Flamenco, al menos hasta que encontraran una solución definitiva. El Fali se hinchó, orgulloso, como un pavo real. Blanca no le dijo que tampoco tenía mucho donde escoger; le alabó eso sí, su osadía. Pineda le había contado algunas operaciones en las que el Fali había contribuido.

—Sabes que funcionamos por grupos autónomos; seguir así es lo más seguro —dijo Pineda mientras le entregaba la copia del sello del flamenco que había llevado ese tiempo.

—¿Han tenido los nuestros que ver con el crimen de la señorita Ramírez? —preguntó Blanca.

—No, ama, han sido los hombres del Fideo, que operan caño arriba, en las tierras de su vecino. Como allí no vive *naide*, están abandonadas. Son una selva de carrizo. Si por aquí es difícil funcionar, por allí es la hostia.

—¿Conoces al Fideo ese o a su gente?

—A algunos, hay varios de fuera.

—Pues deberíais enteraros de quiénes son y qué hacen realmente. Me ha llegado el chivatazo de que no son trigo limpio, de que estuvieron implicados en la denuncia contra Ramón Silos —Blanca no supo de quién hablaban— y de que están metiendo por su zona a espías, enfermos y afrancesados por unos putos duros. Podrían cargaros a vosotros el muerto. Cuidadín —dijo Pineda, y Fali, encendiendo un cigarro, estuvo de acuerdo. Lo harían—. Los franceses quieren usar el puerto como arsenal *pa* construir lanchas bombardeadas más adaptadas a estas aguas, con mayor alcance... Como no quieren desperdiciar a sus soldados

en esto, están movilizándolo a presos nuestros y a chavales. Deberíamos colarles a alguien, hacernos con su método, sabotearles, darles por el culo. —Y Pineda le señaló, como dándole la razón. Blanca le autorizó a ello. Después de una lluvia de preguntas, se despidieron dejándole las contraseñas y los botes que hasta entonces había tenido el contrabandista en exclusiva.

Esa misma tarde Blanca se adecentó y acudió en su landó —que aún no le habían requisado, milagrosamente— hasta el pueblo. Durante el trayecto no disfrutó como otras veces del paisaje de pinos, mirtos, granados y palmeras, del mar y los pesqueros faenando. Muchas zonas habían sido arrasadas, se veían granjas humeantes, árboles calcinados. Costaba resignarse a la realidad mugrienta de la guerra, a sus desórdenes, a su fealdad, a su crudeza. La vida se había convertido de repente en una sucesión de duelos y de desdichas. Se había roto en mil pedazos. Desatascó aquel sentimiento derrotista que la obstruía e intentó calibrar dónde estarían ubicados los destacamentos enemigos o qué compartimentos habrían sido ya inundados. Entraban en el pueblo cuando sonó un estruendo.

—Están volando edificaciones *pa* utilizar la piedra *pa* sus defensas —le indicó Pineda, que la acompañaba en el interior del vehículo. Despatarrado. Con aquellas patas más largas que un día sin pan estiradas hasta el travesaño.

El pueblo estaba irreconocible. Soldados franceses por todos lados que iban y venían trasladando convoyes, moviendo carrromatos, movilizándolo en parihuelas a heridos hasta la iglesia improvisada como hospital de campaña. Habían saqueado las huertas próximas para hacerse con los alimentos y habían puesto a los agricultores del pueblo —bajo vigilancia armada— a cultivar las tierras en barbecho. Eran muchos, y no habría comida suficiente para todos. Tampoco era factible traerla del interior de la península —los guerrilleros lo impedían— ni por mar. La Marina británica y la española había capturado varios convoyes procedentes de Francia con grano y con salmueras. El ejército francés en Andalucía tendría que alimentarse de lo que consiguiese por sus propios medios.

Esa era la tónica general en toda la zona. El mariscal Victor, duque de Bellune, y sus generales habían ocupado todo el arco de la bahía gaditana, y su avanzadilla llegaba ya hasta Vejer y Caños de Meca. Más de diez mil hombres se instalarían en Chiclana en unos días.

Dos dragones imperiales —con sus casacas azules y rojas y sus relucientes cascos metálicos con penachos de largas crines negras guindando— abrieron la portezuela del vehículo y a punta de bayoneta hicieron bajar a Blanca,

acompañada por Pineda, que hacía las veces de criado. Los militares empujaron con su fusil al hombre, que, volviéndose, en un ramalazo de rabia, estuvo a punto de hacerles tragar el arma de un puñetazo. Se contuvo. Habría sido absurdo: había cientos de soldados en aquella plaza que le hubiesen metido un tiro al más mínimo movimiento sospechoso. Blanca se interpuso y pidió calma a los soldados.

Se subió la falda y entró en el cabildo. El alcalde, don Ambrosio Muñoz, recibió a la vizcondesa. Un oficial francés lo acompañaba. Tras intercambiar unas palabras y demostrar que seguía en el cortijo y que, por tanto, no le podían confiscar sus propiedades, el militar la obligó a pasar a unas dependencias donde, delante de un retrato de José I, el hermano de Napoleón, tuvo que jurar su acatamiento al nuevo soberano y a las nuevas leyes francesas impuestas por la fuerza. Con los dedos cruzados bajo el manguito de terciopelo, Blanca juró en falso sin que se le alzase un pelo. Iba a salir cuando un alto mando entró en el edificio y los militares y el alcalde salieron prestos a recibirlo. Perdiendo el culo. Blanca y Genaro se miraron de reojo. ¿Quién diablos sería?

—General Eugène-Casimir Villatte, barón de Autremont, a sus pies —dijo galantemente el militar.

—Vizcondesa de Malvar —dijo ella ofreciéndole su mano enguantada para que se la besase.

Tras unos minutos hablando de nimiedades, el francés invitó a la señora a los fastos que estaban preparando para dentro de dos días.

—Su Majestad el rey de España, José I, visitará Chiclana. Está invitada a la recepción. Será un honor contar con usted y con su familia —le dijo.

Blanca maldijo por lo bajo, pero sonrió, beatífica, al galo. Este se volvió a poner el bicornio y los guantes, y arrebujiándose en el capote —estaban en febrero y hacía un frío húmedo y penetrante— salió tras golpearse su bota y hacer el saludo militar.

—Ni lo sueñe —le dijo Genaro a la mujer, ya en la calle.

—Tendremos que quedarnos al menos hasta esa fiesta. No desespere. Pronto saldremos de aquí. Por cierto —dijo, retadora—, le hacía a usted con más agallas.

—Y yo a *usté*, con más sesera.

—*Touchée* —contestó ella riéndose.

15

—*Un toast à Sa Majesté. Pour un règne glorieux.* —«Por un reinado glorioso», brindó en francés el general Villatte.

A su lado, otro alto mando francés, el general de división François Amable Ruffin, héroe de Austerlitz y Heilsberg, entrechocó su copa. Frente a ellos, el general Sénarmont, al mando de la artillería del 1º Cuerpo del ejército imperial, los emuló. Nombrado barón por Napoleón, había sido uno de los hombres clave en la victoria de la batalla de Ocaña, que había permitido a los franceses cruzar el río Tajo y descender hasta Andalucía. Blanca le escuchó gesticular expresivamente; con su tupé rubio como una soletilla y su lunar en la mejilla; resultaba un tipo maduro pero interesante, por el que, calibró, las mujeres se pegarían por seducir.

—Ese es el que está montando las baterías en Gallineras —le comentó en ese instante, al oído, el vinatero Serafín Marín, que se sentaba a su lado. Junto al empresario, había otros dos individuos a los que Blanca conocía de hacía años: un terrateniente con el que su padre jamás había hecho migas y don Nicanor Ballesteros, dueño de una de las mayores ganaderías gaditanas. Un fumador empedernido que la estaba intoxicando a golpe de puros habanos.

El salón era un mezcla explosiva: azufre imperial y nitrato marismeño. Estaban numerosos alcaldes de pueblos vecinos y esposas, una cohorte de periodistas del régimen —dos de ellos, de la *Gaceta de Madrid*, afín al gobierno de José I— y varios medios franceses. En París, se seguía el sitio a Cádiz y se hacían apuestas de cuándo caería en sus garras.

Al frente de la gran mesa se sentaba el rey José I rodeado de su guardia de honor. No con toda, desde luego, porque el Rey Intruso se movía por la bahía con un centenar de guardias de seguridad a su espalda. Con tres mil había atravesado la serranía de Ronda, atestada de esos nuevos bárbaros que eran los guerrilleros. Aun así, los medios afines solo se hacían eco de cómo el rey estaba siendo recibido en loor de multitudes allá adonde iba. Censuraban que no

hacerlo equivaliese a ponerse uno mismo la etiqueta de traidor en la solapa.

Al lado del rey, los cuatro ministros que lo habían acompañado en ese viaje odisea: Luis de Urquijo, secretario de Estado; Gonzalo O'Farrill, ministro de la guerra; Martínez Hervás, de Interior, y Azanza, de asuntos eclesiásticos. En un lateral, el conde de Melito, hombre de confianza de José Bonaparte, departía con el general Estienne de Chausegross, comandante en jefe de ingenieros. Este deseaba que el rey, antes de abandonar Chiclana, visitara las marismas para que se hiciera una idea exacta del problema que tenía su ejército para tomar Cádiz. Que el rey lo viera con sus propios ojos y reclamara más medios al emperador.

Blanca dio un sorbo del champán francés servido en la cena de gala que esa noche se celebraba en el palacio de la Cruz, un magnífico edificio propiedad de don Gustavo de la Cruz, ausente, como tantos otros, esa noche. Era la primera vez que Blanca veía a un rey. Se parecía, según pudo comprobar, a los retratos que de él había por todas partes, pero en persona resultaba más joven y mejor parecido; no tenía pinta de borracho —de lo que tenía fama— y sí de individuo instruido. «El Rey Filósofo», se burlaba de él la prensa rebelde. Era un tipo amable en las distancias cortas que incluso parecía agobiado ante tantas atenciones. En su rostro llevaba impresas las facciones Bonaparte, pero mejoradas con respecto a las de su imperial hermano, más bajo, gordo y feo.

Su presencia en Chiclana se debía al viaje de reconocimiento que, como máxima autoridad —solo por debajo del emperador—, tenía sobre la Grande Armée en España. Se había desplazado de Madrid a Sevilla en cuanto su ejército había logrado entrar en la capital andaluza y, desde ahí, había ido de oca en oca, visitando todas las sedes militares donde los franceses tenían guarniciones. Rota, Puerto Real, Zahara, Jerez —donde habían centralizado los hospitales—, Puerto de Santa María, Arcos y finalmente Chiclana, la omega de su trayecto. Había estado en persona en el Trocadero, dando ánimos a la tropa y comprobando *in situ* el alcance de sus obuses y el fuego de su artillería. En unos días regresaría a Madrid y enviaría su correspondiente informe al emperador.

El mariscal Victor, duque de Bellune, parecía ir a su aire; sin hacer mucho caso de los brindis —su relación con José I era más bien fría—, hablaba con otro oficial galo de suntuosas patillas y nariz aplastada al que Blanca no conocía. Con su pechera ahogada de medallas, parecía un hombre altanero, de vuelta de todo. «Este es el cerdo que ha sitiado Cádiz», se dijo Blanca. Su Cádiz. De repente, le puso cara al enemigo, focalizó en ellos su odio. Recordaría aquellas caras cada vez que corriera peligro. Las maldeciría en la distancia.

A la diestra del rey, el mariscal Soult, al mando del ejército en Andalucía; un hombre de la máxima confianza de Napoleón forjado en la revolución jacobina. Además de Blanca, había una veintena más de damas; dos de ellas francesas, esposas de dos oficiales que habían acompañado a sus maridos a la guerra. Otra era la señora Ayuso, una viuda de edad avanzada y podrida de dinero. A Blanca le sorprendió verla allí, ya que era una beata de misa diaria que aborrecía cualquier cosa que oliese a revolución o a francés. Supuso, mientras la veía reír con un oficial galo de papada ballenera, que se habría visto tan obligada como ella misma a estar allí. O que el dinero no tenía escrúpulos. Aquel espectáculo de manos tendidas no engañaba a nadie; era un trampantojo.

La cena transcurrió con Blanca entre el vinatero y el corregidor y frente al dueño del mayor molino de Chiclana. Los capitalistas andaluces pedían a José I paz. Si no, en vez de un reino heredaría un campo de batalla gigantesco. Los mandos franceses —ignorándolos, dejándolos fuera de juego— sitiaban ese día al rey, a quien atosigaban con pegajosos agasajos y brindis ingenuos. Tras la *vichysoise* y el lenguado *menier*, se sirvió un dulce de *chantilly* con licor flambeado y abundante brandy borgoñón. Blanca observó que los galos bebían como esponjas mientras el rey abandonaba su puesto y un cuarteto de viento comenzaba a interpretar algo de música con que rebajar la tensión de la velada. Sabido era que la armonía amansaba a las fieras, y allí había demasiadas garras encubiertas.

No habría baile —faltaban parejas para tanto militar—, según le habían dicho a Blanca, que vestía para la ocasión una bata de seda dorada con una cola que le caía desde los hombros como una catarata de tela. Un hermoso vestido algo pasado de moda, uno de los pocos que guardaba en el cortijo. Las mangas eran cortas, de farol, ceñidas al brazo, y el escote josefino. Una cinta atada a su cuello dejaba ver un colgante engastado en oro. El pelo lo llevaba firmemente recogido con horquillas, con algunos tirabuzones por la cara. El rey saludó a las damas una por una, y se dejó en último lugar a Blanca. Con ella estuvo un buen rato —era de las pocas mujeres jóvenes en la sala que hablaba francés—, lo que llamó la atención de los demás invitados. Blanca, incómoda ante tantas atenciones principales, sabiendo que aquello se comentaría fuera de allí y que sus posibilidades de que algún chiflado la acusara de colaboracionista aumentaban, intentó rehuir las atenciones, pero José I no soltaba el hueso, no la dejaba.

—Majestad, es un honor. *C'est un honneur* —repitió en francés, inclinándose en una respetuosa genuflexión protocolaria al rey mientras él le hacía saber que

estaría encantado de recibirla en su corte si decidía acercarse por Madrid.

—¿Queda lejos la casa de La Hormaza? —preguntó el rey, levantándose ya, por el lugar donde haría noche. Al día siguiente el pueblo le ofrecería una recepción y una misa.

—Está solo dos cuadras más allá. Es fácilmente identificable —le dijo ella mientras le señalaba con el abanico extendido la dirección para acceder a su alojamiento.

En la calle, pero no a la vista, estaba Genaro Pineda maldiciendo la hora en que tropezó con aquella mujer en su vida. Subido al pescante del carruaje, había hecho las veces de cochero esta vez. Blanca vio desde el balcón la sombra de un vehículo parapetado en la esquina de la calle de las Flores, a cierta distancia de los demás, y lo identificó.

El rey abandonó la cena, y lo hizo seguido por sus mariscales Victor y Soult; el resto de militares y civiles continuarían allí un rato más, mientras apuraban sus copas e intercambiaban información. Empezaba a bajar las escaleras cuando uno de los centinelas de abajo subió a avisar a Villatte. Algo sucedía fuera.

—*Mon général* —dijo cuadrándose ante su superior—. *On a arrêté deux hommes qui on tenté de faire sauter le sanctuaire.* —Blanca entendió que habían detenido a dos tipos que intentaban volar la ermita y se puso nerviosa—. *On l'a conduit en prison.* —«Se los han llevado a la cárcel», pudo traducir.

—*Cette amende. Le tournage, dès que possible!* —Villatte quería que los fusilaran al amanecer.

—Para qué esperar más —se preguntó a su lado Ruffin mientras aspiraba una pizca de rapé con un gesto de hartazgo latente.

Blanca, furiosa, se volvió y se lo comentó al grupo de españoles que tenía detrás.

—Son Venancio, el de la Trini, y su hermano pequeño —le dijo en ese instante la viuda Ayuso en voz baja—. Me lo acaba de confirmar el alcalde, al que han dado parte hace un instante.

Blanca sintió un escalofrío. Conocía a esos dos mozalbetes de toda la vida. La Trini era una madre coraje, una buena mujer, la costurera del pueblo. Siempre había trabajado a destajo para poder sacar adelante a sus cinco churumbeles. Viuda desde joven, había pasado más penurias que nadie. Que ahora le matasen a esas criaturas era una injusticia sin nombre.

—*Ces deux hommes ne sont que des gars. Ne les tue pas, mon général* —le suplicó Blanca al alto mando—. Por favor —le insistió a Villatte—. Son solo dos

muchachos. El pequeño es un crío... No los fusile —le imploró—. Estoy segura de que debe de haber un malentendido. Ningún vecino nacido en Chiclana desearía volar esa ermita; es muy querida para nosotros.

—Supongo que algo menos desde que se ha instalado allí el mando francés —dijo Ruffin mirándola con desdén y, según le pareció a Blanca, hasta con diversión sádica en los labios; como si se relamiese con su angustia—. Si han sido detenidos, tendrán que ser ejecutados. *C'est la loi*. —«Es la ley», sentenció.

—*Quelle loi?* —«¿Qué ley», se atrevió a preguntar, altanera, Blanca mientras los demás en el salón se giraban a mirarlos—. ¿Su ley? ¿La ley que han impuesto a este país por la fuerza?

—Creíamos que usted, señora vizcondesa, era partidaria de ella..., tanto al menos como para jurarla ante el rey José y la Constitución de Bayona. ¿O acaso tuvo la osadía de jurar en falso? —terminó indicándole Ruffin.

—Si lo hubiese hecho... —contestó, consternada—, no sería asunto suyo.

—Sí que lo sería, créame —dijo el otro, serio.

—Bien, bien... —interrumpió la discusión Villatte llevándose a la dama a un aparte—. Querido general Ruffin, no sofoque a nuestra bella invitada; estos no son temas agradables para tratar mientras nos terminamos la copa y el rey sigue por aquí cerca— le dijo mientras otro oficial enganchaba a Ruffin y se lo llevaba, a regañadientes, al salón de billares.

A Blanca se le quedó un amargo sabor de boca; una sensación brutal de impotencia. Apuró su copa y la dejó en una bandeja. El exceso de alcohol ingerido esa noche le había desatado en exceso la lengua; ella sola se había puesto a los pies de los caballos. Enfadada consigo misma, decidió marcharse. Recogió su capa forrada de nutria y levantó el vuelo.

—¿A casa? —le preguntó Genaro, que, frotándose las manos para entrar en calor, estaba como loco por largarse de aquella guarida enemiga cuanto antes—. ¿Todo bien?

—A casa, y no, todo no va bien. —Subió al carruaje dando un portazo. Él se quedó mirándola—. Tanto esfuerzo no ha servido para nada. Tenía usted razón: tarde o temprano me requisarán el cortijo. Soy una maldita ilusa, y me he puesto en el disparadero.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Que he bebido demasiado para mis costumbres y no he podido morderme la lengua. Han detenido a dos muchachos conocidos y los van a fusilar al alba... ¿No podríamos hacer algo? —le preguntó con la voz rota, al borde de las

lágrimas.

—¿Está *usté* loca? Hacer algo será salir de aquí cuanto antes. No es *usté* un arcángel, no los puede salvar a todos... Vaya a su casa, vístase con ropa cómoda de hombre y pongamos pies en polvorosa antes de medianoche. Con suerte podríamos estar en Cádiz mañana al amanecer. Cada hora que pasa usía aquí, se pone más en peligro, y a mis hombres.

—¿Pero y esos jóvenes...? ¡Por favor...! Ideemos un plan, intentémoslo al menos. Sé adónde los han llevado. Mi padre fue durante mucho tiempo responsable del partido judicial y en mi casa se conservan copias de las llaves de esos calabozos.

—¡Habló la reina de las ocurrencias! Acabáramos. Ya, las llaves... ¿Y piensa cómo podríamos sacar a esos dos muchachos marrulleros entre los cientos de soldados franceses que habrá en las inmediaciones del presidio? ¿Justo hoy, que hay más vigilancia que nunca?

—O menos —dijo ella misteriosamente—: casi toda está concentrada para custodiar al rey, sus ministros y sus generales.

—¿No comprende que sería imposible pasar desapercibidos con estas pintas? —dijo señalándose la ropa—. Los *mesiés* nos detectarían echando hostias. Cantamos por soleares.

—*La documentation* —les exigió un centinela desde la acera contraria.

Blanca, sorprendida, calló *ipso facto*. Estaban tan enfrascados en su discusión que no lo habían oído acercarse. Por la ventanilla del carruaje le entregó la invitación, que el otro estudió de cabo a rabo. Después se acercó hacia el pescante. Blanca, sin pensárselo dos veces, esperó a que se agachara para abrir la portezuela y le arreó en la cabeza con la botella de agua bendita que su tía Paz guardaba en un bolsillo oculto del asiento interior del coche. El soldado cayó al suelo como un saco. Blanca abrió la portezuela con cuidado de que nadie la viera. El contrabandista, cagándose en sus muertos, bajó del pescante a ayudarla. Entre ambos metieron al gabacho en el interior del landó y ella comenzó a desabrocharle la ropa.

—¿Va a violarlo usía? ¿Tanto le ha gustado el gabacho? —dijo el otro, mosqueado.

—¿No decía que era imposible pasar desapercibido entre tanto francés? Pues aquí tiene un traje de *mesié*. Con él podrá rescatar a esos chicos. Me lo debe.

—Yo... ¡Yo no le debo *na!* Es usía una *chalá*. Va a conseguir que nos maten a todos.

Las caras de muchos de los asistentes a la misa solemne de ese día eran un espectáculo. De asombro. El oficio religioso era una acción de gracias por el dominio francés de Andalucía. «Con dos cojones», que había dicho Pineda. La iglesia de San Juan Bautista lucía esa mañana sus mejores galas. Como todo el pueblo.

Blanca se preguntaba de dónde habrían sacado tantas flores, banderolas y guirnaldas de aquel lugar ya herido por la guerra, incendiado, saqueado, desflorado. Pero los franceses lo tenían todo preparado y repartían banderitas y cucuruchos de pétalos y ponían la orquesta a aquellos recibimientos teatrales a José I allá por donde iba. A aquellos sainetes populares. Era obligado a su llegada el repique de campanas, salvas de cañón, griterío, aplausos, vítores..., so pena de acabar en presidio. A un cura en Rota, hacía dos días, lo habían detenido y condenado a nueve años de cárcel por escupir a los pies de la carroza de Su Majestad. El salivazo atentaba contra su derecho divino.

—Oficio de Dios y oficio de los hombres es escuchar la llamada sagrada... — seguía el discurso del presbítero Diego Valverde ante la atenta mirada de los jefes en los primeros bancos. La iglesia estaba a reventar, y pronto empezaron los coros rocieros. Blanca, agotada, se sintió incapaz de cantar ni una estrofa. Se limitó a mover los labios como una marioneta, con la sensación de que la observaban, de que la detendrían por insurrecta.

Había pasado la noche empotrada en el comando que había liberado a los hijos de la Trini, con la cara llena de betún, que le había costado Dios y ayuda limpiarse, con temor a que alguien sospechara de ella después del encontronazo con Ruffin. A medio camino entre el terror de errar en su cometido —de francotiradora detrás de unos pinos mientras la partida del Flamenco limpiaba la cárcel de detenidos y dejaba dos centinelas franceses muertos— y el entusiasmo por haberlo conseguido.

Después, la fuga entre pinares en medio de un tiroteo, su regreso al cortijo a pie por caminos impracticables. Tomando precauciones extremas, había llegado media hora antes de que lo hiciera la patrulla francesa que había estado siguiéndolos; los había recibido en camisón y con la cara ya limpia, y los franceses no habían sospechado de ella y encima le habían pedido excusas. El corazón aún le latía como un tambor, como una orquesta completa de instrumentos de

percusión, como una salva de cañonazos...

El coro rociero terminó y la misa entraba en su recta final. Por la tarde habría una corrida de toros, ocho morlacos de la ganadería de Manuel Lobo, con la que el rey, como en otros pueblos, quería obsequiar a sus súbditos. Una forma de ganárselos. Antes del almuerzo, nada más salir de allí, el rey tenía previsto visitar las marismas para ver desde esa posición la muralla de agua que lo separaba de su objetivo, de Cádiz, de la ciudad que le estaba haciendo la pascua con su resistencia a ultranza, con la inesperada china en el zapato que se había encontrado. Con el cisne negro que amenazaba su reinado.

La comitiva real a caballo salió a las doce camino de las marismas. Ese día reverberaba el sol de febrero como un espejo óptico y el viento aullaba intranquilo. Poco a poco, se adentraron por los caóticos pasajes de esteros, cañas, dunas y agua. La sal hacía resplandecer el suelo como si la tierra fuera un tesoro. La desembocadura de los ríos Guadalete y San Pedro se desparramaba en las entradas marinas. No se sabía dónde empezaban unas y acababan otras.

Dos garzas reales levantaron el vuelo a su paso y una bandada de flamencos alzaron los cuellos del agua, dejaron de pescar y les hicieron el paseíllo triunfal hasta un mirador en rampa. O'Farril, el ministro de guerra, que seguía el desplazamiento observando con su catalejo, hizo una señal a Víctor de que había lanchas bombarderas aliadas en su trayectoria, pero los ingenieros desestimaron que hubiese peligro. Demasiado lejos, no los alcanzarían. O'Farril, por si las moscas, se mantuvo a distancia.

—¡Zoom! —sonaron los disparos, que fueron contestados por la fusilería de tierra y las barcasas francesas.

Eran casi las dos, la comitiva estaba a punto de regresar para almorzar, cuando el viento levantó olas, dobló los cañizos y arrastró una de aquellas bombas a los pies del mismo monarca. Dos guardias de honor lo lanzaron al suelo para protegerlo, y resultaron heridos por las esquirlas. Hablaron las armas y las aves gritaron histéricas. José I se había salvado de puro milagro. Dos generales terminaron tirándose los trastos a la cabeza y Víctor mandando a todos a sus guarniciones. Estaba harto de tantos recibimientos fingidos y tantos peligros innecesarios. El rey debería volver con él al Puerto de Santa María. Allí no estaban seguros.

CARNAVALES

La fiesta de la noche anterior —la ciudad estaba en carnavales— lo había dejado hecho unos zorros, pero expectante; tanto que apenas había podido dormir. Durante las cuatro horas que había estado fuera del navío había esperado encontrarse con Blanca. La había imaginado de dama veneciana, de Cleopatra... y de sirena; esa siempre había sido para él una imagen evocadora recurrente. Creía poder adivinarla detrás de cada máscara, de cada velo, de cada carcajada, pero terminó decepcionado descubriendo que siempre se trataba de otra. A la fiesta ofrecida por lady Holland había sido invitada —se había informado al respecto—, pero, por alguna extraña razón, no habían estado ninguna de las Malvar.

Rebulléndose en su hamaca, inquieto, esperaba en duermevela el amanecer. Recuerdos de la tarde anterior se mezclaban con otros más rancios..., como los carnavales vividos un año en Eton, donde, disfrazado de faraón, había recorrido a hombros de sus compañeros todo el parque. ¡Qué lejos quedaba eso ahora!

Volviendo al presente, reconoció que le había sorprendido lo animada que estaba la ciudad a pesar de los tiempos que corrían. La guerra no había impedido que se celebrasen los carnavales a los que tan aficionados eran los gaditanos. Se contaba que era una costumbre antigua reforzada por la llegada de numerosos comerciantes italianos, la mayoría genoveses y venecianos, un siglo antes. Como buenos marinos y comerciantes que eran, habían comprendido la importancia de tener empresas en Cádiz; licencias españolas con las que poder operar en los puertos de la América colonial hispana solo abiertos a la metrópoli.

Desde que abandonaron el navío a media tarde habían visto multitud de grupitos por las calles divirtiéndose; tocando tambores, haciendo sonar carracas, tirando flores de jara, serpentinas y papelillos de colores desde los balcones, cantando y bailando y, lo que más le había sorprendido, echándoles agua a los transeúntes. A él le había caído un cubo que lo había dejado hecho una sopa. A punto había estado de regresar al barco a cambiarse —le parecía indecoroso presentarse así en una fiesta—, pero luego, viendo que muchos iban igual, lo había dejado pasar. La fiesta de los Holland había estado hasta la bandera, completa; con sus elegantes candelabros de plata señalando al techo, iluminando las azoteas de cristal, sus centros florales como islas de frescor en medio de los manteles de hilo indio, su vajilla de porcelana de Wedgwood como la de su

abuela..., pero insulsa. No había encontrado lo que esperaba y había terminado matando el tiempo bebiendo.

A la salida de la cena, ya algo borracho, se había unido a un grupito de oficiales británicos que antes de volver a su embarcación querían tomarse la última en los antros del puerto y de la playa de la Caleta, en la zona extramuros. A pesar de las horas que eran, las dos de la madrugada, había ambiente en la zona más canalla de la ciudad. Fuera de la muralla era frecuente que cada noche se produjesen peleas, las mujerzuelas se llevasen a los hombres a un sitio oscuro para hacerles un servicio o alguien terminara acuchillado en medio de la arena, con las entrañas secándose al sol y expuesto a las patrullas de cortabolsas que limpiaban a los muertos de sus pertenencias antes de que desde las garitas les pegaran dos tiros.

Desde lejos los hachones iluminaban tibiamente unos tablaos donde mujeres esculturales que quitaban el hipo bailaban al compás de las guitarras, que interpretaban fandangos o seguidillas. Su pelo se mecía por el viento y sus zapatos taconeaban en el suelo de madera una letanía desconocida que disparaba la emoción. Aquello le recordó a la Nochevieja con Blanca. Otras mujeres daban palmas y quejidos sin esfuerzo alguno, llevadas por el ritmo que corría por sus venas.

En unos barriles a modo de mesas, gente de toda clase y condición —hombres— bebían, fumaban y reían; algunos, ya muy cargados de alcohol. De vez en cuando sonaba el ruido atronador de una bomba con la que los franceses parecían querer recordar que seguían allí, que no se habían ido. ¡Un poquito de respeto al enemigo! Cerca de la muralla, en la puerta de tierra, centinelas aburridos hacían guardia en sus garitas de piedra. Al otro lado, la negrura de la noche se extendía hasta el infinito, tropezando con las luces que permitían identificar las grandes moles de los barcos fondeados cerca. El capitán Paddon había llegado a su hamaca a tuestas después de beber como un cosaco ruso.

La noche había sido ventosa. El movimiento de las olas, que sentía imperceptiblemente, le había provocado malestar, y había tenido que subir a vomitar a cubierta. Después, más despejado, se había dejado seducir por la oscuridad, acogedora como un útero materno; por la música que aún flotaba en el ambiente, que, como la niebla, parecía haber quedado en suspensión sobre la bahía. Con los ojos cerrados, sentado en un banco y recostado en unas lonetas, había dejado volar su imaginación. Había desplegado sus alas y se había fugado con ella, con la mujer que habitaba en su alma.

Había visto a Blanca asomarse a la baranda de su nave con el cabello suelto y sus ojos chispeantes. Estaba desnuda y húmeda, y lo había animado a seguirla. Se había tirado al mar sin pensárselo y ella lo había arrastrado por el agua de la mano a toda velocidad, impulsada con su larga cola de sirena, hasta la playa, la misma donde ella lo encontró y lo salvó hacía años. Sobre la arena, él la había besado; había saboreado sus labios salados y fríos, perfilado con sus dedos su rostro amado, cartografiado su espalda, se había refugiado en su cuello. Le había oído susurrar su nombre, repetirle que lo amaba —igual que había hecho aquella tarde en el convento— como una consigna..., hasta que de repente dio un respingo...

El sueño húmedo daba lugar a un dolor intenso: se palpaba y las manos se empapaban de sangre. Estaba herido. Un flamenco lo miró desde arriba, los ojos se fundían en negro, oía disparos, barullo; luego reaparecía en un lugar subterráneo y oscuro... ¿Una tumba? El miedo lo trajo de vuelta.

—Capitán Paddon..., está usted jodido —había oído decir riendo a uno de sus hombres, que empezaba la guardia y se dirigía a su puesto.

Alexander se despertó sobresaltado y descubrió que estaba amaneciendo; que el cielo, que la noche anterior estaba limpio y despejado, era ahora negro y de tormenta; que había dormido arriba, en la cubierta, a la intemperie. No era de extrañar que se sintiese destemplado y enfermo. Apretándose la casaca azul, echándose hacia atrás el pelo desmadejado, bajó a su camarote sintiendo pinchazos lacerantes en las sienes; la resaca le arañaba la cabeza.

Allí, tumbado en su hamaca, llevaba un rato esperando que amaneciese y volviese la noche. Le habían dicho que era costumbre que todos los días de carnaval hubiese fiestas. Esa noche la volvería a buscar. Seguro que, tarde o temprano, aparecía.

16

El salón principal del Ateneo Cultural era esa noche un hervidero de gente de lo más extravagante. Paddon había necesitado pico y pala para atravesarlo a la búsqueda y captura de la señorita Malvar. Con un disfraz de forajido había deambulado por las distintas salas habilitadas para dar cabida al numeroso público que despediría allí el carnaval. Alex sabía que, esa vez sí, acudiría Blanca. Se lo había dicho, de pasada, esa misma mañana lady Holland.

—¿Encontró a la vizcondesa? —le había preguntado durante el almuerzo que habían compartido en la ciudad, y eso le había dado pie a él a hablar sobre el asunto.

Había sido en la residencia del propio lord Holland, donde un grupo limitado de británicos se había reunido para tratar de asuntos políticos y de cómo podría influir la convocatoria de Cortes generales que había hecho la Regencia. Lord Russell y el embajador británico eran más partidarios de ir dando pasos despacio, de imitar el modelo inglés de la Cámara de los Lores. La Regencia se había inclinado por un modelo más asambleario y rupturista.

Aquello preocupaba a los ingleses y, Holland, uno de los mayores analistas políticos de Cádiz, había hablado largo y tendido de ello, alertando a sus compatriotas, además, del poder cada vez mayor de las logias masónicas —las había de todos las tendencias y colores; algunas, incluso, claramente afrancesadas —; estas, había dicho, eran el caballo de Troya de José I. Era necesario contrarrestar su fuerza con las de tendencia anglófila o escocesa. Wellesley había estado de acuerdo, aunque había insistido en que los españoles debían concentrarse en la guerra y dejarse de gaitas como la libertad de prensa o el sistema político que establecer.

La presencia de Paddon se debía a su conocimiento del idioma y a su trabajo en el departamento de Inteligencia. Había estado toda la mañana traduciendo para el embajador y los altos mandos militares británicos lo publicado en la prensa esa semana. En la reunión previa al almuerzo se había discutido sobre los cambios

en la jefatura militar española.

—¿Está confirmado que Alburquerque se va a Londres? ¿Que deja Cádiz? — preguntó varias veces, asombrado, el embajador. Y la respuesta de sus hombres fue un sí categórico.

El duque de Alburquerque, hasta ahora jefe del ejército español en Cádiz, había dimitido de forma inesperada el día antes tras enfrentarse a la Regencia y a la Junta. Quería más poder, más dinero y más hombres. Aunque su estatus de héroe le hubiese permitido ciertas arrogancias, sus exigencias habían ido tomando un cariz altanero que había disgustado profundamente al Gobierno español.

Cuando el duque, en un arrebato de cólera, decidió presentar la mañana anterior su dimisión como forma de presión para conseguir lo que quería, se encontró con que el Gobierno se la aceptaba. Se lo habían quitado de en medio nombrándole esa misma mañana embajador español en Londres y habían hecho llamar a otro prestigioso militar, al general Blake, para hacerse cargo de las fuerzas terrestres en Cádiz. De las navales ya se ocupaban Cayetano Valdés y don Ignacio de Álava.

Aquella había sido la noticia del día. Se hablaba de ella en todas partes. Alexander había estado en la calle Ancha, donde se formaban a diario corrillos y foros para palpar el sentir popular. Ver cómo había caído la noticia, qué opinaba la gente del sustituto y cómo habían quedado de huérfanas las tropas de ese torbellino rubio llamado José María de la Cueva y Guzmán de la Cerda, XIV duque de Alburquerque.

—Me resulta difícil de creer —comentó el señor Duff, cónsul plenipotenciario—. Hace solo unos días estuve con él. Venía de revisar los trabajos en la Isla de León. Me contó las dificultades que estaba teniendo para levantar fortificaciones allí debido al corte de suministros desde la península. Sus hombres estaban trabajando en condiciones muy precarias; levantando defensas con estacas de los pinos cortados en los bosques extramuros y en los parques de la ciudad. Estaba sofocado porque la donación de los vecinos iba demasiado lenta y él necesitaba el dinero ya...

—Yo también hablé con él ese día —dijo el general Urban, al frente de la división angloportuguesa—, por la noche. Nada me hizo sospechar que fuese a dimitir horas después.

—No creo que haya que darle más vueltas... Simplemente Alburquerque es muy arrebatado y la Regencia estaba harta. Se han deshecho de él —dijo

encogiéndose de hombros Wellesley—. Ahora falta saber qué tal es ese Blake. ¿Qué sabemos de él? ¿Nos conviene? —preguntó mesándose el cabello blanco.

—Creo que sí, señor. Al menos con él no hay dudas de que sea afrancesado. Estuvo al frente de un cuerpo de voluntarios españoles en la guerra del Rosellón, contra los jacobinos franceses. En su haber —dijo Paddon mareando las hojas que tenía redactadas— tiene varios fracasos sonados: uno, el de Espinosa de los Monteros, aunque ahí, personalmente, creo que hubiera sido imposible que con los hombres que tenía hubiese podido hacer algo mejor y frenar al emperador en persona. Luego en Bilbao tampoco estuvo muy fino, pero ha defendido bien Murcia. Desde esta mañana es el nuevo jefe del Estado Mayor.

—¿Y ese apellido británico? ¿Acaso es inglés? ¿Lo conocemos?

—Blake, señor —dijo Paddon—, y no es de origen inglés. Sus antepasados eran irlandeses.

—¡Dios nos asista entonces! —exclamó Wellesley, sarcástico, y los demás se carcajearon.

Una vez aparcaron la política, el almuerzo transcurrió más fluido, con temas más ligeros: el nuevo cargamento de whisky que había llegado en la fragata Atenas; el pura sangre adquirido por el príncipe regente para su amante, la señora Fitzherbert; sus enormes deudas, según el *Times*... Tampoco escapó de sus comentarios la vida de dispendios, rodeado de mujeres y lujos, que su enemigo, el mariscal Soult, llevaba en Sevilla mientras Víctor las pasaba putas en Cádiz...

Wellesley se rio recordando lo que decía su hermano, lord Wellington, de él.

—Ya saben ustedes eso de que Soult es quien mejor sabe colocar a sus soldados en el campo de batalla, pero quien peor los maneja después —dijo aspirando rapé mientras todos recordaban cómo al francés se le escaparon en el último momento los destacamentos ingleses en La Coruña.

Lady Holland, la anfitriona, se unió al grupo en el almuerzo y comentó algunos chascarrillos sobre las amantes de Soult en Sevilla, sobre el harén que al parecer se estaba confeccionando. Estaban a los postres cuando se volvió a preguntar a Paddon por la vizcondesa.

—No..., aún no la he visto —contestó él—. Encontré su vivienda, pero no estaba. Me parecía que la carta era algo muy personal y no se la entregué a sus tías. Esperaré a que regrese.

—¡Ahhh! —exclamó entonces ella—. Si es por eso, no se preocupe; esta misma noche tiene confirmada su asistencia al baile de máscaras del Ateneo.

Fue oír eso y decidirse. Tenía previsto asistir a otro baile, al mismo al que acudiría la mayor parte de la oficialidad británica, pero sabiendo que ella estaría en ese, no se lo perdería. Era obligatorio llevar disfraz, y esa misma tarde su ayuda de cámara le buscó uno; de forajido: chaquetilla corta al estilo de los bandoleros, rostro tapado por un pañuelo al cuello, fajín, pantalones estrechos y botas de montar. En la cara, un antifaz. Estaba irreconocible. Se preguntó si ella lo reconocería y si él la reconocería a ella entre esa marabunta de gente.

Después de dar varias vueltas sin conseguirlo, recibiendo empujones, con la cabeza loca de tanto jaleo, divisó en un rincón a los Holland, que, copa en mano, hablaban distendidamente con un desconocido. Acercándose a la mujer, Alexander la saludó besándole la mano enguantada. Ella estuvo ocurrente y fue quien —con su vista de águila— vio llegar, ya tarde, a las Malvar en comandita. Entraron en el salón en fila india las dos jóvenes acompañadas por sus prometidos. Lady Holland dio un codazo disimulado al capitán Paddon.

—Ahí la tiene usted... Aunque esta noche no parece el momento ideal para tratar cosas serias, al menos —añadió— podrá quedar con ella. Aproveche —dijo guiñándole un ojo— y sáquela a bailar; no creo que su prometido se dé ni cuenta.

Alexander asintió, pero sin dejar de mirar a Blanca, que había hecho una entrada estelar con un llamativo traje veneciano: ajustada chaquetilla de raso decorada con *échelles* —una columna de lazos escalonados en tamaño del pecho a la cintura—, escote rematado con encaje de Valenciennes, mangas estilo pagoda y unos imponentes *paniers* para dar vuelo a la falda de color champán con bordados. Lucía peluca María Antonieta, no sabía si como burla a aquellos revolucionarios franceses al otro lado de la bahía, y un lunar-corazón en la mejilla derecha. Llevaba antifaz, pero era reconocible; al menos para él.

A su lado iba un caballero de romano y otra joven de egipcia, en tonos lapislázulis y blancos, que debía de ser su hermana. Sin prestar atención a lo que lady Holland seguía contándole, persiguió como un sabueso a Blanca con la mirada. La vio charlar, reír y bailar. Cuando paró, el romano —su prometido— se excusó y se dirigió al corrillo donde otros caballeros le daban al *drinking* sin descanso. Alex no se lo pensó y se acercó; entonces o nunca.

—*Signorina...* —le dijo en italiano, inclinándose en una exagerada reverencia. Entregándole la mano, la invitó a bailar una pieza.

Blanca rio y, sin saber quién era, aceptó. Los dos salieron al centro de la pista y se sumaron al río de parejas que bailaba un minué. Después llegarían otras

danzas de moda como el rigodón o la gavota, los bailes refinados de las élites. Esa misma noche en las calles, en los patios de las casas y en algunas plazas, la plebe se divertiría alocadamente bailando fandangos y flamenco mientras los comisarios de barrio cuidaban de que la cosa no se fuera de madre. Era tradición lanzar a las jóvenes más atractivas en volandas y recogerlas con las piernas al aire. Aquello era, a decir del nuevo obispo, del todo indecoroso. Pero esa noche habría diversión a raudales en toda la ciudad, lo quisiesen o no las autoridades competentes.

Hicieron giros, reverencias, pasos... Ella parecía divertirse mientras él decidía su plan de ataque. Necesitaba hablarle, pero aquel lugar era inapropiado, carecía de la intimidad que requería. Echó un vistazo. Las puertas acristaladas que daban al exótico jardín estaban entreabiertas y había gente en el exterior, paseando entre fuentes, helechos y palmeras; asomados a la baranda que daba al mar; escuchando el sonido bronco de las olas al estrellarse contra las murallas. Desde allí se apreciaban las garitas y los baluartes recortados contra el cielo iluminado por una luna llena y cremosa como un queso Camembert. Una imagen similar a la que podrían ofrecer las plazas fuertes caribeñas. De hecho, Cádiz y La Habana — había sabido— eran dos ciudades hermanas. Dos almas gemelas.

Tras dos contradanzas, Blanca hizo ademán de despedirse, pero él la frenó con un gesto discreto. Ella lo miró sorprendida.

—Por favor, vizcondesa... —le dijo él, que hasta ese momento no había hablado.

No había querido delatarse con su acento hasta no tener decidido qué hacer. Aquellas pocas palabras fueron suficientes para que ella lo reconociese. Se tensó como un arco y miró hacia donde estaba su familia buscando una excusa para marcharse. Alexander siguió su mirada. Sus tías hablaban en un grupo y su hermana seguía bailando en la pista. De su prometido no había señales de vida. Debía de haber sido engullido en aquella selva de homínidos. Sin nadie que pudiera acudir a su rescate, Alexander se envalentonó y la empujó por la espalda hacia fuera.

Blanca intentó resistirse, pero, por no dar la nota, le siguió, furibunda. Iba a protestar cuando él la enganchó sin miramientos, conduciéndola a la zona más oscura y solitaria. Bajo unas bóvedas cubiertas de hiedra, la atrajo hacia él y la besó. Blanca se quedó estupefacta, de piedra... Reaccionó primero dejándose llevar por la pasión, por el sabor de aquellos labios anhelados y perdidos; después, dándole un bofetón que hizo eco.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Acaso no me abandonasteis para correr junto a vuestra prometida? No tenéis ningún derecho sobre mí, y... —dijo intentando separarse de su abrazo, de sus manos, que la sujetaban con fuerza.

—Callad, os lo pido... Dejad que me explique; entenderéis qué sucedió. Yo no quería haceros daño, y...

—Pues me lo hicisteis —lo interrumpió ella—, y mucho. Aposté por vos; creí que entre nosotros había habido algo sincero, pero todo fue mentira. Incluso vuestro nombre y vuestra nacionalidad. Sois un farsante.

—Todo no. Pero es cierto: os mentí en muchas cosas... No podía sincerarme con vos. Primero sabéis bien que estuve inconsciente; después mis mandos me lo prohibieron. Estábamos en guerra. Éramos el enemigo.

—¿Temisteis que os mataran unas monjas? ¡Qué valiente! —dijo ella con sorna, acalorada y abanicándose.

—No es eso, pero en mi débil condición no podía arriesgarme; además, obedecía órdenes.

—Y me utilizasteis. Comprendo... De todas formas, aquello ya pasó. Dejadme —dijo otra vez intentando soltarse—. Volved al baile, y cuando retornéis a vuestro país, saludad de mi parte a vuestra esposa.

—Murió —se sinceró él.

—No sabéis cuánto lo lamento. —Y sonó dura, sarcástica; sin un ápice de pena.

—Ella no tuvo la culpa de nada... —dijo él en voz baja, lejana; calló un rato—. Y él, supongo —continuó, señalando hacia el interior—, debe de ser vuestro prometido.

—Suponéis bien, si es que os referís a Fernando. Ya lo era entonces. Rompí con él por vos... Pero, como sabréis, me equivoqué.

—Entiendo vuestros reparos, pero creedme: no pretendo nada, solo veros una vez más; hablaros... Durante estos años he pensado mucho en vos. He soñado muchas veces con vos. Me he preguntado qué haríais, dónde estaríais, si os habrías casado ya o si tendrías hijos —le dijo él, emocionándose de verdad al final.

—Pues es una lástima, porque yo me juré no volver a recordaros, y lo he conseguido —le contestó soltándose de sus manos, mirándolo con frialdad y alejándose de él deprisa.

—¡Esperad! —le dijo él corriendo tras ella—. Podríamos ser amigos.

—Lo dudo. Jamás volveremos a ser amigos. En realidad, creo que nunca lo

fuimos. Nos separa un abismo. Cuando esta guerra termine, vos volveréis a vuestro mundo y yo seguiré en el mío; esa es una distancia insalvable, como vos me hicisteis saber hace años. En España decimos «Cada mochuelo, a su olivo», ¡y qué cierto es! —terminó de decir, enfundándose las garras afiladas, sujetándose las amplias faldas, girando, dándole la espalda.

—Yo no estaría tan seguro. Corred, pero vuestra huida... —le dijo en voz alta, mientras ella abandonaba la arcada y se dirigía a la puerta de entrada al salón— solo puede significar una cosa: que me tenéis miedo porque aún me amáis —dijo ya esto último en susurros.

Lo había dicho a la ligera, pero al callar intuyó que era cierto. Aquello produjo una explosión en su interior que amenazaba con reventarle las venas. Como si por primera vez en mucho tiempo, en años, supiese dónde estaba su línea de meta. Se encendió un cigarro, y entraba cuando un proyectil lanzado desde las Cabezuelas tronó al otro lado del puerto. Debía de haber hecho blanco en algún barco, porque inmediatamente después se escuchó un crujir de maderas y se apreció fuego. La cubierta de algún mercante —los que estaban anclados allí, los navíos de guerra estaban más dentro, fuera del alcance de la artillería francesa— ardía como la yesca.

Numerosos curiosos dejaron el baile para mirar; él aprovechó para marcharse no sin antes dirigirle una última mirada desde la distancia. Ella, como si lo presintiese, se giró y le vio despedirse. Él le sonrió inclinando la cabeza. Había determinación en su gesto, seguridad. A Blanca no le gustó aquello ni un pelo... Era sumar otro peligro al batallón que la perseguía ya, aunque Pineda le había pedido que no le diera la espalda. ¿Recordaría Paddon el anillo de flamenco? ¿Y, de hacerlo, la pondría en peligro? ¿La delataría? Si antes fue un espía..., ¿lo seguiría siendo aún? ¿Pero ahora no eran aliados? ¿No se estaría volviendo majara? Y, de repente, se olvidó de todo aquello y se concentró en la declaración de intenciones que más la había asustado de verdad: era viudo. Antes de que su corazón se tirara al barro, buscó a Fernando. Debería haber estado preparada para ese reencuentro, tarde o temprano tendría que llegar, pero en ese momento se sentía al borde de un colapso emocional.

—Volveremos a vernos —dijo Alex para sí mismo. Ya en la calle se arrancó el antifaz y dejó que el viento lo impulsara como si fuera un velero. Feliz, regresó a su buque. No permitiría que ningún millonario ni ningún berrinche pasado matara su sueño. Ese primer pinchazo era previsible. Pero había muertos muy vivos, y su amor era un muerto esperando a ser reanimado. Había vida después

de la muerte. Luz después de la oscuridad. Calor después del frío.

Elsa se abanicó con mal genio y aceptó la pajilla que le ofrecía su tía Carlota. Rodrigo se había ido hacía rato a por unas copas y se había entretenido en el camino. Eso o se había caído en la licorera. Fernando también les había dado esquinazo, y Blanca bailaba en la pista con un desconocido... Aunque desconocido no sería exacto. Inquieta, se removió intentando decidir qué hacer, de qué cuernos coger a ese toro. Aquel tipo era el inglés que había ido a visitarlas. Ni su tía ni ella le habían dicho nada a Blanca, temerosas de que su aparición reactivara incendios ya extinguidos. Esos eran los peores de tratar.

Elsa no se arrepentía de habérselo ocultado a su hermana. No le habían mentido: se habían limitado a callar. De todas formas, Blanca parecía tener otras cosas en qué pensar. Había vuelto de Chiclana seis días después de lo previsto tras provocar la alarma general en la familia. Incluso habían tenido que acudir a Fernando, que había estado en Gibraltar por negocios unos días, y ponerlo al corriente de lo que estaba sucediendo: Blanca había ido a Chiclana para que no le embargaran el cortijo y no había regresado en la fecha prevista. Fernando se había alarmado de verdad. El pueblo estaba totalmente ocupado por tropas francesas y su vida podría correr peligro. Se había metido en un avispero del que no sabían si la podrían liberar. ¿A qué diablos había ido allí?

Blanca había aparecido cuando Fernando había contratado a dos individuos para que realizaran una incursión en territorio enemigo. Había llegado hecha unos zorros y más distraída que nunca; ojeras marcadas, pelo desmadejado y sucio, vestida con un gabán de hombre espolvoreado de barro y una expresión oscura en su mirada. Habían matado finalmente a uno de los miembros de la partida del Flamenco que les había dado cobertura en la salida. Ella no había podido impedirlo a pesar de haberlo intentado. Se había producido un tiroteo a las afueras del pueblo y el chico, un herrero de Vejer llamado Florencio, había muerto agujereado.

Al menos los rescatados de la cárcel habían podido escapar a través de los caños y el fango, huyendo a las montañas, en dirección a la sierra de Grazalema, donde se refugiarían y se unirían a los guerrilleros. Pineda y su hombre habían logrado escapar vivos de la refriega de milagro, y habían huido con Blanca a través del laberinto de campos anegados hasta llegar a la zona de dominio

español, donde habían pedido auxilio. Una lancha cañonera los había rescatado y los había escoltado hasta Cádiz sanos y salvos. El viaje había sido una odisea para olvidar. Habían llegado de madrugada. Blanca había aparecido en la puerta de su casa escoltada por Pineda, hecha una facha y al límite de sus fuerzas. Con un tanque de odio a las espaldas por tanta injusticia como había presenciado; por tanta muerte innecesaria, por tanta ruina...

—Gracias... Espero poder contar con usted en otra ocasión —le dijo, una vez más calmada, al contrabandista.

—No puedo decir lo mismo... —le contestó este riéndose, no sin antes darle sus últimos consejos—. Aunque si va a ser siempre así de generosa, tendré que pensármelo —comentó mientras sopesaba la bolsa con doblones que le había entregado. Aquello era mucha pasta.

De eso hacía ya dos semanas. Blanca parecía haber ido recuperando la compostura, pero su posicionamiento ante el conflicto se había radicalizado. Incluso había acudido a hablar con Cayetano Valdés, comandante de las fuerzas sutiles de la bahía, el mandamás de las lanchas cañoneras. Le había contado todo lo que había visto y vivido y qué zonas había comprobado, *in situ*, que podrían utilizarse para arremeter contra las posiciones galas más endebles. Incluso le había garabateado un mapa con los emplazamientos armados secretos que los franceses tenían escondidos. Valdés se lo había agradecido, pero le había recomendado que no volviese a hacer semejante excursión por su cuenta si quería seguir vivita y coleando. Que él ya tenía a hombres al tanto de todos esos movimientos. A Blanca aquello le había molestado.

Elsa decidió, con la excusa de que necesitaba encontrar a Rodrigo, buscar a Fernando, que no debía de andar muy lejos, para ponerlo sobre aviso de la que se le venía encima. Dejó a sus tías y se excusó con la señora Domínguez, que no paraba de darle la brasa con la injusticia que la Regencia cometía dejando que se fuera Alburquerque. La Domínguez se giró entonces hacia doña Tomasa de Palafox, marquesa de Villafranca, y Elsa vio su oportunidad. Preguntando a unos y a otros, se internó por el laberinto de pasillos que daban a las dependencias oficiales de la Junta. Tras un rato buscándolo sin éxito, decidió regresar al salón principal, a la casilla de inicio, por si acaso hubiese vuelto. Hacía allá se dirigía cuando desde el interior de una sala le oyó hablar. Era Fernando.

Iba a entrar cuando escuchó la risa de una mujer y se contuvo. ¿Quién diablos sería aquella zorra? ¿Estaba Fernando engañando a su hermana, allí mismo, con otra mujer? Con el corazón latiéndole como una bomba de achique, se pegó a la

pared y, oído al parche, escuchó lo que pudo. Se fue animando y dio otro paso mirando por la puerta entreabierta. Estaba todo en tinieblas, pero las siluetas de los dos —Fernando y la mujer— se perfilaban como sombras chinescas a la luz exterior del jardín. La dama, a la que no pudo reconocer, trataba a Fernando con familiaridad pegajosa. Se alzó de puntillas y lo besó, pero él la rechazó, frío. Ella rio despreocupada. «¡Ramera!», pensó Elsa, furiosa. Después ella le habló con desgana.

—Bien. Haced lo que queráis, *mon cher*. Pero me lo debéis. Os esperaré el viernes. Si no, todo el mundo sabrá qué me une a vos, qué me unió en otro tiempo... y en qué andáis metido. No creo que a la encopetada de vuestra prometida le guste descubrirlo.

—Dejad a Blanca en paz; olvidaos de ella, os lo advierto —dijo él, enfurecido, marchándose.

Elsa corrió de puntillas y, al oír el picaporte, se metió en otro cuarto contiguo para impedir que Fernando la descubriera espiándolo. La sorpresa fue mayúscula: su adorado Rodrigo fornicaba con otra mujer a oscuras, vestido, sujetándola contra la pared. Ella llevaba un antifaz y él simplemente se había desabrochado la bragueta. Elsa sintió que se abrían tierras movedizas a sus pies. Que se hundiría allí mismo. Un ataque de ansiedad la mordió, necesitó unos segundos para recomponer su mundo y cerciorarse de que aquello era verdad; que no se estaba confundiendo. Las lágrimas se saltaron los diques de contención y el kohl de sus ojos cavó trincheras en sus mejillas, se merendó el maquillaje. Elsa ahogó el gemido como pudo y avanzó a tientas por la oscuridad como un alma en pena que buscara la salida del limbo. Respirando a trompicones como un pez, alcanzó la luz.

Sin saber si gritar, llorar o matarlo allí mismo, se sumó al jaleo. La música sonaba estridente; había demasiado barullo. De repente, una bomba estalló cerca, y se escuchó su detonación como si fueran las trompetas del apocalipsis. Los cristales de muchas vidrieras se hicieron añicos; las lámparas de araña se mecieron y se volcaron y algunos invitados corrieron a ponerse a salvo creyendo que el techo se les vendría encima como un alud. Solo fue una falsa alarma; instantes después, el baile continuaba en todo su apogeo como si nada hubiese ocurrido, pero ni Elsa ni Blanca estaban para fiestas. Ambas decidieron regresar a casa con su tía Paz. Doña Carlota tenía la noche de suerte.

—Regresad vosotras... La noche aún es joven, ¡aburridas! Yo lo haré con Fernando o Rodrigo —dijo dando una chupada a su purito y volviendo al juego

— Por cierto, ¿los habéis avisado? —Sin esperar contestación, volvió a descartarse como una maestra. Las alhajas de sus escuálidas muñecas tintinearón y su risa resonó sobre el tapete. Sus dos sobrinas, de un humor bastante más negro, se marcharon dejándola por imposible.

El viento en Cádiz podía ser terrible, pero lo de aquel día semejaba un huracán. Temporal de equinoccio, le decían por allí. La batería de mortero de la 2ª División francesa disparaba desde Matagorda, frente a los Puntales. Los proyectiles retumbaban en la oscuridad, mientras un pelotón de nubes negras y preñadas de agua barrían la cubierta de los barcos fondeados en la bahía.

Chorreando agua, Alexander Paddon observaba por el catalejo las maniobras que otras naves inglesas y españolas estaban efectuando para impedir que el viento rompiera los palos y las sogas que los amarraban a tierra y, en especial, que los barcos prisión no rompieran amarras y terminaran arrastrados por las corrientes en dirección al Puerto de Santa María o Puerto Real, donde estaban los suyos. Varias noches antes varios presos habían logrado huir a nado.

—¡Zooommm! —volvió a resonar el cañonazo.

El proyectil atravesó, humeante, el cielo para ir a caer al mar sin provocar daños, pero complicando la situación. A esas horas ya eran muchas las bocas de cañón que a lo largo de todo el litoral gaditano disparaban en una u otra dirección. Las bocas de fuego de la línea aliada respondían a las francesas desde la Puerta de Tierra, el Castillo de San Sebastián o los diversos fuertes menores situados en primera línea. Hacían barridas de disparos intermitentes. Los marineros luchaban a brazo partido para impedir desperfectos en sus buques mientras la oficialidad estaba en su mayoría a cubierto en sus respectivas salas de mando. Los truenos eran tan fuertes que herían los oídos y venían precedidos por espectaculares relámpagos que electrificaban el aire y rasgaban el firmamento como si fuera un pergamino. Pedazos de claridad en medio de la negritud del cielo.

Callaron los obuses cuando Paddon pudo ver cómo el oleaje arrastraba y rompía la soga del Argonauta, el buque hospital de los reclusos galos. Varios barcos más, algunos mercantes y dos lanchas, parecían perderse en la lejanía en las crestas de las olas. En apenas unas horas, al anochecer, una docena de buques ardían estrepitosamente, salpicando de color la oscuridad. Su luz resplandecía y

ofrecía una visión dantesca de la bahía: un infierno emergiendo desde la profundidad. Una gran nave encalló en la playa de la Caleta mientras otras eran arrastradas en dirección al enemigo. Si prendían alguno de sus navíos, o algún polvorín, podrían volar todos por los aires.

Durante la noche la situación fue más caótica. Paddon y varios compañeros más tuvieron que trabajar junto a la marinería asegurando los cabos y disponiendo las lanchas salvavidas para rescatar a los aliados que caían al agua. Veinticuatro horas después del inicio de la espectacular tormenta —parecida, le pareció, a la que siguió tras la batalla de Trafalgar—, el mar seguía embravecido y las orillas, llenas de arboladuras rotas, velas, jarcias y cadáveres.

El ruido seguía produciendo estupor. Los franceses trataron de hacerse con los navíos de guerra que habían encallado en su lado, pero los aliados que aún estaban a bordo trataban de impedirlo a la desesperada. Muchos, al ver a los buques naufragar, se tuvieron que lanzar al mar e intentar llegar a las playas, donde los esperaba el enemigo para rematarlos a tiros. Manteniéndose en el agua, bajo una pavorosa tempestad, braceaban y gritaban a la espera de que sus lanchas acudieran a rescatarlos, pero estas no daban abasto.

Se oía el chasquido de los mástiles devorados por las llamas, la caída de las vergas sobre los puentes incendiados, la explosión de los cañones alcanzados... Finalmente un gran buque voló en mil pedazos. Una nube, como una boina, de humo denso y negro invadió todo el espacio e imposibilitó ver nada. Se oían toses, lamentos, gritos... El fogonazo tiró a Paddon al suelo. Levantándose, bajó deprisa al camarote de oficiales, donde sus jefes observaban, a cubierto, desde las ventanas de popa, lo que estaba sucediendo.

—¿Eso son cadáveres? —preguntó el general Graham a otro oficial junto a él.

—Sí, señor. Está todo el mar lleno. De los nuestros y de los suyos. Se ha incendiado también uno de los pontones con al menos medio millar de presos franceses.

—También han soltado otro a propósito —añadió Alexander, que lo había visto—. El Castilla la Vieja. Se han escuchado con claridad los gritos de aliento y vivas de los gabachos.

—Sí —comentó Graham sin despegar el ojo del catalejo, embelesado en el panorama—, lo hemos escuchado también. ¿Cuántos barcos se han perdido?

—No sé, pero al menos cinco. No creo que los franceses hayan sacado mucho provecho de ellos. Los han incendiado los mismos españoles para evitar que cayeran en sus manos. Aunque..., no sé, tal vez lo consigan.

—Esta noche no habrá baile —dijo, sarcástico, Graham. La melodía esa noche la ponían la pólvora y la electricidad. La naturaleza podía ser una orquesta soberbia.

17

—Paddon, os anda buscando el joven Palmer —le dijo el mayor Fitz Lennon mientras bajaba de prisa la escalerilla a su camarote—. Ha llegado el correo, y tenéis carta.

El corazón de Alexander se contrajo al oír eso. Inconscientemente, metió la mano en el bolsillo de su casaca azul marina y estrujó un papel. Era la única contestación que en esos dos meses había recibido a las muchas cartas —al menos cinco— que había enviado a Blanca. En ellas le pedía una cita para hablar con tranquilidad de lo ocurrido tanto la noche del baile de máscaras como la del día de su llegada y, por supuesto, de lo ocurrido cinco años atrás.

Le debía una explicación, y además estaba loco por verla. Anhelaba su proximidad, su boca, su mirada, ese latigazo de emoción que sentía cuando ella estaba cerca, ese vértigo en la boca del estómago, ese calor en... Tal vez fueran solo imaginaciones suyas, pero había instantes en que podía sentirla, en que sus brazos se sabían rodeando su cintura y su boca acariciando el lóbulo de su oreja. Podía recordar con nitidez el ramalazo de alegría salvaje que había sentido al besarla y descubrir que ella también era cautiva de esa misma pasión, de esa maldición. Que había cadenas que no era tan fácil romper. Aunque después lo hubiese abofeteado, ese instante inicial en el que la había pillado desprevenida había sido una erupción. Una eclosión. Una primavera. Un brote verde, un inicio...

Subió a cubierta. El sargento Levinge portaba una pequeña saca al hombro y repartía cartas a la tripulación como si fueran caramelos. Se puso a la cola. Esperó preguntándose si su última misiva la habría ablandado y le habría hecho reconsiderar su postura. Si se veía capaz de iniciar una negociación, de enterrar el hacha de guerra. De fumarse con él la pipa de la paz. En la única nota que había recibido, lo único que le decía era que entre ellos jamás podría existir nada y que la olvidase. ¡Como si eso fuese posible! Si no lo había conseguido en años, lejos, viviendo en otro país y con otra mujer en su cama, ahora allí, tan cerca,

resultaba impensable. Necesitaba explicarle lo ocurrido: ¡había sido tan impetuoso, tan joven, tan inexperto, tan estúpido...! Pero había aprendido. En cuanto volviese a verla, se le declararía; le propondría matrimonio, le suplicaría que no siguiera adelante con sus planes de boda con aquel estirado petimetre. Que aceptara su rendición, su mano tendida...

—¡Martin! Cabrón, aquí tienes cartita de tu madre —dijo en ese instante, riéndose, Levinge mientras entregaba un sobre a uno de los guardiamarinas más jóvenes del barco—. Stuart, lo mismo.

Si las cosas no se hubiesen complicado —pensó Alexander mientras veía avanzar la cola y llegar su turno— con la aparición de un brote de epidemia de fiebre amarilla en Cádiz, habría ido ya a verla. Habría aporreado la puerta de su casa hasta conseguir que lo atendiese. La habría abordado, la habría sitiado... Pero llevaban semanas en cuarentena sin poder abandonar el buque. Solo tres hombres —que eran sistemáticamente reconocidos cada vez que iban y volvían a la ciudad— podían acercarse a tierra y abandonar el navío.

La vida en el barco, sin nada que hacer y con aquel calor —entraban en junio—, resultaba poco llevadera. El barco era un horno, y así era difícil mantener la disciplina; cada vez eran más frecuentes las peleas y las borracheras. En la última semana se habían relajado algo las medidas, pero Graham había dado órdenes estrictas de que evitaran en lo posible cualquier concentración humana. Habían pasado de no parar en lo que a vida social se refería a no tener ni una sola cita. Sabido era que después de la tempestad llegaba la calma. Y aquello era calma chicha. Igual andaban los franceses, que parecían disparar con menos frecuencia, como con desgana. Como si les quemaran los gatillos o se les escurrieran del sudor las balas.

La fiebre amarilla y otras epidemias eran frecuentes en Cádiz en verano. Ser un puerto marítimo tan transitado, en relación con el Caribe, de donde procedían muchos de estos males, y estar rodeado de charcas, marismas y en verano aguas estancadas provocaba fiebres y miasmas. Aunque las autoridades portuarias llevasen un control bastante exhaustivo de todo barco que entrase, era inevitable que alguno se les colase y provocase una epidemia. Según le habían contado a Paddon, la de hacía seis años había sido terrible y había ocasionado centenares de víctimas mortales. En esta ocasión estaba siendo menos fuerte, pero ya se hablaba de un centenar de fiambres. Entre estos, varios diputados venidos de América.

Se preguntó si aquellos datos serían fiables; si no se estarían minimizando los efectos para no alarmar a la población y si los franceses no estarían sufriendo

esas epidemias igualmente. En su barco las órdenes de limpieza eran estrictas. La ventilación era fundamental, y todos los hombres se untaban un mejunje appestoso para prevenir las picaduras de insectos que las transmitían. Aquella mezcla de mosquitos, mar y calor resultaba más letal que los cañones Villantroy. Aun así, hacía dos días habían tenido que evacuar a un joven grumete que presentaba todos los síntomas de la pestilencia: fiebre elevada, escalofríos, vómitos negros, sangrado, mialgias...

—Tome, Paddon... Parece usted ansioso, capitán —le dijo el sargento guiñándole un ojo—. ¿A quién se habrá dejado en Londres...? Ja, ja —rió el marinero, dejando ver los huecos negros de su penosa dentadura podrida.

Paddon elevó una ceja. ¿De Londres? Tomó el sobre lacrado y comprobó que el remite procedía de Inglaterra. Sintió frustración..., ¡no era de Blanca!, y enseguida temor: ¿le habría pasado algo a su hija? Rompió el sobre y desplegó el papel; retirándose a un lugar tranquilo y solitario, dentro de lo solitario que podía ser un navío de doscientos hombres, se sentó a leer:

«Querido Alexander.

Te escribo estas líneas para decirte que Amy está bien. Sigue creciendo y ya dice sus primeras palabras. Es una niña fuerte y rubia como su papá a la que le encanta correr con los perros y pasear por el parque. Nos hace muy feliz tenerla, y lamentamos decirte —ja, ja— que ella no te echa mucho de menos.

Dicho esto, para tranquilizarte, por lo demás, todo bien. Madre estuvo el mes pasado visitándonos; intentando hacer de casamentera con los Waling, a cuya hija, Betty, ha echado el ojo para nuestro William. Alice me manda decir que también anda buscando otra esposa para ti, para cuando regreses de la guerra. Madre cree que ya es hora de que te olvides de Margaret y formes una familia: Amy necesita una madre. Al parecer, está confeccionando una lista con los nombres de las jóvenes casaderas que más te convienen.

Con respecto a lo que me preguntaste sobre Stanford, aún no he averiguado nada, pero sigo en ello, aunque no creo que debas temer por tus inversiones. Esa es una empresa respetable, y yo no he oído rumor alguno de quiebra.

Un abrazo.

Tu hermano, Peter».

Dobló la carta con una mezcla de tranquilidad —al saber que su pequeña Amy estaba bien y que lo de Stanford parecía solo un bulo— y de decepción por que la deseada carta no fuera de la señorita Malvar. Pensó si no debería escaparse y llegar, aunque fuera a nado, a Cádiz. Se rio de su estúpida ocurrencia. Pero en lo más profundo no pudo evitar sentirse preocupado, no fuera ella a tomar alguna decisión apresurada. Siempre había sido muy temperamental.

—Paddon, ¿hace una partida? —le preguntó en ese momento el conrtramaestre, y Alex, doblando la carta, se sentó a su lado. Revisaría más tarde los papeles que le había hecho enviar Wellesley.

La noche era veraniega, húmeda, pegajosa. Olía a hierbabuena y a geranios. Cantaban los grillos y los mosquitos eran legión. A pesar de los controles para impedir aglomeraciones debido a la fiebre amarilla, ya casi superada, la ciudad seguía palpitando, en movimiento. La población se había triplicado en unos meses y los alojamientos resultaban insuficientes. La Regencia había ordenado talar varios bosques próximos y las arboledas de algunos parques y jardines públicos para construir viviendas a los recién llegados; había requisado las casas cerradas o abandonadas, había subido los impuestos con los que mantener los hospitales y lazaretos, había hecho obras con las que acondicionar edificios públicos para albergar a ejércitos, transeúntes, refugiados... En las azoteas de las casas acampaban familias al completo y, debajo de los puentes y frente a los espigones, en casetas improvisadas hechas con lonetas y palos, se arremolinaba el gentío como un río. De noche —pensó Fernando mientras caminaba deprisa hacia el tablao del Lolo— era aún peor. Familias enteras sacaban mantas a la calle y pasaban allí la noche al raso. Gente procedente de las barriadas más castigadas por las bombas que huían del peligro y pasaban la vigilia a la intemperie en zonas más seguras.

Con el ánimo por los suelos después de lo ocurrido esa tarde, se dirigió a un encuentro al que no se había podido negar. Con ojos en la nuca, comprobando que no le seguían, subió por las escalerillas del callejón de la Sal; ya estaba cerca de su destino, un garito de mala muerte extramuros del barrio de pescadores de

la Viña, al otro lado de la iglesia de la Virgen de la Palma.

El concierto de olas en la playa de la Caleta y la luz del faro lo orientaron a pesar de que la zona estaba pobremente iluminada. Solo las luces mortecinas que se escapaban a rafagazos de los antros portuarios ponían algo de color a la calle, sacaban brillo a sus rejas y balconadas. Resonó el empedrado al pasar. Sus pasos se confundían con el ruido de voces, peleas de borrachos y gritos de niños. Una fulana con los ojos pintados a brochazos y olor a sudor se le acercó, pero él la alejó con su bastón. No estaba de humor para putas viejas.

—¡Mal rayo te parta, *relamío!* —le había dicho la mujer después de haberle echado su particular maldición. La fulana tomó otra dirección dándole una chupetada al cigarrillo que llevaba prendido de los labios como si se lo hubiesen atornillado.

Sin prestarle atención —Cádiz estaba lleno de mujeres como esa—, continuó. A veces, por el rabillo del ojo le parecía presentir, más que ver, una sombra como una plaga persiguiéndole, pero, en cuanto se daba la vuelta, desaparecía; como si estuviera jugando con él al gato y al ratón. Intentando descubrir si su intuición le fallaba o estaba paranoico, se paró a mirar desde un escondite improvisado. No vio a nadie, y supuso que sus temores debían de ser cosa de su mente calenturienta. Solo dos gatos maullando entre los restos de basura, las mujeres de la vida enseñando muslamen y el sereno de turno, con sus pistolones y su capa negra, dando la hora y seña. Continuó. Con el pulso acelerado y la sensibilidad a flor de piel, acarició el puño de su bastón y percibió el mecanismo que abría una daga en la punta. De todas formas —se dijo—, si algún malnacido se le acercaba, se llevaría una buena sorpresa.

Con el bastón movió los enseres que ocupaban el centro de la plaza de Santa María. Una niña zarrapastrosa se le acercó por la espalda con vagas intenciones, seguramente a pedirle limosna o aligerarle la bolsa, y Fernando se sobresaltó. Llevaba el papel estrujado en el bolsillo de su chaleco y sabía que tenía un problema. Ahora, estaba por ver si alguien más estaba al tanto de ello. Debajo de un farol se paró y se encendió un cigarro. El sabor del tabaco habanero y la honda respiración le devolvió algo de su habitual serenidad; la necesitaba antes de enfrentarse a una reunión con sus colegas. Una vez en la puerta del garito, Fernando descorrió la cortinilla de tela con rayas de colores y entró.

Un áspero olor a vino barato, ron de importación, sardinas asadas y humarro le golpeó en la cara. Con una mano intentó limpiar el aire viciado que se condensaba como niebla y ver al fondo. Allí estaban Morcillo, Pucela, Ramírez y

un joven de origen cubano al que esa noche le iban a presentar. Querían, según le habían dicho, que ingresara en su logia. Había sido el propio Morcillo quien lo había fichado y quien lo apadrinaría, pero necesitaría el voto favorable de un porcentaje del grupo. Fernando había puesto objeciones, entorpecido la operación; habían organizado aquella cita para convencerlo. Para algunos era importante aumentar la logia y ser cada vez más fuertes. Para Fernando era más importante ser pocos y con las ideas claras. Crecer demasiado, en esos momentos, era peligroso. No debían permitir la entrada a desconocidos. Cádiz estaba trufado de espías. Cualquiera podría venderlos al mejor postor, traicionarlos. Se estaban jugando mucho, más incluso que su propia vida.

—Pasad, os estábamos esperando, Soto —le dijo Pucela indicándole un asiento vacío a su lado.

—Este es Edelmiro Ramos de Ander, criollo, natural de Cuba, hijo de un reputado empresario de la Habana y futuro miembro de nuestro... club — comentó Morcillo guiñándole un ojo a Fernando.

Este se dio por enterado. Club, sociedad, reunión, cualquier palabra servía para sustituir a la real, logia, que era en realidad lo que formaban. Aunque no estaban totalmente prohibidas, tampoco estaban bien vistas. Para muchos no eran más que una pandilla de jacobinos, agitadores, revolucionarios y conspiradores. Muchos atribuían al poder de las logias el triunfo de la revolución en Francia y acusaban de afrancesados a sus seguidores. José I las había subvencionado. Eso, en aquellos momentos, con el país ocupado por las tropas de Napoleón, significaba más o menos una acusación de colaboracionista en toda regla. Un pasaporte al otro barrio o al otro lado de la escala social.

Además, para muchos eran los que estaban tras los levantamientos en las provincias de la América hispana. La situación estaba más o menos tranquila en Cuba, pero no podía decirse lo mismo de Río de la Plata o Nueva Granada. Aprovechando que la madre patria estaba entretenida con la guerra al otro lado del océano, estaban alzándose en armas contra ella. Algunas logias los apoyaban. Parecía —pero no lo era— una incongruencia que parte de ese movimiento insurgente estuviese naciendo precisamente en España y que algunos de sus apellidos más ilustres fueran quienes los estuviesen encabezando.

—Es un placer conoceros —respondió Fernando a la presentación mientras le daba al joven un apretón de manos; levantándose con elegancia la cola de su chaqueta, se sentó en aquella espartana silla de madera desconchada y culo de albardín. Después de un rato charlando de nimiedades, mientras la tabernera

servía, Fernando se dirigió al nuevo fichaje—: Si no tengo mal entendido, sois primo de Guillermo Baeza, un buen amigo.

El joven sonrió cínicamente; de cabellos calor caramelo, parecía un figurín de revista. Sus largas patillas hasta la boca, cortadas a escuadra y cartabón por un maestro barbero, delataban su posición social —Cádiz era muy cara: en ese momento, atestada y con escasez de todo, más, y había listas de espera en las peluquerías de toda la ciudad—. Ojos acarbonados y nariz afilada. La barbilla resultaba demasiado puntiaguda, pretenciosa; le desagradó: decía de él más de lo que parecía, lo caricaturizaba como villano. Su tez lechosa y su aspecto relamido le dieron repelús, lo mismo que el roce frío y desangelado de su mano. En él, pensó, no latía un corazón, no había sangre corriéndole por las venas, era inhumano. Después de esa mala impresión, poco podría haber hecho el otro para cambiar el rechazo instintivo de Fernando, pero tampoco es que lo buscara. Parecía sobrado; como si supiese que, votase Fernando lo que votase, él entraría a formar parte del grupo. Él se saldría con la suya. Debía de estar acostumbrado.

—Sí, Guillermo Baeza es mi primo; en realidad debería decir ¿primastro? —Ramos se rio de su ocurrencia—. Su madre se casó con mi tío después de que este enviudara de la tita Pura, hermana de mi madre —comentó, con la indiferencia colgándole de los labios mientras sacaba polvo de rapé de una cajita de ébano lacada en oro, y aspiró. Tras el estornudo, se colocó su sofisticado tupé modelo andamio y se acomodó en su asiento. Sus ojos no perdían de vista a una mocetona trigüeña que, con los protuberantes pechos escapándosele del jubón, servía las mesas a la velocidad del rayo.

—Así que queréis pertenecer a nuestro... club. ¿Por qué?

—Deseo extender la lo... ejem... —carraspeó Ramos sin llegar a decirlo— a mi país. Ya sabéis... Tarde o temprano la libertad llegará para todos, incluidos los que vivimos allí. *Liberté, égalité, fraternité* —dijo, y su dicción en francés sonó espantosamente perfecta.

—Pero a vos no parece haberos ido mal del todo con el viejo sistema —le señaló, desconfiado, Fernando mientras rechazaba el ofrecimiento de rapé que le hacía su interlocutor.

—¿Acaso importa eso? —dijo—. A vos, por lo que sé, tampoco. No solo tenéis importantes negocios y propiedades en España, también en América, en Cuba. ¿Por qué estáis entonces metido en esto?

—Eso —contestó de malos modos Fernando— es algo que no os incumbe a vos. No soy yo quien debe ahora dar explicaciones de sus motivos para entrar en

este... club. Ya lo hice en su día ante quienes debía. Además, creo en la libertad; creo que América se la merece.

—Ja, ja, ja —rio, sarcástico, el nuevo—. Eso sí que me ha gustado. Yo también. Vaya, parece que al final vamos a tener algo en común.

—Lo dudo —contestó Fernando, harto de su insolencia, y eso que apenas llevaba allí un rato.

Se bebió de un trago el chato de vino que le habían servido y pidió otro. Un ruido en el exterior le hizo girarse como un resorte y llevarse la mano a la empuñadura de su bastón. Al ver que solo se trataba de una carga que se había volcado fuera, retornó su atención a la mesa. El nuevo lo miraba intrigado, como si hubiese podido captar en su gesto inesperado algo raro. Una alarma sin venir a cuento, un miedo subterráneo. Sus ojos desalmados —a él se lo parecieron— parecían contener una pregunta. Fernando, más inquieto de lo que deseaba aparentar, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para excusarse; señaló que tenía invitados en casa a los que atender y se fue cagando leches, no sin que antes Morcillo y Pucela le insistieran en que se quedara otro rato. Era pronto, podrían tomarse algo más por ahí o acudir a la casa de la Vera, un famoso burdel portuario. Fernando declinó el ofrecimiento. Había planes que los ideaba el diablo.

—Está bien... Es evidente que hoy no estáis a gusto. Parecéis incluso enfermo, ¿Os encontráis bien? Si habéis venido andando, puedo llevaros a casa en mi carruaje —comentó Pucela mientras el otro negaba con la cabeza—. Bien... Marchaos, pues. Os esperamos el próximo viernes en nuestra reunión mensual. Ya sabéis, en casa de...

—Sí, de acuerdo —dijo Fernando cortando el rollo, deseando aligerar e irse cuanto antes.

—¿De verdad que no os pasa nada? —le insistió Morcillo al oído cuando Fernando se levantaba—. Se os ve muy inquieto hoy; podéis contárnoslo con confianza. Más que un club... —recalcó el hombre, y esta vez no había aprecio o comprensión en su mirada, sino advertencia, como si sospechara que el otro les ocultaba algo—, esto es una familia. Para eso estamos, para ayudarnos.

—Desde luego, pero no creo que sea necesario. Nos vemos el viernes —terminó, cogiendo su sombrero y saliendo a la calle después de dejar algo de calderilla sobre la mesa para pagar la bazofia de consumición.

Ya fuera, agradeció el aire tibio de la noche, el parpadeo de los faros lejanos, el olor a maresía e incluso el jaleo de los vecinos a pie de portal; era tarde, pero

seguía habiendo gente al fresco y muchachos incansables jugando entre los cascotes de un edificio en ruinas por un impacto de mortero. El esqueleto del inmueble se apreciaba recortado a la espectral luz de unos faroles. Según se alejaba de la taberna, se maldijo a sí mismo por haber sido tan imprudente; no debería haber acudido a la cita.

Había permitido con sus sobresaltos que los demás desconfiaran, que percibieran que algo anómalo sucedía. Aquello —se dijo mientras aligeraba el paso al abandonar la seguridad de las murallas vigiladas por centinelas— demostraba que debía poner al día de lo sucedido al maestro de la Orden. Sería una faena, algo que odiaba tener que hacer y que le haría parecer un panoli, generaría desconfianza en el grupo en un momento tan crítico como el que estaban, pero era imprescindible. Tarde o temprano lo descubrirían. No podía seguir ocultando más el chantaje de aquella víbora.

Si el gobernador se enterase de en qué asuntos tan turbios andaba metido, su posición social podría irse al carajo; incluso —se recordó a sí mismo— podrían acusarlo de traidor y fusilarlo: por mucho menos a otros los habían mandado al paredón. Verdad era que los había mucho peores..., pero eso a él no le tranquilizaba. Alvear o Santiáñez podrían acudir a sus respectivos padres. Dos héroes de guerra. Eso los salvaría... o no. Fuera usted a saber...

Y luego estaba Blanca; se llevaría un disgusto si se enterara de algo. No solo por las consecuencias, sino por la causa. Tendría que explicarle muchas cosas; muchas de las que hizo en Madrid tiempo ha y que ahora, cuando las creía sepultadas en su pasado, volvían a aparecer para ponerlo contra las cuerdas. El pasado, que decía su padre, siempre te alcanzaba. Por eso era mejor zanzar las cosas cuanto antes. Enterrar bien a tus muertos y aprender a capear temporales. Por eso no podía consentirlo. Había tardado demasiado en volver a convencer a Blanca de que se casase con él, como para arriesgarse a que ella ahora reculara.

—¡Zasss! —escuchó el golpe atronador de un disparo desde el Trocadero. La bola de fuego incandescente iluminó por unos instantes el negro y lunático cielo. Varios disparos más desde tierra le hicieron los coros. Fernando aligeró el paso; las bombas caían lejos de su ruta, pero no había que tentar al diablo.

—¿Bordando aún? —preguntó, extrañada, Blanca a su hermana—. ¿Todavía estás sin vestirte? ¿Acaso pretendes no asistir al funeral de Riquelme? ¡El propio

Villavicencio ha enviado recado!

—No veo por qué tenemos que ir toda la familia. Con que vayas tú en representación de los Malvar será suficiente. Además, también irán las tías. ¿Crees acaso que se lo perderían?

—¡Vaya, querida Elsa, me sorprendes gratamente! Creí que no corría ni una pizca de sangre por tus venas. Algo de rebeldía no está mal de vez en cuando —dijo la tía Carlota, que, en ese momento, ya vestida toda de negro, entraba en el cuarto—. Aunque tanto bordar me preocupa; si al menos te diese por jugar a la ruleta... Si sigues trabajando a ese ritmo, te terminarás el ajuar en dos días. ¿Qué harás luego? Te advierto —le dijo en un tono divertido— de que no porque lo termines te vas a casar ant...

—¡Vale ya! ¿Es que en esta familia es imposible que dejéis de entrometeros en todo? —estalló de repente la dulce Elsa. Dejando el delicado bordado sobre la mesa, salió hecha un revuelo de faldas en dirección sur suroeste, a su cuarto.

El resto de la familia —la tía Paz bajaba por la escalera principal en ese momento— se quedó pasmada. Todas habían notado el cambio de Elsa en los últimos meses, emitía señales de bloqueo claro, pero nadie había encontrado causa aparente. Hasta su propio prometido, Rodrigo, había acudido a Blanca preocupado por el cambio inesperado en su prometida, que había pasado de enamorada empalagosa a francotiradora; en lo referente a él, claramente hostil. Iba a degüello. Blanca había intentado sonsacarle qué le ocurría, pero solo había conseguido que se pusiera más a la defensiva, que se enrocara en su castillo.

—Bien, no te insistiré, pero este es el primer funeral oficial desde lo del temporal, y sería conveniente que nos acompañases —terminó diciéndole mientras se colocaba la mantilla de blonda en seda color azabache y los guantes.

—Riquelme era amigo de tu padre, que Dios lo tenga en su seno —dijo, santiguándose, doña Paz—. No pudimos ir al entierro por la epidemia, pero hoy no podemos faltar a las exequias en su honor y en el de las demás víctimas. Sería de muy mal gusto y de muy mala educación.

—Id vosotras. Yo... no iré, y punto —dijo desde lo alto de la balaustrada de la escalera con los ojos encendidos de rabia.

—Dejadla... No conseguiremos nada presionándola. Cuando volvamos intentaré hablar con ella. Está claro que algo le pasa, pero no consigo sacárselo —dijo Blanca encogiéndose de hombros.

Ante el espejo dorado de la antesala se pellizcó los pómulos y se mordió los labios para que parecieran más rojos y sensuales. El gesto no le pasó

desapercibido a su tía Carlota, que marchaba un paso por detrás y que la miró por el rabillo del ojo. Sabía que no se estaba poniendo guapa para Fernando — que había avisado de que no acudiría—, y ella tampoco era excesivamente coqueta. Doña Carlota tuvo el convencimiento de que aquel gesto no era gratuito, y se preguntó a quién iría destinado, a qué Adán querría su sobrina dar a probar su manzana... ¿Tal vez a aquel inglés tan insistente que le había mandado cartas que había devuelto sin abrir? Era una posibilidad; debería observarla con atención esa mañana.

El carruaje atravesó la ciudad, que volvía a ser un enjambre después de semanas en las que casi todo el mundo había rehuido la vida social para evitar los contagios, y frenó a las puertas de la catedral de La Santa Cruz sobre las Aguas, aunque todos la llamasen popularmente «la catedral nueva». Frente al mar, el enorme edificio, que estaba inconcluso, podía verse desde cualquier punto de la ciudad. Su fachada de color blanco marmolado brillaba con el sol, cegaba. Más esa mañana en que el verano parecía haber desplegado todos los colores de la Creación.

La guerra y la falta de fondos habían paralizado su construcción, y algunos tramos traseros seguían con andamios y vallados por resultar peligrosos. A las puertas del templo reconocieron a varios gaditanos de toda la vida y se saludaron. Entre ellos estaba el propio general Villavicencio, gobernador de Cádiz, que, rodeado por un grupo de militares españoles e ingleses, esperaba a las puertas y saludaba a los asistentes según iban llegando.

—Pasando lista —le dijo la tía Carlota, bromista, a Blanca.

Aquel era un funeral de Estado por los marinos aliados fallecidos a causa del terrible temporal, y debía tener la pompa correspondiente. Riquelme había sido uno de ellos. Había ido a bordo de la fragata Paz. Esta, junto a los navíos Purísima Concepción y San Román, se había visto afectada por el viento huracanado que la había sacado del mapa. Los tres habían estado fondeados en la boca del puerto, al abrigo de la artillería francesa, pero el vendaval había roto los cables de amarre y los había soltado, dejándolos a merced de las encabritadas olas, hasta hacerlos encallar finalmente cerca del Puerto de Santa María. A los pies del mariscal Víctor.

Otros navíos habían podido contar con el auxilio de la Marina española o británica, de sus cañoneras, lanchas y botes. Bajo un intenso fuego enemigo, a través de un pasillo de metralla, los aliados habían acudido al rescate de los hombres de los barcos siniestrados, pero no habían logrado rescatarlos a todos.

Habían tenido incluso que incendiar ellos mismos las naves encalladas para impedir que cayeran, con el armamento que llevaban dentro, en manos francesas. La bahía se había llenado de restos y de cadáveres hasta quedar convertida en un enorme cementerio acuático de aparejos, velámenes y botavaras incineradas y uniformes deshechos. El agua había parecido una parrilla, un infierno.

Además de los tres buques españoles, habían perdido un navío portugués, un bergantín inglés y una veintena de barcos menores y faluchos a disposición de la Armada. El salvamento de los naufragos y del material —municiones, pertrechos, pólvora— había sido heroico, pero muy caro en vidas. Ruinoso. La Naturaleza —habían protestado algunos— parecía darles a los franceses cartas marcadas, parecía hacer trampa.

—Mira, ya llega el general. Dicen que está enfadado con el gobernador. No le ha dado todos los hombres que pedía para limpiar la bahía —dijo, sabionda, la tía Paz señalando con su abanico en una dirección.

Justo en ese momento bajaba de su birlocho el general José Justo de Solano, que se sumó al grupo de autoridades a través del pasillo que formaron las milicias urbanas y el Cuerpo de Voluntarios Distinguidos. Entre los militares había ingleses, y Blanca vislumbró a Alexander. Paddon acompañaba al general Graham y a sir Hew Dalrymple, gobernador de Gibraltar; los servía de intérprete con los mandos españoles.

No lo había vuelto a ver desde el carnaval, desde el beso que aún le quemaba. Primero la tormenta y después la epidemia habían mantenido a los hombres en sus buques, en cuarentena. Al principio había temido que le hubiese podido ocurrir algo, pero tranquilizada al tener noticias por lady Holland, había pasado página. Algo incómoda, eso sí, por descubrir que todavía le seguía importando. Sabedora del peligro que corría, había decidido ignorar sus cartas, no darle esperanzas. En ese momento se notó preocupada, con el suelo a sus pies crujiendo... A regañadientes tuvo que reconocerse que tal vez nunca pudiese borrarlo de su corazón. Que aquel fuera su castigo por haber sido tan tonta. La intrahistoria de su amor seguía doblándole el pulso. Dominándola.

—No mires con tanto descaro, querida sobrina —le dijo su tía Carlota arrastrándola del brazo hacia el pasillo central de la iglesia—. Si no fuera porque eres una flamante prometida, diría que se te van los ojos detrás de otro gallo. Que le estás poniendo ojitos a aquel rubio.

—No diga tonterías, tía —protestó Blanca, riéndose, moviendo el abanico, pero ruborizada.

Doña Carlota no volvió a sermonearle, pero tampoco le quitó ojo. Tanto ella como su hermana habían hablado de lo raras que estaban las muchachas. Habían decidido vigilarlas en silencio y estar atentas a lo que se estuviera cocinando entre bambalinas. El problema de Blanca parecía claro. A la chica le gustaba el inglés. Lo que no entendía era lo de Elsa. Qué le habría pasado a aquella alma cándida para que enseñara los dientes. Qué mosca la habría picado.

—*In nomine patris, et filii, et spiritus sancti...*

El oficio religioso comenzó. El obispo de Cádiz inició la homilía. El altar, un templete neoclásico de mármol dedicado a la Inmaculada Concepción, relucía por la luz de los cirios. En uno de los laterales había varias capillas con las imágenes de san Servando y San Germán, patronos de la villa. Los bancos estaban repletos de fieles. En primera fila, autoridades e invitados.

Desde su posición Blanca pudo comprobar los intentos de Alexander por localizarla. No paraba de mirar hacia atrás, lo que le valió un comentario jactancioso de su tía Carlota. Al lado de Blanca se sentó Rodrigo, que había llegado tarde y haciendo fu como un gato al no encontrar a su prometida como había previsto. Blanca se limitó a excusarla con una jaqueca. Las disculpas por Elsa se multiplicaban últimamente, y Rodrigo podría ser muchas cosas, pero no era idiota. No se lo tragaba.

Antes de terminar el funeral, una orquesta militar interpretó la sinfonía *Las siete últimas palabras de Jesucristo*, de Haydn, una obra encargada al famoso compositor por la ciudad hacía muchos lustros y que siempre sonaba en Viernes Santo y entierros de categoría. Un silencio pastoso y lacrimógeno se adueñó entonces del templo.

Acabado el oficio, Blanca se dio prisa en salir de la nave catedralicia. Temía encontrarse con Alexander y ponerse en evidencia. La situación era contradictoria. Había estado todo el día deseando verlo, sabiendo que podría asistir al acto y alegrándose de ver esta esperanza confirmada, pero después había preferido mantener las distancias. Sus ojos lo interceptaron. Parecía suplicarle que lo esperara, pero ella rehuyó la mirada y siguió su camino.

Aquel gesto le pareció una cobardía y ralentizó el paso, dejando que fuera él quien la alcanzara, quien decidiera qué hacer. Lo vio acercarse de refilón y se preguntó cómo se excusaría para hablarle cuando no estaba ya sola, sino acompañada de Rodrigo Bernal. Alexander se hizo el encontradizo, los saludó cortésmente a los dos, pero después enmudeció. Simplemente se la quedó mirando como si buscara las palabras exactas que decirle mientras mareaba al

sombrero. A Blanca el pulso se le disparó.

—Hacía mucho que no tenía el gusto de veros, capitán Paddon —dijo ella rebajando la tensión, disimulando delante de Rodrigo.

—Cierto, señorita Malvar —dijo él—. Lástima que sea en un funeral.

—¿Sufrió mucho vuestra nave, capitán? ¿Perdisteis a algún compañero? —intervino Rodrigo, lo que obligó a Paddon a dejar de abducir con la mirada a Blanca y contestar a su acompañante.

—No, aunque conocía a varios de los oficiales que se ahogaron en el Dragón.

La charla continuó por esos derroteros manidos sin que Blanca tuviera oportunidad de intervenir. Rodrigo monopolizó la conversación mientras ella se limitaba a escuchar con el pulso a la carrera y la vergonzosa sensación de que se estaba ruborizando sin motivo, de que él se estaría dando cuenta. Viendo el inglés que sería imposible hablar nada íntimo con la mujer, se colocó su bicornio con escarapela y, haciendo una gentil inclinación, besó la mano de la dama y se despidió de ambos. Blanca había necesitado cerrar los ojos al notar el contacto de sus labios en su mano enguantada. El calor de su aliento quemaba. La otra le sudaba tanto mientras sostenía la sombrilla que temió que se le derritiera como si fuera de cera.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Rodrigo al verla agobiada—. Mirad, ¿no es aquella vuestra futura suegra?

Blanca comprobó que doña Guiomar de Soto hablaba con sus tías. A su lado, su hija Mariana, acompañada de Justino Tristán, se abanicaba con cara de soberano aburrimiento. El hombre, pretendiente de la chica, era un acaudalado hombre de negocios que había enviudado recientemente y había pedido la mano de Mariana a sus padres. Los Soto habían rogado al hombre, amigo de don Eugenio, que tuviese algo de paciencia y dejase a la muchacha hacerse a la idea de una boda de conveniencia de esa magnitud. A esas edades ya se sabía, le había dicho doña Guiomar..., quien al punto había añadido que ella terminaría con las veleidades románticas de su retoño y la haría entrar en razón.

Blanca sintió pena por la muchacha. Siempre había sido divertida, descarada..., y últimamente se la veía muy apagada. Consumida. Había intentado convencer a Fernando para que impidiera esa boda tan desigual en lo que a edad se refería, pero este se había mostrado indiferente. «Se acostumbrará», le había dicho, como si tuviera la cabeza en otra cosa. Al igual que Elsa, Fernando también andaba de un tiempo a esa parte algo raro. «No quiero interferir en los planes de mis padres», se había limitado a contestarle, algo destemplado, la última vez que ella

le había insistido..., y los planes habían seguido adelante; rumbo al desastre, se temía Blanca.

—Se os ve magnífica, señorita Malvar —le dijo don Justino, y Blanca agradeció con una inclinación de cabeza el cumplido. El hombre vestía a la francesa, como todos los caballeros adinerados: un frac color crudo, corbata de dos puntas y calzón blanco.

Después de preguntarle por su madre, viuda hacía años, Blanca y su familia se despidieron. Las tías avanzaban por delante abriendo paso como dos rompehielos. Rodrigo se paró a saludar a un conocido cuando alguien chocó contra Blanca tirándole la dichosa sombrilla al suelo. Al mirar, vio a una mujer preciosa: cabello rubio cerveza, ojos rasgados y esbelta como un junco.

—Perdonadme, vizcondesa —le dijo inclinándose en gesto de cortesía, lo que demostró a Blanca que la conocía de algo—. Lamento el golpe. Ha sido una torpeza por mi parte.

—No es nada; hay mucha gente, eso es todo —dijo Blanca, nada convencida.

La joven, que parecía de posibles a tenor de la ropa que llevaba, se agachó personalmente a coger el quitasol de Blanca y se lo entregó achicando en exceso las distancias, como si acometiera una maniobra de abordaje, como las ladronas del arrecife... Mirándola directamente a los ojos, con una sombra de burla en sus pupilas, se despidió calle abajo. A Blanca le pareció un incidente provocado, una embestida premeditada, más cuando al volver a abrir su quitasol vio cómo una notita resbalaba. Escrita en un papel de mujer perfumado y suave, olía a peligro, a juego inconfesable, a amenaza por capítulos... ¿A chantaje? Abriéndola, comprobó que era una cita:

«¿Os creéis segura? ¿Confiais en vuestro prometido? Si albergáis alguna duda, acudid el miércoles a esta dirección: calle del Veedor, 67».

18

—¿Se puede saber de dónde diablos vienes? —le preguntó doña Paz a Blanca cuando esta entró en casa y ni siquiera se dignó contestar.

Había ido a echar un vistazo a la dirección del papel: calle del Veedor, 67. Era miércoles y, por tanto, el día de la cita misteriosa. En la nota no aparecía hora, y Blanca había supuesto que tal vez esa mujer estuviese esperándola ya. Desde fuera no se veía movimiento, y la casa parecía vacía, muda. No había querido detenerse porque el callejón era estrecho y su presencia en mitad de la calzada hubiese llamado la atención y obstaculizado el paso de carretas o caballos.

Se alejó a lo largo del parque Genovés y se dirigió al Registro de Gobernación. Necesitaba información de a quién pertenecía esa propiedad. Tener algún dato potable que llevarse a la boca antes de meterse en la boca del lobo. Averiguó que era de don Gustavo de Aguilar y Sanchís, un nuevo rico que llevaba en Cádiz unos años y gozaba de una turbia reputación. Aquello no le gustó mucho. Indecisa sobre si acudir o no a la cita, Blanca regresó a su casa para darse de bruces con que la estaban esperando en la salita azul, donde Ramona, la modista, tenía ya preparado el traje nupcial con los últimos retoques que ella misma había incluido en la última prueba. Con los nervios de los últimos días había olvidado la cita.

Dejando a su doncella el sombrero, los guantes y el bolso, Blanca subió al cuarto y se encontró con que su tía Carlota y Elsa entretenían a la mujer dándole carrete. Acompañada por dos ayudantes, la costurera prendía en ese momento una cinta de pasamanería plateada a la cola, como si fuera una cometa, lo que le añadía más prestancia al traje. Con alfileres en los labios intentaba contestar a la batería de preguntas de doña Carlota, sin que le fuera posible. Al ver a Blanca llegar, la saludó con alivio.

—Os pido perdón, Ramona. Sé lo atareada que estáis; había olvidado la cita de hoy —le dijo subiéndose a la tarima que habían colocado en el centro de la habitación, delante de un impresionante espejo ovalado que parecía robado de

algún cuento. El servicio lo había movido con sumo cuidado, ya que era una pieza antigua, una joya familiar perteneciente a los Alvar desde hacía generaciones, y a doña Paz le hubiese dado un infarto de romperse.

Conchita, la doncella, ayudó a su señora a desvestirse mientras la modista y sus jóvenes costureras metían a la señorita Malvar el vestido y empezaban a ajustárselo. Un tirón aquí, otro allá, un leve pinchazo en el hombro y una sensación de agobio que la hizo enrojecer. Cosificada, parecía una peonza en sus manos. Una momia a la que estuvieran enrollando lienzos. Un maniquí de madera.

—Si os encontráis mal o cansada, podemos venir otro día —le dijo la modista al rato.

—No hará falta. Continúa. Conchita —ordenó a su doncella—, tráeme el abanico y dame aire. Estoy sofocada. Hoy hace mucho calor.

—Pues no tanto..., o no más que otros días —le contestó la tía Carlota acercándose al oído de su sobrina, mientras no paraba de halagar a Ramona por el trabajo tan maravilloso que había hecho con esas telas; luego le dijo en voz baja—: Para ser el traje de tu boda, no te veo demasiado contenta... Pareces fastidiada, tienes peor cara que una lechuga. A tiempo estás. Y, si no, tampoco hay problema. Tú te casas y después te dejas cortejar por un mocetón guapo. Con Cádiz lleno, tendrás mucho donde elegir —dijo guiñándole un ojo y separándose de su lado, haciendo como que miraba por sus anteojos uno de los bordados hechos a mano con hilo de plata y finos brillantes en el escote de la espalda—. Delicioso. Verdaderamente, Ramona, sois una artista. —Y la costurera se puso hueca de orgullo.

Doña Carlota no era tan puritana como otras damas de su edad, que veían con malos ojos la moda cortesana que permitía a las mujeres casadas tener hombres que las cortejasen. Se trataba de galanes que día y noche se desvivían por ellas platónicamente, aunque estuviesen casadas con otros. En su época eso hubiera sido impensable, pero hacía décadas que eso se practicaba en la Corte y, aunque había tardado en llegar a las provincias, era ya costumbre habitual entre las jóvenes de alta alcurnia. Los maridos eran consentidores, y tía Carlota presumía de que Fernando de Soto no pondría inconveniente a esa práctica, lo que dejaría algo de libertad a Blanca y, sobre todo, se la dejaría a él.

—Carlota —le dijo en ese momento su hermana Paz—, deja a Ramona que trabaje, que esta no es aún la última prueba, y ven conmigo. Beatriz de Mier y Soraya Briones están abajo.

—¿Otra vez esas pesadas? Ya te he dicho que no voy a pedir el ingreso en la Junta de Damas. Puedo colaborar con la ciudad de otra manera. No necesariamente tengo que ponerme a las órdenes de esas beatonas.

—No son beatonas, y antes también fueron tus amigas.

—Por eso lo digo, porque las conozco. Son unas mandonas, unas sabiondas; tiene que ser siempre lo que ellas digan. Soraya es insufrible, y desde que murió su marido, más. Como se aburre..., pues nada, tiene que ir dando la tabarra a todo el mundo. ¡Menuda *bacalá* con la guita...! Pena tengo de Villavicencio y del que caiga en sus redes. No hay fiesta en donde no les abrume contándoles todo lo que ha hecho por la ciudad. ¡Ni que fuera la única, caramba! Nosotras, sin ir más lejos, hemos donado mucho más dinero que ella para la causa. No voy a permitirle que me dé lecciones de cómo hay que arrimar el hombro.

—Es verdad, pero tienes que reconocer que su contribución no es solo una cuestión de dinero. Se ha encargado además de recaudar en casas no tan generosas como la nuestra y de aguantar a todos aquellos que le han ido con peticiones de todo tipo. Incluso ha estado utilizando uno de los barcos de su empresa para sortear el bloqueo francés y traer armas y botas para nuestros muchachos desde América.

—¡Qué hartura! Mira que no lo tengo yo tan claro; que esa mente más que habla... —terminó doña Carlota mientras su hermana la sacaba a rastras del salón azul y se la llevaba a otras dependencias.

En el cuarto solo Elsa se quedó acompañando a Blanca mientras las costureras quitaban y ponían piezas, dando realce al costado izquierdo, recolocando la cola de la forma más favorecedora para que se luciera el costosísimo bordado a diez manos o asentando una de las mangas de farol que le tiraba de la sisa como si fuera un torniquete bien apretado.

—Vais a parecer un sol —le dijo Ramona, y Blanca sonrió al verse en el espejo—. Falta el velo. Es de seda, como pedisteis, y de la mejor. —Se lo acercó y Blanca lo tocó, deleitándose con su suavidad escurridiza, su liviandad, su textura maravillosa—. Hay que prenderlo bien y ver el efecto que causa junto a la diadema de vuestra madre que queréis lucir. No sé si no se resbalará y terminará como una bayeta por el suelo. Deberíais probárosla también.

Blanca pidió a Elsa que se encargara de traérsela. Podría haber enviado a cualquier doncella, pero prefirió que fuese su hermana para poder así meterle prisa a Ramona. Si quería asistir a la cita en la calle del Veedor, tenía dos horas. El perímetro de su aventura tenía limitaciones. Se veía constreñido por la lista de

deberes sociales cotidianos: el almuerzo a las dos y con visita incluida, el primo Ángel las acompañaría a la mesa; por la tarde, paseo por La Alameda en coche de caballos y un dulce en alguna confitería de la calle Ancha; por la noche, dado que era viernes, caería algún musical.

Navarro, el cómico de moda, amenazaba con un nuevo estribillo de su puño y letra sobre los gabachos y sus bombas que luego las gentes popularizaban por toda la villa. Soniquetes pegadizos y gamberros, de dudosa calidad, que divertían a un público ansioso de risas. Necesitado de vías de escape para no sucumbir al miedo. La risa, era sabido de siempre, era el mejor antídoto contra la pena.

El resto de la prueba se realizó a matacaballo, y Blanca sonrió satisfecha. Estando sus tías tan entretenidas con las integrantes de la Junta de Damas, esperaba poder fugarse sin llamar la atención. Ya excusaría con cualquier mentira su ausencia a su regreso. Despidió a las costureras para salir cuando entró Elsa, y esta, ordenando con un gesto de cabeza al servicio que se fuese, cerró la puerta con tanto cuidado como si fuera un artificiero. Con la espalda apoyada en la madera lacada en blanco, miró con indisimulada preocupación a Blanca y le enseñó la nota que había guardado en la polvera. Blanca maldijo por lo bajo. Qué diablos había tenido que ir a hacer allí Elsa para encontrar la nota.

—¿Acaso te dedicas ahora a husmear en mis cosas? —le dijo, enojada por esa intromisión.

—Desde luego que no. Fuiste tú quien me enviaste a tu cuarto a buscar la diadema. Pensé que la tendrías aquí —dijo señalando una caja de madera forrada de terciopelo—, y al abrirla volqué la polvera y cayó esto. Está claro que lo escondías; el mensaje es algo misterioso. ¿Qué es y quién te lo ha dado?

—Eso —le dijo Blanca— no te interesa. Son cosas... mías.

—¿Qué sabrás tú?! No vayas, Blanca... Tal vez haya alguien que pretenda hacerte daño, hacéroslo a ti y a Fernando... —dijo recordando a la mujer que había vislumbrado en el baile y que a escondidas chantajeaba a Fernando en aquel cuarto.

—Si hay alguien que me tiene que decir algo, que lo haga. Estoy a menos de tres meses de casarme con él y siento que necesito saber algunas cosas. Ventilar nuestra relación, que no nos salpiquen historias apolilladas nada más casarnos como les ha pasado a otros...

—Pues pregúntaselas.

—Sabes que eso sería absurdo. Fernando no es como Rodrigo..., transparente.

—Ja, ja, ja —rió Elsa en tono sarcástico.

Blanca la miró detenidamente, preguntándose qué sabría y si no estaría aquel asunto en el origen de su cambio de carácter y de su actitud contestataria de las últimas semanas.

—Por escuchar no perderé nada —terminó diciéndole Blanca.

—¿Ha hecho algo Fernando para que desconfíes de él? ¿Para que lo trates así? —insistió Elsa.

—No... y sí. Siempre ha habido algo en él que me ha desconcertado, que me ha intrigado. En realidad, soy consciente de lo poco que lo conozco, y...

—¡No digas tonterías! Lo conoces lo suficiente, y si te refieres a llegar al fondo de su alma, blablablá, blablablá... Eso es una patraña que jamás se consigue. Nunca se termina de conocer a nadie..., sobre todo si ese nadie no quiere que se le conozca —dijo, cínica, y el tono preocupó a Blanca. Sonaba a decepción, a dolor, a amargura..., a madurez repentina, a descubrimiento. Aquella rotación en su carácter insinuaba un eclipse. Una luz, la de Rodrigo, parecía haberse oscurecido de repente. Blanca comprendió que el amor le había golpeado. Que sus ilusiones, como antaño las suyas, habían sufrido un revolcón. Que Rodrigo le había hecho daño.

—Bien, no puedo entretenerme hablando ahora de este asunto contigo. Si tienes algo que decirme, te agradecería que fueras clara; si no, déjame marchar y excúsame con cualquier tontería ante las tías. Estaré de vuelta a la hora del almuerzo.

Elsa no se atrevió a decirle lo que sabía, y Blanca la retiró de la puerta y salió. Elsa la vio alejarse en la calesa desde el balcón del piso superior y un temor difuso se apoderó de ella.

Alexander apuró la taza de café. Llevaba horas abstraído trabajando en el despacho que se le había asignado en la embajada. Cada mañana se adentraba en la jungla de periódicos españoles a la búsqueda de alguna señal que hiciera saltar las alarmas, a la caza de algún tigre. Aquella propuesta que le había parecido sencilla lo sacaba de sus casillas ahora. ¿Pero cuánta prensa podía publicar cada día esa gente??

Cádiz estaba sembrado de papeles y de ideologías: *El Conciso*, *El Telégrafo*, *El Telégrafo Americano*, *La Avispa Española*, *el Redactor General*, *el Triple Alianza*, *El Telescopio Político*, *El Robespierre Español*, *la Gaceta de Madrid*, *la Gaceta de la Regencia*,

El parte oficial del vigía del puerto... Aquel maremágnum de letras impresas escondía siempre noticias asombrosas emboscadas en las secciones aparentemente más inocentes. La sección «Calle Ancha», que se repetía como un eco en varios de ellos, la de los chismes, ofrecía un termómetro de cómo estaba la cosa, de qué preocupaba realmente a los españoles y de qué se cocía en la trastienda de la bahía con más exactitud que cualquier análisis de expertos.

—¿Está preparado? —oyó, y mirando a la puerta vio al propio Wellesley esperándolo. Maniático de la puntualidad, deseaba salir ya camino del palacio del gobernador, donde tendrían esa mañana una reunión los altos mandos aliados. Paddon echó un vistazo a su reloj de bolsillo: ¡faltaba una hora! Pero no dijo nada.

—La valija de Londres ya ha llegado. El conde de Liverpool y el primer ministro insisten en que Cádiz es vital y que tendremos el dinero que necesitamos.

—El dinero ya llegó. Las armas, los cohetes Congreve, también —dijo Paddon.

—Por cierto, quería preguntarle algo... ¿Conoce a la partida del Flamenco? ¿Sabemos quiénes son? ¿Hemos intentado contactar con ellos? —Y Paddon asintió con cierto estupor.

La zona ocupada estaba plagada de partidas guerrilleras, de grupos rebeldes; la resistencia se estaba haciendo fuerte y ellos estaban contribuyendo con dinero y armas que les estaban haciendo llegar a cambio de favores, de información de primera mano sobre la situación exacta de la zona ocupada, de sabotajes y operaciones encubiertas que no podrían hacer personalmente al no tener a gente que conociera el terreno —y que los mandos españoles no verían con buenos ojos—, de bloqueo de comunicaciones entre el I y el IV Ejército francés... Tampoco los españoles les contaban todo lo que hacían y, en esos momentos, se sentían sobre un cráter político que podría entrar en erupción y cubrirlos de ceniza.

No todos los rebeldes se prestaban a su juego, pero algunos sí. Por dinero y sobre todo por medios para poder mantener viva la lucha. Paddon llevaba semanas en contacto con la partida del Chaleco. El objetivo era secuestrar, en cuanto asomara la patita, al coronel Lejeune, edecán y hombre al que Napoleón había enviado a Victor con sus órdenes personales con respecto al sitio.

Como los caminos terrestres habían sido cortados, se esperaba que alcanzara a Victor en Sanlúcar navegando por el Guadalquivir. Ellos habían estado sembrando de resistencia el cauce. Esa operación había centrado su día a día

durante semanas. Había sido muy difícil ganarse la confianza de los cabecillas de la partida, de que aceptaran sus armas sin sentirse culpables por creer estar engañando a su país. Habían tenido que insistirles en que ahora eran aliados, en que todos remaban en la misma dirección. En que estaban sumando y no restando fuerzas.

Su trabajo obsesivo había sido alabado por sus jefes. Había sido en realidad una evasión para abstraerse de la desilusión que Blanca le había causado. Sabía por lady Holland que no paraba de asistir a galas, que se la veía más sociable que nunca —debía de ser por la proximidad de su boda—, que la guerra le importaba un pito, que gastaba sin fin en las tiendas y que incluso bebía más de lo conveniente. Le gustaba que Blanca disfrutara de la vida, pero aquella actitud egoísta, caprichosa, de acabar cerrando todas las veladas hasta la madrugada en unos momentos tan críticos para su país y su ciudad, le recordaban a Margaret. Había odiado ese carácter frívolo e insensible, y debía de ser una maldición, porque ahora lo encontraba repetido en la persona que menos lo hubiera imaginado. La Blanca real no se parecía nada a la imaginada..., o tal vez solo fueran celos. Por la impotencia de no conseguir que ella lo aceptara, que le diera una nueva oportunidad.

Paddon había leído algo sobre esa partida del Flamenco. Sabía que funcionaban en la marisma. Había interceptado algún cartel francés de búsqueda y captura, había sabido de una fuga de la cárcel de Chiclana delante de las narices de José I y toda su *troupe*, de la captura de dos lanchas francesas a las que habían arrastrado, en medio de una persecución, por los caños anegados hasta hacerlas encallar. Poco más sabía de esa gente. Eso y que el nombre de «Flamenco» le había dado muy mala espina.

Todavía sentía angustia al recordar aquel extraño sueño en la cubierta del barco en carnavales. La visión de Blanca como sirena viró hacia un flamenco que lo observaba, herido de muerte, en el suelo. Puede que inconscientemente por eso lo hubiera marginado, lo hubiera apartado de su camino. No era supersticioso, pero como decía su abuela, a las señales nunca había que ignorarlas... Pensaba en eso cuando el sargento Dillard le entregó un papel. Llevaba estampado el sello del Flamenco, que hasta ahora no había visto nunca. Sintió un agujonazo. Aquel dibujo le sonaba... ¿De dónde? Trató de recordar, pero no pudo.

—Familiarícese con este sello, busque a esta gente, ofrézcales lo que necesiten.

—¿Por qué a estos? Hay otras partidas más grandes y efectivas...

—Porque esta opera desde un lugar estratégico, desde la muralla de agua que

protege Cádiz, y porque es un puto coladero. Sabemos que Valdés ha ordenado también su localización y hasta detención. Están manipulando zonas que él ha ordenado drenar, cargándose su estrategia. Metiendo a toda clase de gente en Cádiz... Lo tienen de los nervios. Porque es el foso del castillo que hace inexpugnable la bahía, y si más adelante fuéramos nosotros quienes tuviéramos que atacar Cádiz, no estaría de más conocerlo.

—Ya...

—El carruaje está listo, excelencia. —Y Wellesley y Paddon salieron.

Con los mapas desplegados y las ventanas abiertas de par en par, la brisa mecía las persianas del gabinete del general Villavicencio. En su palacio de la Gobernación presidía una reunión de trabajo con los mandos aliados. La rápida extensión del ejército imperial a lo largo de la costa se movía menos que un ancla; no había avances ni retrocesos por ningún lado, y aquello causaba a todos hartazgo y desasosiego. Había que salir de ese letargo, romper el bucle, avanzar... No podían eternizarse sin hacer nada; había que tomar la iniciativa.

Entre los asistentes había varios oficiales españoles y británicos, y uno era Paddon. También asistían don Diego de Alvear o Cayetano Valdés, el Temerario, comandante en jefe de las Fuerzas Sutile de la Bahía, por parte española. Villavicencio era más partidario de esperar —«Ya se cansarán los franceses», decía—, pero lord Wellesley, Valdés o Thomas Graham clamaban acción. Durante toda la mañana habían estudiado las posibilidades de afrontar un ataque conjunto aliado para echar a los *mesíes* del frente izquierdo de la bahía.

—Esta es la zona —señaló Valdés marcando con varios tacos de madera un lugar en el mapa—. Un desembarco aquí de ustedes —dijo, refiriéndose a los ingleses, e inmediatamente Paddon tradujo a sus jefes— nos permitiría movernos desde aquí y desplazar hombres de forma que se cortase la comunicación entre los distintos regimientos franceses. Además, en Chiclana está su cuartel general, los aislaríamos. En el mejor de los casos podríamos descabezarlos y, en el peor, obligarlos a retrasar su línea de ocupación. Alejarlos de la costa.

—La zona de marismas es un caos. Ahora, con el corso operando, más. Tiene más tráfico que la carretera de Londres —dijo Wellesley sin levantar la mirada del mapa—. Habría que determinar bien los sitios para el desembarco. Limpiar antes la zona de carroña portuaria.

—Eso está controlado —dijo Valdés, que de sobra conocía aquel laberinto de agua, esteros y dunas. Creía que había que actuar ya y allí, antes de que los franceses siguieran trayendo marinos de fuera y practicando el corso también en esas aguas. La bahía estaba infestada de corsarios, algunos al servicio de su país, otros, haciendo la guerra por su cuenta.

Llamaron a la puerta y Villavicencio se acercó a hablar con uno de sus escoltas. Estando la puerta entornada, Paddon pudo ver cómo en el *hall* la esposa del general acompañaba a otra dama; le hacía los honores. Su sorpresa fue mayúscula cuando al dirigirse hacia el despacho contiguo, acompañada por el general, vio que era Blanca. El corazón le hizo un «gooong» que debió de oírse hasta en China. Comprobando que en el gabinete se relajaban un poco después de llevar toda la mañana trabajando, se excusó y salió. No había moros en la costa, parecía despejado; con discreción se aproximó al cuarto donde Blanca había entrado. Otro tipo, vestido de civil y con aspecto de aburrido funcionario, los acompañaba.

Se coló en la sala contigua y aguzó el oído. Apenas le llegaban susurros. En ocasiones le pareció reconocer a Blanca, pero no pudo entenderla. Una puerta se abrió por la corriente de aire; un golpazo y el gabinete quedó a la vista. Valdés se negaba en ese momento a utilizar presos del penal de Ceuta para reforzar los trabajos en los caños y las labores en el arsenal de la Carraca. Ramón Topete lo animaba a hacerlo y los ingleses se cagaban en sus muertos al saber la pérdida de la corbeta Mercurio con miles de fusiles en sus bodegas... La guerra como único tema.

La señora Villavicencio salió del despacho donde estaba Blanca acompañada de una criada que llevaba unas tazas en una bandeja. Luego le ordenó cerrar la sala donde los hombres deliberaban y llamó al cochero. Paddon tuvo la sensación de que la doncella lo había visto, pero por alguna razón no había dicho nada y había seguido rumbo a las cocinas.

Decidió volver a su sala, se estarían preguntando dónde estaba, si meaba hilo. Se dirigía hacia allá cuando la vio salir tensa y con más ojeras que un mapache. Ella también y, con un gesto de sorpresa, lo saludó apresuradamente antes de desaparecer. Villavicencio regresó donde estaban los demás oficiales sin comentar lo ocurrido.

—Almorcemos —dijo el gobernador a sus invitados, interrumpiendo la última discusión y palmeando al almirante Purvis. Salía al día siguiente para Portsmouth después de cinco años fuera de Inglaterra, algún tiempo bloqueando al mismo

Cádiz que ahora defendía, y siguió como si tal cosa, pero Paddon comprobó cómo se comunicaba con señales en varias ocasiones con su escolta, e incluso con su esposa, que entró en el gabinete mientras cogían los sombreros.

Alexander rabiaba por saber qué hacía allí Blanca, a qué habría ido, qué le habría pasado. Si eso tendría que ver con la vida alocada que llevaba últimamente... Atento a todo lo que se comentaba por parte de los españoles en la mesa, no consiguió, por desgracia, desentrañar el misterio. Llevaba un rato en cubierta, de regreso a su barco, cuando recordó que el guardiamarina Levinge, el escolta de Graham, se había quedado junto al personal de servicio de Villavicencio en el almuerzo. Aunque desconociese el idioma, tal vez hubiese visto o captado algo. Acercándose a su camarote, donde jugaba al veintiuno, Paddon lo interrogó.

—Ya sé que no entiende ni papa de español, pero seguro que ha visto el revuelo. ¿Qué sospecha que ha ocurrido?

—No sé. La señora de la casa ha salido corriendo a recibir a una mujer; la joven, que estaba buenorra —dijo, soez, y a Paddon le repateó las tripas—, parecía jodida. El tipejo que la acompañaba era un comisario. Un poli... De eso sí que me he enterado, capitán.

Blanca se abanicaba apalancada en las sillas de mimbre del parque Genovés, donde una banda interpretaba temas militares. Para elevar la moral de los sitiados. Multitud de gaditanos disfrutaban de la música aliñada con el sabor ahumado de las explosiones en los lejanos baluartes y el picante de los graznidos de los cormoranes. Los farolillos de gas se habían encendido y los grillos vociferaban. Multitud de familias y parejas paseaban a la fresca después de un día ventoso pero bochornoso y tomaban refrescos en las terrazas públicas. Acompañada por su primo Ángel, un solterón recalcitrante de cuarenta y tantos años y aspecto afeminado al que adoraba, Blanca no veía la forma en que pasaran las horas para acostarse. Disimular era agotador.

Nadie en su familia sabía el trago que había pasado ese día. Ni siquiera Elsa, que, enfadada, se había negado a hablar con ella a su vuelta. Blanca había podido ocultarles que esa misma mañana, al llegar a la calle del Veedor, 67, y llamar a la puerta, había sido recibida por un mayordomo y llevada a un despacho donde, en vez de a la mujer que esperaba, se había encontrado con un tipo bajo, de ropa

arrugada y brazos largos, que se había presentado como don Simón Garralde, comisario del barrio. Sorprendida, se había sentado en una butaca color tabaco mientras el tipo daba vueltas a su alrededor; como un tiburón rodeando a un náufrago. Y algo de tiburón tenía con esa nariz aleteada y unos dientes disparejos y picudos.

—¿Conocía a la señorita Sierra?

—¿A la señorita qué? —preguntó, desconcertada, Blanca—. No. Yo solo...

—Entonces ¿qué hace usted aquí, vizcondesa? Hay testigos que dicen que la vieron hablar con usted hace unos días en el funeral.

—No hablamos... Solo chocó conmigo, me tiró la sombrilla y se disculpó.

—Ya... O sea, que no hablaron ustedes ni se conocen, pero hoy está usted aquí, en su casa... y a una hora tan poco habitual. ¿A qué vino antes aquí?

—¿Y a usted qué diablos le importa? ¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta? ¿Acaso no puedo ir de visita a donde quiera? ¿Estoy vigilada por algo? ¿Qué diablos pasa aquí? —dijo Blanca, indignada—. Exijo hablar con su superior, que supongo que es el propio gobernador, el general Villavicencio.

—No le quepa duda de que así será, vizcondesa —dijo el hombre mientras invitaba a Blanca a salir a la calle y subir a un carruaje negro que parecía un coche fúnebre. Blanca al principio se resistió, pero después, al ver que otros dos agentes le pedían que por favor no se resistiese, no le quedó más remedio que hacerlo. Ya en casa del general, este le hizo una serie de preguntas a cual más absurda: ¿desde cuándo conocía a Lola Sierra? ¿Sabía que era una popular —que no muy buena— actriz madrileña? ¿Conocía la relación de la actriz con Fernando de Soto? ¿Por qué había vuelto al lugar?

—Yo no he vuelto a ningún lugar... ¡Nunca había estado allí!

—Por favor, vizcondesa, sea sincera. Eso hará todo más fácil —le había dicho en un tono algo descortés el gobernador—. Su carruaje, con su escudo nobiliario, ha sido visto esta mañana en la calle del Veedor, frente a la casa.

—Sí... —tuvo que reconocer Blanca, que, asombrada se preguntó si es que la estarían siguiendo o si aquello era una trampa de algún tipo—. Solo he ido a echar un vistazo. Me había citado una mujer a la que desconocía con este papel —dijo enseñándoselo— y decidí venir a hablar con ella. Parecía que tenía algo importante que contarme, pero quería saber primero qué casa era esta, y de quién. Esta mañana he estado en el registro de la propiedad: pueden comprobarlo, porque he tenido que firmar a la entrada. De todas formas, ella misma puede corroborar mis palabras. Le diré lo mismo que le estoy diciendo yo.

Que no nos habíamos visto jamás hasta el día del funeral. Es una mujer muy guapa, muy llamativa. Si la hubiese visto antes, la recordaría. Pregúntele a ella y explíqueme el motivo de este atropello —dijo, airada, refiriéndose al comisario—. ¡Exijo un respeto!

—No se enfade, vizcondesa... Pero tenemos un problema. Me encantaría poder preguntarle a la señorita Sierra si la conoce, pero va a ser imposible —dijo mirándola con frialdad—. Está muerta. Esta mañana ha sido asesinada. Pocos minutos después de que su carruaje pasara por delante de su casa de usted.

Blanca enmudeció. Después de un rato tratando de asimilar lo que había oído, se volvió hacia el gobernador.

—¿Acaso cree, general, que he podido ser yo? ¿Por qué? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No, claro que no..., vizcondesa —le contestó Villavicencio, pero Blanca tuvo la sensación de que mentía, de que realmente contemplaba la posibilidad de que fuese culpable, y se estremeció—. Ahora no puedo hablar más con usted, estoy en medio de una importante reunión, pero espero que mañana podamos hacerlo. Hasta entonces, hable de este asunto lo menos posible con nadie.

Blanca había obedecido. Le habría gustado hacerlo con Ángel, con Elsa o con sus tías, conocer su opinión, pero el temor a implicarlos lo había impedido. Ahora, ya de noche y agotada, solo deseaba regresar a casa lo antes posible, dejar la sonrisa postiza en la mesilla, consultar con la almohada y no dar más vueltas a la cabeza. Esperaba resultar convincente en su declaración y no cometer algún error que la pusiera en un brete. Se preguntó si aquello habría sido accidental o si alguien le había tendido una trampa premeditada para cargarla con ese muerto tan hermoso...

¿Qué relación tenía esa mujer con Fernando? ¿Qué había dicho Villavicencio? ¿Qué cosa tan importante quería la víctima haberle hecho llegar? ¿Estaría implicado Fernando en el suceso? Al pensarlo, sintió un temblor. ¿En quién podía confiar y por qué esa mujer era tan importante para la policía?

¡Y Paddon, que la había visto! ¿Se habría enterado de algo? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Podría acudir a él para descubrir la verdad? Tal vez el inglés supiera de qué se trataba, tal vez pudiese ayudarla... o al menos orientarla. Desde luego, pensó, a Fernando no acudiría. Estaba segura de que de una manera u otra él estaba en el origen del meollo. Su instinto le decía que no lo hiciese, pero Paddon podría ser peor. Un riesgo no controlado. Ponerse en sus manos era pretender arder sin quemarse.

—Prima... Se os ve más blanca que a una sábana —le dijo su primo Ángel mientras aspiraba, con una cadencia pasmosa, un poco de tabaco en polvo que sacó de una preciosa cajita de lapislázuli—. ¡Qué horror de traje lleva Micaela Vargas! Hace al menos cinco años que no se llevan esos escotes de pato... ¡Siempre ha sido una palurda! —dijo riéndose y Blanca le siguió el rollo.

19

Las tacitas de café oloroso y humeante llegaron en las bandejas que sirvió la camarera junto a dos jarras de chocolate, pastelillos, frutas escarchadas y sorbetes helados. El patio del café Cosi, en plena calle de San Francisco, estaba a reventar de clientes a esas horas. A la caída de la tarde, después de que bajaran un poco las temperaturas, los gaditanos se echaban a pasear a ver las novedades en las tiendas o a sentarse en las terrazas a halagar el paladar.

Hasta allí habían llegado dando su habitual paseo la *troupe* de los Malvar, con el primo Ángel, Rodrigo, Fernando y su madre, doña Guiomar. Ángel estaba especialmente cansino esa tarde y no soltaba a Elsa, que le había dado coba intentando rehuir a Rodrigo. Este, mosqueado por el desinterés de su novia, se había refugiado en Blanca, que, a su vez, intentaba no dar el brazo a Fernando. Había tenido suerte, porque doña Guiomar, como siempre, succionaba toda la atención de su hijo y, agarrada a su brazo, acaparándolo para ella sola, se lo había llevado por delante. Fernando había vuelto la vista atrás en varias ocasiones, disculpándose, pero Blanca lo había animado con un gesto silencioso a que siguiera. Mientras, las tías caminaban en la retaguardia discutiendo de menudencias.

El grupo había salido de su palacete en la plaza de San Antonio, y allí habían tenido el primer obstáculo. Doña Guiomar estaba emperrada en tomarse una limonada en el café Apolo, frente a la vivienda. El resto había decidido caminar algo más, estirar las piernas, y la futura suegra de Blanca había torcido el morro. Con aires insolentes se había agarrado a su hijo como quien se agarra a un clavo ardiendo. Odiaba que le llevaran la contraria, y apenas había dejado a las jóvenes entretenerse en la nueva guantería que habían inaugurado en la esquina con la calle Mayor. La siguiente parada había estado en la calle del Tinte, donde doña Paz había adquirido unos jabones mientras los demás se entretenían con unos títeres cerca de la Academia. Dos horas después, el grupo había llegado a la popular confitería de Cosi.

A semejanza de otros importantes cafés de la ciudad, ocupaba dos plantas; la de arriba se dedicaba a reuniones, cenáculos y tertulias varias, mientras que en la baja los clientes degustaban sus cremosos cafés de origen colonial o jugaban al billar hasta las tantas. Al menos una veintena de camareros servían las mesas de retorcidas patas de hierro forjado y elegantes veladores de mármol. Trajinaban con enormes bandejas en los brazos por el patio cubierto con lonas y repleto de grandes maceteros con helechos, jazmines y claveles; en el interior, oscuro y de madera, había un ambiente enrarecido por el tabaco. Olía a humo de siglos y a vino caro.

Al fondo un grupo de diputados liberales, con un hongo de humo sobre sus cabezas, discutían sobre si la Regencia debía aprobar esa semana la reapertura del teatro tras la epidemia. Uno de los que hablaba era José Quintana, editor del *Semanario Patriótico*, poeta, periodista, político..., y el otro parecía el joven Argüelles, ambos conocidos de Fernando.

El de Soto se acercó a saludarlos mientras los demás se sentaban a la fresca. «Todos estos políticos parecen demasiado bohemios», señaló con disgusto doña Paz al observarlos con sus anteojos. Vestían modernos: pantalones de jineta ajustados, botas altas, camisas de hilo, chalecos y chaquetas de color claro, pañuelos de seda prácticamente sin anudar al cuello y el cabello largo y despeinado a conciencia. «Unas greñas», según doña Paz. Blanca dejó de mirarlos y prestó atención a doña Guiomar. Aburrida porque no tenía a nadie que le hiciese caso, había comenzado a chismorrearle a Blanca el caso de Pepín Infantes, uno de los jóvenes gaditanos de la alta sociedad más conocido.

—Como les digo, sin decidirse aún a casarse y cortejando a esa fulanilla de Florinda Barreros. Su madre está que trina. Esa moda italiana es una vergüenza. Hace que un hombre joven y casadero pierda sus mejores años sirviendo, como si de un vulgar criado se tratara, a una mujer casada. Y mientras..., pasándosele el arroz.

—Y que lo diga usted. Es una costumbre ridícula —cogió el relevo doña Paz, removiendo el azúcar de su café con tanta energía que hizo protestar al camafeo de marfil que le cerraba el escote—. No sé cómo doña Anita, con el genio que tiene, no ha puesto a su hijo en su sitio. Claro, aunque su hija tampoco es que sea trigo limpio —dijo bajando la voz mientras su hermana se abanicaba, aburrida de la conversación.

—¡Acabáramos! —soltó abruptamente doña Carlota, que recibió una mirada envenenada de las otras.

Siempre terminaban hablando de lo mismo. Doña Guiomar comparó la educación espartana que habían recibido sus retoños con la del resto de sus conocidos; parecían habersele olvidado las calaveradas de Fernando en Madrid o las malas lenguas que habían escupido su aliento fétido sobre su propia hija, Marina, asidua a las cercanías del pontón, donde durante dos años habían estado encarcelados los oficiales de la Marina francesa del almirante Rosilly que habían sido apresados por las autoridades españolas al inicio de la guerra. Las Malvar sabían de buena tinta que la joven había sido pretendida por un oficial gabacho y que, al enterarse su padre, había sido destinado a otra prisión lejos de Cádiz, al hospital de la Aguada, en San Carlos. La mano negra de Eugenio de Soto era larga y siniestra. Habría bastado con algo de oro en la mano adecuada para borrar al franchute del mapa. Si aquello había atolondrado más a Marina, era difícil de saber, según opinaba en privado doña Carlota, dado que la chica era sencillamente una cabeza de chorlito. Una azotea sin muebles.

Blanca agradeció que doña Guiomar encontrara más estimulante la conversación con su tía que con ella y que Elsa estuviese pegando la hebra con Rodrigo y con Ángel. Doña Carlota era la única que parecía tenerla a la vista, pero la distancia entre las mesas y el servicio trayendo y llevando consumiciones hacía imposible que conversaran. Mejor. Blanca no estaba para charlas después de los dos extenuantes y frustrantes últimos días.

Parecía que las malas noticias se le amontonaban como ropa sucia. Las desgracias nunca venían solas, que decía el refrán. Primero había sido Genaro Pineda —reaparecido después de varios meses— y luego su declaración en el palacio de la Gobernación ante Villavicencio.

Pineda seguía haciendo contrabando —lo llevaba en la sangre y no lo había dejado ni siquiera estando a las órdenes de Valdés, ahora que se había pasado al lado luminoso de la ley—, y ella se lo agradecía generosamente. Le había asegurado que la partida del Fideo seguía operando caños arriba, utilizando incluso sus embarcaderos, e introduciendo a gente poco potable en Cádiz. A él se lo había confirmado Camuñas. También la muerte de los Fraguas, tres hermanos del pueblo que habían colaborado para ellos.

—Los Fraguas la han palmado —le había dicho Pineda mientras fumaba, intoxicando la biblioteca de Blanca—. Colgados de los güitos —especificó—, de sus cojones, ¡ya me entiende! Parece ser que le dijeron al franchute que tenían más huevos que ellos... y los *mesíes* supieron qué hacer a continuación, cómo comprobarlo.

—Creía que se habían largado hacía tiempo del pueblo —dijo Blanca, apenada, mientras dejaba reposar la copa de jerez que se había servido. Era de noche, y, asomada a la ventana, había tenido la sensación de estar siendo vigilada. Se preguntó si sería la policía y si aquella visita de Pineda, extraña y a deshoras, no enredaría más la investigación del crimen de esa mujer. Suspirando, echó de nuevo la cortina y siguió escuchando al contrabandista. La situación fuera de Cádiz era extremadamente alarmante: hambre, muerte, desolación, injusticia. Muchos de sus conocidos, hijos de sirvientes y campesinos vinculados a la casa Malvar desde hacía generaciones, estaban muertos o desaparecidos. De Sevilla llegaban noticias espeluznantes de carros enteros recogiendo muertos de inanición de las calles.

—De todas formas, ya le digo, sus refugios se han quedado pequeños. Uno de ellos, el más cercano al caño Zurraque, ha sido descubierto. Fusilaron al Montalvo *na* más pillarlo con las manos en la masa. Le dieron bien de hostias, pero el *jodío* no dijo ni mu —siguió explicando el contrabandista—. Mañana regreso a la zona camino de Cartagena. Órdenes del jefe Valdés. Si quiere llevar algún comunicado a su gente, armas, dinero... —añadió—, ya sabe que yo soy su hombre. —Y se rio.

—Sí... Quiero que se lleve láudano, alcohol y otros medicamentos que he adquirido. También he dejado escondidos en el almacén del puerto diez sacos de trigo, patatas y bellotas. No es mucho, pero al menos los alimentará unos meses. También quiero que le entregue estos sobres a Camuñas, información sobre las actuaciones del ejército previstas en la zona. Parece que va a haber movimiento pronto, que espabile.

—Sí —le confirmó Pineda—. Veo que siguió bien mis consejos. *Usté*, pegadita a los mandamases; en las fiestas, aguantando el tipo hasta el final, que es cuando a los borrachos se les suelta la lengua. Si quiere mantener la partida del Flamenco viva, su papel es esencial. Cuanto más d sean sus hombres sobre el terreno, más fría tendrá que ser usía en Cádiz. De su información confidencial puede depender su pellejo. Ah..., se me olvidaba —dijo sacándose del chaleco un pliego—. Es del Camuñas. Por si Valdés la descubre, por si la cree una traidora. Entréguele esto. Son los planos de las lanchas cañoneras que los franceses están construyendo en el puerto de Chiclana. Tendrán bastante más alcance que las de ahora.

—Gracias —le dijo Blanca cogiéndolo y guardandoselo. Lo miraría luego.

—Vizcondesa..., a sus órdenes —dijo haciendo una reverencia guasona—. Es

un placer trabajar *pa* vos —dijo el contrabandista cuando Blanca le entregó el pago por sus servicios.

—No lo dudo... —dijo ella mientras depositaba el oro en su mano. Después le vio partir. Era noche cerrada y en la esquina oscura donde antes había vislumbrado una tenue sombra, una mancha humana, no había ya nada. Tal vez solo hubieran sido imaginaciones suyas.

La mañana siguiente no había sido mejor. El gobernador había aparentado ser un hombre cortés, pero a ella le había parecido un perro furioso. En lo más profundo de su ser —lo había notado en su mirada polar— la creía, si no culpable, sí implicada de alguna manera en aquel crimen. De nada parecía haberle servido el explicarle que no conocía a esa tal Lola Sierra y que incluso desconocía que hubiese estado liada con Fernando.

—Para seros sincera, excelencia, temo que mi prometido debió de estar con tantas mujeres en Madrid que es posible que ni él mismo sepa con cuántas.

—Ya... Lamento parecer descortés delante de vos hablando de estos temas; comprenderéis que estamos ante un asunto grave, pero muchas de esas relaciones fueron solo picotazos, ya me entendéis..., mientras que su romance con la señorita Sierra fue largo, su relación fue la comidilla de medio Madrid. Comprendo que para vos pudiese resultar ultrajante esa relación, que tal vez, despechada, deseasteis ver muerta a esa mujer al saberla en Cádiz —dijo en tono desafiante, y Blanca temió que sacara ahí a colación la visita del contrabandista y la acusara de haber contratado a un criminal para llevar a cabo el asesinato... El gobernador no lo hizo, pero siguió con una retahíla de preguntas a cual más insidiosa—: ¿Visteis amenazada vuestra futura boda? ¿Hizo o dijo algo esa mujer que os diera motivos para descerrajarle un tiro? No sería el primer crimen pasional ni el último, y...

—¿Cómo os atrevéis siquiera a insinuar tal cosa? ¿Me tenéis por una vulgar asesina? —se levantó, furiosa, Blanca de su silla, pero el gobernador trató de calmarla y, con un gesto serio, le indicó que volviera a sentarse.

—Os creeré —dijo, más suave—, pero comprenderéis que, desde luego, la investigación no terminará aquí, y espero, vizcondesa —añadió con un gesto amenazador—, que no abandone Cádiz por si surgieran complicaciones.

—¿Abandonar Cádiz? —le había preguntado, extrañada, ella—. No me hagáis reír, gobernador. ¿Acaso me veis fugándome entre las líneas enemigas? —Y temió que Villavicencio supiera algo de la partida del Flamenco, de su peligrosa escapada anterior.

La despedida del gobernador había sido gélida y el resto del día había rebotado rabia. La furia la tenía agotada. Estaba metida en un buen lío, y parecía evidente que necesitaría ayuda...

Sin comerlo ni beberlo, se había situado en el corazón del asunto. Necesitaba comprender qué había pasado. ¿Quién era exactamente esa mujer? ¿Hasta dónde había llegado su prometido con ella y por qué era tan importante para el gobernador descubrir qué le había pasado? Coincidió con Villavicencio en que podría tratarse de un crimen pasional, pero el interés excesivo del propio gobernador en persona desarmaba esa opción, daba que pensar... Una mujer tan hermosa, con tantos hombres en su vida... Cualquiera de sus ex podría haberla querido matar. ¿Por qué tenía el gobernador que sospechar precisamente de ella? ¿Por qué necesitaba poner en marcha toda la maquinaria del Estado, en unos momentos como esos, con la situación límite que se vivía en Cádiz, para investigar ese crimen privado? ¿Acaso no tenía otras urgencias mayores, cosas más importantes de las que ocuparse? Le parecía ridículo..., a no ser que aquel homicidio ocultara alguna trama que pudiese perjudicar la seguridad del reino en un momento crítico... La idea le sobrevino de repente con claridad, y lo sintió como un puñetazo en el estómago: si era así..., ¿a qué venía investigarla a ella? ¿Qué tenía que ver ella con todo eso?

Blanca había salido de las dependencias de Gobernación con los pies fríos y la cabeza caliente. Había seguido ocultando lo ocurrido a su familia hasta que encontrase cómo hacerlo sin que sus tías liarán la mundial. Era con Elsa con quien más deseaba hacerlo porque intuía que sabía algo; si no, ¿a qué había venido su temor a que fuera a aquella cita? El intento de abordaje a Elsa esa mañana había terminado en dique seco. Elsa se había marchado a visitar a una amiga parturienta poniendo tierra de por medio entre ambas, enfadada aún con ella. Tendría que encontrar otra ocasión. Tener más mano izquierda con su hermana pequeña.

Al terminar la conversación con Villavicencio, furiosa por ese romance que, según parecía, había dado tanto que hablar en la capital, se había jurado que le haría vomitar a Fernando todo lo que sabía, hasta el último detalle de su traición. Pero después la rabia inicial había dado lugar a una sensación de pesadez, de decepción, de desapego total. Ahora lo tenía allí de nuevo a su lado y no era capaz de sentir nada, como si en realidad le importase todo un bledo. Aquello — pensó para sí— no podía ser normal.

Justo en ese momento, en que inconscientemente miraba en su dirección,

Fernando levantó la cabeza y abandonó al grupo de diputados. Atravesando la sala de columnas donde se acababan de encender los candelabros, regresó a su mesa y se sentó junto a su novia.

—Veo que habéis optado por una limonada. Mañana, si venimos, podéis probar el zumo de coco. Vuelven a tener. Parece que El Habana —dijo refiriéndose a un mercante— ha logrado burlar el bloqueo esta madrugada.

—Muy bien —dijo ella, indiferente—, lo probaré. —Y lo miró cínicamente.

Aunque él intentaba darle conversación, parecía tener el mismo éxito que Rodrigo con Elsa. Las tres señoras mayores habían hecho ya piña, habían encontrado temas de común denominador, cuando el camarero les acercó las últimas consumiciones y la prensa. Un ejemplar del *Jacobino Ilustrado* y otro del *Semanario Patriótico*. El primero, informal y chismoso para las damas, y el otro, para los caballeros, lleno de noticias sobre los debates políticos o el día a día de la guerra, cañón arriba, cañón abajo. Blanca ojeó este último haciendo parada y fonda en la noticia sobre el hundimiento de un barco mercante cargado de telas venidas desde Manchester cerca del Puerto de Santa María. Aburrída, se lo entregó a Fernando, que parecía pensativo. Blanca cogió el otro periódico y se entretuvo descifrando los chismes, las medias verdades trufadas de consignas. Había ecuaciones matemáticas más fáciles. En la sección de sucesos todavía tenía tirón la noticia del crimen de la calle del Veedor, y le pareció oportuno sacar el tema. La ocasión la pintaban calva. Armándose de valor, lanzó el dardo envenenado como quien echa a volar una cometa, sin saber dónde terminaría. Necesitaba ver la reacción de Fernando, comprobar hasta qué punto era sincero con ella.

—Terrible crimen el de esa mujer. Dicen que era una actriz popular en Madrid. ¿La conocisteis? —le soltó de sopetón, y Fernando se puso alerta. Fue un instante, pero a Blanca no le pasó desapercibido.

—Sí... Alguna vez la vi en el teatro de los Caños del Peral... Era bastante mediocre.

«Hijo de tu madre...», pensó ella sonriendo, aparentando atención. Fernando se echó mano al chaleco para sacarse la pitillera. Aporreando el cigarro contra la tapa de oro de esta, lo encendió e intentó rodear el asunto hablándole del estreno de la última obra de su amigo Moratín. Después le preguntó si a ella le parecía bien que se autorizasen de nuevo las representaciones teatrales en Cádiz después de la epidemia.

—Me parece bien. No entiendo por qué se permiten los bailes, los carnavales,

los conciertos y las actividades sociales de cualquier índole y no el teatro.

—Sí, parece absurdo... Por cierto, no os he preguntado si queréis acompañarme esta noche al recital de Selina Brand. Actúa en el casino.

—No... no me apetece demasiado; sabéis que no me gusta la Brand. Volviendo a lo de esa mujer... —insistió, sin querer soltar el hueso—. Dicen que era una fulana y que pudo matarla cualquiera de sus muchos examantes... ¿Conocíais vos a alguno? ¿Sabéis de alguno que pueda estar en Cádiz?

—Sí, no... Bueno, no sé. En realidad, se decía que andaba con muchos... Incluso —dijo mirándola, y Blanca leyó la mentira en sus ojos— se llegó a decir que tenía algo conmigo cuando lo único que hice fue regalarle flores por una interpretación. Pura cortesía. Ya sabéis lo que son las malas lenguas: puro chismorreo de cotorras aburridas, mala fe disfrazada de frivolidad —siguió mientras lanzaba un aro gigante de humo al techo que lo coronó como a un santo gamberro. Fuera, el horizonte había engullido al sol y la oscuridad se había apoderado de la calle. Títilaban los navíos en el agua, las luces de sus faroles de posición se mecían con la brisa suavemente, ajenos al peligro. Una concentración de aromas marineros se confundía en la pituitaria: a sal, brea, frituras de pescado, pólvora mojada.

—Comprendo —dijo Blanca, comprobando que sería incapaz de sincerarse con ella.

—Tilín, tilín, tilín... —repicaron las campanas de la cercana iglesia de San Francisco, situada en el nacimiento de esa misma calle, y los clientes del café aplaudieron y jalearon a los *mesíes*.

Uno de sus campanarios servía de torre vigía, y fray José tocaba cuando alguna de las bombas francesas caía al mar. Había tardes que era un mareo, pero esa noche había estado tranquilo. Al parecer, había más movimiento imperial en los burdeles del Puerto de Santa María o Sanlúcar, donde los galos se remojaban el gáznate y disfrutaban de una buena hembra, que en el fuerte de Matagorda. Más ahora que habían llegado refuerzos y en Sanlúcar había acampado la flotilla corsa francesa. La bahía estaba al completo, no cabía un alfiler, pero el frente de guerra no se movía ni en romana. Parecía clavado al suelo.

Terminaron sus consumiciones y Fernando pagó al camarero. Había bullicio en las calles. El humo y el olor a los puestos donde se freían camarones llegaba a ráfagas calientes. Aunque el paseo de regreso no fuera muy largo, la mayoría pidió un carruaje para no andar; solo Blanca tenía ganas de seguir caminando. No podía estar quieta. Los nervios le daban cuerda.

—Volved vosotros; yo regresaré dando un paseo tranquilamente por el malecón.

—Os acompañaré —le dijo Fernando, pero Blanca no deseaba que lo hiciera, y lo animó a que acompañase mejor a su madre, que, según decía, estaba esa noche algo indispuesta.

—No puedes ir sola. No sería adecuado, y lo sabes. Iré contigo —dijo doña Carlota.

Apenas eran las nueve. De los balcones abiertos huía el olor a cenas, llegaba a rachas el rumor de las conversaciones de los vecinos sentados a la fresca o el relampagueo de las explosiones desde el Trocadero... Pero todo aquel despliegue de pirotecnia, después de meses de escasa eficacia, parecía invisible a la mayor parte de la población, un escenario cualquier día desmontable, una tela colgada del cielo... Dos chuchos pasaron persiguiéndose y removieron las latas llenas de hierbabuena de un portalón. Su olor impregnó la noche de nostalgia. Como si hubiesen agitado el tarro de las esencias y hubieran dejado escapar al genio del pasado de Blanca, al de los veranos de su infancia, al de la paz ahora arrebatada por la guerra y sus confluencias, al de un estilo de vida que no sabía si volvería a recuperar.

—Estás muy achantadita. Si te pasa algo..., sabes que puedes contármelo —le dijo su tía a Blanca mientras, agarrada de su brazo, giraban por la calle del Pintor camino de casa. La casa del juez de Indias se veía iluminada después de meses de obras, y la imagen de la Virgen de los Arcos relucía sitiada de velas. Varios mendigos pedían a sus pies, dos de ellos tocando una flauta como el de Hamelín, rodeados de ratas. Doña Carlota les echó una limosna.

—No me pasa nada —se limitó a contestar Blanca—, solo estoy algo cansada.

—No me tomes por boba. Si no quieres contármelo a mí, tal vez debas contárselo a alguien —dijo mirándola intensamente—. De todas formas, y para que veas que yo confío en ti más que tú en mí, te daré algo.

—¿El qué? —preguntó Blanca intentando quitarle a su tía la notita que llevaba doblada en el guante—. Está bien, deme lo que me tenga que dar.

—Te lo daré, pero ya te advierto de que, si decides acudir..., te acompañaré.

—No sé de qué me habla —le contestó Blanca agarrándole en un instante de despiste la nota y abriéndola. Era de Paddon, y le pedía que acudiese a la cena que esa noche ofrecería lady Holland a eso de las diez. Después habría música y baile. Deseaba hablar con ella—. ¿Desde cuándo tiene esta nota y por qué no me la ha dado antes?

—Desde esta mañana, y no te la he dado antes porque no he tenido ocasión — mintió sin pudor alguno—. Supongo que tu inglés te invitará a la cena de lady Holland, ¿me equivoco? —Y vio que Blanca la miraba de refilón, comprendiendo que su tía se las había ingeniado para abrir la carta, romper y volver a recomponer el sello de lacre y leerla sin su consentimiento—. Si vas, te acompañaré.

Poco después ambas se presentaban en casa de la inglesa. Alexander Paddon ya había llegado.

—Chisc, chisc, chisc —vibró la copa de cristal al golpearla suavemente con un cuchillo. Lady Holland era esa noche la anfitriona de una velada musical en la que habían sido invitados al menos una decena de gaditanos; el resto era personal de la embajada, diplomáticos de varias nacionalidades, algún que otro empresario y oficiales británicos. Como diría doña Carlota, un verdadero nido de espías sin ropa de camuflaje. Un lugar para oír y ser oído.

—No sabéis cómo me alegro de que hayáis venido —le dijo Alexander, y la aorta de Blanca abrió sus compuertas y el corazón le palpitó como a una novata. Era ridículo, pero no podía evitar reaccionar así con solo tenerlo cerca. Apenas habían cruzado una palabra desde el beso y toda la furia que había sentido entonces parecía haberse evaporado. Sería la temperatura de ese caluroso verano, o su pasión, que la hacía derretirse. Debía disimular mejor.

—Si lo he hecho —le dijo, indolente— es porque creo que sabéis algo que puede ayudarme. —Y lo miró al trasluz del abanico. Se había tapado la boca con él. Prefería que creyeran que estaba coqueteando a que descubrieran qué se traía de verdad entre manos.

Vio que a él también le sorprendió ese aparente flirteo. Hasta sus oídos habrían llegado chismes sobre su actual estado fiestero, sobre su condición de nueva musa noctámbula, de perejil de todos los guisos. Qué pensaría de ella... La tendría por una antojadiza descerebrada. Mejor. Si él la despreciaba, estaría más segura. Pero la sola idea le escoció. Nada le gustaría más que poder sincerarse con él, decirle en qué estaba metida, pedir su ayuda, su consejo... Pero no podía ser. Por el momento no.

—Comprendo —contestó él intentando centrarse en su conversación con ella, pero manteniendo las apariencias, como respuesta a las estupideces de la dama

que tenía al otro lado, esposa de uno de sus almirantes, o escuchando los brindis que, ininterrumpidos, llevaba hechos la anfitriona. Un bucle de felicitaciones y aplausos—. Espero seros de la mayor utilidad..., aunque yo desearía también hablaros de otra cosa.

Blanca lo miró, y él pudo capturar un instante de sorpresa e inquietud.

—No os inquietéis. Ahora cenemos... Ya hablaremos luego —dijo, cambiando de tema al ver a doña Carlota con la oreja desplegado vela a todo trapo, tratando de enterarse. Alex se preguntó si encontraría la ocasión esa noche de ofrecerle su ayuda y si ella la aceptaría, pero también de pedirle explicaciones, ya que no podía evitar sentir unos terribles celos, por la extraña visita de la noche anterior. Desde que la viese llegar demudada a casa de Villavicencio, había entendido que algo raro sucedía y la había hecho vigilar. Contaba con una serie de hombres para tareas de espionaje menores y no había dudado en utilizarlos. La ocasión lo requería. La idea inicial de hablarle de amor, motivo por el que la había citado allí, se había ido al garete, y en ese momento caminaba como un equilibrista entre la sensatez y la esperanza.

A los postres, después de los pudines de nata, un grupo de cámara empezó a tocar alegres melodías y se iniciaron los bailes. Doña Carlota tuvo que hacerle un gesto a su sobrina: aquello resultaba demasiado descarado y podría dar que hablar. Blanca tuvo que reconocer que su tía llevaba razón, y, separándose del inglés, atendió a otros galantes caballeros. El ambiente era agradable y distendido. Desde la balaustrada trepaba el lujurioso olor de las flores, que parecían a punto de eclosionar. De las magnolias, el jazmín y las gardenias. De los macizos que impregnaban de olor y color los parterres traseros. Alexander deseaba poder sacar a Blanca del salón. Iba a escaparse con ella cuando doña Carlota, atenta, les echó el alto.

—Creo que ya va siendo tarde, Blanca. Deberíamos retirarnos —le dijo, interceptándola, y su tono fue amenazador. Una cosa era que fuera más liberal que su hermana Paz y otra, que permitiese a su sobrina ponerse en entredicho en un baile, dando al día siguiente que hablar.

Blanca comprendió, pero se atrevió a invitar al oficial inglés a acompañarla hasta el puerto, donde estarían atracados varios botes de remo para llevar a los oficiales de vuelta a su navío. Doña Carlota aceptó a regañadientes aquel apaño y los tres, por separado, se despidieron de su anfitriona antes de lo normal.

—Tía, se lo pido por favor. Ahora la dejamos en casa y yo continúo un rato más con él. Necesito hablar de algo...

—De eso nada —dijo doña Carlota acalorada, moviendo con fuerza el abanico.

—¿Qué va a pasar? Nada. Nadie se enterará. Usted se baja y yo me quedo un rato hablando. Doy otra vuelta a la manzana. Tengo que aclarar algo... importante. ¡Solo serán unos minutos!

—Solo si después me cuentas qué es eso tan importante que te tiene tan preocupada.

—Está bien... Luego hablo con usted, pero ahora, por favor —dijo, suplicándose—, hágame caso.

Paddon, ajeno a esa conversación, se acomodó en uno de los laterales frente a las damas y dejó que la brisa despejara su cabeza, algo embotada por el whisky. El descarado caballero londinense estaba indeciso, descolocado. Se había jurado que no se le pasaría que aclarara con ella las cosas, pero parecía que se había equivocado de mujer. Jamás hubiera sospechado que alguien como la majestuosa Blanca de Malvar mantuviese encuentros clandestinos con tipos de tan baja estofa. Sus hombres no mentían, y el significado de la visita de ese contrabandista a su palacio tenía difícil explicación. Cómo digerir esa verdad, cómo beber esa cicuta.

El inglés miró a la tía, que parecía disgustada, y luego a Blanca. No podía tratar con ella de tan delicados asuntos en presencia de la anciana. Si no se deshacían de ella, aquella cita naufragaría sin remedio, encallaría a pocos metros de la costa. Al ver que dejaban atrás la playa, miró más tranquilo a Blanca y comprendió, por un gesto, que ella había resuelto el problema. Cuando finalmente se deshicieron de doña Carlota, Blanca ordenó al cochero que diera vueltas sin destino alguno hasta nueva orden. Se escucharon el «Arre» y el latigazo.

—Tenía que hablaros de algo muy importante —le dijo Blanca, y su tono sonó ansioso.

—Y yo también. Quiero... —dijo cortándose—. Vos primero.

Blanca tomó aire como si fuera a echar una carrera, y alisándose la falda, empezó:

—¿Qué hacíais el otro día en el palacio del gobernador? Bueno, quiero decir —trató de expresarse mejor al ver la sorpresa del otro—, si supisteis de algo... raro.

Él arqueó una ceja.

—Estaba allí en calidad de traductor de los altos mandos tanto ingleses como españoles. Comprenderéis que lo que allí se trató, y más en estos tiempos de guerra, sea secreto.

—Ya, no era a eso a lo que refería. Supongo que hablaríais de batallas y de estrategia militar... No, pregunto si hubo algo que preocupase especialmente al gobernador.

—¿Algo... como el asesinato de una hermosa actriz? —preguntó él mirándola a los ojos.

—Bien, veo que sabéis de qué os hablo. Temo —dijo ella retorciéndose las manos— que de alguna manera me haya visto implicada. El gobernador ha llegado incluso a hacerme declarar. Cree que pude tener motivos para matarla porque hace años esa mujer fue amante de mi prometido. Es algo ridículo, pero... —Y calló; él la miraba con frialdad—. Tal vez os esté aburriendo. Es tarde y estaréis deseando regresar a vuestro camarote. ¡Cocher...!

Iba a ordenar al cochero que diera media vuelta cuando Alexander la interrumpió. Cogiéndola de su mano enguantada, cambiándose de lado del coche, se sentó junto a ella.

—Tal vez, si sois sincera conmigo, pueda ayudaros mejor. Sé que el otro día pasó algo..., cuando os vi en el palacio del gobernador, pero creedme si os digo que entre los temas de cháchara no hubo un crimen... Lo de la actriz lo he averiguado por mi cuenta —dijo dando vueltas al bicornio—. Como sabéis, trabajo en Inteligencia Militar.

Blanca dudó por un instante, pero después comprendió que Alexander era su mejor opción e hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, os lo contaré todo... Pero espero de vos total discreción y ayuda..., y antes —hizo un gesto separando la mano, que le temblaba de su solo contacto— decidme qué queríais preguntarme. Preguntad ahora que estáis a tiempo: mi historia, temo, será mucho más larga.

—Tengo toda la noche por delante. Os escucho —dijo, y ella empezó a relatarle lo sucedido. Llegado el final, en vista de que no decía nada sobre la visita del contrabandista, él le preguntó—: ¿Quién era el tipo siniestro que os visitó anoche a altas horas? ¿Qué relación tenéis con él? Si el gobernador hubiese descubierto lo que yo, sin duda pensaría que es el matón a quien contratasteis para matar a esa bella dama rival...

—¡Erais vos...! —exclamó ella, incrédula, al comprender que había sido Paddon quien había mandado vigilarla, la sombra manchando su ventana—. ¿Cómo os atrevéis a espiarme? —le preguntó, indignada, y estuvo a punto de echarlo, pero él sujetó su mano con fuerza.

—Lo hice por vuestra seguridad, dado que sois sospechosa de un crimen.

Supongo que las damas como vos estáis demasiado ocupadas con las fiestas, los vestidos y los amantes... —dijo dejando puntos suspensivos en el aire— para tomar medidas de precaución, que, en caso de enterarse vuestro prometido, se armaría la de dios. —Su tono sonó despectivo. Alex estaba esperando que ella lo desmintiera todo. Lo necesitaba su corazón, pero ella solo transmitía sarcasmo.

—Veo que me he equivocado al pedirlos ayuda. ¡Cochero! —dijo, llamando a este—. Volved a casa. Capitán Paddon, podéis bajaros allí. La playa está a cinco minutos; no os perderéis.

—No me habéis contestado —dijo él sin inmutarse—. ¿Quién era ese tipo y por qué os visitó a esas horas? No me habéis respondido.

—Ni pienso hacerlo. Ya que habéis dado por supuesto que es mi amante, o, aún peor, un matón a sueldo, no creo que nuestra conversación pueda seguir adelante. Y, además —exclamó furiosa—, ¿quién sois vos para exigirme moralidad? ¿Quién para pedirme fidelidad? Si quisiera, estaría en mi derecho de pagar a mi prometido con la misma moneda..., pero no soy así. Tampoco soy una estúpida damisela solo pendiente de vestidos o fiestas. Para trabajar en Inteligencia Militar sois un poco lerdo. —Y nada más decirlo se arrepintió: tampoco deseaba que Paddon descubriera sus movimientos, su labor al frente de la partida del Flamenco. Se maldijo a sí misma. Tantas medidas de seguridad y ahora por un calentón se ponía ella sola al descubierto.

—Ya —dijo él, mirándola de repente con otro interés, ajeno al silencio lunar que caía sobre ellos.

—¿Creéis acaso que no sé que estamos en guerra? ¿Que no he perdido a gente cercana? ¡Fuera! —dijo empujándolo. Alex se quedó en la portezuela colérico, deseando decirle unas cuantas cosas, todo lo que llevaba días quemándole, pero en vez de eso la besó. Su beso fue profundo como un túnel minero, una sima abismal, y ella no se resistió. Le respondió como si fuera un espejo, con un gemido ahogado, para después, con los ojos nublados de lágrimas, empujarlo a la calle sin consideración y cerrar la puerta del vehículo después de ponerse a salvo.

—¡A casa! —le dijo al cochero.

Pero Alex acabó en el puerto, satisfecho. Aquel beso había sido un bálsamo para su desasosiego. Se sentía infinitamente mejor, más optimista. Aquel tipejo de aspecto de asaltador no podía ser su amante, tendría que haber otra explicación, aquella ecuación estaba incompleta... Tendría que averiguar quién era, qué hacía en su casa, qué le unía a ella. No iba a darse por vencido, por muy difícil que lo tuviera.

Gerardo Pineda subió a cubierta. El betunero, uno de sus hombres, lo había llamado. A lo lejos había jarana.

—Jefe, creo que están asaltando otro barco —le dijo mientras Pineda le robaba el catalejo y enfocaba de frente. El viento corría en su contra y le robaba los sonidos. No se oía, pero sí se veía el reflejo de los fogonazos en la tiniebla de esa noche sin luna, las preferidas de Pineda para internarse en aquel infierno salado, para cumplir las órdenes de Valdés, pesado desde hacía semanas con que limpiaran esa zona de costa para las futuras operaciones militares, y sus negocios particulares.

—El barco atacado lleva bandera británica —dijo Pineda mientras su embarcación ponía rumbo a la pelea—, y el otro cabrón parece español. O esa es al menos la bandera que luce.

—Será una puta engañifa, jefe. Los corsos franchutes ya se lo han aprendido: izar bandera española y atacar a *ingreses*. *Pa* desconcertar, cabrear a los aliados. — Pineda le dio la razón al betunero. En esos momentos, el grueso de sus hombres se le sumaron en la cubierta de proa—. Qué hacemos, jefe, ¿nos invitamos a la fiesta? ¿Los sacamos a bailar? —Y rieron su ocurrencia.

—Sí, tenemos órdenes de Valdés. Debemos apoyar a todo barco aliado que se vea en peligro. El atacado es británico, tenemos que socorrerlo. Veremos quiénes son los otros, si piratas o franchutes. Preparaos —dijo.

Durante la siguiente media hora navegó a muchos nudos, se tragó muchas millas. El sonido era ya nítido. Desde la distancia, a pesar de la noche cerrada, los otros los habían divisado. El inglés pedía ayuda haciéndoles señales; el otro, sabiéndose inferior, se daba a la fuga.

—¿Le seguimos? —preguntó el betunero a su jefe, pero Pineda le dijo que no.

—Primero socorramos a esos cabrones *ingreses*. Es un mercante de pequeño tonelaje, traería abastecimientos *pa* Cádiz. —Y así hicieron.

Gerardo Pineda pronto pudo comunicarse con el capitán del mercante, un tal *Mister* Miller, de Liverpool. El barco había sido seriamente dañado y sería necesario remolcarlo a tierra. Lo ideal hubiera sido poder alcanzar la zona del canal de Sancti Petri en manos aliadas, pero el barco huido acababa de dar noticia a las baterías francesas escondidas y las bombas empezaron a caerles como moscas, iluminando esa noche negra y pegajosa. Gracias a la pericia de Pineda,

que conocía esas aguas como la palma de su mano, los dos barcos lograron alcanzar los acantilados de Conil. En una de las calas más escondidas, los contrabandistas se habían ocultado otras veces. Tallada en roca, era una zona de muy difícil acceso desde tierra.

La partida del Flamenco había abierto además otro ramal para acceder hasta la cripta del convento de la Victoria para desde ahí sacar a gente clandestina y perseguida. Sin faroles ni antorchas y con el máximo silencio para no delatarse, Pineda mandó que avisaran a las monjas. Necesitaban ayuda: varios ingleses estaban heridos, y además... así aprovecharían para entregar el paquete que Blanca les enviaba. Matarían dos pájaros de un tiro.

—Bendito sea Dios, ¿qué ha pasado?!

Escucharon llegar a la priora. Sor Patrocinio cojeaba: llevaba una pierna vendada. Se movía torpemente sobre el suelo de piedras de la cueva, resbaladizo por el agua; como una cáscara de plátano. Detrás iban tres monjas más con medicamentos.

—Quédese con estos hombres; déjelos aquí, a cubierto, tápelos y tráigales algo de comer. Cúrenlos. Yo intentaré sacar a esta gente —dijo, separando al grueso de ingleses, que seguían la conversación sin entender— por los Caños, pasarlos a Cádiz esta misma noche. Que sus lanchas vengan cuando puedan a recuperar su barco si es que antes no lo hacen los putos franceses. Si estos apareciesen por aquí, cierren el conducto que los conduce a su convento, que no encuentren ese acceso. Así estarán más seguras. —Y la monja asintió, tiritando de frío.

No bien habían salido hacía una hora de allí Pineda y los demás cuando una patrulla centinela francesa escuchó movimiento en la cueva y descubrió a las monjas, que, a oscuras, trataban de curar y cortar las hemorragias de los heridos en peor estado.

—*Qu'est ce que vous faites? Arrêtez, livrez-nous ces hommes, ils sont des ennemis* —«Qué hacen, paren, entréguennos a estos hombres, son enemigos», escucharon, y, aterrorizadas, se dieron la vuelta. Uno de los dos soldados disparó a Azucena, que estaba más cerca, pero sor Patrocinio, a su lado, se cruzó para impedirlo y en un suspiro cayó muerta. Uno de los hombres de Pineda, de guardia, mató a los franceses desde su protección a cubierta de un saliente.

Azucena ordenó esa noche deshacerse de los cuerpos sin vida. El mar se los tragó sin dar las gracias; como un dios desagradecido. A sor Patrocinio le dieron cristiana sepultura en medio de una conmoción bíblica. Pineda volvió a por los demás seis horas más tarde. Los trasladaría él mismo a Cádiz en su barco. No

podía dejarlos allí al paio de las olas, la noche y los gabachos. Puta guerra.

20

Blanca tocó la campanilla y Antoñita acudió a su dormitorio. La señorita Malvar había llegado indispuesta esa madrugada y había pedido una bacinilla para vomitar. «Demasiado alcohol, señorita», le había dicho su criada, y Blanca la había mandado callar. Estaba de un humor pésimo.

—Tráeme una palangana con agua y ayúdame a levantarme. Prepárame un café bien cargado y enciende un quinqué.

—¿A estas horas?

—A estas horas. Obedece —le dijo. Eran las seis de la mañana, empezaba a clarear, bostezaba aún el sol. Blanca estaba exhausta: demasiado alcohol, sueño y tensión. No paraba de darle vueltas a la conversación mantenida con Cayetano Valdés en la fiesta que la Junta de Damas había ofrecido para recaudar fondos para los refugiados. De atar cabos y llegar a negras conclusiones. El miedo con el que se había acostado estaba degenerando en otra cosa. Mutando en cólera. Tal vez debiera esperar unos días, no decidir en caliente, aunque, si lo pensaba demasiado, no se atrevería.

—Señorita, le dejo aquí todo —le dijo la criada después de que la ayudara a abrocharse la bata, lavarse la cara y ponerse cómoda en su escritorio. Sacó los papeles, el tintero, la pluma y el secante y se lo colocó delante. También abrió el cajón con llave y desenterró los planos del astillero que los franceses habían construido en Chiclana y de las nuevas lanchas obuseras que le había dado Pineda. Le demostraría a Valdés que no era ninguna traidora. Desharía aquel entuerto antes de que le explotara en la cara: ya tenía demasiados frentes abiertos. No le daba la vida para más.

Antes de ponerse a la tarea, se apoyó en el respaldo de su silla y trató de recordar la conversación completa. Había bebido demasiado, se diría que el propio Valdés había tratado de emborracharla, de sonsacarle... Ella había resistido. O al menos eso creía. ¿Se le habría ido la lengua en algún momento?

Había llegado a la fiesta de la Junta de Damas con su familia. Una más de las

muchas que había, aunque en esta su tía Paz estuviera implicada hasta el cuello en la organización. Las avalanchas de refugiados sufridas desde finales del año anterior habían colapsado Cádiz e Isla de León. A pesar de las leyes aprobadas, del embargo de todas las casas abandonadas y los impuestos especiales, se necesitaba más ropa, alimentos, lazaretos, medicinas... A la hora de las rifas había aprovechado para salirse al jardín y, como hacía otras veces, tirar en un macetero el contenido de su copa. Si no, no hubiera podido aguantar ni una noche hasta tan tarde bebiendo como una descosida. Estaba en el patio porticado del palacio blanco cuando, sin oírle llegar, a su espalda, la había sorprendido Cayetano Valdés.

—Señorita Malvar, me alegro de encontrarla sola. Quería hablar con usted —le había dicho. Debía de haberla estado observando. Galante, le había rellenado la copa de espumoso que Blanca acababa de vaciar en un seto y la había invitado a bebérsela. Blanca le había dado un trago—. Lamento decirle que alguien está traficando con armas, hombres y desertores desde sus tierras en Chiclana. Usando sus pasos por los caños... Y debe de ser gente suya, porque conoce bien el lugar. ¿Sabe algo de eso? ¿Ha oído hablar de la partida del Flamenco? —Y ahora fue Blanca la que dio un sorbo a la copa sin que Valdés se lo pidiera.

—Algo he oído, pero llevo mucho tiempo en Cádiz; la situación allí, por lo que sé, es caótica. Podría ser cualquiera. E incluso hay otra partida, la del Fideo... Tengo entendido que también opera en la misma área.

—Es un juego peligroso, se lo advierto. Dígaselo a los suyos. Se pueden hacer mucho daño. Está muriendo mucha gente ahí fuera. Hace poco mataron a sor Patrocinio, la priora del convento de la Victoria, donde usted estuvo. —Blanca palideció, aterrorizada de repente, asustada por Azucena en concreto, por sus hombres...—. Sus tierras y las de su suegro están en una zona crítica: si algo pasara, serían ustedes, como titulares, los responsables.

—¿Cómo voy a ser la responsable de lo que pase en una zona de guerra? ¿Acaso estoy allí para poder impedirlo? ¿Ser quien se mueve en estos momentos? Si no lo sabe Su Excelencia, con todos sus medios..., menos puedo saberlo yo. Y lo de mi suegro... no entiendo.

—Como propietario último de las tierras colindantes a las suyas, está permitiéndolo igual. Ya se lo he advertido a él... Ahora lo hago con usted. Espero que la estima que siempre les tuve a su padre y a su familia no se rompa por esto. Que pueda seguir confiando en que ningún Malvar esté traicionando a la Regencia, que se esté vendiendo al enemigo. —Y diciendo eso, después de

rellenarle por tercera vez la copa, se marchó. Blanca lo vio reunirse, como si tal cosa, con su esposa, doña Isabel Roca de Togoies, que la observó inquisitivamente desde lejos.

Había abandonado la fiesta tarde, a la espera de poder obtener más información sobre la operación militar que se estaba preparando en las costas chiclaneras y sobre la muerte de sor Patrocinio. ¿Habría podido llegar Pineda al convento? ¿Darles el material que ella le había preparado? ¿Podría fiarse de él, no se lo quedaría? Descartó esas ideas y trató de centrarse en los corrillos, pero no pudo. Se acostó con una jaqueca de mil demonios, y había pasado toda la noche dándole vueltas a las cosas. Su cabeza era un torbellino, un huracán...

¿Había dicho Valdés que era su futuro suegro, Eugenio de Soto, el propietario que se escondía tras un testaferro de las tierras limítrofes a las suyas? ¿Las mismas por las que su padre, que tenía ciertos derechos adquiridos sobre ellas, había pleiteado en los tribunales?

Su padre siempre había sostenido que una mano negra le había arrebatado aquellos terrenos, pero ella lo había dudado. Para qué iba a tomarse alguien tantas molestias para comprar ese humedal lleno de esteros, dunas, caños y agua; un lugar tan poco productivo... Pero ahora comprendía. Soto habría estado traficando con mercancías de contrabando por esa zona incluso antes de la guerra. Sin pasar por las aduanas, enriqueciéndose de forma ilícita... ¿Era Soto el jefe de la partida del Fideo que operaba allí? ¿Estaba forrándose con la guerra? ¿Desvalijando a la gente que huía despavorida de los franceses? ¿Introduciendo, pagado por el enemigo, a espías, canallas, enfermos en Cádiz para provocar epidemias? A ella podría extrañarle de otro, pero no de Soto. Era un mal bicho. Siempre lo había sido.

Se había removido en la cama, nerviosa y angustiada. ¿Serían Soto y esa partida del Fideo quienes habían dado el chivatazo para la detención de los Fraguas? ¿Estaría su suegro introduciendo información falsa a la Regencia? ¿Sería un agente doble, estaría jugando a todas las bandas? ¿Habría sabido su padre al final que era Soto, su futuro consuegro, quien le había arrebatado aquellas tierras colindantes en las que pretendía hacer un canal? ¿Habría sido aquello el motivo de su discusión días antes de que abandonaran Cádiz lo que le costó la vida a su padre? ¿Podría estar Soto detrás del asesinato de su padre?! Y Blanca se estremeció.

Siempre le había parecido frágil, inconsistente, la teoría de los furtivos, pero, sin embargo, explicaría muchas cosas... Pero, de saberlo, ¿podría su padre

haberla empujado, en sus últimos momentos de vida, a que siguiera adelante con la boda con Fernando? «Por seguridad», le había dicho. ¿Temía que, de romper ese compromiso, a ella o a su familia les pudiera pasar algo? ¿Que las mataran también? ¡Santo cielo!

Eugenio de Soto era un desgraciado. Seguro que había sido aquella la marea de fondo del conflicto y no unas deudas, como Soto le había hecho creer. Blanca había leído el pagaré y había creído que aquel importante préstamo de Soto a su padre, para la compra de más caballos de cría, había sido el motivo de que discutieran. Blanca había sabido siempre que su padre podría ser un buen hombre, pero, desde luego, cabeza de empresario no tenía. Pero ahora temía que su padre se hubiera limitado a pedirle un préstamo a Soto, como se hacía en familia, para evitar los intereses a los prestamistas. Su familia tenía muchas tierras y propiedades, pero no liquidez. Posiblemente... Soto la hubiese engañado también a ella, haciendo que le entregase las riendas de su gestión patrimonial. ¿No le había dado ella la llave del calabozo? ¿No podría Soto, ahora con todos los poderes, arruinarla si quisiera?

Desde luego, no podía enfrentarse directamente a él. Demasiado mafioso, demasiado peligro. Tampoco podía contar con Fernando. Suponía a su hijo fuera de estos tejemanejes, en el lado bueno de la ley, pero también un pelele en manos de su todopoderoso padre. Solo le cabía una opción: Valdés.

Le entregaría a Cayetano Valdés un listado con el nombre de sus hombres de la partida del Flamenco, de sus actuaciones, los planos de los astilleros franceses y de las nuevas lanchas —demostraría que no era ninguna traidora— y haría recaer sobre Soto y su partida del Fideo todas las sospechas. Que Valdés investigara. Que comprobara si Soto era o no un agente doble, al servicio de quién estaba. Si alguien tenía que ponerle una soga al cuello, quién mejor que el Gobierno. Ella se lavaría las manos como Pilatos. Que el destino decidiera.

—Cloc, cloc —sonó su bola de marfil al golpear a otras y besar la banda con suavidad.

Fernando se levantó del billar después de hacer la carambola y dejó jugar a Carlos María de Alvear. Con apenas veinte años, era el niño mimado de la sociedad gaditana, el hijo del héroe del Puente Zuazo, don Diego de Alvear, uno de los hombres clave en la defensa de Cádiz, y, por ende, el huérfano que había

hecho estremecerse a todo el país seis años atrás. Fernando y él eran colegas desde hacía tiempo, aunque últimamente habían tenido serios encontronazos. Alvear había llegado a un punto en que se creía por encima del bien y del mal. Fernando temía que tantas consideraciones hacia él lo hubiesen vuelto majara.

El joven era alto y arrogante, de ojos color sepia y mandíbula pétrea. Llevaba un cigarro hilvanado a los labios y vestía con exquisita elegancia; un personaje influyente, cínico y atractivo. En ese momento, Alvear echaba chispas. El enfrentamiento con Fernando le molestaba. Tanto en lo deportivo —iba ganando el de Soto— como en lo real. Fernando no parecía comprender la profundidad y complejidad de la situación a la que los miembros de la logia se enfrentaban; aquello no era un entretenimiento: se estaban jugando la vida.

Echando una bocanada de humo que semejava una erupción del Vesubio, terminó su jugada sobre el tapete de fieltro verde y se alejó de la mesa de ébano pulido. Fernando lo miró de reojo. De espaldas, mientras se servía otra copa, parecía casi el mismo al que había conocido tiempo atrás. El que había recalado en España convertido en una leyenda. Su vida era una tragedia griega digna de Sófocles. Había hecho correr ríos de tinta y de lágrimas. Había puesto el reino patas arriba. Con esas credenciales, ¿quién era el guapo que le leía la cartilla?

En 1804, la Marina británica había volado cerca de Portugal el navío Mercedes, en el que viajaban su madre y sus seis hermanos. Él y su padre iban en la nave capitana, Medea, que regresaba a España junto a un convoy de tres barcos más desde Río de la Plata. Aunque España fuera neutral, los ingleses sospechaban que traficaba con armamento para los franceses, y habían intentado capturar las naves. Don Diego de Alvear les había hecho frente y los británicos, nerviosos, habían disparado para amedrentarles... con tan mala suerte que una carga en profundidad había hecho saltar por los aires uno de los barcos, precisamente el que trasladaba a los pasajeros.

El suceso había provocado tal ola de cólera en España que había abierto un frente diplomático gravísimo con Inglaterra. En este país también se habían sentido aturdidos por la tragedia, y habían ofrecido a Alvear no solo sus condolencias, sino una altísima indemnización, que le pagaron mientras lo retenían en Londres, y a su hijo, su formación en una academia militar británica mientras estuviera en el país. Aquel suceso había sido la antesala de Trafalgar, la desgracia que había anunciado el cataclismo, como un mal augurio. Una señal de los dolorosos tiempos por venir.

El huérfano había regresado a España en loor de multitudes intentando imitar

los pasos de su padre en el ejército, pero con su carácter díscolo solo había conseguido que lo expulsaran, para disgusto de su progenitor. Sin inmutarse, Carlos de Alvear había colgado las botas —el uniforme lo quemó antes en un arrebató de furia— y se había dedicado, desde entonces, a sus negocios. Como heredero de una gran fortuna —ya gestionaba la parte correspondiente a su madre, una rica dama porteña llamada María Balbastro—, tenía haciendas, cortijos y bodegas tanto en España como en el virreinato de Río de la Plata, de donde procedía el grueso de sus caudales.

Su robusta fortuna le hubiera permitido vivir sin problemas, pero él era un problema en sí mismo. El tiempo libre, desde hacía más de dos años, lo dedicaba a conspirar. El nuevo Prometeo amenazaba con el caos en las colonias. Y muchos de los que lo habían empujado y reído los disparates no sabían ahora cómo detenerlo. Él incluido. Aquello era mucho más que una pelea de gallos, era un pulso a vida o muerte. Eran dos purasangres desbocados corriendo en direcciones opuestas en una loca carrera a través de la jungla política y la guerra.

Carlos de Alvear estaba convencido de que la independencia de todas las colonias sería realidad en breve, y se dedicaba a apoyar a los que estuvieran dispuestos a luchar por ello. A pesar de que sus ideas estaban penadas con la cárcel y eran consideradas alta traición, Alvear era uno de los pocos que, en su arrogancia y su impunidad, no las ocultaba, y era capaz de batirse en duelo con cualquiera que lo llamara mameluco o afrancesado.

No era infrecuente verlo en el café Apolo o en el del Comercio despotricando contra el control férreo que España ejercía con el comercio en las colonias, lo que perjudicaba sus negocios, mientras llamaba a la revolución. Era un revolucionario de salón que tenía las barricadas en la barra de los bares. Un protegido del sistema que él mismo quería derribar.

No era ningún colaboracionista de los franchutes —juraba a quienes lo acusaban de traidor—, y tampoco estaba al servicio del espionaje inglés. En realidad, no servía a nadie... Los utilizaba, igual que ellos lo utilizaban a él. Así de fácil. De los franceses tomaba prestado su ideario y de los ingleses, sus medios. Estos le facilitaban la entrada y salida del puerto y le permitían usar una sede en Londres desde donde engordar la revuelta en las colonias españolas. De esa forma, una vez se independizaran estos territorios, los ingleses podrían comerciar con ellos, algo hasta ahora imposible, puesto que la Corona española lo impedía.

—Cloc, cloc —volvió a sonar la bola rebotando. La jugada le había salido

redonda, y se había puesto por delante del de Soto. Un ramalazo de satisfacción asomó a su mirada.

—Cinco a seis. No estáis hoy muy centrado —le dijo mirándolo mientras untaba tiza a su palo. Cogió su vaso y le dio otro sorbo mientras Fernando intentaba concentrarse en el juego sin lograrlo—. No veo por qué seguís preocupándoos por esa zorra. Si está muerta..., un problema menos que tenemos —le comentó en voz baja.

—Un problema menos... o más, según se mire —le contestó Fernando—. El general Villavicencio está husmeando en el asunto y las cartas no han aparecido; de hacerlo, podrían inculparme. Registré a conciencia su casa y no estaban. Ahora no sabemos quién las tiene. Habría sido preferible haber negociado con ella o habérselas quitado limpiamente. No sabemos a qué o a quién nos enfrentamos.

—No seáis agorero. Seguro que las cartas no nos molestan más... Pero espero que hayáis aprendido la lección —dijo, arrogante, lo que repateó el estómago de su acompañante—. No es conveniente ir dejando por ahí documentos comprometedores, y menos en manos de una mujer. Las féminas son algo viscerales y pueden usarlas contra...

—Como maestro de Los Caballeros Racionales —dijo Fernando refiriéndose a la logia a la que ambos pertenecían— os debo obediencia, pero no me ha gustado nada —y lo recalcó con fuerza— la forma en que habéis solucionado el problema. Sé que fue un grave error por mi parte no haber tenido más cuidado y permitir que me robaran esas cartas, pero no apruebo vuestros métodos. El asesinato no era necesario. No somos criminales.

—¿De verdad lo creéis así? —contestó con furia contenida el otro—. Todos podemos morir o matar; estamos en guerra, por si lo habéis olvidado. ¿Acaso creéis que esos que están ahí fuera —dijo señalando con su palo hacia la ventana, desde donde se escuchaba el refulgir del fuego de artillería francés— no sentirán a veces lo mismo? Seguramente muchos de ellos eran buenos muchachos que se dedicaban a sus granjas, a sus negocios en la ciudad y a tener contentas a sus mujeres... Pero ahora están aquí, y saben que tienen que luchar. Hacen lo que deben. Son soldados. O comes o te comen: el mundo es así de sencillo.

—Nosotros no somos soldados... Al menos no de la misma manera —dijo, mosqueado, Fernando. Detestaba que le diera lecciones aquel niño consentido—. Soy partidario de la independencia. Creo que las colonias deben tener su propio espacio de libertad, pero no hay por qué romper con España. Debemos mantener la unidad de los virreinos si queremos ser fuertes. Lo contrario sería

exponer a las colonias a cualquier potencia extranjera, pegarnos un tiro en el pie. Puede que algunos estén haciendo negocios con eso.

—Ja, ja —se rio Alvear sabiendo que la indirecta era un estacazo dirigido a él—. Aún creéis que se puede hacer una tortilla sin romper un huevo... Pues creedme: habrá que romper con España, y será una amputación dolorosa. Después, una vez las colonias se sientan libres y seguras, tal vez podamos retomar esos lazos... No antes. No seáis ingenuo y no creáis que eso lo veréis vos. Puede que ningún Soto en varias generaciones pueda volver. Tarde o temprano, Fernando, tendréis que elegir de qué lado estáis... —Y su voz sonó hostil. Un disparo a quemarropa.

—Idos al infierno —le contestó Fernando, y, soltando bruscamente el palo sobre la mesa, se largó mientras el golpeteo de las bolas, que Alvear seguía disparando, retumbaba como un eco.

La boca de Alvear hizo una mueca fea. Sus ojos relampaguearon de cólera, pero su pulso seguía firme mientras les daba a las bolas con fuerza, inyectando en el tapete su ira, inoculándole su mala hostia. En un gesto mecánico se estiró los puños almidonados de su camisa de batista, que sobresalían bajo la chaqueta impoluta de color beis. El nudo del cuello le caía, voluptuoso y displicente, en dos picos, y sus mallas, pegadas a dos piernas como dos columnas, mostraban su poderoso físico de Hércules. De *non plus ultra*. Hubiese podido ser un magnífico guerrero —había llegado a alférez en la Brigada de Carabineros Reales, un cuerpo de élite con el que había combatido en Talavera y Uclés— de no haber sido porque desconocía la palabra «obediencia». Era alguien acostumbrado a salirse con la suya, no a cumplir órdenes.

—Os recuerdo que fuisteis vos quien vino a pedirme ayuda porque estabais contra las cuerdas. Y yo resolví el problema... ¿O no? —dijo para él mismo, dado que Fernando ya se había ido—. Esas cartas hubieran podido ponernos en peligro a todos. Estamos jugándonos la vida, y entre mi vida y la de esa golfa... —Se encogió de hombros, sintiéndose mejor con esa autoaclaración; como si alguien se lo hubiese pedido. No era por remordimientos, era porque le parecía incomprensible que otros no entendieran cuáles eran sus prioridades. Desde la balconada vio esfumarse a Soto, disuelto en la noche, mientras su carruaje giraba dos calles arriba. Chasqueando la lengua se dijo que, ahora sí que sí, tenían un problema.

En su vehículo, Fernando maldecía comprendiendo que tal vez se hubiese equivocado. Cuando se unió a los Racionales le movía en parte el interés —no

era ningún hipócrita, y sabía que, en caso de independencia, tendría que proteger sus enormes posesiones en Cuba—, pero también el idealismo. Había creído que los españoles de ambos lados del Atlántico seguirían unidos de algún modo por un hilo invisible, y que una vez solucionaran sus problemas, todo volvería a su sitio. Pero jugar a asaltar el cielo era siempre el camino más directo al cementerio.

Ahora se sentía en esa encrucijada moral. Tendría que elegir bando, y, aunque sus orígenes lo vinculasen a Cuba, había vivido toda su vida en Cádiz y se sentía más de aquí que de allá. Sería como si le cortaran como con un serrucho. Ya no solo no compartía los métodos de Alvear y los Racionales, sino que tampoco sus fines. No podría seguir abrazando sus tesis, dándoles cobertura, respaldándolos. Debería abandonarlos, pero había sitios de los que era más fácil entrar que salir. Y quien ha matado una vez... Nunca debería haber ingresado a escondidas de su familia en ese puto sitio, ni haberse sincerado con el cabrón de Alvear sobre el chantaje que le estaba haciendo Lola, pero menos aún —y eso sí que lo sentía— debería haber utilizado parte de los fondos de Blanca para salir del apuro... Así la había involucrado.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —exclamó, indignada, doña Paz.

Después de que Antoñita sirviera el postre, doña Carlota había sacado el tema: había despejado el campo de tiro y había obligado a sus sobrinas a sincerarse. Podría haber evitado aquel tiroteo dialéctico, que su hermana no se enterara de aquello... Pero, tarde o temprano, lo sabría, y era mejor que lo afrontaran juntas desde el principio. Estaba preocupada desde que Blanca le contase lo del asesinato de aquella actriz liada con Fernando y lo del interrogatorio de Villavicencio. Después, ambas habían decidido sumar esfuerzos para obligar a Elsa a que contase lo que sabía al respecto. Cuando Elsa lo había hecho, habían enmudecido. De cabreo.

—Recapitulemos —volvió a decir Blanca a su hermana—. ¿Dices que esa mujer le estaba haciendo chantaje a Fernando el día del baile de carnaval?

—No he dicho que fuera esa mujer..., aunque supongo, dado cómo han ido los acontecimientos, que debía de ser ella, pero no la vi con la suficiente claridad para jurarlo. Solo sé que Fernando estaba con una y que el trato era de familiaridad. Dejaba claro que había habido lío y que ahora ella pretendía chantajearlo. Él dijo que no lo permitiría, y cuando ella lo amenazó con contarte

algo..., él se puso agresivo. Seguramente fuese la misma mujer que está muerta. ¡Pero yo pongo mi mano en el fuego por Fernando! Él no es ningún asesino. Jamás quitaría la vida fríamente a otra persona, y...

—¡Cállate, maldita sea! —le dijo su hermana, enfadada. Blanca no daba crédito a que Elsa hubiese sido capaz de esconderle una información como esa durante tanto tiempo—. Deberías habérmelo dicho mucho antes. Creo que tenía derecho a saber lo ocurrido, pero veo que estás más del lado de Fernando que del mío.

—Eso no es verdad. No seas injusta. Sabes que aprecio a Fernando, pero nunca lo antepondría a mi propia hermana; es solo que no creí que debieras saber aquello. Sé que dudas, y ahora que ha aparecido el inglesucho ese, más. Sí, no mientas —dijo al ver a Blanca enrojecer como una amapola—. Si quieres que nos sinceremos, sincerémonos..., pero todas. Yo adoro a Fernando. Siempre le he tenido un gran aprecio, no es ningún secreto, y me encantaría que fuera mi cuñado. No conozco al inglés. Personalmente no puedo decir de él ni blanco ni negro, pero es la misma persona que en su día te dejó en la estacada, y solo por eso no se merece que le des otra oportunidad.

—No eres tú quien debe decidir eso. Fernando es el que no debería haber tenido más oportunidades. ¡Me ha engañado siempre! Desconoce la palabra «lealtad». Nunca me ha querido, y lo que no entiendo es qué le ata a mí. No necesita mi fortuna, él ya es rico...

—Él te quiere. Lo sé. Ese inglés volverá a marcharse y pasará lo de la otra vez.

—¿De qué demonios de inglés estáis hablando? ¿Quién es ese inglés y cómo habéis osado esconderme todo esto? —dijo con voz de trueno doña Paz mientras daba un golpe con el cucharón en el mantel que provocaba un terremoto en la mesa. La criada que estaba a su espalda con una tetera humeante dio un respingo y se retiró, a punto como estaba de «bautizar» a su señora con el hirviente contenido.

—En realidad no sé a quién quiere Fernando, y créeme que me habría gustado, en los últimos años, tener esa íntima relación y esa complicidad que tiene contigo. Algo entre nosotros se rompió hace mucho, y aunque he intentado que lo nuestro funcione, no puedo. Yo...

—¡No te atreverás a dejarlo a un mes de la boda! —preguntó, alarmada, doña Paz a su sobrina.

—No... —dijo Blanca divagando—. No, no sé. —Nerviosa, se levantó de la mesa; la servilleta de hilo que tenía en las piernas planeó hasta el suelo. No podía hablar demasiado de Fernando ni de ninguno de los Soto. De cómo podría

afectar a su relación el que se confirmara que don Eugenio había matado a su padre, que era un traidor... Valdés le había agradecido la información y le había anunciado que abriría una investigación. Blanca necesitaba curarse en salud. Si don Eugenio había utilizado sus cuentas o sus bienes para algún asunto raro, que no pareciera su cómplice. Pero aquel era otro oscuro capítulo secreto de su vida.

—Aún no hemos terminado, Blanca —aseguró doña Carlota—. Tenemos que ver si está implicado Fernando en ese crimen. Tienes derecho a la verdad antes de casarte con él, pero no lo crucifiques antes de tiempo. No seamos injustas juzgándolo por anticipado. Y sobre lo de Rodrigo —dijo volviéndose a Elsa—, piénsatelo. Sería un escándalo. Pídele una explicación... Te digo como a Blanca: no saques conclusiones precipitadas. No mates al oso antes de cazarlo.

—Sé muy bien lo que vi —dijo, determinante, Elsa—. Durante estos meses he intentado pasar página, hacer como que jamás lo pillé... ¡Pero no puedo! No es dolor lo que siento, de verdad, es pura decepción. Lo visto me ha demostrado que no lo amo como creí que lo amaba y que no es la clase de persona que creí que era. No quiero pasar con él el resto de mi vida... No puedo seguir adelante con esa boda —dijo levantándose igualmente y marchándose tras Blanca con los ojos como dos manantiales un día de tormenta.

—¡Jesús, María y José! —exclamó doña Paz—. ¡Tú —dijo señalando con su abanico a su hermana Carlota— eres la culpable! Les has inculcado ideas modernas, y mira adónde nos han conducido. Quieren romper sus compromisos, y ¿sabes lo que te digo? ¡Que no lo consentiré! Por encima de mi cadáver —dijo poniéndose fiera y yéndose como una exhalación.

Sola en la mesa mientras el servicio comenzaba a retirar los platos, doña Carlota se preguntó si su hermana no estaría en lo cierto. Ella no se arrepentía. Si lo contado por Elsa era verdad, Fernando y Rodrigo podían irse los dos al infierno en amor y compañía. A ninguna de ellas les iban a faltar pretendientes, ninguna se iba a quedar para vestir santos. Con su ilustre abolengo y su fortuna los tendrían a pares... Más perderían ellos.

Levantó el tintero con cuidado y corrió unos papeles para que no se mancharan. Alexander había estado solo en el despacho de la embajada traduciendo sin parar documentos para Wellesley. Este y el almirante Graham habían ido a Isla de León para ultimar el ataque vital que se estaba preparando para romper las líneas

enemigas y obligar a los franceses a retroceder, a dejar un corredor de tierra que uniese Cádiz al interior peninsular.

Había aprovechado aquella tarde tranquila para armar el rompecabezas que Blanca le había contado sobre ese crimen que la había salpicado. Sus fuentes habían logrado una copia del expediente policial con los datos forenses de la víctima —hora del fallecimiento, método, estado del cadáver...—, sobre sus relaciones, sus vínculos con Fernando de Soto y hasta sus cuentas bancarias. Había enviado una misiva a su hermano Peter para que indagase en las potentes inversiones en casas británicas que la víctima había realizado últimamente: le parecía demasiada pasta para una actriz de tercera, aunque más que una representante del género teatral, todo apuntaba a que se trataba de una cortesana de altos vuelos. No tenía nada en contra de ellas, pero se temía que esta fuese además una auténtica arpía.

Atando cabos, el capitán Paddon se preguntó si en los tiempos que corrían, y con los contactos que esa mujer parecía tener, no habría ejercido de espía; si no se debería a esos trabajillos —mientras copulaba con sus importantes clientes— la fortuna que en poco tiempo había amasado.

Primero debía recomponer el rompecabezas que vinculaba a Blanca con lo sucedido. Descartada la posibilidad de que el rufián que la había visitado a horas intempestivas en su casa —había decidido confiar en su palabra— fuera un matón y ella la mente criminal que lo había orquestado todo, estaba claro que el asesino debía de ser otro. Las pistas querían hacer creer que era un crimen pasional, pero algo olía mal en aquel embrollo. Aquello apestaba a cloaca estatal, a intereses encubiertos.

La idea repentina que había tenido hacía unos instantes de que hubiera algún tipo de complot político o trama de espionaje de por medio empezó a ganar terreno según corría el reloj. Ese era su mundo, y su instinto le decía que aquel era el hilo del que tirar para salir del laberinto. Si era así, se moverían en un terreno más pantanoso del previsto. No había nada más sucio que la política.

Repantigado en el sillón del despacho, antesala del del embajador plenipotenciario, dejó volar su imaginación un rato. Creía en la inocencia de Blanca. Luego recordó lo cerca que había estado de ella, su aroma, el contacto de su mano a través del fino guante de seda, todo lo que le hacía sentir, las compuertas que abría... Aún podía oírla echando sapos por la boca cuando la acusó de no dedicarse a otra cosa que a fiestas mientras su país nadaba en sangre... Había estado a punto de decirle algo, pero después había callado.

Ocultaba algo, aunque no creía que fuese en relación con el crimen: más bien — o al menos eso le pareció a él— con el misterio del tipejo de aspecto patibulario que la había visitado.

Le hubiese gustado bucear en el asunto, pero ella no le había dado opción; sencillamente lo había echado con cajas destempladas del carruaje. La había visto marcharse con una sonrisa colgada en los labios. Aunque estuviera furiosa, había recurrido a él... No a su prometido, no a otro, sino a él... Y eso debía de significar algo. El vínculo que los unía era muy fuerte, y aunque ella insistiese en seguir adelante con sus planes matrimoniales, él aún contaba con un pequeño margen de maniobra para convencerla del estúpido error que cometería si lo hiciese.

Las campanadas de una iglesia próxima lo sacaron de sus pensamientos. Aún le quedaba tarea. Terminó de transcribir todos los documentos que al día siguiente el embajador haría llegar al gobernador de Cádiz. Pero el ayuda de cámara de lord Wellesley le había pedido que esperara el regreso de este antes de volver a su navío, y así lo hizo.

Aburrido, decidió husmear entre las montañas de papeles que se amontonaban en la mesa paralela y matar así el tiempo. Había observado al llegar unas carpetas con documentos clasificados que parecían boletos de pasajes de barcos. Levantándolas, vio que una parte era para dos mercantes, el Bienvenido y el Promesa, que partirían al día siguiente rumbo a Lisboa. Había una larga lista, de al menos treinta nombres, que por curiosidad ojeó sin que le dijeran nada. Después leyó el otro listado, mucho más pequeño, solo dos personas que viajarían en un buque de la Armada británica, el York, con destino a Plymouth. Sorprendido, comprobó un nombre: Fernando de Soto. ¿Adónde diablos iría el prometido de Blanca a escasas semanas de su matrimonio? ¿Estaba huyendo de la quema? ¿De un asesinato, de sus implicaciones? ¿Se estarían cumpliendo sus ruegos a la Divina Providencia para que esa boda naufragara? Frotándose las manos, cerró la carpeta.

Algo que no era el simple azar regía esas cosas. Seguro.

21

Paddon se disponía a marcharse cuando vio llegar a Wellesley rodeado de un séquito de lo más curioso. Dos hombres canosos con pinta de inglesitos al uso y un coloso alto, de piel olivácea y pañuelo de forajido al cuello.

—Paddon, qué bien que siga aquí, que aún no se haya ido a pesar de estas horas intempestivas. Así podrá conocer a esta gente —dijo señalando al pintoresco trío—. Estos son el capitán Miller y su contramaestre, el señor Francis Johnson. Su barco mercante, el *Batton*, fue atacado hace unos días frente a las costas de Conil por corsos franceses y salvado por este caballero. —Al decirlo, los labios le dibujaron una mueca despectiva—. El señor Pineda es un corso español al servicio de Cayetano Valdés que los remolcó hasta sitio seguro. Ya en tierra los ayudó a escapar por los caños y marismas de Sancti Petri, apoyado por una partida de guerrilleros de la zona, la del Flamenco. —Y su mirada fue una advertencia a Paddon de que pusiera máxima atención—. Nuestros compatriotas podrán relatarle su versión de lo ocurrido en esa playa, en los acantilados donde usted acabó aquella vez, y cómo las monjas del convento de la Victoria, que le salvaron la vida, los atendieron a ellos igualmente. Pineda puede, sin embargo, ilustrarle sobre otras cosas.

Paddon miró, curioso, a aquel pirata de manual, que parecía incómodo ante semejante tribu de señorones extranjeros, ante aquellos eternos enemigos disfrazados ahora de aliados... Estaría rumiando para sus adentros cuántas veces él y su tripulación corsaria habrían perseguido y atacado naves inglesas en esas aguas del Estrecho, si no sería ese hombre uno de los que la noche de Trafalgar segó cuellos británicos...

—Pasemos —dijo Wellesley mientras abría su despacho. Un candelabro iluminó y deformó sus rostros. Una luz juguetona y danzarina arrancaba luces y sombras al cuarto.

Dos horas después, Paddon abandonaba la embajada con una punzante sensación en el estómago. No era tanto lo que aquel tal Pineda le había contado

—era el *modus operandi* habitual— ni lo poco que habían logrado sonsacarle de la partida del Flamenco, sino la impresión que ese tipo le había causado. Alguien como él, por la descripción que le habían entregado sus hombres, era el que se había reunido con Blanca de noche. ¿Podría ser ese mismo? ¿Por qué, si no, le provocaba tan extrañas vibraciones? ¿Por qué el otro lo miraba también con ojos escrutadores? ¿Lo conocería de algo? Tendría que preguntárselo.

En el carruaje, camino del puerto, intentó cuadrar el círculo. Pero le asaltaban confusas imágenes como torpedos; llamadas desde otra dimensión. Esa noche, la pesadilla habitual mutó, alumbró una nueva teoría: Blanca seguía chorreando, pero ya no era ninguna sirena. Ampliando su campo de visión, la recordó tal y como la había visto aquel día en la cuba de agua del convento. El enfado de ella, lo que le tiró, él recogió del suelo... Un anillo. ¿Un flamenco? Él poniéndoselo en el dedo como desposándola, los putos franceses que vinieron a interrumpirlo todo... Un espejo hecho añicos recompuesto, fragmentos dispersos retornando a ese instante último en que fueron uno, en que tenían un sentido...

Se despertó bañado en sudor, aunque el frío de la mañana entrase a cuchillo en su camarote: ¿Blanca era el flamenco?! ¿Estaba ella detrás de todo aquello? ¿Acaso no era desde sus tierras desde donde operaban? ¿No sería esa su gente? ¿Era aquel pirata, también a sus órdenes, el mismo que le rendía cuentas, que iba a visitarla de extranjis a horas intempestivas? ¿De alguna manera lo pondrían a él en peligro? ¿O venían a rescatarlo...? No sabía si aquello era otro ataque suyo de ocurrencia o si la verdad había decidido desplegarse ante él. Advertirle de algo...

Tenía que hablar con ella.

Solo un día después de haber abandonado el York, Fernando de Soto enfiló hacia Golden Square en un birlocho de alquiler, camino del hogar de Blanco White, un español exiliado voluntariamente en la capital británica. Había conocido al exsacerdote en Madrid gracias al primer ministro, cuando trabajaba como preceptor real del infante Francisco de Paula.

White no era un religioso al uso; culto y liberal, gustaba de las tertulias de la capital. Asiduo de la de José Quintana, había coincidido en múltiples ocasiones con Fernando y su cuadrilla. No se veían desde que White vertiese encendidas críticas contra la Regencia desde el *Semanario Patriótico* y fuese declarado *persona*

non grata en la España libre por minar la moral de la gente. En la otra España, la ocupada por los franceses, se había puesto precio a su cabeza. Durante meses se había refugiado en Cádiz en casa de Fernando, algo que sus padres habían visto con cierta preocupación, para marcharse en febrero a Inglaterra.

En Londres, aquel tipo refinado y tachado de subversivo había fundado otro periódico, *El Español*, que mantenía una posición crítica contra ciertas autoridades españolas, la Corona y el clero metomentodo: no se cansaba de denunciar el anquilosamiento de la Administración, la corrupción de los altos cargos, las terribles injusticias sociales y los excesivos privilegios de la Iglesia. Partidario de las colonias y de su revolución. White, que mantenía una estrecha relación con muchos de los miembros de la logia de los Caballeros Racionales y había servido a sus intereses desde Inglaterra, aunque sin llegar a ser miembro, había escrito a Fernando hablándole de la necesidad de lograr un alto grado de autonomía, pero preservando el vínculo con España.

Esa era la opción política que defendía Fernando y que quería imponer a sus compañeros de logia, aunque estos, cada vez más radicalizados, pareciesen haber optado ya por la ruptura total. Por el suicidio político. Si persistían en esa posición —lo tenía decidido—, tendría que abandonarlos. Cuba no estaba entre las provincias que se habían sublevado. Las autoridades españolas habían logrado mantener allí la paz, y si él se posicionaba en contra, perdería no solo sus posesiones en España, sino también las de Ultramar. Si definitivamente el radicalismo de Alvear, Bolívar o San Martín no tenía marcha atrás, él tendría que saltar de bando.

De todo eso, de cómo andaban las cosas por Londres, de los contactos que White tenía allí, de su colaboración en los trabajos de edición de la *Enciclopedia Británica*, hablaron ambos.

—Me alegra saber de vuestra familia; mis recuerdos a vuestra querida madre y a vuestra prometida. Ha sido una locura venir aquí a tan pocos días de vuestra boda... Algo importante os ha debido de traer —le dijo White, que iba peinado con una sólida raya en medio que parecía el muro de Adriano; su cara caballuna se veía más envejecida y rojiza por el frío de Albión. Los años y los disgustos habían dibujado surcos en su piel.

—No os mentiré —contestó Fernando mientras disfrutaba del té con limón que el servicio acababa de servir en la cómoda mesita de madera de cedro del salón. La casa no era muy grande, pero estaba en un buen barrio. Desde el ventanal se apreciaba el agitado pulso de la calle llena de carruajes circulando por

esas aortas de adoquines, por esas venas de barro—. Necesito ir mañana al banco Shelman. Hice una operación hace meses que ahora necesito recuperar urgentemente. ¿Creéis que me recibiría el director si se lo pidiese?

—No lo conozco, pero si es para retirar dinero, tendréis que ser muy convincente. Inglaterra está en guerra y necesita todo el capital posible. Te dan todas las facilidades para invertir o ingresar, pero para sacar... ¿Es mucho? — quiso saber.

—Bastante —dijo el otro sin concretar—, pero espero que respeten una propiedad privada, y si les garantizo con papeles mis derechos, que me lo devuelvan.

No podía excederse en lo que contaba, porque en realidad la operación que pretendía llevar a cabo era completamente fraudulenta. No mentía al decir que se trataba de recuperar su dinero —o, mejor dicho, el de Blanca—, pero tendría que hacerlo con artimañas encubiertas; se trataba de recobrar los cincuenta mil reales del chantaje de Lola por las cartas... antes de que se decidiese él mismo a contárselo a los Racionales.

Como sabía del estricto control sobre cuentas, haciendas y vidas que Alvear y los suyos llevaban de todos los miembros de la logia, había decidido, para despistar, y en un momento de desesperación, no utilizar dinero de sus fondos. Alvear tenía espías en todas partes y enseguida un desembolso tan grande del banco de San Carlos habría llegado a sus oídos. Por eso había preferido utilizar unos pagarés de la herencia de Blanca que desde hacía meses estaban en su poder con el fin de invertirlos en Cuba. Blanca jamás debería enterarse de que su dinero había desaparecido. Tenía que recuperarlo antes fuera como fuera.

Aunque Blanca tardase tiempo en echarlo en falta, era una cuestión de honor. Se había sentido sucio utilizándolo, y no quería llevar ese cargo de conciencia el día de su boda. También —pensó mientras notaba los ojos escrutadores de White sobre él— era posible que Lola hubiese guardado, en ese mismo banco y junto al dinero, parte de la correspondencia que había desaparecido y que desde hacía semanas él buscaba desesperadamente.

La muy zorra había jurado, tras el último pago que le hizo, que se la devolvería, pero no lo había hecho. Si tras el registro de sus pertenencias esas cartas no habían aparecido, o es que alguien las había conseguido antes o es que estaban en un lugar secreto, a buen recaudo. Llevaba días sospechando que tal vez el citado banco fuese esa guarida insospechada, y, si era así, tendría que conseguirlas antes de que lo hicieran otros. El tiempo apremiaba, y eso lo había llevado a viajar a

Londres en momento tan inoportuno. No lo podía dejar para más adelante... Tal vez entonces fuese tarde para todos.

Aquellos dos turbios asuntos eran los que lo habían obligado a pasarse por Inglaterra. Decidirlo le había costado tiempo, dinero y tirar de contactos. Primero, con la embajada inglesa; luego, con los bajos fondos. Gracias a una de las cartas que guardaba de Lola, de su época de mantis religiosa, había conseguido que un copista gaditano falsificara tanto su letra como su firma; este delincuente le había preparado una documentación falsa con la que retirar el dinero del mismo banco londinense donde ella lo había depositado sin hacer saltar las alarmas... La operación era delicada, y si lo pillaban, daría con sus huesos en la cárcel. Tendría difícil explicar a su familia y a Blanca qué hacía en Londres —su ausencia la había justificado como una visita de negocios a Gibraltar— acusado de falsificación y robo.

—¿Vuestra prometida sigue tan encantadora como siempre? —volvió a preguntarle White.

—Sí. En estos momentos supongo que estará ultimando los detalles de la boda.

—Ha sido un viaje arriesgado. En los tiempos que corren es difícil saber cuándo podrá volver. Hay días que se suspenden las salidas portuarias. Cambiando de tema..., ¿cómo van nuestros amigos los Caballeros?

—Cada vez más radicales. Apuestan por la ruptura total. Yo no estoy de acuerdo. Temo que tendré que abandonar la logia.

—Ya... Pues eso no suele ser recomendable. No se lo digáis... Podrían asustarse, temer que vayáis a delatarlos. Los conspiradores son suspicaces por naturaleza, desconfían hasta de su sombra —dijo mientras mascaba tabaco. El silencio flotó en la habitación unos momentos—. Mejor sería marcharos por un tiempo, separaros del grupo poco a poco... No sé.

—Sí, sé que es arriesgado —dijo, y calló que Alvear se había vuelto un tipo sin escrúpulos capaz de matar a sangre fría a quien se interpusiera en su camino, un Atila con lazo en la coleta—. Pero no puedo poner en peligro las propiedades de mi familia. Me andaré con cuidado —terminó, mientras White pasaba a hablarle de su nueva amistad con el poeta Robert Southey, del último libro que estaba traduciendo al español, el primer volumen del *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, del científico alemán Alexander Humboldt, y de su intención de volver al clero, ahora reconvertido en reverendo anglicano. Fernando arqueó una ceja con asombro.

Ya de noche, abandonó su residencia. La despedida de White se le repetía como el ajo: abandonar la logia ahora sería temerario. En las sociedades secretas era difícil entrar, pero mucho más difícil salir, al menos con vida, y él no estaba por hacerlo con los pies por delante; no era ningún héroe. Ajustándose el sombrero, Fernando ordenó a su cochero que regresara rápido al hotel. Aunque en Cádiz hubiese contratado guardaespaldas, allí no llevaba protección. Las advertencias descarnadas de White habían multiplicado su impresión de estar en peligro. Creía ver sombras detrás de cada farol, dagas voladoras, puñales con su nombre inscrito en la hoja, la muerte esperándolo en cada rincón.

La señorita Marina de Soto tocaba el piano en el gran salón de verano de la mansión familiar. Las ventanas estaban abiertas y la brisa del mar movía abruptamente las pesadas cortinas de cretona tostada. Aburrída, la intérprete parecía perdida en sus ensoñaciones, ajena al resto de mujeres que esa noche habían cenado en su casa. Doña Guiomar había ofrecido a sus íntimos —algunos amigos, como los Solís y los Huerta— y a su futura familia política una cena por su cumpleaños. Alcanzar los cuarenta y ocho años en tan buen estado era un lujo, y no se había andado con medias tintas.

No había podido asistir Fernando, que aún permanecía en Gibraltar, pero sí su esposo, don Eugenio, que le había regalado una hermosa joya: un broche de zafiros. Don Eugenio, junto al resto de caballeros, se había perdido camino del billar y el brandy mientras las damas pasaban la velada escuchando música y degustando copitas de anís rociadas con escarcha de limón.

—Decididamente, este collar —le dijo doña Guiomar a Blanca— es el que mejor os va. Resalta vuestro cutis moreno. Opino que deberíais llevarlo el día de la boda. Es bonito llevar algo de la suegra —comentó.

—Lo que es bonito —contestó doña Carlota mientras se abanicaba— es llevar algo de la madre... Y lo va a hacer. Blanca lucirá un precioso collar de diamantes de su madre. Os agradecemos la atención, pero no necesitaremos vuestro collar de perlas.

Blanca asistía a la pugna verbal entre doña Guiomar —escortada por Romina de Solís y Lita Huerta, las dos máximas agitadoras del cotilleo gaditano, liantas perfectas, enredadoras de diez— y sus tías, sin hacer caso. Tenía decidido hasta el último detalle de su atuendo para la boda; lo único que aún no tenía claro era...

si se casaría o no. Hasta esa misma mañana y a pesar de la cercanía inquietante del capitán Paddon, no había dudado en seguir adelante con sus planes, pero después de haber sabido, por la cotorra de lady Holland, que el maldito inglés pretendía volver a comprometerse con una joven londinense, se sentía descolocada.

La furia había dado paso a una sensación aplastante de decepción. Los celos, que se habían desatado como una tormenta estival, habían sido todo el día una losa. Le habían abierto los ojos reclamando una verdad durante ese tiempo silenciada: seguía enamorada de Alexander Paddon... Después del bofetón, del desprecio que había intentado demostrarle, de tantos años de alejamiento y del desengaño sufrido, el corazón tenía razones que la razón no entendía. ¿Por qué había tenido que reaparecer en su vida? ¡Que se quedara con sus damiselas en Inglaterra! Sentía en las vísceras que había vuelto a engañarla, y, sin embargo, no solo lo notaba más cerca que nunca, sino que se sentía más segura con él cerca. Como si fuera su particular lord protector en aquel nido de criminales y espías que era ahora Cádiz.

—¿Y Marina se casará finalmente con don Justino? —preguntó doña Carlota a doña Guiomar, y Blanca abandonó sus pensamientos; temía ser transparente, que la muy arpía de su futura suegra leyera en su mente como en un libro abierto.

—Sí, desde luego. Aunque habrá que esperar: su viudez ha sido muy reciente y mi hija aún es joven. Eso dice mi esposo, aunque yo con su edad ya había dado a luz.

—Si públicamente se ha anunciado su compromiso es porque se llevará a cabo. Una muchacha decente no puede dar su palabra y luego romperla; sería un deshonor para toda la familia. Ejem... —sentenció, maliciosa, la Solís, y las Malvar la fusilaron con la mirada. Aunque la ruptura del matrimonio de Elsa con Rodrigo era ya un hecho, se había producido solo dos días antes, y desconocían si ya era del dominio público. No habían dicho aún nada a sus amistades, pero, como decía doña Carlota, lo mejor sería pregonarlo cuanto antes a los cuatro vientos. Retenerlo solo serviría para aumentar el escándalo.

—A veces es mejor romper que continuar con una relación indigna o desdichada —disparó Elsa, y doña Guiomar y compañía sonrieron, malintencionadas. Doña Carlota hubiera deseado lanzarles la copa de anís a la cara, o golpearles con el cucharón de la ponchera, pero se limitó a devolverles como un espejo su misma sonrisa venenosa y a alisar maquinalmente las arrugas imaginarias del impecable mantel bordado a mano de doña Guiomar.

En la otra orilla del salón, ajenas a esta conversación, Paulita de Solís seguía apoyada en el piano cuchicheando con Marina. Blanca observó que esta parecía inquieta; tal vez fuese por lo poco que le atraía su futuro esposo: debería estar prohibido que viejos barrigones como don Justino se pudieran casar con muchachas que apenas eran niñas.

Acalorada e incapaz de aclarar sus pensamientos, Blanca abandonó la mesa y se asomó al balcón que daba a una de las principales calles de la ciudad. Eran visibles las luces de la muralla y las de los navíos de guerra ancorados en el puerto. Las rosas perfumaban el aire, ese aliento húmedo y caliente que los envolvía a todos ellos, y un gajo de luna se columpiaba en el cielo negro. Infinitas estrellas salpicaban de vida el frío firmamento. El parpadeo de Venus o de Orión inundaba de belleza el mundo. Un mundo inexplorado, desconocido, inmenso, ante el cual palidecían problemas tan terrenales como los suyos.

Respiró intentando tranquilizarse para no empeorar más la situación. Sabido era que cuando las cosas iban mal siempre podían ir a peor. Al día siguiente tendría que declarar de nuevo ante Villavicencio, y había decidido ocultárselo a sus tías para no soliviantarlas más. Pensaba haber ido sola, pero esa misma mañana había recibido un comunicado de Paddon —que, maldita fuera, parecía saberlo todo— donde le decía que conocía lo de su declaración y la acompañaría, quisiera ella o no.

¡No le había pedido su ayuda! Aunque temía que no se diera por vencido y acudiera a la hora de la citación. No podía impedirle que se entrometiera donde nadie lo había llamado, como tampoco podría echarlo del palacio de Gobernación. Llamaría la atención, y no deseaba cebar el escándalo. Si el inglés acudía, le dejaría bien claro que aquello no cambiaría para nada su decisión de hacía unos días y menos después de saber que tenía planes de futuro en Inglaterra.

Aún le escocían sus palabras en el carruaje. Sus acusaciones la habían hecho sentirse ultrajada, ofendida... ¿Quién se creía que era para tratarla así? Qué creía..., ¿que solo los ingleses estaban luchando en esa guerra? ¡Qué diablos sabía él de las necesidades y calamidades que estaban sufriendo los suyos un poco más allá de las líneas enemigas...! Odiaba su prepotencia. Los aires de superioridad que se gastaban todos ellos. Y si pensaba que porque estuviese ayudándola en ese asunto podría manipularla emocionalmente, iba listo.

—¡Lady Holland, qué sorpresa! —Recordó la conversación de esa misma mañana en la casa de modas Yáñez y una angustia inexplicable se apoderó

nuevamente de ella.

El *atelier* en cuestión era el más reputado de la ciudad en moda para señoras mayores, y Blanca había acudido acompañando a su tía Paz. Era allí donde le estaban confeccionando a esta el vestido para la boda de su sobrina, y Blanca había insistido en acompañarla. Temía que, si la dejaba sola, obligase a las costureras a cambiar el modelo inicialmente elegido, estropeándolo. Allí habían coincidido con la inglesa, y, mientras esperaban turno, habían compartido un café y un pedazo de tarta de crema. Habían hablado de la fiesta hacía unas noches en su casa y de varios conocidos. Había sido entonces cuando otra dama británica, esposa de un alto mando, había entrado en el establecimiento y saludado a lady Holland.

—Es Lily Baxter, la esposa del mayor Baxter —les aclaró—. Pertenece a una de las familias más importantes de Hertfordshire. Precisamente ayer mismo me enteré de que su sobrina, lady Pamela Jones, podría casarse en breve con nuestro querido capitán Paddon. El muy sinvergüenza se lo tenía bien calladito, pero la madre del capitán lo da ya por hecho, y solo está esperando el regreso de su hijo para anunciar el compromiso. Sería una alianza magnífica, y, la verdad —añadió la vieja regordeta—, Paddon necesita una madre para su niña. No es bueno que un hombre tan joven siga viudo y su hijita tenga que ser educada por unos tíos. Me alegraré por él. Espero poder decírselo en cuanto lo vea. —Aquellas palabras, dichas al tuntún, habían provocado un seísmo en el corazón de Blanca. Tras un primer instante de angustia, se había desatado la tempestad.

Decidida a calmarse, respiró profundamente y dejó volar su mente en otra dirección. Era absurdo preocuparse por lo que sucedería en unos meses cuando tenía necesidades más urgentes, como, por ejemplo, aclararse sobre lo que iba a declarar la mañana siguiente... Al menos —pensó resignada— Paddon la acompañaría a pasar aquel mal trago. Bajo su paraguas protector se sentía más segura. Paddon no permitiría que le hicieran daño.

—Blanca, ¿nos acompañas a la partida? —le preguntó su tía, y Blanca negó con la cabeza. No estaba para jugar al veintiuno. De fondo escuchó a Elsa. Su hermana parecía defenderse bien de la batería de disparos que aquellas arpías francotiradoras seguían lanzándole. Por un momento Blanca temió que su tía Carlota estampara a alguna una bofetada y se rio para sus adentros. ¡Ojalá lo hiciese!

Debía reconocer que Elsa estaba sorprendiéndola. Admiraba su valor. Había tomado una decisión drástica y escandalosa al romper con Rodrigo, y lo había

hecho sin titubear. Tal vez ella debiera hacer lo mismo con Fernando y hablar con el capitán Paddon... Si existía una mínima posibilidad de terminar juntos, esta pasaba por actuar con rapidez y no permitir que él avanzara en su compromiso con aquella mustia inglesita. Estaba segura de que él aún sentía algo muy fuerte por ella. A veces incluso parecía leer en sus ojos la misma pasión que los había consumido cinco años atrás, aunque si entonces aquello se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos, tal vez ahora ocurriera lo mismo. Puede que solo estuviera flirteando sin tener intención de llegar más lejos. «No —se dijo a sí misma—. Yo no puedo hacer igual que Elsa». La ruptura de su compromiso no solo sería escandalosa socialmente, también peligrosa económicamente. Estaba atada de manos hasta que Valdés terminara de investigar a Soto y se deshiciera de ese problema.

Agitada, dio un trago a su copa. Fernando... ¿Dónde se habría metido? Había anunciado un viaje fulgurante a Gibraltar y llevaba ya semanas fuera. Estaban en capilla, y él sin dar señales de vida. ¿Albergaría él tantas dudas como ella sobre ese matrimonio? ¿A qué estaba jugando...?

—Querida... —la llamó doña Guiomar—, vuestras tías desean marcharse. —Y Blanca empezó a pedir su sombrero y el carruaje

Alexander la esperó durante un buen rato oculto en el carruaje. No le había sido posible acompañarla al interior, y, de haber podido hacerlo, tampoco habría sido aconsejable. Mirando el reloj de cadena, resopló cuando la vio salir. Parecía acalorada y nerviosa.

—¿Cómo ha ido ahí dentro? ¿Tienen pruebas de algo o se limitan a acosaros? —le preguntó nada más subir ella al vehículo y dar orden al cochero de que regresara a su casa.

—Me ha mareado a preguntas sobre Fernando y esa mujer. Me ha mostrado una carta que he tenido que reconocer que era de él, ya que era su letra, en la que le habla a ella con total intimidad de todo —dijo, y no pudo dejar de sentir envidia al ver el trato que su prometido había tenido en otros tiempos con aquella mujer; un trato que jamás había tenido con ella.

—¿De qué hablaba la carta? ¿Había algún secreto insondable?

—No... O sí. Hablaban de menudencias, como haría una pareja cualquiera: «He ido al sastre a recoger el traje»; «Espero que te guste el ramo que te he

enviado esta mañana»; «Me muero de ganas de verte esta noche»; «Discutí ayer con fulanito, que se atrevió a criticar tu actuación», blablablá... Y después de la reunión de esa noche en casa de un tal Luis Moragas, salen a colación distintos nombres, y ahí está el quid. Al parecer, algunos de esos hombres han sido acusados de traición. Dos fueron ejecutados hace meses en Sevilla, otros están huidos y los demás, en Cádiz. Villavicencio me ha estado preguntando si los conozco; de qué los conoce Fernando; qué relación tiene con ellos, y si sé de una logia que se llama los Caballeros Racionales... Le he dicho que de oídas. Sé que agrupa a partidarios de la independencia de las colonias, pero no conozco a nadie que pertenezca a ella. No sé si Fernando es integrante; si lo es, no me lo ha dicho nunca...

Paddon asintió sin añadir que él sí lo sabía: Soto, Alvear y otros tantos a los que su gobierno había facilitado su instalación en suelo inglés para que siguieran conspirando. Se lo calló: aquello era alto secreto.

—¿Creéis que ha quedado convencido de vuestra inocencia? —le volvió a preguntar.

—No lo sé. No sé qué pensar. Creo que me está utilizando para acercarse a Fernando y a sus amigos.

—¿Por qué no hacerlo directamente? Sería más sencillo —le dijo mientras contemplaba la posibilidad de que Villavicencio estuviese también espiando e investigando a la propia embajada inglesa y al consulado.

—Porque la familia de Fernando y la de algunos de los nombres que aparecen en esa carta, como los Alvear —le explicó—, son demasiado poderosos, y acusarlos o investigarlos directamente sería peligroso. Podría buscarse incómodos enemigos... Preferirá hacerlo dando un rodeo, a través de mí, o eso me parece a mí.

—Bien, dejemos eso y descansad. Se os ve muy pálida.

El silencio se hizo un hueco entre ambos hasta que el carruaje atravesó el portalón del palacio Malvar. Blanca invitó a Alexander a que tomase un refrigerio mientras regresaban sus tías, que esa mañana habían acudido con Elsa a un sepelio, y este aceptó encantado. Antoñita sirvió un vino amontillado al británico mientras la dueña de la casa ordenaba al servicio que fuese preparando la mesa. Paddon no podría quedarse al almuerzo, tenía un compromiso previo en la embajada, y además ya llevaba demasiado tiempo fuera. Blanca no sabía cómo retenerlo: deseaba encontrar la forma de preguntarle si realmente pensaba casarse de nuevo, pero no sabía cómo hacerlo con disimulo.

Se despedía el inglés cuando Blanca lo soltó.

—¿Vais a casaros de nuevo? —Y el capitán Paddon la miró como si se hubiese vuelto loca.

—A no ser que vos me aceptéis..., no —contestó él mientras recogía su bicornio—. ¿A qué viene esa pregunta?

—He oído que en cuanto regreséis a Inglaterra contraeréis matrimonio con una tal lady Pamela no sé qué... Que vuestra madre...

—¡Alto! No sigáis —dijo él, divertido—. Aunque me alegra saber que estáis celosa.

—No son celos —mintió ella—, solo deseaba daros mi más sincera felicitación.

—Ya... —dijo él sin disimular una sonrisa de satisfacción—. Os agradezco el detalle, pero la verdad es que no tengo planes al respecto... O, mejor dicho, no esos planes. Mi madre puede hacer lo que quiera. Ya no soy un jovenzuelo al que engañar como la otra vez. Ahora sé lo que busco, y espero que vos —dijo señalándola— también lo sepáis. No soy yo quien va a cometer un gran error. Antes de que os caséis con ese... —se calló— debéis pensároslo bien. Y ahora, si no tenéis nada más que decir, me voy. Almorzaré en la embajada, tengo asuntos que resolver. Se estarán preguntando dónde ando.

—Está bien... —dijo ella despidiéndose, sin saber cuándo podría volver a verlo y feliz de que él hubiese desmentido los rumores. Casi exultante. Dándole la mano, él se la besó cortésmente.

—Descansad... y no os preocupéis —dijo, dudando si contarle o no lo que sabía de Fernando, que estaba detenido en Londres y no en Gibraltar. Si hablaba, podía quedar como un chismoso, como un tipo que no jugaba limpio y, con tal de eliminar a su adversario, era capaz de cualquier bajeza. No deseaba que ella lo tuviese en tal concepto, y finalmente calló; tarde o temprano ella se enteraría. Deshaciendo la tensión que se había instalado entre ambos —había incendios que se habían producido por menos—, se la quedó mirando. Ella le había lanzado la pregunta que necesitaba saber y él hacía días que tenía otra en el tintero.

—¿Quién era el tipo que vino a visitaros la otra noche? ¿Qué relación tenéis con él?

—Desde luego, no la que supusisteis... Trabaja para mí —dijo ella tras unos instantes de silencio, y él la invitó a seguir. Era tarde, pero no podía marcharse sin que ella se explicase—. ¡Está bien! Maldita sea —dijo ella refunfuñando—. Es algo que nadie sabe. Ni siquiera mis tías o mi hermana. Es un contrabandista que

conoce la bahía como la palma de su mano. A través de él recibo noticias de mi gente en Chiclana y les envío alimentos, medicamentos, dinero... Me ayudó a viajar por la zona y a construir refugios secretos en los que los rebeldes huidos pueden encontrar un mínimo de seguridad hasta salir de territorio enemigo...

—La partida del Flamenco... ¿Son vuestros hombres? Operan desde vuestras tierras.

—Los conozco. Poco más puedo deciros.

—¿Poco más? Está bien, no voy a insistiros ahora. Solo quiero que sepáis que si necesitan dinero, armas, pólvora..., mi país está en disposición de ofrecérselo. Ahora somos aliados.

—Ya, bien; si veo a alguno de ellos, si contactase con ellos, os lo haría saber.

—Espero que no cometáis la locura de salir vos de Cádiz. Las cosas están muy mal ahí fuera, y se pondrán peor pronto. Va a haber una ofensiva... Prometédmelo —le ordenó.

—Está bien..., no lo haré. En realidad, solo me atreví a hacerlo una vez... —dijo sin añadir nada más sobre la sorpresa que se había llevado al descubrirlo—. Como dijisteis la otra noche, no podemos seguir aquí, de baile en baile, haciendo como que no pasa nada. Yo estoy aquí segura, pero mi gente no, y no los he olvidado. Muchos de mis conocidos han sido apresados, torturados, asesinados... Las casas han sido saqueadas, de la mía se han llevado todo; apenas debe de quedar algún mueble destartado. Mi mundo ha quedado desguazado, pero no nos rendiremos...

—Son tiempos difíciles para todos —dijo él alentándola, tranquilizándola con una leve caricia del dorso de su mano—, pero saldremos reforzados. Las crisis dan alas, permiten que aparezcan otras oportunidades que en tiempos de paz habrían muerto antes de nacer.

—Sí... Supongo que para vos también. Hará mucho que no veis a vuestra hijita —dijo Blanca, y en ese instante mismo lo lamentó. No deseaba que Alexander le hablase de su esposa muerta, y temió que la niña se lo recordase. Pero no lo hizo. Alexander sonrió y, sacando un pequeño medallón, abrió la tapa. Apareció la cara sonriente y mofletuda de un bebé.

—Es mi hijita, Amy. Os encantará conocerla. Está viviendo con mi hermano y mi cuñada Alice... La quieren mucho. Estoy deseando volver a verla.

A Blanca se le hizo un nudo en la garganta. Después de tanto tiempo, por fin empezaba a conocer al Alexander real, todos los recodos de su vida, incluso los más incómodos para ella.

—Me voy —dijo él cerrando de golpe el medallón y guardándose—, pero volveremos a vernos pronto. —Y Blanca cerró la puerta rogando que así fuera.

Nervioso, como un león enjaulado, el capitán Paddon recorrió el perímetro de la fiesta del embajador a la espera de que Blanca hiciera acto de presencia. Llevaba diez días sin verla y su situación había cambiado drásticamente desde entonces. Si aquel día se había podido permitir el lujo de ser discreto, de no presionarla, sabedor de que su novio estaba detenido en Londres, ahora ella estaba con un pie en el altar y Fernando de Soto, de regreso a Cádiz.

La noticia le había sobrevenido por sorpresa, como un obús, cuando se acercaba a la cena en la embajada y había echado a rodar todos sus planes. ¡Maldita fuera! Ahora entendía a su madre cuando le decía que no se podía ser pusilánime. «*A cat in gloves catches no mice*», solía repetirles a sus hijos —«Gato con guantes no caza ratones»—. Era una manera indirecta de criticar a su esposo por educar a sus hijos para que fueran demasiado elegantes y condescendientes. A su entender, nadaban en escrúpulos a la hora de hacer lo que debían.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras se encendía un cigarro con la llama de un candelabro de plata. El salón era un batiburrillo de gente, y en esas condiciones ella sería una fortaleza inexpugnable, inabordable en privado. Tendría que echarle un lazo como un cuatrero de las praderas, secuestrarla... No repararía en formas.

—Joven Paddon, le veo algo intranquilo. Tómese con nosotros un whisky —le dijo en ese instante lord Gladwell mientras acompañaba a sir Robert Benjamin y a otro oficial hacia la mesa del refrigerio.

Alex aceptó. «Tal vez —se dijo— no me venga tan mal una copa. Al fin y al cabo, esta noche podía ser un punto y aparte en mi vida».

Se habían visto varias veces más para hablar del apoyo inglés a la partida del Flamenco, de dinero y de opciones, un tiempo que habían aprovechado para empezar a conocerse de nuevo. Ella le había hablado con sinceridad de su vida y él, por fin de la suya: del genio de Peter, el carácter insufrible de su madre o los éxitos deportivos de William. Había avanzado bien por esa senda, pero poco en el terreno amoroso. Ahí seguía empantanado.

Aunque ella lo mirase a veces emocionada, después se comportaba con rigidez y abría distancia entre ambos, separaba sus orillas. Comprendía que le resultase complicado dar el triple salto mortal: abandonar a su novio de siempre, provocar un escándalo, fiarse de él después de lo de hacía cinco años... A veces creía que ella cedería finalmente, que se dejaría convencer, para al día siguiente concluir, descorazonado, con lo contrario. Vivía en una montaña rusa, y ella, devorada por el miedo a equivocarse. Era la pescadilla que se mordía la cola.

Creendo que Fernando estaría preso durante una temporada en Inglaterra, se había permitido el lujo de darle tiempo, de no agobiarla, pero ahora se arrepentía. Debería decirle la clase de tipo con el que se iba a casar, si es que a esas alturas ella aún no lo sabía. Lo peor, tuvo que reconocer, es que no era una mujer enamorada —al menos de su prometido—, y, por tanto, difícil de desengañar al respecto. Si lo hubiera sido, él habría podido desmontar su mito y arrebátarsela al novio, pero la suya sería una unión económica y social, y esas eran las más difíciles de desbaratar. Los argumentos racionales no entendían de emociones ni de sueños. ¡Si lo sabría él, que en su día se había visto envuelto en una trampa igual!

Ella, así se lo había reconocido, se consideraba incapaz de manejar el complicado tinglado financiero de su familia: primero su padre y después los Soto habían sido quienes lo habían llevado, y ella carecía de las herramientas para tomar el relevo, sobre todo en unos tiempos tan complicados como los que corrían: con una guerra y con las colonias de América sublevándose. Además —y no pudo por menos que culparse a sí mismo—, a la joven entregada y soñadora de hacía cinco años se la había tragado una ciénaga de dudas y rencor. Ahora se la veía contenida, desconfiada, dura, práctica... Su abandono había perforado su confianza y el agujero se había hecho inmenso con el tiempo. No sabía si lo podría rellenar.

El bullicio le molestaba, y se animó a salir a la terraza, aunque hacía frío. Asomado a la balaustrada en espiral, a aquella galaxia de piedra, esperó a que ella apareciese; la invocó como un pobre mortal a su diosa. ¡Si la hubiese vuelto a ver la semana anterior como había previsto...! ¿Cómo iba a imaginar que Graham lo fuese a tener aislado casi dos semanas mientras ultimaban una operación de ataque aliado? ¿Cómo sospechar que la policía inglesa fuera a soltar, y sin cargos, a Fernando de Soto después de que intentara sacar con documentos falsos dinero de un banco inglés? Respiró el aire empapado de humedad marina, agradeció el viento peleón que soplaba esa noche y odió que el universo pareciese tan

calmado en su inmutabilidad eterna mientras no dejaba de conspirar contra ellos. De buscarles las vueltas.

Era tarde cuando la vio llegar en su carruaje junto al de Soto. Estaba seguro de que ella habría rehuido esa gala. Sería un baile con espinas, un encuentro incómodo. Él trataría de convencerla de que renunciase a sus planes..., y en eso no se equivocaba. La pareja alcanzó la puerta principal, donde un lacayo con librea verde y plata recogió el tarjetón y los hizo entrar en medio de un charco de luz. Los hachones de la fachada del palacio diplomático emitían un halo de claridad parpadeante y cálido. Ya en el interior se confundieron con el gentío mientras él les seguía el rastro.

Fernando de Soto tampoco pasaba por su mejor momento; también se le veía demacrado y rígido como si le hubieran metido una estaca. Solo en algo parecía inmutable: la necesidad de dejar a Blanca en medio de una tribu de viejas cotorras; él se había sumado a una discusión de diputados que parecía acapararlo por completo. La política de salón parecía su válvula de escape... Alexander no se lo pensó dos veces. De dos zancadas se tragó la distancia y, robando unas copas de ponche, hizo una maniobra de aproximación al curioso grupo en el que Blanca se parapetaba. Las matronas lo recibieron a golpe de abanico, asombradas. El trato entre ellos era tangencial, poco corriente. De cortesía, nada más. Como decía doña Paz, una cosa era estar juntos y otra, revueltos.

—Señorita Malvar —dijo, mostrándose mucho más simpático de lo habitual—, espero que vuestra familia esté bien. Mi almirante Purvis manda también un saludo a vuestras tías —mintió como un bellaco.

Las damas se rieron, incrédulas, y le respondieron con un cinismo más refinado que el azúcar. Blanca no abrió el pico. Cuando él besó su mano enguantada para marcharse, le deslizó un papelillo. Ella cerró la mano para impedir que la notita cayera al suelo al mismo tiempo que su reputación. Buscándose una excusa, se retiró a la *toilette* del piso superior para leer lo que claramente era una cita.

«Os espero a las once, tras los brindis, en la biblioteca personal de lady Holland. Al fondo, última puerta a la derecha. No faltéis... Sería capaz de cualquier cosa».

—¡No puede ser! —se lamentó Blanca para sí misma mientras intentaba recomponerse frente al espejo—. Si nos pillaran a escondidas en una habitación cerrada y a solas, rodarían cabezas. Por qué prolongar el sufrimiento; digámonos

adiós cuanto antes y sigamos nuestros caminos. Por favor, Alexander, no me lo pongas más difícil... Por favor —dijo en un susurro.

Después tomó aire, se pellizcó las mejillas y bajó al salón, donde los invitados comenzaban a sentarse en sus sitios. Paddon solo estaba unos metros a su derecha. Fernando, amablemente, se acercó hacia ella al verla llegar y, mientras un lacayo le retiraba la silla para que se sentase, le apretó la mano en un gesto cariñoso que a ella le pareció posesivo, una reclamación de propiedad.

Blanca aguantó la velada sintiendo que otros ojos la escudriñaban y que todo el mundo sabía lo que le ocurría. No era así, pero durante toda la noche no pudo evitar sentir una carrera de escalofríos acelerados recorriéndole la columna. No sabía qué le crispaba más, si los nervios por saber el escándalo que se produciría si la veían escabulléndose de la fiesta con un extranjero a pocos días de su boda o el afrontar lo que Alexander querría decirle. Su sinceridad, su pasión, la desarmaría. Antes de acudir, necesitaría agenciarse un traje de buzo para sentirse segura.

¡Ojalá pudiera abrirle su corazón —aún herido—, en donde la desconfianza seguía reinando! Jamás podría volver a ser la muchacha feliz y crédula que había sido antaño y menos junto al mismo hombre que la había traicionado. Reconocer que aún sentía algo por él no era suficiente para saltar al vacío. Una cosa era la atracción y otra, la confianza. Con su traición se había roto algo que aún no había logrado recomponer, no sabía si era su fe en el género masculino o en el amor, y tal vez no lo recuperase nunca. Con esos negros pensamientos —mientras charlaba a un lado con Fernando y al otro con doña Ángela del Puerto, la viuda de un importante marino fallecido en Trafalgar—, no paró de servirse copas. Solo el alcohol, el fuego que sentía al bajar por su tráquea, calmaba su ansiedad.

—Querida, si seguís así, en breve se os verá por debajo de la mesa; los ojos comienzan a brillaros... peligrosamente —le dijo la viuda mientras se limpiaba con la servilleta. Aquella fue la señal para que Blanca no volviese a servirse más alcohol.

—¡Zoooggg! —Oyeron el retumbar de una bomba. Las *villanroys* habían sido reforzadas y alcanzaban ya el doble de toesas. Caían como un chaparrón sobre la ciudad, pero deshechas, reventadas, sin fuerza...

No había peligro de que allí los alcanzara, pero los invitados parecieron más nerviosos. Los rumores de un ataque inminente y de una operación a gran escala habían corrido como la pólvora esos días por Cádiz —estaban movilizándose

miles de hombres—, y muchos temían que esa especie de *impasse* en el que llevaban meses adormecidos fuera a romperse en breve..., para bien, o para mal. Blanca se preguntó si Alexander participaría en aquella ofensiva y qué pasaría si algo le ocurriera. Un golpe de lágrimas le nubló los ojos.

Durante media hora la artillería francesa puso los graves al cuarteto musical que de fondo sonaba en el salón. Las luces temblaban y los fuegos que cruzaban la noche retumbaban sin parar. Una fusión de estilos. La melodía militar se mezcló con la de la cubertería de plata, la cristalería de La Granja y las risas achispadas. A las bombas francesas les siguió un aria cañonera desde el privilegiado escenario de Matagorda. Dos muchachos con el colorido traje de la milicia nacional brindaron alegremente y las risotadas —algunos estaban muy bebidos— caldearon el salón. El ambiente pareció distenderse. Como si alguien les hubiese aflojado el nudo de la corbata.

A pesar del recital humano y armamentístico, Blanca se asombró de ser capaz de capturar parte de la conversación que Alexander mantenía unos metros más allá. Como si sus oídos y su cabeza pudieran, a voluntad, oscurecer y enmudecer el resto de conversaciones para permitir que solo resonara en la sala la que a ella le interesaba. Audición selectiva... Podía percibir como una caricia el tono gutural de su voz, su risa sofocada, podía notar casi su alegría... ¿Estaba feliz? ¿Cómo podía estar feliz en un momento como ese?

Sin atreverse a mirar, comprobó que parecía distendido y charlatán con sus compañeros de mesa, aunque supuso que la procesión iría por dentro y que seguramente estaría tan nervioso como ella, aunque lo disimulase mejor. Comenzó el turno de los brindis. En breve tendría que decidir si acudía o no a la cita. Si picaba o no voluntariamente el anzuelo. Si lo hacía, podía pasar cualquier cosa. Era un riesgo. Aunque tal vez —pensó, y sus manos se encogieron, sudorosas, alrededor de la fina copa— podría despedirse adecuadamente de él. ¿Qué mal habría en besarlo una vez? ¿Cuántas amantes había tenido Fernando en su vida? ¿Docenas? ¿No podía tener ella uno? La idea de saborear por última vez la boca del hombre al que amaba le reventó las venas a golpe de latidos, y sintió un vahído de debilidad física.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó Fernando al verla.

—No, claro que no... Solo es el ajetreo —dijo ella mientras sonreía ficticiamente. Un rato después, como un flan, excusándose ante su prometido con que debería acudir a tomarse los polvos que su doctor le había recomendado

para los nervios, Blanca salió al encuentro de Paddon. Según atravesó el dintel de la puerta, supo que su suerte estaba echada.

—Hola... ¿Alexander? —preguntó al no verlo en la oscuridad—. ¿Estáis aquí?

—Pasad... Llegáis tarde, pero os perdono; hoy vuestro novio parecía especialmente empalagoso. Llevo un rato esperándoos —le dijo, atrincherado en la oscuridad.

La chimenea parecía muerta, pero él intentaba resucitarla con el atizador, soplando los rescoldos de aquella tarde para conseguir que prendiera un pequeño tronco. Así tendrían algo de luz y calor. A su alrededor, en los estantes de roble pulido, había compendios políticos, clásicos, revistas, prensa... Olía a tabaco y a cuero. A whisky y a secretos de altos vuelos.

—Me alegro de que hayáis accedido a venir. Si no, habría cumplido mi promesa y habría ido a buscaros —dijo, riéndose, Alexander. Se le veía emocionado, y Blanca no pudo rechazarlo cuando, sin mediar más palabras, acercándose, la cogió de la barbilla y la besó. Dos labios que se besan son dos mundos que convergen. La superficie de contacto, un *axis mundi*, una conexión con el cielo y el infierno, el entusiasmo y el dolor..., un fuego que echa a arder, una luz desconocida que se enciende. Un impulso irrefrenable se apoderó de ellos.

Unos minutos después ambos jadeaban sobre un Chester sumergidos en esa tormenta de deseo, en ese huracán de emociones. Paddon había echado el cerrojo y un leve calor escapaba ya de la chimenea, entibiaba el despacho, los abrazaba con sus largos tentáculos, los cubría con su manto invisible. El etéreo vestido de muselina aperlado de Blanca apenas la tapaba. Alexander apoyó su cabeza en su pecho; necesitaba escuchar el latido de su corazón, ese tambor de guerra que lo llamaba desde las profundidades, que le había impedido naufragar en varias ocasiones. Luego lamió su cuello. Habría podido devorarla.

—Solo será esta vez... Esta será nuestra despedida. Prometedme que no seguiréis buscándome... ¡Prometédme! —le rogó Blanca, sofocada. La luz arrancaba brillo a sus ojos, en parte debido al alcohol de la cena, y le confería un toque aterciopelado y misterioso de Venus pagana. Eran pétalos de rosa negra; dos pedazos de noche sin estrellas.

Alexander sonrió, y Blanca supo que no se rendiría, que tendría que ser ella la que, una vez finalizaran su aventura esa noche, cerrara la puerta. Pero esa noche sería suya, de los dos. La vida había sido injusta con ellos. Los había unido en varias ocasiones para terminar separándolos de forma dolorosa. Aquella primera vez había sido él quien había puesto tierra de por medio, pero ahora tendría que

ser ella.

Desde el exterior volvieron a cantar los cañones y un olor a pólvora pareció alcanzarlos. Era el perfume de la lucha entre sus corazones y sus mentes, su lógica y su intuición. El de la batalla que empezaban a desplegar en el tablero de su vida. La dama blanca quería protegerse del jaque con una jugada muy expuesta. El caballo negro no parecía dispuesto a soltarla.

Alexander deslizó sensualmente las mangas de farol del vestido y exploró con los dedos su clavícula. Le hubiese gustado poder liberar aquella melena negra y voluptuosa como aquella otra vez en el convento, pero su correoso peinado imperial lo impedía. Unas largas horquillas de diamantes, como lanzas, ensartaban el cabello. Mientras él acariciaba su nuca y la arrullaba con palabras de amor, ella comenzó a desabrocharle el uniforme. A deshacerle el lazo de la coleta, a enloquecerlo con sus gemidos apremiantes..., y perdieron la noción del tiempo y el espacio. Y decidieron adentrarse en lo desconocido, hacer una incursión en el otro. Ver amanecer desde la otra orilla... El amor desimanta las brújulas, nos vuelve tarumba a todos.

Ella jugó con sus labios, aceleró su pulso, y él cerró los ojos y paladeó su sabor a rosas silvestres y a hiedra, a sol y a sur; se entretuvo sitiando sus pezones, circunnavegando su espalda, orientándose a través de la niebla de su aliento. Blanca se dejó arrastrar por la pasión como nunca había hecho. En ese momento no cabían dudas de ningún tipo en su cabeza, y todo su cuerpo se estremecía en medio de aquella borrachera de hormonas, de aquel coro de jadeos.

—Blanche, *my love* —dijo él en un susurro que la hizo reír.

Le levantó la bata de muselina bordada y las enaguas y deslizó su vista —a la luz enrojecida del fuego que chisporroteaba contento— por sus piernas enfundadas en medias de seda blanca sujetas por ligeros con flores. Allí, medio desnuda, parecía más oscura. Tenía un aire misterioso que casi le asustó, como si pudiera desvanecerse entre los dedos, como si en vez de una mujer real fuera la mágica sirena de sus sueños. Fue bajándole las medias, rozando su piel cálida, haciéndola estremecer. Sus suspiros, sus abrazos, sus besos, eran el mayor consuelo que Blanca podía sentir ante la consternación que anidaba en un pequeño rincón de su corazón; aquel que era consciente de que aquello no era el principio de nada, sino el fin.

—Os amo... Os amo —repitió él sin parar. Alex se detuvo en su vientre, pasando su mano por sus costillas hasta alcanzar sus pechos. Ella se deleitó con las arrugas que se le formaron en la comisura de los labios. Aquellos remolinos

de piel podrían engullirla como una corriente subterránea. Rebosaban felicidad, esperanza. Siempre la habían seducido, antes, en su demacrado rostro, desvaídas, y ahora, que desprendían sensualidad y complicidad.

Blanca no sintió temor ni vergüenza. Por primera vez en su vida se veía así delante de un hombre, pero su pasión, lo que él le hacía sentir, la protegía. Se sentía amada, fuerte, no vulnerable. Él la depositó en la gran mesa de madera. Con las piernas abiertas, dejó que él se aproximara. Todo su cuerpo se arqueó para recibirlo, inconscientemente, sin saber bien qué hacía. Solo se limitó a darle la bienvenida, a dejarse penetrar, a dejarle fondear en su bahía. El calor que sentía en su sexo, la extraña y a la vez increíble sensación de aquella embestida, el dolor matizado por el placer le arrancaron un gemido voluptuoso e involuntario.

—Seguid —susurró, agarrada a su pelo.

Interpretaron un dueto en éxtasis. Los muros de aquel palacete eran lo suficientemente robustos como para amortiguar aquellos rugidos; estaban lejos del salón donde la música y el gentío sofocarían cualquier sonido. Como ondas en un estanque, que poco a poco fueron sobrecogiéndola, embargándola toda, llevándola a un punto de fragor desconocido, increíble, hasta que poco después sobrevolaron el orgasmo. Con ella vacía, desmadejada en sus brazos, oliendo a él...

Él la abrazó y calmó su nerviosismo, esa ola de frialdad que empezaba a alcanzarla. Alex pudo sentir cómo el hielo empezaba a escarcharla, como si fuera una princesa víctima de algún hechizo. Entonces recordó que era una mujer de agua, escurridiza e inmanejable, como las sirenas y las náyades. Frotó sus brazos para darle calor, le habló de amor para derretir el conjuro... Pero ella se soltó, anonadada, intentando subirse las mangas, ponerse las medias y, antes, con un pañuelo, limpiarse los restos de sangre de sus muslos después de haber sido desvirgada de una forma tan inesperada. Amainada la tormenta de pasión, lloró como si, de golpe, calmado el arrebató, hubiese comprendido la envergadura de lo que había sucedido.

—¿Qué os pasa? Por favor, mi amor, decidme algo —le susurró él—. ¿Creéis que no deberíamos haber llegado tan lejos? Al menos nos quedará algo con lo que soñar en el futuro —dijo abrazándola por la espalda mientras ella intentaba recomponer el rompecabezas de horquillas, que se había venido abajo.

Ayudándola, le cerró el traje por detrás y la abrazó con todas sus fuerzas. Desde luego, aquel no era el momento de decirle que no pensaba renunciar a ella y que no pararía hasta conseguir que estuvieran juntos..., si volvía. Si lo

destinaban al frente, en la operación que en breve se iniciaría, tal vez aquel sí que fuese su adiós definitivo..., pero eso no podía decírselo. No quería asustarla más. Al menos esa noche debería dejar que regresase al salón y se reuniese con su maldito prometido. La miró a la cara, pero ella, lejos de parecer feliz, estaba lívida.

—¿Tan poco os ha gustado que estáis tan seria? —le preguntó él, riéndose con ternura.

—¡Sois imposible! —gritó ella, enfadada—. Nunca debería haber acudido aquí. Una cosa eran unos besos y otra... ¡llegar tan lejos! Sabéis lo que siento por vos, pero también que me caso en unos días —dijo, sonando lastimera—. Habéis cargado una terrible culpa sobre mi conciencia. Sois un insensato.

Aquellas palabras gélidas hicieron a Alexander soltarla. Ella se desprendió de él, agresiva. De repente el calor tibio y su aroma le golpearon como un guante de boxeo y le hicieron recobrar la cordura y chocar con la cruda realidad. Ella iba a casarse con otro, sintiera por él lo que sintiera, y su tiempo parecía haberse acabado. Abrochándose los botones del pantalón, se acercó a la ventana, que daba a un parterre trasero. Solo la difusa luz de un farol de gas en el exterior se filtraba a través de las suaves cortinas de crespón. El frío del cristal pareció entumecer sus músculos, y no pudo evitar un estremecimiento.

—No me habéis dejado otra opción. Necesitaba demostraros que sentís la misma pasión que yo; que lo que hubo antaño sigue vivo y que la vida nos ha dado otra oportunidad. ¡Aprovechémosla! ¿Insensato? Insensato sería si no intentara luchar por la mujer que amo, por el futuro con el que sueño... y en el que tenéis que estar vos. No os hagáis falsamente la inocente. Aquí no ha pasado nada que los dos no hayamos querido, asumidlo. No me culpéis de vuestras decisiones. ¿Pretendéis que os diga adiós y me vaya sin más? ¿Acaso podréis vos hacer como que lo ocurrido esta noche no pasó jamás? No amáis a Fernando de Soto, y él tampoco lo merece. No podéis casaros con él... Sería una locura.

—No... —lo interrumpió ella—. No sigáis. Sabéis que no puedo casarme con vos... Tal vez entonces hubiéramos tenido una oportunidad, pero ahora es imposible. No es una cuestión de amor lo que me une a Fernando, sino de confianza y de seguridad. No puedo dar la espalda a mis responsabilidades, a mis obligaciones como jefa de la casa Malvar, como vizcondesa. A la promesa que le hice a mi padre cuando murió. No... no puedo, no me lo pidáis.

—Vuestro padre seguro que velará desde el cielo para que seáis feliz. No querría veros desgraciada... Y si es por vuestra seguridad económica, no debéis

preocuparos.

—No se trata de mí —matizó ella—. Yo podría vivir con poco... Se trata de la seguridad —y lo recalcó con furia— de todos los míos.

—Yo me manejo bien en el terreno financiero, y además nos ayudaría mi hermano Peter —le insistió él, vehemente—. Si es solo por temor al escándalo..., ¿qué es un vulgar escándalo, y especialmente en tiempos de guerra, comparado con el resto de vuestra vida, con vuestra felicidad? —le señaló mientras ella, apurada, intentaba terminar de arreglarse y salir de allí cuanto antes; antes de que sus piernas flaquearan y se sintiera más débil de lo que ya estaba.

—No quiero oíros —le contestó tapándose los oídos, pero él retiró sus manos y la obligó a escucharlo.

—Os estáis engañando a vos misma. Él no os dará la seguridad que buscáis. ¡En realidad, os ha traicionado de una y mil maneras! —terminó gritándole, histérico al ver que ella no reaccionaba. Había llegado la hora de la verdad, y sabía que no podía andarse con remilgos si quería conservarla a su lado—. No solo ha estado con montones de mujeres, incluida la asesinada hace unas semanas, sino que también os ha engañado de otras formas. No tuvisteis que postergar vuestra boda porque él tuviera problemas con su pasaporte en Gibraltar: estaba en Londres... detenido —paró al ver la cara de sorpresa de ella— por robo, por falsificación de documentos. Intentó recuperar de un banco londinense una alta suma de dinero que estaba a nombre de Lola Sierra. Entre los documentos había papeles vuestros; pagarés bancarios a vuestro nombre. No ha tenido escrúpulos en utilizar vuestra fortuna y vuestro título nobiliario para hacer negocios sucios tanto en España como en el extranjero...

—¡Mentís! —gritó ella, pero en su fuero interno le creyó—. ¿Cómo sabéis eso? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo dijisteis antes? —dijo, tirándole de las solapas de su casaca.

—No podía... —contestó él algo más calmado, retirando sus manos de su pechera, separándose—. Al parecer, vuestro prometido hizo una apuesta arriesgada, y lo pilló Scotland Yard; lo supe porque la información llegó por valija diplomática a la embajada cuando yo estaba presente. Lo detuvieron, y creedme si os digo que habría debido pasar una larga temporada en prisión si no hubiera sido por la intervención, a través de nuestra embajada, de su padre... Este pidió la ayuda de la Regencia, y dada la situación de total colaboración que existe ahora entre los gobiernos de nuestros países, se le puso en libertad.

—No os creo.

—Hacedlo. No miento. Fue algo raro..., porque vuestro prometido es miembro de la logia de los Caballeros Racionales, pero estos no sabían de su viaje a Londres, y estallaron en cólera al conocer primero su detención y después su extraña liberación. Hay quien cree que la Regencia terminó ayudándolo a cambio de que él traicionara a sus amigos... De hecho —dijo Alexander, terminándose de hacer el nudo de su corbatín—, algunos han huido. Fernando de Soto no lo contará. ¡Es hombre muerto después de su traición a la logia! —le dijo en un susurro al oído, y notó su respingo. Sabía que estaba siendo muy duro con ella, pero en ese instante no cabía la piedad.

—No sé si Fernando es el villano que me pintáis, pero sí sé que esto demuestra que habéis estado ocultándome información vital para mí y los intereses de mi familia. Me habéis utilizado, ¡sois un maldito cretino! No sois mi amigo, y tampoco sois mejor que él... ¿Era para conseguir esa información por la que habéis accedido a ayudarme? ¡Sí, era por eso! —le dijo con lágrimas en los ojos—. ¡No buscabais otra cosa que acceder a la investigación que estaba llevando la Regencia! —le gritó, colérica—. Espero que os haya gustado el revolcón. Adiós —dijo, y salió dando un portazo. Alexander, cabizbajo, sabiendo que ella en parte llevaba razón, no intentó detenerla. Tampoco sabía cómo.

Fuera, Blanca se encontró con Fernando, que, preocupado, con una extraña mirada, le preguntó fríamente de dónde venía y por qué había tardado tanto. La excusa que Blanca puso sonó a manida. Fernando no se la creyó, pero ni él quiso seguir insistiendo en el tema ni ella añadir una coma.

—Nos vamos —dijo él instantes después, y ella aceptó encantada. Sentía magullados su cuerpo y su corazón. Solo deseaba meterse en la cama y hartarse a llorar.

—Zaaasss, zaaasss —sonaron los puñetazos sobre el saco relleno de serrín que colgaba en el centro del *ring*.

Alexander parecía ensimismado mientras golpeaba sin parar aquel saco en el cuadrilátero que había en el sótano de la embajada. El boxeo era un deporte muy de moda en Inglaterra desde hacía décadas y muy practicado por todas las clases sociales. Si las más bajas lo hacían a veces para ganarse unos chelines en las numerosas peleas con apuestas que se hacían en distintos antros y clubes de

Londres, la clase social más alta lo realizaba por el puro placer de luchar, de competir, de mantenerse en forma. En la universidad él y sus hermanos se habían ejercitado en él al igual que en la esgrima, el tiro con arco o el remo. Él había sido un reputado púgil en esos años, y seguía manteniendo su pasión por ese deporte desde entonces.

Muchas mañanas, antes de comenzar su aburrido trabajo de papeleo y traducción en la sala contigua a la del embajador Wellesley, se bajaba y practicaba un rato sacudiendo golpes a diestro y siniestro. Aquella mañana, tocado, pero no hundido, frustrado, eso sí, por el resultado de su encuentro con Blanca la noche anterior, con más razón necesitaba descargar su ira contra algo, y aquello le pareció la mejor solución. Llevaba más de una hora, y pensaba que debía haberlo dejado ya y haberse puesto a trabajar cuando un lacayo abrió la puerta del sótano y le informó de que había alguien arriba que preguntaba por él.

—¿Quién es y qué quiere? —preguntó a su vez mientras seguía sudando, golpeando, moviendo sus pies, sus caderas...

—Se ha presentado como don Fernando de Soto... Dice que os conoce, que tiene algo importante que tratar con vos. —Al oír el nombre, Alexander paró de golpe. ¿Qué demonios querría de él el de Soto? ¿Le habría contado Blanca lo ocurrido la noche anterior? No era posible... ¡Aunque ojalá lo hubiera hecho! Así podrían poner de verdad las cartas sobre la mesa. Iba a vestirse cuando se lo pensó mejor...

—Es cierto, lo conozco... Decidle que, si quiere verme, baje aquí; estaré esperándolo —contestó mientras indisimuladamente acariciaba su guante. Si había algo que le apeteciese en ese momento, era partirle la cara a ese malnacido. Si era tan gallito como parecía, sería fácil entrar en acción.

Unos minutos después Fernando de Soto se adentraba en el sótano. Alexander, de espaldas, jadeaba como una fiera sin resuello mientras repartía puñetazos: zass, zass, zass. Fernando carraspeó y el otro, parando, se volvió.

—Usted y yo tenemos algo que resolver... urgentemente —dijo, mirándolo sin un atisbo de simpatía, Fernando—. Creo que andáis un tanto confundido sobre la señorita Malvar, y vengo a aclararos algunas cosas. Me gustaría que aceptarais un duelo y...

—Veo que vais directo al grano. Tengo prohibido batirme en duelo, pero si tenéis algo que exigirme, este *ring* es el lugar ideal —dijo, retándolo—. ¿O acaso os asusta? ¿Podrían romperos vuestra cara bonita? —dijo soltando una risotada, viendo cómo el otro se ponía como la grana—. Si queréis resolver algo, ahí

tenéis unos calzones y unos guantes. Subid; resolvámoslo como hombres... Aunque creo que el confundido sobre la señorita Malvar sois vos —le dijo mirándolo con odio—. Vuestras mentiras, tarde o temprano, tendrían que llegar a sus oídos. Ella es una mujer lista, con contactos, que no se merece un prometido como vos. Sois escoria.

—Sois un miserable —contestó Fernando sin cambiarse, vestido aún con su elegante atuendo, pero subiéndose al *ring*. Saltó como un gato por encima de las cuerdas y, abalanzándose sobre Paddon, le asestó un puñetazo en la mandíbula que al otro lo pilló desprevenido. Cogiendo fuerza, el inglés se acercó de nuevo a su contrincante y ambos iniciaron una pelea a puñetazo limpio.

—Zasss, foosss, zasss —sonaron los golpes mientras que las narices de ambos empezaban a gotear sangre y los ojos a amoratarse, a disfrazarse como dos nazarenos.

—Guapo vais a ir a vuestra boda —le dijo entre dientes Alexander—. ¿O acaso teméis que no la haya?

—¡Hijo de perra, canalla, cabronazo! Si volvéis a acercaros a Blanca..., sois hombre muerto.

—¿No lo seréis vos antes? ¿No os harán pagar vuestros colegas de logia la traición? Si lo sé todo... ¿Cómo huisteis de Londres? ¿Con el rabo entre las piernas? ¿De quién eran los pagarés que intentasteis robar...? ¿De Blanca? ¿La habéis engañado también con sus inversiones financieras? ¿Utilizasteis su dinero para pagar el chantaje de la otra? *Completely unworthy...*

—Callad de una puta vez. Sois un sinvergüenza. ¿Qué le hicisteis a Blanca anoche en la biblioteca? ¿Abusasteis de ella? ¿Mancillasteis su honor?

—No hice nada que ella no quisiera. Aquí —dijo Alexander sujetándolo del cuello de la camisa, ya completamente desgarrada por la pelea— el único que ha mancillado su honor sois vos..., y es posible que también el de toda vuestra familia y el de los Malvar. Si tenéis algo que resolver con ella, hacedlo; contadle la verdad, decidle qué hacíais en Londres hace unas semanas; qué os unía a la actriz asesinada; qué turbios negocios os traéis entre manos... Yo no tengo nada que decir, pero estoy seguro de que ella esperará de vos una explicación convincente. Si fuerais un hombre de verdad, no permitiríais que ella se casara con vos sin antes sinceraros, a ciegas. Ella no se merece que la engañéis así. Si va engañada al matrimonio, lo lamentarán ambos.

—¿Y vos habláis de turbios negocios? ¿De tramas, intereses ocultos y no sé cuántas cosas más? ¿Un inglés? ¿Puede haber alguien más turbio, más mentiroso,

más traicionero que un maldito inglés? Idos al infierno. No voy a debatir aquí de política; de cómo Inglaterra está apoyando la sublevación en las colonias mientras finge ser amiga de España, su aliada... Pero, repito: si os vuelvo a ver cerca de Blanca, os mato —dijo marchándose.

—¡Ella no es vuestra! No podréis detenerla, y si decide dejaros...

El joven elegante y atractivo que había llegado a la embajada inglesa en Cádiz abandonó el lugar hecho un desastre, con la ropa sucia y desgarrada, el pelo revuelto, un ojo como una berenjena y la cara manchada de sangre. Apoyándose en el bastón, intentando taparse la cara con el ala del sombrero, se arrebujó en su redingote de lana tostada. Hacía un frío portuario que calaba los huesos, y una neblina como guata daba un tono blanquecino y desasosegante a la ciudad ese día. El viento del Estrecho aullaba y le daba latigazos en la cara herida.

Llamó a un coche de alquiler y montó. Debía acudir cuanto antes a casa de los Malvar, aclarar qué sabía Blanca de todo lo ocurrido y comprobar que seguía manteniendo su promesa de casarse con él. Que no se había rajado. Se sentó y golpeó el techo para que el cochero arrancara el vehículo al mismo tiempo que comenzaba a chispear. En ese instante, asombrado, vio cómo un tipejo se asomaba al coche y le apuntaba con un arma. Un instante después sonó un fogonazo y el cuerpo inerte de Fernando de Soto se desparramó en un amasijo de vísceras en el interior. Un hombre de aspecto fornido y portuario se esfumó entre las callejuelas del arrabal mientras el cochero daba la voz de alarma y acudían en su ayuda vecinos y un alguacil destacado en la esquina.

23

—Retirad ese vestido de aquí inmediatamente. ¿Ha llegado ya mi prometido? — preguntó Blanca a su doncella.

—No, señorita, don Fernando no ha llegado. Sí lo ha hecho su primo, el señorito Ángel, y sus tías esperan que baje ya a almorzar. La sopa se quedará fría. El vestido, perdóneme, pero doña Paz insiste en que debe estar aquí. Que este es el sitio ideal.

—Pues yo he dicho que no. No quiero tenerlo por aquí en medio estorbando. Lleváoslo a la habitación del fondo —dijo refiriéndose a la de su padre, que estaba desde su fallecimiento cerrada.

Allí, desterrado en los suburbios domésticos, pretendía abandonar su hermoso traje nupcial, un símbolo de su futuro en común con Fernando que le daba urticaria nada más verlo. No solo le pesaba la culpa por lo ocurrido hacía unas horas con Alexander: aquello evidenciaba lo vulnerable que era ante él y lo difícil e incierta que sería estar casada con otro hombre.

¡Maldita fuera! Habría sido mejor haber seguido en la inopia, imaginando su boca y no recordándola como la noche anterior: llena de vida, calor, pasión, felicidad... ¿Cómo diablos iba a superar su ausencia? ¿Cómo podría vivir sabiendo que las cosas podrían haber sido diferentes, que existía el paraíso y que ella había renunciado voluntariamente a él? Se sentía como una antigua sacerdotisa sacrificándose por los suyos, tirándose a algún cráter. Una de aquellas cristianas primitivas dadas al martirio. El rugido de la desgracia atronaba ya sus oídos.

Las dudas que hasta entonces habían corroído su aplomo se habían podrido, y aquella mañana Blanca se notaba enferma. El que Fernando no hubiera asistido raudo y veloz a la cita que le había sugerido para aclarar ciertas cosas no hacía más que envenenar su ánimo. Aquello venía a demostrar que lo que le había contado Alexander era cierto. No podría acudir al altar sospechando de la integridad de su novio, sabiéndose traicionada por él no solo en lo personal —

eso ya lo tenía asumido desde hacía tiempo—, sino en todo lo demás. Si el único motivo real —la seguridad que debería darle a ella y a su familia— no lo cumplía..., ¿qué sentido tenía que ella sacrificara el resto de su vida casándose con él?

—Antoñita, déjanos un momento a solas —oyó decir de repente a su tía Carlota—. Siéntate y átate los machos. No me interrumpas hasta que termine —dijo, con un gesto enérgico, cuando Blanca intentó intervenir, extrañada—. Fernando no va a venir... Lo han herido gravemente esta mañana en la calle. Ahora mismo se debate entre la vida y la muerte. Un desconocido le ha disparado en el carruaje en el que acababa de montarse cuando salía de la embajada británica... Nos lo acaban de comunicar los Soto en esta nota —dijo entregándosela.

Blanca la leyó y se quedó pasmada; aquello parecía una pesadilla. Con la mente aún chapoteando en ese siniestro comunicado, observó cómo Elsa y la tía Paz también aparecían, con gesto compungido, en la puerta. Le hubiera gustado romper a llorar, gritar histérica, liberar esa tensión que sentía, pero no podía. En un rincón profundo de su cabeza, una idea cobró de repente fuerza: la de que, de alguna manera, Alexander pudiera estar implicado. Él había asegurado —y casi le había parecido ver un brillo de placer en sus ojos— que Fernando sería pronto hombre muerto...

¿Habría sido capaz de llegar tan lejos? ¿Qué había ido a hacer Fernando a la embajada aquella mañana? ¿Qué le habría contado Paddon? ¿Lo ocurrido la noche anterior? ¿Se habrían retado? ¿O habrían sido los Racionales los que, como decía Alexander, se la tenían jurada...? Con todas aquellas incertidumbres se levantó y, acercándose al perchero, con el resto de mujeres de la casa persiguiéndola en fila india, se puso la capa, se ató el sombrero y salió. De nada sirvió que las otras le pidieran calma, que esperase que la acompañaran... No las escuchó.

—¡Si ni siquiera sabes dónde está! ¡No lo han llevado al hospital, sino a su casa! —le gritó Elsa.

Doña Guiomar se había negado a que trasladasen a su hijo a un hospital —estaban todos atestados de heridos por la guerra y las condiciones no eran las más adecuadas— y había ordenado que lo trasladasen a su casa. Allí había llegado inconsciente, con una gravísima herida en el costado derecho, aunque vivo. El cochero y una partera que lo había asistido en un primer momento habían logrado taponarle el orificio de donde la sangre le salía a borbotones. Ya

en su lecho, los Soto había hecho llamar inmediatamente al mejor médico de Cádiz, el doctor Figueroa, para que lo atendiera.

Las primeras horas habían sido vitales; el joven resistía, aunque lo peor no había pasado. Tendría que superar las próximas cuarenta y ocho horas para saber si sobreviviría, si remontaría ese vital partido. Blanca desconocía todo eso porque había salido sin dar tiempo a las demás a que le contaran lo que el criado de los Soto les había añadido por su cuenta. Mientras las Malvar ordenaban al servicio que guardasen las viandas del almuerzo para la cena, Blanca tomó una silla de mano con dirección a la embajada británica.

—¡Juradme que no habéis sido vos quien ha agredido a Fernando de Soto! —le exigió en un estado desabrido a Alexander en el cuartito de la embajada donde este la había recibido, sorprendido. Había llegado allí angustiada, histérica...

—¡Claro que fui yo! —contestó el otro, molesto—. Pero fue él quien vino a buscarme. A retarme, realmente... ¡Si hasta quería un duelo a pistola! Peleamos... Fue algo entre hom...

—¿Un duelo? ¿Le disparasteis? No puedo creer que hayáis llegado tan lejos, ¡que seáis un asesino!

—¿Asesino? ¿A qué viene eso? No hubo ningún disparo. Solo le dejé un ojo morado y la nariz partida, como la mía..., más o menos —dijo señalándose su propia cara, también marcada por la pelea—. Nada más. Eso no es ningún crimen... ¿Acaso os habéis vuelto loca?

—¿No sabéis lo que ha pasado ahí abajo, en la esquina? ¿Que han disparado a Fernando? ¿Que se debate entre la vida y la muerte? Prometedme que no habéis tenido nada que ver...

—No, no lo sabía... —replicó él—, y me ofende profundamente que hayáis podido dudar de mí, creer por un solo instante que yo haya podido tener algo que ver en todo eso. Esta mañana tuvimos una pelea aquí mismo, abajo en el *ring*..., por vos —añadió tocándose el mentón dolorido y cerúleo—; después se marchó, y no he vuelto a saber de él. De todas formas, si queréis respuestas, preguntadle a vuestro futuro suegro —dijo, realmente indignado.

—No quiero que volváis a cruzaros en mi camino —le dijo, furiosa, y él asintió cabreado.

—Que así sea... —dijo el inglés al verla irse.

Sus dudas y esa acusación lo habían herido profundamente y habían abierto entre ambos otro frente. Ahora Blanca no podría casarse con Fernando, al menos de forma inminente, pero la distancia entre ambos sería más grande que antes.

Ahora no solo ella recelaba de su relación: él, humillado por la despedida de la noche anterior y las acusaciones de ese momento, había decidido pasar página. No arder en ese fuego, en ese amor sin futuro.

Su historia estaba abocada al fracaso; sería mejor olvidarla. En ese instante de cólera juró que no volvería a verla. ¡La señorita Malvar podía irse al infierno! Sin mirar atrás, se adentró por aquel laberinto oscuro de pasillos, por el que podría haberse topado hasta con un Minotauro, y llegó hasta su despacho. Cerró con llave y se negó a mirar por la ventana. Sabía que, si lo hacía, quedaría como la mujer de Lot, deshecho. Tenía que dejarla ir.

Blanca daba en la calle órdenes para que la trasladasen a casa de Fernando, una mansión residencial situada en el selecto barrio de San Carlos. Una hora después, más tarde que su propia familia y sin dar explicaciones de dónde venía, Blanca apareció en el centro de la desgracia; las criadas lloriqueaban cuando don Eugenio salió a recibirla. Tras explicarle brevemente lo ocurrido —tenía visitas en su despacho y no podía entretenerse—, Blanca se acercó a la cama, donde, en estado comatoso, su novio le echaba un pulso a la muerte.

—Ayyy, mi hijo, mi hijo —lloraba en una letanía doña Guiomar. La mujer parecía desolada mientras Marina intentaba calmarla con una tisana de tila.

Doña Paz y doña Carlota se hicieron cargo de la situación. Prepararon un butacón cómodo para que la madre aguantara bien la noche junto a su hijo y ordenaron al servicio que dispusieran los medicamentos que el doctor había recetado. Blanca se sentó al lado de su suegra, pero esta ni la miró. Apenada, cogió la mano inerte de Fernando mientras Elsa atendía a Marina, que también parecía bastante impresionada por el estado en que se encontraba su hermano.

Bostezaba la tarde cuando doña Carlota mandó a la cocinera que preparase unos caldos. Blanca se levantó —tenía las piernas entumecidas— dejando que Elsa ocupara su lugar junto a Fernando. Se la veía aún más blanca que a ella misma, en estado de *shock* por lo ocurrido. Salió al patio; hacía fresco, y se arrebujó en su capa, hecha un ovillo. Un hilo de luz escapaba del despacho de don Eugenio, que seguía recibiendo a visitas para interesarse por Fernando. Cuando el último se despidió, Blanca entró y, sin preguntar si podía, echó el cerrojo.

—Me gustaría hablar con vos... de lo ocurrido —le dijo, y don Eugenio la miró, suspicaz, por encima de su monóculo. Después, en silencio, se levantó y oteó la calle desde su ventana. Abajo había hombres armados, sicarios contratados para proteger la vivienda.

Uno de ellos —aunque Blanca no lo supiese— era el guardaespaldas que ella había llevado pegado a sus talones semanas; el que había informado a Fernando de sus encuentros con el oficial británico; su escudo humano frente a los Racionales cuando estos habían intentado presionar a Fernando haciéndole daño a ella. A esos matones era a los que también Paddon había espiado, los que le habían alertado sobre el grave riesgo que Fernando corría desde su regreso de Londres. Los que sabía que contarían al novio su encuentro fortuito en el despacho. Podría parecer ruin hacer que Fernando se enterara de la aventura de su prometida de esa forma, pero Alex había creído que aquello sería al final lo mejor para todos...

Don Eugenio parecía fatigado esa noche, pero, sin decir nada, carraspeó y volvió a sentarse.

—Preguntad, aunque supongo que ya sabréis cómo ha ocurrido todo.

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha hecho esto a Fernando? —preguntó ella yendo al grano.

—No sé... —mintió el padre—, tal vez vos lo sepáis mejor que nadie... Mi hijo salía de la embajada inglesa. Había tenido allí una agarrada con un oficial al parecer muy amigo vuestro.

—Sabéis tan bien como yo que ese oficial es... solo un conocido. El capitán Paddon, estoy segura, no ha disparado contra Fernando... No me mintáis.

—Parecéis muy confiada... Pero la juventud es fogosa y los celos, malos consejeros —siguió.

—Han sido los Caballeros Racionales, ¿verdad? —soltó ella, y pudo ver el gesto de crispación de don Eugenio—. ¿Qué hacía Fernando en Londres? ¿Por qué lo andan buscando esos tipos? —preguntó, sin permitir que su interlocutor se fuera por las ramas.

—¡No sé qué sabéis de esos individuos, pero mi hijo no es como ellos! —contestó, indignado, el hombre—. Aunque es verdad: seguramente hayan sido ellos los que le hayan agredido —terminó reconociendo—. El gobernador ha abierto una investigación, y pronto saldremos de dudas. Con respecto a lo de Londres..., si lo preguntáis —dijo, y su tono sonó sarcástico—, será porque algo sabéis de ello. Fernando no quedó atrapado por un problema de visado en Gibraltar el mes pasado. Estaba en Londres...

—... detenido por robo y falsificación —añadió Blanca.

—Dicho así suena fatal. En realidad, acudió a un banco londinense a recuperar lo que era suyo y esa mujer —dijo refiriéndose a la actriz asesinada— le había

arrebatado con malas artes. Era una buena suma de dinero, unos documentos y unas cartas. También había unos pagarés a vuestro nombre... Fernando no deseaba llegar a la boda con eso sin resolver y sin decírselo a nadie —dijo encogiéndose de hombros mientras cortaba la punta de un puro y lo encendía—. Viajó a Londres a través de la embajada inglesa. Un falsificador gaditano le preparó unos papeles y unas firmas para no que no tuviera problemas, pero los tuvo. Fue detenido; a través de un viejo conocido avisaron a la familia. Personalmente acudí a ver al regente para exponerle el caso, y este, que es un viejo colega, me prestó su ayuda. Fernando aclaró lo ocurrido, recuperó lo que era suyo... y pudo salir. ¿Alguna pregunta más? —dijo, desafiante, y Blanca ató sus cabos. ¿Colega del regente? ¿Sabría este lo que ella le había contado a Valdés? ¿Se habría abierto de verdad la investigación a Eugenio de Soto o Valdés solo habría tratado de quitársela de en medio...?

—Ya, así de fácil... Y el regente no indagó más en lo ocurrido —insistió ella, desconfiada—. ¿No sería más bien que vuestro hijo, a cambio de que la Regencia lo sacase de la cárcel, se puso a su disposición y les entregó los nombres de los miembros de la logia? ¿No será que una vez la logia se enteró de lo sucedido, de su traición, juró matarlo? Según creo, hay incluso detenidos o fugados después de este episodio.

—Parecéis bien informada, pero os faltan algunos detalles... —dijo don Eugenio mirándola con hastío—. Mi hijo ingresó en esa logia con muchos ideales, pero el tiempo fue poniendo a cada uno en su lugar. Fernando comprendió que su cariz rupturista iba contra sus principios y sus intereses, ¿por qué no decirlo? —añadió haciendo un gesto en círculo con la mano que sostenía el puro—, y decidió romper, pero no pudo.

—Claro... Pobrecillo —dijo ella, sarcástica. El otro se encogió de hombros.

—Hacía tiempo que trabajaba para la Regencia —mintió mientras ella lo miraba con una mueca de burla en los labios—. Comprendió a tiempo que una cosa es ser un idealista y otra, un traidor a tu país, máxime si tu país está en guerra. Eso es alta traición, y se paga con la vida. Fueron los de la logia los que intervinieron en el caso de Lola Sierra y la asesinaron cuando supieron que ella seguía conservando misivas de Fernando que los ponían a todos en peligro. Aquello sirvió para abrir más la brecha que separaba a Fernando de sus antiguos compañeros. Alvear, supongo que sabréis que él es el cabecilla, hace tiempo que ha perdido la cabeza. Lo siento por su padre; don Diego es un buen hombre y un patriota, pero su hijo... —Al terminar la frase lanzó una bocanada de humo,

como si fuera un dragón acorralado, que hizo toser a Blanca—. Su ambición es infinita. Es capaz de cualquier cosa.

«Como vos», pensó Blanca, pero no lo dijo, se lo guardó para ella.

—Comprendo la lógica de lo que ha sucedido —le contestó enfadada—, pero creo que vos, como garante de mis bienes, me debéis una explicación. No como a una futura nuera, sino como a lo que soy: vuestra clienta. Vos y vuestro hijo han utilizado mis propiedades y mi dinero sin mi consentimiento. Han falsificado papeles, ¡y sabe Dios qué más habrán hecho! Fernando ha estado jugando con fuego no solo con vuestros intereses, también con los míos. Debería haberme consultado antes de utilizar mi nombre y mi dinero en sus aventuras. Ha puesto a mi familia en un brete. Esto no quedará así —dijo, indignada.

—Os recuerdo que Fernando es ante todo vuestro próximo marido... y que esas propiedades a las que hacéis referencia no son solo vuestras. Si no tengo mal entendido, también lo son en gran medida de vuestra hermana...

—Eso no viene al cuento. Tanto Elsa como mis tías han delegado en mí ese control, y yo a su vez lo deposité todo en sus manos. Ha defraudado mi confianza. Quiero que me devuelva todos los documentos y poderes que le entregué y...

—Bueno... No conviene precipitarse. Esperemos a que esto pase y después estudiaremos...

—Mañana mismo —disparó Blanca, desafiante. No dejaría que siguiera intoxicándola con su labia. Don Eugenio pretendería ganar tiempo, pero no lo iba a consentir. Pasara lo que pasara en el futuro con Paddon, podría confiarle, si no a él, sí a su hermano, sus negocios. Él se lo había comentado hacía días, y ahora le parecía una solución de emergencia. Temporal. Una vez terminara la guerra, cuando la situación volviese a la normalidad, ya estudiaría ella qué hacer en el futuro, en quién depositar su confianza.

Con respecto a lo de casarse con Fernando..., si alguna vez había tenido dudas, ahora eran certezas. Primero habría que ver cómo respondía a los cuidados médicos y superaba su grave estado y, luego, habría que exigirle explicaciones. Aquello sería abrir la caja de los truenos, pero sería condición *sine qua non* para avanzar en su relación en ese cenagal amoroso del que ninguno de los sabía cómo escapar. De todo aquello no le dijo nada a don Eugenio, que la miraba por encima de sus lentes intentándole leer el pensamiento.

—Supongo que habrán recuperado todos los papeles y pagarés y habrán denunciado a los culpables. Si no, Fernando podría seguir en peligro —añadió,

un poco más calmada, Blanca, y don Eugenio asintió poniendo encima de la mesa un manojo de papeles que ella ojeó. Algunos eran cartas manuscritas de Fernando dirigidas a la actriz asesinada; otros eran papeles con timbres oficiales, y lo demás parecían facturas...

Don Eugenio intentó justificarse a sí mismo y a su hijo, usando el tono más suave para camelarse de nuevo a Blanca. Temía perderla no solo como importante inversionista, que lo era, sino incluso como futura nuera. Recordaba lo mucho que había tenido que presionarla hacía años para que retomara su noviazgo con su hijo, y ahora todo aquello podría irse al garete. Al menos — pensó— le quedaba una opción en la guantera. Un as en la manga. Había observado la admiración que la hermana menor, Elsa, sentía por Fernando, y en caso de que una Malvar fallase, siempre le quedaría la otra. Aquello le hizo venirse arriba.

Blanca siguió atenta el relato de don Eugenio. Parecía convincente, pero dudaba que Fernando hubiese sido un agente doble durante mucho tiempo; seguramente solo el necesario para salvar el pellejo una vez lo sacaron de la cárcel londinense. Sus turbios asuntos financieros y de faldas habían hecho peligrar su vida, su fortuna y también la de ella. No era el tipo sensato que creía conocer... Alexander tenía razón.

Con un regusto amargo, una vez don Eugenio terminó, Blanca se alejó del despacho y volvió a la alcoba. El herido seguía protegido por esa trinchera que era la inconsciencia. Temblaba y deliraba. Doña Guiomar y su tía Paz intentaban bajarle la calentura con compresas de arcilla húmeda en la frente mientras esperaban la visita nocturna del galeno.

Blanca sintió una mezcla de culpabilidad, tristeza y rabia al verlo inerte en aquella cama. Comprendía con claridad que se había equivocado de opción, de hombre..., que tenía motivos de sobra para romper su compromiso, pero le parecía indigno dejarlo ahora. Tendría que apechugar con aquel error toda la vida. Fuese lo que fuese Fernando de Soto, parecía unida a él de forma indisoluble. El suyo era un nudo gordiano que ni el tiempo ni las desgracias habían logrado aflojar. Aquel pensamiento le nubló los ojos de lágrimas.

—Sentaos, hija —le dijo doña Guiomar por primera vez con aprecio en los muchos años que se conocían—. Fernando es fuerte y se recuperará. Cuando eso suceda, se celebrará vuestra boda. Rezaré a la virgencita para que así sea. —Y Blanca entonces rompió, inconsolable, a llorar. ¡Si supiera...!

El navío se deslizaba con brío a pesar de la tormenta. El capitán Paddon, junto a otros oficiales, permanecía bien despierto y atento a las maniobras que estaban efectuando. Habían partido el día anterior de Cádiz con destino a Tarifa. Después de tanto tiempo comenzaría la acción. Muchos hombres estaban hambrientos de emociones tras meses de quietud y aburrimiento. Alexander sabía lo mucho que había costado que se dieran las condiciones necesarias para que pudiera llevarse a cabo el ataque conjunto —que las fuerzas aliadas tenían en mente desde hacía meses— para liberar Cádiz del asedio francés. 1811 comenzaba bien.

La operación se había precipitado al saberse que el comandante en jefe del ejército francés en el sur de España, el mariscal Soult, había ordenado a su subordinado Victor que destinase a un tercio de los hombres que tenía sitiando Cádiz a otro frente, el de Extremadura; los necesitaban para apoyar allí el asalto a Badajoz y frenar a Wellington. Aquello dejaba a los franceses con menos de quince mil hombres en la bahía. «En pelotas», había sentenciado Purvis.

Cuando los mandos aliados vieron a Victor desguarnecer algunas zonas, comprendieron que había llegado su hora, aunque los planes estuvieran sin cuajar, sin cerrarse. Si todo salía bien —había dicho a sus hombres el comandante en jefe de las fuerzas británicas en la zona, sir Thomas Graham—, podrían «expulsar a los franchutes de Andalucía echando hostias». Y eso sería un paso de gigante en la guerra contra Napoleón. La inacción de meses quedaba rota por un ataque sorpresa que debía trasladar a miles de marinos desde Cádiz hasta la retaguardia francesa para pillar a estos atrapados entre dos fuegos enemigos.

—¿Qué cojones estamos haciendo? —preguntó en ese momento el sargento Williams, mientras intentaba otear el horizonte con el catalejo—. ¿No es aquello Tarifa?

—¡Seguimos adelante! No se puede desembarcar aquí —oyó Paddon decir. Como él, otros oficiales subieron a cubierta, donde el viento huracanado y la lluvia torrencial hacían imposible la visibilidad de los faros desde tierra y mucho menos de los fuertes camuflados del enemigo—. Habrá que ir hasta Algeciras. A ver si allí podemos desembarcar.

Durante horas Paddon navegó bajo la excitación de saber que estaba ante el preludio de una gran batalla; sentía el hormigueo habitual de la mezcla de nervios, emoción, tensión... Necesitaba un poco de acción, y así se lo había pedido al embajador. Le había implorado que le permitiese volver a integrarse a su compañía y participar activamente en la guerra. No deseaba perpetuar su labor

de hormiguita en la embajada, y Wellesley había terminado cediendo, aunque solo —le había dicho— para aquella ocasión.

Paddon continuó dando tragos a la botella de whisky que él y otros oficiales — el teniente Morgan, el suboficial Parker y el contramaestre Sanders— se habían agenciado, y mataron el rato jugando a las cartas mientras se aproximaban a su nuevo destino. Otros preferían afilar sus sables o revisar sus bayonetas. Los uniformes de todos lucían impecables y sus bicornios colgaban de una percha. El viento fuera silbaba estrepitosamente, las cuadernas crujían y las velas golpeaban sin parar; alguno dudó que con aquella marejada pudieran siquiera llegar a ese destino alternativo, pero finalmente lo lograron, y al amanecer estaban en tierra. Era 23 de febrero y hacía un tiempo infernal. Un monstruo meteorológico como el que los sacudió cuando Trafalgar... Con los capotes de lluvia y los uniformes chorreando, comenzaron una larga marcha que debía llevarlos hasta el punto de encuentro fijado de antemano con el resto de tropas aliadas.

—¡Maldita sea! —escuchó Paddon protestar al teniente Morgan mientras pisoteaba el lodo y el cañizo y se enganchaba una de sus botas, lo que provocó una risotada de los que iban tras él. El mar humeaba. Las marismas eran una pantalla brumosa. Olía a mar revuelta, a algas muertas y a brea. A imprevisión y a audacia. Las aves más madrugadoras sobrevolaron sus cabezas graznando. El sol empezaba a levantarse por el este.

—Deben continuar. Lapeña y los demás los están esperando. Vayan con cuidado. Los franceses tienen patrullas de vigilancia por toda la zona. Deberían alejar más el navío de la costa; tienen lanchas incendiarias escondidas cerca de aquí. —Paddon escuchó cómo unos guerrilleros españoles, de la guardia salinera, informaban a Graham de que el resto de tropas aliadas habían logrado, inexplicablemente, desembarcar en el punto acordado y, por tanto, estaban a muchas millas de distancia de ellos. Su marcha a pie hasta allí retrasaría los planes; Graham se cagó en sus muelas.

—¡Maldita lluvia! ¡Adelante!

Durante horas caminaron en silencio. De vez en cuando el movimiento de algún animal entre los juncos provocaba una alarma. Enseguida se cargaban las armas para poco después volver a la tranquilidad. Llegados a su destino, esperaron bajo el agua a que sus mandos, reunidos en una tienda de campaña, determinaran qué hacer. Aunque la estrategia había sido definida previamente, nunca estaba de más repasar los últimos detalles *in situ*. La climatología lo había trastocado todo. Había desplegado unas condiciones de campaña nuevas.

—La vanguardia del ejército la llevará Lardizábal; la caballería, Whittingham; yo me encargaré del ataque principal... —señalaba, imperioso, sir Thomas mientras Lapeña rumiaba por lo bajo: le había resultado insultante que la Regencia lo hubiese instado a compartir el mando de aquella operación con un británico.

Los ingleses habían insistido en dirigir el operativo; no confiaban en sus aliados, y estos, obligados porque necesitaban a sus socios, habían tenido que ceder. Enfrente tenían nada menos que al mariscal Victor y a tres de sus mejores generales: Laval, Ruffin y Villatte, un ejército unido de más de quince mil hombres; veteranos de guerra, gente muy experimentada.

Ellos habían desembarcado con sus lanchas, gabarras y barcos con casi doce mil efectivos, a los que se unirían otras unidades desde otros frentes: desde el mismo Cádiz o desde las montañas de Ronda. Desde ahí, una fuerza de irregulares al mando del general Beginés se les uniría cerca de Medina Sidonia. Las fuerzas, por tanto, estarían más o menos igualadas en número, pero Graham se quejaba de que los franceses tenían un mando único indiscutible, mientras que ellos eran varios para decidir y entenderse. Demasiados gallos de pelea en el *ring*. No resultaría fácil. La borrasca tampoco colaboraba y los chivatazos, menos. Ya en una ocasión anterior una operación de envergadura había tenido que descartarse, al saberse que los galos estaban avisados; los malditos franchutes parecían disponer de oídos en todas partes.

Alexander había rezado para que esta vez resultase decisiva, aunque eso supusiese decir *bye, bye* a Cádiz; el frente se trasladaría probablemente a otro lugar. Sería el adiós definitivo de Blanca, aunque este parecía haberse hecho efectivo ya. No la veía desde hacía más de dos meses; había cortado con ella toda comunicación. Él no había hecho por verla, y ella tampoco había dado señales de vida. Ella le debía una disculpa por cómo lo había tratado aquella mañana en la embajada, por sus acusaciones... Aunque ¿qué más daba ya? Por mucho que le doliese en el alma, lo superaría, y se le antojaba que lejos de Cádiz sería más fácil. Alexander deseaba marcharse de allí cuanto antes.

Aquello ocupaba su mente mientras junto a su compañía caminaba sin parar. Llevaban dos días de acercamiento. Las intensas lluvias habían provocado cambios imprevistos y los franceses parecían estar además esperándolos. De hecho, las fuerzas rebeldes que deberían haber bajado de las montañas y haber tomado Medina Sidonia habían tenido que darse la vuelta al encontrarse con que dicha plaza fuerte había sido reforzada con miles de soldados al mando del

general Cassagne. Victor parecía haberseles adelantado... nuevamente. Después de saberlo, se produjeron los primeros conatos de pelea entre varios de los generales al mando. Lapeña pretendía seguir marchando de noche hacia Cádiz, atravesando campo a través la comarca por Vejer y Chiclana si fuese necesario, y Graham se negaba. Los contratiempos iban camino de devorar la estrategia.

—Tenemos que avisar a Zayas cuanto antes; si no, se adelantará a nuestra llegada —insistió Lapeña.

José Pascual de Zayas era el general que se dirigiría con cuatro mil hombres desde Cádiz en dirección contraria a ellos para encerrar a los franceses. Si no conocía la demora de días que llevaban los otros, la operación podría fracasar. Había que avisarlo inmediatamente. Los británicos temían que el mensaje pudiera ser interceptado y se fuera al traste toda la operación; preferían que Zayas supusiera lo que había pasado y esperase en el punto convenido hasta que ellos llegaran.

Zayas salió finalmente el 3 de marzo y cruzó el caño de Sancti Petri, atrincherándose a las afueras de Cádiz. Victor, imaginando el movimiento de su rival, atacó de prisa para evitar que los miles de hombres acantonados en Cádiz pudieran sumarse al ataque aliado. Seis compañías de *voltigners* —tiradores de élite— al asalto obligaron al general español y a sus hombres a retroceder y regresar a la seguridad de la inexpugnable ciudad. Los franceses no quedarían aprisionados entre dos frentes, pero uno de ellos, el más grande, seguía avanzando.

—Mariscal. Acabamos de saber que el enemigo se encuentra ya cerca de Vejer y Chiclana —le dijo a Victor uno de los exploradores de su ejército imperial—. Avanzan despacio, pero sin pausa. Habría que contenerlos ya.

—Veamos —dijo el francés; reunido con sus oficiales, comprendía que si no actuaba con rapidez quedaría atrapado—. General Villatte, usted se encargará de bloquear el camino antes de llegar al caño de Sancti Petri y la Isla de León; Ruffin y Leval, ustedes y sus respectivas compañías se esconderán en los pinares próximos a Chiclana y atacarán en cuanto vean llegar al enemigo, que previamente habrá sido retenido y dispersado por Villatte aquí —dijo señalando un punto en el mapa—. Tenemos dos horas para prepararlo todo.

Rápidamente, con la autoridad que daban su larga experiencia y el mando único que ostentaba, el gallo impartió las órdenes y sus hombres obedecieron. También envió un despacho urgente a Sebastiani para que abandonara Granada y acudiera en su auxilio.

El campamento militar bullía mientras las tropas aliadas, cansadas y mojadas por la lluvia, llegaban en la madrugada del 5 de marzo a las playas de la Barrosa. En una zona con pendiente, conocida como el cerro del Puerco, se establecieron.

—¡Señor, señor! —gritaron, alarmados, los exploradores de Graham—. El enemigo nos ha localizado. Villatte nos ha salido al paso unas millas más adelante.

—Atacaremos por la retaguardia —contestó el general Lapeña. Nos llevaremos a la división de Anglona.

Tras un buen rato de disparos, los aliados supieron que Villatte se replegaba más allá del río Almansa. Graham contaba con que Lapeña fuera tras él y le diera caza, pero este, en un gesto inesperado, rehusó perseguirlo para no caer en alguna trampa mientras a su espalda Graham cubría su retaguardia. Lapeña temía dejar sin protección a la ciudad, y esperaba poder continuar con su ejército hacia allá. Graham, colérico, lo acusó de estúpido, pero inevitablemente el descontrol era ya un hecho. Al menos, pensó Graham, aún le quedaban varios batallones a su mando y la legión alemana de Whittingham.

—Deberán adelantar sus tropas, abandonar el cerro del Puerco y dirigirse hacia Torre Bermeja —les dijo el inglés a sus oficiales señalando en dirección a la playa de la Barrosa.

Paddon siguió junto a su compañía, que se dirigió hacia los pinares, en una marcha ciega, puesto que era difícil saber qué podían encontrarse más allá de lo que se apreciaba a simple vista. Era muy posible que los esperase algún regimiento galo. Victor no andaría muy lejos y menos sabiendo que su hombre, Villatte, no había logrado totalmente su objetivo de frenar la marcha aliada. Tarde o temprano, los galos tendrían que salirles al encuentro. Una vez en el bosque, el ataque de los hombres de Leval se produjo rápidamente mientras Ruffin se encaramaba y se hacía con el control de una colina. Paddon no sabía cómo irían las cosas en otros puntos, pero en el suyo iban mal; muy mal. De puta pena, diría.

—Teniente Morgan —le dijo al joven oficial que tenía la cara demudada mientras se aseguraba la carga de la bayoneta—, dese prisa. Esos cabrones no esperarán a que haya terminado de montar su arma. No sea tan escrupuloso y avance —le ordenó—. Ellos no tardarán en tener preparados sus mosquetes.

Con los codos por el suelo, arrastrándose como vulgares serpientes con los uniformes embarrados y chapoteando entre juncos, esteros y dunas, intentaban llegar hasta el cerro del Puerco. En lo alto, Ruffin había colocado ya sus cañones.

«¡Trabajan deprisa estos cabrones!», pensó Paddon, malhumorado. Una batería de artillería situada en aquella posición sería peligrosísima: podría barrerlos a todos con un par de cargas.

Paddon estaba haciendo una señal con la mano para pedir refuerzos cuando vio salir a la división de Laval por su costado izquierdo y su orden murió en la mano. No podrían ayudarlo, Graham necesitaría a todos sus hombres para desplegar una brigada completa en formación de batalla; la situación era caótica. Las explosiones empezaron a estallar sin fin. Desde su posición privilegiada, Ruffin había prendido ya las mechas, y las bocas de sus espléndidos y modernos cañones no paraban de escupir bolas de fuego que se cruzaban estrepitosamente por encima de sus cabezas; en solo unos minutos, decenas de aliados empezaron a quedar tendidos, inertes, en el barro.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó Paddon.

—¡Browne! —escuchó ordenar a Graham; el viento soplaba en su dirección, y a pesar de la distancia podía escuchar, a ráfagas, algunas conversaciones—. Hay que entretener a los franceses en el cerro. Que el batallón Flankers vuelva a rodearlo y a subir allí. Barnard y su batallón ligero y Bushe y las compañías de infantería portuguesas, que paren a Leval, ¡vuelvan al bosque!

—Zasss, zasss. —El retumbar de los cañones era imparable.

Al joven infante de Marina que tenía a su lado comenzaron a sangrarle los oídos mientras se llevaba la mano al pecho. Le habían alcanzado de lleno. Cogiéndole la mano, Paddon alentó sus últimos minutos de vida y terminó por cerrarle los párpados; después, intentó él mismo ponerse a salvo llegando hasta una pequeña depresión protegida por unos arbustos. Los cañones, cargados con botes de metralla, disparaban locamente, y los lamentos de los moribundos ponían los pelos de punta. A menos de diez pasos había un tipo con la cara reventada y los sesos esparcidos por el suelo. A su lado, un muchacho que no tendría ni dieciséis años tenía el vientre abierto y la pierna derecha deshecha. Aunque ya estaba bien amanecido, reinaba la oscuridad; en parte porque el día era gris y feo y en parte por el humo de la pólvora.

Desde su nueva posición Paddon comprobó cómo los franceses se recomponían del caos inicial y tomaban impulso en el ataque. Ya podía rezar si quería salir de allí vivo. Intentar llegar a la cumbre del cerro para capturar a Ruffin parecía del todo inviable —reflexionó después de un rato abstraído—. Sencillamente, un suicidio. Sin pensárselo dos veces, cogió carrerilla de nuevo y, sorteando innumerables balas, logró llegar hasta un camino que, oculto entre la

maleza, parecía conducir también a la cumbre; con la respiración agitada, paró y se camufló detrás de un pozo. Debía mirar qué hacer, cómo sorprender al enemigo. Fuera o no difícil, tenía encomendada una misión, y debía intentarla.

El estrépito del choque de bayonetas y del cuerpo a cuerpo que procedía del bosque era alentador. Los gritos y hurras británicos que se escuchaban desde allí con nitidez evidenciaban que Laval debía de estar huyendo. Eso sí que era una buena noticia, lo mismo que el que Graham hubiese por fin logrado colocar su maldita batería de cañones al final de su línea.

—Ratatataaaa, ratataaa —escuchó.

—Bien hecho, general —dijo en un susurro Paddon mientras cerraba los puños ensangrentados y se daba ánimos. El fuego inglés empezaba a ser realmente dañino; estaba barriendo una zona ya tomada por el enemigo. Si Graham aguantaba las embestidas galas, Ruffin tendría que claudicar y salir de allí por patas.

Se disponía a saltar un pequeño vado cuando de repente notó cómo el fuego le abrasaba las entrañas. Un disparo en el costado lo dejó tumbado y exánime en el suelo. A lo lejos, envuelto en una espesa calima, siguió percibiendo durante un buen rato más las explosiones, los gritos cantados en varios idiomas y el olor a guerra. Después no supo más.

Anocheecía ese día. Rafael Camuñas, el Fali, y su hermano se frotaban las manos en una chasca en una granja abandonada. Don Amador, el médico, les había traducido del francés el despacho que los hombres de la partida del Flamenco habían interceptado a un dragón imperial hacía unas horas. El correo de Víctor era para Sebastiani, pidiéndole refuerzos. Ese mensaje no encontraría su destino, no alcanzaría su meta, pero don Amador y los demás daban por hecho que Víctor, que era perro viejo, no se conformaría con mandar uno solo para algo tan vital, enviaría varios despachos más a lo largo del día.

—Pero, con todo, mande los que mande, tendrán que pasar por aquí. No hay otro camino alternativo ahora mismo para llegar a Sebastiani: las pocas sendas campo a través esos franchutes no las conocen... Además, dan mucho rodeo y andan mal de tiempo.

—Sí, dejaremos aquí apostaos a tres hombres más y nosotros seguiremos ayudando en el paso del caño del Zurraque —dijo el Fali.

Tanto sus hombres como los de otras partidas que operaban en la zona se habían sumado voluntariamente al operativo aliado, arrojando el hombro cada uno en la medida de sus posibilidades. En su caso, al ser en su zona donde se estaba desarrollando el grueso de las operaciones militares, se habían visto desbordados. Incluso las mujeres estaban ya preparadas para la avalancha de heridos que tendrían que atender en unas horas. El campo estaba sembrado de cadáveres, anegado de sangre, y los hombres que no hubiesen muerto ya lo harían pronto si no eran rápidamente socorridos. El agua y el frío, letales, serían la puntilla.

Marcharon los Camuñas y don Amador. Quedaron en el escondite del camino Humberto Castillejo, el marido de Micaela, la cocinera —un empedernido cazador furtivo que se conocía al dedillo todas las salidas y entradas a la zona—, Pancho Arenas y Luciano Peña, el acemilero. Arrebujados en sus mantas, agotados después del día extenuante que llevaban, se prepararon. Necesitarían armarse de paciencia. Serían las dos de la madrugada cuando oyeron el retumbar de un caballo en la lejanía. Se acercaba alguien. Hugo imitó el piar de una codorniz y alertó a los otros dos, que estaban unos metros enfrente, detrás de unas rocas.

Era otro francés. Otro correo seguro. Tenían que interceptarlo. Víctor seguiría reclamando ayuda a Sebastiani o a su puta madre. Pasaba el jinete cuando, desde la oscuridad, tensaron una soga y encabritaron al caballo. El dragón imperial cayó al suelo disparando, alertando a los suyos, pero inmediatamente Hugo le rebanó el cuello con una cachicuerna. Pancho Arenas metió la mano en el bolsillo y le birló el documento. Después de una patada, lo tiraron a la acequia y lo ocultaron entre el follaje...

Un cielo de tinta negra emborronaba la luna. La borrasca marchaba hacia el sudeste.

No sabía cuánto tiempo habría transcurrido ni cómo era que seguía vivo aún. Sentía un dolor lacerante cerca del vientre, pero la herida no debía de ser tan profunda como había creído, puesto que no había muerto. El correaje del uniforme había desviado la trayectoria y le había salvado la vida... inicialmente.

Alexander Paddon era consciente de todo eso mientras se incorporaba del suelo constatando que el fulgor de la batalla se había apagado; que a su alrededor

no quedaban más que cadáveres y que reinaba el caos. Desde su posición comprobó, con los ojos rojos y los dientes castañeteándole de frío, que aquella zona parecía estar en manos francesas. Supuso que habría intercambio de heridos y prisioneros, pero al ver cómo un guardia de asalto francés disparaba a quemarropa a un herido inglés que se cruzaba en su camino, a apenas unos metros más abajo, decidió tumbarse en el suelo y seguir haciéndose el muerto hasta que los galos se marcharan o se hiciera de noche.

—Tirri, tirri, tirrii. —Los dientes le bailaban tanto que se preguntó si no lo delatarían.

Alargando la mano le había arrebatado a otro muerto su capote y se lo había echado por encima en un intento desesperado de darse algo de calor. Tenía las manos llenas de sangre de taponarse la herida con un trozo de tela, y se sentía tan débil que dudaba que pudiese salir de allí por su propio pie si los suyos no lo asistían pronto. No aguantaría una noche allí, tumbado en la humedad, en pleno invierno... No sobreviviría.

Haciendo un esfuerzo titánico una vez comprobó que los franceses se habían ido, consiguió ponerse de rodillas ayudándose de una bayoneta. Despacio, casi sin fuerzas y mareado por la pérdida de sangre, decidió caminar en dirección a donde suponía que estarían los suyos, aunque su brújula mental no parecía muy lúcida. Tendría que alcanzarlos por sus propios medios. Era eso... o echarse a morir como una rata.

Haciendo el menor ruido posible, deslizó sus botas por el barrizal con cuidado de no enredarse y caer, porque, posiblemente, no podría volver a levantarse. A cada paso necesitaba respirar, controlar el intenso dolor, darse ánimos. Tras una pequeña loma localizó varias fogatas y rezó para que fueran los suyos. A lo lejos, no sabía bien desde dónde, seguían sonando cañonazos, y sus explosiones aclaraban la noche con repentinos destellos que lo dejaban deslumbrado. Paddon tuvo un anublamiento pasajero, un vahído.

Tuvo que recostarse en el tronco de un árbol; hasta este parecía un fantasma, blanco, enharinado... Debía esperar. Aprovechó la parada para coger fuerzas y aguzar el oído para comprobar si el pequeño campamento que había a lo lejos era aliado. En la oscuridad no era capaz de descifrar el color de los uniformes, y el murmullo que llegaba en pequeñas hondonadas era indistinguible. Recostado allí, mientras el viento revolvía su pelo y las sombras en el bosque parecían multiplicarse, comprobó que aquel campamento, el de su salvación, era enemigo, y las fuerzas lo abandonaron de repente.

No podía más. Extrayendo con cuidado el pañuelo que conservaba de Blanca con sus iniciales bordadas y el camafeo con la miniatura de su hija, se dejó caer en el lodo con la impresión de que la pesadilla recurrente de esos últimos meses se hacía realidad. Su cuerpo no le respondía, y sus ojos se empeñaban en cerrarse, aunque era consciente de que, si no hacía algo, moriría allí esa misma noche. Un extraño calor soporífero y una paz infinita parecieron noquearle hasta dejarlo inconsciente en el suelo. Un grupo de flamencos que anidaba al lado se acercó a mirarlo como a un bicho raro.

Una hora después, el Fali, protegido por la oscuridad, hacía con su gente una última batida de reconocimiento del campo de batalla para recoger a aquellos hombres que estuviesen aún con vida, para trasladarlos a varios refugios en el bosque y al sótano de un molino abandonado. Paddon no podía saber, ironías del destino, que estaba en territorio de los Malvar y que su ángel de la guarda, el muchacho que había descubierto su cuerpo aún latiendo, aferrándose a la vida, era Crispín, uno de los criados de Blanca.

24

—Os toca —le dijo entre risas Elsa a Fernando. Llevaban toda la tarde jugando al descarte a excepción del rato que ella había acompañado a Marina al piano. Aquel había sido el único remanso de seriedad en horas.

Fernando se recuperaba despacio, pero ya podía caminar con un bastón. Las Malvar eran asiduas a su casa, invitadas perennes, especialmente Elsa, que no había faltado ni un solo día. Su sonrisa bobalicona y sus atenciones hacían temer a Blanca que su hermana se hubiese enamorado de él. A pesar de la matraca de sus tías y del susodicho para que perdonase a Rodrigo, Elsa se había negado en redondo. Aludía sentirse herida en lo más profundo, pero Blanca sabía que el problema anidaba en otro lado, que tenía nombre y apellidos. ¡Qué complicado era todo! ¡Qué jugarretas preparaba el destino! Ella teniendo que sacrificar su felicidad por Fernando y su hermana suspirando por él...

—Ave María Purísima —dijo al llegar en ese momento doña Romina, que pasaba todos los sábados a visitar al herido y a recoger su avance médico, que, después, su lengua viperina se encargaría de desperdigar por ahí; su boca era una bomba de racimo—. Os traigo caldito de ave y pastel de Niña Gertrudis —dijo refiriéndose a su cocinera cubana—. Revive a un muerto —añadió mientras se aculaba junto a las viejas para pasar a cotilleos mayores—. Dicen que en casa de los Duarte celebraron anoche una ruleta magnífica. Ganó Pepín, el de los Montalvo, el del ojo a la virulé —siguió, haciendo un gesto de burla para pasar luego a discutir sobre lo que le parecía la ocurrencia de la Regencia de organizar una lotería nacional—. Ya no saben qué inventarse con tal de sacarnos los cuartos. Bueno está mi marido desde que nos han pasado la circular para que aumentemos la contribución en impuestos. ¡Que necesitan más cañones! ¡Serán...! ¡Uffff! —Calló mientras se relamía con un trago de Málaga—. Bueno, ¿cómo va la manita? —le preguntó a Elsa al tiempo que se ponía a barajar las cartas.

Fernando no perdía de vista a Blanca. Le gustaba que fuese a verlo, pero no era

estúpido, y podía ver tatuadas en su rostro la decepción y la resignación. Escucharla con su madre hablar de cuándo fijarían la fecha de la boda le hacía sentirse mal, porque, a pesar de los esfuerzos de Blanca por disimular, para ella aquello se parecía más a ir al matadero que al altar.

Decididamente, algo se había terminado de romper entre ellos, y no parecía haber nada que pudiera hacer él para evitarlo. Por lo demás, tenía que reconocer que con Elsa era más feliz, y aquello también le desasosegaba. ¡Eran tan sencilla, tan inocente, tan fácil de complacer...! Era el puerto seguro y tranquilo en el que le gustaría atracar después de tanta borrasca sentimental, de tanto ajetreo femenino... Empezaba a sentir por aquella jovencita algo muy profundo, y eso era inquietante. Enamorarse de la hermana de la prometida de uno era incorrecto, una locura que podría hacerles sufrir mucho a los tres. Aquel *ménage à trois* sería una catástrofe que terminaría de incendiar su futuro.

Mientras los demás seguían con juegos o comentando el escándalo que se había armado durante la última operación militar —los generales Lapeña y Graham se habían retado a un duelo—, Blanca parecía ensimismada leyendo los periódicos. Destripándolos de cabo a rabo. Nada menos que cinco tenía delante de la mesita, sobre el paño de ganchillo de doña Guiomar, y los cinco los había revisado con una tensión que la delataba, con una ansiedad que la quebraba. Fernando intuía qué buscaba: saber qué había sido del inglés. Ella no había pronunciado su nombre ni hecho alusión a él ni una sola vez en esos meses, pero si se atenía a los informes que había recibido en su día cuando la hizo seguir..., entre aquel tipo y su novia había habido algo más que palabras.

—¡Vámonos, es tarde! —oyeron decir a doña Carlota mientras se envolvía en el chal de cachemir. Doña Paz recogió su manguito y el bastón que últimamente la acompañaba a todas partes como si fuera un apéndice y las dos jóvenes besaron en la mejilla a Fernando para despedirse hasta el día siguiente.

—Apenas has hablado con Fernando hoy. No sé para qué vienes a verlo si no le haces caso —le recriminó Elsa a su hermana, pero esta, indiferente, siguió mirando por la ventanilla del carruaje sin decir ni mu.

El aire era tibio y la noche estaba despejada, limpio el cielo de nubarrones enlutados; lo peor de la última tormenta equinoccial había terminado de irse. La bahía era un espejo. Se apreciaban las luces amarillentas de los antros portuarios de la Viña y el Boquete bailoteando, reflejadas sobre la negrura de las aguas, salpicando de color la oscuridad. Mucho más allá, como luciérnagas desperdigadas, como diminutos y móviles puntos de luz, pululaban los baluartes

franceses, sus fuegos de campamento. Las calles del centro estaban concurridas, los cafés a tope y las hornacinas con vírgenes relucían en las esquinas donde los pobres de solemnidad mantenían encendidas las velas a cambio de limosnas. Ofrendas de flores parecían enraizadas a los pies de las tallas de madera. Un violín interpretaba a Mozart desde una buhardilla armonizando el guirigay de ecos que allí confluían...

Cerca de la Puerta del Mar había, como siempre, bullicio a pesar de lo tarde que era cuando las campanas de Santa María dieron las nueve. El carruaje dejó a su espalda la muralla donde los centinelas hacían el cambio de guardia y se dirigió hacia la plaza de San Antonio. Frente a su portalón, en el café Apolo, un grupo de liberales debían de estar celebrando algo, porque iban borrachos como cubas, y dos de ellos la habían emprendido a puñetazos en la misma puerta del establecimiento.

—Dicen que el Grajo —refiriéndose a lord Graham— quiere dejar Cádiz... ¡El cizañero ese anda por ahí quejándose de que los nuestros lo abandonaron el otro día! —comentó doña Paz ya en el interior de su casa mientras se retiraba el sombrero y se dirigía hacia el saloncito a cenar. Olía a manitas de cordero y a puerros asados. También a tortilla, que ahora llamaban «francesa», porque no llevaba de nada. De siempre en Cádiz las habían hecho con patata y cebolla, pero con la guerra se podían dar con un canto en los dientes si al menos tenían huevos.

Las bandejas humeantes llegaron y doña Paz sirvió a la familia mientras refunfuñaba y criticaba a «los *coloraos* del demonio» —nombre genérico que daba a todos los británicos— por las acusaciones que habían publicado en la prensa. Desde que la semana anterior tuviera lugar la batalla cerca del propio Chiclana, en sus amadas playas de la Barrosa, todo el mundo andaba de lo más suspicaz. El fracaso amenazaba con reventar las costuras aliadas.

A pesar de las miles de víctimas, de la carnicería, del coste económico y armamentístico, los franceses seguían donde estaban mientras los aliados se tiraban los trastos a la cabeza. Sir Thomas Graham acusaba a Lapeña de no haber acudido en su auxilio cuando más lo necesitaba, y Lapeña criticaba la estrategia del inglés; lo acusaba de no haberlo informado con tiempo de sus cambios y se enrocaba en la explicación de que por nada del mundo se hubiera arriesgado a dejar Cádiz desprotegida. Máxime, cuando en los momentos iniciales habían detectado que los franceses habían redoblado la vigilancia en algunas zonas. Ante el miedo a caer en una trampa y perder la única ciudad libre que les quedaba, dio

media vuelta.

El lío era tal que todo el mundo, incluidos los imperiales, que debían de estar partiéndose de risa, se había enterado, lo que había obligado a intervenir al regente, a las Cortes, a lord Wellesley y al sursuncorda. Menos risa daba el número de caídos: cada día aumentaba. Muchos de los heridos habían llegado en tan mal estado a los hospitales que no habían logrado sobrevivir.

Blanca no había dicho nada a su familia, pero llevaba cuatro días visitando los hospitales gaditanos buscando al capitán Paddon sin éxito: sabiendo como sabía —lo había confirmado en la embajada— que había participado en la operación y no había vuelto, se temía lo peor. La suya era ya una esperanza desesperada; la mantenía en pie, pero sentía que se derrumbaba por minutos. Harta de la charla de su tía y del tono despectivo que usaba doña Paz con los ingleses, Blanca se levantó hecha un basilisco, tirando sin querer la copa de vino al mantel, mandándolas callar en un tono abrupto que las dejó atónitas, con los ojos como platos.

—Muchos de ellos han dado su vida por salvar este país. Lo menos que podemos hacer es ser a-gra-de-ci-dos —recalcó.

—No te equivoques, sobrina, están dándola por el suyo —dijo doña Paz, impertérrita.

—Está bien, está bien... —medió doña Carlota viendo el estado de agitación casi febril de su sobrina—. Dejemos ese tema y cenemos. Blanca, si te...

—No tengo hambre; no tengo ganas de nada.

—Señorita, un hombre desea verla... —la interrumpió el mayordomo—. Dice que es importante. Es ese contrabandista del demonio..., Genaro Pineda; viene de Las Piñas.

—¿Ha pasado algo? —Blanca se levantó como un resorte—. ¿Están bien Crispín y los demás? —preguntó, ansiosa, mientras ordenaba que lo hicieran pasar al despacho de la entrada. Sin hacer caso a las preguntas curiosas de sus tías, que seguían en la inopia, sin saber qué servicios prestaba el citado individuo a la familia, Blanca se encerró en la biblioteca.

—Señorita Malvar, mis respetos —le dijo una vez llegó ella. Se había cortado el pelo y lucía dos cicatrices más en el rostro que le daban un aire terrorífico. Cualquiera que se lo encontrase de noche lo rehuiría, pero ella le tenía un aprecio sincero. Pidiéndole que se sentara en el butacón color tabaco que había sido el favorito de su padre, le ofreció una copa de vino y le pidió que le contase qué ocurría.

—¿Cómo están las cosas en Chiclana? Afectó mucho la batalla...

—Mucho: bosques incendiados, muertos por todas partes... Pero no venía a eso; ¿conoce su gracia este pañuelo? Sus criados juran que es suyo. Lleva el escudo familiar y sus siglas. La Juani ha dado la murga diciendo que ella misma lo bordó *pa usted*. Que tiene *usted* una *jartá* de ellos igualitos...

Blanca, incrédula de que tanta urgencia se debiese a un pañuelo, le echó un vistazo y lo reconoció. Iba a decir que efectivamente era suyo cuando palideció de repente. Acababa de recordar que aquel podía ser el que le había dado al capitán Paddon y que él, con tontas excusas, no le había devuelto. A ella le había encantado aquel gesto; que se hubiese guardado como recuerdo como una prenda suya... Ahora, inexplicablemente, había llegado a Las Piñas.

—Veo que lo ha reconocido..., lo cual nos lleva a lo siguiente —dijo, y vio el gesto de expectación de Blanca—. El caballero que lo portaba era un *colorao*, y está escondido en su molino, atendido por el Bartolo, al que sacamos de la cárcel aquella vez, ¿recuerda? —Y Blanca hizo un gesto afirmativo mientras sentía cómo la sangre le volvía al rostro y le temblaban las rodillas. ¡Alexander estaba vivo! ¡Herido, pero vivo! ¡Y en su casa! La vida volvía a devolvérselo.

—El hombre que lo llevaba... sigue vivo, ¿no? —se atrevió a preguntar con el corazón en la boca, y el contrabandista asintió mientras apuraba la copa de vino. Blanca le sirvió otra.

—Cayó herido —siguió narrando el hombre mientras se encendía un cigarro acercándose la lámpara de quinqué—. Hubo muchas víctimas en los alrededores de la hacienda. La zona de cuadras y parte del bosque próximo han quedado destrozados. Las patrullas de salineros y varios miembros de la partida del Flamenco, aprovechando su conocimiento del terreno y la oscuridad de la noche, a escondidas, recuperaron los cuerpos que aún seguían con vida. Los salvaron de una muerte segura porque muchos no hubieran aguantado pasar la noche allí. Los trasladaron a varios escondites y las mujeres los vendaron y hasta los operaron. ¡Ay que joderse, que *pa* todo servimos los *probes*, señorita! Por cierto, ¿no tendrá usía unas aceitunitas? Mire, mi dueña, que no he cenado *na*, que vengo canino.

Blanca tocó la campanilla y pidió al servicio que le llevaran algo de comer. Después le conminó a que siguiera hablando.

—Pues fue el Crispín quien lo encontró. Estaba por ahí tirado. Esa noche recogieron a cuatro. A dos les amputaron los miembros destrozados; la Gumersinda, la madre del Chozas —dijo refiriéndose a uno de sus hombres—,

tiene buena mano *pa* el serrucho... Cuando iban a limpiar a este, le encontraron el pañuelito de marras y una carta firmada por *usté*, arrugada y manchada de sangre, en la mano. Dio la casualidad de que esa mañana era la Mora quien lo estaba atendiendo y lo reconoció. Se lo dijo a su madre y me hicieron llamar *pa* avisarla.

—No sabe cómo se lo agradezco.

—Claro, que mientras me avisaron y he llegado a Cádiz, han pasado unas cuantas jornadas... No sé cómo se encontrará el herido ahora, aunque estaba bastante jodido —terminó de contar mientras cortaba un trozo de cecina con su cachicuerna.

La criada había dejado una pequeña bandejita de plata en la mesa de la biblioteca con un caldo y embutidos. También un fino cubierto que el tipo no usó. Jamás había utilizado un tenedor, y prefería las manos y su navaja. Tirando unos huesos de aceituna a la chimenea, se sirvió otro tinto. Blanca decidió terminar de interrogarlo antes de que terminara borracho.

—¿Dice que está en el molino? ¿No podían haberlo trasladado a Las Piñas? Aunque no hayan dejado mucho, seguramente será un lugar más confortable y estará mejor atendido que en el refugio —dijo mientras se estrujaba las manos inconscientemente—. Mañana me llevará allí. Tengo que verlo de inmediato..., antes de que sea demasiado tarde —terminó con voz inaudible, aterrada ante la idea de que el capitán Paddon pudiese morir.

—Eso es imposible. Acabo de llegar de allí y tengo mis cosas que hacer..., unos trabajitos, *usté* ya me entiende. —Le guiñó un ojo—. Si quier...

—Se lo suplico —lo interrumpió ella; aquello ya se lo conocía—. Por favor..., ya sabe que puedo ser muy generosa. Lléveme y le pagaré bien...

—¿No sería mejor esperar a que las aguas bajen más calmaditas? Mire su gracia —dijo en tono burlón— que los imperiales andan muy desconfiados desde la semana pasada. Saben que no solo los guerrilleros, que la gente del pueblo, a escondidas, ha retirado heridos, y están haciendo batidas. Si la ven, podrían detenerla o... seguirla, y entonces descubrirían al inglés y al resto.

—Eso no pasará. Usted lléveme y yo ya veré qué hacer. Tenemos que sacar al capitán Paddon de allí de inmediato y traerlo a Cádiz. Si lo descubren escondido en el molino, lo fusilarán. A él... y a los demás.

—Está bien, mañana, pero al anochecer. Donde la otra vez, cerca de la Caleta.

A la mañana siguiente, después del ángelus, las Malvar acompañaron a los Soto, incluido Fernando, y se sentaron en la confitería de la calle Ancha. Blanca necesitaba acometer una conversación en profundidad con él sobre sus intenciones, pero no sabía cómo. Finalmente, una vez regresaron a casa, y mientras esperaban para el almuerzo, Blanca se lo llevó a un aparte. El sol acribillaba el ventanal que daba al patio interior rebosante de geranios, helechos y rosas, iluminaba la cara desvaída del herido. El tono de su tez parecía menos ceniciento y las ojeras lucían menos renegridas, ya no eran pozos mineros. Los caldos de gallina parecían estar surtiendo efecto.

—El capitán Paddon, mi amigo inglés... —empezó diciéndole, mirándolo de soslayo y apreciando el gesto torcido de él—, está gravemente herido. Lo encontraron unos rebeldes la noche de la batalla y lo rescataron y escondieron en un refugio secreto en mis tierras —dijo, sin puntualizar dónde—. Alguien me ha avisado de lo grave que está..., y voy a ir a por él. Él me ayudó en su día, y lo menos que puedo hacer es devolverle el favor —dijo excusándose, sin atreverse a decirle la verdad—. No digáis que no con la cabeza... Tengo que hacerlo.

—Es muy peligroso; mandad a alguien, pero no vayáis vos. Eso es, desde todo punto de vista, inadmisibile.

—No, no puedo... —dijo ella desviando la mirada, y el silencio se hizo entre los dos.

—Entiendo —añadió él al verla palidecer— que tenéis que ir porque os morís por él... —Blanca parecía al borde del llanto, pero se contuvo; resultaba difícil disimular, pero más complicado era decirle a su prometido a la cara que amaba a otro hombre—. ¿Creéis acaso que soy estúpido? ¿Que no veo cómo sufrís? ¿Que no he observado cómo leéis con ansia los periódicos desde la batalla? ¿Que no estáis ausente y perdida? —dijo, y sintió alivio de poder sincerarse con ella de una vez por todas—. Sé que amáis a ese hombre; incluso que lo hicisteis en otro tiempo; que ese es el tipo que se interpuso en nuestro camino la otra vez... Y parece que nunca ha terminado de quitarse de en medio. Es como el puto jueves... —añadió perdiendo los modales, picado en su orgullo masculino—. Sé que os habéis estado viendo...

—¿Me habéis espiado? —intervino ella, furiosa.

—No... Por favor, dejadme terminar —dijo él con un gesto de la mano—. Lo sé porque recibí una carta amenazadora de los Racionales, y en ella también os amenazaban a vos como manera de presionarme. Decidí no solo contratar guardaespaldas para mí, también para vos. Así supe las veces que acudisteis a él

en mi ausencia y las que os acompañó a ver al gobernador, aunque no saliera del carruaje... Si todo eso no hubiera sido suficiente, vuestros ojos, de todas formas, os habrían delatado. No me mintáis, no serviría de nada. Ya no...

—No es exactamente así... —Blanca carraspeó, intentando suavizar el contenido de la conversación, que se movía por unos derroteros inquietantes—, y quiero que sepáis que, independientemente de lo que haga hoy, no voy a romper el compromiso. Soy una mujer de palabra, pero yo solo... Yo necesito...

—Chissss —le dijo él mirándola con aprecio—. Está bien. Haced lo que tengáis que hacer. Parece que no está de Dios que nos casemos. Ha llegado la hora de la verdad, asumámoslo. Vos no me amáis, y yo... amo a otra mujer. —Se guardó de decir que a Elsa, aunque Blanca lo intuyó al seguir la dirección de su mirada—. La vida es generosa con nosotros y nos vuelve a dar una nueva oportunidad... —dijo sonriéndose—. Mirad que lo hemos intentado, pero lo nuestro no resulta. Si lo amáis, id a buscarlo. Será mejor romper nuestro compromiso cuanto antes; ya buscaremos una excusa —añadió encogiéndose de hombros—. Nos merecemos ser felices —terminó, cogiéndola de las dos manos y besándoselas—, ¿no creéis? Lo único que os pido es que, si vais en persona, tengáis mucho cuidado. No podré descansar hasta que estéis de vuelta, sana y salva.

Blanca, llorando, asintió para marcharse inmediatamente con una mirada agradecida y, por primera vez en mucho tiempo, sincera. Doña Paz andaba buscándola para organizar la sobremesa, pero Fernando la excusó mientras la casa comenzaba a inundarse de invitados. Con el caos nadie la echaría de menos, y Elsa, a una señal de Fernando, ocupó su lugar como anfitriona a su lado esa tarde.

Blanca salió esperanzada, sintiéndose libre después de mucho tiempo. La soga que la había esclavizado a su promesa se desataba. Se sentía como una condenada a muerte a la que hubieran bajado del patíbulo en el último momento. Lanzando un beso con la mano a Fernando, que la contemplaba desde la ventana, se montó en el carruaje. El pulso le latía locamente, y una agradable sensación de plenitud la invadió, inflamó sus velas, la empujó hacia su destino.

Más lo hubiera hecho el saber que, en unas horas, la guardia aduanera se llevaría preso a don Eugenio. La investigación realizada por Inteligencia Militar, por orden de Valdés, había dado sus frutos. La negra y alargada sombra negra de aquel individuo, del asesino de su padre —Blanca estaba segura—, terminaría diluyéndose ante un paredón por traidor. Un hombre sin sombra es un hombre

muerto.

Enfundada en su capa más gruesa, con ropas de hombre, Blanca se subió a la barcaza. Iba a cruzar una línea roja —lo sabía—, a adentrarse en un avispero furioso y caótico. Aquello era algo conocido, pero no por ello más tranquilizador. Recordó la otra ocasión, cómo habían esquivado a la muerte y tenido que huir de aquel territorio amado y ahora desolador.

Saludó a Anselmo, uno de los hombres de Pineda. El contrabandista le advirtió, como aquella otra vez, de los peligros del viaje, desplegó ante ella un catálogo de desventuras posibles que ella ya conocía de sobra y que no dejó que la desanimaran. Los *mesjés* tenían un cabreo de cojones y estaban en situación de máxima alerta. Tirando al muñeco, a dar al bulto, a disparar antes de preguntar nada. Tenían el gatillo fácil y las neuronas carbonizadas. Se encontraría con visiones muy desagradables: fosas comunes, rebeldes aún pendiendo de sogas, tapias decoradas con sesos desparramados, montañas de uniformes ensangrentados, piras y tumbas a medio cocer... Un mundo reventado. El infierno era más apetecible de ver.

Comenzaron a deslizarse por las aguas. Blanca podía sentir las corrientes y el oleaje salpicándola mientras iban dejando el resguardo del puerto para salir a mar abierta. Se veían a lo lejos las moles de los navíos de guerra y los reflejos blancos de las casas encaladas brillando como espejos a la luz de la luna creciente. Un grupo de hombres pescaba junto a la Puerta del Mar y varias bocas de cañón enseñaban los dientes, amenazadoras, desde sus troneras.

La zona de la Carraca estaba intensamente vigilada; un grupo de marinos parecían andar trasladando algo que bien podría ser pólvora o alimentos. Un fognazo volvió a eclosionar en la distancia, seguido de una humareda blanquecina y espiral, como de galaxia lejana, y fue a caer no muy lejos provocando un chispazo rojizo que se ennegreció *ipso facto* al contacto del agua.

—¡Coñaaa, que casi nos dan! ¡Hijos de perra! —gritó Anselmo mientras seguía masticando tabaco. Tenía los dientes podridos y le faltaba el lóbulo de una oreja. La nariz, cuyo puente llevaba en zigzag, parecía habérsela torcido en mil ocasiones, y gesticulaba sin parar con sus manos callosas.

—Calla —le ordenó Genaro—. No te quiero oír chistar, que nos pueden detectar.

—¡Pero si están a tomar por culo...! —dijo otro de los hombres, un joven de cabellos color cobre al que Genaro dio una colleja e impidió terminar la frase.

—Eso no son formas educadas de hablar delante de una dama —le dijo, y Blanca rio por lo bajo.

Según pasaba el tiempo, Blanca se sentía helada y entumecida. Había mucha humedad en el ambiente y soplaban un viento desagradable que levantaba estelas plateadas en la superficie. De repente oyeron silbar unas balas y Genaro ordenó despistar a los *mesíés*, que, desde la orilla, desde Sancti Petri, los habían divisado. Debían de estar dando la voz de alarma, porque a sus gritos se unieron otras ráfagas de disparos en su dirección.

El contrabandista ordenó a Blanca que se escondiera detrás de unos sacos si no quería terminar hecha puré. Ellos, tiznados de negro, se alejaron de la costa. Aquello también era peligroso, porque en esa segunda línea también había patrullas vigilando y, de ser hundidos, difícilmente alcanzarían a nado la playa. Las Fuerzas Sutiles de la Bahía, con sus balsas, gabarras y lanchas, patrullaban para que el enemigo no pudiera acercarse a Cádiz por mar y volar su flota con lanchas incendiarias. En la oscuridad todos los gatos eran pardos, y, si los confundían con franceses, les dispararían los suyos sin piedad.

De madrugada llegaron al punto convenido para el desembarco. Era una zona donde las dunas entorpecían la visión de la marisma. Blanca conocía perfectamente el lugar: el embarcadero del tío Juanele, porque por allí había ido en multitud de ocasiones cuando salía con su padre a cazar. Pineda le ordenó quitarse la capa y la ofreció una pelliza de borrego con más mierda que un jamón. Blanca casi pudo escuchar los aplausos de las liendres, contentas de haber dado en carne fresca para variar.

Cargando un arma, al igual que Genaro y sus hombres, caminó por el barro y cruzó torrenteras de agua. El limo era un útero cenagoso. Se hundía hasta las rodillas. Blanca avanzó despacio por el agua, notando los pies pegajosos como si le estuvieran creciendo membranas, como si estuviera mutando a palmípeda. Aquel chapapote, aquel caldo primigenio, venía con picatostes: piedras, cascos, armas, brazos mutilados, animales muertos... Frente a esa escombrera bélica, al otro lado de las dunas, la impenetrabilidad del océano. Una alfombra de negritud que se desplegaba hasta el infinito.

La cacofonía de la zona le resultaba desconocida a pesar de ser su hogar. Desde lejos, el viento arrastraba el rumor ininteligible de un destacamento francés. Incluso —notó asombrada— se podía oler el aroma a café que desprendían sus

pucheros.

Aún no había luz suficiente y avanzaban a duras penas. Sobre las siete de la mañana, con la claridad más madrugadora, divisaron el contorno, devorado por la metralla, del viejo molino. Según se fue iluminando el día, Blanca pudo comprobar el rastro destructivo de la batalla, su huella asesina. El perfume a pólvora y a muerto. Era como si flotase sobre ellos una densa nube deprimente. Según cruzaron el carrizal, Genaro dio la contraseña, aunque aquel era territorio flamenco y, con su anillo como salvoconducto, habría sido suficiente. Pineda no quiso arriesgarse a que a alguno, con lo nerviosos que estaban todos, le volaran la cabeza.

—¡Cagando leches! —dijo en voz baja, y desde el otro lado del portón subterráneo escuchó la respuesta. Después se oyó el alarido metálico de un oxidado cerrojo y a Miguelón, un aldeano de Chiclana al que Blanca conocía desde niña, abrirles.

—Señorita Malvar... —dijo quitándose el viejo gorro de fieltro negro y haciendo una señal de respeto a la vizcondesa—. No os esperábamos en persona. Pasad —dijo echándose a un lado y permitiéndole entrar. La oscuridad la envolvió como un sudario.

Dentro se masticaba un olor rancio, a vapor de eucalipto, láudano, fiebres y sangre reseca. En aquella matriz subterránea, en aquel refugio, Blanca no distinguió a Alexander, que estaba en un cuarto contiguo. Allí Juanita Mora lo cuidaba. Al verla llegar, la criada se levantó de golpe y saludó a su señora dejándose la compresa con agua fría y vinagre en la frente del herido. Este tenía los labios amoratados y el pulso acelerado y seguía inconsciente. Blanca sintió un golpe de congoja al comprobar lo mal que estaba.

—No recupera la cabeza, aunque ha hablado... de *usté*. Ha gritado palabrejas en *ingrés*; dice «Blanca, Blanca...» y sigue en lo suyo. No sabemos qué más dice. —Y Blanca, con los ojos llenos de lágrimas, dio gracias a Dios de que así fuera. No quería ni imaginar qué estaría diciendo en su delirio, pero de haberlo entendido aquella panda de cotorras, iba lista.

Retirándose la pelliza, se sentó a su lado y cogió su mano. De repente era como si hubiese retrocedido seis años de golpe y volviese a estar con aquel herido desconocido en el camastro del convento de Conil; como si cerrase un círculo. Recordó cómo día a día había ido sintiéndose inexplicablemente atraída por él, antes de conversar o saber nada de su vida.

Lo suyo había sido providencia divina, y si la vida se lo había dado una vez,

estaba segura de que haría lo mismo en esta ocasión. Si ya entonces pudo arrancárselo a la muerte de sus garras, esta vez también lo lograría. Pensó esto y se le nublaron los ojos; los diques no podían contener tanta emoción ni tanto miedo. Se sacó la medallita de la Virgen del Rosario de su madre que siempre llevaba al cuello y la besó. Le había pedido su guía, su orientación en aquella vorágine de sucesos, y de alguna manera, sabía, su madre, desde donde estuviera, la había llevado hasta allí sorteando todos los peligros, las inconveniencias sociales, las dudas...

—Tráeme una cataplasma de vino con menta y arcilla, después...

—¡Ayyy, mi *arma*...! ¡Si no tenemos de *na*! Lo que ve aquí es todo lo que hemos podido conseguir.

—Pues haz lo imposible por encontrarlo. Si lo tienes que robar, lo robas. Y abrid esa puerta. Hay que ventilar esta habitación, apesta a enfermedad —dijo mientras escuchaba los lamentos de otros dos tipos que, en camastros de paja y heno, dormían.

—Blanca, Blanche... —dijo él de repente como si la hubiese oído—. *My love, come back with me... I forgive you...*

Blanca no entendía nada, pero el solo hecho de que dijese su nombre daba esperanzas. Su voz sonaba ansiosa, urgente... En un momento como ese, cuando se debatía entre la vida y la muerte, que se acordase de ella era significativo. Él la amaba, y ella también a él.

Le besó la mano; la bañó con sus lágrimas mientras ordenaba a Crispín, que acababa de llegar avisado de que su dueña había aparecido, que preparase unas parihuelas con unos palos y dos capas para trasladar al herido a Las Piñas. Lo hicieron con cuidado, temiendo que él empeorase por el camino y temerosos de que tuvieran que dejarlo y huir si sonaban disparos, si los descubrían. Llegaron al cortijo y Blanca palideció al ver el estado en que estaba su casa.

La indignación la calentó. No quedaba nada de las cuadras; el ala derecha del edificio había sido incendiada y toda la fachada estaba agujereada de metralla como si fuera un queso de gruyer. El hermoso pinar en el que tanto había jugado de niña también había ardido, y el puente que unía Chiclana con Conil había sido volado. Todavía había restos de maderas calcinadas por los alrededores, y un extraño olor a podrido envenenaba la atmósfera.

Los amentos de los frutales silvestres se agachaban a beber agua al suelo. Las primeras margaritas compartían pradera con cascotes y fogatas muertas. La luz tierna de la mañana resaltaba la inocencia de la naturaleza, su poder de

regeneración, incluso en las peores circunstancias. Entró en su casa e hizo subir al herido al piso de arriba. Abrió las ventanas y, aunque hacía fresco, ventiló bien la estancia. Los estucos se habían desprendido, el papel de las paredes estaba arrancado, la chimenea cegada. A la cama le faltaban el dosel dorado y las patas delanteras. Improvisaron estas con unos troncos de la cocina y estabilizaron el lecho.

Durante casi una semana, Blanca vivió al pie de su cama, hasta que Alexander abrió finalmente los ojos. Su mirada turbia sonrió al reconocerla; feliz..., como si estuviese en un sueño.

—Blanca... ¿Sois vos o estoy muerto? —preguntó en un susurro.

—No habéis muerto... y soy yo. Estáis vivo y vais a mejorar, solo necesitáis un poco más de tiempo y comida. Tenéis que vivir... por mí —dijo apretándole la mano, besándole la frente, aún con calentura, y abrazándolo con cuidado.

—Juradme que no me abandonaréis..., que os quedaréis conmigo, para siempre.

—Lo juro —le dijo, y eso le tranquilizó. No quería ponerle nervioso, debía descansar.

Blanca besó sus labios secos y resquebrajados, miró su cara demacrada, los surcos de sus ojeras y su labio partido y le pareció el hombre más atractivo del mundo. Él, con su mano apretada, volvió a dormirse, pero desde ese día sus sueños eran más ligeros, y su sola presencia hacía que se recuperase velozmente.

Diez días después, aún cojo, pero mucho mejor, el capitán Paddon abandonaba Las Piñas con destino a Cádiz. Los días en el cortijo habían sido tensos debido al peligro que corrían allí, a tiro de los francotiradores enemigos, y a lo difícil que le había resultado a Blanca sincerarse del todo con él. Paddon se había limitado a decirle cuánto la quería y a que lo pasado... pasado estaba, pero ella necesitaba pulir algunas cicatrices antiguas que aún le dolían.

Aquella era una noche despejada, y a pesar del riesgo evidente, reinaba en el grupo una sensación de optimismo difícilmente explicable. Como aquella que la había embargado a ella el día que lo conoció. En la bahía las cosas apenas habían cambiado para la mayoría, pero para Blanca todo era diferente. Aquel momento venía a recompensar todo lo hecho hasta entonces. Todos los peligros sufridos, el dinero gastado, la apuesta asumida... venían a demostrar que no era absurdo

implicarse personalmente en esa guerra, que ella sola podría cambiar algo. Lo había hecho.

La historia, le había dicho un día Valdés, estaba llena de héroes anónimos que habían cambiado el mundo con su solo entusiasmo, su impulso, sus ideas, sus sueños o su sacrificio... En su caso, además, la guerra había obrado el milagro del deshielo, la había sacado del mutismo social en el que había caído, del miedo a volverse a enamorar... No hay muros suficientemente altos para protegernos del dolor, de la muerte, de lo imprevisto. La seguridad en la que creía vivir era una entelequia que se había desmoronado de un soplado. Negarse a vivir para no sufrir más de la cuenta no era buena idea. El final, contra todo pronóstico, era feliz. Como si ella hubiera elegido el qué, y la vida le hubiese dictado el cómo y el cuándo.

En unas horas aparecería en Cádiz con Paddon y se desatarían las malas lenguas. Sabía que tendría que dar muchas explicaciones a su familia, pero al menos tendría un apoyo inesperado: Fernando.

—¿Nerviosa? —le preguntó él, feliz.

—Un poco... Me parece increíble que finalmente todo vaya a acabar bien... —Y él la besó—. Realmente creí que os había perdido definitivamente; menos mal que sois duro de pelar.

—Soy de la misma opinión... —dijo riéndose, para lamentarse en ese momento del fuerte tirón que le daba la pierna—, aunque la dura sois vos. La valiente. Gracias por venir...

—Hubiera id...

—¡Un poquito de espacio a Romeo y Julieta! ¡Silencio, que esto es la guerra, no el parque de La Alameda! —les dijo Pineda, intranquilo, al estar atravesando el tramo más peligroso frente a Torre Bermeja, y ambos se echaron a reír—. ¡Menos carantoñas y más cuidado, que a ver si los *mesiés* nos van a terminar volando a todos la puta cabeza!

DATOS HISTÓRICOS

- Cádiz fue la única ciudad del continente que resistió el asedio de Napoleón. El suyo está considerado el sitio militar más largo hasta el de Stalingrado, ocurrido siglo y medio después, durante la II Guerra Mundial.
- El mariscal Soult en sus memorias dijo: «El emperador quiso tomar Moscú y Cádiz a la vez, pero eso era demasiado hasta para el mismísimo Napoleón».
- Para Tayllerand, el todopoderoso ministro de Asuntos Exteriores, «la aventura de España fue el mayor error del emperador. Sus generales hablaron después de las torpezas en esta guerra que le costó su imperio».
- Los historiadores recalcan el papel fundamental que las mujeres tuvieron en esta Guerra de la Independencia en general, y en el sitio de Cádiz en particular, algo que no se dio en otras partes de Europa.
- «El asedio de Cádiz constituye un capítulo sin igual en las guerras napoleónicas. Su sitio no supuso solo un ataque a una plaza militar, sino el asalto a la capital de una nación, que es lo que era, dado que allí se habían refugiado el Gobierno y las Cortes, y era allí donde se decidía verdaderamente la suerte de la guerra»; Manuel Moreno Alonso en su *Historia humana de la Guerra de la Independencia*.
- En Cádiz existió, hasta 1970, en la zona conocida como «la Segunda Aguada», el llamado «Cementerio de los Ingleses», donde estaban enterrados los británicos fallecidos tanto en Trafalgar como en el sitio.
- Cádiz está considerada la ciudad más antigua de Occidente. Fue fundada por los fenicios hace más de 3.000 años.
- El templo de Hércules era, según Estrabón, uno de los más importantes que existían en el Imperio romano. Estaba situado en el islote de Sancti Petri, donde luego se levantó un castillo —una de las bases británicas durante el sitio—, que aún perdura. El templo estaba dedicado a Hércules, y su presencia en la zona daba nombre a las famosas Columnas de Hércules que en el mundo antiguo hacían referencia al Estrecho de Gibraltar.

- La pesca del atún rojo con la técnica milenaria de la almadraba es legendaria y hacía de este producto un auténtico lujo ya en tiempos remotos. Este era el atún que importaban los romanos y el mismo que los japoneses actualmente compran para el *sushi*. Hacen un seguimiento de la ruta de los atunes por todo el mundo hasta su captura en Cádiz.

- El general Pompeyo nutría de magníficos caballos al ejército romano con los hermosos ejemplares que se criaban en las marismas de Cádiz, al sur de la Bética, especialmente los que crecían en manadas salvajes en la desembocadura del río Guadalquivir, que entonces formaba un inmenso estero en torno al ya desaparecido *laco ligustino*, una enorme laguna semiabierta al mar a cuyas orillas se asentaban ciudades como Ebury, Luciferi Fanum o Asta Regia. En esta zona, donde antaño estuvo el legendario reino de Tartessos, es donde muchos científicos sitúan ahora a la desaparecida Atlántida.

- Las *puellae* gaditanas, las bailarinas de Cádiz, eran realmente famosas en la antigüedad por su belleza y su sensualidad. Ya en tiempos romanos se las tenía por libertinas y muy populares. Según historiadores de la época, como Marcial, sus movimientos eran lascivos, frenéticos, y hacían revivir a un muerto. Sus danzas eran muy aplaudidas por la plebe. Así decía Juvenal: «Acaso esperes muchachas gaditanas que en coro se pongan a entonar lascivos cantos de su país y, enardecidas por los aplausos, exageren sus temblorosos movimientos de cadera, y las jóvenes esposas que, tendidas junto al marido, contemplan este espectáculo que solo contado en su presencia debiera ya ruborizarlas. Son acicates de unos deseos languidecientes y estímulos apremiantes de nuestros ricos. Mayor es, sin embargo, esta voluptuosidad en el otro sexo, que se excita con más viveza y, pronto al placer que se mete por ojos y orejas, provoca la incontinenencia. Estas diversiones no caben en mi casa. Escuche esos repiqueteos de castañuelas, esas palabras que ni siquiera pronunciaría el esclavo desnudo que permanece en el maloliente lupanar; gócese con esos gritos obscenos y con todo refinamiento del placer aquel que ensucia con sus vomitonas el mosaico lacedemonio; nosotros perdonamos esos gustos a la Fortuna».

- Con respecto a los caballos, a finales de junio la tradición manda que se celebre anualmente la Saca de las yeguas, cuando estas entran en la aldea del Rocío a miles, guiadas, como se hacía en la noche de los tiempos. Concretamente esta tradición tiene lugar el 26 de junio en Almonte. Doñana ha sido históricamente famosa por sus yegüadas. Los ganaderos tenían a sus animales pastando durante

meses en Doñana y la marcha hacia el Rocío se iniciaba a la una de la madrugada, con los ganaderos usando sus varas y reagrupando a sus animales; recorrían junto a los potrillos una quincena de kilómetros por playas salvajes hasta llegar a dicha aldea, donde en un recinto se procedía al pelado, marcaje a fuego y posterior venta de los animales.

- Cabo Trafalgar, en árabe رأس طرف الغار (Taraf al Ghar), significa «el Cabo de la Cueva». Está en Barbate. Cádiz es en realidad un islote situado en las ensenadas de Conil y Barbate. Cabo Trafalgar es hoy un faro situado en medio de unas paradisíacas playas visitadas asiduamente por surfistas de todo el mundo. En el recinto se pueden ver los restos arqueológicos de una factoría romana de salazones y de un asentamiento musulmán. Enfrente tuvo lugar la famosa batalla de Trafalgar. Actualmente el cabo forma parte de la Red de Espacios Naturales Protegidos de Andalucía.

- Cuenta la leyenda que el ataúd de plomo con los restos mortales del almirante Nelson, que iba repleto de brandy, llegó medio vacío a Inglaterra. Que algunos marineros lo perforaron para beberse el contenido, eso sí, macerado con un muerto.

- Más de trescientas personas —civiles y militares— murieron esa noche huracanada en las labores de rescate de los naufragos de Trafalgar. La ciudadanía se volcó en la ayuda de forma ejemplar, como se resalta en todos los periódicos nacionales e internacionales de la época.

- Las marismas de Cádiz son hoy un parque natural protegido colindante a Doñana.

- La Infantería de Marina española era y es la más antigua del mundo. Su origen se remonta al reinado del emperador Carlos V, concretamente al año 1537. La primera unidad creada es la del Tercio Nuevo, en el mar de Nápoles. Se llegó a tener hasta doce batallones de Marina en su época de mayor esplendor. En 1786 contaba con más de 12.000 hombres.

- La Royal Navy, la Marina Real británica, es el más antiguo de los cuerpos militares ingleses.

- Por Orden Real de 5 de junio de 1815, por la magnífica operación que había realizado, al duque de Alburquerque y al ejército de Extremadura se les concedió una cruz en cuyo escudo ovalado aparecen las columnas de Hércules y una nave en situación de naufragio. El lema es «Salvó la nave que zozobraba», refiriéndose

a España.

- En mayo de 1808 tuvo lugar el asesinato del gobernador de Cádiz, Solano, a manos de una turba que lo acusaba de traidor y afrancesado. En el acontecimiento estuvo a punto de morir también uno de sus hombres de confianza, José San Martín, uno de los futuros héroes de la Independencia americana. Solano había hecho mucho por mejorar la salubridad de las calles de Cádiz, por aumentar la limpieza, para impedir que surgieran más epidemias. Fue él quien ordenó hacer el camino para los carruajes que iban a Chiclana, zona de veraneo de los ricos potentados de la zona. Fue un hombre caballeroso, eficiente, que se volcó con todos los naufragos, incluidos los enemigos, tras la batalla de Trafalgar. Para muchos su peor defecto era su afán de notoriedad. Murió a manos de dicha turba, que lo esperó a la puerta de su casa, en el Pozo de las Nieves.

- En el ámbito internacional, Cádiz era en la época napoleónica una ciudad similar en población a Berlín o Ámsterdam. Durante el asedio era uno de los núcleos de población más importantes de España. La zona Cádiz-Jerez tenía 200.000 habitantes censados, más que Madrid, que era la capital y tenía 176.000; que Valencia, con 106.000, o que Barcelona, con 102.000.

- La ciudad estaba en esa época llena de monjes. Se calcula que, debido a que muchos de ellos se refugiaron allí huyendo de la persecución francesa, podían haber llegado a unos 4.000.

- Como ciudad cosmopolita, abierta, comercial y muy rica, tenía una clase social emprendedora importante y las mujeres recibían allí una educación mucho más abierta y liberal que en el resto de España. Podían frecuentar teatros, cafés, salir a pasear solas públicamente, estudiar idiomas...

- La distancia entre Cádiz y París era de 400 leguas. De Madrid a París se podía tardar de 15 a 17 días en recorrer.

- Durante treinta meses, con un ejército inmovilizado ante unas defensas infranqueables, el asedio a Cádiz fue el objetivo principal de Francia. Duró en el tiempo más que ningún otro asedio de las campañas napoleónicas. Mantuvo en vilo al emperador y a su hermano, José I, y apartó a un poderoso ejército de otras opciones clave exponiéndolo al hostigamiento de la guerrilla, que por entonces era más numerosa y atrevida que nunca. Al final, el asedio fue un fracaso rotundo.

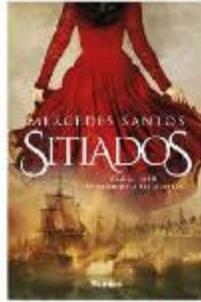
- La playa de la Barrosa estaba considerada como la llave del istmo, de la bahía. La

actitud primero de Lapeña y después de Graham en esa famosa batalla fue incomprensible. Terminó con los protagonistas retándose a duelo y la Regencia abriendo una investigación. Los franceses no acabaron mejor. Victor se encolerizó con Sebastiani por no acudir en su ayuda, y el emperador exigió respuestas a Soult.

- Las playas de la batalla de Trafalgar —la Barrosa, Vejer, los Caños...— son ahora paradisíacas, paraíso de los surfistas, y están llenas de chiringuitos *hippies*, mojitos y deportistas, aunque no por ello la zona del Estrecho deja de ser uno de los puntos calientes y estratégicos del planeta. El tráfico de pateras, inmigrantes, drogas, armas... sigue produciéndose. Es la frontera de Europa con África; en Rota está una de las principales bases navales de la OTAN.

SITIADOS

MERCEDES SANTOS



SINOPSIS

Año 1810.

La vizcondesa Blanca de Malvar prepara su boda cuando Cádiz es sitiada. La cercanía de las tropas napoleónicas reabre una herida dolorosa y secreta de su pasado: una relación apasionada con Alexander, un marino francés al que rescató de un acantilado cinco años atrás, en la madrugada de la batalla de Trafalgar, pero que, una vez recuperado de sus heridas, partió; ella, confiada, decidió esperarlo..., pero él no regresó.

Alexander Paddon es un oficial de la Royal Navy que regresa a Cádiz después de cinco años. Ahora es viudo, y es un hombre obsesionado por el recuerdo de Blanca, la mujer a la que amó en el pasado. El conocimiento del idioma y de la región le permitió trabajar para el embajador lord Wellesley y sus servicios secretos en una ciudad sitiada donde se refugian miles de vividores, espías, revolucionarios, traidores e idealistas.

Blanca y Alexander se encuentran en medio de un salón de baile repleto de oficiales británicos que acaban de desembarcar en Cádiz como aliados. El antiguo amor francés de Blanca ha vuelto... vistiendo el uniforme de la Royal Navy. ¿Entonces siempre fue un traidor inglés? Esta repentina y extraña aparición pondrá en peligro la nueva vida de Blanca.

Narrada en dos tiempos, nos acerca a los días posteriores a la batalla de Trafalgar, en 1805, cuando miles de heridos llegaron a las playas gaditanas —teniendo que ser atendidos en conventos y hospitales improvisados de toda la bahía—, y a cinco años después, durante el sitio a Cádiz: los enemigos de entonces regresarán como aliados y los aliados de antaño, los franceses, como tropas de ocupación extranjeras. Como invasores.

BIOGRAFÍA

Mercedes Santos es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en prensa escrita y en radio, en medios como *El País*, *Diario 16*, Antena 3, la cadena SFR y Onda Anáhuac, localidad donde reside y donde compagina su trabajo actual, en la Librería Anáhuac, con su verdadera pasión: novelar, bucear en otras vidas y otros tiempos, tejer relatos, desenterrar huesos, como dice Stephen King.

En su faceta de escritora ha ganado diferentes premios y certámenes literarios de relatos y novela en general, y tiene publicados varios títulos en diversas editoriales. *Sitiados* es su primera novela en Pàmies.